

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del dollar
2. La Ola gigante
3. El señor Conde de Luxemburgo
4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
5. El Sol de la Humanidad
6. Zazá
7. Mujeres vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El Rey
12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
13. Los Miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de Príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruínas
22. La vida es sueño
23. Sabotage
24. Magda
25. El papá del Regimiento
26. El Alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El Rey Lear
30. Espectros
31. Las Cigarras Hormigas
32. El registro de la policía
33. El vergonzoso en palacio
34. La fuerza de la conciencia
35. Aurora
36. Eva
37. El Bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardenales; Justicia humana! les
41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral
45. Amor de amar
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos franceses
48. El Místico
49. García del Castañar
50. La flerrecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56. Otelo
57. El Barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de Don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o El claustro y el mundo
64. La niña boba
65. El pan de piedra
66. Romeo y Julieta
67. Los Reyes ante la Inquisición
68. Felipe Derblay
69. Los malos pastores

70. *Augendo del nido*

LA MUERTE CIVIL

Este refundición es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

■

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA MUERTE CIVIL

DRAMA EN TRES ACTOS DE

PABLO GIACOMETTI

Refundido y arreglado de la obra del mismo título, por

SALVADOR SUÑER

Representado por primera vez en el Teatro Apolo, de Barcelona, la noche
del 16 de Enero de 1913



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45

1913

133237
25/6/14

REPARTO

Personajes

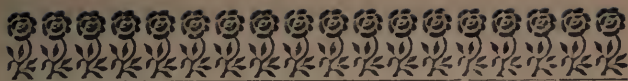
Actores

JESUSA	Sra. Puchol
MATILDE, niña de ocho años	Srta. Tubau
LEONCIO	Sr. Rojas
EL ABAD	» Carnicero
EL DOCTOR SMITH	» Perelló
CARLOS	» Delor
JACCOMO	» Sanchis

ÉPOCA ACTUAL.

Derecha e izquierda, las del actor





ACTO PRIMERO

Sala decentemente amueblada. Puerta al foro y a derecha e izquierda segundo término. En primer término derecha, mesa y librería. Chimenea a la izquierda. Una Virgen, iluminada por una lamparilla; cuadros religiosos.

ESCENA PRIMERA

El ABAD, leyendo un devocionario. Al levantarse el telón aparece CARLOS por el foro, en traje de caza y escopeta, que deja cerca el foro.

- CARLOS Ya estoy de vuelta, querido tío.
ABAD Has tardado mucho hoy ; es una imprudencia con la nevada...
CARLOS Casualmente es la nieve el mayor auxilio para el cazador, y hay que aprovecharlo.
ABAD Pero ante todo es preciso conservar la salud, ese sagrado depósito confiado por el Altísimo.
CARLOS Nada tema usted ; además, debo confesarle que si tardé algo más de lo acostumbrado, fué porque cerca a los tres caminos, hallé rezando junto a la capillita de la Virgen...
ABAD ¿A quién?
CARLOS A una niña acompañada de una mujer... (Preparémosle.) De la desgraciada Jesusa.
ABAD ¿Y la hablaste?

- CARLOS Sí, tío, e hice más aun ; el terreno estaba resbaladizo y las acompañé hasta su casa, de lo cual dióme el Doctor las más afectuosas gracias.
- ABAD Ya sabes que te tengo prohibido hablar con ese hombre.
- CARLOS Sin embargo en tal ocasión... y por cierto que hablando de usted, me ha asegurado, con gran satisfacción por mi parte, que le quedan aún muchos años de vida.
- ABAD Eso será lo que Dios disponga. Pero óyeme : ¿no me dijiste que aquella mujer era casada? ¿Cuándo y dónde la conociste?
- CARLOS En Catania ; su padre era un respetable magistrado con el cual trabé amistad al ejercer allí mi profesión de abogado. Un joven pintor, Leoncio Broschi, enamoróse pérdidamente de ella, casándose secretamente, y siendo tal enlace, la causa de la muerte del padre de la joven. En aquellas circunstancias, la enfermedad de mi buena madre me llamó a su lado, y al regresar a Catania, los juvenes habían desaparecido.
- ABAD ¿Y no has podido saber, al hallarla de nuevo, las causas que han hecho separarla de su marido?
- CARLOS Nada en concreto. Su recuerdo hace brotarle lágrimas, asegurando que ha sido muy desgraciada, sí, pero no es culpable.
- ABAD Acaso la niña que lleva consigo... quien sabe, Dios me perdone el juicio temerario, pero en vez de su aya, podría ser...
- CARLOS ¿Qué?
- ABAD Tal vez se esconde un adulterio. Estos son los datos que he recibido esta mañana. Pronto saldremos de dudas.

ESCENA II

Dichos, JACCOMO; a poco, el DOCTOR

- JACCOMO Monseñor.
ABAD ¿Qué ocurre?
JACCOMO El Doctor pide permiso.
ABAD ¿El Doctor? ¡Ah, sí!
CARLOS Anuncióme su visita, pero no creí que se anticipara cuasi a mi llegada.
ABAD Que entre. (Carlos va a marcharse y el Abad le retiene.) No, no te muevas. (Vase Jaccomo.)
CARLOS Puede que sea al sacerdote y no al amigo a quien pretenda ver, y no sería discreta mi presencia.
ABAD No creo tal cosa en él. No es hombre el Doctor a quien gran cosa le importe el tribunal de la penitencia.
CARLOS Creo que debo retirarme.
ABAD ¿Si en ello te empeñas?
CARLOS Sí, hasta luego. (Le besa la mano y vase.)

ESCENA III

El ABAD y el DOCTOR SMITH

- DOCTOR Señor Abad...
ABAD Siéntese usted, Doctor, y perdone, si le hice esperar, robándole tal vez un tiempo precioso a sus enfermos. Procuraré ser breve.
DOCTOR Estoy a sus órdenes.
ABAD El sagrado ministerio de que estoy investido, tiene a veces espinosos deberes que cumplir, y sin preámbulos, con la franqueza cristiana que me caracteriza, debo decirle a usted, que hay en su casa cierta persona que dando pábulo a la murmuración...
DOCTOR Comprendo, se refiere usted a Jesusa.

ABAD La misma, y sin rodeos debo decirle a usted, que es preciso que salga inmediatamente de la jurisdicción de la Abadía. Tal es lo que las circunstancias me obligan a participarle a usted.

DOCTOR Monseñor, Jesusa es una mujer honrada, reside en la casa de un hombre que conoce sus deberes, y siento que el señor Abad no se haya hecho superior a las mezquindades de la murmuración, acerca el aya de mi hija.

ABAD Perdone usted, Doctor ; tengo mis motivos para creer que no se trata de una aya. La hija, que a usted le dió su esposa, y que yo mismo bauticé en esta Abadía, falleció en Catania, cuando trasladó usted allí su domicilio. Tengo aquí la partida de defunción remitida por el Abad de los Benedictinos. De modo que no habiendo mediado un segundo matrimonio, la niña de que se trata y que dice usted ser hija suya, es ilegítima.

DOCTOR Convengamos en ello ; nada probaría que la madre fuera la mujer que albergo ahora en mi casa.

ABAD Pero podría serlo.

DOCTOR Monseñor, permítame que le suplique termine cuanto antes el enojoso asunto (Se levanta.) que a los dos nos molesta.

ABAD Veo que de nada han servido mis amonestaciones ; fiel intérprete de los vecinos, justamente escandalizados, de Castrogiovanne...

DOCTOR ¿Escandalizados de qué? ¿Acaso no se trata de una mujer casada?

ABAD Lo ignoraba hasta hace poco, que lo supe por boca de mi sobrino. La Iglesia tampoco puede admitir un divorcio que la desli- gue por completo de los lazos contraídos al pie del altar.

DOCTOR De modo, que sea quien fuere su marido, está condenada a él.

- ABAD Para mientras aliente uno de los dos.
- DOCTOR ¿Aun cuando un presidio les separe?
- ABAD ¿Qué? ¿Acaso su marido?...
- DOCTOR Sí; un tribunal de Nápoles le condenó a cadena perpetua.
- ABAD ¡Dios de bondad! Y mientras el desdichado expía entre cadenas sus faltas, ¿su mujer escarnece tal infortunio, con una vida de oprobio y vergüenza? ¡Ah! no es posible que se haga su cómplice por un día más; déjela que corra al instante al pie de la reja, para consolar al hombre que los sagrados lazos del matrimonio le unieron a él. Tal es el deber de usted y el suyo.
- DOCTOR Permítame que le haga observar a usted, que sus palabras carecen de sentido práctico, y que sólo las inspira un celo religioso que no desciende a las miserias de la vida. ¿Qué va a hacer la infeliz? ¿Puede abandonar un albergue para ella y su hija, corriendo en pos de lo desconocido? La sociedad en que vivimos, hace extensiva la infamante condena del marido a los seres inocentes que están a su lado. Yo ni debo, ni puedo, ni quiero exponer a las dos, a los horrores de la miseria; sería una falta de caridad, y es ésta una de las primeras obras de misericordia consagradas por el mismo Dios, en cuyo nombre me habla usted.
- ABAD Es verdad; a pesar mío lo reconozco. En conciencia, no puedo apartarle de la senda emprendida; al contrario; si es recta la intención, me asocio a ella desde este momento.
- DOCTOR Gracias. No en balde confiaba yo en la rectitud del santo varón que respetamos todos, sean cuales fueran nuestras creencias. Permítame que le estreche la mano.
- ABAD ¿Volveremos a vernos?
- DOCTOR Una pequeña indicación será para mí un mandato.

- ABAD Un momento ; quisiera pedirle a usted un pequeño favor.
- DOCTOR Si depende de mí...
- ABAD Quisiera ver a esta infortunada mujer ; quizá mis consejos no holgarían en la extraña situación que atraviesa.
- DOCTOR Y tendré en ello una especial complacencia. Adiós, señor Abad.
- ABAD Que el cielo le guarde a usted. (Vase el Doctor.)

ESCENA IV

El ABAD ; a poco, GIACCOMO

- ABAD ¡ Dios mío ! ¡ Cuántas miserias permites en este valle de lágrimas ! ¡ Guíame con tu omnipotencia !
- JACCOMO Monseñor. (Con un manojo de llaves.)
- ABAD ¿ Qué ocurre, Jaccomo ?
- JACCOMO Algo que debo consultarle. Al pasar revista, como de costumbre, antes de cerrar las puertas de la iglesia, hallé un hombre recostado en un banco junto al crucifijo.
- ABAD ¿ Algún mal intencionado ?
- JACCOMO Eso creí en un principio, pero no era así. Es un mendigo que me pidió pasar allí la noche, cosa que no consentí. Ofrecí albergarle en la hospedería, por ser lugar más a propósito y parecióme que le disgustaba.
- ABAD Es extraño. ¿ Está aún ahí ? Que entre.
- JACCOMO Ea, Monseñor quiere veros. (Al foro.)

ESCENA V

Dichos, LEONCIO. Viste pobremente, con un capote de marino. Barba y cabellos crecidos

- LEONCIO Yo no necesito otra cosa que un mendrugo y un rincón cualquiera donde pasar la noche.

ABAD Entre usted, y tendrá cuanto pida. La casa del Señor tiene sus puertas de par en par para los menesterosos. Jaccómo, prepárale cena y un lecho. (Vase Jaccómo.)

LEONCIO ¡ Oh, gracias !

ESCENA VI

Dichos, menos JACCOMO

ABAD Tome usted asiento y descanse.

LEONCIO Bien lo necesito, después de tantas leguas andadas sobre la nieve. Tengo entumecidos los pies.

ABAD ¿ Viene usted de muy lejos ?

LEONCIO Sí, mucho. La noche sorprendióme antes del término del viaje.

ABAD ¿ Adónde se dirige usted ?

LEONCIO A Castrogiovanne. ¡ Qué recuerdos han evocado en mi corazón las paredes de la Abadía !

ABAD ¿ Recuerdos ?

LEONCIO Sí, de mi infancia. ¡ Soy muy desgraciado, Monseñor ! El tañido de la campana llamando a la oración, ha resonado en mi alma, invitándome a la plegaria. Franqué la puerta de la iglesia, ¡ hacía tantos años que no me albergaba en tan sagrado recinto !

ABAD. ¿ Ha permanecido usted alejado de su seno ?

LEONCIO En efecto, aunque contra mi voluntad.

ABAD (¡ Es extraño ! Creo descubrir en su lenguaje...) La verdad, abrigo mis dudas acerca los pobres harapos que viste usted. Creo descubrir en sus palabras, algo que me indica una cultura superior a la escasez que representáis.

LEONCIO Inútilmente trataría de ocultarlo. Siendo muy joven, seguí los estudios de ingeniero naval, pues mi padre era un acaudala-

do armador, pero el arte absorbía mis aspiraciones, y abandonando mi casa, marché a Roma, para dedicarme a la pintura. Algunos años después, al volver a la casa paterna, no hallé casi ni el rastro de ella. Un horrible naufragio había arrebatado la fortuna de mi padre, y con ella su vida.

ABAD ¿Y se encontró usted huérfano?

LEONCIO Completamente.

ABAD ¿Y carece usted de familia?

LEONCIO ¡Ah, no!

ABAD ¿Están lejos?

LEONCIO No... es decir, sí.

ABAD Usted no es franco conmigo. Confesó una familia y sin embargo parece esquivar las noticias de su paradero.

LEONCIO Monseñor, no haga usted asomar a mis labios revelaciones dignas de respeto. En demanda de pan y albergue llegué hasta aquí, no quiera profundizar los secretos del corazón.

ABAD La indiscreción obedece al interés que me inspira siempre la necesidad, no a otra cosa. Déjeme, pues, dirigirle la última pregunta.

LEONCIO Prometo complacerle, si me es posible.

ABAD ¿Cuál es el objeto de su viaje? mejor dicho, ¿adónde se dirige usted?

LEONCIO A Catania, mi país natal. Tal vez allí encuentre a alguno de mis condiscípulos.

ABAD ¿Estudió usted en San Jenaro?

LEONCIO No tengo porque negarlo.

ABAD En tal caso, entre sus condiscípulos, se hallaría Carlos Cosserelli.

LEONCIO Ya lo creo.

ABAD Pues bien, dé gracias al Todopoderoso, que le ha guiado hasta aquí. Carlos es mi sobrino, y se halla en mi compañía.

LEONCIO ¿Qué? ¿Está aquí?

ABAD Y voy a llamarle.

LEONCIO (Que no me vea.) ¡Ah, no! Respete el señor Abad mis escrúpulos.

- ABAD La vanidad es un pecado ; mi sobrino sabrá ver al condiscípulo.
- LEONCIO No ; yo suplico...
- ABAD Es inútil ; permítame que le avise.
- LEONCIO Está usted faltando a la caridad de que blasona ; usted no tiene el derecho de humillar al que implora ante su puerta.
- ABAD Sé los deberes que me impone.
- LEONCIO ¡ Oh, no ! ¡ Déjeme salir ! ¡ Pronto, fránqueme la puerta !
- ABAD No puedo consentir que se marche de tal modo quien se acoge a mí.
- LEONCIO ¡ Quiero salir, he dicho ! ¡ Pronto ! La sangre afluye a mi cabeza. ¡ No pretenda imponerme su voluntad !...
- ABAD ¡ No ha de ser !
- LEONCIO ¿ Qué no ? (Tomo la escopeta.) ¡ Veremos !
- ABAD ¿ Qué ? ¿ Y usted osa amenazar a un anciano ? ¡ Ante mis canas arma su mano con el arma homicida !
- LEONCIO ¡ Es verdad ! ... ¡ Soy un infame ! (Deja la escopeta.) En mi volcánica naturaleza corren los torrentes de lava del Etna, al pie de cuya cumbre vi la luz primera. ¡ Perdón ! ¡ Soy un insensato ! (Dan las ocho ; Leoncio se estremece.)
- ABAD Yo te perdono, hijo mío. Es en ti la naturaleza superior a tu voluntad. Las ocho ; la hora que debo pasar a mi oratorio.
- LEONCIO ¡ Sí, las ocho !...
- ABAD Aguarde usted mi vuelta mientras aviso a Carlos.
- LEONCIO (¡ Señor, es preciso !) Disponga de mí. (Vase el Abad.)

ESCENA VII

LEONCIO ; a poco, CARLOS

- LEONCIO ¡ Carlos aquí ! ¿ Será providencial ? ¿ Hallaré con su presencia la tumba de mis úl-

timas esperanzas? ¿No me restará ya nadie en el mundo? ¿Habré perdido los únicos seres por los que suspira mi corazón? Sea la realidad cual fuere, es preferible a la duda que me martiriza.

CARLOS (Por el foro.) Buenas noches, buen hombre.

LEONCIO (Es él, sí, le reconozco.)

CARLOS Según ha indicado usted a mi tío...

LEONCIO Sí, no extraño que no me reconozcas.

CARLOS Confieso que el metal de la voz... me recuerda...

LEONCIO ¿A quién?

CARLOS No puedo precisarlo.

LEONCIO A Leoncio Broschi.

CARLOS ¡Ah! sí, es verdad. ¡Tú! Leoncio. (Se abrazan.) ¡Dios mío! ¡Tan cerca su mujer!) Cuenta, no omitas detalle alguno. ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Has abandonado los pinceles? ¿Por qué te veo en tan miserable estado?

LEONCIO ¿A qué hacerme recordar todas las desgracias que se han sucedido durante estos años a mi alrededor? Bástate saber que mi presencia obedece sólo al deseo de hallar a mi mujer y a mi hija. Tú puedes saber si tal esperanza sólo es un sueño para mí.

CARLOS (Temo comprometer la suerte de Jesusa.)

LEONCIO ¿Nada contestas? ¡Oh, calla! ¡Desgraciado de mí! ¡Pobres seres queridos de mi corazón!

CARLOS No te entregues al desconsuelo. Tu mujer vive.

LEONCIO ¿Qué?

CARLOS Sí, en Castrogiovanne.

LEONCIO ¡Gracias, Dios mío!

CARLOS Puedo asegurarte que al anochecer hablé con ella.

LEONCIO ¡Ah, dime, dime por caridad, no te detengas! Y mi hija, ¿estará hermosa? ¿Pregunta alguna vez por su padre?

CARLOS ¿Tu hija?

- LEONCIO Sí, mi hija.
- CARLOS Ignoro su existencia. Jamás me habló su madre de ella.
- LEONCIO ¡ Oh ! ¡ Comprendo ! Víctima tal vez de los sufrimientos de la miseria.
- CARLOS Tal vez esté en algún colegio.
- LEONCIO ¿ En algún colegio ? ¿ Y con qué recursos ? Habla.
- CARLOS Pues con los que pueda procurarse tal vez su madre.
- LEONCIO Su educación era esmerada, y quien sabe si dando lecciones de música o dibujo...
¡ Oh, sí ! es preciso que lo crea, no puedo conformarme con la idea de haber perdido a mi hija. Vamos al momento a ver a Jesusa.
- CARLOS ¿ Qué ? ¿ A ver a tu mujer ?
- LEONCIO Sí, me devora la impaciencia.
- CARLOS Espera, luego. (¡ Es necesario evitar !...)
Tu excitación, el estado en que te hallas, no creo prudente...
- LEONCIO Sí, es verdad, tienes razón ; siempre la impetuosidad de mi carácter, sordo a las conveniencias. Además creo más acertado que me enteres antes de lo que ha sido de ella durante estos años ; tú debes saberlo ; habla, por caridad.
- CARLOS Pues bien, te diré... actualmente, está de aya.
- LEONCIO ¿ Qué, sirviendo ?
- CARLOS Sí, pero se la atiende, se la guardan consideraciones...
- LEONCIO ¿ Acaso sirve en casa de alguna huérfana rica ?
- CARLOS No, en la del Doctor Smith ; su nombre no debe serte desconocido, pues ha sido catedrático en Nápoles ; es autor de varias obras... filósofo...
- LEONCIO No lo recuerdo. Dime, ¿ tendrá ya una edad avanzada, no es cierto ?
- CARLOS Sí, no es joven, unos cuarenta años.

- LEONCIO ¡ Cuarenta años !... ¡ Esto no es una edad avanzada ! ¡ Quiero conocerle !
- CARLOS ¿ Por qué te sobresaltas ?
- LEONCIO No sé... Oyeme, amigo mío, no me ocultes nada. ¿ Crees tú que puedo sin rubor declararme esposo de Jesusa ante la presencia del Doctor ?
- CARLOS ¡ Ofendes a tu mujer, y con ello la delicadeza del que la alberga en su casa !
- LEONCIO ¡ Oh, abrázame ! No extrañes mis recelos, mis dudas insanas ; el mundo sólo guarda para mí espinas y abrojos que sembró en mi camino.

ESCENA VIII

Dichos y el ABAD

- ABAD Las palabras de usted ofenden siempre a la divina Omnipotencia con su pesimismo. Resignación, hijo mío, resignación.
- CARLOS Bien la necesita, querido tío, pues con él presento a usted al infortunado esposo del aya de la hija del Doctor.
- ABAD ¡ Dios eterno !
- CARLOS Sí, de Jesusa.
- ABAD ¿ Cómo ha podido usted violar la condena ?
- CARLOS ¿ La condena ? ¿ Qué significan tales palabras ?
- LEONCIO ¿ Y usted sabe ?..
- ABAD Sí, todo. ¿ Ha sido usted indultado ?
- CARLOS Contesta.
- LEONCIO Soy un fugado sencillamente.
- CAR. Y ABAD ¡ Ah !
- LEONCIO Pueden ustedes delatarme ; pero antes, que pueda abrazar a mi esposa y a mi hija, poco me importa luego la muerte.
- CARLOS ¿ Delatarte yo ?
- ABAD Nunca haré tal. Al contrario. Estoy resuelto a poner mi influencia en su favor.

Permítame que le pida explicaciones del delito por el cual fué usted condenado.

LEONCIO ¡ Oh, no ! Soy un malvado.

ABAD No importa, tal vez me ilumine el Altísimo.

LEONCIO Tanta piedad, me obliga a recordar los hechos de mi vida que me horrorizan. Procuraré ser breve. Oigan ustedes. Yo arranqué a Jesusa de los brazos de su padre, y el anciano no resistió el dolor muriendo al poco tiempo, siendo este el primer crimen que pesa sobre mi conciencia. Mi esposa tenía un hermano que servía en la Armada Real, tan altivo como provocador, el cual juróme odio a muerte. En vano procuró con sus amenazas e insultos provocarme para que me batiera con él. Resolví abandonar a Catania a fin de verme libre de sus persecuciones, y con mi mujer nos refugiamos en Nápoles.

ABAD Tal decisión le favorece a usted en alto grado.

LEONCIO Sin embargo, fué inútil ; transcurrido un año apenas, el indomable hermano, descubrió nuestro paradero, y de nuevo empezaron las amenazas y las provocaciones que evité en lo posible. Una noche, permítanme ustedes que lo recuerde con espanto, hallé apostados tres o cuatro marineros junto la puerta de mi casa. Procuré llamar en mi auxilio toda la sangre fría de que podía ser capaz, y cautelosamente me acerqué al grupo, procurando no despertar sospechas por mi presencia, con el fin de descubrir las intenciones que allí podían guiarles. El nombre del buque que mandaba el hermano de Jesusa, estaba marcado en las gorras de los marinos, y ya no dudé entonces de que algo tramaban contra mi tranquilidad. Una oleada de sangre subióseme a la cabeza ; pero procurando serenarme, me fuí acercando hasta

el sitio en que estaban a fin de escucharles. ¡Ah, Monseñor! Aquellos canallas trataban de apoderarse de mi mujer y de mi hija.

ABAD Comprendo la desesperación con que debió usted enterarse.

CARLOS Sigue, sigue.

LEONCIO Ya no dudé entonces ; y como un loco, como una fiera, me coloqué junto a la puerta de mi casa, dispuesto a defender, aún a costa de mi vida, el tesoro que pretendían arrebatarme. A los pocos momentos, uniéndose a ellos otro hombre, el hermano de Jesusa ; ciego de ira, desenvainé el puñal y me detuve, pues temí que bajo la capa con que iba envuelto, llevara tal vez mi inocente hija. Al instante me reconoció y dessembozándose, escupióme en el rostro, imprimiendo sus dedos en mis mejillas.

ABAD ¡ Gran Dios !

LEONCIO Desde aquel momento, fueron inútiles cuantos propósitos formé de antemano, y arrojándome sobre él, empezó una lucha tenaz, fratricida. Los marinos huyeron dejándonos el campo libre y entre las imprecações y voces de rabia, oí un grito de Jesusa que enardeció mi sangre : « ¡ Es tu hermano ! » me dijo, y al soltarle, rodó un cadáver por el suelo ante mis ojos inyectados de sangre.

ABAD ¡ Dios de bondad !

LEONCIO El hermano de Jesusa tenía clavado en su corazón, hasta el pomo mi puñal.

CARLOS ¿ Y no huiste ?

LEONCIO Ni aliento me quedó para ello. Fuí detenido, y al volver algunos años después a la razón, encontréme encarcelado por loco, y tal debió ser, pues yo solo conservaba vagos recuerdos de aquella horrible tragedia.

CARLOS Y dime : ¿ Cómo has podido realizar la evasión ?

LEONCIO Ha sido el fruto de muchos años de triste cautiverio. ¡Cuántas veces había intentado arrancarme la vida !

ABAD ¡ Desgraciado !

LEONCIO Pero el recuerdo de mi mujer y de mi hija, me hacían sobrellevar con resignación las cadenas, apoderándose de mí el deseo de la libertad, para poderlas dar, aún que no fuera más que un solo abrazo antes de morir. Con una constancia que sólo se concibe en el preso, empecé a desgastar un eslabón de mi cadena, trabajo al que he dedicado tres años mortales a fin de aprovechar la primera ocasión que se presentara para realizar la fuga. Hará unos cinco o seis días que la Providencia vino en mi auxilio, pues fui destinado a trabajar en el puerto. Al llegar a él, acabé de romper la cadena, precipitándome en el agua en un momento de descuido. Al apercibirse de ello los centinelas, hicieron fuego varias veces sin conseguir hacer blanco, pues yo sólo salía a flor de agua, los precisos momentos para respirar. Un compasivo pescador me recibió a bordo de su barca, y gracias a él puedo respirar la libertad tan anhelada. Lo demás, no es necesario que lo explique, ustedes han sido los únicos testigos.

ESCENA IX

Dichos y JACCOMO

ABAD Permítame un momento.

JACCOMO Monseñor.

ABAD ¿Qué ocurre?

JACCOMO Una cosa inaudita ; los gendarmes han violado los fueros de la Abadía.

ABAD ¿Cómo es eso?

LEONCIO ¡ Justo Dios !

JACCOMO Sí, prendiendo al portador del pliego de los Padres Benedictinos.

ABAD ¿Cómo? ¿En la Abadía?

JACCOMO No en verdad; han aprovechado un momento en que el recadero había salido para llevar su caballo a casa del herrador.

ABAD Voy a verle inmediatamente. (A Leoncio.) Usted no se separe de aquí. (A Carlos.) Tú, haz disponer lo necesario para el alojamiento de tu amigo.

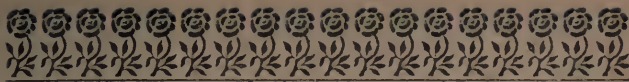
LEONCIO ¡Dios mío! ¡Tan cerca de mi esposa y no permitirá tal vez tu bondad que pueda abrazarla!

CARLOS Nada temas.

ABAD Mis fueros son sagrados. ¡Oh, yo haré comprenderlo así a los que intentan hollarlos!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala. Puerta al foro. Laterales, balcón a la derecha en primer término.
Chimenea, muebles lujosos.

ESCENA PRIMERA

JESUSA, CARLOS y MATILDE. Los primeros junto a la chimenea

CARLOS Reflexione usted que es forzoso atender a la súplica de su marido. Sólo aguarda su resolución, y temo que cometa la imprudencia de llegar hasta aquí.

JESUSA ¡ Oh, no !

CARLOS Nada tendría de extraño, si se deja llevar de su arrebatado carácter.

JESUSA ¿ Y si le escribiera ?

CARLOS Hágalo usted, aunque no creo que le baste.

JESUSA Voy a hacerlo.

MATILDE ¡ Jesusa ! ¿ Te vas sin darme un beso si quiera ?

JESUSA No, es que...

MATILDE Sí, justo, excusas ; pues no han de valerte. (Se coge a su cuello y la besa.) Toma y toma. ¿ Qué es eso ? ¿ Lloras ?

JESUSA Que he de llorar.

MATILDE Vaya, si pretenderás engañarme ; no, de ningún modo. ¿ Qué tienes ? Vamos, no seas mala, dímelo.

JESUSA ¡ Hija mía !...

MATILDE Eso, eso quiero, que me llames hija mía, ya que no puede llamármelo mi pobre madre que está en el cielo.

JESUSA Vamos, no se aflija, señorita.

MATILDE Dame un abrazo y otro beso.

JESUSA ¡ Con el alma entera ! (¡ Qué horrible tormento ! ¡ Oh, no, que lo ignore !) (Se desprende de Matilde y vase.)

ESCENA II

Dichos, menos JESUSA

MATILDE Ya quedamos solos los dos. ¡ Qué buena es, y cuánto me quiere !

CARLOS ¡ Oh, sí, mucho ! Quiérela tú también, que es muy desgraciada. ¿ Quieres acompañarme al despacho de papá ?

MATILDE Ya lo creo ; venga usted. (Vanse.)

ESCENA III

LEONCIO y el ABAD

LEONCIO Qué encontrados sentimientos se despertaron en mí al pisar los umbrales de esta casa. ¿ Dónde estará Jesusa ?

ABAD No hay que impacientarse.

LEONCIO Usted me aseguró que la hija del Doctor había fallecido. ¿ Quién es, pues, la niña a quien mi mujer sirve de aya ? No sé porque me estremece la duda.

ABAD Calma, yo se lo suplico.

LEONCIO La tendré ; sí, es preciso interrogar a mi mujer ; ella sola puede tener la clave del misterio. Pero, ¿ querrá recibirme el Doctor ? ¿ Se negará a satisfacer mis dudas ?

ABAD Yo le suplico a usted que aguarde un momento.

ESCENA IV

Dichos y MATILDE

MATILDE ¡ Monseñor !...

LEONCIO (¡ Ah ! ; Si será !...)

ABAD (Bajo a Leoncio.) ¡ Prudencia !

MATILDE Déjeme usted besar su mano. (Por Leoncio.)

(¿ Quién será este hombre ? ; Da miedo !)

ABAD ¡ Que el cielo te bendiga, hija mía !

LEONCIO (¡ Qué hermosa !... ¿ Si será mi hija ?)

ABAD Voy a ver a tu papá ; quédate aquí un rato con el señor.

MATILDE ¿ Que me quede ? (Con repugnancia.)

ABAD Sí, un momento.

MATILDE Bueno, como usted disponga.

LEONCIO (¡ Con qué recelo me dirige sus miradas !)

ABAD (Bajo a Leoncio.) Creo inútil recomendar a usted que no se deje llevar de su carácter.

MATILDE (¿ Qué se hablarán ?)

ABAD Vuelvo al momento. (Vase.)

ESCENA V

LEONCIO y MATILDE

LEONCIO (¡ Dios eterno ! ; A qué pruebas sujetas mi paternal cariño !)

MATILDE (¡ De qué modo me mira !)

LEONCIO Oyeme, hermosa criatura, acércate.

MATILDE ¿ Que me acerque ?...

LEONCIO Sí ; ¿ acaso no te inspiran lástima los desgraciados ?

MATILDE Ya lo creo ; ¿ quiere una limosna ? Aguarde, vuelvo en seguida.

LEONCIO No, no te muevas, no te apartes de mi lado.

MATILDE Es que me mira usted de un modo...

LEONCIO Yo también tendría una hija de tu misma edad.

- MATILDE ¿Qué? ¿También murió?
LEONCIO Tal vez, no sé.
MATILDE ¿Nada sabe usted de ella?
LEONCIO Nada.
MATILDE Ahora sí que le compadezco. Ahora comprendo que sea usted muy desgraciado.
LEONCIO ¡Oh, sí, lo soy, mucho!
MATILDE ¿Y cómo se llama?
LEONCIO Amparo. ¿Acaso nadie te habló aquí de ella?
MATILDE Nadie. ¿Es que papá la conocía?
LEONCIO Tal vez.
MATILDE Yo tampoco soy feliz, pues no conocí a mi madre. La pobre murió al nacer yo.
LEONCIO ¿Que murió?
MATILDE Sí.
LEONCIO (Será esto una ridícula farsa. ¡Qué sospecha tan atroz!)
MATILDE (Que le pasará al pobre; no sé porque me inspira terror.)
LEONCIO (¿Si esta inocente criatura será el padrón de mi deshonor?)
MATILDE (Sí, sí, me da miedo, yo me marchó.)
LEONCIO No, no salgas. (Deteniéndola.)
MATILDE ¡Déjeme usted!
LEONCIO No, ven a mi lado, acércate.
MATILDE ¿Yo? ¿por qué?
LEONCIO No oiste que ignoro si vive mi hija. Pues bien, selo tú; llámame padre.
MATILDE ¡Qué horror!
LEONCIO Déjame besarte.
MATILDE ¡Oh, no, me asusta su mirada! ¡Me da usted miedo!
LEONCIO ¡Oh, calla! (Reteniéndola.)
MATILDE (Gritando.) ¡Jesusa!... ¡Papá!...
LEONCIO ¡No grites, no grites! ¡Un beso!
MATILDE ¡Nunca! ¡Me hace usted daño!

ESCENA VI

Dichos y JESUSA

JESUSA ¿Qué sucede?... ¡Ah! (Al ver a Leoncio, coge a Matilde, la entra en la puerta de la derecha, cierra y queda frente de ella como protegiéndola.)

LEONCIO ¡Tú! ¡Jesusa!...

JESUSA (¡Dios mío! ¡El!)

LEONCIO ¿Qué, te horroriza mi presencia? ¿Nada tienes qué decirme?

JESUSA Sí... pero...

LEONCIO ¿Qué ¿Habla?

JESUSA Toma. (Le da una carta.)

LEONCIO ¿Qué es eso? ¿Una carta? ¡Ira de Dios!

JESUSA ¡Oh! ¡Cálmate!

LEONCIO ¿Que me calme? ¿Acaso no te notificaron ya mi presencia? ¿Era éste el recibimiento que me reservaba tu cariño? ¿Esta la recompensa a mis sufrimientos? ¡Una carta! ¡Un miserable papel!... ¿Y qué satisfactoria contestación puede encerrar a las preguntas que te dirija? (Transición.) Contéstame; recobré mi sangre fría, toda la que necesito. ¿Quién es esta niña que acabas de separar de mi lado? He de saberlo. ¿Es acaso nuestra hija?

JESUSA No, es la hija del Doctor Smith, a cuyo servicio estoy.

LEONCIO Me consta que es esa la creencia general, y aun la de la niña misma; pero a mí me importa saber la verdad, la que sólo a ti te consta.

JESUSA Pues ya la dije.

LEONCIO Oyeme. Por mis propios ojos he visto la partida de defunción, expedida desde Catania, de la hija única que tuvo el Doctor en su matrimonio.

JESUSA ¿Y acaso podía yo exigir al Doctor, al tomarme a su servicio, explicaciones acerca

la legitimidad de la niña cuyo cuidado me encargaba?

LEONCIO ¿El cuidado?...

JESUSA Sí; ni yo, ni nuestra hija, teníamos un techo donde guarecernos.

LEONCIO ¡Oh, calla, que al expiar mi delito en la infamante condena, lo agravaba el sufrimiento por la suerte que corríais en vuestro desamparo! Pero dime, ¿dónde se halla nuestra hija? ¿Quiero verla?

JESUSA ¿Verla?...

LEONCIO Sí, ¿no está a tu lado?

JESUSA Sólo aquí, en mi corazón.

LEONCIO ¡Muerta! ¡Dios eterno! (Déjase caer en el sillón.) ¡Otro crimen en mi conciencia!

¿Qué me resta ya en este mundo miserable? (Irguiéndose de pronto.) ¡Ah, no! ¡No puede ser! Tú me engañas. Una voz secreta me dice que vive nuestra hija. ¡Desgraciada! ¡Pronto, dime la verdad!

¿Quién será capaz de negarla a su padre?

JESUSA ¿Quién, has dicho? Acaso puede un homicida que al cometer su crimen olvidó al sér que puso al mundo, reclamar el derecho que le asiste para tenerle a su lado?

LEONCIO ¡Es verdad, Dios mío! Pero tú no puedes apoyar tal iniquidad. No debes pretender que renuncie a su cariño. ¿Acaso no me impulsó al crimen el temor de perderos para siempre? ¡Ah, no! Tú lees en mi pecho; esta crueldad que me demuestras, no puede ser en ti más que aparente, no es posible que sea eterno tu rencor.

JESUSA ¿Rencor?... se extinguió, caso de que haya existido en mí; pero yo no puedo acceder a tus deseos. Abandona toda esperanza, no quieras imponerme un nuevo sacrificio que repugna a la conciencia. Sólo me restan lágrimas con que llorar la senda que a los dos nos marcó tu odioso crimen.

LEONCIO ¿Y es esta tu última decisión?

JESUSA Inquebrantable.

LEONCIO ¡ Ah, no ! ya no suplico, ya no imploro ; exijo. Tu suerte está unida a la mía, y en vano procurarás evitarla.

JESUSA ¿ Qué pretendes ?

LEONCIO Que me sigas, o no respondo de mí. Arde la sangre en mis venas ; ya sabes de lo que soy capaz cuando mi razón se extravía.

JESUSA ¿ Qué ? ¿ Acaso no te detendría un nuevo crimen ?

LEONCIO ¿ Dime quién sería el culpable ? No has comprendido aún que tu presencia en esta casa me enloquece y me ciegan los horribles celos ? (La coge de un brazo.)

JESUSA ¡ Suelta ! ¡ Me haces daño !

LEONCIO (La amenaza y deja caer la mano.) ¡ Oh ! ¿ Qué iba a hacer ? ¡ Soy un cobarde, un miserable !

ESCENA VII

Dichos, CARLOS, el ABAD y el DOCTOR

DOCTOR ¿ Acaso olvida usted que es en mi casa sagrada la persona de esta infeliz mujer ?

LEONCIO Debo advertirle, que ninguna explicación vengo obligado a dar de la forma que con ella procedo.

DOCTOR Trataré de convencerle a usted de lo contrario, si logro su atención por unos momentos. Yo suplico a ustedes que me dejen solo con él.

CARLOS ¡ Repórtate, Leoncio !

ABAD - Ven, Jesusa.

JESUSA (¡ Dios mío, no me abandones !)

ESCENA VIII

LEONCIO y DOCTOR

DOCTOR Yo le suplico a usted que se siente y me escuche. Aunque no lo creíamos fácil, teníamos, con su esposa, previsto el caso presente.

LEONCIO ¿El caso presente?

DOCTOR Sí, el de que un indulto, o una fuga, le llevara a usted a nuestra presencia.

LEONCIO ¿Y qué previsión era la que se había tomado?

DOCTOR Yo suplico a usted que me escuche con atención.

LEONCIO Advierto a usted, en primer lugar, que soy yo quien desea que se le conteste antes a ciertas preguntas.

DOCTOR Desde ahora me allano a satisfacerlas.

LEONCIO Lo calculo difícil si la verdad ha de guiarnos.

DOCTOR Toleró la impertinencia de esta duda.

LEONCIO En primer lugar, creo le sería difícil, al señor Doctor, exhibir la partida de bautismo de su hija.

DOCTOR No tan sólo difícil, sino imposible, porque yo no tengo hija alguna.

LEONCIO Pues entonces, ¿y esta niña que vi hace pocos instantes en esta misma habitación?

DOCTOR Esta niña que cree todo el mundo hija mía, y aun ella misma, no es mía, sino de usted.

LEONCIO ¡ Ah ! ¡ Ella ! ¡ Mi hija ! ¡ Oh ! ¡ Ahora es cuando necesito vivir ! ¡ Sí, por ella solamente !

DOCTOR Calma ; más que nunca la necesita usted.

LEONCIO ¿Entonces, por qué mi mujer ha mentido? ¿Por qué me lo ha negado su propia madre? ¿Qué misterio se desarrolla en derredor de mi paternal cariño? Pronto ; pe-

ro, ¡qué me importa ya todo! ¡Lloraba a mi hija perdida, y usted me la restituye!... No me detenga usted un momento más, quiero abrazarla, ahora, ahora mismo...

DOCTOR (Poniéndose frente a la puerta.) Le prohibo a usted dar un paso.

LEONCIO ¿Es que se pretende usted interponer entre el padre y la hija?...

DOCTOR Pretendo únicamente recordar al padre su condición.

LEONCIO ¿Qué? (Le amenaza.)

DOCTOR (Impasible.) Siéntese usted nuevamente y escúcheme.

LEONCIO (Se siente dominado.) (No sé que dominio ejerce en mí este hombre.)

DOCTOR Hace ocho años, que enferma y sin recursos, ingresó en el hospital de Catania, una pobre mujer y una tierna niña. Me interesé por su desgraciada suerte, y supe el infortunio que pesaba sobre ellas. Al contemplar a la inocente criatura, me decía yo mismo: ¿Qué será de ti, cuando preguntes por tu padre? ¿Qué hombre será capaz de unir su destino al de la hija del presidiario?

LEONCIO ¡Oh, cálese, por piedad!

DOCTOR Tales ideas, al bullir en mi cerebro, me sugirieron una idea que propuse a la infortunada madre. La adoptaré, la dije, a esta tierna niña, llevará mi nombre, y usted permanecerá a su lado. Tal ha sido mi obra; ahora, confiese usted si tiene derecho a guardarme rencor alguno.

LEONCIO Está bien; pero sonó la hora en que es indispensable borrar tales ficciones. Llame usted al momento a mi mujer y a mi hija, y ante ellas declare la verdad, restituyendo a mis brazos un cariño que a usted no le pertenece.

DOCTOR De ningún modo. No espere usted tal cosa de mí.

LEONCIO ¿Se niega usted?

DOCTOR En absoluto.

LEONCIO No importa, lo haré yo por usted. (Al dirigirse a la puerta, el Doctor le cierra el paso.) ¿Qué? ¿Se atreve usted a impedírmelo? ¡Ya no respeto nada! ¡Ira de Dios! (Le amenaza.)

DOCTOR No me infunden miedo sus arrebatos. Escuche usted hasta el fin, y luego obre según le parezca. Esta inocente criatura, cree precisamente que soy su padre, me ve por todos respetado; ahora bien, atrévase usted a descubrirle la verdad, diciéndole: «Tu padre soy yo, el fugado de presidio, el que se manchó con la sangre del hermano de tu madre.» Atrévase usted a ello, y cuando con tales palabras haya dictado su sentencia de muerte, nada podrá echarme en cara.

LEONCIO ¡Oh, no más, no más! ¡Qué crueldad encierran tales palabras! Cállese usted, si no quiere que con un nuevo crimen haga enmudecerle para siempre.

DOCTOR Callaré, siempre que ahogando usted su egoísmo, no quiera sacrificar la vida de una niña pura e inocente. Este es el cariño que quiero ver en usted, esta es la grandeza de corazón que espero.

LEONCIO Del corazón que ha hecho usted pedazos año tras año, arrancándole el afecto que en él existía, y como si no bastara tanta crueldad, hace usted aparecerle como el verdugo del único sér por el cual alienta.

DOCTOR ¿Qué usted quiere a su hija?

LEONCIO ¿Y lo duda usted?

DOCTOR Pruébemelo, sacrificando su vida, si es preciso, en aras de este cariño.

LEONCIO ¡Es usted inexorable!

DOCTOR Soy justo; fiel a mi profesión, debo descarnar la llaga; ahora ya, queda usted libre. De su resolución depende la felicidad o acaso la existencia de su hija. Ni una palabra más debo añadir.

LEONCIO ¡ Oh ! (Se aparta, cubriéndose el rostro con las manos.)
DOCTOR (Va á la izquierda.) ¡ Señor Abad !... ¡ Jesusa !...

ESCENA IX

Dichos, el ABAD, JESUSA y luego MATILDE

JESUSA (Bajo al Doctor.) (¿ Le ha confesado usted?...)
DOCTOR (Sí ; sólo Dios puede obrar un milagro, tocándole el corazón.)
MATILDE ¡ Papá ! Al fin te encuentro. (Le abraza.)
DOCTOR ¿ Qué ocurre, hija mía ?
MATILDE Que no me quieres.
DOCTOR ¿ Por qué ? Habla.
MATILDE ¡ Si supieras el miedo que pasé ! Y tú sin venir, llamándote inútilmente.
DOCTOR ¿ Qué ha pasado ?
MATILDE Verás ; creí hace poco hallarte, cuando al entrar me encontré con aquel hombre, ¿ sabes ? Aquel hombre que tiene aquellos ojos ; yo no sé si debe estar loco, pero su presencia me causa terror.
LEONCIO (¡ Esto más, Dios eterno !)
MATILDE Pues bien ; se vino hacia mí, y quería abrazarme, que le diera un beso...
DOCTOR ¿ Y por qué no le complaciste ? Es un desgraciado, y Dios nos manda compadecernos del infortunio.
MATILDE Es que además quería que le llamase padre. ¡ Padre, a él ! ¡ Qué horror ! Mi padre eres tú, sólo tú, que en nada te le pareces.
LEONCIO ¡ Oh, no puedo más ! (Adelantándose.)
MATILDE (Al verle, se abraza con el Doctor.) ¡ Ah ! ¡ Está aquí ! ¡ No me dejes, papá !
DOCTOR (¡ Pobre hombre !)
ABAD (¡ Qué tremenda expiación !)

- JESUSA ; Compasión por él, señorita, que ningún mal la quiere a usted !
- LEONCIO ; Oh, no ; bien lo sabe Dios !
- MATILDE Bueno, pero yo no puedo resistir su mirada ; me espanta. (Se abraza al Doctor.) Vamos, vamos, papá, donde no le vea.
- ABAD ; Un poco de caridad, hija mía !
- MATILDE Si me da lástima, sí, mucha ; pero vamos, vamos. (Arrastra al Doctor, que se lo lleva. Leoncio cae abatido en una silla ; el Abad le contempla y se acerca a él.)
- ABAD ; Yo bendigo la abnegación de usted ; dura ha sido la prueba ; continúe haciéndose superior a ella, y sólo así puede la rehabilitación devolverle el cariño de los suyos algún día ! (Vase.)

ESCENA X

LEONCIO y JESUSA

- JESUSA (No me atrevo a mirarle.) Leoncio...
- LEONCIO Aparta, no te acerques. ¿Qué puedes ya arrebatarme? ¿Y has sido tú, su madre, quien ha extinguido en su corazón el más remoto recuerdo del cariño paternal? ¿Tú, que fríamente has calculado una situación que exige algo superior a mis fuerzas? ¡Ah, no, no es posible ; las leyes de la naturaleza no pueden violarlas tu refinado egoísmo !
- JESUSA ¿Qué pretendes?
- LEONCIO Llamar nuevamente a nuestra hija, descubrirle la verdad, toda, por horrible que sea, obligarla a obedecer uno de los mandamientos de la ley de Dios.
- JESUSA Sí, y decírselo todo como tú exiges ; descubrirle tu miserable condición.

LEONCIO ; No sigas !...

JESUSA Decirle : « ¡ Tu padre es un presidiario ; desde hoy debes ocultarte a los ojos de todo el mundo. Quedan destruídas de una vez tus más dulces ilusiones. » Atrévete, y dime entonces quién es el egoísta.

LEONCIO Pero tú estás a su lado, la ves a todas horas.

JESUSA ¿ Y envidias por ello mi triste suerte ?
¿ Mi condición que me obliga a ocultarle la clase de afecto que a ella me liga ? ¿ El tormento que a todas horas, a cada instante debo recordar ?

LEONCIO ¡ Oh, calla ! Sí, venciste ; cúmplase mi destino hasta el fin. Hoy mismo abandonaré esta tierra, dónde queda mi corazón sepultado ; me ocultaré en un desierto, donde pueda expirar olvidado de cuanto me liga a esta miserable vida.

JESUSA ¡ Y yo te seguiré a donde sea ! Al fin Dios iluminó tu alma. Sabré cumplir mi deber.

LEONCIO ¿ Qué escuchas ? ¿ Tú ?

JESUSA ¡ Sí !

LEONCIO ¿ Sin que te repugne la suerte del pasado ?

JESUSA ¡ Oh, no ! Yo debo ser tu guía, tu sostén en las penalidades que te impongas ; recobras tu compañera ; no te abandonaré jamás.

LEONCIO ¡ Jesusa ! ¡ Esposa mía ! ¡ Déjame estrechar tu mano !

JESUSA Tómala ; la recobras desde este instante.

(Leoncio se la besa emocionado.)

LEONCIO ¡ Dios de bondad ! ¡ Qué consuelo me prestas !

JESUSA El que reserva a los que se arrepienten.

LEONCIO ¡ Oh, déjame llorar !

JESUSA ¡ Lloras, sí ! Derrama en mi seno tus lágrimas, que son el bálsamo para las heridas del alma.

LEONCIO ¡ Eres una santa ! Ahora lo reconozco.
(Oyese cantar a Matilde.)

JESUSA ¿Oyes? ¡ Es el canto de un ángel que te bendice ! ¡ Es la voz de nuestra hija !
LEONCIO ¡ Sí, un eco del cielo, que penetrando en mi corazón, le hace comprender sus errores y llorar sus extravíos ! (Se abrazan.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala despacho de Doctor. Puerta al foro, otra en primer término a la derecha y balcón a la izquierda. Librería, mesa escritorio. Muebles y objetos apropiados.

ESCENA PRIMERA

LEONCIO, el DOCTOR y el ABAD, que sale por el foro con CARLOS

CARLOS Hemos cometido una imprudencia.

ABAD ¿Qué ocurre?

CARLOS Que Leoncio no debía abandonar la Abadía que no fuera por lo menos entrada la noche.

LEONCIO ¿Tú crees que mi presencia ha despertado sospechas?

CARLOS Sin duda alguna, y así me lo ha hecho creer la presencia de algunos gendarmes por los alrededores de la Abadía.

ABAD Mis temores eran fundados. No debía usted abandonar el sagrado asilo.

LEONCIO Es inútil; no volveré a presidio, suceda lo que suceda.

ABAD ¿Qué significan tales palabras?

LEONCIO Silencio, mi esposa.

ABAD Carlos, dejémosle sólo con ella.

CARLOS Sí, mientras dispongo lo necesario a fin de que puedan ponerte en salvo.

LEONCIO Te agradezco tu interés, pero ya es en

vano todo para mí. Créeme, la muerte se cierce sobre mi frente, siento la opresión de su helada mano.

ABAD No hable usted de tal modo, que es dudar de la divina Providencia.

CARLOS Abre tu pecho a la esperanza. Adiós.

ABAD ¡Que el Señor aparte de usted las malas ideas ! (Vanse.)

ESCENA II

LEONCIO ; a poco, JESUSA

LEONCIO ¡ Pobres amigos míos ! ¡ Qué consuelos pretenden derramar inútilmente en mi corazón !

JESUSA Leoncio... Creí que el señor Abad y Carlos se hallaban contigo.

LEONCIO Sí, pero marcharon ahora mismo, con el fin de preparar lo necesario para mi huida. Los gendarmes vigilan la Abadía.

JESUSA ¡ Gran Dios !

LEONCIO Nada temas. Al recobrar su presa, si así desgraciadamente sucediera, sería por muy escaso tiempo. El grillete que nuevamente remachara el verdugo, se encargaría muy pronto de romperlo la muerte.

JESUSA ¡ Oh, calla ! ¡ No ! ¡ Tú vivirás, tú debes vivir !

LEONCIO ¿ Vivir yo?... y ¿ tú lo deseas ?

JESUSA Con el alma.

LEONCIO Oyeme, esposa mía, hálbame con el corazón ; como contigo misma, como a los pies del confesor. Sea tu contestación cual fuere, te juro que no voy a guardarte el más mínimo rencor, siempre que la sinceridad guíe tu palabra.

JESUSA Habla, te lo juro.

LEONCIO Durante estos terribles años, ¿ no pensaste alguna vez en mi muerte ? Mejor dicho, ¿ en el caso de que con ella recobraras tu

libertad, rompiendo los lazos que te ligan a mi suerte?

JESUSA No comprendo... Acaba...

LEONCIO Aunque me repugne, voy a serte más explícito. Oyeme. Si Dios hubiera dispuesto de mi vida, y el Doctor Smith te hubiera propuesto...

JESUSA ¿Qué?

LEONCIO Ser su esposa...

JESUSA ¡Calla, Leoncio !...

LEONCIO No, te juro que no voy a reprocharte por tu contestación. Dime, contesta, ¿le habrías concedido tu mano, a no haber en este mundo lazo alguno que a mí te ligara? (Jesusa baja los ojos.) Está bien, no es necesario que me lo afirmes. Tu silencio y tu turbación me han hablado con harta elocuencia.

JESUSA ¡ Leoncio, por Dios ! es cruel lo que estás haciendo conmigo.

LEONCIO Y dime, ¿estás dispuesta a seguirme? ¿A abandonar esta casa donde nada te falta?

JESUSA Sí, ahora mismo si es preciso. Yo compartiré tu suerte contigo. Y si el destino quisiera nuevamente sepultarte en la obscuridad de un calabozo, yo me aferraría a su reja, para llevarte hasta allí mis últimos consuelos.

LEONCIO ¡ Oh, Jesusa !

JESUSA ¿Por qué no decírtelo? Tu desgracia ha hecho reaparecer en mí el loco cariño que un día hiciste brotar en mi corazón y te amo, ¡ te amo como nunca tal vez !

LEONCIO ¡ Ah, Jesusa ! ¡ Esposa mía ! ¡ En mis brazos ! (Se abrazan.) ¡ Gracias, Dios mío, gracias ! ¿Qué representan las duras pruebas a que me ha sometido tu justicia, si permites en tales instantes que goce una dicha cual nunca soñé? ¡ Qué bello es vivir ! ¡ Qué hermoso el mundo entre los brazos adorados !

JESUSA No dudes un instante, Leoncio ; yo com-

partiré gustosa contigo los azares de la suerte, seré tu sostén, no habrá fuerza que me arranque de tu lado.

LEONCIO Déjame ahora un instante, ve al lado de nuestra hija ; poco queda ya para retenerla cerca de ti.

JESUSA Sabremos de ella sin embargo, su padre adoptivo nos transmitirá noticias muy a menudo.

LEONCIO Dios le premie todo el bien que nos hace al velar por nuestra inocente hija.

JESUSA Hasta muy pronto.

LEONCIO ¡ Adiós, esposa mía ; que el cielo te bendiga ! (Vase Jesusa.)

ESCENA III

LEONCIO

LEONCIO Yo no debo llevar mi egoísmo al extremo de sacrificar a esta santa mujer que en un instante ha derramado en mí el mayor bien apetecido. Voy a leer por última vez su terrible carta. (Lee.) «Leoncio : no basta sacrificártelo todo, hasta la vida de los míos. Desde el día fatal que tu acero atravesó el corazón de mi hermano, se apoderó de mí un odio...» ¡ Ah, no, no... no puedo continuar !... «¿Por qué pretendes nuevamente levantar la losa del olvido? ¿Quieres privarme de un asilo que tú en cambio no puedes ofrecer? ¿Intentas, insensato, recobrar un amor del que sólo restan frías cenizas? Abandona estos lugares, y sólo así recobrarás el derecho de una lágrima a tu memoria...» (Queda abatido.) Sí, tiene razón ; sólo abandonando estos lugares puedo recobrar el derecho de que se derrame una lágrima a mi memoria. Debo morir, pero ni para llevar a efecto esta resolución tengo los medios.

No poseo ni un arma, ni un veneno, nada. (Se acerca al balcón.) ¡ Ah ! ¡ Este balcón ! No, sería inútil ; Dios me niega hasta este último medio. (*) (Ve un instrumento de cirugía.) ¡ Ah, al fin ! ¡ Que el cielo perdone al cobarde suicida ; acabemos, pronto ! (Va a herirse y oye la voz de Matilde.)

MATILDE

¡ Papá !

LEONCIO

¡ Ah, mi hija ! ¡ No puedo, no puedo ! (Deja el instrumento y cae abatido en una silla.)

ESCENA IV

LEONCIO y MATILDE

LEONCIO La voz de mi hija, por la cual impide el cielo que cometa un nuevo crimen.

MATILDE ¡ Papá ! ¡ Papá !... ¡ Ah !... (Entrando. Al ver a Leoncio.) ¡ Usted aquí ! (Hace ademán de marcharse.)

LEONCIO No, por Dios no te vayas, no prives a mis ojos de tu presencia.

MATILDE Es que... (¡ Pobrecito !)

LEONCIO Oyeme, siquiera por última vez ; no volveré a turbar tu sosiego con mis palabras. Ya no me verás más, ya me marchó para siempre.

MATILDE Ya está usted bueno. ¿ Mi papá le ha curado a usted ? Cuánto me alegro. ¿ Es un sabio, verdad ? Todo el mundo lo dice ; y muy bueno, me quiere mucho.

LEONCIO (¿ Más castigo, Dios mío ?) Sí, ya me ha curado, ya no te asustará mi presencia. Pero, ¿ por qué produzco en ti tal efecto ?

MATILDE ¡ No sé, tiene usted un modo de mirarme !...

LEONCIO Yo procuraré corregirme, mirarte de otro modo, ya ves que no intento causarte daño alguno. ¡ Oh, si supieras !...

MATILDE ¡ Ve usted, ya vuelve a mirarme así !...

(*) Véase la hijuela final.

- LEONCIO No, no ; un momento, hermosa niña ; te lo suplicaré de rodillas si es preciso. Sujétame los brazos si quieres. (Se arrodilla.)
- MATILDE ¿Porque se arrodilla usted? No, yo no lo quiero ; levántese, levántese.
- LEONCIO ¡Al fin he conseguido tu piedad !
- MATILDE Si yo no le quiero a usted mal, me da lástima. No permanezca usted más en el suelo.
- LEONCIO ¿Quieres darme tu mano para ayudarme?
- MATILDE Sí, ya lo creo, tome usted. (Le da la mano.)
- LEONCIO (¡ Gracias, Dios mío ! ¡ Es ella quien me presta su auxilio ! Voy a estrechar su mano.)
- MATILDE (Se apercibe de la señal que tiene en la muñeca y se aparta.) ¡ Ah ! ¿Qué es esta señal?
- LEONCIO (¡ Dios mío, la marca infamante !) ¡ Deja, deja !
- MATILDE Esta señal es la misma que vi en los presidiarios de Nápoles. ¡ Oh, apártese usted ! ¡ Ahora sí que me da miedo !
- LEONCIO ¡ Ah ! (Se cubre el rostro.)
- MATILDE ¿Entonces debe ser usted un mal hombre, un ladrón, un asesino tal vez?
- LEONCIO ¡ Por favor, tenme lástima ! ¡ Tú no puedes comprender mis sufrimientos !
- MATILDE Sí, los comprendo. Pero usted no puede ir a buscar a su hija, como decía.
- LEONCIO ¿Por qué?
- MATILDE Se avergonzaría.
- LEONCIO Sí, (Haciendo un esfuerzo.) es verdad, se avergonzaría ; pero mi hija ya no existe.
- MATILDE ¿Ha muerto?
- LEONCIO ¡ Sí, para mi cariño a lo menos ! (Se deja caer en una silla, sin fuerzas.)
- MATILDE (¡ Pobrecito !) ¿Qué, se pone usted malo? Aguarde, voy a llamar. ¡ Papá !
- LEONCIO ¡ No, no grites ! El remedio a mis males sólo tú podrías proporcionármelo.
- MATILDE No entiendo. ¿Qué yo puedo proporcionárselo?
- LEONCIO Sí, tú, si con tu voz inocente pides a Dios

de todo corazón que ponga término a mis torturas. El Señor oirá tus súplicas y hará llegar hasta mí el consuelo que reclamo, la resignación que necesito.

MATILDE ¡ Ah, sí ! ¡ Rezaré por usted, que se apia-
de sus sufrimientos, que no le abandone
su infinita misericordia ! (Se arrodilla junto a
Leoncio, cruzando sus manos en actitud de orar. Leon-
cio la contempla extasiado, sintiendo los primeros sín-
tomas de la agonía, mientras dice con voz balbuciente,
procurando extender la mano sobre la cabeza de Ma-
tilde.)

LEONCIO ¡ Señor, tú que moras en las altas regio-
nes, escucha la voz de este ángel que rue-
ga por mí ! ¡ Haz que no baje a la tumba
sin haber recibido el último beso de mi
hija, y que la única mujer que he querido
en este mundo cierre mis párpados. (Con
un esfuerzo toca los cabellos de Matilde, llevándolos a
los labios. Pausa.)

MATILDE ¿ Está usted ya mejor ? Estoy segura que
el cielo escuchó mi plegaria.

LEONCIO Sí, hija mía ; poco durarán ya mis penas.

MATILDE ¿ Si supiera usted lo que ha pasado por mí
en estos instantes ?

LEONCIO ¿ Qué ? ¡ Dime !

MATILDE Que ya no le tengo a usted miedo alguno ;
al contrario.

LEONCIO ¿ Será posible ? (¡ Gracias, Dios de bon-
dad !) ¡ Habla, habla !

MATILDE No sé porque siento sus penas como si
fueran mías ; no acierto a comprender lo
que pasa dentro de mí. Porque tendré de-
seo de llorar, y lloro, lloro de verdad, mi-
re usted.

LEONCIO ¿ Y son por mí esas lágrimas ? ... ¡ Por
mí ! ... ¡ Gracias, Dios eterno ! ¡ Qué más
puedo pedirte en mis últimos momentos.

MATILDE Será extraño, pero le puedo asegurar que
me aflige la idea de que usted se marche
para siempre.

LEONCIO ¿ Será verdad ? ¡ Oh, habla ! ¡ Si tú supie-

MATILDE ras el bien que me hacen tus palabras !...
¿Por qué no confesarle a usted la ver-
dad? ¡Cuasi le quiero !... No se marche
usted; papá es muy bueno y consentirá
que viva usted con nosotros. ¿Ahora que
ya ha perdido usted su hija, que interés
tiene en seguir por el mundo? Quédese
con nosotros, le cuidaremos. ¡ Si usted su-
piera lo buena que es Jesusa !...

LEONCIO ¡ Jesusa !

MATILDE Sí, mi aya; me ha criado a su lado, y la
ingrata, según me dijo, va a abandonar-
nos también. Y lloraba mucho. Acaso sa-
be usted por qué lloraba tanto.

LEONCIO ¿Lloraba?

MATILDE Sí, y me besaba, me besaba como nunca
en su vida lo había hecho. ¡ Yo no sé qué
amarga despedida brotaba de sus labios !

LEONCIO ¡ Ah, no ! Jesusa no puede apartarse de tu
lado.

MATILDE ¡ Si pudiera usted convencerla !... Yo no
he conocido a mamá; la pobre dicen que
murió cuando yo nací. Fué la causa de su
muerte; creo que por eso me castiga Dios
apartando de mi lado a la persona que yo
he querido como si me hubiera dado el
sér.

LEONCIO ¡ Pobre niña ! yo te aseguro que no suce-
derá así.

MATILDE ¿Usted me lo asegura?

LEONCIO Sí.

MATILDE ¿Y qué poder tiene usted para ello?
¿Quién es, pues, usted?

LEONCIO Soy... soy... un desgraciado que compra-
ría tu dicha a costa de su vida, que no es-
casearía una gota de su sangre si pudiera
con ella evitarte aún que no fuera más que
una lágrima.

MATILDE ¡ Qué aturdida soy y qué ingrata ! ¿Cómo
he podido sentir miedo cuando usted se
acercaba a mí? ¿Cuando me pedía sólo
que le besara?

- LEONCIO ¡ Hija
MATILDE ¿ Qué?
LEONCIO Hija mía ; déjate nombrar así ; no niegues este consuelo a un moribundo al borde de su sepulcro. (Desfallece pór momentos.) Oyeme : ¿ y si tu madre no hubiera fallecido? ¿ Si desde tu infancia no se hubiera separado de tu lado?
MATILDE ¿ Qué? ¿ Qué dice usted? ¿ Sería esto posible?
LEONCIO Sí, lo es. Oyeme ; pocos instantes me quedan ya de vida y no quiero bajar a la tumba con el secreto... ¡ Jesusa !...
MATILDE Sí, ¿ qué?
LEONCIO ¡ Es tu madre ! (Con voz apagada.)
MATILDE ¡ Mi madre ! Oh, no es posible ; usted me engaña. ¿ Por qué razón habría callado durante tantos años? ¡ Ah, no, no, no es posible !
LEONCIO Lo es ; un moribundo no miente. ¡ Ahora puedo ya morir !... (Cae en un abatimiento.) ¡ Jesusa !...

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DOCTOR y JESUSA

- LEONCIO No, no llames... muero...
DOCTOR ¡ Matilde !
MATILDE ¡ Pronto, sálvele usted, papá, se muere !
JESUSA ¡ Dios mío ! ¡ Leoncio ! ¡ Leoncio mío !
LEONCIO (Con voz apagada.) ¡ Jesusa ! Es inútil todo ; voy a morir...
JESUSA ¡ Yo quiero que vivas !
MATILDE Sí, papá, que viva. ¡ Si supieras lo que acaba de decirme !
JES. Y DOC. ¿ Qué?
MATILDE (A Jesusa.) ¡ Que tú eres mi madre !
JESUSA ¡ Justo Dios !
DOCTOR (Era forzoso.)
JESUSA Oyeme, Leoncio ; has revelado...

LEONCIO (Cada vez desfalleciéndose más.) ¡Nada temas !... Ven, acércate... y usted también, Doctor. (Junta las manos de los dos.) No desoigáis la voz de un moribundo que junta vuestras manos, al pie del sepulcro... ¡Vela por ella !... ¡Sed su amparo !...

JESUSA ¡Leoncio !

DOCTOR (¡Infeliz !)

JESUSA Un sacerdote, Doctor.

DOCTOR (Es ya inútil.)

JESUSA ¡Yo quiero que vivas !

MATILDE ¡Sí, y yo !

LEONCIO Dejad que esta inocente niña se acerque a mí.

JESUSA ¡Oh, sí, Matilde ! (La acerca a Leoncio.)

LEONCIO ¡Ruega a Dios por mí !

JESUSA Abrázale, llámale padre en sus últimos instantes.

MATILDE ¡Oh, sí !

DOCTOR Déjale morir oyendo tan dulce palabra de tus labios.

MATILDE ¡Padre !...

LEONCIO (Desfalleciendo.) ¡Qué ! ¿Tú?... ¡Hi...ja !... ¡Dios te bendiga !...

JESUSA Abrázala, Leoncio. Imprime en su frente tu último beso. (Leoncio hace un esfuerzo para besar a Matilde y cae.)

TODOS ¡¡Ah ! !...

DOCTOR ¡Que el señor le acoja en su seno !...

MATILDE ¡Ah !... ¡Muerto !...

JESUSA ¡Matilde, hija mía, recemos por él ! (Se abrazan.)

TELÓN

FIN DEL DRAMA

H I J U E L A

A gusto del primer actor, puede, desde el punto marcado, terminar la obra como sigue:

LEONCIO (Leoncio, paseando su mirada por la escena, se fija en una vitrina, en donde hay varios frascos rotulados.)
(De pronto, fijándose en uno de ellos.) ¡ Ah, sí !...
¡ Dios o el diablo lo ponen al alcance de mi mano !... (Leyendo en uno de los frascos :)
¡ Estricnina ! ¡ Acabemos de una vez con esa vida miserable ! (Viendo que la vitrina está cerrada con llave.) ¡ Imposible !... está cerrado. (Viendo un manojo de llavecitas, que penden de otra metida en la cerradura de un cajón.) ¿ Si se encontrara la llave entre estas ?... (Examinando que nadie se acerque.) Estoy solo, completamente solo. ¿ Por qué vacilo, si difícilmente se me presentará otra ocasión ? ¿ A qué empeñarme en prolongar una vida que también se me escapa por momentos ? La muerte me llama, ofreciéndome el eterno reposo. (Toma las llaves y con precaución, para que nadie le sorprenda, las va probando en la cerradura de la vitrina, hasta que al fin halla una que la abre.)
¡ Ah, esta es ! ¡ Tengo la muerte en mis manos ! (Vacilando.) ¿ Y tiemblo ?... ¿ y dudo ?... ¡ Hija mía, agradécele a tu padre su postrer sacrificio ! (Entorna la vidriera de la vitrina y se dispone a beber el contenido del frasco que ha tomado, cuando en este momento se oye la voz de Matilde.)
MATILDE ¡ Papá !...
LEONCIO ¡ Mi hija !... ¡ Ella !... ¡ No puedo, no puedo ! (Escóndese el frasco entre sus ropas.)

ESCENA IV

Dicho y MATILDE

LEONCIO Es Dios que me impide cometer un nuevo crimen.

MATILDE (Saliendo precipitadamente.) ¡ Papá ! ¡ Papá !...
(Viendo a Leoncio.) ¡ Ah ! ¿ es usted ? (Hace ademán de marcharse.)

LEONCIO (Con dulzura, procurando detenerla.) No, por Dios, no te vayas ; deja que mis ojos puedan contemplarte quizá por vez postrera.

MATILDE Es que... (¡ Pobrecito... me da pena !)

LEONCIO Es mi última súplica ; no volverán mis palabras a turbar tu sosiego. Ya no volverás a verme. En breve, emprenderé un viaje del que no se vuelve jamás.

MATILDE ¿ Se marcha usted ? ... ¿ Mi papá le ha curado ?... ¡ Cuánto me alegro ! Es un sabio, ¿ verdad ?... y muy bueno... Si supiera usted cuánto me quiere... No todos los padres quieren a sus hijos del mismo modo.

LEONCIO (¡ Dios mío, a qué pruebas me sujetas !)
Sí, sí ; ya estoy curado. Pero oye, ¿ por qué te asusta mi presencia ?

MATILDE No, si ya no me asusta. ¡ Pero es que me mira usted de un modo !...

LEONCIO Procuraré corregirme, mirarte de modo que te atemorice menos. ¡ Oh, si tú supieras !...

MATILDE ¿ Ve usted ?...

LEONCIO ¿ Qué ?...

MATILDE Que ya me mira como antes.

LEONCIO Sí, sí, es verdad. (Arrodillándose a sus pies.)

MATILDE ¿ Por qué se arrodilla usted ?...

LEONCIO Para demostrarte que no es mi intención el producirte mal alguno ; para suplicarte de rodillas me oigas, que me compadezcas.

MATILDE Si ya le compadezco a usted. Levántese,

levántese, se lo suplico. Si yo tampoco le quiero a usted mal, al contrario; pero, por Dios, levántese del suelo.

LEONCIO ¿Quieres darme tu mano?

MATILDE (Después de vencer su resistencia.) Sí, sí, señor.
(Se la da.)

LEONCIO (¡ Gracias, Dios mío ! Al fin logré enter-
necerla.)

MATILDE (Le da la mano y se fija en la señal de la muñeca de
Leoncio.) ¿Qué es esta señal?

LEONCIO (¡ Dios de piedad ! ¡ La marca infaman-
te !) (Procurando retroceder la mano.) ¡ Deja !...
¡ Suelta !...

MATILDE ¡ Esta marca es la misma que vi en los
presidarios de Nápoles !...

LEONCIO ¡ Oh, calla !...

MATILDE ¿ Tal vez usted ?... (Apartándose.) Sí, sí...
¡ Oh... Ahora sí que me da miedo !...

LEONCIO ¡ Ah !... (Se cubre el rostro.)

MATILDE ¿ Es que usted es un mal hombre ?... ¡ Un
ladrón tal vez !...

LEONCIO ¡ Calla !... ¡ Tú no puedes comprender el
tormento que tus palabras me produ-
cen !...

MATILDE ¡ Un presidiario !...

LEONCIO ¡ Por piedad !

MATILDE ¿ Y tiene usted una hija ?

LEONCIO ¡ Oh, sí !...

MATILDE ¿ Y quiere usted ir a su encuentro ? Eso
no es posible.

LEONCIO ¿ Por qué ?

MATILDE ¿ No comprende que se avergonzaría de
su padre ?

LEONCIO (Como herido por el rayo.) ¡ Ah ! ¿ qué has di-
cho ?... ¿ Qué se avergonzaría de mí ?
(Transición.) Es verdad, sí, tienes razón ; pe-
ro mi hija ya no existe.

MATILDE ¿ Ha muerto ?

LEONCIO Para mi cariño por lo menos. (Se deja caer
en un sillón, sin fuerzas.)

MATILDE ¿ Se pone usted malo ?

LEONCIO (¿ Qué espero ya ?)

MATILDE ¿Voy a llamar?...

LEONCIO No, no llames, no grites ; sólo tú puedes proporcionarme el remedio a mis males.

MATILDE ¿Qué?... .

LEONCIO Sí, tú, tú con tu voz inocente. Ruega al cielo de todo corazón que ponga fin a mis penas. El Señor oirá tus oraciones y hará llegar hasta mí la resignación y el valor que necesito para poner fin a mis tormentos.

MATILDE ¡Ah, sí!... ¡Rezaré, rezaré por usted ; que se apiade de sus infortunios, que no le abandone ! (Se arrodilla junto a Leoncio, cruzando sus manos en actitud de orar. Leoncio la contempla extasiado, poniéndose la mano en el pecho. Halla el frasco de la estriénina y dice en voz baja :)

LEONCIO (¡ Ah, aquí... aquí está !) (Saca el frasco de entre sus ropas sin que Matilde lo note.) Moriré escuchando su voz, su plegaria me abrirá las puertas del cielo. ¡ Perdóname, Dios mío ! Es por ella, por ella mi sacrificio. (Apura el contenido del frasco y lo tira, quedando abatido. Matilde se levanta con el ruido.)

MATILDE ¿Qué? ¿Qué es esto?

LEONCIO Reza, reza, hermosa niña ; mis penas van a tener breve fin.

MATILDE ¡ Si supiera usted lo que he sentido en tan breves instantes !

LEONCIO ¿Qué? dime.

MATILDE Que ya no me causa usted ningún temor, al contrario.

LEONCIO ¿Será verdad? ¡ Oh, habla, habla !...

MATILDE Que parece como si fueran más sus penas. ¡ Que siento dentro de mí un cambio incomprensible !... Que las lágrimas acuden a mis ojos ; que me ahoga el llanto.

LEONCIO ¿Y es por mí?... ¿por mí?... ¡ Dios eterno ! ¡ Oh, gracias, gracias ! ¡ Qué más podía pedirte en mis últimos momentos !...

MATILDE Y no sé porque siento que usted nos abandone.

LEONCIO ¡ Si tú supieras !... (Sintiéndose los primeros efec-

tos de la estrignina.) (¡ Ah, la muerte, la muerte !) (Procura resistir.)

MATILDE Yo diré a papá que le permita vivir con nosotros ; ya que ha perdido una hija, yo haré sus veces.

LEONCIO ¡ Hi...ja !... (Empezando a retorcerse, a efecto de la estricnina.)

MATILDE Jesusa, mi aya, quiere marcharse también y lloraba mucho.

LEONCIO (Haciendo esfuerzos.) ¿ Que lloraba ?... ¡ No, no marchará !...

MATILDE ¿ Usted lo dice ?... y ¿ qué poder tiene usted para hacerla quedar ? ¿ Quién es usted ?...

LEONCIO Soy... soy... (Sintiendo cada vez más los efectos de la estricnina.) un desgraciado, que a costa de su vida comprará tu dicha. (Haciendo esfuerzos y sintiendo los estertores de la muerte.)

MATILDE ¡ Usted se pone malo ! Lllamaré, llamaré.

LEONCIO No... hi...ja... oye... Jesu...sa es...

MATILDE ¿ Qué es ?

LEONCIO Es... ¡ tu... madre !... (Se retuerce en las más horribles convulsiones.)

MATILDE ¡ Mi madre !... ¡ Y usted se muere !... ¡ Papá... papá !...

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DOCTOR y JESUSA

DOCTOR ¡ Matilde !... ¿ Qué sucede ?...

MATILDE ¡ Pronto, sálvele usted, se muere !

DOCTOR (Se acerca a Leoncio, no comprendiendo su estado.)
¿ Qué ha sucedido a este hombre ?

MATILDE ¡ Si supieras !... ¡ Me ha dicho que tú eres mi madre !...

JESUSA ¡ Dios mío !... ¿ Te ha revelado ?...

DOCTOR (Viendo el frasco en el suelo y la vitrina abierta.)
¡ Santo Dios ! ¡ Qué hizo este desgraciado !...

JESUSA ¿Qué?...
DOCTOR ¡Se ha dado muerte!
JESUSA ¡Leoncio, quiero que vivas!
MATILDE ¡Y yo!...
JESUSA ¡Pronto, un sacerdote!
DOCTOR Es inútil. ¡El veneno es activísimo!
JESUSA ¡Matilde, hija mía, tómale una mano!
(Leoncio se retuerce horriblemente sin poder hablar.)
¡Es tu padre!!!...
MATILDE ¡Ah!... ¡Padre mío!...
DOCTOR (Deteniendo a Matilde que va a abrazarle. Leoncio hace sobrehumanos esfuerzos y muere.) ¡Dios le haya perdonado!
MATILDE ¡Madre mía! (Se echa a sus brazos.)
JESUSA ¡Ah! ¡Muerto!...
DOCTOR ¡Dios le acoja en su seno!
JESUSA ¡Matilde, hija mía, recemos por su alma!

TELÓN

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|---|--|
| 1. La princesa del dollar | 31. El Rey Lear |
| 2. La Ola gigante | 32. Espectros |
| 3. El señor Conde de Luxemburgo | 33. Las Cigarras Hormigas |
| 4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | 34. El registro de la policía |
| 5. El Sol de la Humanidad | 35. El vergonzoso en palacio |
| 6. Zazá | 36. La fuerza de la conciencia |
| 7. Mujeres Vienesas | 37. Aurora |
| 8. Hamlet | 38. Eva |
| 9. Giordano Bruno | 39. El Bufón |
| 10. El nido ajeno | 40. El cuchillo de plata |
| 11. El Rey | 41. Nick Carter |
| 12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | 42. La cena de los cardenales |
| 13. Los Miserables | 43. ¡Justicia humana! |
| 14. La ladrona de niños | 44. El señor feudal |
| 15. Los dioses de la mentira | 45. El veranillo de S. Martín |
| 16. Cristo contra Mahoma | 46. El desdén con el desdén |
| 17. Juventud de Príncipe | 47. Cuento inmoral |
| 18. Juan José | 48. Amor de amar |
| 19. La sociedad ideal | 49. La dama de las camelias |
| 20. La cizaña | 50. La domadora de leones |
| 21. Entre ruinas | 51. Los dos sargentos franceses |
| 22. La vida es sueño | 52. El Místico |
| 23. Sabotage | 53. García del Castañar |
| 24. Pasa la ronda | 54. La fierecilla domada |
| 25. Magda | 55. El honor |
| 26. El papá del Regimiento | 56. El sí de las niñas |
| 27. La viuda alegre | 57. María Antonieta |
| 28. El Alcalde de Zalamea | 58. El conde de Montecristo |
| 29. Los dos pilletes | 59. Otelo |
| 30. D. Juan de Serrallonga | 60. El Barbero de Sevilla |
| | 61. Daniel |
| | 62. Pecado de juventud |
| | 63. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes |
| 64. La muerte civil | |



La apuesta de don Juan Tenorio

Esta obra es propiedad de su arreglador, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA APUESTA
DE

DON JUAN TENORIO

DRAMA EN SEIS ACTOS

original y en verso de

DON GONZALO JOVER

arreglado por

MAGNOLIO JUÁREZ



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45

1913

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

Margarita	<i>Sra. Revert.</i>
La Princesa de Palermo	» <i>Baró.</i>
Brígida	» <i>Rodriguez.</i>
Irene de Quiñones	» <i>Prunell.</i>
Lucía	» <i>Figuerola.</i>
Teresina (Pescadora napolitana)	» <i>Ferrer.</i>
Voz de Teresa	» <i>Goula.</i>
Una dama tapada	» <i>Nugué.</i>
Don Juan Tenorio	<i>Sr. Parreño.</i>
Don Luis Mejía	» <i>Buxens.</i>
Don Gonzalo de Ulloa	» <i>Cinca.</i>
Don Diego Tenorio	» <i>Martí.</i>
Capitán Centellas	» <i>Delhom.</i>
Don Rafael de Avellaneda	» <i>Cabré.</i>
Marcos Clutti	» <i>Portes.</i>
Cristóforo Butarelli	» <i>Bañeras.</i>
Miguel	» <i>Joaquín.</i>
Don Pedro de Avendaño	» <i>Farré.</i>
Don Diego de Quiñones	» <i>Povedano.</i>
Don Marcial	» <i>Alonso.</i>
Gaspar (bandido)	» <i>Cinca.</i>
Caballero 1.º (romano)	» <i>Parreño 'J.'</i>
Id. 2.º id.	» <i>Fusté.</i>
Un Jefe de ronda	» <i>García.</i>
Un id. de cuadrilleros	» <i>Piera.</i>
Conde de Benavente	» <i>Rambal.</i>
Un capitán español	» <i>Rotira.</i>
Un oficial ídem	» <i>Olivar.</i>
Un sargento ídem	» <i>Roca.</i>
Virrey de Nápoles	» <i>Rodriguez.</i>
Paje del Virrey	» <i>Salomé.</i>
Príncipe de Palermo	» <i>Solsona.</i>
Caballero 1.º (napolitano)	» <i>García.</i>
Id. 2.º id.	» <i>Roca.</i>
Beppo (pescador)	» <i>Planas.</i>
Pascual ídem	» <i>Rodriguez.</i>
Fray Salvador	» <i>Molas.</i>

Damas, caballeros, soldados, arcabuceros, estudiantes,
alguaciles, cuadrilleros, máscaras

El adjunto reparto es el que se dió a la obra original la noche de su estreno en el Gran Teatro Español, de Barcelona, el día 14 de Octubre de 1911.

Para facilitar la representación, véase los repartos parciales de cada acto.

Títulos de los actos

- 1.º La hostería del Láurel.
- 2.º La Dama y la Mesonera.
- 3.º El ejército de España.
- 4.º ¡Nápoles!
- 5.º Desde una Princesa real a la hija de un pescador.
- 6.º Margarita y Doña Inés.

Epoca 1544

Comienza la escena una noche de carnaval en Sevilla y termina un año después en igual noche y en la misma ciudad.

El acto segundo en las inmediaciones de Roma.

El tercero en el ejército español de Italia; cuartel general del Emperador Carlos V.

El cuarto y quinto en Nápoles.

Derecha e izquierda siempre la del actor.



ACTO PRIMERO

La hostería del Laurel

PERSONAJES:

Dama tapada, Don Juan Tenorio, Don Luis Mejía, Avendaño, Butarelli, Miguel, Centellas, Avellaneda, Jefe de ronda, Estudiantes, Mascaras y Alguaciles.

La hostería de Cristóforo Butarelli. Puerta en el fondo que da a la calle. Sobre la puerta gran letrero que dice: «Hostería del Laurel.» A la izquierda, segundo término, arranca la escalera que baja a la bodega y la que conduce a la habitación del Patrón, en el primer piso. Ninguna otra puerta a la escena. Mesas, escaños, taburetes, todo propio del lugar. Gran farol de cristales de colores colgado en el centro de la sala. Bajo este farol aparecen colocando vasos y botellas sobre una mesa Butarelli y Michelo, su dependiente. Al levantarse el telón un grupo de máscaras y estudiantes cruzan el foro gritando, con hachones encendidos, panderetas, guitarras, etc. En la escena no hay más luz que la del farol central.

ESCENA PRIMERA

BUTARELLI y MIGUEL

MIGUEL
BUTA.

¡Cuál gritan esos malditos!
Sus gritos hacen mi agosto.
La garganta pide mosto
cuando la secan los gritos.

Ufárome de servir
á gente de calidad.
No hay en toda la ciudad
que baña el Guadalquivir,
hostería ni mesón
que cuente con asistentes
tan nobles y tan valientes.
Mejía y Tenorio, son
un par de mozos gentiles,
y a diario honran la casa
sin poner al gasto tasa.
MIGUEL ¡Y les motejan de viles!
BUTA. ¡Calumnias, por vida mía,
que la ruin malicia inventa,
pues nadie paga su cuenta
como Tenorio y Mejía.
Baja, Miguel, un momento
a la bodega, a subir
por lo que pueda ocurrir
Lágrima Christi, Sorrento,
Falerno, Borgoña.
MIGUEL ¡Bien!
BUTA. Y sube para escanciar
que ya empiezan a llegar.
(Vase Miguel por la izquierda.)
CENTE. (Dentro.) ¡Aquí es!... ¡Butarelli!
BUTA. ¿Quién?

ESCENA II

CENTELLAS, AVELLANEDA, BUTARELLI y varios amigos

BUTA. ¡Señor capitán Centellas!
¡Don Rafael!
AVELLA. (A los amigos.) ¡Adelante!
CENTE. ¿Y cómo andamos, tunante?
BUTA. Bien. Miguel, sube botellas.
¿Ya de vuelta, Capitán?
CENTE. A refrescar el laurel
de las victorias de Argel
y los triunfos de Orán.

Un vistazo a mi Sevilla
para vigilar la hacienda,
y otra vez a la contienda
del Estrecho en la otra orilla.

BUTA.

¿Vais?

CENTE.

A Tunez. Mas aquí
no se notará mi ausencia.
¿O es que se hace penitencia
desde que al Africa fuí?

AVELLA.

Siempre hay placer a porfía,
galanteos, estocadas
y aventuras endiabladas
donde está don Luis Mejía.

CENTE.

Extremos se cuentan de él.

BUTA.

Que es valiente y pendenciero.

AVELLA.

Que como él no hay otro infiero.

(Aparece Miguel con vasos y botellas que pone en la mesa.)

MIGUEL

El vino.

AVELLA.

Sirve, Miguel. (Miguel lo hace.)

CENTE.

¡Mucho decís!

AVELLA.

Es mi amigo,
y no debo yo alabarle;
pero podéis preguntarlo,
que todo el orbe es testigo
de sus lances extremados,
de su fortuna en amor,
de su arrojo y su valor
y de su suerte en los dados.
Que es el primero es notorio
y nadie le ataja el paso.

CENTE.

¡Cómo! Señores: ¿Acaso
ha muerto don Juan Tenorio?

AVELLA.

¡No tal!

BUTA.

¡No lo quiera Dios!

CENTE.

Entonces os rectifico.

Don Juan es, lo certifico,
el primero de los dos.

Ese sí que es reñidor
y jugador con ventura.

¡Para don Juan no hay segura
vida, ni hacienda, ni honor!

Para él es broma la guerra.
El amor... juego ilusorio.
En fin, no hay como Tenorio
otro hombre sobre la tierra.
Vinos, lances, juegos, bellas.
¿Quién todo eso no ha probado?
Mas nadie se vió admirado
por el capitán Centellas
al que nada maravilla,
más que ese gentil galán,
ese valiente don Juan.
¡El burlador de Sevilla!
¿Sois su amigo?

AVELLA.

CENTE.

AVELLA.

CENTE.

¡Es bien notorio!
Bien hacéis su apología;
mas yo apuesto por Mejía.
Y yo acepto por Tenorio.

ESCENA III

Dichos y don LUIS MEJÍA

MEJÍA

AVELLA.

MEJÍA

AVELLA.

MEJÍA

CENTE.

AVELLA.

¿Quién diablos me toma en lengua?

¡Don Luis!

¿Sois vos?

Un testigo

que os abonaba a este amigo.

La propia alabanza es mengua,
mas si una buena amistad
cosa es que halagaros pueda,
si os presenta Avellaneda
ya con la mía contad.

Me honráis. Vuestro amigo quedo,
y lo quedo agradecido;
no me echéis en el olvido
si en algo serviros puedo.
Mi espada y mi bolsa son
de mis amigos, si lo han
de menester.

Capitán,
sois hombre de corazón.

ESCENA IV

Dichos, DAMA TAPADA, AVENDAÑO con antifaz
y ESTUDIANTES, MÁSCARAS, etc.

(Entra la primera acongojada y precipitadamente,
detrás el galán, con el rostro encubierto con un an-
tifaz y furioso. Los demás alborotando)

ESTU. ¡Fuera! ¡Fuera!
BUTA. ¡Qué bullicio!

MEJÍA ¿Qué sucede?
CENTE. ¡Una tapada!

DAMA ¡Piedad! ¡Piedad!
AVENDAÑO ¡Miserable!

¿A quién la piedad demandas?

¿Está entre esos el galán
por quien me vendes ingrata?

DAMA ¡Caballeros... si lo sois
amparad a una cuitada
a quien un cobarde ofende;
a quien un infame ultraja!

MEJÍA ¡Atrás! (Al galán.)

AVENDAÑO ¡Dejadme!
MEJÍA Señora,

colocáos a mi espalda
que os juro que nadie os toque
sin tropezar con mi espada.

AVENDAÑO ¿Qué os va a vos en mis asuntos?
¡Dejadme!

MEJÍA ¡Atrás!

AVENDAÑO ¡Y dejadla!

Es una mujer que miente.

¡Vive Dios, que he de matarla!

ESTU. ¡Sí! ¡Sí! ¡Que muera! (Avanzando)
MEJÍA ¿Por qué?

AVENDAÑO ¡Pérfida!

MEJÍA ¡Atrás, canalla!

AVENDAÑO Juróme amor y ventura,
juróme dicha y constancia
y con un galán se entienda,
para burlarme taimad

DAMA ¡Falso! Calumnias lo inventan.
 AVENDAÑO ¡Cierto! ¡Verdades delatan!
 MEJÍA ¡Basta! A nuestra protección
 se ha confiado esa dama,
 hidalgo, y sobra con eso
 a que ceséis de acusarla.
 ¡Salid!

AVENDAÑO ¡No!
 TODAS LAS MÁSCARAS ¡Nó!

DAMA ¡Por piedad!
 MEJÍA ¡No temáis!

AVENDAÑO ¡He de matarla!
 MEJÍA Cuidad no os mate yo a vos.
 AVENDAÑO ¿A mí? ¿Sabe con quién trata
 el entrometido?

TODOS ¡Fuera!

MEJÍA ¡De muerto os veré la cara! (Desenvainando.)
 AVENDAÑO ¡Vedla antes! (Quitándose el antifaz.)
 MEJÍA ¡Pedro Avendaño!

CENTE. ¿Quién es?
 MEJÍA La mejor espada
 del reino.

CENTE. ¡Lo probaremos!
 MEJÍA El terror de Salamanca.
 Un compañero de orgías,
 de amores y de estocadas.

CENTE Y bien, aunque fuera el diablo,
 yo defenderé a esta dama.

MEJÍA ¿De Avendaño?
 CENTE. De Avendaño,
 de esa chusma que le guarda,
 del mundo, si todo el mundo
 en su daño se empeñara
 que ella es mujer y yo noble.

DAMA ¡Gracias, señor, muchas gracias!
 MEJÍA ¡Pero no la conocemos!
 AVENDAÑO ¡Ea, pardiez, entregádmela!
 ¡Es mía!

DAMA ¡Suya! ¡Jamás!
 ESTU. ¡Fuera!

MEJÍA
AVENDAÑO

¿Mas quién es?

¡Miradla!

(Avendaño va arrancarla el manto con que se cubre; en el momento de lanzarse a ella, Tenorio le coge el brazo, ya en el aire, echándolo atrás con fuerza.)

ESCENA V

Dichos y don JUAN TENORIO

TENORIO
TODOS
AVENDAÑO
TENORIO

¡Miserable!

¡Don Juan!

¡Tú!

¡Yo! Que escupiré en tu cara,
que el que a una mujer ofende,
Avendaño, es un canalla.

AVENDAÑO

¡Salgamos, ya que así os place! (Va a la puerta con la espada desenvainada.)

TENORIO

(A la dama.) Nada temáis, noble dama;
tomad si gustáis mi brazo
y que os vuelva a vuestra casa
permitid.

AVENDAÑO
TENORIO

¡Mientras yo viva!...

En la esquina de la plaza,
que débil luz de un farol
un Cristo ilumina, pálida,
basta para que dos hombres
vean brillar sus espadas.
Venid, señora.

AVENDAÑO

¡A ese Cristo,

juro que de allí no pasas!

DAMA

Un lance... por mí... ¡Señor!

TENORIO

¡Bah! Bien vale una estocada
enseñar a respetar
el secreto de una dama.

DAMA

Permitid antes que os diga...

Soy una doncella honrada
a quien persigue un infame.

Me traje de Salamanca
mi padre... porque Avendaño
sin cesar, amenazaba

- con añadir mi buen nombre
a la lista de su fama.
- TENORIO ¡Basta, señora!... no importa
vuestro nombre a quien os salva;
que sois hermosa, lo dicen
a través de vuestra máscara
los rayos de vuestros ojos,
de vuestros labios la grana;
que sois noble, vuestro susto;
y el porte, que sois honrada.
- AVENDAÑO No malgastemos el tiempo,
don Juan, mi paciencia acaba,
y aquí mismo os acometo
si no salís a la plaza.
- TENORIO ¡Venid! (A la dama.)
- DAMA Vamos ¡y que Dios
os ayude!
- TENORIO Aunque no lo haga
pasaréis sobre Avendaño
y entraréis en vuestra casa.
- AVENDAÑO Veremos, don Juan, el cómo
pasáis por esta muralla.
- TENORIO ¡Por asalto!
- DAMA (A Don Juan.) ¡Por asalto
se entra también en mi alma!
- AVENDAÑO ¡Junto al Cristo! (Saliendo.)
- TENORIO Junto al diablo
pagaríais vuestra hazaña. (Vanse don Juan
protegiendo la salida de la Dama; tras ellos Aven-
daño y estudiantes.)

ESCENA VI

Dichos menos TENORIO, AVENDAÑO, la DAMA y los ESTU-
DIANTES. Los demás personajes a la puerta del foro

- MEJÍA Será lance peregrino.
- CENTE. Ved... Ya cruzan las espadas.
- AVENDAÑO (Dentro.) ¡Ay! ¡Jesús!
- CENTE. Cayó Avendaño
- BUTA. ¡Dios tenga piedad de su alma!
(Bajan todos al primer término.)

CENTE. ¡Eal a la mesa, señores.
MEJÍA ¡Bien dicho!
CENTE. ¿Que pasó? Nada.
¡Un hombre muerto!
MEJÍA ¡Avendaño!
AVELLA. Fué mi amigo y camarada
en la ciudad salmantina.
Hombre a quien nadie arredraba,
jugador y camorrista;
seductor de cuantas damas
a las orillas del Tormes
fueron a lucir sus gracias.
CENTE. Busconas y mujerzuelas....
MEJÍA Señoras encopetadas.
En la lista de sus víctimas,
figuraba hasta una infanta.
¿Conocéis, vos, a don Félix
de Montemar?
AVELLA. ¡Buena espada!
CENTE. ¿Es el famoso estudiante?
MEJÍA ¡El diablo de Salamanca!
Pues fué su competidor
Avendaño con ventaja.
AVELLA. ¿Y qué se hizo de don Félix?
MEJÍA Fué al ejército de Italia.

ESCENA VII

Dichos, y MIGUEL que habrá salido después del tumulto anterior y
vuelve ahora

MIGUEL ¡Señores!
CENTE. ¿Qué hay?
MIGUEL Que la ronda
topó en la esquina inmediata
con el cadáver...
MEJÍA ¿Y qué?
MIGUEL Y va en busca de la dama
de orden del Corregidor,
pues parece que se trata
de una aventura increíble.

MEJÍA
MIGUEL

¿Cómo?

A Sevilla llegada
fué esa señora, que es noble
y de muy alta prosapia,
doncella, joven y hermosa,
aun no hace media semana
con su padre, un viejo Conde,
que eternizará la fama
como modelo perfecto
de lealtad castellana,
pues se cuenta que en Toledo
quemó su propia morada
porque dió albergue a un traidor
puesto al servicio de España
y a quien tal alojamiento
dió el Emperador por gala.

CENTE.

MIGUEL

¡El conde de Benavente!
¿Y era su hija aquella dama?
Lo es. En litera esta tarde
salió para ver las máscaras
con escolta lacayuna
numerosa y bien armada,
aunque nadie suponía
que Avendaño la espiara;
ni aun que estuviera en Sevilla,
juzgábanle en Salamanca.
Mas él vino con la tuna,
cerró con ella, a estocadas
contra la escolta, que huyó
dejando litera y dama
en uno de los carrejos
que dan salida a la plaza;
quiso Avendaño cogerla,
fuera echóse la tapada,
y por todos perseguida,
dispuestos a secuestrarla,
entróse en esta hostería.
De aquí salió custodiada
por don Juan, pero es el caso
que ella no ha vuelto a su casa
y alcaldes y regidores,
alguaciles de la Santa

Inquisición... ministriles,
golillas.... los de la casa
del Conde... todos preguntan,
buscan, vigilan e indagan
y nadie ha visto a don Juan
y nadie ha visto a la dama,
como si al salir de aquí
la tierra se los tragara.
Y es ella hermosa.

MEJÍA
CENTE.

¡Divina!

Yo la vi ayer en su casa,
pero no la conocí
aquí. Morena, gallarda,
dos ojos como luceros,
dos labios como granadas,
un talle como de junco,
un cuerpo como de estatua.

AVELLA.

¡Qué suerte tiene don Juan,
perderse con tal compañía!

CENTE.

Señores.... Mujer y frágil
son una misma palabra,
pero si alguna merece
respeto, si alguna es casta,
noble, fuerte y pura, es esa,
que Benavente se llama,
y basta ser Benavente,
a preferir muerte a infamia,
a ser de virtud modelo,
a ser espejo de honradas.

MEJÍA

Cambiaríais de opinión
como yo la acompañara
en vez de don Juan.

CENTE.

Tal vez....

en la que tengo formada
de vos...

MEJÍA

¿De mí? Capitán...

Por mí os hablará mi fama.
Ciño toledana espada
por fuerte brazo esgrimida
y estimo en poco la vida
estando al placer vedada;
todos saben ¡vive Dios!

que gállardo y calavera,
tengo el alma tan entera
que vale lo menos dos.
Yo por nada me amedrento,
pues por desgracia o ventura
parece que me asegura
Satanás en cuanto intento
y haré la gloria olvidar
que lograron por el daño
que hicieron, Pedro Avendaño
y Félix de Montemar,
que es tanta mi bizarría
y mi fama es tanta ya
que nadie en España hará
lo que hará don Luís Mejía.

ESCENA VIII

Dichos y don JUAN TENORIO, que habrá salido momentos antes
con gran calma y acercándose a la mesa

TENORIO Y siendo contradictorio
 al vuestro mi parecer
 yo os digo: nadie ha de hacer
 lo que hará don Juan Tenorio.

CENTE. ¡Don Juan!

MEJÍA ¿Vos aquí?

TENORIO ¡Pardiez!

 ¿No os dije que volvería?

MEJÍA La dama....

TENORIO Eso es cuenta mía.
 Heme ya vuestro otra vez.
 Pero la justicia os busca.

AVELLA. Lo siento. Su mala estrella
TENORIO cuando me busca querella
 les aturde y les ofusca
 y en revuelta confusión
 caer los veo delante
 cual si fuera mi tajante
 hoz que los siega en montón.
 Dijisteis si no me engaño

que nadie hará lo que vos
y yo os juro ¡Vive Dios!,
por el alma de Avendaño,
que yo haré sin duda alguna,
mucho más.

MEJÍA

¡Don Juan!

TENORIO

Probemos

MEJÍA

¿Apostemos?

TENORIO

¡Apostemos!

MEJÍA

A quién con mejor fortuna
hará en un año más daño.

TENORIO

Acepto.

MEJÍA

Pues a intentarlo,
juntándonos a probarlo
a esta hora, dentro de un año.

TENORIO

Don Luis, es cosa acordada;
a las ocho, y es asunto
de perder quien no esté a punto
de la primer campanada.

CENTE.

Por vida mía, el empeño
es bien extraño.

TENORIO

Centellas,
los valientes y las bellas
van hoy a perder el sueño.

MEJÍA

¿Estamos listos?

TENORIO

Estamos.

MEJÍA

Así al mundo asombraremos;
marchemos pronto

AVELLA.

Marchemos.

TENORIO

¡Bebamos antes!

TODOS

¡Bebamos!

TENORIO

Ahora en brazos del destino
caminemos cada cual.

MEJÍA

El uno y el otro rival
cada cual por su camino.
Yo en busca de empresas grandes
con el empeño que vos,
de amor y lides en pos
parto al alba para Flandes,
que allí hallarán mis deseos
con las guerras empeñadas
ocasiones extremadas

de riñas y galanteos.
 TENORIO Yo también buscando espacio
 a mis hazañas, de aquí
 parto a Italia, porque allí
 tiene el placer su palacio.
 De la guerra y del amor
 antigua y clásica tierra
 con ella y con Francia en guerra
 y en ella el Emperador.
 ¿Dónde mejor? Amoríos,
 soldados, pendencias, juego...
 ¡Yo buscaré a sangre y fuego,
 amores y desafíos.
 Y tal ha de ser mi historia,
 pues mi voluntad no cede,
 que de la vuestra no quede
 ni siquiera la memoria.
 MEJÍA ¡Don Juan, ved lo que decís!
 TENORIO ¡Don Luis, lo que oído habéis!
 MEJÍA ¡Ved, don Juan, lo que emprendéis!
 TENORIO ¡Lo que he de lograr, don Luis!
 MEJÍA ¡Lo veremos, Vive Dios!
 TENORIO Sí tal. ¡Voto a Satanás!
 MEJÍA Pero quede nada más
 el empeño entre los dos.
 TENORIO ¡Marchemos!
 CENTE. ¡Bizarro afán!
 MEJÍA ¡A Flandes!
 TENORIO ¡A Roma!

ESCENA IX

Dichos y la ronda

JEFE ¡Aquí
 ¿Sois don Juan Tenorio?
 MEJÍA ¡Sí!
 JEFE ¡Pues dáos preso, don Juan!
 TENORIO ¿Preso?
 MEJÍA Desdichadamente

comienza la apuesta ya
para vos.

TENORIO

Ya se verá.

JEFE

El conde de Benavente
reclama vuestra prisión.
Habéis su hija secuestrado.

TENORIO

Me amó. La historia es sucinta.

JEFE

Se ha encontrado en vuestra quinta.

CENTE.

¡Benavente!... ¡Deshonrado!

¡Pobre Conde!

JEFE

¡Ea, acabemos!

CENTE.

¿Osásteis?... ¡Tan nobles canas!

TENORIO

¿Han de ser sólo hospicianas
las mujeres que tratemos?

La belleza seductora
a las mujeres iguala;
no vale la menestrala
menos que la gran señora.

JEFE

Vuestra espada. (A don Juan.)

MEJÍA

¡Por mi fel

Ni dispuesto a mi capricho.

TENORIO

Señores, lo dicho dicho; (Desenvainando.)
nuestra apuesta queda en pie.

JEFE

¿Venís?

TENORIO

Extraña pregunta.

He de irme con la alborada.

JEFE

¡Ea! Entregad vuestra espada.

TENORIO

Tomadla... pero de punta.

(Arrójase sobre los alguaciles que le cercan, se de-
fiende tras una mesa próxima a la puerta hasta
que arremolinándose todos contra él en el lado
opuesto a la puerta, consigue ganar ésta, encon-
trándose los alguaciles acorralados por Centellas y
Avellaneda.)

JEFE

¡Cómo! ¿Os resistís? ¡A él!

TENORIO

¡A mí! ¡Gentecillas ruines!

¡Cobardes y malandrines!

Aprended, voto a Luzbel,
como ensarta un caballero
bichos de vuestra ralea.

CENTE.

¡El que caballero sea
requiera el tajante acero!

AVELLA. ¡Uno solo contra siete.
MEJÍA ¡No! ¡Somos dos!
MEJÍA ¡Somos tres!
(Riñendo todos.)
BUTA. No doy un real genovés
por una piel de corchete.
TENORIO ¡Al fin! (Ganando la puerta.)
MEJÍA (A Tenorio.) ¿La apuesta?
TENORIO Es notorio.
MEJÍA ¡Hasta un año en este día!
MEJÍA Venceré, a fe de Mejía.
TENORIO Venceré, a fe de Tenorio.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La Dama y la Mesonera

PERSONAJES:

Margarita (mesonera). Irene (dama). Brígida (dueña). Don Juan Tenorio. Marcos Ciutti. Don Diego, caballero castellano padre de Irene. Don Marcial, caballero flamenco, mozo. Gaspar, bandido. Caballero 1.º. Caballero 2.º Un Jefe de cuadrilleros. Dos cuadrilleros.

Un mesón en las cercanías de Roma. Puerta al fondo que da al campo, con tapia a ambos lados que cierra la escena. A la izquierda la fachada del mesón, practicable; mesas, bancos, etcétera. Es al caer de la tarde.

ESCENA I

MARGARITA y CIUTTI, vestido de lego franciscano con un borriquillo cargado con alforjas.

CIUTTI	¡Ah de casa!
MARGA.	¡Hola, truhán!
CIUTTI	¡Chist! ¡Que las paredes oyen!
MARGA.	¡Cielos, si hablaran también...!
	contarían que una noche
	saltó un pícaro esas tapias...
CIUTTI	Y otra pícara encontróse

- en los brazos de quien es lo menos picaro doble.
Pero que te quiere bien.
Yo también y no te enojés,
por que por quererte tanto,
juego el pescuezo al gañote.
¿Qué harán de él como lo atrapan
golillas e inquisidores?
- MARGA. ¿Por qué no vuelves a Génova?
CIUTTI Tengo diversas razones.
Serví a un viejo muy avaro,
¡murió de repente!
- MARGA. ¡Pobre!
CIUTTI Cierta necio de sobrino
que halló vacíos los cofres,
dió en afirmar que el difunto
debió ser eterno. Entonces
desenterraron el muerto,
y como yo soy un hombre
temeroso de fantasmas,
ánimas y apariciones,
tuve aprensión que el difunto
me iba a dar muy malas noches,
y vine a curarme el miedo
a Roma... con bendiciones.
- MARGA. Tan asustado del muerto,
que te entrabas por los bosques
buscando la soledad...
por no tener pasaporte.
- CIUTTI Suerte mía... En bosque próximo
dí con un fraile. ¡Santo hombre!
al que sirvo como lego
porque mis culpas perdone.
Para él recojo limosna
mientras el pobre recoge...
las bolsas de los viandantes
que las pierden en el monte.
- MARGA. ¡Luego dicen que les roban!
¡Si serán calumniadores!
- CIUTTI ¡Casi a las puertas de Roma!
¿Cómo han de vivir ladrones?
¿Pues dejan bolsa repleta

en la ciudad ?

MARGA.
CIUTTI

¡ Calla, hombre !
Entre mozas del partido
— y no valen alusiones —
busconas de todos pelos,
frailes de todas las órdenes,
dueñas, bravos, alguaciles,
y tahures y bribones,
a San Bartolomé mismo
dejaran sin piel, feroces.
Pues a mí no me va mal.
En tu garbó se conoce
y en el genio de Gaspar
que es insufrible

MARGA.

CIUTTI

¡ Es mi hombre !
y está celoso... ¡ me quiere !
Y el mejor día te cose
a puñaladas

MARGA.

CIUTTI

¿ A mí ?
Créeme... no le conoces.
Margarita... vamos claros.
Tú eres linda y no eres torpe;
Gasparillo es un bandido
de tal calaña, que a voces
pide su cabeza el precio
que la ofrecen los pregones;
él celoso... tú coqueta...
el mejor día se rompe
el contrato a puñaladas.
Dan por él veinte doblones...
¡ Yo no daba la mitad !
¡ Traidor !

MARGA.

CIUTTI

Calma y no te enojés.
Piénsalo.

MARGA.

¡ Lo venderías !
¡ Judas dejó sucesores !

(Oyense fuera cascabeles).

CIUTTI

¡ Qué ruido... !

MARGA.

¡ Tal vez viajeros !
En efecto... ¡ Llega un coche !..
Déjame entrar el borrico
casa adentro... Así se oye...

CIUTTI

se ve... se cuenta la gente
y se la prepara el golpe. (Mutis izquierda).

ESCENA II

MARGARITA.

MARGA. ¡Siempre la traición y el crimen!
¡Malhaya el ruín que engañóme!

ESCENA III

Dicha, don DIEGO, don MARCIAL, IRENE, BRÍGIDA y SEIS
CRIADOS.

D. DIEGO ¡Ah del mesón!
MARGA. ¿Qué se ofrece?

D. MARCI. ¡Mesonero!

MARGA. Es mesonera.

D. DIEGO ¿Ha lugar a descansar
una noche en vuestra venta
y hay aposentos capaces
para esta dama y su dueña,
y mi sobrino y yo?

MARGA. Haylos,
como hay abundante cena,
agrado para servirles,
y economía y limpieza.

D. DIEGO Como abunde la segunda
no me importa la primera.
Orden dad de que las mulas
desenganchen.

MARGA. Con presteza.

D. DIEGO Alojad a los criados.

MARGA. Tienen pajar y cochera.

D. DIEGO Y volved para servirme.

MARGA. Como mande su excelencia. (Mutis foro).

ESCENA IV

Dichos menos MARGARITA.

- D. DIEGO Ya estamos en la campiña
de Roma ¡ciudad eterna!
Bueno será descansar
antes de pasar sus puertas.
- IRENE Como gustéis, padre mío.
- BRÍGIDA ¡Vióse más mansa cordera!
- D. MARCI. ¿Por qué no esta misma noche?
- D. DIEGO Calma, Marcial, tu impaciencia.
Abundan los *Condotieri*
en esta dichosa tierra,
la noche se vino encima
- D. MARCI. Somos ocho.
- D. DIEGO No hagas cuenta
con lacayos, esos son
estorbos, que no defensa.
- IRENE Además el viaje ha sido
penoso y largo. Está Lieja
tan lejos.
- D. MARCI. Perdonad, prima,
mi prisa egoísta y necia.
Pero en Roma el desposorio,
bella Irene, nos espera
y es el amor que os profeso
la causa de mi impaciencia.
- BRÍGIDA (Casarse él... un hugonote...
y tan roñoso).
- D. DIEGO (Llamando). ¡Hostelera!
- BRÍGIDA (¡En cuatro meses de amores
ni una propina a la dueña!)

ESCENA V

Dichos y MARGARITA.

MARGA. Ya están listos los criados.
¿Queréis que os sirva la cena?
D. DIEGO Aun no. Las habitaciones,
ante todo, ver quisiera.
MARGA. Cuando gustéis... por aquí.
D. DIEGO Id, Irene, con la dueña
y arreglad vuestro tocado,
en tanto sirven la mesa.
IRENE ¡Padre mío!
D. MARCI. ¡Bella Irene!
D. DIEGO ¡Id, hija mía!
BRÍGIDA ¡Qué buena!
¡Y cómo se la conoce
que soy yo quien la aconseja,
guía y educa!
IRENE (A Marcial.) ¡Hasta luego,
Marcial!
MARGA. (Figurando que llama dentro.)
¡Traed luces, Petra!

ESCENA VI

Don MARCIAL y don DIEGO

D. DIEGO Mañana entramos en Roma.
D. MARCI. A fe que tengo más prisa
que vos, que al fin soy el novio.
D. DIEGO Lista está ya la dispensa
según cartas de mi primo
el Cardenal, que os espera
para bendecir la boda;
y como os lega su herencia,
por complacer su deseo
bien vale el viaje la pena.
D. MARCI. ¿Será mañana la boda?
D. DIEGO Los desposorios y vela,

la firma de los contratos.
Todo arreglado ya queda,
que de ello cuidó mi primo,
señalándonos la fecha
de mañana, que es la misma
de su boda con la Iglesia.

ESCENA VII

Dichos y MARGARITA

MARGA. Señores... cuando gustéis,
ya las damas os esperan.
D. DIEGO ¡Pues vamos allá!
(Ruido de carcajadas dentro.)
¡Eh! ¿Que es eso?
D. MARCI. Parece gente que llega...
MARGA. Galanes de la ciudad,
que a beber y a jugar entran
al regresar del paseo.
D. DIEGO ¿Mozos?
MARGA. ¡Gente alegre!
D. MARCI. ¡Es buenal
D. DIEGO ¿Porqué no dijisteis antes?
MARGA. La casa ved está abierta
a todo el mundo.
D. DIEGO ¿Y creéis
que a mi posición convenga
alternar con esa chusma?
D. MARCI. No me huele a cosa buena
el mesón... Disimulemos.
MARGA. Señor...

ESCENA VIII

Dichos, don JUAN TENORIO y CABALLEROS 1.º y 2.º

TENORIO (Entrando.) ¡A mí, mesoneral
MARGA Pasen, pasen mis señores.
CABA. 1.º ¡Es bonital (Por Margarita.)

CABA. 2.º ¡Brava pieza!

CABA. 1.º ¡Y amable!

MARGA. La cortesía,
señor, a nadie se niega.

TENORIO (A don Diego y a don Marcial)
Señores, sed bien hallados.

MARGA. Son huéspedes de la venta.

D. MARCI. Que tienen sumo placer
en recibirlos en ella.

MARGA. Pagando, es casa de todos.

D. DIEGO Y sin pagar, siempre es vuestra
la que mi sobrino y yo
habitamos.

CABA. 1.º ¡Mesonera,
Vino!

TENORIO Mil gracias, señores;
vuestra cortesana oferta
nos obliga, si gustáis
hay sitios en nuestra mesa
que honraréis. ¿Sois españoles?

D. DIEGO De Castilla.

TENORIO ¡Brava tierra!

¿Y vos?

D. MARCI. Flamenco.

TENORIO Nos hace
casi hermanos la diadema
de Carlos primero.

D. MARCI. (Rectificando.) Quinto.

TENORIO Tenemos la preferencia.

Pues corona por corona,
César prefiere la nuestra
que está llenando dos mundos
de victorias y proezas.

D. MARCI. ¿Sois español?...

TENORIO Sevillano.

D. MARCI. ¡Emporio de la belleza!

¿Os llamáis?

TENORIO Don Juan Tenorio.

D. MARCI. Sois noble de raza excelsa.
¡Mas ahora caigo! ¿Sois vos
el héroe de cierta apuesta
con un tal don Luis Mejía,

que hace estragos en mi tierra
persiguiendo bravucones
y difamando doncellas?
TENORIO ¿Tal hace don Luis? ¿Le odiáis?
D. MARCI Lo mismo que me detesta.
Tropezó con una niña
que burló sus mañas diestra.
¡No hay seductor infalible
ante una virtud de veras!
Y tropezó con mi espada
para tropezar con ella...
TENORIO ¿Os batistéis?

TENORIO
D. MARCI.

Y le herí.
No lo hayáis por inmodestia.
Dicen que se escapó a Gante,
viéndose burlado en Lieja,
y se asoció a unos bandidos
para sacrílega empresa.
Hizo bien, pues, entre honrados
seguro es que no prospera.
TENORIO Fortuna hubísteis, mancebo.
Mas creed... no abuséis de ella,
que don Juan acaba bien
lo que don Luis mal comienza.
D. MARCI. ¡Bah! Con la mujer virtuosa,
con el valiente de veras
son vanos esos alardes.

MARGA. (Que ha colocado en una mesa botellas y vasos.)
Señores: ¡Ya está la mesa
servida!

D. MARCI. Como os lo digo

CABA. 1.º • ¡A beber!

TENORIO Linda ventera,
llena dos vasos.

MARGA. ¡Al punto!

TENORIO Decís que la niña aquella...

D. MARCI. Es mi prima y mi futura.

D. DIEGO ¿Y está en Lieja?

D. MARCI. No está en Lieja
sino aquí.

D. DIEGO (¡Marcial!)

TENORIO ¿Aquí?

- Entonces... Es cosa hecha.
D. MARCI. Mañana será mi esposa
y con mi honra nadie juega.
TENORIO Mañana... será otro día,
y no será esposa vuestra,
a menos que no gustéis
platos de segunda mesa.
D. MARCI. ¿Qué decís?
CABALLEROS ¡Don Juan!
D. DIEGO ¡Villano!
TENORIO Juego contra esas botellas,
vuestro honor y vuestra vida.
D. MARCI. ¡Yo os arrancaré la vuestra!
TENORIO ¡Antes de rayar el alba
iré yo mismo a ofrecérosla,
del brazo de vuestra prima!
D. DIEGO ¡Miserable!
D. MARCI. ¡Va la apuesta!
MARGA. ¡Triunfará! ¡Infeliz galán!
D. DIEGO (A don Marcial.)
(Vámonos, Marcial, me aterra
lo que puede suceder.
¡Si mi Irene los oyerá!)
D. MARCI. Bien decís, las precauciones
no sobran... pasaré en vela
la noche al pie de su cuarto.
Nadie pasará esa puerta.
¡Don Juan!
TENORIO ¿Nos dejáis? Bien hecho.
Prevenid los centinelas
y no olvidéis los cerrojos,
que os va la vida en la apuesta.
D. DIEGO ¡Vive Dios!
D. MARCI. ¡Hasta mañana,
don Juan!
TENORIO ¡Escancia, ventera!
¡Hasta mañana... y rezad
la última noche que os queda!

ESCENA IX

Dichos, menos don DIEGO y don MARCIAL

- CABA. 1.º ¿Qué habéis hecho?
CABA. 2.º ¿Qué habéis dicho?
TENORIO ¡Ya lo veis!
CABA. 1.º ¡Qué ligereza!
CABA. 2.º ¡Soñar en solo una noche
 conquistar a una doncella
 a la que no conocéis!
TENORIO Sólo es para mí la empresa.
CABA. 1.º Perseguido como estáis...
TENORIO Pues venceré.
CABA. 2.º Si eso hiciérais
 dijera que sois el diablo.
TENORIO ¡Pobre diablo! Si viviera
 yo os juro que a cintarazos
 lo volviera a sus cavernas,
 porque me usurpa la fama
 sin demostrar su grandeza.
 «¡Es el diablo!» a coro chillan
 viejos, chiquillos y dueñas.
 ¿Qué proezas ha hecho el diablo
 mayores que mis proezas
 que le admiran en mi nombre
 y a mí su nombre me cuelgan?
MARGA. ¡El! ¡El es el diablo!
TENORIO ¡Hermosa,
 bebe conmigo!
MARGA. ¡Yo!
CABA. 1.º y 2.º ¿Esa?
TENORIO ¿Por qué no? ¡Mi Margarita!
 ¿Acaso no es una perla?
CABA. 1.º ¡Don Juan Tenorio rendido
 al amor de una ventera!
MARGA. ¡Me insultan!
TENORIO ¿Fué Mesalina?
 ¡Por mí será Magdalena!
 ¿Qué os da que yo me enamore?
MARGA. ¡Vos! ¿De mí?

TENORIO

No es la azucena
la flor que adorna los campos
blanca, sencilla y modesta;
sino la rosa esplendente
que pincha y raja al cogerla.
Amor, tan sólo es locura
de placer, pasión intensa
que abrasa el cuerpo y el alma
y se retuerce y flamea,
en el ímpetu furioso
de una sed no satisfecha.
¡Dadme caricias que quemen,
y dadme besos que muerdan,
y dadme brazos que ahoguen
y dadme celos que hieran!
No suspiros y palabras,
lloriqueos y ternezas.

MARGA.

¡Oh, sí, sí! ¡Así es el amor!
¡Todo fuego!

CABA. 1.º

¡Qué fiereza!

TENORIO

Quemémonos hoy... mañana
yo aventaré las pavesas.

MARGA.

(¡Oh, qué hombre!)

CABA. 1.º

¡Bravo, don Juan!

TENORIO

¡Vino! ¡Vino! ¡Magdalena!

CABA. 1.º

No más, don Juan; ha tres meses
que os admira Roma entera
pero que también os odia.

¡Tales son vuestras empresas!
La Inquisición por edicto
pregona vuestra cabeza,
y si os coge la justicia
estad seguro que os cuelga.

TENORIO

Mi espada es de ministriles
y golillas, la lanceta,
y tanto les ha sangrado
que están contra mí sin fuerzas.

CABA. 1.º

Huid, don Juan, y creed
a unos amigos de veras.

CABA. 2.º

¡Huid! Tenemos caballos
preparados a la puerta.

TENORIO

Me quedo. ¡Está decidido!

CABA. 1.º Creed que damos la vuelta
a Roma, con sentimiento.
TENORIO ¡Gracias, señores!
CABA. 1.º Y quiera
Dios, que volvamos a vernos.
LOS TRES ¡Adiós!
CABA. 1.º (Al caballero 2.º) ¡Mañana le cuelgan!

ESCENA X

Don JUAN TENORIO y MARGARITA

MARGA. ¡Oh! ¡Idos! ¡Idos! (Si Gaspar...)
TENORIO ¡También tú, niña, me ruegas
que te deje, que me vaya,
cuando mi alma está llena
de un amor que me abre el cielo
y en tus ojos se refleja?
MARGA. ¡Oh! ¡Callad! ¡Callad, don Juan!
¡Me enloquecéis! Esa apuesta...
TENORIO Esa conquista es empeño;
la tuya es amor de veras.
MARGA. ¡Idos, don Juan, por favor!
¡Por qué se arde mi cabeza!
¡Por qué mi alma se extasia!
¡Por qué el corazón se quema!
¡Idos! ¡Qué siento al oíros
de mí misma tal vergüenza,
que cometería un crimen
por ser sólo esclava vuestra,
y hasta de ser vuestra esclava
soy indigna!
TENORIO ¡Magdalena
arrepentida! ¡El amor
salva, purifica, eleva!
MARGA. Es que yo... yo lo sentía
por otro... ¡un amor de hembra!
Y al veros a vos le odié
y soy suya... ¡toda eterna!
Con lazos que ya me oprimen,

que cada vez más se estrechan,
que me ahogan ¡que se rompen
sólo con sangre!

TENORIO

¡Qué bella!

¡Qué hermosa estás, Margarita,
de esa nueva pasión llenal

Amame... sólo un momento,

¡Eso es una vida eterna!

MARGA.

¡No! ¡No!

TENORIO

Yo te amo!

MARGA.

¡Mentira!

Deseáis domar la fiera,
verme a vuestros pies sumisa...
suplicante... ¿Y él? ¡Si llega!...

ESCENA XI

Dichos y CIUTTI

CIUTTI

¡Ave María!

MARGA.

(Asustada)

¡Jesús!

TENORIO

¡Adelante!

CIUTTI

¡Gratia plena!

Un compañero me sigue.

MARGA.

¡El otro, es él! (A don Juan.)

TENORIO

¡Buena pieza!

¡Ven acá!

CIUTTI

¿Es a mí?

TENORIO

¡Sin duda!

CIUTTI

Pero...

TENORIO

Asombro y disfraz deja.

Urge el tiempo y te conozco.

CIUTTI

¿A mí?

TENORIO

A tí.

MARGA.

(Con intención.) ¡Viene de Génova!

CIUTTI

¡Ah! ¡Silencio!

TENORIO

¿Soy yo esbirro?

Te necesito.

MARGA.

(Con pena.) ¡Esa apuesta!

TENORIO

Si no me sirves de agrado

yo te haré servir por fuerza;
tengo la mano pesada
y repleta la escarcela.
¡Elige!

CIUTTI Ya está elegido.
Prefiero la bolsa llena.

TENORIO Bien. ¿Te llamas?

MARGA. Marcos Ciutti

CIUTTI Pero....

MARGA. Es inútil que mientas
TENORIO Pudieras arrepentirte. (A Margarita)
¿Con quién vino la dama esa?

MARGA. Con su padre, con su primo,
seis lacayos y una dueña.

TENORIO ¿Están fuera los criados?

MARGA. En el pajar.

TENORIO Esa puerta (la del foro)
¿incomunica la casa?

MARGA. Por completo.

TENORIO Entonces ciérrala

CIUTTI ¿Pero y Gaspar?

TENORIO Esta noche
pueden volverse a su cueva.
¿Y qué aposentos ocupan
los viajeros?

MARGA. Abajo ellas,
su aposento, una ventana
tiene muy baja y sin reja
que da al jardín, a la espalda
de la casa.

TENORIO ¡Buena nueva!

MARGA. Ellos duermen en el piso
principal.

TENORIO Basta de señas.

(A Ciutti)

Es preciso que te ingenies
para llevarte a la vieja
de su habitación.

CIUTTI ¡Canastos!

TENORIO ¡Lo harás!

CIUTTI ¡Lo haré!

TENORIO Cuando tengas

fuera a la dueña me avisas.
CIUTTI ¿Cómo?
TENORIO Pues con cualquier
seña.

CIUTTI ¡Mayaré! ¿Luego?
TENORIO Estás libre.

Ahora tu, Magdalena
arrepentida y contrita
que hace el amor casta y tierna,
apasionada y sensible,
enloquecedora y bella.
La del talle cimbreante
como gallarda palmera.
La de los ojos que abrasan.
La de los labios que queman.
La que el corazón inflama.
La que el deseo despierta.
¿Hay flor en ese jardín
como tú, lozana y bella?
¡Todas pierden su perfume!
¡Todas caen mustias, yertas!
Si las miras.... si las tocas....
si las mimas... si las besas...
¡La de los ojos que abrasan!
¡La de los labios que queman!
¡Don Juan! ¡Don Juan! Desfallezco!

MARGA.

(Desfallece en efecto en brazos de don Juan, que se la lleva hacia el jardín abrazada por el talle y amorosamente reclinada sobre su pecho.)

TENORIO

¡Mis brazos tu apoyo sean!
¡Mira la noche, qué clara!
¡Mira la luna, qué bella!
¡Todo convida a la dicha
blanda, dulce, suave, tierna!
Ven al jardín ¡Vida mía!
Mi adorada Magdalena.
La del talle cimbreante
como gallarda palmera.
La que el corazón inflama.
La que el deseo despierta.
La de los ojos que abrasan.
La de los labios que queman.

ESCENA XII

CIUTTI

CIUTTI

¿Y yo que voy a decir
a la condenada vieja?
¿Hipócrita por beata
y celestina por dueña?
La del talle abotargado.
¡Cuba de vinagre llena!
La de los ojos llorones.
La de los labios que cuelgan.
La de la nariz que escucha.
La de la barba que acecha.
Y una baja y otra sube
y en el camino se encuentran
cerrando el paso a tu boca
ya sin dientes y sin muelas.
¿Hay flor en ese jardín
cual tú deshojada y seca?

(Voz dentro muy queda y marcada.)

Voz

¡Marcos!

CIUTTI

(Asustado) ¡Eh! ¡Gaspar! ¡Callemos!

Voz

¡Ciutti!... ¡Ciutti!

CIUTTI

¡A la otra puerta!

¡Si él viera... lo del jardín!

Vamos a buscar la dueña.

ESCENA XIII

Dichos don DIEGO y don MARCIAL

CIUTTI

(Dirigiéndose a la casa.)

¡Ah de la casa!

D. MARCI

(Saliendo espada en mano.)

¿Quién va?

D. DIEGO

¿Quién es? (Lo mismo)

CIUTTI

¡Perdón! ¡Excelencias!

Soy un pobre Franciscano
que de España a Roma llega,

se me echó la noche encima
y un hospedaje cualquiera
buscaba, pero si estorbo...

D. MARCI.

¡Padre!

D. DIEGO

¡Padre!

CIUTTI

(Hijos me lluevan

si son de esa catadura.)

D. DIEGO

No está aquí la mesonera...

D. MARCI.

Y en la casa no hay lugar...

CIUTTI

Perdonen sus Excelencias.

Yo me contento con poco,
dormiré sobre una piedra
aquí en el patio.

D. DIEGO

Eso no.

D. MARCI.

Padre... Hay cerca una cochera...
un pajar...

CIUTTI

¡Gracias! Yo vengo

casi casi en penitencia,
buscando, sin saber donde,
una mujer, una dueña,
de una dama ilustre; viaja
creo hacia Roma con ellos,
con el padre de la dama
y el futuro esposo... es vieja
y se llama... ¡esol.. se llama...
¡Casualidad como ella!
¿No será Brígida?

D. DIEGO

CIUTTI

¡Brígida!

¡Eso es! Pues que ¿conocéisla?

D. DIEGO

Es la dueña de mi hija
si no me engañan las señas.

CIUTTI

¿Y está muy lejos?

D. MARCI.

¡Aquí!

CIUTTI

¡Oh señores... corro a verla!

¡Brígida! ¡Brígida! ¡Pronto!

Es un caso de conciencia.

¡Una hermana que ignoraba!

¿Hermana?

D. DIEGO

D. MARCI.

En Cristo y la Iglesia...

CIUTTI

No señor, en carne y hueso.

D. DIEGO

Jamás nos ha dicho ella...

CIUTTI

¡Es que.. también lo ignoraba!

¿Puedo entrar?... Tened paciencia.
D. DIEGO Nadie ha de entrar en la casa.
D. MARCI. Mas...
CIUTTI Nadie pasa esta puerta
D. MARCI. Pero mi hermana... yo vengo...
CIUTTI ¡A qué el ardid no les cuelas!
D. DIEGO Perdonad. Es juramento,
y ni vuestra reverencia
nos moverá a quebrantarlos.
CIUTTI Pero puede salir ella.
D. MARCI. ¡Es verdad!
D. DIEGO Por complaceros...
CIUTTI ¡Anduve tanto por verla!
D. DIEGO ¡Pobrecillo!
D. MARCI. ¡Llamad!
D. DIEGO ¡Brígida!
Mientras guardemos la puerta.
Irene segura está.
CIUTTI ¡Como el agua en una cesta!
D. DIEGO ¡Brígida!
BRÍGIDA (Dentro.) ¡Allá voy, señor!
CIUTTI (Ya sale. ¡Audacia!)
D. DIEGO Os espera
vuestro hermano.

ESCENA XIV

Dichos y BRÍGIDA

CIUTTI (Adelantándose a ella y abrazándola hasta llevarla
delante de la casa.)
¡Hermana mía!
BRÍGIDA ¿Cómo
CIUTTI ¡Hermana!
BRÍGIDA ¡Yo!
CIUTTI (Rapidamente enseñándole el puñal.)
¡Oye, vieja!
¡te envzino en el cuerpo esta hoja
si el parentesco me niegas!)
BRÍGIDA ¡Jesús! ¡Hermano! ¡Es mi hermano!

CIUTTI ¡Hermano mío!
¡No es lerda!
(Dándole dinero.)
(Toma... para la partida
de bautismo.)
BRÍGIDA (Tomándolo con avidez.)
(¡Gracias! ¡Venga!)
(Alto.)
¡Hermano mío! ¡otro abrazo!
¡Caracoles, cómo aprieta!
D. DIEGO Dejémoslos... la expansión...
D. MARCI. Continuemos nuestra vela
a la puerta de su cuarto.
D. DIEGO. ¡Ay Marcial!... fué una imprudencia...

ESCENA XV

BRÍGIDA y CIUTTI

CIUTTI ¡Se fueron! (Con rapidez.)
BRÍGIDA Ya estamos solos.
Decidme qué farsa es esta.
CIUTTI Quien puede hacerte nadar.
en oro, a tu ama desea.
El ha de verla esta noche.
BRÍGIDA ¡Imposible!
CIUTTI ¡Calla, vieja!
Tú sólo has de estar ausente
de su cuarto.
BRÍGIDA ¡Buena es esa!
Mal conquista vuestro dueño
si no cuenta con la dueña.
CIUTTI A obedecer y a callar.
Vente al jardín y pasea
con tu hermano... lo demás
al que manda y paga deja.
BRÍGIDA ¡Vamos!... porque el hugonote
ese, no cargue con ella,
ayudaría de balde
a tu señor en la empresa.
CIUTTI ¡Al jardín! (Maya.)

BRÍGIDA
CIUTTI

¿Qué hacéis?
¡El gato!

BRÍGIDA
CIUTTI
BRÍGIDA
CIUTTI
BRÍGIDA

¡Cojo con las uñas, vieja!
No temas, ¡soy toda tuya!
¡Nada de amenazas, dueña!
¡Pillastrón! ¿Es rico tu amo?
¡Vaya! ¡La plata varea!
¡Vamos al jardín... y maya
otra vez! Que oiga la seña.

ESCENA XVI

Dichos; al entrar por la izquierda, aparece GASPAR
con el cuchillo en la mano

CIUTTI
BRÍGIDA
CIUTTI
GASPAR
BRÍGIDA
CIUTTI
GASPAR

¿Quién?
¡Jesús?
¡Gaspar!
¡Silencio!
¡Ay!
¿Calla, bruja! ¿Tú, aquí?
Como no me respondías
salté el tapial del jardín.

CIUTTI
GASPAR
CIUTTI
GASPAR

¡El jardín!...
¡Lo he visto todo!
¿Margarita?
(Indicando que ha muerto.)
¡Muerta allí!

CIUTTI
BRÍGIDA
GASPAR
BRÍGIDA
CIUTTI
GASPAR

¡Gaspar!
¡Qué horror!
¡Me engañaba!
¡Jesucristo!
¿Y él?
¡El vill

No estaba ya junto a ella.
No estaba ya en el jardín.
¿Créeis que estuviera vivo
si no? Mas ¿quién es? ¡Decid!

CIUTTI

(Bajando la voz.)

GASPAR

¡Silencio! Don Juan Tenorio!
¡Eh! ¡Ah! ¡El pregón!

BRÍGIDA

GASPAR

CIUTTI

GASPAR

¡San Crispín!

Yo le he oído esta tarde

¿Qué dices? ¿Un pregón?

Mil

escudos por él. ¡Venganza!

Están muy cerca de aquí

los cuadrilleros.

CIUTTI

GASPAR

¿Qué?

¡Toma!

(Despojándose de la barba postiza y el hábito francano.)

Pero...

CIUTTI

BRÍGIDA

GASPAR

¡Qué frailes!

¡Al fin!

Así se corre mejor. ¡Adiós!

(Vase por el foro dejando la puerta abierta.)

CIUTTI

¡Gaspar! ¡Voto a mil

demonios, que he de salvarlo!

BRÍGIDA

CIUTTI

¿Quién es?

¡Silencio! ¡Al jardín!

(Empujándola hasta que salga de la escena por la izquierda.)

ESCENA XVII

Don DIEGO y don MARCIAL

D. MARCI.

D. DIEGO

¿Oísteis?

Me pareció
en efecto...

D. MARCI.

D. DIEGO

D. MARCI.

D. DIEGO

¡Y está abierto!

¡Pero no hay nadie!

¡Habrà huído!

¡Marcial, la angustia que siento,
que corremos gran peligro
a voces me está diciendo!

D. MARCI.

¡Bravatas de bravucones.

¡Como el otro! Un lance serio
les asusta... son valientes
entre doncellas y viejos.

D. DIEGO

Pero aquí se oía ruido.

D. MARCI. Se despediría tierno
de la moza del mesón.
¡Brava conquista! ¡Esos méritos
abrillantan su fortuna!

D. DIEGO. ¡Marcial! ¡Marcial! Tengo miedo.

D. MARCI. ¿Miedo?

D. DIEGO. De ese hombre. ¡No es hombre.
es un monstruo del Averno!
Su fama... su nombre... Pronto,
Marcial, volvamos al puesto,
que un instante le bastara
a ese miserable engendro
de Satanás, para ver
mi dicha y honra deshechos!

D. MARCI. Veamos antes la casa
y la guardia continuemos.
(Va a reconocer la puerta del fondo.)

ESCENA XVIII

Dichos y TENORIO con IRENE.

TENORIO Señores. ¡Mía es la apuesta!

D. DIEGO. ¡Mi hija!

D. MARCI. ¡Don Juan!

TENORIO Don Juan. ¡Sí!

D. DIEGO. ¡Mi hija!

D. MARCI. ¡Tu vial!

TENORIO Aquí están.
Por ambas cosas venid.

D. MARCI. ¡Muere, infame!

(Dispara sobre don Juan sin herirle.)

VOZ DENTRO ¡Alto a la ronda!

D. DIEGO. ¡Los cuadrilleros! ¡Aquí!

(Don Juan escapa, cerrando tras sí la puerta.)

JEFE. ¡Escapó!

D. MARCI. ¡Abajo esa puerta!

(Aparecen los cuadrilleros al frente de su jefe.)

JEFE. ¡Empujad todos aquí!

D. MARCI. No cede.

D. DIEGO. ¡Pues, derribadla!

D. DIEGO. A mi mano ha de morir.

¡Justicia! (Sale Irene.)
IRENE ¡Contra él no, padre!
¡Perdonad si os ofendí!
D. DIEGO ¿Dónde está?
D. MARCI. En la casa.
D. DIEGO ¡Arriba
todos!
D. MARCI. ¡Es nuestro, por fin!
(Entran en la casa atropelladamente.)

ESCENA XIX

Doa JUAN de hábito sobre un borriquillo que conduce CIUTTI
de lego.

TENORIO *In nómine patri et filius...*
(Los que aun andan en escena saludan descubriéndose y diciendo.)
D. DIEGO ¡Padre! (Yendo a besarle la mano.)
D. MARCI. ¡Arriba!
TENORIO Id, hijo, id.
Y he salir yo de Roma
a lomos de un mal rocín.
(Monta y vase.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

EL EJÉRCITO DE ESPAÑA

PERSONAJES

Margarita, Don Juan Tenorio, Capitán Centellas, Conde de Benavente, Ciutti, Gaspar, capitán, oficial, sargento, soldados.

Cuerpo de guardia del ejército español en el cuartel general del Emperador Carlos V, en Italia. Mesas, bancos; sobre una mesa botellas, copas y juego de dados. Es de noche, cerca del amanecer.

ESCENA I

CIUTTI, SARGENTO y SOLDADOS entorno a la mesa servida.

CIUTTI Os digo, señor sargento,
 que es gran cosa la campaña.

SARGEN. Si, ¡vive Dios! es gran cosa...
 ¡Desde los cuerpos de guardia!
 Batiérais como nosotros
 el cobre en una batalla
 cada día, y ya veríais
 si la guerra os agradaba.
 Llevo recorrido el mundo
 a pie, jornada a jornada.
 Peleé en Francia y en Flandes,
 en Sicilia y en Italia,
 en Africa, en las Indias,

en Castilla y en Navarra.
Tengo diez y siete heridas
y ninguna por la espalda
y ved... la bolsa vacía,
la ropa deshilachada,
el cuerpo como una criba
y una jineta sin paga,
que catorce meses hace
que no abonan una blanca
y ya del Emperador
voy olvidando la cara.

CIUTTI

Pues yo llevo quince días
en tan amable compañía
y quejarme fuera vicio.
Ningún prior se me iguala.

SARGEN.

Buenas mozas, tiempo libre,
vino moro y bolsa larga.

Es que servís a buen amo.
Cintarazos y estocadas,
aventuras y doblones,
francachelas y muchachas
donde está don Juan Tenorio,
sabido es que nunca faltan.

CIUTTI

¡Qué hombre!

SARGEN.

El diablo le protege.

CIUTTI

Diablo es él en carne humana.
Digoos que a lo que él se arroja
Satanás mismo no osara.

SARGEN.

Valiente es como ninguno.
Y enamorado.

CIUTTI

¡Bobada!

No hay mujer que le resista
ni le dure una semana.

Hoy la ve y hoy la enamora,
mañana la ve lograda,
y pasado la abandona
sin tiempo para olvidarla;
que para sustituirla
ya tiene otra designada.

Quince días lleva aquí
y aparte de dos batallas,
tres asaltos, un combate

parcial y otras zarandajas
del servicio, ha muerto en duelo
a un genovés què ganaba,
a un portugués que perdía,
a un inglés que hacía trampas,
a un francés que se reía
y un tudesco que roncaba.
Han rendido sus amores
una dama siciliana,
una marquesa española,
una archiduquesa austriaca,
una encajera holandesa
y una bolera gitana.

SARGEN.

CIUTTI

Con él va la buena suerte.
Nada le altera ni ataja,
ni halla riesgo que le espante,
ni en una empresa empeñado
encuentra dificultad
que un punto vacilar le haga.
¿Hay una bella? ¡Allí está él!
¿Hay un lance? ¡Allí su espada!
¿Hay un pobre? ¡Allí su bolsa!
¿Un desnudo? ¡Allí su capa!
El es en todo el primerc.
Porque él los claustros escala.
El a los palacios sube.
El a las cabañas baja.
El a las mujeres vende.
El a los maridos mata.
El a la justicia burla.
El no distingue y repara
en si es clérigo o seglar,
el que apabulla o aplasta.
El se bate con quien quiere.
El está ¡voto a cien lanzas!
¡Como Dios!... En todas partes.
¡Siendo en todas una plaga!
¡Llor a don Juan Tenorio!
¡Ese es el héroe de España!

SARGEN.

CIUTTI

(Brindando.)

¡A la gloria de don Juan Tenorio!

SARGEN.

¡Aquí está!

ESCENA II

Dichos, y don JUAN

TENORIO ¡Muchachos, gracias!
CIUTTI ¡Don Juan!
TENORIO ¡Hola, mi lebrell
SARGEN. ¿Vos, don Juan?
TENORIO Estoy de guardia
SARGEN. ¡Que me place!
TENORIO Ya la queda
sonó hace mucho en la plaza.
SARGEN. ¡Soldados... a vuestros puestos!
TENORIO El relevo nos aguarda.
SARGEN. ¿Hay novedades?
TENORIO Ninguna.
Pidiendo que lo alistara,
llegóse esta tarde un mozo,
a fe de gallarda estampa.
Ordenéle que volviera,
cuando el mayor lo filiara...
TENORIO Si se presenta el recluta
lo devolveré a la plaza.
En el cuartel general
sólo tropa veterana
quiere el Emperador.
SARGEN. Es
justo. Esta es avanzada
peligrosa. El enemigo
no cesa en sus asechanzas
y más que valor, aquí
sagacidad hace falta.
No se puede a los novatos
confiar la vigilancia,
menos estando en el puesto
y en visperas de batalla,
el mismo Emperador, que
personalmente nos manda.
¡Buen Rey es, mejor soldado!
Aunque el ardor que le inflama,
le lleva a correr más riesgos

y peligros que hacen falta
para que su hijo Felipe,
más prudente, allá en España,
se acueste una noche Príncipe,
y se despierte Monarca.
Ya no lo es gracias a vos...

TENORIO
SARGEN.

¡Quién piensa!...
¡Modestia rara!...

¡Pues quien le salvó la vida,
sino vos ayer mañana?

Vos luchando contra nueve
flamencos que lo cercaban.

¡Rayo de Dios! ¡Nunca vi

tal aluvión de estocadas

tajos y mandobles! ¡Tal

y aprisa manejábais

el acero, que las chispas

que sus golpes arrancaban

para resguardar al Rey,

de fuego, hicieron muralla;

y jurara que esgrimíais

no una espada, mil espadas.

TENORIO

Exageráis, señor sargento.

Nueve bellacos que amparan

su cobardía en la noche

y en la traición su esperanza,

no merecen que don Juan

saque por ellos la espada,

que a llevar a mano un látigo,

con él los pusiera a raya.

SARGEN.

¡Nueve espadas milanesas,

don Juan, y bien manejadas!

Diglos que bien merecéis

del Emperador la franca

amistad con que os protege

ya que en aquesta jornada,

sin vos, vistiera hoy de luto

el ejército de España.

(Se oye un clarín.)

¡El relevo!

TENORIO .

¡A vuestros puestos!

Recorred las avanzadas,

sargento, y que se redoble
en todas la vigilancia.
El enemigo aprovecha
la luz confusa del alba
para sus ataques.

SARGEN.

¡Bah!

En todos se le rechaza.
Suelen reducirse a pocos
peligros y mucha alarma.
¡A la orden, don Juan!

(Saludando militarmente.)

TENORIO

(Id., id.)

¡Sargento!

SARGEN.

¡Muchachos, a la avanzada!

(Mutis)

ESCENA III

DON JUAN y CIUTTI

TENORIO

¿Hay noticias?

CIUTTI

No, señor.

Nada que nos interese.

Otro nuevo capitán.

El conde de Benavente.

TENORIO

¿Benavente?

CIUTTI

Hoy ha llegado.

Casi un niño, un petimetre

que parece que allá en Africa

se portó como un valiente

y al ejército de Italia

como abanderado viene

del Emperador.

TENORIO

¡Lo siento!

CIUTTI

¿Por qué?

TENORIO

¡Tan joven!...

CIUTTI

Vereisle,

porque preguntó por vos.

TENORIO

Sin duda cuentas pendientes.

ESCENA IV

Dichos y OFICIAL

OFICIAL
TENORIO
OFICIAL

¡Señor!
¿Qué ocurre?
Un recluta
recién llegado, pretende
veros y hablaros.

TENORIO

Que entre.

(Mutis el oficial.)

CIUTTI
TENORIO

Ciutti, avisa a los amigos,
si jugar un rato quieren.

¡Al momento!

Y que permitan
paso libre a los que lleguen,
los centinelas.

CIUTTI

¿Queréis
algo más?

TENORIO
CIUTTI
TENORIO

No más.

Corriente. (Vase.)

Te dejo libre la noche.

¡Vida más impertinente
y fastidiosa... las guardias...
las facciones... los retenes!...

ESCENA V

Don JUAN y MARGARITA

MARGA.
TENORIO
MARGA.
TENORIO

¡El es! ¡Don Juan!
¡Margarita!
¡Mi don Juan!
¡Niña hechicera!
¿Tú en ese traje?

MARGA.

¿En cual otro
llegara a vuestra presencia
sin ser conocida?

TENORIO

Pero...

MARGA.

Herida la noche aquella
caí. ¡Huísteis! ¡Quedé sola
don Juan! Sola y prisionera.
Me juzgaron como cómplice
en aquella vuestra empresa
que costó la vida a un hombre,
y el honor a una doncella.
Huí... desde el hospital
a medio curar apenas...
Huí... por volver a veros.
Para ser esclava vuestra,
para besar vuestras plantas,
para morir, si así fuera
vuestro gusto... bendiciéndoos
si vuestra mano me hiriera.

TENORIO

¡Pobre Margarita mía!

MARGA.

¿Me compadecéis?

TENORIO

¡Por fuerza!

MARGA.

¡Bendito seais!

TENORIO

¿Y aquel
hombre?...

MARGA.

Dejó aquella tierra...

Juró que os perseguiría...

y a mí me cree ya muerta.

¡Guardaos, don Juan! ¡Es malo!

TENORIO

¡Bah! ¿Quién en tal bicho piensa?

MARGA.

No vive más el valiente

que lo que el traidor desea.

¡Y me dice el corazón

que os busca... os odia... os acecha!

¡Ah, pero yo velaré!

¡Ay de él, como a vos se atreva!

TENORIO

¿Y... aquella mujer?

MARGA.

Su padre

dice que con ella dió vuelta

á España y que en un convento

la encerró a petición de ella.

TENORIO

¿En un convento?

MARGA.

En Sevilla...

de monjas Calatraveñas

TENORIO

¡Ah... de la orden de mi suegro
futuro... por compañera

MARGA.
TENORIO

tendrá a mi novia. ¡Magnífico!
¡Cómo me pondrán sus lenguas!
¡Don Juan!

¡Margarita mía!
¡Siéntate aquí! La cabeza
reclina en mi ardiente pecho,
mis brazos en lazo estrecho
abarquen tu gentileza.
La noche a morir empieza,
de tintes de ópalo y grana
el cielo azul se engalana,
y los pájaros dormidos
se revuelven en sus nidos
para cantar la mañana.
Amar hoy... ¡eso es vivir!
Como la flor, la mujer
nace en un amanecer
para á la tarde morir.
¡Verla sus hojas abrir,
aspirar su puro aroma
y cuando la noche asoma
verla caer deshojada!
¡Sólo tú! La flor marchita
revivida a mis antojos,
la que paga mis enojos
y mis sentidos excita.
Sólo tú, tú, Margarita,
en el fango restregada,
y por amor elevada
del sacrificio al afán,
eres digna de don Juan
y digna de ser amada.

MARGA.

¡Oh! Callad por Dios, don Juan.
¡Tened de mí compasión!
Que arrastráis mi corazón
con irresistible imán.
¡Qué necio e insensato afán
agita mi alma invencible!
De lo sublime a lo horrible
me siento capaz por vos.
¡Don Juan, no me hagáis, por Dios
ser un monstruo aborrecible!

ESCENA VI

Dichos y CIUTTI y GASPAR

TENORIO Vida mía. ¡Dulce bien!
CIUTTI (Dentro.) ¡Te digo que no has de entrar!
TENORIO ¿Quién?
MARGA. ¡Vienen!
GASPAR (Dentro.) ¡Que sí!
MARGA. (Margarita muy aterrada.) ¡Gaspar!
TENORIO ¿Ese bandido también?
 Entra aquí.
MARGA. (Derecha.) ¡Guárdatel
TENORIO Ten
 confianza en mi destino.
MARGA. ¡Gaspar es un asesino!
 ¡Oh! De tu amor en señal,
 don Juan... dame tu puñal.
TENORIO ¡Margarita! (Quitándoselo del cinto.)
MARGA. (Intentando recobrarlo.) Le adivino.
 Sus celos son por amarte
 por eso quiere matarte.
TENORIO ¡Eso es difícil a fe!
MARGA. ¡No importa! ¡Yo velaré!
 ¡Oh, quien pudiera salvarte!
TENORIO ¡Basta! Me basto a esa gente.
 Entra... Vendrán los amigos
 y no deben ser testigos
 de tu disfraz imprudente.
MARGA. ¡Don Juan! Don Juan! ¡Sé clemente!
TENORIO. ¡Si aun no me hastía tu amor!
 ¿Quieres, di, prueba mayor?
MARGA. ¡Desdichada y ruin mujer!
 Por una hora de placer
 una vida de dolor.

(Don Juan entra tras ella).

ESCENA VII

CIUTTI y GASPAR.

CIUTTI ¡Vive Dios, te haré colgar!
GASPAR ¡Marcos!.. basta de bravatas
porque se me van las manos
al cuchillo. ¿Qué pensabas?
¿Qué ella y tú me burlaríais?
¿Y tu amo?

CIUTTI Marchó.

GASPAR ¡Mientes!

CIUTTI ¡Hombre! ¡Vaya unas palabras!

GASPAR ¡Está aquí!

CIUTTI ¿Bajo la mesa?

GASPAR Está en el cuerpo de guardia.

CIUTTI Estará con el sargento
en el puesto de avanzada.
¿Quieres verlo? ¡Ven conmigo!
(Hablo al sargento y lo atrapan
por espía).

GASPAR Voy contigo,
pero si dices palabra,
si haces seña que me importe,
hago de tu pecho vaina
a mi acero ¡echa delante!

CIUTTI Yo no doy nunca la espalda
a un amigo.

GASPAR Yo tampoco.

CIUTTI Pues toma mi brazo y marcha
así, dame ahora la mano

(Dale el brazo que Gaspar toma.)

como un galán y una dama
que pasean sus amores
por la tupida enramada.

(Las manos enlazadas por delante del cuerpo).

GASPAR ¡Eres listo!

CIUTTI Sirvo a un amo
que con los tontos no trata. (Mutis foro).

del César Emperador!
 CAPITÁN ¡Por las armas españolas!
 CENTE. ¿No brindáis, don Juan?
 TENORIO ¡Por vos!
 CENTE. ¿Cuántas conquistas lleváis
 en Italia?
 CAPITÁN ¡Un batallón!
 CENTE. ¿Y desafíos?
 CAPITÁN Están
 prohibidos.
 CENTE. ¡Pues mejor!
 CAPITÁN ¿Juguemos?
 TENORIO Tirad los dados
 pues que teneis afición.
 CAPITÁN ¡Veinte doblas!
 CENTE. ¡Cien ducados!
 TENORIO Doblo el dinero a los dos.
 Tirad.
 CAPITÁN (Tira los dados). ¡Cuatro!
 CENTE. (Id.) ¡Siete!
 TENORIO (Id.) ¡Nueve!
 Habéis perdido.
 CAPITÁN Un doblón.
 CENTE. Mi paga... Cincuenta escudos.
 TENORIO ¿Todo de una vez?
 CAPITÁN De dos.
 TENORIO ¡Tirad!

ESCENA X

Dichos y el CONDE DE BENAVENTE.

CONDE Aquí es.
 CAPITÁN (Tirando). ¡Tres!
 TENORIO ¡Tenéis desgracia!
 CENTE. (Tirando). ¡Seis!
 TENORIO (Id.) ¡Otra vez gano yo!
 CONDE ¡Señores! (Saludando).
 CENTE. ¿Quién?
 CAPITÁN Y TENORIO (Saludando). ¡Caballero!
 CENTE. ¿Jugáis?

- CONDE No. Busco a un traidor...
- TENORIO ¡Donde está don Juan Tenorio
nadie de tal modo habló!
- CONDE ¿Sois vos don Juan? ¿Conocéisme?
- TENORIO No tengo tamaño honor.
- CONDE Mucho fuera si os tratara,
que soy Benavente yo.
- CENTE. ¡Benavente!
- TENORIO (Con orgullo). ¡Y yo Tenorio!
que no os cede en el blasón!
Si no manchárais el vuestro.
- CONDE ¡Conde!
- LOS TRES ¡Basta, vive Dios!
- TENORIO ¿Sabéis de una hermana mía
que un rufián atropelló
secuestrándola en su casa,
fingiéndose protector,
y deshojada lá rosa
cobarde y malsin huyó,
dejándola entre alguaciles
con vergüenza y sin honor?
- TENORIO Sé... de una dama tan frágil
que en un minuto cedió
y dió mi casa por suya.
Dejadme jugar, por Dios,
si venís a hablarme de ella.
Moneda que se perdió
no la recoge don Juan.
- CONDE ¡Miserable!
- (Don Juan va a arrojarse sobre él y le contienen.)
- CENTE. Y CAPITÁN ¡Don Juan!
- CONDE (Con furor). ¡Oh!
- TENORIO (Con calma). Puesto que así os empeñáis
en enturbiarme el humor,
os daré lo que buscáis.
¡Mas por mí! ¡Por ella no!
Que no vale una estocada
mujer de tan poco honor.
- CONDE ¡Cobarde! ¡Mal caballero!
¡Salid! ¡Salid! ¡Vive Dios!
- TENORIO ¡Tengo ansia de vuestra sangre!
- (Vaciando un vaso.)

¡Bebed! ¡El vino es mejor!
¡Buscándoos vine desde Africa!
¡Mal viaje hicisteis!

CONDE
TENORIO
CONDE

¡Ladrón!
de honras! ¡Salid al instante!
No tengáis prisa, por Dios,
que siempre hay de morir tiempo,
y aun he de recoger yo
mis ganancias.

TENORIO

(Embolsando el dinero ganado.)

CONDE
TENORIO
CENTE.
TENORIO

¡Vamos!

¡Vamos!

¡Don Juan!
¡Bah! Suplidme vos
en la guardia unos momentos.

CONDE
TENORIO
CONDE
TENORIO

¡Calma habéis!
¡La obligación!
¡Pensad que Dios va juzgaros!
¡Vamos... al juicio de Dios!

(Mutis foro.)

ESCENA XI

CENTELLAS y CAPITAN

CAPITÁN
CENTE.

Parece bravo el mancebo.
Y tiene, además, razón.

ESCENA XII

Dichos, SARGENTO, CIUTTI, GASPAS y SOLDADOS

SARGEN.
CENTE.
SARGEN.

¡Don Juan!
¡No está aquí!
Un espía
han delatado...

GASPAR
CENTE.
GASPAR
CIUTTI

(A Ciutti.) ¡Traidor!
¿Un espía?
Falso!
¡Cierto!

CENTE. Don Juan ha un punto salió;
mas volverá.

CIUTTI Yo me escurro.
GASPAR ¡Me has vendido!
CIUTTI ¡Bah, simplón!
Ni quito ni pongo Rey,
pero ayudo a mi señor.

SARGEN. ¿Qué hacemos?
CENTE. Dejad a ese hombre
aquí.

SARGEN. ¿Atado?
CENTE. ¿No estoy yo?
¡Libre! Cuando don Juan vuelva,
él juzgará lo mejor.

CIUTTI (¿Por donde andará Don Juan?
A ver si lo encuentro yo...)
(Mutis foro.)

SARGEN. A la orden, mi Capitán...
(Al ir a salir el Sargento oyense tiros y toques de
tambor y clarín.)
¡Eh! ¿Qué es eso?

CAPITÁN ¡Ya se armó!

ESCENA XIII

Dichos y un OFICIAL

OFICIAL ¡Pronto! ¡Pronto!
CENTE. ¿Qué sucede?
OFICIAL Han forzado la avanzada
los enemigos, y aquí
se dirigen.

SARGEN. ¡A las armas!
OFICIAL De orden del Emperador,
que la fuerza de aquí salga
al encuentro, bajo el mando...

CAPITÁN ¿De quién?
OFICIAL Del jefe de guardia.
¿Quién manda la guardia?

CENTE. (Adelantándose.) ¡Yo!
SARGEN. ¡Vos!

CENTE.
CAPITÁN
OFICIAL

¡Silencio!
Don Juan tarda...
Pues batid al enemigo.
(Mutis)

ESCENA XIV

Dichos, menos el OFICIAL

CENTE.
SARGEN.
CAPITÁN
CENTE.

¡Bien! ¡Soldados, a las armas!
¿Pero vos?
¿Pero don Juan?
No se ha de notar su falta
donde yo esté. Ni es su acero,
mejor que mi toledana.
¡Al combate!

SARGEN.

¡Sí! ¡Al combate!
¡Hijos míos! ¡Viva España!
(Salen Centellas, Capitán, Sargento y soldados.
Sigue oyéndose la lucha más débil y lejana.)

ESCENA XV

GASPAR

GASPAR

¡Se han olvidado de mí
en la confusión por suerte!
El ha de venir aquí
y aquí encontrará la muerte.

ESCENA XVI

Dicho y MARGARITA, que no hace más que asomarse a la puerta
de la izquierda y volver.

MARGA.
GASPAR

¿Qué sucede? ¡Gaspar! ¡Ah!
¿Dónde mejor esperarle?
¡Con el ansia de matarle,
que despacio el tiempo va!
Al fin de tu traición,

las cuentas vas a rendir.
Reza, porque voy a hundir,
mi acero en tu coranzó.

(Escondiéndose tras la puerta donde espera Margarita.)

ESCENA XVII

GASPAR y MARGARITA, escondidos, y don JUAN con la espada en la mano.

TENORIO Desdichada criatura...
Hacerme dejar el juego
cuando iba ganando... y luego
largarse a la sepultura...
No tiene este marco holgura,
suficiente a mi valor,
y voy del Emperador;
a solicitar licencia.
Nadie acusará mi ausencia
de cobardía...

(Volviendo a escribir.) «Señor...»

(Don Juan siéntase a la mesa y escribe. Gaspar va a herirle, pero antes de que llegue a él, Margarita, con el puñal que le dió don Juan, le hiere por la espalda, y cae.)

GASPAR (¡Allí está!... ¡Esta es la ocasión!)

TENORIO «Sí es que os serví lealmente,
pídoos en compensación...»

GASPAR (Antes que llegue gente...
¡En medio del corazón!)

MARGA. (Hiriéndole.) ¡Traidor!

GASPAR (Cae.) ¡Muerto soy!

MARGA. Cayó.

TENORIO ¡Margarita!

MARGA. ¡Iba a matarte!

TENORIO ¿Tú fuiste?

MARGA. Para salvarte,
que importa que muera yo.

TENORIO (Arrepintiéndose de haber dudado y con cariño.)
¡Margarita!

ESCENA XVIII

Dichos, CENTELLAS, CIUTTI, SARGENTO y SOLDADOS

TODOS ¡Viva España!
TENORIO ¿Qué es eso?
CENTE. ¡Don Juan! ¡Victoria!
TENORIO ¡Centellas!
CENTE. Como no estábais
yo mandé por vos la tropa.
SARGEN. Nos sorprendió el enemigo
pero ya escapa en derrota.
Nos vendió un espía.
CIUTTI ¡Vedle!
TODOS ¡Muerto!
TENORIO (A Centellas.) ¡Gracias!
CENTE. ¡Hasta otra!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y OFICIAL con pliegos.

OFICIAL ¿Don Juan Tenorio?
TENORIO Yo soy.
OFICIAL El Emperador os nombra
en comisión para Nápoles.
Llevar este pliego importa.
TENORIO ¡A Nápoles!
CIUTTI ¡A caballo!
TENORIO Sargento, tomad mi bolsa
y en mi nombre y por su triunfo
repartidlo entre la tropa.
SARGEN. ¡Bien! ¡Viva don Juan Tenorio!
TODOS ¡Viva!
CIUTTI ¡Salud y.. memorias!
TENORIO Nápoles, rico vergel
de amor; del placer emporio
leerá pronto mi cartel:
«Aquí está don Juan Tenorio,
y no hay hombre para él.»

TELÓN

FIN DEL TERCER ACTO



ACTO CUARTO

NÁPOLES

PERSONAJES

Margarita, La princesa de Palermo, Don Juan Tenorio, El virrey de Nápoles, El príncipe de Palermo, Caballero 1.º, Idem 2.º, Un paje, Damas, Caballeros, Guardias y Arcabuceros.

Gran salón regio profusa y ricamente iluminado. Rompimiento en el fondo con terraza y escalinata que se supone sobre el golfo napolitano. Detrás el horizonte. Noche de baile.

ESCENA PRIMERA

EL VIRREY DE NÁPOLES, el PRÍNCIPE DE PALERMO
y la PRINCESA

PRINCI.	En mucho mi esposa y yo os estimamos la fiesta.
VIRREY	Quedaré honrado y gozoso si la agrada a la princesa.
PRINCE.	Virrey, fuera muy ingrata si desagrado fingiera, porque os acredita el gusto, la elegancia y la riqueza.
VIRREY	Supla, señora, el deseo lo que halléis de deficiencia

que basta vuestra hermosura
para engalanar la fiesta
y por miraros a vos
nadie ha de fijarse en ella.

PRINCI. ¿Queréis volver al jardín?
PRINCE. Volvamos... la noche amena
desde allí a gozar convida
la hermosa magnificencia
de nuestro golfo, dechado
portentoso de belleza.
¿Venís, Virrey?

VIRREY Dispensadme,
nuevos invitados llegan...

PRINCE. Hasta después... volveremos
antes que empiece la orquesta.

VIRREY Y si en la primera danza
os dignáis ser mi pareja,
seré el mortal más dichoso
y envidiado de la tierra.

PRINCE Contáos feliz entonces.

VIRREY ¡Señora!

PRINCI Hasta nuestra vuelta.
(Vase por el foro.)

ESCENA II

VIRREY y CABALLEROS 1.º y 2.º, con un papel en la mano
cada uno

CABA. 1.º ¡Vamos, esto es increíble!

CABA. 2.º ¡Es insultante!

CABA. 1.º ¡Insufrible!

CABA. 2.º ¡Vaya unos alardes fieros!

VIRREY ¿Qué sucede, caballeros?

CABA. 1.º ¡Un absurdo!

CABA. 2.º ¡Un imposible!

CABA. 1.º Un extraño desafío,
a la vez bufo e impío,
que a nuestro honor hace mengua

VIRREY Señores, tened la lengua;
nadie ofende el honor mío.

CABA. 1.º El de toda la ciudad
se ultraja en este pasquín
que he recibido, mirad.
Y vos sois en ella, al fin,
la suprema autoridad.

VIRREY A ver dadme ese papel.

CABA. 1.º Os advierto que el cartel
nada tiene de ilusorio.

VIRREY

(Leyendo.)

«Aquí está don Juan Tenorio
para quien quiera algo de él.
Desde la princesa altiva,
a la que pesca en ruín barca,
no hay hembra a quien no suscriba
y cualquier empresa abarca,
si en oro o valor estriba.

Búsquenle los reñidores,
cérquenle los jugadores:
quien se precie que le ataje
y a ver quien le aventaje
en juego, en lid o en amores.»
¿Y bien? La broma es pesada,
pero yo no encuentro nada
que a nadie pueda ofender.

¡Algún chusco quiso hacer
una parodia de hombrada!

CABA. 1.º ¿Lo creéis, Virrey?

VIRREY

¿Yo? ¡Sí!

¡La duda me maravilla!

Yo nunca a Tenorio vi,
pero sé que está en Sevilla.

CABA. 1.º ¡Don Juan Tenorio está aquí!

VIRREY

¿En Nápoles?

CABA. 1.º

¡Ciertamente!

Un cartel exactamente
igual al que habéis mirado,
esta tarde se ha fijado
en la hostería del Puente.

Como a muchos pareció
el cartelón irrisorio,
fué la gente... preguntó,
y el mesonero afirmó

que estaba don Juan Tenorio
Y en tanto busca palacio
donde alojarse despacio,
a las gentes desafía
desde el reducido espacio
del rincón de una hostería.

VIRREY

CABA. 1.^o

Si vos me lo aseguráis...
Preciso es que lo creáis
pues que todos lo aseguran;
y por cierto que murmuran
que tal desmán consintáis,
porque no es ley ni razón
que un loco, con aire impío
y alardes de fanfarrón,
lance así a una población
un cartel de desafío.

VIRREY

¡A fe, será castigado!
Mas dejadlo hoy transcurrir
hasta mañana.

CABA. 2.^o

VIRREY

¡Cuidado!
¡Vaya... aquí no ha de venir
puesto que no está invitado!

ESCENA III

Dichos y un PAJE

PAJE

¡Señor! A la puerta aguardan
permiso de vuescelencia,
si se digna concedérselo
para alegrar más la fiesta,
una extraña y nueva tropa,
una singular pareja.
Un trovador muy gentil
y una gitana muy bella.
¡Un trovador!

VIRREY

CABA. 1.^o

¡Una linda
gitana!

CABA. 2.^o

CABA. 1.^o

¡Pardiéz, que vengan!
Hacedlos entrar, Virrey.
Gentes son que siempre alegran.

CABA. 2.^o ¡Dirán la buenaventura!
CABA. 1.^o ¡Recitarán sus consejas!
VIRREY ¡Permitid!.. Se da el sarao
en honor de la Princesa
de Palermo, y ella sólo
aquí dispone y gobierna.
Id, paje, al jardín, decídselo
y lo que ella guste sea.
CABA. 1.^o Galante sois.
VIRREY Español,
eso es ley en nuestra tierra.
CABA. 2.^o Y mañana a ese Tenorio...
VIRREY Pues... se hará lo que proceda.
Si es un fatuo se le ríe,
si es un loco se le encierra,
si es un criminal se le ahorca,
si es un burlón se le deja.
Haré justicia. Eso basta.
Mas silencio que se acercan

ESCENA IV

Dichos, PRÍNCIPES, DAMAS y CABALLEROS

PRINCE. ¡Virrey! ¿Conque nos guardábais
tan deliciosa sorpresa?
¡Señores!
(Saludando a los Caballeros 1.^o y 2.^o que se han
descubierto e inclinado.)
CABA. 1.^o Los más humildes
vasallos de Vuestra Alteza.
CABA. 2.^o Dicha tienen en Palermo
con Soberana tan bella.
PRINCE. Volvamos a lo que importa.
Confesad que es cosa vuestra,
Virrey, esa parejita
que viene a aumentar la fiesta.
VIRREY Señora, como a vos misma
me sorprende esa sorpresa.
PRINCE. ¿De veras?
PRINCE. Como os lo afirmo.
VIRREY ¿Luego son como aseveran,

trovadores y gitanos
de esos que corren la tierra,
diciendo buenaventuras
y entonando sus endechas?
VIRREY Por lo menos como tales
se anuncian y se presentan.
PRÍNCI. ¿Les permitisteis la entrada?
VIRREY ¡Vedlos, Virrey!
PRINCE. ¡Ah!
Ya llegan.
PRÍNCI. ¡Galán es el trovador!
¡La gitana es hechicera!

ESCENA V

Dichos, don JUAN TENORIO (vestido de trovador)
y MARGARITA (de gitana).

MARGA. Señores...
VIRREY Bien venidos
PRINCE. Adelante.
TENORIO Bella princesa, a vuestros pies rendido
un pobre trovador; llega anhelante
a cantar como el pájaro en el nido,
gorjeos, cuya suave melodía
roban, señores, al corazón la calma
porque sólo conoce su armonía
el eterno pentágrama del calma.
Mis dedos, de la cuerda del salterio
arrancan notas suaves y amorosas
que recoge la noche en su misterio,
como besos de brisas a las rosas,
como suspiros de ave enamorada,
como susurros del correr del río,
como aleteos de aire en la enramada,
como cantos de amor en el vacío.
¡Cerrad los ojos! que sino, señora,
nunca noche será, con esos soles
límpidos cual luceros de la aurora
que al día presta luces y arreboses.
¡Cerrad los ojos! Fieros asesinos,

que abrasan en amor a quien los mira,
que el fuego de sus rayos peregrinos
saltan todas las cuerdas de mi lira.

Sed piadosa, señora, sed clemente.

Vuelva la noche con su sombra obscura
para que en ella entone dulcemente
cánticos a vuestra espléndida hermosura.

TODOS

¡Bravo!

MARGA.

(Celosa.) ¡Don Juan!

PRINCE.

A fe que sois galante.

CABA. 1.º

Son tal, señora, del trovar las leyes.

PRINCE.

¡No seguí? ¡Adelante!

PRINCI.

La gitana es bocado para reyes.

¿Decidme, trovador, es vuestra esposa
esta niña gitana

como el amor hermoso?

TENORIO

¡No, señor!

MARGA.

¡No señor! Yo soy... su hermana.

TODOS

¡Su hermana!

PRINCE.

(¡Qué locura!

¿Habrá cosa más rara y caprichosa?

¿No me hace respirar con más holgura
saber que no es su amante ni su esposa?)

PRINCI.

Gitana encantadora.

MARGA.

¿Lées el porvenir? ¡Ahí va mi mano!

Cuando trove mi hermano.

A las doce, señor, que esa es la hora
en que se abre a mis ojos el arcano.

PRINCI.

Pues trovad, si ello os place.

TENORIO

Desde luego

MARGA.

Su inspiración es tal que siempre agrada,
de patria, fe y amor, arde en el fuego;
que perdonéis mi sencillez os ruego.

TENORIO

Escuchad, pues.

BALADA

En la cumbre de un peñón
que bate indomable el mar
hay de ruinas un montón
que fué la feudal mansión
del conde don Pedro Aznar.

Sus hundidos paredones
fueron ayer murallones
que el cielo izaron serenas
las barbacanas y almenas
de sus recios torreones.

Y era del conde la gente,
como furioso torrente
que al valle baja asolando
roca a roca rebrincando
ciego en su rabia potente.

Desde la cumbre hasta el mar,
tal furia por arrasar
tiene aquel enjambre humano,
que hay quien cree que el de Aznar
quiere hacer el monte llano.

De tal guisa y con tal traza
destruye sin compasión
aquel baldón de su raza.
¡Es que lleva el corazón
forrado con la coraza!

Ecrio un día de coraje,
vistió el marcial atalaje
tocó su trompa de guerra,
y echó su gente a la sierra
con ansia de bandidaje.

Cayó el alud del castillo
en salvaje algarabía,
y de la vieja al chiquillo,
cuanto a mano se venía
pasaba el Conde a cuchillo.

De pronto, en la rinconada
de una peña mal tajada
sonó un grito sordo y seco,
miró el Conde y vió en el hueco
una niña desmayada,

pura como la azucena,
suavemente nacarada,
de dulces encantos llena,
apagada la mirada
pero la frente serena.

En sus mejillas hermosas,
rojo color brotó leve
tiñéndolas pudorosas...
¿Quién vió en un campo de nieve
brotar pétalos de rosas?

Quedóse el Conde admirado...
Miró desasosegado,
vióse solo y cobró aliento,
como si en aquel momento
todo le hubiera espantado.

Fuese a la linda rapaza,
y con desusada traza
desatando el hebillaje
de su guerrero atalaje,
lecho hizo de su coraza:

Su carga allí colocó,
entrambas manos alzó
de un mal paso por el miedo,
y paso a paso muy quedo,
a su castillo volvió.

Suena aún la trompa de guerra
en el valle y en la sierra;
ruín canalla asalariada
como fiera desmandada
ruje, roba, mata, aterra.

Pero el Conde, en su salón,
llora y ríe de emoción
al ver volver la rapaza.
¡Como arrancó su coraza
le ha llegado al corazón!

Una sola noche... excesos
de amor, con eternos lazos
dejó aquellos seres presos!
¡Sus grillos fueron sus besos!
¡Sus cordeles sus abrazos!

—
Mas el alba, sin consuelo
trocó tanta dicha en duelo;
en duelo amargo y profundo.
El hombre quedó en el mundo.
El ángel... volvióse al cielo.

—
Mas al partir dijo así :
«No llores, Conde, por mí.
Tan llena voy de tu amor
que por él te abre el Señor
su gloria y te espera allí».

—
Pasó el entierro imponente,
licenció el Conde su gente,
pegó fuego a su castillo
y abandonó su rastrillo,
sereno, triste y valiente.

—
Fué a la guerra, y en lid fiera
peleando denodado
en lo alto de una trinchera.
¡Cayó como buen soldado
abrazado a su bandera!

—
Y en la cumbre de un peñón
que bate indomable el mar
de ruinas hecha un montón,
quedó la feudal mansión
del conde don Pedro Aznar.

TODOS ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Excelente!
VIRREY ¿Sin duda sois provenzal?
TENORIO No, señor Virrey, no tal.
VIRREY Pues trováis bizarramente.
PRINCI. (A Margarita.) Ahora vos.
MARGA. No hagáis tal priesa!

tal vez luego lloréis.

PRINCI.
MARGA.

¿Yo?

Primero vos. ¿Queréis
darme la mano, princesa?

Eres... el arroyo
cintica de plata,
que el prado hermosea,
y el cielo retrata
y corre entre flores
con rápida marcha
saltando las guijas,
besando las cañas,
sembrando a su paso gotitas de espuma
que son el rocío que beben las plantas.

Guarda del torrente
que ruge, que brama,
que de breña en breña
rebrincando escarcha,
corre desatado
con furiosa marcha,
y arrolla y destruye,
y empuja y arrastra
las hojas caídas. ¡Ayer ilusiones
que el árbol vestían de rica esmeralda!
Vela el nido; al hueco
donde para el águila,
llegar puede el buitre
hundiendo su garra.
Eres la paloma;
del milano guarda.
Mira que la sierpe
fascina y encanta.

¡Yo también fui rosa crecida entre
[abrojos!

¡Las hojas cayeron! ¡Quedaron las zarzas!
(Asustada.) ¡Dios mío!

PRINCE.
TODOS.
TENORIO
PRINCI.

¡Princesa!

¡Margarita, basta!
Gitanilla, de la fiesta
no apagues los resplandores.
(Música dentro.)

VIRREY

Vamos al jardín, señores,

ya rompió el baile la orquesta.

(Ofreciendo el brazo a la princesa.)

TENORIO.

¿Me permitiréis, señora,
que os conduzca?

PRINCE.

(Saludando.) Caballero...

VIRREY

Permitid, soy yo primero.

TENORIO

Lo eráis sin duda hasta ahora.

El primero y el mejor
lo soy yo allá donde llego.

TODOS

¡Trovador!

TENORIO

Ved ese pliego

(Dándole el recibido en el acto anterior.)

VIRREY

¡Sello del Emperador!

TENORIO

Y perdonadme si audaz
para burlar la cautela
del enemigo, que cela,
de tomar hube disfraz
conque cruzar el confín
de la tierra que en rechazo
nos bate. Aceptad mi brazo.

(A la Princesa.)

Vamos, señora, al jardín.

Vedme siempre el trovador
rendido y enamorado.

(Marchando hacia el jardín.)

Para ellos, el delegado
del César Emperador;
para vos, de la hermosura,
gala, compendio y emporio,
no tiene don Juan Tenorio
sino ensueños de ternura.
Venid; cabe la enramada,
escuchen las gayas flores,
el dulce trovar de amores,
de mi lira enamorada.

PRINCI.

(A la gitana.)

¿Honraréis también la fiesta?

MARGA.

¡Sí a fe!

VIRREY.

(¡Del Emperador!)

PRINCI.

(Al dar el brazo a Margarita.)

(¿Quién será?)

MARGA.

(Tomando el brazo.) Gracias, señor.

- PRINCI. Buenaventura es aquesta
para mí.
- MARGA. Yo antes del día,
la otra os diré.
- PRINCI. Está emplazado.
¡Soy dichoso!
- MARGA. (¡Desdichado!)
(Al desaparecer por la terraza del brazo de don Juan.)
¡Ay de mí que no soy mía!
(El invitado 1.º y 2.º marchan ambos como las
demás damas y caballeros tras las dos parejas.)
¡Lance chistoso!
- CABA. 1.º ¡Y audaz!
- CABA. 2.º ¡Pliegos del Emperador,
fiados a un trovador!
- CABA. 1.º ¿No oistéis que era disfraz?
- CABA. 2.º ¿Quién será?
- CABA. 1.º ¡El diablo!
- CABA. 2.º ¡Despacio!
- CABA. 1.º ¡No broméeis con Satán!
- CABA. 2.º Jurara yo, que don Juan
Tenorio, está en el palacio.
- CABA. 1.º ¡Pues eso fuera peor!

ESCENA VI

VIRREY

- VIRREY ¡Al fin solo! ¡A ver! ¡La firmal
(Rompe el sobre del pliego.)
que garantiza y confirma
la misión del portador. (Lee.)
«Virrey, de nuestro servicio
queja va, que justa encuentro,
pues Nápoles es el centro
de la corrupción y el vicio,
y tal luce éste sus galas,
que si ángeles lo habitaran,
de su lado no escapan
sin salpicarse las alas,
y ni descanso ni duermo

viendo que a huéspedeta toma
esa moderna Sodoma,
los príncipes de Palermo.
La princesa toda fuego,
apasionada y ardiente.
El príncipe indiferente,
y ahí el desenfreno ciego;
témome que hable la fama
escandalosas razones
que conviertan en girones
la honra y nombre de una dama
que es hermana prima nuestra.
Ved, Virrey, de protegerla,
que honrada hais de devolverla
u os va la fortuna vuestra;
y si por vuestra torpeza
se atrevieran a mi cuna,
cuidad que con la fortuna
no se os vaya la cabeza,
pues buscásteis con ardor
el poderlos albergar,
a vos os toca cuidar
que sea salvo su honor.
Con don Juan Tenorio van
estás letras a la mano,
recibidle cortesano,
mas guardaos de don Juan.
Guardaos, don Juan se ufana
de burlaros. Ved que os digo,
don Juan Tenorio es mi amigo,
mas la Princesa es mi hermana.
Evitad el avistarlos
y el que ella sepa su fama,
la curiosidad inflama,
y pierde a la mujer.—CARLOS.»
¡Vive Dios! ¡No hiciera más,
mi enemigo más eterno!
Para cerrar el infierno
me mandan a Satanás.
¡Que no vea a la Princesa!
¡Que ella ignore quien es él!
Y él anuncia por cartel

los extremos de su empresa,
y ella cuelga de su brazo,
antes que el pliego leyera...
¡Pardiéz! ¡Yo mismo riera
si otro sufriera el bromazo!
¡Corro a buscar a su Alteza!
¡Fortuna... Ya eres escombros...
y quiera Dios que en mis hombros,
segura esté mi cabeza!
Mas yo juro, ¡Vive Dios!
que al caer, caerá cobrada.
¡Don Juan, afila tu espada!
¡Vamos a vernos los dos!

(Mutis en el jardín.)

ESCENA VII

MARGARITA y PRÍNCIPE, segunda izquierda

- PRINCI. La hora llegó de consultar el hado,
gitanilla gentil y primorosa,
tu ciencia luce, pues las doce han dado.
- MARGA. La impaciencia fué siempre peligrosa,
pero yo no ofrecí jamás en vano.
Ciencia sublime exacta y misteriosa
abre del porvenir el hondo arcano
y muestra los furores del destino
escritos en la palma de una mano.
- PRINCI. Tomad la mía.
- MARGA. Leo en vuestra estrella
reflejada en los signos de la palma,
la fatal influencia de una bella.
- PRINCI. ¿A qué horrendos tormentos me convida?
- MARGA. Honor y vida perderéis por ella.
- PRINCI. ¡Guardad con el honor! Sea la vida
que propio es de galanes el jugarla,
si el riesgo a la victoria nos convida.
- MARGA. No soñéis esta vez en alcanzarla,
porque aunque mal lo hayáis, estáis
[vencido
con el honor ceños a llevarla.

- PRINCI. ¿Otra vez el honor?
MARGA. Pronto perdido.
PRINCI. ¿Qué decís? ¡Reportaos, gitanilla!
¡Que es sagrado mi honor!
MARGA. ¿No sois marido?
PRINCI. Gitana... Ni ese cielo azul, sereno,
sin crespones de nubes, es más puro
que mi esposa, y en vano su veneno
ponzoñoso, lanzó tu labio impuro,
y cree que le debas, ¡rayo y trueno!
el que aquí no te aplaste, te lo juro,
de tus débiles sayas a la traza.
¡Mal fuego tueste allá en el purgatorio
a todos los bribones de tu raza!
MARGA. ¡Ridículo furor! Ved si amorio
cerca de vuestra esposa se abre plaza
el gentil trovador don Juan Tenorio.
PRINCI. ¿Qué? ¡Tenorio! ¡El cartel de desafío!
¿Pero quién eres tú, vil criatura?
MARGA. ¿Que os importa?
PRINCI. (Corriendo a la terraza.)
¡Mi Blanca! ¡Mi ventura!
¡En sangre he de lavar el honor mío
(Vase.)

ESCENA VIII

MARGARITA

- MARGA. ¡Corre, insensato! ¡Tu honor
no lo limpia tu coraje!
Pasto es del libertinaje
del brillante seductor.
Y no tu orgullo arguya
que con sangre has de lavarlo,
don Juan para destruirlo
verterá toda la tuya.
¡Es un monstruo del averno
que Satanás precipita!
¡Por él en mi alma se agita
todo el dolor del infierno!

¡Tened de mi compasión,
señor! A la muerte llamo!
¡Por qué le amo! ¡Le amo
con todo mi corazón!
¡Jesús! ¡Sol de libertad!
¡Ilumíneme tu luz!
¡Tú, que expirastes en la cruz
por salvar la humanidad!
¡Tú, de todo amor consuelo,
que das con tu bendición
a la adúltera perdón
y a la Magdalena el cielo,
envuélveme en tu sudario,
arráncame estos amores!
¡Por los divinos dolores
de tu madre, en el calvario!
(Cae de rodillas. Pausa.)

ESCENA IX

Dicha, luego don JUAN TENORIO, PRINCESA, PRÍNCIPE, VIRREY,
CABALLEROS y SOLDADOS; cruzan la escena por la terraza.

VIRREY (Dentro.)
¡Guardias! ¡Soldados! ¡Cerrad
los portones del castillo!
MARGA. ¿Qué es eso?
VIRREY ¡Alzad el rastrillo!
¡Que nadie salga evitad!
PRINCI. (Dentro.)
¡A mí, señores, a mí!
MARGA. ¿Le buscarán a él?
PRINCI (Saliendo precipitadamente tras de don Juan.)
¡Por Dios!
¡Huid!
TENORIO ¿Huir? ¿y sin vos?
VIRREY ¡Nadie ha de salir de aquí!
PRINCI. ¡Por piedad!
TENORIO ¡Bah! ¡Les espero!
PRINCI. ¡Insensato!
MARGA. ¡Temerario!

PRINCE. ¡Vos! ¡Salvarle es necesario!
MARGA. (Señalando la balastrada de la terraza.)
¡Por aquí! Suelta el acero.
TENORIO ¡Jamás en la recia lid
di la espalda al enemigo!
¡Veránse todos conmigo!
MARGA. ¡Que llegan!
PRINCE. ¡Por Dios, huid!
De noche... cuando la luna
el manso golfo refleje,
y entre las hojas se queje
suave brisa, que importuna
murmura amor... al castillo
llegad... da mi pabellón
del jardín a un torreón,
y estará franco el portillo...
TENORIO ¡Blanca!
PRINCE. Yo oiré vuestra queja,
mi bizarro trovador...
¡Guardas sean de mi honor
los barriles de mi roja!
¡Pero huid!
VIRREY (Dentro.) ¡En el salón!
PRINCE. ¡Deprisa!
MARGA. ¡Venid, don Juan!
TENORIO (Desde la terraza viendo el mar.)
¡Manso está el golfo!
PRINCE. ¡Qué afán
tortura mi corazón!

ESCENA ÚLTIMA

Todos los personajes del acto. GUARDAS, etc.

VIRREY ¡Vedlo!
PRINCE. ¡Y ella!
PRINCE. (¡Infausta suerte!)
TODOS ¡Muera!
VIRREY ¡Don Juan, entregaos!
TENORIO ¡Venid por mí!
MARGA. ¡Arrojaos!

PRINCE. ¡Dejadlo!
 PRINCI. ¿Buscáis la muerte?
 PRINCE. ¡Todos contra uno es cobardel
 PRINCI. (A don Juan.)
 ¡Venid a mí, cara a cara!
 TENORIO ¡Bah, si esa gente os dejara
 no haríais tamaño alarde,
 pues es al mundo notorio
 de mi ardimiento la fama!
 VIRREY ¡Basta! ¡El coraje me inflama!
 TODOS ¡Mueral
 TENORIO ¡Soy don Juan Tenorio,
 y os emplazo, caballeros!
 ¡Reñiré como queráis
 uno a diez si os empeñáis!
 VIRREY ¡Aquí, mis arcabuceros!
 MARGA. ¡Por el balcón!
 TENORIO (Arrojándose.)
 ¡Hasta pronto!
 VIRREY ¡A él, al instante!
 MARGA. (Desenvaina el puñal, coge en los brazos la Princesa
 amenazando hierla y grita.)
 ¡Si dais un paso adelante
 la atravieso el corazón!
 (Todos retroceden, la Princesa se desmaya en los
 brazos de Margarita. Cuadro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Desde una princesa real a la hija
de un pescador

PERSONAJES

Margarita, Princesa de Palermo, Teresina (pescadora napolitana), don Juan Tenorio, Ciutti, el Príncipe de Palermo, Beppo y Pascual. (pescadores), y Fray Salvador.

Campo: a la izquierda, el castillo palacio del Virrey, amurallado. con reja y portillo a la escena. A la derecha, cabaña de un pescador. Al fondo el mar. Es de noche. Continuación del anterior.

ESCENA PRIMERA

CIUTTI, BEPPO y PASCUAL, sentados a la puerta de la cabaña.

CIUTTI (Señalando al castillo.)
 Digoos que tarda en salir
 y oí ruido de mosquetes,
 gritos de alarma y de guerra.
BEPPO El se arreglará si puede.
 ¿No pretenderéis a fe
 que entremos por defenderle
 por asalto en el castillo?
 Hay cien lanzas, cien jinetes
 y cien arcabuces dentro.

el ruido y la confusión
para arrojarme también.
¿Sabéis si es buen nadador?
¡El lo hace bien todo!

BEPPPO
CIUTTI
BEPPPO

¡Entonces

no me explico, vive Dios,
su tardanza! En todo el golfo
no hoy donde salir a flor
de tierra, sino este trecho.

MARGA.
BEPPPO

Tal vez contra algún peñón...

Tranquilizáos, no hay lecho
más cómodo ni mejor

que ese cristal transparente...

CIUTTI

Tal vez don Juan se acogió
de alguna barca

BEPPPO

Es difícil...

si no es algún remolón,
a esta hora descansa en tierra
todo honrado pescador.

Por eso a mi Teresina

dejo que cruce veloz

sola en mi barca, ese espejo

que el cielo a Nápoles dió

para copiar su belleza.

PASCUAL

Basta de conversación...

Pues el galán salió libre,

él vendrá.

GIUTTI

¡Tal digo yo!

PASCUAL

En tanto esta niña es fuerza
cuidar.

BEPPPO

Entrad en mi choza.

Mi vieja os velará a vos,

y en busca de ese galán

iremos Pascual y yo.

MARGA.

¡Gracias!

PASCUAL

¿De qué?

BEPPPO

Nada hicimos...

MARGA.

(A Pascual,) Vos fuisteis mi salvador.

PASCUAL

¡Vaya una hazaña!

BEPPPO

Otras tiene

que muestran más corazón.

Sin ir más lejos, ayer

frente al puerto naufragó
un bergantín calabrés
y con propia exposición,
arrancó a las olas bravas
un fraile que descansando
está en esa habitación.

PASCUAL

Señor...

MARGA.

¿Un fraile?

BEPPU

Viene de la India...

MARGA.

¡Tal vez me lo envía Dios!

CIUTTI

O el diablo, que en punto a fraile
no apuesto por nadie yo.

BEPPU

Ahora nosotros en marcha
en busca de ese tritón
que desaparece en las aguas
cual luz que el aire apagó.

Vamos los tres en su busca,
más ven seis ojos que dos.

(Vanse por la derecha.)

ESCENA III

La PRINCESA

(La luna ilumina la reja del castillo y tras ella aparece la Princesa.)

PRINCE.

¡Cómo la noche al corazón sonríe!

Del amplio manto azul cuelga sus lám-
[aras

¡De sueño, fantasía e ilusiones
casta morada?

¡Cuál bella y misteriosa entre sus som-
[bras

dulces endechas la natura canta!
¡melancólico canto que contempla
la luna blanca!

¡Tibia noche de estío toda aromas
que despiertan de amor las dulces ansias!

¡Beso de Dios que fecundiza al mundo!
¡Ven a mi alma!

(Pausa. Cierra la reja.)

ESCENA IV

Don JUAN TENORIO y TERESINA

(Ella delante y don Juan siguiéndola.)

TENORIO

¡Batelera! ¡Batelera!
Volvamos a tu barquilla
pescadora.

Mirala que nos espera
cabeceando en la orilla.
¡Batelera!

—
Que el mar nos meza, cual cuna
del infantillo regazo,
niña mía,
y alargue en el mar la luna
la sombra de nuestro abrazo
¡hasta el día!

TER.

—
¡Caballero! ¡Caballero!
No os burléis de un? cuitada,
que ligero
huiréis a tierra dejando
la pescadora pescada.
¡Caballero!

—
No hagáis por ruines antojcs,
señor, que pierda la calma,
mi ventura.
Anzuelo y redes los ojos
me van enredando el alma.
¡Qué locura!

TENORIO

—
¿Mi pena no te da pena?

TER.

Vuestro aliento me envenena.

TENORIO

¡Teresina!

TER.

Vuestra pasión me anonada
y vuestra ardiente mirada
me fascina!

TENORIO

—
¡Eres luz! Aura divina
que a respirar me convida
hermosura peregrina!

¡Teresina!
¡Teresina de mi vida!

Tras ti el corazón camina,
perdida sin ti la calma
que loco amor adivina.

¡Teresina!
¡Teresina de mi alma!

Escucha al que amante implora,
despierta tu alma dormida
al fuego que me devora

¡Pescadora!
¡Pescadora de mi vida!

¡Que mi corazón te adora!
¡Niña del talle de palma
gallarda y cimbreadora!

¡Pescadora!
¡Pescadora de mi alma!

¡Batelera! ¡Batelera!
Volvamos a tu barquilla.

¡Pescadora!
¡Mírala que nos espera
cabeceando en la orilla...

¡Batelera!
¡Caballero! ¡Caballero!
¿Por qué os recogió mi bote?

¡Trapacero!
Bien fingíais luchar fiero
de las olas al rebote.

¡Embustero!
¡Me sorprendisteis así!
Como pago la torpeza,
si torpeza cometí...
que en pago a mi ligereza
arder siento mi cabeza
y mi corazón perdí.

¡Ay de mí!
¡Tus ojos el llanto bañan!
¡Vamos al mar, batelera!

TER.

TENORIO

TER. Mirad señor la cabaña
que me espera!
TENORIO ¡Yo la trocaré en palacio!
BEPPO ¿Para qué si nada os pido?
¡Al ave le basta un nido
donde cantar al espacio!
Mas tengo allí nombre honrado
y madre que por mí llora,
un padre que en su hija adora
y un galán enamorado
que si no sabe gran cosa
de deliquios amorosos.
sueña días venturosos
que compartir con su esposa.
TENORIO Algún pescador patán...
TER. Soy pobre y más no le pido.
¡Más vale patán marido
que cortesano galán!

ESCENA V

Dichos y CIUTTI

CIUTTI ¡Señor!
TENORIO ¿Eh? (Volviéndose enfadado.)
CIUTTI Mirad allí.
(Señalando centro del fondo.)
TERR. ¡Mi barca desamarrada!
(Corriendo hacia donde señala Ciutti.)
¡Va a ser al mar arrastrada! (Ya entrando.)
TENORIO (A Ciutti.) Ciutti, eres digno de mí.
(Don Juan vase corriendo tras Teresina, que ha desaparecido por la izquierda.)

ESCENA VI

CIUTTI, que se va riendo.

CIUTTI ¡El diablo hará que se pierda!
¡Hay tanto cañaveral...

se ha mellado mi puñal
al querer cortar la cuerda!

ESCENA VII

Dicho, BEPPO y PASCUAL

BEPPO ¡Nada!
PASCUAL ¡Incógnito profundo!
CIUTTI ¿No? Pues cesen las pesquisas
¡Ya se lo dirán de misas
si es que está en el otro mundo!
BEPPO ¿No os ha de matar la pena?
CIUTTI Matarme ¡qué tontería!
voyme al punto a la hostería
para engullirme su cena.
BEPPO (Preguntando dentro.)
¿Vino Teresina?
CIUTTI ¡Ver (Señalando al fondo.)
me pareció desde aquí!...
PASCUAL ¡Que vuelva su merced!
CIUTTI ¡Sí!
¡En eso pienso... en volver! (Mutis.)

ESCENA VIII

BEPPO y PASCUAL

BEPPO ¡Mucho tarda esa muchacha
PASCUAL Ya sabe usted que la gusta
el mar, y que no la asusta.
para correr una racha.
BEPPO Es verdad... pero me tiene
impaciente...
PASCUAL ¡Niñería!
El bello nacer del día
en el golfo la retiene,
que a fe es cosa celestial
ver el límpido arrebol
del primer rayo del so
chispeando en su cristal.

BEPP0 Sin embargo... la alborada...
PASCUAL Dejadla si placentera
la contempla, que la espera
trabajo una vez casada.
Y decidme. ¿Halláis reparo,
Beppo, en mi boda?

BEPP0 ¡Pascual!
PASCUAL Es que si no os sabe mal...
el día de San Jenaro...
BEPP0 ¿Quiere ella?
PASCUAL No se me oculta
que la disgusta hablar de eso,
y a vos os confío el peso
de tan precisa consulta.
BEPP0 ¡Ella te quiere!
PASCUAL ¡En verdad!
Pero así con un cariño...
Con la ternura del niño...
algo de la fraternidad.
BEPP0 Cierto... pero cambiará...
Claro está que ahora el pudor,
la doncellez y el rubor...
PASCUAL Confío en que así será.
Que la boda no se tuerza,
que una vez mía, señor,
yo la daré tanto amor
que haya de amarme por fuerza.
BEPP0 ¡Entral! La noche declina,
no tardará ella en venir
y tú mismo vas a oír
como hablo a mi Teresina;
y si no pone reparo,
que no lo pondrá de fijo,
serás su esposo y mi hijo,
el día de San Jenaro.

ESCENA IX

Dichos al entrar y MARGARITA y FRAY SALVADOR que salen
de la cabaña

BEPP0 ¡Hola! ¿Levantado ya,
fray Salvador?

F. SALVA. ¡Ya estoy fuerte!

¡No me ha querido la muerte
esta vez!

BEPPPO

Y esperará
si me oye, hasta que rendida
no nos quiera ya atrapar. (Vase Pascual.)
Conque, entrad luego a cenar
que algo hay que hacer por la vida.
(Vase Beppo tras Pascual.)

ESCENA X

FRAY SALVADOR y MARGARITA

F. SALVA. ¡Buenas gentes! ¡Cuán sencillas!
¡Ofrecen de corazón
cuanto tienen! ¡Cómo exponen
con inaudito valor

su vida por salvar otras
que tal vez, hija, no son
sino cargas de dolores.

MARGA. ¡Como la mía, señor!

F. SALVA. ¡Pobre niña! ¡Pobre niña!

MARGA. ¡Ful muy criminal!

F. SALVA. Mas Dios

quiere más que al inocente
al duro y ruín pecador,
que inocencia es ignorancia
y arrepentimiento no.

¡Es fe en su misericordia!

¡Es confianza en su amor!

MARGA. ¡Señor... yo nací en mal día!
Crecí al antojo del sol.

F. SALVA. ¡Sin padres!

MARGA. ¡En el arroyo!

F. SALVA. Me explico tu perdición.

MARGA. Del montón de abandonados
un hombre me recogió
convirtiéndome en su amante.

F. SALVA. También redime el amor
si es puro.

MARGA.

Aquél era fuego,
y en su lava marchitó,
cuanto instinto para el bien
hubiera en mi corazón.
¡Otro al que creía un angel
y era un demonio feroz!
Con una mirada sólo
me arrebató el corazón
y por él soñé un momento
en el bien... en el amor...
en la pureza... en el cielo...
El otro le amenazó
a traición. ¡Y le maté!
¡Tú! ¡Crimen horrendo!

F. SALVA

MARGA.

F. SALVA.

MARGA.

¡Yo!
¡Siguel
Unida al nuevo amante
fuí su esclava... entre el dolor
de verle amar y rendir
las mujeres en montón.
¡Ya, señor, no puedo más,
me hace trizas el dolor!
¿Quién puede este afán calmar?
¿Quién puede salvarme?

F. SALVA.

Dios.

El recuerdo del pasado
ha de ser tu expiación
y tu premio la esperanza
allá... en un mundo mejor.
¿Qué he de hacer para alcanzarlo?
Querer. Luchar con valor.
Tener caridad. Correr
de las miserias en pos
para templar sus rigores.
¡Amar mucho!

MARGA.

¿Amar, Señor?

F. SALVA.

No es el áspero cilicio,
no es el rezo charlador,
no es la soledad del claustro,
no es la paz material, no
lo que cura, lo que salva
por sí mismo. Es el ardor

en vencerse, que la vida
es lucha con la pasión
y sin batirse y vencer
no hay lauro conquistador.

¡Ni en el cielo los cobardes
pueden tener galardón!

¡El premio de este combate
es la gloria! ¡Es el amor

eterno y la eterna dicha!

¡Es la conquista de Dios!

MARGA.

¡Oh, padre!... ¡Padre! Os comprendo.

¡Partamos!

F. SALVA.

¡En cuanto el sol
raye el cielo! ¡Animo hija!

ESCENA XI

Dichos y BEPPO

BEPPO

¿No entráis, Padre Salvador?
Mirad que sobre la mesa
humea la colación
y el fresco de la alborada
no os hará bien.

F. SALVA.

Allá voy.

Fe y esperanza, hija mía

MARGA.

¡Las tendré, Padre!

(Vase el Padre Salvador.)

BEPPO

(¡Por Dios,

que Teresina jamás

tan tarde a casa volvió!

Estoy inquieto... En el golfo

no hay peligro... pero...) (Vasc.)

ESCENA XII

MARGARITA y la PRINCESA, a la reja.

MARGA

(Arrodillándose.) ¡Oh!

¡Madre, toda llantos!

¡Virgen, toda amores!

¡Reina de los cielos!
¡Madre de los hombres!
Ya que por él sufro.
Ya que por él lloro.
Ya que de él me alejo.
Ya que lo abandono.
¡Madrecita mía,
velad por Tenorio!
PRINCE. ¿Por qué me abandona?
¿Por qué huye y me deja
si sabe que aguarda
detrás de la reja
su cuita amorosa
que el alma recrea?
MARGA. ¿Dónde estará ahora?
PRINCE. ¿Qué hará que no llega?
Ay amor, ¡qué triste
tus sueños comienzas!
MARGA. ¡Oh! ¿Qué oigo?
PRINCE. ¡Oh! ¿Qué escucho?
MARGA. ¡Ya vienel
PRINCE. ¡Ya llega!
MARGA. ¡Corazón, respira!
PRINCE. ¡Alma mía, alienta!

ESCENA ULTIMA

Dichos, don JUAN y TERESINA

(Por el fondo cruzándolo en la barca de la segunda; el Príncipe tras la figura de su mujer; Fray Salvador a la puerta de la cabaña con Margarita)

TENORIO ¡Batelera!
TER. ¡Caballero!
TENORIO ¿No volvemos a la orilla,
mi lucero?
TER. ¡Boga! ¡boga mi barquilla!
¡Más ligerol
MARGA. ¡Ah!

PRINCE.

¡Jesús, otra mujer!

MARGA.

¡Falso! ¡Perjuro! ¡Traidor!

TER.

¡Otra infamia! ¡Otro dolor!

TENORIO

¡Oh, qué hermoso amanecer!

¡Ves, cielo en calma,

todo a la dicha convida!

¡Teresina de mi vidal

¡Teresina de mi alma!

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO.



ACTO SEXTO

Margarita y doña Inés

PERSONAJES:

Margarita, Lucía, Brígida, Don Juan Tenorio, Don Diego Tenorio, Don Gonzalo de Ulloa, Ciutti, El padre Salvador, Capitán Centella, Don Rafael de Avellaneda, Príncipe de Palermo, Beppo, Pascual y Caballeros.

En Sevilla. Plaza. A la derecha, el convento de las Calatravas. A la izquierda, la hostería del Laurel. Carnaval de 1545, momentos antes de comenzar la acción del «Don Juan Tenorio»

ESCENA PRIMERA

DON GONZALO de ULLOA saliendo del convento

D. GON ¡No me place la tal dueña!
 ¡Mala recomendación
 me hizo don Diego Avellón!
 Es chismosa y pedigueña,
 malicia hay en su mirada,
 y temo que más se inclina
 que a Susana, a Celestina...
 ¡Bien pudiera estar comprada
 por don Juan! ¿Y será ese hombre
 el marido de mi Inés
 para que arrastre después

como hoy el suyo, mi nombre?
¡Lo veremos! Mi palabra
tiene don Diego Tenorio,
pero si ese desposorio
la muerte de mi Inés labra,
aunque no merezca loa
la acción, volveréme atrás,
porque una hija vale más
que una palabra, aun de Ulloa.
He oído que en esta fiesta
don Juan vendría a Sevilla
para aumentar su mancilla
con una bárbara apuesta,
cruzada entre él, hace un año
y otro tal de su ralea;
preciso es que yo lo vea
para burlar todo engaño.
La hostería del Laurel
es casa mal afamada,
pero es la causa sagrada
que me lleva a tal burdel.
Con su gente no me igualo
al entrar en la hostería.
Mas... no es hora todavía...
¡Oh, don Diego!

ESCENA II

Don GONZALO y don DIEGO

D. DIEGO

¡Don Gonzalo!

D. GON

Salía de ver a Inés.

D. DIEGO

¿Cómo está?

D. GON.

¡Cual siempre hermosa!

El capullo de una rosa.

D. DIEGO

(¡Cuán dichoso padre es!)

Ulloa; por vuestro bien

quiero, aunque de ello me aflijo,
hablaros algo de mi hijo.

D. GON.

Yo lo deseo también.

D. DIEGO

Porque era a los dos ventaja,

tratamos de cierta boda
que si pleitos acomoda
no ha de aparejar mortaja.
Mi hijo... Aunque duro es
la propia sangre infamar,
he llegado ya a dudar
que sea digno de Inés.
Camorrista y jugador,
seductor y pendenciero,
con él no hay seguro fuero,
vida, ni hacienda ni honor;
ya que él mi desdicha labra
y mis canas pisotea,
sólo yo víctima sea;
os vuelvo vuestra palabra

D. GON.

Quizá invente la malicia
todo lo que se murmura.

D. DIEGO

Referencia hartó segura
vino a darme la noticia.

D. GON.

Por mí mismo lo sabré.
Si hizo esta apuesta afrentosa
Inés no será su esposa.

¡Primero la mataré!

¡Que aunque sea gran dolor
verla a mi golpe tendida,
para los nobles la vida
vale menos que el honor!

Y mi alcurnia acrisolada
con la impureza no acierta;
decir puede «Aquí fué muerta,»
mas no «Aquí fué deshonrada.»

Queda la palabra en pie.

D. GON.

Si miente su fama, es suya
mi Inés, mas nadie me arguya
de que quebranto mi fe
si se la niego a Satán,
que tal pintan a Tenorio.
Del velo del desposorio
no hará mortaja don Juan.

D. DIEGO

A ser tal su desafuero
de ser mi hijo hoy acaba.

D. GON.

¡Por mi cruz de Calatrava!

D. DIEGO

¡Por mi honor de Caballero!

(Danse las manos y parten cada cual por lado distinto.)

ESCENA III

CENTELLAS, AVELLANEDA y CABALLEROS

AVELLA. ¡Os digo que hoy es la apuesta!

CENTE. ¿Pero vos creéis en eso?

AVELLA. Presenciásteis como yo
el lance.

CENTE. ¡Viven los cielos!

¿Creéis que al cabo de un año
ninguno se acuerda de ello?

AVELLA. Mejía, sí.

CENTE.

Yo a Tenorio

vi en Italia unos momentos,
y aunque siempre calavera,
jugador y pendenciero,
como bravo capitán
peleaba en el ejército
mas que atento a sus caprichos,
a la disciplina atento.

¡Se contaban grandes cosas
de su valor y su acierto!

Ya véis que si voluntario
fué a pelear al Ejército
cual corresponde a un valiente,
como cumple a un caballero,
al diablo envió la apuesta,
que no se cumple su objeto,
como leal y bizarro
nuestras banderas siguiendo.

En fin, si gustáis, señores,
acompañadme un momento
a dar cuenta de mi viaje
al coronel de mi tercio,
y después a la hostería
todos juntos volveremos.

Butarelli nos dirá

qué hay en la apuesta de cierto
y cuando todo no sea
más que patraña y enredo,
«porque esas cosas se dicen
mas no se llevan a efecto,»
siempre quedará una noche
de orgía, que aprovechemos
renovando las famosas
bacanales de otro tiempo.

AVELLA. Yo os afirmo que don Luis
vendrá.

CENTE. ¿Sabéis algo en ello?

AVELLA. Sé que es hombre de palabra.

CENTE. No gana a don Juan en eso.
Si la apuesta continúa,
si la cosa se hizo en serio
dad a don Luis por vencido;
Tenorio es siempre el primero.

AVELLA. Cosas sé yo de Mejía,
tales, que apostar me atrevo
que nadie igualó en el orbe.

CENTE. Bastante decir es eso.
Ya nos contaréis su historia
mientras vamos y volvemos.

AVELLA. ¡Lo haré así!

CENTE. ¡Si vienen ambos
justo es acudir a verlos,
si no llegan... ¡Qué demonio!
¡A su salud brindaremos!
El carnaval nos convida
bromas, fiestas, lances, juego.
Para vaciar unas cuantas
botellas, siempre hay pretexto.
Soy de de vuestra opinión misma.

AVELLA. ¡Ea, señores, marchemos!

CENTE. tengo prisa por dejar
el atalaje guerrero
y cuidar algo mi hacienda,
y descansar algún tiempo
en esta hermosa Sevilla
tan adorada.

AVELLA. Me ofrezco

CENTE. a ser, mientras la habitéis
vuestro acompañante eterno.
Se acepta la compañía
que sois un buen compañero,
y si a don Luis no admiráis
tanto, seríais perfecto.

AVELLA. Vos admiráis a Tenorio
CENTE. No le admiro, le cotejo
con Mejía y vale más.

AVELLA. ¡Lo veremos!
CENTE. ¡Lo veremos!

AVELLA. Vamos a que despachéis
para dar la vuelta luego
y en tanto, oid de Mejía
los más bizarros extremos. (Vanse.)

ESCENA IV

TENORIO y CIUTI, con antifaz.

TENORIO ¡Hémos al fin en Sevilla,
Ciutti! En aquel convento
mora la infeliz que quieren
atar a mí en nudo estrecho.

CIUTTI ¡Pues disparata qu'ien tiene
semejantes pensamientos!
¡Don Juan Tenorio casado!
Fuera acabar, ¡vive el cielo!
la tragedia en entremés,
que sin duda, andando el tiempo
fuérais marido burlado.
¡Como todos los del gremio!
Que no hay hembra sin amante
ni buscona sin enredo.

TENORIO Hablador te ha vuelto el viaje.
CIUTTI Es que en Sevilla me encuentro
y ya me siento andaluz.
¡Mal viaje a los forasteros!
Cada cual a donde va
es lo que es, por nacimiento,
hable astur, o provenzal,

genovés, turco o tudesco,
pero acá en Andalucía,
chispea el sol con tal fuego,
que absorbe las diferencias
y confunde los extremos,
sin haber pisado Flandes
todos se sienten flamencos,
atrevidos, lenguaraces,
divertidos y embusteros...

TENORIO

Cuida de inventar ardid
para entrar en el convento.
Pese a las reglas monásticas,
ver a mi futura quiero.

CIUTTI

¿Hais la bolsa bien repleta?
Pues sería fácil el medio.
Llégame a la portería
y cien micas encomiendo,
y novenas y rosarios
y hasta bautizos y entierros.
A llave de oro, la Iglesia
no tiene portón secreto,
y os deja rezar al diablo
si a San Miguel contáis recio
sin que haya gran diferencia
entre San Roque y su perro;
de balde sirve al segundo
como paguéis al primero,
que el mismo altar los ampara
los mantiene el mismo clérigo,
los alumbra el mismo cirio,
y les reza el mismo pueblo.

TENORIO

CIUTTI

Convento es sólo de nobles.
¡Carne del mismo puchero!
¡Siempre fueron amigos
el palacio y el convento!
¿Hay novicias? Habrá dueñas.
¿Hay dueñas? Pues hay enredos.
Como yo tope con una
dad el asunto por hecho.

ESCENA V

Dichos y BRÍGIDA, que sale del convento

TENORIO ¡Mira una!
CIUTTI ¡El diablo la envía!
¡Oye, bruja!
BRÍGIDA ¡Santos cielos!
¡El!
CIUTTI ¡Ella!
TENORIO ¿La conocías?
CIUTTI ¿Si la conocí? ¡Cuerno!
¡Si es mi hermana... de mesón!
¡Mala pestel!

TENORIO No te entiendo
BRÍGIDA ¿No os acordáis ya de Irene
de Quiñones? ¡Pobre! ¡Ha muerto!
TENORIO Si profesó ¡vive Cristo
que nada ha perdido en ello!
Sólo puede ser del diablo
la que fué mía un momento.
Después de amar a Tenorio
ninguna es digna de afecto.
CIUTTI ¡Requiescat!
TENORIO ¿Y tú a quien sirves?
BRÍGIDA Don Juan, yo no sé si debo...
CIUTTI Lo que debas te se paga,
y ya no hay que hablar en ello.
BRÍGIDA Pues... a doña Inés de Ulloa.
TENORIO ¿A mi futura?
BRÍGIDA Eso creo.
TENORIO ¿Es hermosa?
BRÍGIDA ¡Como un lirio
que al rocío aun no se ha abierto!
TENORIO ¿Pura?
BRÍGIDA ¡Como la paloma
antes de su primer vuelo!
TENORIO ¿Casta?
BRÍGIDA Como la inocencia
del niño en su primer sueño.
TENORIO ¡Oh, vive Dios que he de verla!

- BRÍGIDA Si es que yo ayudaros puedo...
TENORIO ¡Puedes! Yo la escribiré,
tú la entregarás el pliego
y cuidarás que lo lea.
- BRÍGIDA Descuidad... Yo entiendo de eso.
Sé subrayar una frase,
y hacer a punto un comento
y hacer grabar una imagen,
y soplar a tiempo el fuego
para que prenda la chispa
y arda el alma en el incendio.
- TENORIO Además quiero una llave.
BRÍGIDA Portillos tiene el convento...
pero aquellas cerraduras
rechinan mucho...
- TENORIO Comprendo.
Las forrarás de diamantes
si yo hasta su celda llego.
BRÍGIDA Tendréis la llave.
- TENORIO Una seña
de que están todos durmiendo.
BRÍGIDA Os la daré.
- TENORIO Y yo otra bolsa
igual a esta. (Dándole una.)
(Tomándola.) ¡Es un lucero!
Os advierto que las tapias
entre la casa y el huerto
no tienen portillo alguno,
don Juan.
- TENORIO ¡Las asaltaremos!
CIUTTI (¡Esol! ¡Ya está, Ciutti, en danza
metido a volatinero!)
- BRÍGIDA Id, pues, a escribir la carta.
TENORIO Con Ciutti os la envío luego.
BRÍGIDA En tanto... Mirad, don Juan,
en la iglesia y en el hueco
de un pilar, entre las sombras
bien recatado y envuelto
estad y mirad al coro,
que yo al convento me vuelvo,
y cuando con las novicias
para el *Angelus*, pasemos

por entre unas celosías,
de que os vea hallaré medio.
Vos sois gentil y galán,
buen mozo, guapo y apuesto...
La curiosidad despierta
y se aguza en el misterio.
Le diré que estáis allí
por ella, y rendido y ciego
por su amor, vivís penando,
triste, pensativo, inquieto,
de tal guisa, que si pronto
no echan la campana a vuelo
para que toque a la boda,
¡tendrá que tocar a muerto!
TENORIO ¡Vales el oro que pesas!
BRÍGIDA ¡Estos amores violentos
me encantan y me seducen!
¡Ay, me recuerdan mis tiempos!
CIUTTI (¿También antes del diluvio
había líos como estos?)
TENORIO ¡Vieja mla, hasta después!
BRÍGIDA ¡Adiós! Me vuelvo al convento
y no os olvidéis, don Juan,
de que a serviros me apresto.

ESCENA VI

Dichos, menos BRÍGIDA

TENORIO ¡Ciutti, la suerte me abona!
¡La que mi dogal creyeron
será una más en la lista!
CIUTTI ¡Y el escándolo tremendo!
TENORIO ¡El pobre Comendador
se va a tirar de los pelos!
CIUTTI ¡Y fortuna si no es calvo
que se arrancara el pellejo!
TENORIO Del *Angelus* es la hora
vamos a entrar en el templo. (Vase.)
CIUTTI En casa desconocida
entráis. A la puerta espero.

ESCENA VII

CIUTTI

CIUTTI ¡Vayan a estudiar al diablo
doctores de Salamanca
que una dueña a todos juntos
abre clase y pone cátedra!
¡Dudo que sepa el demonio
lo que ella les enseñara,
que al diablo tira del rabo
una dueña si se ensambla
en Celestina y para ello
sólo con ser dueña basta!

ESCENA VIII

Dicho y LUCÍA

LUCÍA Con el dichoso don Luis
fastidiosa está doña Ana;
mensaje cada minuto,
y cada minuto carta.

CIUTTI ¡Buena moza!

LUCÍA ¡Buen talante!

CIUTTI ¿Es doncella?

LUCÍA ¿Es paje?

CIUTTI Acaba
de llegar, y aun de vacío,
a que le ocupen aguarda.

LUCÍA Busque amo.

CIUTTI ¿Yo para qué,
si encontré a quien servir? Vaya.
¿No quiere ese cuerpo airoso
ser de este mi cuerpo el alma?
Soy pobre y no uso criados.
Juroos que vuestra soldada
pagada en besos y abrazos
ningún hombre rechazara,
y criado vuestro fuera

el mismo Rey por cobrarla
Es favor...
LUCÍA No; hago justicia,
CIUTTI tus ojos llegan al alma
y son tus labios cerezas
de San Juan. ¡Picoteadas
se vean por este pájaro
que hacia ti tiende sus alas!
LUCÍA ¡Cómo galán... sí es galán!
CIUTTI ¡Lo que es como guapa... es guapa!
LUCÍA Como yo no le conozco...
CIUTTI Me conocerás mañana
como esta noche me escuchés.
LUCÍA ¡No soy libre!
CIUTTI ¿Eres esclava?
LUCÍA Tengo amos.
CIUTTI ¿Amos de todo?
LUCÍA ¡Malicioso! Tengo mi ama
a quien velar esta noche
porque mañana se casa.
CIUTTI También tú y yo como quieras
nos casaremos... ¡mañana!
LUCÍA ¿Habláis formal?
CIUTTI ¡Como un santo...
si los santos se casaran!
LUCÍA De todo hay...
CIUTTI Es claro. ¡Mártires!
LUCÍA Y vírgenes.
CIUTTI En estampas.
Tengo un hatillo de escudos
para que no sean pajas
todo el nido... tengo oficio
que suele dejar sus gangas,
y tengo buen apetito
y eres bocado de Papa.
Conque di si te conviene
que nos casemos... ¡mañana!
LUCÍA Ya lo pensaré esta noche.
CIUTTI ¡No consultes con la almohada
que da sueños agitados,
y se deshace la cama!

- LUCÍA ¡Trapalón!
- CIUTTI ¿Conque hace o no?
- LUCÍA Sirvo en casa de doña Ana de Pantoja... Allí en la esquina, ocupo habitación baja que tiene reja a la calle. Vedla, aquella..., la otra guarda la habitación de mi dueña. Si no tenéis que hacer nada mejor, y queréis venir...
- CIUTTI Antes la luna faltara a la noche, que a tu reja este galán haga falta.
- LUCÍA Hablaremos esta noche... y... ya veremos mañana.
- CIUTTI Oye, y entre reja y reja ¿no tiene puerta esta casa?
- LUCÍA ¡Jesús!
- CIUTTI No te asustes, niña, que uso ganzúa dorada. ¿Conque acudirás si llamo?
- LUCÍA Confíad en mi palabra. ¿Seña?
- CIUTTI Esta. (Una seña cualquiera.)
- LUCÍA Queda entendido y a ella acudiré sin falta.
- CIUTTI ¿Cómo te llamas?
- LUCÍA Lucía.
- CIUTTI ¿Y vos?
- CIUTTI Un nombre que agrada mucho a todas las mujeres mantenidas o casadas: Marcos.
- LUCÍA ¡Marcos! Tengo prisa. Llevo un papel de doña Ana a don Luis Mejía... el novio
- CIUTTI ¿Don Luis Mejía se casa?
- LUCÍA ¡Y quería competir con mi amor! ¡Vaya una hazaña!
- CIUTTI Se casa. ¿Os asombra eso?
- LUCÍA No me asombra. ¡Vaya en gracia!
- CIUTTI ¡Un Marcos más!

LUCÍA
CIUTTI

Hasta luego.

Hasta la noche sin falta.

¡Vas a morirte de gusto
en escuchando mi cháchara!

¡Ya verás querer de veras!

LUCÍA

Ya vais mostrando la traza.

CIUTTI

¡Adiós, hermosa Lucía!

LUCÍA

¡Adiós, Marcos de mi alma!

ESCENA IX

CIUTTI

CIUTTI

¿Conque se casa don Luis?

¿Conque Mejía se casa?

Bueno es para todo evento

tener entrada en la plaza,

pues sospecho que don Juan

de la apuesta en la revancha,

le va a hacer tocayo mío

para coronar la hazaña.

¡Mas ya tarda, vive Dios,

don Juan! ¡La guardia es pesada!

ESCENA X

Dicho y don JUAN

TENORIO

¿Qué es esto?

CIUTTI

¡Don Juan!

TENORIO

¡Silencio!

¡Déjame, Ciutti, en mi alma

se agitan y se revuelven

ideas nuevas y vagas!

¿La habéis visto?

CIUTTI

¡Sí! La he visto

TENORIO

¡La he visto! Es joven... es bella

y el deseo se agiganta

en mi pecho... y de su imagen

tengo el alma saturada.

¡Fué un instante! ¡Mal he dicho
fué una eternidad!

CIUTTI

¡Qué extraña
alucinación!

TENORIO

No sé,
Ciutti, lo que por mí pasa,
tengo empeño en conseguirla
y no quisiera lograrla.
Siento que no es la mujer
lo que en ella me arrebató.
¡Y es hermosa como el sol!
¡Más que el sol! ¡Que no lo empaña
un crespón de nublé! ¡Es cielo
en noche serena y clara!
¡Será mía! aunque al infierno
hubiera de ir a buscarla
y a todos los diablos juntos
a arrancársela a estocadas!
¡Será mía! aunque se oponga
su padre, el rey, y la santa
Inquisición. ¡Dios y el mundo!
que yo sabré conquistarla...
Y nuestro amor será un beso
infinito de dos almas
que se remontan al cielo
eternamente enlazadas.
No fuego fugaz que quema
un momento y luego pasa
y en una chispa se enciende
y se apaga en una ráfaga,
si no incendio formidable,
terrible, que el viento arrastra
y en fantástica carrera
todo cuanto toca traga...
¡y el mundo entero convierte
en un huracán de llamas!
¡Vive Dios, que os desconozco!
¿Y a conocerme yo osará?
¡Oh, cuánto cambia una vida
en una sola mirada!
¡Cómo basta un pensamiento
a modificar un alma!

CIUTTI

TENORIO

¡Oh, inocente doña Inés!
¡Pobre tórtola enjaulada!
¡Hermosa visión celeste!
¡Angel de nevadas alas!
Mi voluntad es más fuerte
que el mundo que nos separa,
más robusta que esos muros
que su inocencia resguarda.
¡No tu padre! ¡No mi historia!
Si Dios mismo se empeñara
en separarte de mí
formando contra mis ansias
un murallón de granito
de la tierra a su morada,
por las grietas y al asalto
yo el murallón conquistara
con las uñas, con los dientes,
con coraje y sin escalas
y si Dios en su alto trono
mis brazos te disputaran
yo del seno de la gloria
para mi amor te arrancarían.

CIUTTI

TENORIO

¡Estáis loco!
¡Enamorado
estoy, Ciutti!

CIUTTI

TENORIO

¡Eso me espanta!
¿Enamorado de veras?

Con ese amor que no pasa.
¡Que más allá del sepulcro
eternamente se inflama
en el fuego que los astros
sobre la tierra derraman!

CIUTTI

TENORIO

Pero el empeño... la apuesta...
Yo cumpliré mi palabra,
que ni los lances me asustan
ni los riesgos me amilanan
ni estoy aún arrepentido
de mis proezas pasadas.
Mas algo nuevo, inefable
se ha introducido en mi alma
haciéndome desear
otros goces y otras ansias.

CIUTTI Véos mudado, don Juan.
TENORIO No te asombre esta mudanza,
 una Elena perdió a Troya,
 una Cava perdió a España,
 una Eva a la humanidad.
 No sería cosa extraña
 que una Inés de blancas tocas
 y de tez blanca y rosada
 perdiera a don Juan Tenorio
 para su nombre y su fama.
 Y esta noche dará fin
 la apuesta a don Luis ganada
 por hazañas de don Juan.
CIUTTI ¡Un año de rompe y rasga
 corrido en medio segundo!
 ¡por una monja descalza
 las hazañas de don Juan
 Dios perdonado las haya!
TENORIO Entremos en la hostería
 para escribir esa carta.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, PRÍNCIPE DE PALERMO, CONDE DE BENAVENTE
BEPPO, PASCUAL y GENTE DEL PUEBLO

BEPPO ¡Aquel es!
PASCUAL ¡Ese es Tenorio!
BEPPO ¡Ese es don Juan!
PRINCI. ¡Miserable!
TENORIO (Desenvainando.)
 ¡Vive Dios!
CONDE ¡Soy Benavente!
TENORIO ¡Cómo! ¿No os maté en Flandes?
 Me alegra, a fe, el encontraros
 vivo.
CONDE Basta de palabras
 a mi hermano asesinásteis
TENORIO ¡Mentís! ¡Murió cara a cara!
PASCUAL ¿Y a mí conocéisme?
TENORIO ¡El Príncipe!
PRINCI. Testigo de tus infamias.

(Vanse quitándose los antifaces y reconociéndolos don Juan.)

¡Beppo! ¡Pascua!!

BEPPINO ¡Sí, nosotros!

TENORIO ¿Y qué me queréis?

LOS CUATRO ¡Venganza!

PRINCI. ¡Por mi esposa!

BEPPA Por mi hija?

PASCUAL ¡Por mi amante!

PRINCI. ¡Por mi amada!

CIUTTI ¡Fuego de Dios y qué tropa!

TENORIO Idos... no saqué mi espada.

y os espanté como a perros uncidos a una manada.

Idos que pienso en el bien
y me empuja, con más rabia
el mal. Idos, que ahora quiero
y antes sólo deseaba.

PRINCI. Disponéos a morir.

TENORIO Dejádme... ved que me aguardan para una célebre apuesta hace un año concertada.

PASCUAL ¡Y vos sois aquel don Juan!

BEPPO. ¿Era esa vuestra pujanza?

PRINCI. ¿Os habéis vuelto cobarde?

TENORIO ¡¡Cobarde!! Empuñad las armas.
Todos a mí

Todos ¡Todos!

TENORIO ¡Ahora

Dios acoja vuestras almas!

Ya soy el que siempre he sido,
ya renuevo mis hazañas.

Todos ¡Lo veremos!

TENC RIO ¡Pues a verlo!

PRINCI. ¡Todos a él!

TENORIO Tomad, canalla!

(Desnudan las espadas y riñen; unos caen y otros huyen.)

PASCUAL ¡Volvemos con refuerzo!

TENORIO ¡Tomad! ¡Tomad cuchilladas!

No huyáis, cobardes. Venid.

CIUTTI Huyen a la desbandada.
TENC RÍO ¡Miserables! Y esos son
 los que con tanta osadía
 hablaban de cobardía
 y huyen como vil ladrón.
 Vamos. Ciutti, a la hostería
 que probar ¡vive Dios! quiero
 que alcancé el sitio primero
 en la apuesta con Mejía.
 Siguiendo la vida en pos
 del ideal en mi eterno:
 ¡O la gloria o el Averno!
 ¡Ser Satanás o ser Dios!

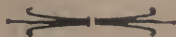
FIN.

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|---|--|
| 1. La princesa del dollar | 32. El registro de la policía |
| 2. La Ola gigante | 33. El vergonzoso en palacio |
| 3. El señor Conde de Luxemburgo | 34. La fuerza de la conciencia |
| 4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | 35. Aurora |
| 5. El Sol de la Humanidad | 36. Eva |
| 6. Zazá | 37. El Bufón |
| 7. Mujeres Vienesas | 38. El cuchillo de plata |
| 8. Hamlet | 39. Nick Carter |
| 9. Glordano Bruno | 40. La cena de los cardenales
¡Justicia humana! |
| 10. El nido ajeno | 41. El señor feudal |
| 11. El Rey | 42. El veranillo de S. Martín |
| 12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | 43. El desdén con el desdén |
| 13. Los Miserables | 44. Cuento inmoral
Amor de amar |
| 14. La ladrona de niños | 45. La dama de las camelias |
| 15. Los dioses de la mentira | 46. La domadora de leones |
| 16. Cristo contra Mahoma | 47. Los dos sargentos franceses |
| 17. Juventud de Príncipe | 48. El Místico |
| 18. Juan José | 49. García del Castañar |
| 19. La sociedad ideal | 50. La fierecilla domada |
| 20. La cizaña | 51. El honor |
| 21. Entre ruinas | 52. El sí de las niñas |
| 22. La vida es sueño | 53. María Antonieta |
| 23. Sabotage
Pasa la ronda | 54. La viuda alegre |
| 24. Magda | 55. El conde de Montecristo |
| 25. El papá del Regimiento | 56. Otelo |
| 26. El Alcalde de Zalamea | 57. El Barbero de Sevilla |
| 27. Los dos pilletes | 58. Daniel |
| 28. D. Juan de Serrallonga | 59. Pecado de juventud |
| 29. El Rey Lear | 60. Nadie más fuerte que
Sherlock Holmes |
| 30. Espectros | 61. La muerte civil |
| 31. Las Cigarras Hormigas | 62. La apuesta de Don Juan
Tenorio |



Sor Teresa o El claustro y el mundo

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SOR TERESA

O

EL CLAUSTRO Y EL MUNDO

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EDUARDO VIDAL Y VALENCIANO

—x—

Representado con gran éxito en los principales teatros
de Barcelona



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1912

REPARTO

Personajes

Actores

SOR TERESA	Doña Carlota de Mena.
GUILLERMINA	Srta. Adela Clemente.
SOR JOSEFA.	» Pilar Clemente.
SOR CECILIA	» Balbina Pi.
SOR MARÍA.	» Anita Mønner.
EUGENIA.	» María Reinoso.
DON GUSTAVO.	Don Antonio Tutau.
DONATO.	» Juan Riba.
TEODORO	» Modesto Santolaria.
EL CONDE	» Miguel Pigrau.
BASILIO	» Jaime Molgosa.
MARCELO	» Luis Muns.

Monjas y Educandas.

La escena se supone en Italia, durante el primer tercio del siglo XIX



ACTO PRIMERO

Salón ricamente amueblado. Puertas laterales y en el foro. Muebles de exquisito gusto. Consolas con candelabros, sofá, butacas y velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

MARCELO, encendiendo los candelabros

MARCELO Antes de que cierre la noche encendamos las bujías; no sea caso de que el novio de la señorita Eugenia nos pille a obscuras. Pocas veces se habrá visto dos bodas en una misma casa y dos contratos en un mismo día. ¡Pero lo que son las cosas! La una todo es satisfacción... y alegría... La otra en cambio más que boda parece un entierro... ¡Así es el mundo! Unos rien y otros lloran. Con todo, bien podríamos preguntar en esta ocasión: ¿quién reirá el último?

ESCENA II

Dicho y don GUSTAVO y ANTONIO, que vienen del foro

GUSTAVO (A Marcelo.) Esta carta a su destino.

MARCELO (Tomándola e inclinándose.) Está bien, señor.

GUSTAVO ¿Está avisado el notario?

- recho, y usted, don Gustavo, no puede despojarla por ningún concepto.
- GUSTAVO ¡ Señor notario !
- BASILIO La ley es terminante sobre este punto y usted comprenderá que yo no puedo autorizar un contrato que podría darse de nulidad. (Pausa, durante la cual don Gustavo reflexiona; después de pensar y haciendo un gran esfuerzo, dice:)
- GUSTAVO Puesto que me habla usted en esos términos, es indispensable que le haga una dolorosa revelación; pero antes, espero de usted que me guardará el secreto.
- BASILIO Doy a usted mi palabra de honor.
- GUSTAVO Pues le diré a usted que Guillermina, la joven que va a entrar en las Ursulinas, si bien es hija mía, no lo es legítima.
- BASILIO ¡ Qué escucho ! (¡ Pobre niña !)
- GUSTAVO Creo que esta revelación desvanecerá por sí sola todos sus escrúpulos.
- BASILIO Ciertamente. ¿Y podrá usted suministrar-me las pruebas?
- GUSTAVO Y cumplidas. (Pausa.)
- BASILIO ¿El señor Conde, como parte contratante, tiene conocimiento del particular?
- GUSTAVO Lo sabe todo.
- BASILIO ¿Y don Donato, el futuro de la señorita...
- GUSTAVO Sabe que Eugenia tiene una hermana que va a entrar en un convento.
- BASILIO Siendo así, para la escritura que usted desea, no hay óbice.
- GUSTAVO Mil gracias, señor don Basilio.

ESCENA V

Los mismos y MARCELO

- MARCELO Señor.
- GUSTAVO ¿Qué ocurre? (Don Basilio se levanta.) No se moleste usted, se lo ruego. Habla.

MARCELO Su carta ha sido entregada a la misma señora abadesa, en propia mano, y me encargó le dijera que tendría necesidad de conferenciar con usted antes de las ceremonias.

GUSTAVO Está bien. Tenemos determinado que ambos esponsales se firmen en la misma iglesia. El de Eugenia tan pronto como terminen las ceremonias de Guillermina.

MARCELO (Que ha llegado al foro.) El señor Conde, don Donato y su amigo don Teodoro.

GUSTAVO Que me place. Teodoro es un joven simpático y muy jovial. Una de sus hermanas tomó el hábito de Ursulina hará dos años.

BASILIO Lo sé: cambió su nombre por el de Sor Cecilia.

GUSTAVO Precisamente; y su madre, que es toda una señora, quiere extraordinariamente a mi Eugenia, lo que hace que se le considere como de mi propia familia. (A Marcelo.) Avisa a la señorita doña Eugenia la llegada de don Donato. (Marcelo saluda y vase.) En presencia de mi hija y de su futuro, ni una palabra que recuerde mi novelesca aventura.

BASILIO Me ofende usted suponiendo siquiera...

GUSTAVO Sin las circunstancias que me han obligado a ello, nunca hubiera hablado de una historia que hace diez y ocho años está sepultada en el olvido.

ESCENA VI

Dichos el CONDE, DONATO y TEODORO

CONDE Nos hemos hecho esperar, querido amigo; pero qué le hemos de hacer, cuando median novios en las citas, la puntualidad no puede ser matemática.

GUSTAVO (Estrechándole la mano.) Mi querido Conde... ¿Y tu estimado hijo?

- DONATO Muy bien ; gracias. (Friamente.)
- GUSTAVO A usted ya sabe que se le quiere. (A Teodoro.)
- TEODORO Gracias : y estoy bien seguro que es por lo que valgo y no por lo que tengo, pues mis caudales, que digamos, bien poco valor dan a mi persona.
- GUSTAVO ¡ Siempre decidor y alegre ! (Al Conde.)
- TEODORO ¿ Qué quiere usted ?... Cuando no tengo otra cosa que gastar, gasto alegría. Dicen que el mundo da vueltas y yo me río viendo valsar a la humanidad sin tregua ni descanso. Y a propósito de valsar, ¿ creo que no faltará baile en la boda ?
- GUSTAVO Y desde ahora le nombro a usted director del cotillón.
- TEODORO Aceptado. ¿ Y la novia ? ¿ Dónde está la novia ?
- CONDE ¡ Es verdad ! ¿ Y mi querida Eugenia ?
- GUSTAVO Prendiéndose el último alfiler.
- TEODORO ¡ Oh ! Tarea importantísima , de más trascendencia que un endiablado plan diplomático.
- DONATO Siento en el alma que se moleste, a la par que agradezco su deseo, al cual procuraré corresponder. (Siempre frío.)
- GUSTAVO Por caridad, dejémonos de cumplidos, y tratémonos ya como de familia.
- CONDE La etiqueta sobra entre amigos.
- GUSTAVO ¿ No opinas tú así ?
- DONATO ¿ Por qué no ? Yo he de hacer todo lo que ustedes quieran.
- GUSTAVO Don Basilio me decía cuando llegasteis que tenía el contrato extendido.
- TEODORO (¡ Pobre amigo mío !)
- DONATO (¡ Tan pronto !)
- CONDE Don Basilio se conoce que anda a la posta, cuando se trata de asegurar la felicidad de dos jóvenes.
- TEODORO (En esta ocasión debía andar a paso de tortuga.)
- BASILIO Falta un pequeño dato que ha de sumi-

nistrarme don Gustavo y quedará a la disposición de ustedes.

TEODORO (A Donato.) ¡Animo, Donato! El matrimonio todavía no es un acto consumado, y mientras hay vida hay esperanza.

DONATO (¡Casarse con una mujer que no se ama! ¡Oh! ¡Esto es horrible!)

CONDE (Que ha estado conversando con don Gustavo.) ¡Mi hijo aguarda ese momento con la mayor impaciencia! ¿No es verdad, Donato? (Con imperio.) ¡Habla!

DONATO Es verdad. (Sumiso. Sigue conversando con don Gustavo.)

TEODORO Señor Conde, sea usted menos exigente. Usted sabe que su hijo consiente en ese enlace tan sólo para acatar su voluntad; pero exigirle...

CONDE Caballero, sé muy bien lo que me hago. (Con sequedad. Teodoro queda por un momento admirado.)

TEODORO (Sí, ¿eh? En el lugar de Donato tenía que encontrarme, y sabrías como se dicen nones.) (Teodoro pasa a conversar con don Gustavo, en tanto que Donato habla con el Conde)

CONDE Recuerda que el estado de nuestra casa es ruinoso, y que en tu mano está el único medio de salvarla. Ahora haz lo que quieras.

TEODORO Todo para una hija y nada para la otra, me parece una división muy equilibrada.

GUSTAVO ¡Tendrá también su buena parte de honores!

TEODORO ¡Ah, sí! Una renta muy positiva. Yo tengo muchos títulos mobiliarios, ni uno siquiera de la renta del Estado; pero se van el uno por el otro. ¿Y ambas ceremonias tendrán efecto en el mismo convento?

GUSTAVO Es mi opinión.

CONDE (Entra en el diálogo.) Y la creo muy acertada.

TEODORO Acertadísima. (Veamos si puedo cambiar el tono de ese cuadro.) ¡Oh! ¡Qué idea! Oigan ustedes, señores; usted también,

señor notario. Deje usted en paz por un momento sus teje-maneges y a ver si es usted de mi opinión.

BASILIO (Dejando de escribir, lo que ha hecho durante toda la escena.) ¿De qué se trata?

TEODORO Mañana toma el hábito la hermana de Eugenia, como si dijéramos la cuñada de Donato, porque creo que sabrá usted que Donato y Eugenia se casan mañana también. (Siempre ligero.)

BASILIO Sí, señor, debo saberlo. (Riendo.)

TEODORO Pero lo que usted no sabe, es que ambas ceremonias se efectúan en el mismo monasterio. ¿Lo sabía usted?

BASILIO Sí, señor ; lo sabía también.

TEODORO De lo que se habrá usted alegrado, porque usted es muy goloso... y las Ursulinas hacen unos pasteles...

BASILIO Don Teodoro... por Dios...

TEODORO Hacen muy buenos pasteles... ya sabe usted que los dos hemos amasado... digo, comido juntos .

GUSTAVO ¡ Siempre de buen humor !

TEODORO Pues bien : propongo que en el solemne acto de los plácemes y enhorabuenas...

BASILIO Ay, don Teodoro, que se pierde usted... ¡ que se pierde usted !...

TEODORO Cállese, si puede... Pues propongo que Donato, cuya fácil palabra y poética fantasía le han valido fama de elocuente orador, pronuncie un discurso en elogio de la monjita.

DONATO (¡ Yo ! ¡ Yo mismo !)

TODOS Muy bien pensado.

CONDE ¡ Felicísima idea !

DONATO No, no ; eso no puede ser. ¡ No puede ser !

BASILIO Pero ¿por qué razón?

DONATO Como ha dicho bien Teodoro... casi soy hermano de la novicia y... (Excusándose.)

CONDE Razón de más.

DONATO La costumbre no ha autorizado que nadie hable en causa propia...

- TEODORO Sí, hombre, sí. Yo tuve la malhadada idea de introducir esa costumbre.
- BASILIO Que se pierda usted, don Teodoro... ¡que se pierda usted!... (Riendo siempre.)
- TEODORO No tema, señor don Basilio.
- DONATO Pues nadie como tú. Yo no me siento con ánimo... tú puedes hacerlo.
- TEODORO ¡Yo! ¡Imposible! Imposible de todo punto.
- DONATO Eso es una excusa de mala ley.
- TEODORO Lo tengo terminantemente prohibido.
- GUSTAVO Usted lo dice...
- TEODORO Señor notario del diablo, deje usted de reírse a mi costa y dé usted fe de mis palabras.
- BASILIO Señores, es la verdad. Don Teodoro no puede hablar en un acto como el de que se trata, porque tiene empeñada su palabra de no volverlo a intentar siquiera.
- TEODORO Y voy a explicar el por qué, antes de que ustedes lo pregunten. Cuando profesó mi hermanita, hoy la respetable Sor Cecilia, en el Real monasterio de las Ursulinas, es por demás que les diga que el número de convidados fué grande y escogido. El espíritu maligno, sabido es que no hace más que un trabajo, y éste mal hecho; quiso tomarme a mí por juguete, y me aconsejó que improvisara un discurso en loor de la nueva hermana y esposa de Jesucristo... Pues señor... no se ría usted, mal prójimo. (Al notario.) Me levanto, toso, saludo y empiezo a hablar. Lo que pasó por mí no sabré explicárselo a ustedes... porque ni yo he sabido explicármelo. Nunca he tenido cortedad, lo confieso; pero en aquel momento me pareció que veía un millón de lucécitas, y que cada oyente tenía cien cabezas con doscientos ojos que se fijaban sobre mí. Buscaba ideas y no parecía sino que alguien me las arrebatara antes de que lle-

garan a mis labios. El tiempo iba transcurriendo : el auditorio escuchando lo que yo no decía, y yo hablando lo que no pronunciaba ; únicamente las manos no paraban de llamar la atención, como si otro que no fuese yo las moviera por su cuenta. El lance era por demás cómico y ridículo ; pero de pronto, como si se hubiera soltado el muelle que sujetaba mi lengua, empecé a hablar y a hablar : pero sin ton ni concierto, según pude colegir por la risa del concurso. Recuerdo, sí, que ponderé las virtudes de Santa Ursula,, y de las once mil vírgenes ; deseando para mi hermana y para todos mis oyentes que aumentaran aquel asombroso número, sin atender que en él figuraban varios reverendos, algunos tipos como el señor notario, y no pocas mamás. Que hablé de Santo Tomás, de las glorias eternas, de la música antigua y moderna representada por mi hermana que por esta razón había tomado el nombre de Cecilia, de las penas del infierno, de Orfeo, de Dante y otros poetas, en fin, qué sé yo lo que salía por mi boca. Mi madre tosía, como diciéndome, basta ; los reverendos se sonaban con estrépito cuando se me escapaba alguna herejía, los jóvenes se relán y hasta un perro que allí se entró, yo no sé cómo ni por dónde, ladró asustado de mi torbellino de palabras. Pero lo terrible para mí en aquel duro trance, era que así como no había visto la manera de empezar, menos encontraba el modo de concluir, y a buen seguro que estaría hablando todavía, si el bueno del organista, sin duda comprendiendo mi situación, no suelta a una todos los registros del órgano, con cuyo inesperado auxilio terminé mi discurso, prometiendo

empero formalmente no volver a improvisar en los siglos de los siglos. Amen.

BASILIO De todo lo cual doy fe.

CONDE Si es así, le dispensamos.

BASILIO Pero Donato es diferente, su reputación está bien sentada...

DONATO Pero mis labios se resistirían a pronunciar una sola palabra ; mi ánimo desmayaría a la vista de tan conmovedora escena. La sola idea de que una joven, en los más hermosos años de su vida, cuando todo para ella deben ser ilusiones, esperanzas y ensueños de ventura, da un adiós eterno al mundo, para enterrarse viva en un sombrío claustro donde las lágrimas no serán consoladas, donde sus suspiros se estrellarán contra los triples muros de aquella inmensa sepultura ; donde los latidos de su corazón se oirán como las pisadas secas del andar de la muerte ; donde...

GUSTAVO (Interrumpiéndole con calor.) Pero ella lo hace por su propia voluntad.

DONATO Pero mañana puede arrepentirse, y entonces maldecirá de su estado y de cuantos le dedicaron alabanzas.

GUSTAVO ¿Nos desairas?

DONATO No es desaire ...

CONDE ¿Y a tu padre también?

DONATO ¡ Desea usted que hable !... (Con pena.)

¡ Pues sea ! Hablaré. (¡ Qué suplicio !)

GUSTAVO Gracias.

TEODORO Ten presente que la joven tiene los ojos negros. El cabello negro...

GUSTAVO No ; rubio.

DONATO ¡ Rubio !

TEODORO Bien : negro o rubio lo mismo da. De todos modos ha de ser un ángel más que aumentar el coro del Señor.

BASILIO ¡ Muy bien, señor don Teodoro !

TEODORO ¿ Pues qué se figura usted ? No siempre han de ladrarme los perros. ¡ Pero qué

miran mis ojos ! Hablaba de un ángel y aquí llega otro. ¡ Donato, qué bonitísima es !

DONATO (¡ Pobre víctima inocente !)

ESCENA VII

Dichos y EUGENIA

CONDE ¡ Mi querida Eugenia !

DONATO ¡ Señorita !

GUSTAVO (Que se adelantó a recibir, dándole la mano.) (Recuerda lo que me tienes prometido.)

EUGENIA (He jurado obedecer a usted, padre.) (En tanto que forman grupo el Conde, Donato, don Gustavo y Eugenia.)

BASILIO ¿Qué le parecen a usted los novios?

TEODORO Que están tan alegres como si trataran de otorgar testamento.

CONDE ¿Pero, a qué tanta ceremonia? Creo que es ya hora de que os tratéis con verdadera franqueza.

GUSTAVO No comprendo tanto cumplido. Dentro de pocas horas seréis el uno del otro, y os habláis como extraños. (Sigue el diálogo por indicaciones.)

TEODORO ¡ Y estos padres no comprenden que sus hijos no se aman ! ¡ Dónde tienen los ojos ! ¡ Señor, dónde tienen los ojos !

DONATO Todo mi afán, señorita, se cifrará en hacerla a usted feliz.

GUSTAVO Muy bien, Donato.

TEODORO (Muy mal.) Señores : yo opino que mientras los jóvenes hablan de lo que a ustedes no les interesa, (Voy a dejarte solo.) los papás, que tanto cuidan de su felicidad, pueden con el señor notario despachar la parte... como diré... material... no, no es la palabra... ¡ prosaica del asunto ! ¿No les parece a ustedes? Digo, si no opinan lo contrario.

GUSTAVO Perfectamente. ¿Cuando ustedes gustan?

TEODORO Así todo se compagina. Allí, la prosa. Aquí, la poesía. (Yendo a los jóvenes.) El tiempo es corto ; os dejo solos. Habla : acaba esta situación difícil y embarazosa. Señorita... hasta en seguida.

DONATO Gracias, Teodoro. (Dándole la mano.)

TEODORO Buena suerte y sabes que puedes contar conmigo en cuerpo y alma.

ESCENA VIII

DONATO y EUGENIA

DONATO (¡ Debo romper el silencio !) (A Eugenia.) Señorita : nuestra posición es bien extraña...

EUGENIA Donato, lo sé todo.

DONATO Y bien. ¿Qué opina usted?

EUGENIA Que debemos resignarnos.

DONATO Eugenia, yo debo disculpar mi extraña conducta con usted ; mi frialdad, mi indecisión. Nuestros padres, por miras particulares, sin consultar nuestros corazones, ni darnos tiempo para tratarnos íntimamente, concertaron nuestro matrimonio ; ¿debemos resistirnos?

EUGENIA Nunca, Donato.

DONATO Me falta oír de sus labios la última palabra para saber cual ha de ser nuestra futura suerte.

EUGENIA Donato, obedezcamos a nuestros padres.

DONATO Está bien ; me casaré con usted ; pero desde este momento juro que en mí sólo tendrá usted un hermano, que sabrá guardar como se merece, el sagrado depósito que recibo de su señor padre.

EUGENIA Donato... ; qué generoso es usted !

DONATO ¿Por qué, pudiendo ser felices, se nos condena a una eterna infelicidad?

- EUGENIA Ya que debemos sufrir ese sacrificio, que el mundo no se ría de nosotros.
- DONATO ¡ Es usted un ángel !
- EUGENIA No soy más que una débil mujer.
- DONATO Seguiré sus consejos. Ordene, mande, yo obedeceré ; y si alguna vez me ve usted triste y pensativo...
- EUGENIA En mí encontrará siempre una amiga fiel y compasiva.
- DONATO ¡ Oh ! Lo creo, amiga mía.
- EUGENIA Esta es mi mano. (Se la ofrece.)
- DONATO La acepto en cambio de la mía. (Estrechándola.)
- EUGENIA Sí ; el sacrificio las ha unido...
- DONATO Sigo estrechando tan leal lazo y dando a usted ejemplo de respeto ; mañana pronunciaré el elogio de nuestra hermana, toda vez que tal es el deseo de su padre.
- EUGENIA Gracias, hermano mío. (Estrechando su mano con efusión.)
- DONATO Hasta mañana, pues.

ESCENA IX

Dichos, TEODORO ; luego, el CONDE, don GUSTAVO y don BASILIO

- TEODORO (Que se presenta momentos antes y sorprende sus últimas palabras.) ¡ Creo que por fin he logrado que se entiendan ! ¡ Oh, qué gran triunfo ! (Va a la puerta y aparecen el Conde y don Gustavo.)
- EUGENIA Hasta mañana.
- TEODORO Quiero ser el primero en daros mi enhorabuena. (Sorprendiéndoles.)
- DONATO ¡ Qué !
- EUGENIA ¡ Usted aquí !
- CONDE Y nosotros, para ser testigos de vuestra felicidad.
- GUSTAVO Sólo faltan vuestras firmas para que el contrato quede en toda regla. (Pausa, duran-

te la cual Donato lucha. Por fin se decide y tendiendo su mano a Eugenia, dice:)

DONATO Eugenia, faltan nuestras firmas.

EUGENIA Sea. (El Conde y don Gustavo los siguen con verdadera satisfacción. Teodoro, que queda en el proscenio, viéndoles marchar, dice:)

TEODORO Pues, señor, les di mi enhorabuena y creo que debía darles el pésame. La intención ha sido buena... valga por la intención.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala en la portería del convento de las Ursulinas. Mesa de nogal. Sillas de baqueta. Algunos cuadros de grandes dimensiones adornan las paredes.

ESCENA PRIMERA

Sor JOSEFA y Sor MARÍA

S. JOSEFA ¿Qué te parece, Sor María, la nueva madre Superiora?

S. MARÍA ¡Ay, queridísima hermana! Que es necesario bendecir a Dios, aun cuando nos mande adversidades.

S. JOSEFA No es censurar las disposiciones de Monseñor. ¡Dios me libre de ello!; pero me parece que la elección ha sido... que diré... poco política, como dicen los mundanos. La resolución de llamar a una madre desde tan lejos... para ocupar el puesto de la difunta Sor Benedicta... la que si bien era muy rígida, enfadosa, excesivamente sofista. ¡Dios me libre si murmuro!, no dejaba de ser una buena religiosa.

S. MARÍA Qué quieres. Su Ilustrísima habrá sabido bien lo que se hacía y a nosotras no nos incumbe, querida hermana Josefa, juzgar las disposiciones de los superiores; pero convengo en que se ha cometido una in-

justicia, porque este puesto te correspondía a ti, por ser la más antigua, la más prudente... la más humilde... la más...

S. JOSEFA (Interrumpiéndola.) ¡Calla, hermana, por caridad! Estas son palabras vanas y yo no debo escucharlas. Cierto que debía resentirme por tal injusticia... pero el cielo me guarde de ello. Siempre digo : hágase tu santa voluntad.

S. MARÍA Amen.

S. JOSEFA Por ti es por quien lo siento, querida hermana, porque si me hubiese nombrado abadesa, te hubiera elegido al momento para que me substituyeras.

S. MARÍA Ya está hecho y es preciso resignarnos a la voluntad de Dios. (Pausa corta.)

S. JOSEFA ¿Pero me dirás en qué piensa la Madre Abadesa?

S. MARÍA Hasta ahora, sólo ha reunido a la Comunidad una vez.

S. JOSEFA ¿Y para qué?

S. MARÍA Para mirarnos fijamente, sin ni siquiera dejarnos oír el metal de su voz.

S. JOSEFA Las educandas tan sólo la han visto breves momentos, fijándose con especial preferencia en Guillermina, que sabe está próxima a profesar y despertando con su predilección la envidia de sus compañeras.

S. MARÍA ¡Oh! ¡Qué mal sistema!

S. JOSEFA Malísimo.

S. MARÍA Pero yo estoy a la mira de todo para informar al canciller; por supuesto, sin ánimo de perjudicar a nadie. Este señor puede sernos muy útil y lo ha sido ya obteniéndonos muchos privilegios, como el vestir individualmente.

S. JOSEFA La abolición de la clausura, limitándola a los pisos superiores.

S. MARÍA Y a las salas de las educandas...

S. JOSEFA ¡Oh, hermana mía! Tendré constantemente los ojos fijos en esa Sor Teresa, y

- si llevase malas intenciones... a su tiempo... y con la debida cautela...
- S. MARÍA Cuidadito, hermana ; a veces esas mosquitas muertas son más astutas que las comadreja y nosotras... pobres inocentes...
- S. JOSEFA A mis años, ya comprenderás que una sabe andar y pisar quedo...
- S. MARÍA ¡ Que el Señor nos ilumine !
- S. JOSEFA Para su mayor gloria.
- S. MARÍA Amen. (Pausa corta, durante la cual se miran fijamente.)
- S. JOSEFA ¡ Cuán buena eres !
- S. MARÍA ¡ Nunca tanto como tú !
- S. JOSEFA ¡ Y a pesar de todo, no pasamos de simples monjas !

ESCENA II

Dichas y Sor TERESA

- (Sor Teresa aparece en la puerta. Sor María y Sor Josefa vuelven a su actitud.)
- S. MARÍA ¡ La abadesa ! (Dominándose.)
- S. JOSEFA Prudencia. (Idem.)
- S. TERESA La paz de Dios sea con vosotras, hermanas.
- LAS DOS Y el Señor contigo.
- S. TERESA Amen. (A Sor Josefa.) ¿ Sois vos la más antigua del convento ?
- S. JOSEFA Sí, reverencia ; e hice largo tiempo las veces de vice-abadesa.
- S. TERESA Necesito hablaros a solas. Mientras, pasad a vuestra celda, hermana.
- S. MARÍA ¡ A mi celda !... Pero...
- S. TERESA ¿ Os lo tengo que repetir ?
- S. MARÍA No... es decir...
- S. TERESA Obedezca. Este es el primer deber, y a vuestra edad no deben ignorarse las reglas de la orden.

S. MARÍA ¡ Alabado sea Dios ! (Cruzando sus manos y mirando al cielo.) ¡ Pobre Sor Benedicta ! No debías haber muerto nunca.) (Vase.)

ESCENA III

Sor TERESA y Sor JOSEFA

S. TERESA Si bien hace muy pocos días que estoy al frente de este monasterio, he podido observar que hay mucho que corregir, no solamente respecto de nosotras, sino tocante a esas pobres niñas, sagrados depósitos confiados a nuestra custodia por sus cariñosos padres. El rigor que con ellas se usa es extremado ; y por ese sistema sólo se consigue embrutecer sus tiernas inteligencias. El refectorio es sobrado suculento para nosotras, que hemos hecho voto de pobreza, y por el contrario es parco para esas pobres niñas, que sobre pagar una buena pensión necesitan por su edad y desarrollo, nutrición abundante. Las prácticas religiosas se hacen mal y sin regularidad. Las lenguas de algunas monjas ancianas andan muy sueltas, y su lenguaje es hipócrita e impropio del hábito que visten. Poco a poco y con vuestra ayuda, pondremos remedio a tanto desorden.

S. JOSEFA Me permitiré observar a vuestra reverencia, que las costumbres de nuestro monasterio son muy antiguas y que desde hace más de veinte años no ha habido variación.

S. TERESA Pues por lo mismo que el mal está inveterado, el remedio se hace más preciso. El mundo progresa y es indispensable que nosotras hagamos otro tanto.

S. JOSEFA (¡ El mundo progresa ! ¡ Oh, qué pala-

bras !) Se hará cuanto disponga su reverencia.

S. TERESA A otra cosa. Tenga usted presente, y participélo a las demás hermanas, que no quiero títulos que no me corresponden. Llámenme su hermana, su amiga... en una palabra, Sor Teresa. No quiero reverencias. Quédense éstas para los santos y los altares.

S. JOSEFA (Mañana mismo lo sabrá el canciller.) Si vuestra reveren... digo, si Sor Teresa me permite... (Con retintín.)

S. TERESA (Sin pararse en ello.) Una pregunta. ¿Esas canastas de dulces que salen del monasterio todos los días, adónde van? ¿Para quién son?

S. JOSEFA ¡Dios de bondad ! Se regalan, según costumbre...

S. TERESA Muy mal hecho. Queda terminantemente prohibido para lo sucesivo. Quien vive de limosna, no puede, sin ofender a Dios, regalar a los ricos y menos ofrendas de cosas de lujo.

S. JOSEFA (¡Qué revolucionaria !) Serán acatadas sus órdenes.

S. TERESA Por de pronto, que se distribuyan entre las educandas todas las golosinas que hubiese preparadas. Hoy debe ser para ellas día de fiesta, puesto que va a profesar una nueva hermana.

S. JOSEFA ¿Y para nosotras?

S. TERESA Ayuno riguroso.

S. JOSEFA ¡Cómo !

S. TERESA ¿No pueden ustedes hacer un día de penitencia? Todas gozamos de excelente salud, y además hoy es viernes. (Pausa.) Basta ; decid a Guillermina que se presente.

S. JOSEFA Cumpliré vuestras órdenes.

S. TERESA Un momento. Decidme, hermana. ¿En la decisión de vestir el hábito esa joven, tomasteis parte con palabras... consejos...

o inspiraciones emanadas de sus padres?
S. JOSEFA Es voluntad pura. Vocación inspirada por Dios.

S. TERESA ¡ Feliz ella ! (Sondearé con todo su corazón.) (Le hace señas de que puede retirarse.)

S. JOSEFA (¡ Qué déspota ! ¡ Qué tirana !) (Vase.)

ESCENA IV

Sor TERESA

S. TERESA Este cargo es sobrado para mí. ¿Por qué no me dejan en paz en el monasterio donde he vivido por espacio de diez y seis años? Las reglas de esta casa se han perdido por completo. Y aquella criatura tan joven, tan pura... y próxima a profesar... ¡ Dios mío ! Tiemblo por si ella se equivoca en la elección de su estado... ¡ Desgraciada si en la flor de su edad... si !...

ESCENA V

Dicha y Sor CECILIA, que viene espiándola, con un papel en la mano

S. TERESA (Con gran indignación.) No puedo tolerar esa infame costumbre del espionaje, del cual no resulta más que males sin cuento...

S. CECILIA Señora... yo...

S. TERESA (Con desprecio.) Enmudezca usted.

S. CECILIA (¡ Ah, Sor Josefa ! ¡ Sor Josefa !) (Sor Teresa le arranca el papel de la mano sin dejar que diga una sola palabra.)

S. TERESA (Lee.) «A Luisa Rems, por impaciente, tres días de ayuno». ¡ Qué locura ! pretender sujetar un corazón expansivo. «A Rosa Doria, por llanto prolongado, reclusión por dos días en la celda». (Alterándose) ¿Puede darse mayor injusticia? Querer

ahogar hasta nuestras lágrimas. (Con emoción.) «A Guillermina Empoli, por resistirse al cilicio y frialdad al oír nuestros consejos... (Con desdén.) Ayuno y por cama el suelo». (Indignándose.) ¡Esto es demasiado, Sor Cecilia! ¿Me engañarían vuestros ojos en los que brilla la bondad? ¿Seríais tan cruel que os gozaséis en esos castigos? Vos, tan joven, casi una niña...

S. CECILIA ¡Ah! madre, yo no soy... yo no soy...

S. TERESA ¿Pues de quién dimana tanta crueldad?

S. CECILIA De Sor Josefa.

S. TERESA De ella sola. (Con desdén, después de breve pausa.) Que se perdone a todas esas niñas.

S. CECILIA (Besándole las manos.) ¡Bendita seáis cien veces! Mirad, madre mía, lloro de gratitud por ellas.

S. TERESA Lágrimas de gratitud por nuestros hermanos... éstas son las más aceptas al Señor. En mis brazos, hermana mía; desde este instante seré vuestra más tierna amiga. (La abraza.)

S. CECILIA ¡Qué buena sois, madre! Con vuestro abrazo he experimentado un placer inexplicable. ¿Desaprobáis, pues, los castigos impuestos a aquellas pobres inocentes?

S. TERESA ¡Quien ha soportado tantos dolores como ha sufrido mi pobre corazón, sabe y debe compadecer las desdichas ajenas! Os miraba con frecuencia y en vuestros ojos leía la dulzura, la ingenuidad y el amor al prójimo. No me he engañado. Amadme siempre, Sor Cecilia, lo quiero; creedme, lo necesito.

S. CECILIA ¡Con toda mi alma! (Pausa.)

S. TERESA ¿Tomasteis el velo por verdadera vocación?

S. CECILIA Sí, madre.

S. TERESA Lo creo. Tan hermoso corazón no puede

mentir. ¿Habéis sufrido mucho en este claustro?

S. CECILIA Mucho ; pero este momento me compensa de todas mis pasadas amarguras.

S. TERESA Dios os concederá mejores días. Ahora, anunciad a las educandas, que hoy es día de asueto. Pasen todas al jardín y vos sola cuidaréis de su vigilancia.

S. CECILIA ¿Qué dirán Sor Josefa y Sor María que siempre las han custodiado?

S. TERESA Las diréis que es orden de la madre superiora. Podéis retiraros.

S. CECILIA El cielo os ha traído para nuestro consuelo.

ESCENA VI

Sor TERESA

S. TERESA Corazones tiernos y sencillos... cuán mal se os conoce. ¡Ah! Si supieran que la perversidad o la dulzura es consecuencia del trato y del ejemplo... (Asomándose a la ventana.) ¡Qué alegres corren! ¡Cuán bellas son! Almas ingenuas que no habéis probado los males de la tierra, que sois felices, ¿por qué mi corazón recela por vuestro porvenir? (Pausa.) Yo también, como vosotras, fuí dichosa... también mi vida se deslizaba feliz en un campo de flores... ¡Dios mío! (Cambiando su entusiasmo en pesadumbre.) Apartad de mí ese recuerdo; alejad esa sombra engañosa; mis esperanzas todas fueron tronchadas por la crueldad de los hombres, y mis recuerdos deben sepultarse en el olvido y en la desesperación... ¡Ah! (De pronto se horroriza de sí misma y observa con terror.) ¡Estoy sola! ¡Nadie me habrá oído!... (Pausa, durante la cual figura que reza. En tanto, viene Guillermina. Su paso es lento.) ¡Guillermina! ¡Oh, cuán len-

tamente viene ! ¡ Pobre niña ! Si tu vocación no te llama al claustro... yo seré tu amiga... tu protectora... tu madre.
(Guillermina entra con la cabeza baja y las manos cruzadas sobre el pecho.)

ESCENA VII

Sor TERESA y GUILLERMINA

GUILLER. Señora...

S. TERESA (¡ Pobre niña !) Levante usted la cabeza y no tema...

GUILLER. Me ha dicho Sor Cecilia que es usted tan buena...

S. TERESA (¡ Cuán bella es !) (Dirigiendo su mirada al cielo como recordando cosas dolorosas.)

GUILLER. ¿ Por qué me mira usted así ?

S. TERESA ¿ Qué edad tiene usted, hija mía ?

GUILLER. Diez y ocho años.

S. TERESA (Sobrecogida y mirando a Guillermina. Con abatimiento.) ¡ Diez y ocho años !

GUILLER. (Observando la aflicción de Sor Teresa.) Madre... ¿ Qué tiene usted?... ¿ Por qué las lágrimas surcan sus mejillas ?

S. TERESA (Comprendiendo su imprudencia.) ¿ Lágrimas?... No, no es nada... (Dominándose.) (¡ Diez y ocho años ! ¡ Terrible recuerdo !)

GUILLER. Usted sufre. ¡ Dios mío ! ¿ Seré yo la causa ?

S. TERESA (Con sumo afecto.) ¿ Usted?... Nunca, Guillermina. Figúrese usted que en este momento no se encuentra ni en presencia de una superiora, ni de una mujer rígida ; antes al contrario, en compañía de una tierna madre, y que ésta la dice : Hija mía, ¿ tomas el velo por vocación ? ¿ Es Dios quien te llama al claustro ?

GUILLER. (Bajando los ojos.) Madre...

S. TERESA Habla sin temor ; las paredes de esta sala no tienen eco, estamos solas, y si quie-

res ni yo misma me acordaré de tu confesión.

GUILLER. ¡ Madre mía !...

S. TERESA ¿ Es por vocación que quieres renunciar al mundo, vestir estas toscas lanas, y matar todas tus esperanzas e ilusiones?...

GUILLER. (Arrojándose en los brazos de Sor Teresa.) ¡ Ah !... no.

S. TERESA (Con interés siempre creciente.) ¡ No ! ¿ Ha dicho usted que no ? ¿ Pues entonces, por qué ahoga los latidos de su corazón?... ¿ Por qué renuncia usted al mundo... a su porvenir?...

GUILLER. (Llorando.) Es mi padre...

S. TERESA ¡ Su padre de usted ! ¿ Será posible?

GUILLER. ¡ Oh, madre mía ! Tres años ha que vivo en eterna lucha. Tres años que veo cernerse la muerte sobre mi cabeza ; pero no hay remedio, he de someterme a la imperiosa voluntad de mi padre y a las amenazas de Sor Josefa. (Movimiento de sorpresa en Sor Teresa.) Yo no debía acusarles, lo sé ; pero, madre mía, yo no puedo mentir.

S. TERESA Basta. Sosiéguese usted, Guillermina. En mí tendrá siempre una mano protectora. Confianza en Dios y usted se salvará.

GUILLER. Mi gratitud será eterna : pero todos sus esfuerzos serán inútiles.

S. TERESA ¿ Es posible ? ¿ Acaso la odia su padre?

GUILLER. Nunca me ha querido ni puede quererme porque siempre me ha tenido lejos de él.

S. TERESA Hable usted ; quiero saberlo todo.

GUILLER. Mi madre murió al darme a luz. ¡ Ah ! si hubiese vivido no sería yo tan infeliz.

S. TERESA Su madre de usted no existe.

GUILLER. Ignoro como transcurrieron mis primeros años ; sólo recuerdo que viví en Ferrara hasta la edad de quince años, al cuidado de una honrada familia. En aquella época fui arrebatada una noche de aquel lugar, sepultada en este claustro y conde-

nada a tomar el velo, porque así mi padre lo ha dispuesto.

S. TERESA ¿Y por qué razón? (Con entereza.)

GUILLER. Para no dividir sus pingües rentas y realizar, gracias a las riquezas, el casamiento de mi hermana.

S. TERESA ¡ Santos cielos !

GUILLER. Aseguro a usted que he sufrido todos los tormentos que puede imaginar la mente humana, desde que me vi arrebatada de los brazos de aquella honrada familia, sin poder dar un adiós siquiera al objeto de mi amor.

S. TERESA ¿Es decir que usted ama?

GUILLER. Sí, señora ; y aunque sin esperanzas amaré siempre. (Pausa.)

S. TERESA Tranquilízase usted. Que nada sepa Sor Josefa... Yo estoy a su lado... Vaya usted a reunirse a sus amigas y ni una palabra a nadie... Su padre debe venir de un momento a otro...

GUILLER. Usted me consuela.

S. TERESA El nombre del joven a quien usted ama.

GUILLER. (Dudando.) ¿Su nombre?

S. TERESA ¿Acaso teme usted?

GUILLER. De usted, nada. Se llama Donato Rimondi.

S. TERESA ¿Es honrado?

GUILLER. (Con pasión.) Es un ángel.

S. TERESA Basta : separémonos.

GUILLER. (Abrazándola.) ¡ Oh, madre mía ! (Vase.)

S. TERESA ¡ Señor ! Tú que consuelas a los afligidos, concede a esa pobre criatura aquella felicidad que a mí se me negó siempre. (Se oye la campana de la portería.) Alguien llama, ¿quién será?

ESCENA VIII

Dicha y Sor CECILIA

S. CECILIA La portera ha anunciado a don Gustavo Empoli.

S. TERESA ¡El padre de Guillermina! Que pase.
¡Omnipotente Dios, tú que todo lo puedes, inspírame para que lleve el convencimiento hasta su alma! (Cúbrese el rostro con el velo.)

ESCENA IX

Dichas y don GUSTAVO

S. TERESA Pase usted, caballero.

GUSTAVO Gracias. (Entretanto Sor Cecilia acercó sillas y vase.)

S. TERESA Tome usted asiento.

GUSTAVO Gracias. ¿Sor Josefa no está visible?

S. TERESA (¡La voz de este hombre!) (Piensa un momento; luego, como si hubiese desechado un funesto pensamiento, dice tranquila e insistiendo para que se siente.) Ruego a usted, caballero...

GUSTAVO Con su permiso. (Sentándose.)

S. TERESA Su carta dirigida a la abadesa, vino a parar a mis manos, porque desde hace ocho días soy la superiora de esta casa, como antes lo había sido en carácter de interina, Sr.^a Josefa.

GUSTAVO Siendo así, diré a usted, respetable hermana, lo que hubiera dicho a Sor Josefa.

S. TERESA Puede usted hablar con toda libertad.

GUSTAVO Creo que esta mañana es la señalada para que Guillermina, siguiendo los impulsos de su corazón, entre a formar parte de esta piadosa familia.

S. TERESA En efecto, y todo está ya preparado; pero antes es indispensable saber si la jo-

ven... si su hija de usted, ingresa por pura vocación.

GUSTAVO Sor Josefa habrá informado a usted de todo, y en particular de las santas inclinaciones de Guillermina.

S. TERESA Perdone usted, don Gustavo; pero yo nunca acostumbro interrogar a los demás sobre tan delicado punto. Mi deber, mi cargo, me obligan a averiguar por mí misma el entusiasmo y la vocación que las neófitas sienten para el estado monacal, y si un profundo análisis me demuestra que su fe y sus esfuerzos no son bastantes para soportar una vida llena de abnegación y de privaciones, entonces debo facilitarles la salida, devolviéndolas a sus padres y a sus familias.

GUSTAVO Es muy justo; pero Guillermina no se halla en este caso.

S. TERESA ¿Cree usted, pues, caballero, que su hija va a profesar de buen grado? ¿Lo cree usted?

GUSTAVO Estoy persuadido.

S. TERESA ¿Ha hablado usted con su hija?

GUSTAVO No; pero Sor Josefa me lo ha asegurado repetidas veces.

S. TERESA Caballero, siento decir a usted que Sor Josefa estaba equivocada.

GUSTAVO ¡Imposible!

S. TERESA ¿Duda usted de mi palabra? Pues sépalo usted de una vez. Su hija aborrece el claustro.

GUSTAVO ¡Ella! ¡Guillermina!

S. TERESA Si usted quiere convencerse por sí mismo, no tengo más que llamarla y podrá oír lo que sollozando y suplicante acaba de confiarme en este mismo sitio.

GUSTAVO ¿Y qué es lo que pidió a usted?

S. TERESA Que la salve de ese horrible abismo. La justicia exige que yo la conceda mi protección, y lo haré con todas mis fuerzas.

GUSTAVO Advierta usted, madre abadesa, que las

jóvenes a esa edad no saben discernir lo que les conviene.

S. TERESA (Con calor siempre creciente.) ¡No saben discernir y quiere usted que contraiga lazos indisolubles ! ¡No saben discernir y quiere usted que renuncie para siempre a cuanto ha soñado su corazón !

GUSTAVO Perdone usted, pero...

S. TERESA En conclusión, don Gustavo, pruébeme que Guillermina profesa por vocación y tomará el velo hoy mismo ; de lo contrario, mañana la restituiré a su familia.

GUSTAVO (Con entereza.) Y sin embargo, Guillermina tendrá que profesar.

S. TERESA ¡Una violencia ! Nunca mientras yo viva. (Con dignidad.)

GUSTAVO Madre abadesa, siento tener que recordar a usted que soy su padre y como tal puedo disponer de ella.

S. TERESA (Con calor y gran interés.) Dispondrá usted, atropellando las leyes, de su vida material ; pero, ¿quién puede disponer de su alma, obligándola a tomar un estado que su voluntad rehuye ? Por qué, sépalo usted de una vez, Guillermina no puede tomar el velo, porque ama a un hombre y su corazón no la impulsa al claustro sino al mundo, donde también puede ser útil al prójimo y merecer la gracia de Dios.

GUSTAVO Y puede usted suponer...

S. TERESA Ella misma lo ha revelado y yo he jurado defenderla, y la defenderé.

GUSTAVO ¡Contra mí !

S. TERESA Contra todo aquel que quiera violentar sus inclinaciones, obligándola a ser perjura. (Pasando de la energía a la dulzura.) Caballero, se lo suplico ; llévesela usted y hágala dichosa.

GUSTAVO Guillermina no puede formar parte de mi familia. Imposible.

S. TERESA ¡Imposible !... Y ¿por qué ?

GUSTAVO Evíteme usted una palabra que sonaría mal en sus oídos.

S. TERESA Deseo saberlo todo. Debo saberlo.

GUSTAVO Las circunstancias obligan; y debo añadir que si esta joven abandona esta casa, tendrá que andar errante... sin protección... y viviendo de sus propios recursos.

S. TERESA (Para sí y casi horrorizada.) ¡Eterno Dios! ¡Y es un cristiano... un padre... quien así habla!)

GUSTAVO Suplico a usted, señora, que no me obligue a hablar.

S. TERESA (Con ansiedad.) Hable usted.

GUSTAVO Ruego a usted que respete mi reserva.

S. TERESA ¿Existe algún misterio respecto de ella?

GUSTAVO De ella... y de mí. Un error juvenil...

S. TERESA (Herida por estas palabras.) ¡Un error juvenil!

GUSTAVO Observo, madre, que está usted agitada... su alma pura... educada en el claustro... rechaza las pasiones de este mundo...

S. TERESA (Afectando tranquilidad.) Por el contrario, estoy tranquila. Un error juvenil... puede perdonarse cuando hay medio de repararlo dignamente... Quizá esté ya cancelado por la misericordia de Dios... ¿No la dió usted su apellido?

GUSTAVO Se lo di, porque era indispensable un nombre para entrar en este monasterio. A fin de no abandonarla totalmente, hice creer a mi esposa que era viudo.

S. TERESA (Con ansiedad.) ¿Y su madre?

GUSTAVO Murió. Un íntimo amigo me lo notició desde España, patria de la infeliz.

S. TERESA (Temblando.) ¡De España! ¿Ha dicho usted?...

GUSTAVO La madre de Guillermina era española.

S. TERESA (Con palabras entrecortadas y voz sofocada.) Su nombre... su nombre...

GUSTAVO Dispense usted, madre: es mi secreto, y hasta Guillermina lo ignora.

S. TERESA Dígame usted su nombre, y secundaré sus miras acerca de su profesión.

GUSTAVO ¿Me promete usted ocultarlo en el fondo de su corazón?

S. TERESA Lo juro. Nadie lo sabrá.

GUSTAVO Isabel Suárez.

S. TERESA (Aterrorizada.) ¡Cómo !... ¡ Isabel !... (¡ Qué es lo que acabo de oír !)

GUSTAVO ¿Puedo esperar que tome hoy el velo Guillermina?

S. TERESA (Con voz desfallecida.) Cumpliré mi palabra.

GUSTAVO (Notando su agitación se acerca a ella.) ¡ Madre abadesa ! (Sor Teresa le detiene con una indicación; vacilante, pero siempre domiéndose, llega a la mesa y toca la campanilla.)

ESCENA X

Dichos y Sor CECILIA

S. CECILIA ¡ Madre !

S. TERESA (Haciendo un esfuerzo para sostener su carácter.) Acompañad a este caballero. (Sor Cecilia le indica que está a su disposición. Don Gustavo saluda a la abadesa y sale. Sor Teresa, que se dejó caer en una silla, se incorpora, se levanta el velo con desesperación y cae de rodillas. Su rostro demuestra un vehemente fervor.) ¡ Señor ! Sólo tú que todo lo puedes, podrás darme aliento para sostenerme. ¡ El... él aquí... junto a su víctima ! El a quien conocí con el infame nombre de conde de Sarán... ¡ Y Guillermina... Guillermina a mi lado !... ¡ Ella... mi... hija !... (Va a lanzar un grito arrancado de su corazón y se domina violentamente, exclamando con solemne pero desesperado acento:) ¡ Eterno Dios ! Si existe verdadera justicia en el cielo, castiga al infame seductor.

ESCENA XI

Sor TERESA y GUILLERMINA

(Guillermina viene corriendo y llena de alegría y se arroja en los brazos de Sor Teresa.)

GUILLER. Y bien, madre mía, ¿qué os ha dicho mi padre?

S. TERESA (Abrazándola convulsivamente contra su corazón.)
¡ Oh ! ¡ Cuán inmenso es mi martirio !
¡ Dios mío ! ¡ Piedad de mí ! (Cuadro de dolor.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Coro en el interior del monasterio. En el foro, a mediana altura, rejillas con celosías, a través de las cuales se ve el altar mayor de la iglesia, que se iluminará a su debido tiempo. A derecha e izquierda de la escena, se hallan los sillones de las monjas, que no deben bajar de ocho. En medio de la escena, el estrado para Guillermina, cubierto de negro, y al pie de los sillones, a uno y otro lado, dos incensarios con cobertor de damasco y manteles blancos. En la derecha habrá los hábitos monacales, y en la izquierda un ramo de flores, un velo blanco, una guirnalda de rosas blancas, brazaletes y otras joyas. En uno de los ángulos, junto al enrejado, un crucifijo, y en el otro, un cuadro de la Virgen con su correspondiente lamparilla encendida. La escena a media luz. Aparecen Sor Teresa, arrodillada de cara a la Virgen y en profunda meditación. Sor Cecilia, contemplándola. Pausa.

ESCENA PRIMERA

Sor CECILIA y Sor TERESA

S. CECILIA Una hora hace que está orando y llorando amargamente... ¿Quién sabe la pena que la atormenta? Cuán buena es... y sin embargo Sor Josefa y Sor María no la quieren bien.

S. TERESA ¡Virgen de los Desamparados... no me abandones! ¡Tú sólo puedes salvarme en el peligro que me amenaza!... (Levantándose y dominando su emoción.)

S. CECILIA (¡ Qué está diciendo !)

S. TERESA (Viéndola.) ¡ Cecilia !

S. CECILIA He venido por si puedo seros útil.

S. TERESA ¡ Ah ! ¡ sí ! (Me encuentro en el colmo de la desventura... mi dolor es inmenso... y sin embargo he de ahogarlo aquí dentro... Morir... y callar...) Daréis orden de que no se toquen las campanas hasta mi aviso.

S. CECILIA Está bien, madre.

S. TERESA Llamad a Guillermina. Necesito prepararla antes de la ceremonia.

S. CECILIA Si yo pudiera compartir con usted sus pesares... Observe que Sor Josefa y Sor María, la espían sin descanso.

S. TERESA No temáis ; mi conciencia está tranquila.

S. CECILIA Tampoco a mí me olvidan. Si hablase usted con mi madre y mi hermano, sabría usted cosas que la disgustarían seguramente.

S. TERESA ¿ Tiene usted madre ?

S. CECILIA ¡ Y qué buena es ! La casa que hay frente al monasterio es la que habita. Hoy quizás vendrá a verme ; desearía que les conociera usted.

S. TERESA Sí, sí... les veré... Llame usted a Guillermina. (Vase Sor Cecilia.)

ESCENA II

Sor TERESA

S. TERESA ¡ Pobre alma mía ! ¡ Qué inmenso dolor arrastrar al sacrificio a la pobre criatura a quien ha poco trataba de disuadir !... Y soy yo... su madre... sí ; ¿ su madre quien tal hace ?... Desventurada Guillermina... apura hasta la última gota el amargo cáliz y perdona a esta infeliz madre que te lo ofrece.

ESCENA III

Sor TERESA y Sor JOSEFA

- S. JOSEFA A usted buscaba, Sor Teresa.
- S. TERESA (Con fastidio.) Y bien, ¿qué ocurre?
- S. JOSEFA Esta carta de Monseñor.
- S. TERESA Puede usted leerla y enterarme de su contenido.
- S. JOSEFA La carta viene a la abadesa y yo no debo... (Con falsa modestia.)
- S. TERESA (Con compasivo desprecio.) Basta. Démela usted. (La lee con alguna agitación.)
- S. JOSEFA (¡ Perfectamente ! Es un santo varón el señor Canciller.)
- S. TERESA (Dándole la carta.) Entérese usted de su contenido y sepa lo que dice Monseñor. Por mi parte obedeceré los mandatos de mis superiores. Anuncie usted a Sor Cecilia que cesa en el cargo de maestra de educandas, puesto que yo la había señalado.
- S. JOSEFA ¡ Lo siento en el alma ! Sor Cecilia, si bien joven, es tan buena...
- S. TERESA Respecto a Guillermina, puesto que así se me ordena, tan pronto como haya pronunciado sus votos, ingresará en el monasterio de Santa Clara. (¡ Se la arranca de mi lado !... ¡ No podré verla nunca más !)
- S. JOSEFA He de advertir a usted que la iglesia va llenándose de fieles, y que todo está dispuesto para la ceremonia.
- S. TERESA (Allí la vida... aquí la muerte...) En tanto que Guillermina no haya pronunciado sus votos, no depende más que de mí. Ordene que mientras dure nuestra entrevista, que nadie penetre en este recinto.
- S. JOSEFA Está muy bien.
- S. TERESA Tenga usted la bondad de llevar a mi celda ese velo, la corona y cuanto está en la mesa. Deseo vestir a la esposa con mis

propias manos, y yo misma la conduciré al pie de los altares.

S. JOSEFA Será obedecida. (Toma todos los objetos citados y vase.)

S. TERESA ¡ He sufrido más congojas y he derramado más lágrimas en este día, que en los diez y ocho años de mi expiación!... ¡ Ella!... (Sor Teresa se halla en el colmo de la agitación; quiere correr a su encuentro, pero se tiene dominada por su triste pensamiento.) ¡ Detente, madre infeliz... tú no puedes... tú no debes nunca!... (Arrebatada por el dolor.) ¡ Si hay justicia en el cielo!... (Al ir a pronunciar la maldición reconoce su falta y cae de rodillas, exclamando horrorizada :) ¡ Perdón, Dios mío, perdón! ¡ No era yo; era el dolor el que hablaba!

ESCENA IV

Sor TERESA y GUILLERMINA

GUILLER. Madre, ¿está usted rogando para que el cielo me conceda fuerzas en este terrible momento?

S. TERESA (Abrazándola.) Dios nos fortalecerá a entrambas.

GUILLER. Estoy resignada... y esta tranquilidad a usted sola la debo.

S. TERESA Escucha, hija mía. Tu suerte es triste, ciertamente; pero, ¿sabes el porvenir que te esperaba; sola, abandonada en el mundo, sin el apoyo de tu padre, ni otro amparo que tus propias fuerzas?

GUILLER. Lo comprendo, madre; pero, ¿cómo olvidar al hombre a quien di mi alma toda? ¿Qué sera de mí... que será de él, si después de formulados mis votos nos cruzamos en'el mismo camino?

S. TERESA ¿Y si ese hombre te ha olvidado ya?

GUILLER. Imposible : Primero le faltaría la luz al día, la calma a la noche.

S. TERESA Oye, Guillermina. Yo tuve una amiga como tú hermosa, pura como un ángel, alegre como la infancia ; se llamaba Isabel. En la edad de las ilusiones, con una imaginación viva y un corazón expansivo, incapaz de imaginar la existencia de una pasión bastarda, de un solo sentimiento villano ; amó como tú, a un hombre que la juraba eterno amor ; y con entera fe en su palabra, soñó que aquel éxtasis de felicidad sería eterno ; pero tantas esperanzas, tanta ventura, bien pronto fueron para ella sufrimiento y desesperación.

GUILLER. ¿Siendo tan buena se vió condenada a sufrir?

S. TERESA (Con creciente entusiasmo.) Abandonada por el hombre que cien veces la había jurado hacerla su esposa, manchada su frente con un baldón que los hombres nunca perdonan, maldecida de sus padres, despreciada de sus amigas, rechazada en todas partes, tuvo que implorar la caridad pública, hasta que un día llegó a la puerta de un convento, donde fué recibida poco menos que entre anatemas y sólo por amor de Dios.

GUILLER. Pero yo, madre, no he cometido falta alguna... yo soy inocente...

S. TERESA Lo sé, hija mía ; pero tu porvenir peligra fuera de estos muros, porque tu padre ha jurado abandonarte ; y sola, sin sostén ni otro apoyo que tus propias fuerzas ; qué sería de ti ! Guillermina, mi corazón se halla acongojado en este momento, pensando en el gran sacrificio que se te ha impuesto ; pero más terrible, cien veces más terribles serían mis afanes si te viera salir de aquí... errante... sin guía... sin apoyo... sola... ¡Ah, créeme, pobre niña inocente ! ¡ Es una madre quien te

está hablando... una madre !... Aquí quizá seas infeliz ; pero tu honor estará a salvo. Aquí tal vez llores, pero yo... yo... te consolaré. (Tomándole la mano.) ¡ Si tú supieras cuanto me cuesta hablarte de esta suerte ! ¡ Quisiera socorrerte... ampararte... pero no puedo... no puedo !... Un terrible arcano nos envuelve, y ¡ ay de mí si el velo que lo cubre llegara a descorrerse !

GUILLER. ¡ Un arcano ! Hablad, madre mía ; débil como soy, sabré tener fuerzas para soportar su peso, si a mí me corresponde.

S. TERESA Bajo mi velo y el tuyo, que muy pronto vestirás, quedará sepultado eternamente.

GUILLER. Grato será para mí viniendo de usted solamente.

S. TERESA (Besándola en la frente.) La Madre de los Dolores te conceda aquella paz que yo tanto ansío.

GUILLER. (Arrodillándose.) Lo espero.

S. TERESA (Poniéndole la mano en la cabeza.) Dios te bendiga... y a mí me perdone... Alguien llega. (Sonido de campanillas.)

GUILLER. (Que se levanta.) Es Sor María.

ESCENA V

Dichas y Sor MARÍA

S. MARÍA Venía a anunciarle que en la portería esperan la familia de Guillermina y con ellos el esposo de su hermana.

GUILLER. (¡ El esposo de mi hermana !) Madre mía, libreme usted de esa entrevista. Que sea mi hermana feliz, sabe Dios cuanto se lo deseo ; pero a ella y a mi padre dígales que puesto que debo renunciar a todo lo de este mundo, que desde ahora me despidó de ellos ; que a nadie quiero ver, a

nadie más que a mi madre, y a mis hermanas en el claustro. (Abrazándola.)

S. MARÍA Sor Josefa... quería... que...

S. TERESA Yo hablaré a Sor Josefa.

S. MARÍA Pero la superiora debía...

S. TERESA (Con dignidad.) Qué debía... la superiora...

S. MARÍA La orden...

GUILLER. Vaya usted, madre mía... No me niegue usted este favor.

S. TERESA (Reuniendo todas sus fuerzas.) Lo quieres, pues sea... Apuraré hasta la última gota de la copa del dolor para apartarla de los labios de mi hija. (La abraza en silencio y al salir la detiene Sor Josefa.)

ESCENA VI

Dichas y Sor JOSEFA

S. JOSEFA Si su maternidad lo permite, se podría dar la señal para empezar la sagrada ceremonia.

S. TERESA Dispongan cuanto prescribe el ritual. Guillermina, pase usted a mi celda: yo misma le serviré de camarera. En seguida estoy allí. (Guillermina va a la celda. Sor Teresa a la portería.)

ESCENA VII

Sor MARÍA y Sor JOSEFA

S. JOSEFA ¿Qué opinas de eso, Sor María?

S. MARÍA Dios me perdone si murmuro; pero se me figura que el proceder de la madre superiora no es muy laudable.

S. JOSEFA En todos sus actos se nota un misterio.

S. MARÍA Su familiaridad con Sor Cecilia...

S. JOSEFA Sus prolongados coloquios...

- S. MARÍA ¿De qué hablarán a solas, que nosotras no podamos saber?
- S. JOSEFA Eso digo yo... ¿de qué hablarán a solas?
- S. MARÍA ¡Y tanta benevolencia con las educandas!
- S. JOSEFA Y tanto rigor para nosotras.
- S. MARÍA ¿A qué viene esto? ¿A qué obedece?
- S. JOSEFA Justo: ¿a qué obedece?... Pero buscaremos remedio... opondremos un dique al soberbio torrente...
- S. MARÍA Es preciso obrar con energía...
- S. JOSEFA Y sin titubear, mi querida Sor María.
- S. MARÍA Pero sin ofender a Dios.
- S. JOSEFA ¡Oh, se entiende! (Pausa.)
- S. MARÍA Si te place, daré la señal para la ceremonia.
- S. JOSEFA Puedes darla.
- S. MARÍA ¡Qué buena eres!
- S. JOSEFA No tanto como tú.
- S. MARÍA (También esta ambiciosa quiere ser abadesa.) (Vase.)

ESCENA VIII

Sor JOSEFA

- S. JOSEFA ¡Pobre Sor Teresa! ¡Te has figurado que se podía luchar conmigo impunemente! Espera... Terminada la ceremonia, Guillermina saldrá de esta casa... y quien sabe si tendrá que seguirla alguna otra persona... (Las campanas de la torre empiezan a tocar.) Veamos si se hallan todos en sus puestos. Hola, allí está la familia de Guillermina... Sor Teresa estará en su celda. (Se van encendiendo las velas del altar mayor que se ve a través de las celosías del fondo.) Aquella jovencita será la novia, y su prometido debe ser aquel gallardo joven... ¡Qué pálidos están!... No parecen muy contentos... (Se oye el órgano.) Ya empiezan

las ceremonias. (Se oyen las campanillas.) Hacia aquí se dirige la Comunidad. (Mirando hacia la izquierda.) Esperaré en mi puesto. (Levanta la cortina y observa.) Sor Teresa conduce de la mano a Guillermina... La superiora apenas puede sostenerse... La novicia parece un cadáver... Dios me perdone la blasfemia... quien las viera de esta suerte, diría que son dos víctimas condenadas al suplicio. (Sor Josefa se dirige a su sitio, primer sitio de la izquierda.)

ESCENA IX

Sor JOSEFA y OCHO o DIEZ MONJAS con el velo levantado. DOS EDUCANDAS y por último Sor TERESA, conduciendo de la mano a GUILLERMINA, vestida de desposada.

(Entran las monjas de dos a dos y se dividen a derecha e izquierda, tomando asiento en sus sillones. Siguen las educandas, que se colocan en el fondo de la escena. Sor Teresa coloca a Guillermina en el centro. Ya colocadas todas, una monja tocará una campanilla y cesa el órgano.)

S. TERESA (Dominando su agitación.) Hermanas : grato es para mí poderos anunciar que en nuestra familia va a ingresar una nueva compañera... Esta alma inocente... que aborrece... la vida del mundo... y anhela... salvar... su alma... se halla en vuestra presencia... es... Gui...ller...mi...na... Empolli... (Tomando fuerzas.) Yo la acepto por hermana : ¿la aceptáis vosotras también?

TODAS

La aceptamos.

S. TERESA Joven : estamos dispuestas como acabáis de oír, a admitiros en nuestra familia ; a compartir con vos todos nuestros goces... y nuestros dolores ; (Con intención.) pero vos debéis, entendedlo bien, dar un eterno adiós al mundo... a sus esperanzas... (Con creciente angustia.) a sus alegrías...

a todo ; para sepultaros viva en este claustro como en una tumba, y por toda una eternidad.

GUILLER. (En voz baja.) (¡ Madre... socorredme... mis fuerzas vacilan !)

S. TERESA (¡ Valor !... todas las miradas están fijas en nosotras.)

GUILLER. (Haciendo un esfuerzo y después de una breve pausa.) "Pertenezco a Dios... cúmplase su voluntad.

S. JOSEFA (Desde su sillón.) Arrojad lejos de vos esas flores y disponeos a tomar el cilicio.

GUILLER. (Deja caer el ramo maquinalmente.) (¡ Virgen de los Dolores, no me abandonéis en este terrible momento !)

S. TERESA (Después de una larga pausa.) ¡ Pobre hija mía !
(Nueva pausa, que interrumpe Sor Josefa, diciendo a Sor Teresa con marcada intención.)

S. JOSEFA Observad, hermana, que la ceremonia se interrumpe... que todos los ojos están fijos en vos.

S. TERESA (Como despertando de un éxtasis.) ¡ En mí !... Yo... no...

GUILLER. (Sorprendida de su agitación.) ¡ Madre mía !...

S. TERESA (Fuera de su propio dominio.) ¡ Madre !...

S. JOSEFA (Llegándose a Sor Teresa con autoridad.) ¿ Queréis dar un público escándalo ? (A esta reconven-
ción, Sor Teresa recobra el dominio de sí misma, y desafiando el dolor, dice :)

S. TERESA (¡ Un escándalo !) Guillermina, quitaos ese velo, arrojad lejos de vos esas rosas que coronan vuestra frente, despojaos de todo objeto de profana vanidad, y dad un eterno adiós a cuanto exista detrás de estos muros. (La toma de la mano y la conduce junto a la mesa en donde se hallaban colocadas antes las flores, velo, etcétera. Suena de nuevo el órgano y principia el canto del coro, durante el cual las monjas se arrodillan de cara al altar, que se supone en el foro. Mientras, tendrá lugar la escena entre Sor Teresa y Guillermina, que observará Sor Josefa. Guillermina qui

tase las flores y joyas que coloca en la mesa, siempre asistida por Sor Teresa.)

GUILLER. ¿Y me he de desprender de todo?

S. TERESA De todo ; hasta de lo que pueda recordarte tu... propia madre.

GUILLER. Mi madre... no existe : a usted por lo mismo he de entregar este precioso recuerdo. Que nadie lo vea... que nadie lo sepa.

S. TERESA (Siempre quitándole los adornos.) Tus deseos son órdenes para mí.

GUILLER. (Dándole un medallón.) Devuélvaselo a él únicamente... si le es dado descubrir su paradero.

S. TERESA (Fija rápidamente su mirada en el medallón y al propio tiempo en la iglesia.) (¡ Dios mío ! ¡ Qué es lo que veo !... ¡ Es él... él mismo... Donato... Si Guillermina le reconoce !...)

GUILLER. Decidle que me han sepultado viva... y que olvide a la pobre Guillermina.

S. TERESA (¡ Y el villano ha podido engañarla !) Animo, hija mía. (Cesan el canto y el órgano.)

GUILLER. A usted me entrego.

S. TERESA (Vuelve al tono ceremonioso.) Postraos aquí, hermana. Dios va a acogeros en sus brazos... (Guillermina se arrodilla en el estrado negro y dice :)

GUILLER. ¡ Cúmplase su santa voluntad !

S. TERESA (A Sor Josefa.) Vos, como a decana, vestidle el hábito. (Sor Josefa hace señas a las educandas que vienen a ayudarla a vestir a Guillermina : ésta se levanta y entre las tres la visten. A la última palabra de Sor Teresa vuelve a principiar el canto acompañado del órgano. Cuando queda vestida Guillermina, si siguiera el canto, una monja toca una campanilla y cesa la música. Sor Teresa toma el manto de manos de una educanda y dice con clara, pero conmovida voz :) Guillermina : vengo obligada a haceros una pregunta que nos prescriben nuestras órdenes. Escuchad. (Sosteniendo desplegado el velo sobre su cabeza.) Este velo os liga eternamente a nuestra familia. Gui-

Guillermina Empoli, todavía os halláis a tiempo de volver al mundo : ¿os consagrais gustosa a los altares?

GUILLER. Sí. (Sor Teresa va a ponerla el velo y en este momento empieza en la iglesia el discurso de Donato. Se detiene un momento y exclama :)

S. TERESA (¡ Dios mío ! ¡ Si se fija en él !...)

ESCENA X

Dichas y DONATO, dentro

(Desde el « sí » de Guillermina el discurso ha empezado. La palabra de Donato llega ininteligible en un principio, creciendo insensiblemente y durante toda la escena. Las monjas han ocupado sus asientos, excepto Sor Teresa y Guillermina que permanecen de pie ; la primera muy agitada.)

DONATO (Dentro.) Señores : Como purísima paloma que tiende sus blancas alas hacia el espacio, huyendo...

GUILLER. ¡ Ah ! ¡ Qué miro... aquel hombre !...

S. TERESA ¡ Guillermina !... (El discurso sigue, sin que por esto se interrumpa la escena que debe marchar viva hasta el final.)

DONATO (Dentro.) De este mundo... Así, tú, Guillermina... alma pura e inocente... buscas en...

GUILLER. ¡ Oh ! no me engaño... ¡ madre... es él !...
¡ Ah !... (Las monjas se miran sobreexcitadas y estupefactas. Guillermina se desprende de los brazos de Sor Teresa que quiere sujetarla y corre hacia la puerta levantando la cortina. Figura ve a Donato y exclama :)
¡ Donato !... (Sor Teresa, que alcanza a Guillermina, la sujeta por el brazo, y con toda su autoridad exclama :)

S. TERESA ¡ Desgraciada !... ¿ Qué intentas ? ¡ Ese hombre te engaña !

DONATO (Desde dentro.) ¡ Guillermina !...

S. JOSEFA ¡ Qué escándalo ! (Todas se cubren con el velo. Donato, fuera de sí, penetra en el coro sin pasar del

umbral, detenido por la actitud de Sor Teresa, que sosteniendo a Guillermina desmayada y con el brazo levantado le amenaza. Todas las monjas manifiestan su horror.)

DONATO ¡ Es ella !... ¡ Es ella !...

S. TERESA ¡ Atrás, sacrilego ! ¡ Ay de ti, si el castigo de Dios cae sobre tu cabeza !

DONATO ¡ Gui...ller...mi...na !...

S. TERESA ¡ Atrás !... ¡ Atrás !... (Donato queda clavado en su sitio. Las monjas de rodillas y Sor Teresa sosteniendo a Guillermina dominando el cuadro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Elegantísimo salón amueblado con sumo gusto y espléndidamente iluminado, en casa de don Gustavo.

ESCENA PRIMERA

MARCELO, atraviesa la escena con una bandeja de refrescos. A poco don GUSTAVO

MARCELO Pues señor, si no fuera por don Teodoro que alegra un poco la reunión, más que una fiesta parecería una visita de pésame.

GUSTAVO Presto, presto. El calor es insoportable y los convidados esperan con avidez los refrescos.

MARCELO Voy, señor.

GUSTAVO (Sentándose y dándose aire.) ¡Qué día, señor ! ¡Qué día ! ¡Quién sabe las consecuencias que pueden sobrevenir ! Por de pronto, hemos salido del paso gracias a la actividad de Sor Josefa y a la energía del Canciller... ¡Donato amante de Guillermina !... ¡Qué imprevista casualidad !... Eugenia parece que se alegra de lo acontecido... pero no importa... el matrimonio está resuelto y tendrá que verificarse pese a quien pese.

ESCENA II

Dicho y el CONDE

CONDE ¡ Qué calor tan insoportable !

GUSTAVO ¡ Querido Conde !

CONDE Adiós, Gustavo. ¿ Qué se ha logrado ?

GUSTAVO Por el momento el resultado no puede ser más satisfactorio, a juzgar por esta carta del Canciller, contestación a otra de Sor Josefa.

CONDE ¿ Qué dice la carta ?

GUSTAVO Guillermina pasa al convento de Santa Clara, y allí, lejos de la madre abadesa, tendrá que cumplir sus votos quiera o no quiera.

CONDE Por este lado está perfectamente ; pero lo difícil es arreglar el asunto de mi hijo y Eugenia.

GUSTAVO De Eugenia yo respondo.

CONDE No puedo decir otro tanto de Donato.

GUSTAVO (Con disgusto.) ¡ Cómo !

CONDE Al solo recuerdo de su palabra empeñada, se ha sublevado contra mí. Jura que volverá a ver a Guillermina, a la que llama su esposa, y está dispuesto a acudir a los tribunales, y hasta al mismo rey si fuese necesario. Creo que lo más prudente es dar tiempo al tiempo.

GUSTAVO Como tú quieras.

CONDE Lo que no sé explicarme, es el móvil de este baile.

GUSTAVO Era indispensable para distraer el escándalo, y borrar el mal efecto que la escena del coro ha producido en algunos.

CONDE En los salones se comenta el hecho, y por cierto, que me extraña el que Teodoro se complazca en comentar la historieta.

GUSTAVO ¿ Y quién hace caso de las exageraciones de ese botarate ? Y en último resultado, nosotros sabremos desmentirla.

- CONDE ¿De qué manera?
- GUSTAVO No sé... Pero me preocupa. La sociedad con tal de murmurar se presta a creerlo todo. Diremos que... hemos aplazado el matrimonio... que faltaban unos requisitos... En fin: esto no me preocupa tanto como la actitud de tu hijo.
- CONDE . Procuraré reducirlo de nuevo... y... silencio. (Viendo a Teodoro.)

ESCENA III

Dichos y TEODORO

- TEODORO ¡Ay! ¡Aquí se respira! Mi querido don Gustavo... La suerte me coloca a su paso.
- GUSTAVO Pues, ¿qué ocurre?
- TEODORO Debo a usted una explicación... una excusa...
- GUSTAVO ¿De qué tiene usted que excusarse, amigo mío?
- TEODORO De la libertad de mi señora madre que, fiando en su amabilidad extremada, ha traído consigo a una señora que hace pocos días se halla en nuestra compañía.
- GUSTAVO Usted sabe que las personas que acompañan a su señora madre, honran siempre mi casa, y yo soy en esta ocasión quien queda obligado.
- TEODORO Mil gracias. En este momento acaban de entrar y han tenido ya el gusto de saludar a Eugenia. Si ustedes lo permiten, tendré el honor de presentársela. Verán ustedes que modelo de elegancia y de buen tono.
- GUSTAVO Cuando usted lo asegura... ¿Y es noble?...
- TEODORO Nobilísima.
- CONDE ¿Sangre azul?
- TEODORO De la más azul que se conoce.
- CONDE ¿Blasón?

- TEODORO Un escudo con todos los animales del arca, y tres coronas por remate.
- GUSTAVO Siempre de buen humor. Es un señalado obsequio para mí el que pise estos salones.
- TEODORO Voy en su busca.
- GUSTAVO ¡ De ninguna manera ! No puedo consentir que usted moleste a esas señoras... Yo mismo voy...
- TEODORO Pues las hallará usted junto al diván en el salón verde.
- GUSTAVO Gracias. (Vase.)

ESCENA IV

TEODORO y el CONDE

- TEODORO (Aprovechemos la ocasión y vamos al bulto. O conquisto al papá, o pierdo mi nombre de diplomático.) (El Conde, que ha estado leyendo, se dispone a salir y Teodoro le detiene.) Señor Conde... dos palabras. (Retrocediendo.) Fiado en su proverbial amabilidad, necesito hacer a usted varias preguntas. El tiempo es limitado y el asunto de que vamos a tratar trascendental en alto grado.
- CONDE Usted dirá.
- TEODORO Pues sin más exordio y sin rodeos. ¿ Usted ama a su hijo ?
- CONDE ¡ Qué pregunta ! (Sonriendo.)
- TEODORO Una pregunta como otra cualquiera, y a la que espero conteste terminantemente sí o no.
- CONDE Pues sí, y mil veces sí.
- TEODORO (Estrechándole con efusión la mano.) Bravo. Así me gusta. Esto es ser buen padre. Segunda pregunta. ¿ Tiene usted confianza en mí ?
- CONDE Don Teodoro... (Excusando la respuesta.)
- TEODORO Esto no es una contestación.
- CONDE Le diré...

TEODORO Si usted, como la generalidad, no ve en mí más que un carácter ligero, alegre y dispuesto siempre a sacar partido del mundo, comprendo su reticencia; pero debo advertir a usted, señor Conde, que cuando los asuntos lo requieren, sé tomar las cosas en serio y muy en serio.

CONDE Fío en usted. (Después de pensar.)

TEODORO Mil gracias. Entro en el fondo de la cuestión. Desde ahora es preciso que usted abandone la idea del matrimonio de Donato con Eugenia.

CONDE ¡Don Teodoro! Usted delira.

TEODORO Es inútil que pierda usted el tiempo en estériles declamaciones. El matrimonio es imposible. Eugenia, libre del lazo que la oprimía, es feliz como el pajarillo que recobra la libertad. Donato, en posesión de su palabra empeñada y con la conciencia tranquila, ha recobrado su natural buen humor y usted mismo, señor Conde, por más que momentáneamente se vea mortificado en su amor propio, si deja hablar sus nobles sentimientos, no podrá menos de unirse a nosotros huyendo de toda complicidad en un contrato infame y miserable.

CONDE Don Teodoro...

TEODORO ¡Pues qué! ¿Acaso no sé positivamente que usted posee el secreto que trata de ocultar don Gustavo? ¿Acaso no conocemos los móviles que le conducen a sacrificar dos vidas y dos amores en aras de la vanidad y del egoísmo hasta su último grado? ¿Y una alma noble como la suya, señor Conde, puede sacrificar por orgullo los afectos paternos, la consideración y la dignidad social que tan justamente se han conquistado?

CONDE Nunca. Tiene usted razón, Teodoro, tiene usted razón. Sobre la comodidad de los bienes materiales, existe la estimación

de la gente honrada ; antes que el orgullo, la conciencia.

TEODORO ¡ Bravo ! ¡ Magnífico ! Si sabía yo con quien me las había de entender. Toque usted. (Se dan las manos.) Con hombres como usted y yo, se puede demostrar que el mundo no es tan malo como parece.

CONDE ¿ Y mi hijo ?

TEODORO Bailando con su exesposa...

CONDE ¡ Es posible !

TEODORO Roto el lazo que ahogaba su felicidad, ambos se cuentan sus pesares y sinsabores.

CONDE Pero ¿ y Gustavo ?

TEODORO Don Gustavo tendrá que ceder la mano de Guillermina a Donato, después de reconocerla ; de lo contrario no respondo de las consecuencias.

CONDE ¡ Qué quiere usted decir !... ¡ Qué intenta mi hijo !...

ESCENA V

Dichos y DONATO, que oye las últimas palabras

DONATO Nada, mi querido padre ; lo que usted me ha enseñado ; volver por los fueros del derecho y de la verdad.

TEODORO Eso, eso. Y ganarlo bailando. ¿ No es cierto ?

DONATO Cumpló tus preceptos.

TEODORO Así me gusta. ¿ Y qué dice Eugenia ?

DONATO Me dice sonriendo que no me quiere.

TEODORO ¿ Usted ve ? que no le queremos.

DONATO Que como marido me aborrece.

TEODORO ¡ Pues ! Que la aborrecemos.

DONATO Y que es feliz, porque estamos separados para siempre.

TEODORO Estamos en completo acuerdo. ¿ Qué más quiere usted ?

DONATO ¡ Pero aquella señora ! Si es un ángel.

CONDE ¿Qué señora?
TEODORO La que ha venido con mi madre.
CONDE ¿Y quién es esa señora?
TEODORO Lo sabrá usted; pero a su tiempo. No precipitemos los acontecimientos...
CONDE Pero sepamos...
TEODORO Todo se andará.

ESCENA VI

Dichos y EUGENIA

EUGENIA ¡Adiós, querido Conde! (Alegre.)
CONDE ¡Mi querida Eugenia! ¡Y qué hermosa!
 ¡Qué elegante!
EUGENIA Gracias. Usted siempre tan amable. (A Teodoro.) En busca de usted venía.
TEODORO ¡Tanta dicha para mí!
EUGENIA Ahí verá usted. ¿Quién es esa elegante señora que acompaña a su mamá? Donato no quiere decírmelo... y... somos tan curiosas las señoras...
TEODORO Es una marquesa... muy amiga de mi familia.
EUGENIA Extranjera ¿verdad?
TEODORO Francesa... digo... sí, sí; francesa. Ya la conocerá usted muy pronto.
DONATO Sí, sí; la conoceremos.
CONDE (Me parece que en esa dama se esconde algún misterio.)
EUGENIA ¿Y hace días que se halla en su casa esa señora?
TEODORO (¿Qué diré?) Cuatro... justo, sí; cuatro días.
EUGENIA Pues anteayer visité a su mamá y no me habló de ella.
TEODORO Sería por olvido.
CONDE Lo mismo me pasó a mí.
TEODORO Olvido... También olvido.

ESCENA VII

Dichos y don GUSTAVO

- GUSTAVO (Entra algún tanto agitado.) A usted buscaba, mi querido Conde. (Viendo a los jóvenes.) ¡Hola! ¿Vosotros también? Mucho me complace veros.
- TEODORO (A Donato.) (Don Gustavo está intranquilo. Alerta.) ¿Qué le pasa a usted, don Gustavo?
- GUSTAVO ¿A mí?... Nada absolutamente: estoy lleno de satisfacción; rodeado de amigos y parientes... y a propósito. ¿Me dirá usted cómo se llama la señora que con su madre ha venido a honrar esta fiesta?
- TEODORO Es elegantísima, ¿verdad?
- GUSTAVO Mucho. ¿Cómo se llama?
- TEODORO ¡Qué curioso es usted!
- GUSTAVO ¿Es un misterio su nombre?
- TEODORO ¡Qué ha de ser! Se llama doña Felicidad Rugiero.
- GUSTAVO ¿Es italiana?
- TEODORO De Florencia.
- GUSTAVO ¿Florentina?
- CONDE Y poco ha la hizo francesa.
- TEODORO Francesa de nacimiento: casada con el conde Rugiero, de Florencia y establecida allí desde su nacimiento; de modo que puede decirse que es franco-italiana.
- GUSTAVO (Estoy más tranquilo.)
- TEODORO (La tragó.) ¿Habló usted con ella?
- GUSTAVO No.
- TEODORO ¡Qué dice usted!
- GUSTAVO En el momento en que iba a saludarla me detuvo... no sé quien...
- TEODORO ¡No la ha saludado usted, cuando ella tiene tantos deseos de conocer a usted! Otro olvido que voy a reparar al momento. (Va a salir.)
- GUSTAVO ¿A dónde va usted?

- TEODORO En busca de esa señora. ¡ Jesús, qué dirá de mí ! Tanto como me encargó...
- GUSTAVO ¡ Y va usted a molestarla !... No lo consiento... yo iré más tarde...
- TEODORO ¿ A qué demorar su justo deseo ? A más, que ahora no se baila, y Eugenia, Donato y el señor Conde, podrán conocer de cerca ese modelo de amabilidad... de buen tono... de... voy y vuelvo... cinco minutos... tan sólo cinco minutos. (Vase. Toda esta escena con ligereza.)

ESCENA VIII

Dichos, menos TEODORO

- GUSTAVO ¡ Qué cabeza tan destornillada !
- CONDE ¡ És una pólvora !
- GUSTAVO Ya que la casualidad nos deja un momento para hablar a solas, en medio del torbellino de la fiesta, os diré, hijos míos, que vuestro matrimonio...
- DONATO Caballero, mi conciencia y mi honor me exigen que diga a usted lo que ha poco he manifestado a su señora hija. Yo no puedo labrar su infelicidad ; y por esta razón le devuelvo su palabra como recojo la mía.
- GUSTAVO Don Donato... semejante desprecio.
- DONATO No es tal : y en prueba de ello, que en este mismo momento, delante de Eugenia y de mi señor padre, tengo la honra de pedirle la mano de su hermana Guillermina.
- GUSTAVO Esto es imposible.
- DONATO ¡ Imposible !
- GUSTAVO Imposible. Guillermina nunca podrá ser su esposa.
- DONATO Lo es ya ante Dios, y usted no tiene ningún derecho para sacrificarla bárbaramente.

GUSTAVO Tolero sus palabras... porque usted ignora quien es esa joven.

DONATO Quizá lo sepa todo, caballero, y sólo debo añadir que si usted rehusa reconocerla como hija, yo la acojo como esposa : que si usted me la niega... a pesar de todo y de todos, sabré arrancarla de la tumba donde quieren sepultarla, porque Guillermina, es mía, y no hay humano poder que pueda impedirme su posesión.

GUSTAVO (Dominándose.) ¡ Don Donato !...

CONDE ¡ Hijo mío !...

EUGENIA ¡ Gran Dios !...

DONATO Señorita ; delante de nuestros padres, repito cuanto ha poco la dije. Quedamos libres.

EUGENIA Para siempre.

GUSTAVO ¡ Tú también... ingrata !

EUGENIA Perdóneme usted, padre... pero debe considerar...

GUSTAVO (Siempre concentrado.) Basta. Y usted, Conde...

CONDE Considero que ...

DONATO (Interrumpiéndole.) En este asunto, nada tiene que ver mi padre. Son cuestiones de dignidad, y él me ha enseñado a tratarlas por mí mismo.

CONDE Bien, Donato. (En este momento, aparece Sor Teresa riquisimamente ataviada del brazo de Teodoro en el forillo, bajando en el preciso momento que el diálogo lo reclame.)

GUSTAVO Pues yo aseguro a usted que Guillermina mañana...

DONATO (Atajándole.) Será mía.

GUSTAVO (Mirándole de arriba a bajo.) ¿ Lo cree usted ?

DONATO Lo aseguro.

GUSTAVO Pues... hasta mañana.

DONATO Hasta mañana.

ESCENA IX

Dichos, Sor TERESA y TEODORO

TEODORO Marquesa : en esta sala es menos sofocante el aire. (Al oír la voz de Teodoro don Gustavo vuelve a su aire jovial. Sor Teresa, ricamente ataviada. Su voz será franca ; su continente, el de una señora de alto rango. Viene abanicándose y demostrando ser otra mujer que la del acto anterior. Se recomienda esta transformación a la actriz.) ~

S. TERESA Le aseguro a usted, amigo mío, que es lo que se llama una fiesta espléndida.

GUSTAVO (¡ La voz de esta mujer conmueve toda mi alma !)

TEODORO Presento a usted el dueño de este palacio encantado, como usted le llama, don Gustavo Empoli.

GUSTAVO Marquesa... ofrezco a usted mis respetos.

S. TERESA (Reteniendo su mano y mirándole con cierta insistencia.) Me es sumamente grato conocer a tan cumplido caballero.

GUSTAVO Es usted por demás amable ; y es un inmenso placer para mí el que haya usted querido honrar mi pobre fiesta. De tan señalado obsequio soy deudor a su señora madre.

TEODORO Mil gracias por ella y por mí.

S. TERESA Felicito a usted, caballero, por haber sabido hermanar tan cumplidamente la etiqueta con el buen gusto... Se conoce que usted habrá viajado mucho y...

GUSTAVO (Saludando.) Señora... (A no creerlo imposible... diría ...que...)

TEODORO (A Donato.) (El ataque empieza.)

S. TERESA (Sonriendo.) Observo que me mira usted con mucha detención. ¿ Me ha visto usted quizás en alguna otra parte ?

GUSTAVO No... no... sé...

S. TERESA ¿ Y esta linda señorita, es hija de usted ?

(Por Eugenia, que ha estado conversando con el Conde y Donato.)

GUSTAVO ¡Qué distracción! (Reparando el olvido.) Mi hija Eugenia. (Toma a Eugenia de la mano y la presenta a Sor Teresa.)

S. TERESA Es usted tan linda como simpática, y desde este momento puede usted contar con una amiga más. (Se besan.)

EUGENIA Con todo mi corazón.

GUSTAVO (Mi cabeza arde.)

CONDE (A Teodoro.) (Pero ¿me dirá usted todo esto qué significa?)

TEODORO (A su tiempo lo sabrá usted todo.)

S. TERESA Me han dicho, don Gustavo, que esta fiesta tiene por objeto celebrar los esponsales de su hija. Si es así, doy el parabién al afortunado padre y a la feliz esposa. ¿Y dónde está el novio?

GUSTAVO (Don Donato, hoy es hoy: mañana...)

DONATO (Comprendo.) (Don Gustavo que ha ido en busca de Donato, le dice rápidamente las palabras anteriores.)

GUSTAVO Tengo el gusto de presentárselo a usted.

S. TERESA ¡Usted! Y me lo calló cuando tuve el placer de conocerle en casa de mi buena amiga.

DONATO Ha de saber usted, señora Marquesa...

TEODORO (No ha de saber nada, que ya lo sabe todo.) El señor Conde... padre de Donato. (Presentándolo.)

CONDE Señora...

S. TERESA Señor Conde... tuve el gusto de conocer a su hijo...

CONDE Y él, sin duda, se habrá ya anticipado a ofrecerle mis respetos. (Sor Teresa saluda.)

S. TERESA (A don Gustavo.) ¿Y no tiene usted otros hijos?

GUSTAVO Ninguno.

DONATO (Caballero...) (Reconviniéndole.)

GUSTAVO Ninguno. (Con entereza.)

(Comienza la música a tocar un vals.)

S. TERESA ¿De suerte que la señorita es hija única?

- TEODORO ¡Qué distracción la mía! Señor Conde, el caballero Passeti me dijo que tenía con usted pendiente una partida de ajedrez.
- CONDE Es verdad. Señora...
- S. TERESA Caballero... (Se saludan.)
- TEODORO (Ya eché a éste. Ahora a los demás.) El baile empieza de nuevo. ¡Qué magnífico vals de Straus!
- S. TERESA (A don Gustavo.) ¿Supongo que usted no bailará?
- GUSTAVO ¿Le parece a usted que a mis años?...
- S. TERESA Si no le molesta a usted mi conversación...
- GUSTAVO Muy al contrario.
- TEODORO (A Donato.) (Lárgate.)
- DONATO Si no rehusa usted apoyarse en mi brazo... (A Eugenia.)
- TEODORO (Acepte usted.)
- EUGENIA Con mucho gusto.
- TEODORO Me ganó por la mano. Pero lo partiremos, ¿verdad? (Eugenia hace ademán de aprobación.)
- DONATO Con permiso de ustedes. (Llevando del brazo a Eugenia saluda a Sor Teresa que toma asiento en un sillón de la izquierda.)
- S. TERESA Divertirse mucho. (Los tres salen alegremente. Sigue el vals largo rato.)

ESCENA X

Sor TERESA y don GUSTAVO

- S. TERESA A decir verdad, me hallo mejor aquí que en aquella atmósfera... perfumada y excesivamente fatigosa. ¿Y vive usted completamente solo con su hija?
- GUSTAVO Completamente.
- S. TERESA ¿Hace mucho tiempo que enviudó usted?
- GUSTAVO Dos años.
- S. TERESA ¡Dos años! ¿Cuántos sinsabores habrá usted sufrido?
- GUSTAVO Cierto. Es el único fruto que se recoge en esta vida.

S. TERESA Pero comunmente es la sola semilla que se siembra.

GUSTAVO Verdad. (Con amarga sonrisa.) ¿Y usted, marquesa, tiene marido?

S. TERESA (Suspirando.) Sí.

GUSTAVO Sí, y suspira usted. ¿Qué significa?

S. TERESA ¡Ah! No puedo por menos.

GUSTAVO ¿Tiene usted hijos?

S. TERESA Una niña que se llama Guillermina.

GUSTAVO (Mirando fijamente a Sor Teresa.) ¡Guillermina!

S. TERESA ¿Le extraña a usted este nombre?

GUSTAVO No... no. Dígame usted: ¿su marido, cuya memoria parece la entristece, vive con usted?

S. TERESA (Con desdén.) Sí.

GUSTAVO (Que habrá observado su expresión.) ¿Y su hija?

S. TERESA (¡Dios mío, no me abandones en tan terrible momento!) ¿Me ha preguntado usted por mi hija, no es verdad? (Quitándose el guante.)

GUSTAVO ¿Pues qué ha sido de ella? ¿Por qué palidece usted? (Con ansiedad.)

S. TERESA Y no tan sólo palidezco, sino que tiemblo: mi mano arde... y creo que tengo calentura. (Tendiendo la mano que don Gustavo toma. Este repara en la sortija.)

GUSTAVO ¡Cielos!

S. TERESA ¿Qué ocurre? (Mirándole fijamente.)

GUSTAVO Usted tiembla... pero yo... tiemblo también. Esta sortija... esta...

S. TERESA (Retirando la mano con desdén.) ¿Esta sortija?

GUSTAVO ¿Ha pertenecido a usted siempre?

S. TERESA Siempre; como ha sido mío también este abominable retrato. (Saca del pecho un medallón que deja pendiente del cuello. Gustavo toma el retrato y después de reconocerle exclama:)

GUSTAVO ¡El mío!... ¿Y de quién lo obtuvo usted? ¿Cómo?... ¿Cuándo?...

S. TERESA (Con sumo desprecio.) ¿De quién lo obtuve?

GUSTAVO Una sola palabra... el nombre... ¿De quién lo obtuvo usted?

S. TERESA Del infame que me engañaba... de mi marido. (Con desdén.)

GUSTAVO ¡De su... marido! (Atónito.)

S. TERESA Sí: de mi marido.

GUSTAVO Una mano de hierro me está oprimiendo el corazón... ¡Justicia de Dios!

S. TERESA Ese hombre execrable...

GUSTAVO ¡Oh! no me cabe ya duda... No... no... usted no es la marquesa Rugiero... (Los ojos clavados en su semblante.)

S. TERESA ¿Pues quién soy yo? (De pie y dominándole con su mirada y actitud.)

GUSTAVO (Aterrorizado.) Usted... es Isabel Suárez.

S. TERESA (Cogiéndole la mano.) ¿Luego me ha reconocido? Nadie, el cielo me es testigo, nadie sino... usted... es decir... el conde de Sarán, podía pronunciar ese nombre. (Va a la puerta del foro para cerciorarse de que están solos. Cesa la música.)

GUSTAVO ¡Qué va a hacer!

S. TERESA Sí, yo soy la engañada Isabel Suárez. Dios o el averno te colocan de nuevo en mi camino. Ni quiero relatarte las lágrimas derramadas, ni los tormentos sufridos, ni las recriminaciones, ni el abandono de mis honrados padres... Todo lo callaré, todo; tan sólo quiero de ti una cosa; pero ten cuenta en engañarme de nuevo, porque mi venganza entonces sería terrible.

GUSTAVO Habla.

S. TERESA Dime... inicuo: ¿qué has hecho de mi hija? ¿Qué hiciste de ella cuando la arrebastaste de la mujer que la tenía a su cuidado? ¿Dónde está mi Guillermina? Habla.

GUSTAVO ¿Ella?...

S. TERESA (Con toda la santa indignación de una madre.) ¡Tiemblas!... ¡No tienes valor para decirme qué es de su suerte!... ¡Tú, tan osado! Pues bien; te lo diré yo. Aquella infeliz, víctima inocente de tu villanía,

arrastra una vida mil veces peor que la muerte.

GUSTAVO Isabel... (Suplicante.)

S. TERESA Despojada de su nombre, sepultada en un claustro, violentada en sus inclinaciones, obligada a sofocar los latidos de su corazón, va apurando lentamente el cáliz de amargura que tú le preparaste, ¡mal padre y mal caballero! Si yo fuí engañada por ti, ¿es justo que aquella inocente sufra la vergüenza y la desventura? ¿Existe en el mundo otro hombre tan infame?

GUSTAVO Isabel... cortemos esa conversación por piedad... escúchame.

S. TERESA Pocas palabras tengo que añadir; pero ¡ay de ti si no cumples cuanto voy a ordenarte!

GUSTAVO Una pregunta tan sólo: ¿serías esposa de otro?

S. TERESA ¿Y tú puedes suponerlo?

GUSTAVO ¡Isabel!

S. TERESA Isabel ha muerto para todo el mundo.
(Con solemnidad. Movimiento de don Gustavo.) Así lo quiero, y sólo así podrás decir que siempre fué tu legítima esposa. A Guillermina debes librarla del monasterio donde la sepultaste... unirla a Donato que la ama, y darla con tu nombre una parte de tus riquezas. Sólo así te perdono todo lo pasado... olvido las penas que he sufrido... te abrazo... por última vez... y deposito en tus manos cuanto pudiera acusarte en el mundo de vil... seductor... y verdugo de tu sangre. (Presa del llanto, pero sin dejar su entereza.)

GUSTAVO ¡Oh, Isabel mía! Imposible es ya que volvamos a separarnos. Sólo siendo mi esposa expiaré mis faltas y mis errores. Isabel, accede a mis súplicas, y corro a participar a todo el mundo que te he vuelto a encontrar.

S. TERESA (Aterrorizada de su situación. Desde aquí la escena va.) ¡ Oh, esto es imposible !

GUSTAVO Yo solo soy el culpable ; solo yo debo expiar mi falta. (Va a salir.)

S. TERESA (Con vivo esfuerzo.) ¡ Detente ! ¡ Detente !... (¡ Dios mío ! ¡ Qué situación !)

GUSTAVO Es en vano que rehuses. Ante Dios juro que no me abandonarás.

S. TERESA También he jurado yo no pertenecer a ningún hombre en este mundo. (Con arranque.)

GUSTAVO El cielo no acepta esos juramentos ; no puede aceptarlos, y yo sabré romperlos.

S. TERESA ¡ Ay de ti si te obstinares !...

GUSTAVO Diré a la faz del mundo que eres mi esposa.

S. TERESA (¡ Miserable de mí ! ¡ En qué peligro me he sumido !)

GUSTAVO Decide ; al momento.

S. TERESA Decidiré... sí... pero calla ahora.

GUSTAVO ¿ Por qué ?

S. TERESA Promete que nadie sabrá cuanto ha pasado aquí.

GUSTAVO Lo juro : tus deseos han de ser leyes para mí.

S. TERESA (Mirándole cariñosamente.) ¡ Pruébamelo !

GUSTAVO Habla.

S. TERESA (Presentándole una carta.) Subscribe esta carta en la que consta todo cuanto te pido respecto a nuestra hija.

GUSTAVO Firmo si vuelves a ser mía.

S. TERESA Seré tuya, si Dios lo quiere ; pero antes dame esta carta en prueba de tu a... arrepentimiento. (Iba a decir amor, y asustada ante la palabra, dice arrepentimiento.) (¡ No me abandones, Virgen mía !)

GUSTAVO (Después de haber firmado.) He aquí lo que deseas.

S. TERESA ¿ Será Guillermina esposa de Donato ?

GUSTAVO Sí.

S. TERESA ¿ Llevará tu nombre ?

GUSTAVO Sí.

S. TERESA ¿Tendrá parte de tus riquezas?

GUSTAVO Sí. (El reloj de sobremesa da la una.)

S. TERESA ¡La una! Hemos de separarnos. (Disponiéndose a salir.)

GUSTAVO ¡Qué!... ¡Cómo!... ¿Adónde vas?

S. TERESA ¡No me sigas!... (Deteniéndole fuera de sí.) ¡Ay de ti! ¡Ay de nosotros si no me obedeces!

GUSTAVO (Suplicante.) ¡Isabel!...

S. TERESA Te lo mando.

GUSTAVO Prométeme al menos que volveré a verte.

S. TERESA Me verás.

GUSTAVO ¿Cómo?... ¿Dónde?...

S. TERESA En el convento de las Ursulinas.

GUSTAVO Tu mano en señal de promesa.

S. TERESA Toma. ¡Ah! (Don Gustavo se la besa. Sor Teresa la retira rápidamente y sale por la puerta izquierda, obligando a retirarse a aquél que la sigue. Se oye de nuevo la música.)

GUSTAVO ¡Isabel!... ¡Isabel mía!... (Con pasión.)

S. TERESA (Con imperio.) ¡Conde de Sarán, ni un paso más... ni un paso más... lo quiero... lo exijo! (Lanzándole una mirada imperiosa y a la vez suplicante. Don Gustavo se detiene como fascinado por Sor Teresa.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

La misma decoración del acto cuarto.

ESCENA PRIMERA

Sor JOSEFA; luego, Sor MARÍA

- S. JOSEFA (Sentada junto a la mesa y leyendo una carta que tiene abierta.) «Suspenda todo cuanto me indica y yo cuidaré...»
- S. MARÍA (Entrando precipitadamente y agitada.) Sor Josefa... Sor Josefa...
- S. JOSEFA ¿Qué ocurre, mi querida Sor María?
- S. MARÍA ¿Estás sola?
- S. JOSEFA Sí, ¿por qué? ¿Qué tienes que decirme?
- S. MARÍA Una cosa grave: muy grave.
- S. JOSEFA ¿De qué se trata?
- S. MARÍA De un asunto que puede comprometer a todo el monasterio.
- S. JOSEFA ¡Habla!
- S. MARÍA Antes quiero ver si alguien nos escucha.
(Va a observar.)
- S. JOSEFA Estamos completamente solas. Habla sin temor.
- S. MARÍA Mira lo que se ha encontrado. (Enseña unos rosarios.)
- S. JOSEFA Unos rosarios. ¿Y bien, qué tiene de particular?
- S. MARÍA Estos rosarios han sido entregados a la portera; y la persona que los entregó di-

jo haberlos hallado en la calle, precisamente junto a la puertecilla secreta que hay en el jardín, que da salida al callejón, y cuya llave está constantemente en poder de la superiora.

S. JOSEFA ¡ Virgen Santísima ! ¡ Qué escándalo, Sor María !

S. MARÍA Eso digo yo. ¡ Qué escándalo, Sor Josefa !

S. JOSEFA (Tomando los rosarios.) Sé a quien pertenecen. Conozco esta señal. Son los que yo misma entregué a la madre abadesa. ¡ Esta mujer ha salido de noche del convento !

S. MARÍA ¡ Qué horror ! Y no cabe duda, porque...

S. JOSEFA ¿ Sabes algo más, mi querida María ?

S. MARÍA Verás. En cuanto me enteró la portera, fui volando a la puertecilla, y no tan sólo vi pisadas, si no que se conoce que ha sido abierta.

S. JOSEFA Déjame sola, para que reflexione sobre tan grave asunto.

S. MARÍA ¡ Que el Espíritu Santo te ilumine !

S. JOSEFA ¡ Jesús ! ¡ Jesús !

S. MARÍA Hay que enterar a Monseñor.

S. JOSEFA ¡ Por supuesto !

S. MARÍA Que el canciller no sospeche de nosotras. El mundo es tan perverso...

S. JOSEFA ¡ Y el demonio !

S. MARÍA Y la carne. ¡ Qué tres enemigos del alma !

S. JOSEFA ¡ Liberanos *dómine!*...

S. MARÍA Amen. (Sale persignándose.)

ESCENA II

Sor JOSEFA

S. JOSEFA ¡ Qué edificante ejemplo para un monasterio ! Nombran abadesa a la primera advenediza, y luego sucede lo que ha de suceder. Veamos lo que dice la carta del canciller. (Lee.) «Suspenda usted la salida de Guillermina para el convento de Santa

Clara y cumpla usted las instrucciones de su padre. Igual aviso ha recibido la madre superiora. De dicha señora he hablado detenidamente con Monseñor, comunicándole cuanto usted me ha contado, y por toda respuesta me ha entregado la adjunta que usted pondrá en manos propias de Sor Teresa.» (Deja de leer.) ¡ Ahora descubro el objeto de su salida del convento !... Se ha visto con el padre de Guillermina y ha logrado hacerle variar en su propósito. ¿ Pero qué interés puede tener por esa joven ? Aquí se encierra un terrible arcano que yo sabré descubrir.

ESCENA III

Dicha y Sor CECILIA

S. CECILIA ¿ No está aquí la madre superiora ?

S. JOSEFA Entró ha poco en la sala de las educandas. Por cierto que estaba tan pálida y demudada que apenas la conocí.

S. CECILIA Se lo habrá parecido a usted, porque yo la vi en el oratorio...

S. JOSEFA No me lo ha parecido, Sor Cecilia, la madre superiora está muy cambiada.

S. CECILIA Habla usted de una manera que casi me hace suponer...

S. JOSEFA No suponga usted nada... se lo ruego. Suplico a usted, ya que es su amiga, se sirva entregarle esta carta de Monseñor ; y si no le es molestia, puede hacerlo también con su rosario, que esta noche pasada se ha encontrado en la calle. (Dándole ambos objetos.)

S. CECILIA ¡ Qué está usted diciendo... Sor Josefa !

S. JOSEFA Lo que usted oye, Sor Cecilia.

S. CECILIA ¡ Dios mío ! (¡ Qué será de esa pobre mujer !)

ESCENA IV

Dichas y Sor TERESA (1)

S. TERESA Sor Josefa, ¿y Guillermina? ¿Dónde está? La he buscado por todas partes...

S. JOSEFA Está en mi celda.

S. TERESA Suplico a usted que la mande venir.

S. JOSEFA Obedezco. Guillermina deja el convento.

S. TERESA (Un poco mas serena.) ¿Cómo lo sabe usted?

S. JOSEFA Me lo ha escrito el canciller.

S. TERESA (¡ Ha cumplido su palabra !) Vaya usted.

(Sor Josefa se inclina. En cuanto ha salido ésta, vuelve Sor Teresa al mismo abatimiento.) ¡ Dios mío !
¿ Quién me dará fuerzas para resistir esta última y terrible prueba ?

S. CECILIA (Con espanto.) ¡ Ah, mi buena amiga, todo se ha descubierto !

S. TERESA (Estremeciéndose.) ¡ Qué !

S. CECILIA ¿ Dónde tiene usted sus rosarios ?

S. TERESA ¿ Mis rosarios ? Están aquí. ¡ Cielos ! (Busca, no los encuentra y queda sorprendida.)

S. CECILIA (Mostrándoselos.) Tome usted. Se encontraron en la calle y fueron entregados por la portera a Sor Josefa, de quien los recibí, su-

(1) Está pálida y visiblemente cambiada. En ella se ve la huella del dolor inmenso que ha de llevarla al sepulcro, cuyo fin debe preparar la actriz; pero sin caer en la exageración. Estudie las diversas luchas que atormentan su alma, y procure hacerlas visibles; pero sin afectación ni aspavientos. Su voz será débil, pero no temblorosa, hasta que la pérdida de sus fuerzas materiales, consumidas por el dolor, aniquilen su cuerpo. Sobria en los sollozos; que si puede ahogarlos la esposa y la mujer ofendida, no puede dominarlos la pobre madre en un momento de expansión; causándole la muerte cuando para evitar el escándalo lo sacrifica todo. Sor Teresa es todo una señora, y de aquí que nunca debe abandonar la distinción que en ella es parte integrante de su sér. Hacemos esta descripción del carácter de Sor Teresa, para facilitar el estudio y ahorrarnos continuas advertencias.

friendo la amargura de escuchar vuestra acusación.

S. TERESA (Con vehemencia.) ¡ Humillada hasta este extremo ! ¡ Oh, eso es demasiado... demasiado. (Muy angustiada.)

S. CECILIA A más me entregó para usted esta carta de Monseñor.

S. TERESA (La toma maquinalmente.) ¡ Cosa extraña ! ¡ Cuatro cartas en dos días ! (La abre y a medida que va leyendo, su semblante se demuda.)

S. CECILIA (¡ Qué contendrá este escrito !)

S. TERESA (Después de leer y dando el papel a Sor Cecilia.) No podían encontrar más cruel y terrible suplicio para mi pobre alma... ¡ Paciencia ! ¡ En medio de mi martirio, tengo la mayor de mis alegrías ; la de haber salvado a la pobre Guillermina !

S. CECILIA ¡ De veras !

S. TERESA (Olvidando sus penas por un momento.) Sépalo usted todo, ya que está en mi secreto. Apenas puse el pie fuera de la puerta del jardín, apoderóse de mí un frío mortal. Su hermano me aguardaba con un vestido a fin de ocultar los hábitos, y apoyada en su brazo llegábamos a los pocos minutos a la casa de su madre. Aquella generosa mujer, conocedora de mis desventuras, prometiéndome secundar en todo, y lo cumplió noblemente.

S. CECILIA ¡ Pobre madre mía !

S. TERESA En un momento me vi elegantemente vestida, adornada con riqueza y conducida en carruaje a casa de don Gustavo. Al poner el pie en aquellos salones cubiertos de finísimas alfombras, radiantes de luz, perfumados por embriagadoras esencias, llenos de mujeres hermosas y ricamente ataviadas, sentí flaquear mis fuerzas, y me acordé del inminente peligro en que me encontraba, si llegase Sor Josefa a saber mi fuga del convento.

S. CECILIA ¿ Y logró usted ver a don Gustavo ?

S. TERESA (Empieza a turbarse de nuevo, volviendo al estado del principio de la escena.) Le vi, sí : le vi... humillado... pidiendo piedad... ¡ Oh ! En aquel momento, se lo confieso, y Dios me perdone, estaba orgullosa de mí. Aquel hombre altivo, que despreció la vida en cien batallas, temblaba ante una mujer que no tenía en su apoyo más que la justicia y la razón. Aquí tengo la carta que ha firmado en favor de Guillermina, y aquí tiene también las poderosas armas que conservo hace diez y ocho años inspirada por Dios sin duda. (Mostrándole el medallón y la sortija.)

S. CECILIA ¡ Su retrato !

S. TERESA Todo lo obtuve de aquel hombre orgulloso, todo. Pero ¡ ay de mí ! que desde aquel momento soy más desgraciada que nunca. Aquí... (Señala el corazón.) aquí... siento que se ha abierto de nuevo una herida incurable, y una gota de sangre que brote tan sólo, bastará para ahogarme. Cecilia, la hora tremenda se aproxima... y no sé... si tendré fuerzas para resistir tan terrible golpe... ¡ Pobre Isabel !... ¡ Pobre Sor Teresa !... (Derramando copioso llanto.)

S. CECILIA Por caridad, no se atormente usted.

S. TERESA Dentro de poco... estarán aquí... vendrá él... Gustavo, su padre... se llevará a Guillermina... todos serán dichosos... quedaré aquí entregada al llanto y a la desesperación. (Cae en un verdadero abatimiento. Pausa.)

S. CECILIA ¡ Amiga mía ! (¡ Virgen y madre de Dios, protéjela en su infortunio !)

ESCENA V

Dichas y GUILLERMINA

GUILLER. ¿ Ha preguntado usted por mí ?

S. TERESA Sí. (La recibe cariñosamente sin poder pronunciar una sola palabra.)

GUILLER. ¡ Ay, madre ! ¡ Si supiese usted cuanto su-

fro ! ¡ Pido frecuentemente a Dios que me haga olvidar a Donato, y en vano ! Antes podré morir cien veces que arrancarle de mi corazón.

S. TERESA Amale... ámale, pobre niña. El también te adora, y bien pronto seréis el uno del otro.

GUILLER. (Con alegría.) ¡ Qué es lo que está usted diciendo ! ¡ Dios mío, qué es lo que oigo !

S. TERESA La verdad, hija mía.

GUILLER. ¡ Ah ! Dígame usted quién ha sido el ángel benéfico que ha volado en mi auxilio.

S. TERESA La inmensa bondad de Dios. Sólo a él deben darse las gracias.

GUILLER. En medio de mi alegría, un inmenso dolor se me espera ; el separarme de usted. Pero yo prometo venir a verla todos los días y a recibir sus santos consejos... sí... (Con entusiasmo.) sí ; porque usted siempre será para mí, mi madre, mi buena madre...

S. TERESA Basta, basta. Tu padre va a venir al momento.

GUILLER. ¡ Mi padre !

S. TERESA Con él vendrán probablemente tu hermana, Donato y el Conde.

GUILLER. ¡ También Donato y mi hermana ! ¡ Oh, qué inmensa alegría ! Madre mía, usted que siempre ha deseado mi felicidad, olvide por amor mío, los males que turban sus días. ¡ Dios no puede abandonar a los buenos ; y usted lo es tanto !...

S. TERESA (Cada vez más agitada.) Toma esta carta ; en ella está consignado tu porvenir.

GUILLER. ¿ Qué carta es esta ?

S. TERESA Una carta de tu padre en la que te reconoce como legítima hija ; te señala parte de sus riquezas y te destina por esposa de Donato.

GUILLER. Pero, ¿ quién ha podido obrar tales prodigios ? (Sor Teresa, sin poder hablar, señala el cielo.)

S. CECILIA (Llorando en segundo término.) (¡ Pobre mujer !
¡ Se me destroza el corazón !)

S. TERESA (Que ha logrado dominarse.) También hallarás en esta carta el nombre de tu infeliz madre... que nunca has conocido... y que... por un fatal... destino... no... te... será... dado... cono... (El llanto ahoga su voz. Guillermina al oír que en la carta se halla el nombre de su madre, la coge y busca con avidez, sin reparar en el estado de Sor Teresa.)

GUILLER. ¡ El nombre de mi madre ! ¡ Ah, quiero saberlo ! (Leyendo.) «Guillermina... hija de Gustavo Empoli y de Isabel Suárez.» (Cayendo de rodillas.) ¡ Pobre madre mía ! ¡ Ya no existe ! (Sor Teresa va a levantarse para abrazarla, pero Sor Cecilia le pone la mano suavemente en la espalda a cuyo contacto se deja caer en el sillón.)

S. CECILIA ¡ Paz a su alma !

S. TERESA (Casi sin voz.) ¡ Amén !

GUILLER. Usted que siempre me ha consolado, déme una vez siquiera en su nombre su maternal bendición. Ella, desde el cielo, sonreirá de ventura, y yo seré menos desgraciada, al llorar su pérdida irreparable.

S. TERESA (Fuera de sí.) ¡ Que yo te bendiga... en lugar de tu madre !... ¡ Que yo !... ¡ Pero tú no sabes que yo !... (Va a incorporarse. La voz de Sor Cecilia la detiene.)

S. CECILIA ¡ Madre abadesa ! (La entonación de ésta a la vez que suplicante como para que acceda al deseo de Guillermina, es recordándole su deber. Sor Teresa se domina de nuevo ; pero cada una de esas emociones se lleva parte de su vida.)

S. TERESA ¡ Supremo Dios ! ¡ Bendecid como yo bendigo a la hija de Gustavo Empoli y de Isabel Suárez, y sedle tan propicio como lo desca mi corazón !

S. CECILIA (La angustia la está matando.)

S. TERESA Ahora, Guillermina, abrázame... porque desde este instante me perteneces más que nunca.

GUILLER. (Abrazándola con vehemencia.) ¡ Madre !... ¡ Madre mía !

ESCENA VI

Dichas y Sor MARÍA

- S. MARÍA Madre abadesa.
S. TERESA ¿Qué ocurre?
S. MARÍA Las amigas de Guillermina, desean verla antes de que parta.
S. TERESA Es muy justo. Yo mismo la acompañaré. Sírvasse usted, Sor María, participar a todas las hermanas que he de comunicarles una importante disposición de Monseñor, que creo que alegrará a algunas. (Vase con Guillermina.)

ESCENA VII

Sor MARÍA y Sor CECILIA

- S. MARÍA ¿Qué le pasa a la madre superiora?
S. CECILIA Yo no lo sé.
S. MARÍA Parece que está muy desconsolada.
S. CECILIA Así me pareció.
S. MARÍA ¿Usted no ha notado qué pálida y demudada está? Si cualquiera diría que está en la agonía. ¿Existe tal vez algún triste motivo que haga temer por su vida?...
S. CECILIA Lo ignoro.
S. MARÍA Usted, que es su íntima amiga... a quien ella quiere tanto...
S. CECILIA A todas nos quiere con el mismo cariño.
S. MARÍA Sin embargo... Sor Josefa y yo no podemos decir lo mismo...
S. CECILIA Suplico a usted, hermana, que variemos la conversación.
S. MARÍA Como usted guste. (Suena la campana de la portería.)
S. CECILIA La campana de la portería.
S. MARÍA Sin duda será la familia de Guillermina : voy a cerciorarme. (Vase.)

ESCENA VIII

Sor CECILIA

S. CECILIA Este será el momento supremo para esa infeliz mujer. El cielo la conceda fuerzas bastantes para resistir tan terrible suplicio.

ESCENA IX

Sor CECILIA y Sor MARÍA

S. MARÍA No me engañé. La familia de Guillermina. Voy a advertir a la madre superiora.

S. CECILIA Iré yo misma. Usted, como una de las antiguas, podrá recibir a esos señores.

S. MARÍA Como usted quiera. ¡Oh! Ya llegan acompañados de Sor Josefa. (Vase Sor Cecilia.)

ESCENA X

Sor MARÍA, Sor JOSEFA, EUGENIA, el CONDE, don GUSTAVO y DONATO

(Sor Josefa entra la primera. Se baja el velo.)

S. JOSEFA Sírvanse ustedes pasar, señores.

GUSTAVO Gracias.

S. JOSEFA (A Sor María.) Avise usted a la madre superiora.

GUSTAVO No se molesten ustedes.

S. MARÍA Sor Cecilia pasó el aviso.

S. JOSEFA ¿Con qué han resuelto ustedes llevarsenos a Guillermina?

GUSTAVO Así lo hemos determinado, y aprovecho esta ocasión, para darla a usted particularmente gracias por cuanto hizo en su obsequio. Circunstancias especiales, que

- quizás muy en breve sepa, me obligan a esta decisión.
- S. JOSEFA ¿Quizás influya en mucho algún mensaje llegado a usted la pasada noche? (Todo este diálogo muy bajo, aparte de los otros personajes.)
- GUSTAVO ¿Cómo lo sabe usted?
- S. JOSEFA Yo lo sé todo. (Con intención.)
- GUSTAVO ¿Por ella?
- S. JOSEFA No : por mí.
- GUSTAVO ¡ Por usted misma ! Sor Josefa, ¿ qué quiere usted decir ?
- S. JOSEFA Que como velo siempre... rara vez me equivoco.
- GUSTAVO ¿ Luego la veré aquí ?
- S. JOSEFA Sí, señor : pues no la ha de ver...
- GUSTAVO ¿ Y dónde está ahora ? ¿ Y Guillermina ?
- S. JOSEFA Están juntas.
- GUSTAVO ¡ Oh ! ¡ Soy feliz !
- S. JOSEFA Silencio : luego hablaremos. Hacia aquí vienen la madre superiora y su hija.
- EUGENIA Estoy ansiosa de abrazar a mi hermana.
- (Que ha conversado con el Conde y Donato.)
- CONDE ¿ Pero cuando me explicarás todos estos misterios ?
- DONATO Quizás dentro de breves momentos.

ESCENA FINAL

Dichos, Sor TERESA, GUILLERMINA, Sor CECILIA y todas las monjas

(Sor Teresa viene conduciendo a Guillermina. Estará desfigurada.)

- DONATO ¡ Guillermina ! (Queriendo dirigirse a ella.)
- EUGENIA ¡ Hermana mía !
- GUILLER. ¡ Donato ! (Sor Teresa contiene a Guillermina y al propio tiempo detiene a Donato con un ademán.)
- GUSTAVO ¡ Mi querida hija ! (Corriendo hacia ella.)
- GUILLER. ¡ Padre mío ! (Arrojándose en sus brazos.)
- S. TERESA (A Sor Cecilia.) (¡ Las fuerzas me abandonan !)

S. CECILIA (¡ Animo !)

S. TERESA (¡ Se me ofusca la vista... se me rompe el corazón !...)

EUGENIA ¡ Hermana !... (Que ha pasado de los brazos de su padre a los de su hermana.)

GUILLER. ¡ Qué día tan feliz es este para mí ! (A Sor Teresa.) ¡ Madre, a vos lo debo todo ! (Sor Teresa, después de estrecharla contra su seno, la entrega a don Gustavo, diciéndole :)

S. TERESA Le pertenece.

GUSTAVO (A Donato.) He aquí a tu esposa.

S. TERESA (Reuniendo todas sus fuerzas.) Prometa ante Dios y su padre... y ante su madre... que le escucha... desde el cielo, que la hará usted feliz.

GUSTAVO (Absorto.) (¡ Esta voz !)

DONATO Lo juro.

CONDE ¡ Hija mía ! (Sor Teresa, en tanto que la familia celebra su unión, hacia el foro, con paso vacilante, se coloca en medio de la escena, entrega una carta a Sor Josefa y dice :)

S. TERESA Sirvase usted leer lo que me escribe Monseñor y perdonadme todas... queridas hermanas... si en algo he faltado a mis deberes... (Apoyada en el sillón, pero de pie.)

S. CECILIA (¡ Valor, Sor Teresa, valor !)

S. JOSEFA (Leyendo) «Desde el momento en que se dé lectura de la presente, cesaréis en el cargo de abadesa de este santo monasterio, marchando al de igual nombre en Madrid ; lo que he comunicado a quien corresponde para los fines consiguientes. »

S. CECILIA ¡ Ah ! ¡ Se va ! Se va y quizás para siempre. (Algunas monjas se le acercan.)

S. TERESA (Muy débil.) ¡ Así lo ha dispuesto Dios !

GUILLER. (Llorando.) ¡ Y no volveré a verla !

S. TERESA Jamás ; pero eres feliz... y esto basta. Don Gustavo... usted... aguarda...

GUSTAVO ¡ Luego usted sabe también !...

S. TERESA Todo. Usted... espera... a...

GUSTAVO A mi espo...

S. TERESA (Cortándole la palabra. Estúdiense.) Esa... no pue-

- de... venir ; pero por mi mano le remite estas prendas.
- GUSTAVO ¡ Esto no es posible ! Ella no puede faltar a su promesa.
- S. TERESA Tome usted : diez y ocho años... los ha... guardado... sobre su... corazón...
- GUSTAVO Yo quiero...
- S. TERESA Su obstinación... matará... más pronto... a esa... mujer...
- S. JOSEFA ¡ Qué significa todo esto !
- GUSTAVO Yo la salvaré : porque esa mujer me pertenece.
- S. TERESA ¡ Ella... pertenece a Dios ! (Haciendo un esfuerzo para decir la frase con entereza. Pronunciada, cae en brazos de las monjas.)
- GUSTAVO ¡ Qué sospecha ! (Va hacia Sor Teresa.)
- S. CECILIA ¡ Caballero ! ¡ Deteneos ! (Amparándola.)
- GUSTAVO (Sin hacer caso de Sor Cecilia va a Sor Teresa y la levanta el velo.) ¡ Cielos ! ¡ Qué veo ! ¡ Isabel Suárez ! (Cúbrese el rostro con las manos y retrocede. El Conde y Donato le consuelan.)
- GUILLER. (Cayendo de rodillas.) ¡ Esa es mi madre !
- S. TERESA (En las ansias de la muerte.) Todo... ha... concluído... Dios... mío... perdón...
- GUILLER. (Fuera de sí.) ¡ ¡ Madre ! !
- S. TERESA ¡ Hi...ja !... (Muere. Pausa, durante la cual una de las monjas, a la señal de Sor Josefa, sale de la escena. Sor Cecilia la inspecciona llamándola.)
- S. CECILIA ¡ Sor Teresa !... ¡ Sor Teresa !... (Con solemnidad.)
- GUSTAVO (Con ansia inmensa.) ¿ Y bien?...
- S. CECILIA (Las campanas doblan.) ¡ Ha muerto !...
- S. JOSEFA ¡ Roguemos por su alma ! (Las monjas se arrojan, Guillermina solloza sobre el cadáver de Sor Teresa. Eugenia, de rodillas también, procura consolar a su hermana. Don Gustavo, presa del dolor, contempla su obra. El Conde y Donato en segundo término. Este cuadro y el toque de las campanas no cesará hasta que lo cubra el telón.)

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21,—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|---|--|
| 1. La princesa del dollar | 32. El registro de la policía |
| 2. La Ola gigante | 33. El vergonzoso en palacio |
| 3. El señor Conde de Luxemburgo | 34. La fuerza de la conciencia |
| 4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | 35. Aurora |
| 5. El Sol de la Humanidad | 36. Eva |
| 6. Zazá | 37. El Bufón |
| 7. Mujeres Vienesas | 38. El cuchillo de plata |
| 8. Hamlet | 39. Nick Carter |
| 9. Giordano Bruno | 40. La cena de los cardenales
¡Justicia humana! |
| 10. El nido ajeno | 41. El señor feudal |
| 11. El Rey | 42. El veranillo de S. Martín |
| 12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | 43. El desdén con el desdén |
| 13. Los Miserables | 44. Cuento inmoral
Amor de amar |
| 14. La ladrona de niños | 45. La dama de las camelias |
| 15. Los dioses de la mentira | 46. La domadora de leones |
| 16. Cristo contra Mahoma | 47. Los dos sargentos franceses |
| 17. Juventud de Príncipe | 48. El Místico |
| 18. Juan José | 49. García del Castañar |
| 19. La sociedad ideal | 50. La fierecilla domada |
| 20. La cizaña | 51. El honor |
| 21. Entre ruinas | 52. El sí de las niñas |
| 22. La vida es sueño | 53. María Antonieta |
| 23. Sabotage | 54. La viuda alegre |
| 24. Pasa la ronda | 55. El conde de Montecristo |
| 25. Magda | 56. Otelo |
| 26. El papá del Regimiento | 57. El Barbero de Sevilla |
| 27. El Alcalde de Zalamea | 58. Daniel |
| 28. Los dos pilletes | 59. Pecado de juventud |
| 29. D. Juan de Serrallonga | 60. Nadie más fuerte que
Sherlock Holmes |
| 30. El Rey Lear | 61. La muerte civil |
| 31. Espectros | 62. La apuesta de Don Juan
Tenorio |
| 32. Las Cigarras Hormigas | 63. Sor Teresa o El claustro
y el mundo |

LA NIÑA BOBA

Esta obra es propiedad de su refundidor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA NIÑA BOBA

O

BUEN MAESTRO ES AMOR

COMEDIA EN TRES ACTOS ESCRITA EN VERSO

Original del inmortal poeta

Dr. Frey Lopez Félix de Vega Carpio

Refundida al teatro moderno por

LUIS SUÑER CASADEMUNT



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1912

PERSONAJES

LAURENCIO

DUARDO

FENISO

LISEO

OCTAVIO

TURIN

PEDRO

FINEA

NISE

CELIA

CLARA

UN MAESTRO DE LEER

La escena en Madrid



ACTO PRIMERO

Sala en casa de Octavio, en Madrid. Puerta al foro y laterales. Muebles lujosos.

ESCENA PRIMERA

NISE y CELIA, que aparecen por el foro, con un libro en la mano

CELIA Aquí estoy, señora mía,
a cumplir lo que encargado
dejó Laurencio.

NISE Aplicado
es a la filosofía.

CELIA Dióme este libro, que obliga
a no abrille ni a tocallo.

NISE ¿Pues, por qué?

CELIA Por no ensucialle,
si quieres que te lo diga.
En cándido pergamino
tienes muchas flores de oro.

NISE Bien las merece Heliodoro,
griego poeta divino.

CELIA ¿Poeta? Pues parecióme
prosa.

NISE Es que hay poesía
en prosa.

CELIA No lo sabía :
miré el principio y cansóme.

NISE Es que no se da a entender,

CELIA
NISE

con el artificio griego,
hasta el quinto libro, y luego
todo se deja entrever
cuando precede a los cuatro.
En fin, ¿es poeta en prosa?
Y de una historia amorosa
digna de aplauso y teatro.
Hay dos prosas diferentes,
poético e historial :
la historial, lisa y leal,
muestra verdades patentes
por frase y términos claros ;
la poética, es hermosa,
varia, culta, licenciosa
y obscura en ingenios raros :
tiene mil exhortaciones
y retóricas figuras.

ESCENA II

Dichos y OCTAVIO, que ha oído el final

OCTAVIO

En cosas menos obscuras,
debéis poner las acciones,
y es en dejar prevenido
nuestro mejor aposento,
para que recibimiento
digno, el futuro marido,
halle, de tu hermana, aquí,
cual corresponde y es justo,
si es que queréis darme gusto.
¿Y es cierto se casa?

NISE

OCTAVIO

Sí.

NISE

¿Cómo a necia tal casar?

OCTAVIO

Mejor tal vez que a otras duchar.

NISE

Verdad es que no habrá muchas
que la puedan igualar
en el riquísima dote ;
mas ¡ ay de aquel desdichado
que espera una bestia al lado !
Algún tronado hidalgo,

que codiciando dinero
prefiere la bobería
de tal dama, y a porfía
hace su calle terrero.
Bien nuestro tío, el indiano,
dejó a ella sola su herencia,
para que de equivalencia
sirviera su poco sano
juicio.

OCTAVIO

Es también hermosa,
y de ella puede prendarse
cualquier galán, que al casarse,
no aspire pues a otra cosa ;
que vemos a todas horas
mujeres que están casadas,
sin estar licenciadas
en ciencias ni ser doctoras.
Y yo te puedo decir,
y llanamente confieso,
que lo que es a mí, si en eso
me obligaran a elegir,
a una tonta prefiriera,
a una sandia, a una necia,
que a una sabia que desprecia
el dedal y la tijera.

NISE

Buena madre será así
para dar educación
a sus hijos.

OCTAVIO

Tal razón
la arguyes sólo por ti.

NISE

No, porque fueron amadas
mujeres de gran talento,
sin que por el casamiento
se vieran esclavizadas.

OCTAVIO

Tus palabras con horror
escucho ; que sólo haber
pueden entre hombre y mujer,
casamiento o deshonor.
Déjate de esas sandeces
que ni aún tu hermana diría,
y que se te juzgaría
más tonta que ella mil veces.

NISE Dice Platón...
OCTAVIO No hay Platón,
ni plato, ni ensaladera,
que me explique la manera
que puede hacerse la unión
entre sexo diferente,
sin que esté santificado
por la Iglesia, o en pecado
caiga irremisiblemente.
Son los dos solos sentidos,
y basta, que ya me enoja ;
pues para que no nos coja
a todos desprevenidos
el futuro de tu hermana
con su llegada, hay que hacer
algo más, que no perder
en una discusión vana
el tiempo. Debes mandar
que esté la casa dispuesta,
que se limpie, que de fiesta
todo aparezca al entrar.
NISE Impuesta de todo quedo,
y estaré para servirle.
OCTAVIO Yo me llego a recibirle
a la puerta de Toledo.
NISE Y Dios placentero, quiera
dar su protección cabal
a boda tan desigual.
OCTAVIO Así su padre lo espera. (Vase.)

ESCENA III

Dichas, menos OCTAVIO

NISE ¿Comprendes, tú, con qué intento
se me prosterga a la boba
de mi hermana, y aun le roba
su ignorancia a mi talento
la atención que he de esperar
en todos?
CELIA En todos, no,

que bien Laurencio apreció
cuanto hay en ti que estimar.
Cosa que en su discreción
no tiene nada de extraño.
Me comprendió.

NISE

ESCENA IV

Dichas, FINEA y un MAESTRO DE LETRAS

FINEA

En todo el año
saldré con esa lición.

CELIA

Tu hermana con su maestro.

NISE

¿Conoce las letras ya?

CELIA

En los principios está.

MAESTRO

Paciencia y no letras, nuestro.

¿Qué es esta?

FINEA

Letra será.

MAESTRO

¿Lêtra?

FINEA

Pues ¿es otra cosa?

MAESTRO

¡No, sino el Alba! (¡Qué hermosa
bestia!)

FINEA

¡Ah, sí, ya, ya, ya!
el alba debe de ser,
cuando andaba entre las coles.

MAESTRO

Esta es K: los españoles
no la solemos poner
en nuestra lengua jamás.
Usanla mucho alemanes
y flamencos.

FINEA

¡Qué galanes
van todas estas detrás!

MAESTRO

Letras son éstas también.

FINEA

¿Tantas hay?

MAESTRO

Veinte y tres son.

FINEA

Ahora, vaya de lición;
que yo la diré muy bien.

MAESTRO

¿Qué es esta?

FINEA

¿Esta? No sé.

MAESTRO

¿Y esta?

FINEA

No sé qué responda.

MAESTRO ¿Y estotra?
 FINEA ¿Aquella redonda?
 Letra.
 MAESTRO ¡ Bien !
 FINEA Luego ¿acerté?
 MAESTRO ¡ Linda bestia !
 FINEA ¡ Ah, sí, sí, sí !
 Bestia, por Dios, se llamaba ;
 pero no se me acordaba.
 MAESTRO Esta es R... y esta es I.
 FINEA Pues si tú lo traes errado...
 CELIA ¡ Con qué pesadumbre están ! (A Nise.)
 MAESTRO Di aquí : *B, a, n, ban.*
 FINEA ¿Dónde van?
 MAESTRO ¡ Gentil cuidado !
 FINEA Que se van ¿no me decías?
 MAESTRO Letras son, míralas bien.
 Di aquí : *B, e, n, ben.*
 FINEA ¿A dónde?
 MAESTRO Adonde en mis días
 no te vuelva más a ver.
 Perdiendo el juicio estoy.
 FINEA ¿Ven, no dice? Pues ya voy.
 MAESTRO Es imposible aprender.
 ¡ Vive Dios, que te he de dar
 una palmeta !
 FINEA ¿Tú a mí?
 MAESTRO Muestra la mano.
 FINEA Hela aquí.
 MAESTRO Aprende a deletrear.
 (Dale una palmeta, y ella echa a correr tras él.)
 FINEA ¡ Oh, perro ! ¿Aquesta es palmeta?
 MAESTRO Pues ¿qué pensabas?
 FINEA (Le embiste.) Aguarda.
 CELIA Ella le mata.
 MAESTRO Ya tarda,
 tu favor, Nise discreta.
 NISE ¡ A tu maestro ! ¿Qué es esto?
 MAESTRO Ténganla ahí.
 FINEA Hame dado
 causa.
 NISE ¿Cómo?

FINEA Hame engañado.

MAESTRO ¿Yo engañado?

NISE Dilo presto.

FINEA Estaba aprendiendo aquí
la letra bestia y la K...

NISE La primera sabes ya.

FINEA Es verdad, ya la aprendí.

Sacó un zoquete de palo,
al cabo una media bola,
pidióme la mano sola,
¡mira qué gentil regalo!
y luego que la tomó,
toma, y zas, el palo asienta
que pica como pimienta,
y la mano me abrasó.

NISE Cuando el discípulo ignora,
tiene el maestro licencia
de castigar.

FINEA ¡ Linda ciencia !

MAESTRO Aunque me diese, señora,
vuestro padre cuanto tiene,
no he de dalle otra lición. (Vase.)

ESCENA V

NISE, FINEA y CELIA

CELIA Fuese.

NISE No tienes razón.

Sufrir y aprender conviene.

FINEA Pues las letras que allí están,
yo ¿no las aprendo bien?

vengo cuando dicen *ven*,
y voy cuando dicen *van*.

¿Qué quiere, Nise, el maestro,
quebrándome la cabeza
con *Ban, bin, bon*?

CELIA (Ella es pieza
de rey.)

NISE Quiere el padre nuestro
que aprendamos.

FINEA Yo ya sé

el Padre Nuestro.

NISE No digo
sino el nuestro, y el castigo
por darte memoria fué.

FINEA Póngame un hilo en el dedo,
y no que al palo en la palma.

CELIA ¿Mas que se te sale el alma
si lo sabe?

FINEA Muerta quedo.
¡ Oh, Celia ! no se lo digas,
y verás que te daré.

ESCENA VI

Dichas y CLARA

CLARA Topé contigo a la fe.

NISE Ya, Celia, las dos amigas
se han juntado.

CELIA A nadie quiere
más de todas las criadas.

CLARA Dadme albricias tan bien dadas
como el suceso requiere.

FINEA ¿De qué son?

CLARA Que ya parió
nuestra gata la romana.

FINEA ¿Cuándo, Clara?

CLARA Esta mañana.

FINEA ¿Parió en el tejado?

CLARA No.

FINEA Pues ¿dónde?

CLARA En el aposento ;
que cierto se echó de ver
su entendimiento.

FINEA Es mujer
notable.

CLARA Escucha un momento.
Salía por donde suele
el sol, muy galán y rico,
con la librea del rey,
colorado y amarillo ;

andaban los carretones
quitándole el romadizo
que da la noche a Madrid...
aunque no sé quién me dijo
que era la calle Mayor
el soldado más antiguo,
pues nunca el mayor de Flandes
presentó tantos servicios.
Dormían las rentas grandes,
despertaban los oficios,
tocaban los boticarios
sus almireces de pino,
cuando la gata de casa
comenzó con sus maullidos
a decir : «¡ No sé qué siento !
¿ En dónde está mi marido ?
Clara, que quiero parir,
dime dónde y en qué sitio. »
Yo que me levanto entonces,
la acaricio el hociquito
y arropada me la llevo
con los faldellines míos,
hacia el desván, donde alcoba
hícele, y lecho mullido
tal como ni una princesa
pueda tenerlo más rico,
ni que más cómodamente
haya en su vida parido.
Lo cierto es, que a muy poco
empezó a echar gatitos
de diferentes colores
tan remendados y lindos
que pudieran, a ser pías,
tirar del coche más rico.
Regocijados bajaron
de los tejados vecinos,
para ver la maravilla
todos sus deudos y amigos.
El único que faltó,
fué el pícaro del marido,
que con grande sinvergüenza
en el alero le he visto

del tejado, a otra gatita
haciendo monos y guiños.
Pero deja que le atrape
y que se venga el indino
haciendo zalamerías ;
no conseguirá el maldito,
ni tanto así de cordilla,
ni una raspa de tocino.
Ven presto : que si les ves,
dirás que parecen niños
y darás a la parida
el parabién, por sus hijos.
No me pudieras contar
cosa que más regocijo
me cause, y ardo en deseos
de ver aquellos mininos.

FINEA

(Vanse Clara y Finea.)

ESCENA VII

NISE y CELIA

NISE	¿ Hay locura semejante ?
CELIA	Y Clara es boba también.
NISE	Por eso la quiere bien.
CELIA	La semejanza es bastante ; aunque yo pienso que Clara es más bellaca que boba.
NISE	Con eso la engaña y roba.

ESCENA VIII

Dichas, LAURENCIO, DUARDO y FENISO

DUARDO	Aquí, como estrella clara, a su hermosura nos guía.
FENISO	Y aun es del sol su luz pura.
DUARDO	¡ Oh, reina de la hermosura !
FENISO	¡ Oh, Nise !
LAURENCIO	¡ Oh, señora mía !

NISE Caballeros...

FENISO Esta vez
de un soneto de Duardo,
por vuestro ingenio gallardo
os habemos de hacer juez.

NISE ¡A mí, que soy de Finea
hermana y sangre!

LAURENCIO A vos sola,
que sois Sibila española,
no Cumana ni Eritrea ;
a vos, por quien ya las gracias
son cuatro y las musas diez,
es justo el haceros juez.

NISE Si ignorancias, si desgracias
trujérades a juzgar,
era justa la elección.

FENISO Vuestra rara discreción,
imposible de alabar,
fué justamente elegida.
Oid, señora, a Duardo.

NISE Vaya el soneto : ya aguardo,
aunque de indigna, corrida.

DUARDO (Lee.)

«La calidad elementar resiste
mi amor, que a la virtud celeste aspira,
y en las mentes angélicas se mira,
donde la idea del calor consiste.

»No ya como elemento el fuego viste
el alma, cuyo vuelo al sol admira ;
que de inferiores mundos se retira
adonde el serafín ardiendo asiste.

»No puede elementar fuego abrasarme ;
la virtud celestial, que vivifica,
invidia el verme a la suprema alzarme ;

»Que donde el fuego angélico me aplica
¿cómo podrá mortal poder tocarme?
Que eterno y fin contradicción implica.»

NISE Ni una palabra entendí.

DUARDO Pues en parte se leyera,
que más de alguno dijera
por arrogancia : «Yo, sí.»
La intención o el argumento

es pintar al que ya llega,
libre del amor que ciega
la luz del entendimiento,
a la alta contemplación
de aquel puro amor sin fin,
donde es fuego el serafín.

NISE

Argumento e intención
queda entendido.

FENISO

¡ Profundos
conceptos !

LAURENCIO

Mucho se esconden.

DUARDO

Tres fuegos que corresponden,
hermosa Nise, a tres mundos,
dan fundamento a los otros.

NISE

Bien os podéis declarar.

DUARDO

Calidad elemental
es el calor en nosotros,
la celestial es virtud
que calienta y que recrea,
y la angélica es la idea
del calor.

NISE

Con inquietud
escucho lo que no entiendo.

DUARDO

El elemento en nosotros
es fuego.

NISE

¿Entendéis vosotros?

DUARDO

El claro sol que estáis viendo
en el cielo, fuego es,
y luego el entendimiento
seráfico; pero siento
que así difieren los tres :
que el que elemental se llama
abrsa cuando se aplica,
el celeste vivifica,
y el sobreceleste ama.

NISE

No discurras, por tu vida;
vete a escuelas.

DUARDO

Donde estás,
lo son.

NISE

Yo no escucho más,
de no entenderte corrida.
Escribe fácil,

DUARDO

Platón
a lo que en cosas divinas
escribió, puso cortinas ;
que tales cual estas, son
matemáticas figuras
y enigmas.

NISE

Oye, Laurencio.

(Hablan aparte)

FENISO

(A Duardo.)

Ella os ha puesto silencio.

DUARDO

Temió las cosas oscuras.

FENISO

Es mujer.

DUARDO

La claridad
es a todos agradable,
que se escriba o que se hable.

NISE

(A Laurencio.)

(¿Cómo va de voluntad?)

LAURENCIO

Como quien la tiene en ti.

NISE

Yo te la pago muy bien.

No traigas contigo a quien
me eclipse al hablarte así.

LAURENCIO

Yo, señora, no me atrevo,
por mi humildad, a tus ojos ;
que dando en viles despojos
se afrenta el rayo de Febo ;
pero si quieres pasar
al alma, hallarás la rica
de la fe que amor publica.

NISE

Un papel te quiero dar ;
pero ¿cómo podrá ser
que destos visto no sea?

LAURENCIO

Si en lo que el alma desea
me quieres favorecer,
mano y papel podré aquí
asir juntos atrevido,
como finjas que has caído.

(Déjase Nise caer.)

NISE

¡ Jesús !

DUARDO

¿Qué es esto?

NISE

Caí.

(Laurencio da la mano a Nise para levantarla y ella
le entrega un papel.)

LAURENCIO (A Nise.)
(Con las obras respondiste.)
NISE Esas responden mejor ;
que no hay sin obras amor.
LAURENCIO Amor en obras consiste.
NISE Laurencio mío, a Dios queda.
Duardo y Feniso, adiós.
DUARDO Y tanta ventura a vos
como hermosura os conceda.
(Vanse Nise y Celia.)

ESCENA IX

LAURENCIO, DUARDO y FENISO

FENISO ¿Qué os ha dicho del soneto
Nise?
LAURENCIO Que es muy extremado.
DUARDO Habréis los dos murmurado ;
que hacéis versos en efeto.
LAURENCIO Ya no es menester hacellos
para saber murmurалlos
quien no se atreve a entêndellos.
DUARDO Los dos tenemos que hacer ;
licencia nos podéis dar.
FENISO Las leyes de no estorbar
queremos obedecer.
LAURENCIO Malicia es esa.
FENISO No es tal.
La divina Nise es vuestra,
o por lo menos lo muestra.
LAURENCIO Pudiera, a tener igual.
(Vanse Duardo y Feniso.)

ESCENA X

LAURENCIO

LAUREN. Hermoso sois sin duda, pensamiento,
y aunque honesto también con ser hermo-
si es calidad del bien ser provechoso, [so,

una parte de tres, que os falta siento.
Nise, con un divino entendimiento
os enriquece de un amor dichoso ;
mas sois de dueño pobre, y es forzoso
que en la necesidad falte el contento.
Si el oro es blanco y centro del descanso,
y el descanso del gusto, yo os prometo
que tarda en navegar con viento manso.
Pensamiento, mudemos de sujeto ;
si voy, necio, tras vos, y en ir me canso,
cuando vengáis tras mí seréis discreto.

ESCENA XI

LAURENCIO y PEDRO

PEDRO ¡ Qué necio andaba en buscarte
fuera de aqueste lugar !

LAURENCIO Bien me pudieras hallar
con el alma en otra parte.

PEDRO Luego ¿ estás sin ella aquí ?

LAURENCIO Ha podido un pensamiento
divertir mi movimiento
desde mí fuera de mí.

¿ Nunca has visto la saeta
del reloj, que en un lugar
firme suele siempre estar,
aunque nunca está quieta,
y tal vez está en la una,
y tal en las doce está ?

Pues así mi alma ya
sin hacer mudanza alguna
deste puesto en que me ves,
desde Nise que ha querido
a las doce se ha subido,
que es número de interés.

PEDRO Pues ¿ cómo es esa mudanza ?

LAURENCIO Porque la saeta soy,
que desde la una voy
por lo que el círculo alcanza.
Señalaba a Nise...

PEDRO

Sí.

LAURENCIO

Pues ya señala a Finea.

PEDRO

¿Eso quieres que te crea?

LAURENCIO

¿Por qué no, si hay causa?

PEDRO

Di.

LAURENCIO

Nise es una hora hermosa ;

Finea, las doce son,

hora de más bendición,

más descansada y copiosa.

A las doce el oficial

descansa, y bástale ser

hora entonces de comer,

tan precisa y natural.

Quiero decir que Finea

hora de sustento es,

cuyo descanso, ya ves

cuanto el hombre le desea.

Denme, pues, las doce a mí,

que soy pobre con mujer,

que dándome de comer,

es la mejor para mí.

Doyme a entender que poniendo

en Finea mis cuidados,

a cuarenta mil ducados

las manos voy preveniendo.

Esta, Pedro, desde hoy

ha de ser la empresa mía.

PEDRO

Para probar tu osadía,

en una sospecha estoy.

LAURENCIO

¿Y es?

PEDRO

Que te has de arrepentir,

por ser necia esta mujer.

LAURENCIO

¿Quién has visto de comer,

de descansar y vestir,

arrepentido jamás?

Pues esto viene con ella.

PEDRO

¿A Nise, discreta y bella,

Laurencio, ¿dejar podrás

por una boba ignorante?

LAURENCIO

¡Qué ignorante, majadero !

¿No ves que el sol del dinero

va del ingenio adelante?

El que es pobre, ese es tenido
por necio ; el rico por sabio.
No hay en el nacer agravio,
por notable que haya sido,
que con oro no se encumbra,
ni hay falta en naturaleza,
que con la mucha pobreza
no se aumente y se descubra.
Yo tengo de enamorar
a Finea.

PEDRO He sospechado
que a un ingenio tan cerrado
no hay puerta por donde entrar.
Yo sé cuál.

LAURENCIO Yo no, por Dios.

PEDRO Clara, su bobá criada.

LAURENCIO Sospecho que es más taimada
que boba.

PEDRO Demos los dos
en enamorarlas.

LAURENCIO Creo
que Clara será tercera
más fácil.

PEDRO De esa manera
seguro va mi deseo.

LAURENCIO Ellas vienen ; disimula.

PEDRO Harélo, si está en mi mano.

LAURENCIO ¿Qué ha de poder un cristiano
enamorar una mula?

PEDRO Buena cara y talle tiene.

LAURENCIO Así fuera el alma.

ESCENA XII

Dícnos, FINEA, y CLARA

LAURENCIO Agora
conozco, hermosa señora,
que no solamente viene
el sol de las orientales
partes, pues de vuestros ojos

- sale con rayos más rojos
y luces piramidales.
Y si agora, que salís,
tan grande fuerza traéis,
al mediodía ¿qué haréis?
- FINEA Comer, no como decís
vos, pirámides ni peros,
sino cosas provechosas.
- LAURENCIO Esas estrellas famosas,
esos nocturnos luceros
me tienen fuera de mí.
- FINEA Si vos andáis con estrellas,
¿qué mucho que os tengan ellas
arromadizado así?
Acostaos siempre temprano
y dormid con tocador.
- LAURENCIO ¿No entendéis que os tengo amor
puro, honesto, limpio y sano?
- FINEA ¿Qué es amor?
- LAURENCIO ¿Amor? Deseo.
- FINEA ¿De qué?
- LAURENCIO De una cosa hermosa.
- FINEA ¿Es oro? ¿Es diamante? ¿Es cosa
destas que muy lindas veo?
- LAURENCIO No, sino la hermosura
de una mujer como vos,
que, como lo ordena Dios,
para buen fin se procura.
Y ésta, que vos la tenéis,
engendra deseo en mí.
- FINEA Y yo ¿qué he de hacer aquí,
si sé que vos me queréis?
- LAURENCIO Quererme. ¿No habéis oído
que amor con amor se paga?
- FINEA No sé yo cómo se haga,
que en mi vida no he querido,
ni en la cartilla lo vi,
ni me lo enseñó mi madre;
preguntarélo a mi padre.
- LAURENCIO Esperad, que no es así.
- FINEA Pues ¿cómo?
- LAURENCIO Destos, mis ojos,

saldrán unos rayos vivos
como espíritus visivos,
de sangre y de fuego rojos,
que se entrarán por los vuestros.

FINEA No, señor ; arredro vaya
cosa en que espíritus haya.

LAURENCIO Son los espíritus nuestros ;
porque el alma que yo tengo
a vuestro cuerpo se pasa.

FINEA ¿ Tanto pasa el que se casa ?

PEDRO (A Clara.)

Con él, como os digo, vengo
tan muerto por vuestro amor,
que aquesta ocasión busqué.

CLARA ¿ Qué es amor ? que no lo sé.

PEDRO ¿ Amor ? Locura, furor.

CLARA Pues ¿ loca tengo de estar ?

PEDRO Es una dulce locura,
por quien la mayor cordura
suelen los hombres dejar.

En comenzando a querer,
enferma la voluntad
de una dulce enfermedad.

CLARA No me la mandes tener ;
que no he tenido en mi vida
sino sólo sabañones.

FINEA (A Laurencio.)

Agrádanme las liciones.

LAURENCIO Tú verás, de mí querida,
cómo has de querer así ;
que es luz del entendimiento
amor.

FINEA Lo del casamiento
me cuadra.

LAURENCIO (Y me importa a mí.)

FINEA Pues ¿ llevaráme a su casa,
y tendráme allá también ?

LAURENCIO Sí, señora.

FINEA Y eso ¿ es bien ?

LAURENCIO Y muy justo en quien se casa.
Vuestro padre y vuestra madre
casados fueron así :

de eso nacistéis.

FINEA

¿Yo?

LAURENCIO

Sí.

FINEA

Cuando se casó mi padre,
¿no estaba yo allí tampoco?

LAURENCIO

(¡ Hay semejante ignorancia !
Sospecho que esa ganancia
camina a volverme loco.)

CLARA

Tu padre pienso que viene.

LAURENCIO

Adiós, acordaos de mí.

FINEA

Que me place.

(Vase Laurencio.)

CLARA

¿Fuese?

LAURENCIO

Sí.

y seguirle me conviene.

Tenedme en vuestra memoria.

CLARA

Si os vais, ¿cómo?

(Vase Pedro.)

ESCENA XIII

FINEA y CLARA

FINEA

¿Has visto, Clara,
lo que es amor? ¡ Quién pensara
tal cosa !

CLARA

No hay pepitoria
que tenga más menudencias
de manos, tripas y pies.

FINEA

Mi padre, como lo ves,
anda en mil impertinencias.
Hame querido casar
con un caballero indiano,
toledano o sevillano.
Tres veces me vino a hablar,
y esta postrera sacó
de la caja un naipecito,
muy repolido y bonito ;
y luego que le miró,
me dijo : « Toma, Finea,
este es tu marido ; » y fuése.
Yo, como en fin, no supiese
esto de casar que sea,

tomé el negro del marido,
que no tiene más que cara.
Pero dime, amiga Clara,
¿qué importa que sea polido
este marido o quien es,
si todo el cuerpo no pasa
de la ropilla? que en casa
ninguno sin piernas ves.
CLARA Digo que tienes razón.
Veamos, ¿tiénese ahí?
(Saca Finea de la manga un retrato en un naipe.)
¡ Buena cara y cuerpo !
FINEA Sí ;
mas no pasa del jubón.
CLARA Luego ¿este no podrá andar?
¡ Ay, los ojitos que tiene !
FINEA Señor con Nise.
CLARA ¿ Si viene
a casarte?
FINEA No hay casar ;
que este que se va de aquí
tiene pierna y tiene traza
CLARA Y más que con perro caza ;
que el perro me muerde a mí.

ESCENA XIV

Dichas, OCTAVIO y NISE

OCTAVIO (A Nise.)
(Por la calle de Toledo,
dicen que entró por la posta.)
NISE Pues ¿cómo no llega ya?
OCTAVIO Algo por dicha acomoda.
Temblando estoy de Finea.
NISE Aquí está, señor, la novia.
OCTAVIO Hija, ¿no sabes?
NISE (No sabe ;
que esa es su desdicha toda.)
OCTAVIO Ya está en Madrid tu marido.
FINEA Siempre tu memoria es poca.

OCTAVIO ¿No me lo diste en un naipe?
Esa es la figura sola,
que estaba allí retratada ;
que lo vivo viene agora.

ESCENA XV

CELIA, OCTAVIO, NISE, FINEA y CLARA ; luego, LISEO y
TURIN

CELIA Aquí está el señor Liseo,
apeado de una posta.
OCTAVIO Mira, hija, que has de estar
muy prudente y muy señora.
(Salen Liseo y Turin, de camino.)
LLEGAD sillas y almohadas.
LISEO Esta licencia se toma
quien viene a ser hijo vuestro.
OCTAVIO Y quien viene a darnos honra.
LISEO Agora, señor, decidme
cuál de las dos es mi esposa.
FINEA Ya ¿no me ve?
LISEO Bien merezco
los brazos.
FINEA (A Octavio.) Luego ¿no importa?
OCTAVIO Bien le puedes abrazar.
FINEA (Clara.)
CLARA Señora...
FINEA Aun agora
viene con piernas y pies.
CLARA Esta ¿es burla o jerigonza?
FINEA El verle de medio arriba
me daba mayor congoja.
OCTAVIO (A Liseo.)
Abraza a vuestra cuñada.
LISEO No fué la fama engañosa,
que habló de vuestra hermosura.
NISE Soy muy vuestra servidora.
LISEO Lo que es el entendimiento
a toda España alborota.
La divina Nise os llaman :

discreta sois como hermosa,
y hermosa con grande extremo.

FINEA

(A su padre.)

Pues ¿cómo requiebra esotra,
si viene a ser mi marido?

¿No es más bobo?

OCTAVIO

Calla, loca.

Sentaos, hijos, por mi vida.

LISEO

Turin.

TURIN

Señor...

LISEO

(A Turin.)

(¡ Linda tonta !)

OCTAVIO

¿Cómo venís del camino?

LISEO

Con los deseos en hoja,
que siempre le hacen más largo.

FINEA

Ése macho de la noria
pudieras haber pedido,
que anda como una persona.

NISE

Calla, hermana.

FINEA

Callad vos.

OCTAVIO

Aunque honesta y virtuosa,
es Finea deste humor.

LISEO

Turin, ¿trujiste las joyas?

TURIN

No ha llegado nuestra gente.

LISEO

¡ Qué de olvidos se perdonan
en un camino a criados !

FINEA

¿ Joyas traéis ?

TURIN

(Y le sobra

de las joyas el principio,
tanto el *jo* se le acomoda.)

OCTAVIO

Calor tenéis. ¿ Queréis algo ?

LISEO

¿ Qué os aflige ? ¿ Qué os acongoja ?

OCTAVIO

Agua quisiera pedir.

Haráos mal el agua sola ;
traigan una caja.

(Vase Celia.)

FINEA

A fe,

si como venís agora,
fuera el sábado pasado,
que hicimos yo y esta moza
un menudo...

NISE

Calla, hermana.

FINEA

Mucha especie : es linda cosa.

ESCENA XVI

CELIA, con una caja y agua. OCTAVIO, NISE, FINEA, CLARA,
LISEO y TURIN

CELIA Aquí está el agua. Comed.

El agua sola provoca,
porque con su risa dice
que la beba y que no coma.

FINEA El bebe como una mula.

TURIN ; Buen requiebro !

OCTAVIO ¡Qué enfadosa
que estás hoy ! Calla, si quieres.

FINEA (A Liseo.)

Aun no habéis dejado gota.

Aguardad, os limpiaré.

OCTAVIO Pues ¿tú le limpias?

FINEA ¿Qué importa?

LISEO (Media barba me ha llevado.

Lindamente me enamora.)

OCTAVIO (¿Hay padre más desdichado?)

Quiero, pues no se reporta,
llevarme de aquí a Finea.)

LISEO (Tarde el descanso se cobra,
que en tal desdicha se pierde.)

OCTAVIO Entrad adentro vosotras

a prevenirle la cama.

FINEA La mía pienso que sobra

para los dos.

OCTAVIO (A Finea.) (¿Tú no ves

que aun no es
Entra dentro.)

FINEA Que me place.

NISE Vamos, hermana.

FINEA Adiós, ¡hola!

(Vanse Nise, Finea, Clara y Celia.)

LISEO (Las del mar de mi desdicha me anegan entre sus ondas.)

OCTAVIO Yo también, hijo, me voy
para prevenir las cosas,
que para que os desposéis

con más aplauso, me tocan.
El cielo os guarde.

(Vase)

ESCENA XVII

LISEO y TURIN

LISEO

No sé

de qué manera disponga
mis desdichas. ¡Ay, Turin!

TURIN

¿Quieres quitarte las botas?

LISEO

No, Turin, sino la vida.

TURIN

¿Hay boba más espantosa?

Lástima me ha dado a mí,
considerando que ponga
en un cuerpo tan hermoso
el cielo un alma tan loca.

LISEO

Cuando estuviera casado
por poder en causa propia,
me pudiera descasar.

La ley es llana y notoria;
pues concertando mujer
con sentido, me desposan
con una bestia del campo,
con una villana tosca.

TURIN

Luego ¿no te casarás?

LISEO

¡Mal haya la hacienda toda,
que con tal pensión se adquiere
y con tal censo se cobra!

Demás que aquesta mujer,
si bien es hermosa y moza,
¿qué puede parir de mí,
sino tigres, leones y onzas?

TURIN

Ese es engaño, pues vemos
por experiencia notoria
mil hijos de padres sabios
que, de necios, los deshonoran.

LISEO

Es verdad; que Cicerón
tuvo a Marco Tulio en Roma,
que era un caballo, un camello.

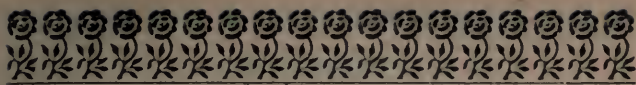
TURIN

De la misma suerte consta

- que, de necios padres, sueie
salir una fénix sola.
- LISEO Turin, por lo general,
y es consecuencia forzosa,
lo semejante se engendra.
Hoy las palabras se rompan,
rómpanse letras y firmas ;
que ningún tesoro cobra
la libertad. Aun si fuera
Nise...
- TURIN ¡ Oh, qué bien te reportas !
dicen que un hombre enojado
que colérico se arroja,
si le ponen un espejo
que represente su sombra,
en mirando en él su imagen
se temple y desapasiona.
Así, tú, como tu gusto
miraste en su hermana hermosa.
(que el gusto es cristal del alma,
pues su libertad pregona),
luego templaste tu ira.
- LISEO Es verdad, porque ella sola
el enojo de su padre,
que, como ves, me alborota,
me puede quitar, Turin.
- TURIN ¿ Que no hay que tratar desotra ?
- LISEO Pues ¿ he de trocar la vida
por la muerte temerosa,
y por un demonio un ángel ?
- TURIN Digo que razón te sobra ;
que no está el gusto en el oro ;
que son el oro y las horas
muy distintos.
- LISEO Desde aquí
renuncio la dama boba.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala que da a un jardín en casa de Octavio. Puerta al foro que da a una galería y laterales. Muebles lujosos.

ESCENA PRIMERA

NISE y CELIA

CELIA Tu enfermedad, varió
de dos seres el destino,
y muy distinto camino
cada uno de ellos siguió.

NISE Con ella he pasado un mes,
y no se casa Liseo.

CELIA No siempre vence el deseo
el natural interés,
que tan sólo en él está,
el renunciar a la boba,
porque es otra quién le roba
la calma, a decir verdad.

NISE ¿Cómo, pues, sigue en mi casa,
y estar en ella se aviene?

CELIA Porque en ella también tiene
la que su pecho le abrasa.

NISE No comprendo.

CELIA Pues muy poco
costará, en hallar la clave
del enigma, porque sabe
que la que le trae loco

eres tú ; por un criado
lo supe.

NISE Necia quimera,
si sabe que el alma entera
di a Laurencio ; su cuidado
en mí pone solamente.

CELIA Eres tú quien mal razona,
porque él, a otra persona
muy interesadamente
en agradarle se afana.

NISE ¿Puede haber tal villanía?

CELIA La habrá, si la bobería
no se cuenta de una hermana.
Bobería, que si bien
nada logra sacudir,
no le estorba en cambio, oír
de los que a su lado estén,
frases de amor ardorosas ;
y cuenta, que en la mujer,
cuesta menos el vencer,
cuanto menos juiciosas.

NISE ¿Por la necia me desprecia?

CELIA Si no aprovechas mi aviso,
tenerte será preciso
por más necia que la necia.

NISE ¿Pero es sueño, ofuscación
del sentido lo que escucho?
Habla, Celia, porque lucho
con esta revelación,
y creo que es desvarío
y no puedo convencerme.
¡ Qué haya osado así venderme !
¡ Qué tenga más poderío
el oro, que no el talento,
y sea mi propia hermana
quien la partida me gana
por su poco entendimiento,
¡ la que con tales agravios
causa a mi ingenio desprecios !
Es que el sufrir a los necios,
hace enfermar a los sabios.
CELIA Bien puedo serte testigo,

que no perdona ocasión
de hablar el gran bellacón
a tu hermana como digo,
llegando hasta la insolencia,
que la ocasión aprovecha
y entre sus brazos la estrecha,
y ella no hace resistencia.

NISE

A él y a ella le alcanza
el odio del corazón ;
yo sabré de su traición
tomarme justa venganza.

CELIA

Y la cosa aquí no para,
pues decirte me he olvidado
que el muy tuno del criado,
pretende también a Clara.
Pero te debe importar
cuanto dejo dicho, poco,
desde el momento, que loco
le tienes por ti, de atar,
a aquel que a casarse vino
con la tonta de tu hermana,
y en el cambio eres quien gana
según lo que yo imagino.

Prefiere el oro, al talento,
tu pasado adorador,
y halla en tu hermana, mejor
que en ti, su acomodamento.
En cambio, el otro que vino
a casarse con la rica,
por su criado publica
que cifra en ti su destino.
Y aunque no sepa latines
ni como tú yo he leído,
los cuatro así habréis cumplido
mucho mejor vuestros fines.

(Mirando al foro.)

Viene con Duardo y Feniso.

NISE

Me tendrá, pues, que escuchar.

CELIA

Debes sólo recordar
que más que amor, le es preciso
sin duda alguna dinero.

NISE

Nunca fundó su valor

sobre dineros amor ;
que busca el alma primero.

ESCENA II

Dichas, FENISO, LAURENCIO y DUARDO, por el foro. Aparecen
y saludan ceremoniosamente a Nise, a la cual besan la mano

DUARDO Señora, a vuestra salud
 hoy cuantas cosas os ven
 dan alegre parabién
 y tienen vida y quietud :
 que como vuestra virtud
 fué sol que las alumbro,
 mientras ella se eclipsó,
 también lo estuvieron ellas ;
 que hasta ver vuestras estrellas,
 fortuna el tiempo corrió.
 Mas como la primavera
 sale con pies de marfil,
 y el verde velo sutil
 tiende en la alegre ribera,
 corre el agua placentera,
 cantando los ruisseños.
 Y van creciendo las flores ;
 así vos salís, mostrando
 vuestra salud, y sembrando
 en campos de almas, amores.

FENISO Ya sè ríen estas fuentes,
 y son perlas las que dieron
 lágrimas, con que sintieron
 vuestros cristales ausentes ;
 ya las aguas sus corrientes
 hacen instrumentos claros
 para poder celebraros ;
 todo se anticipa a veros,
 y todo intenta ofreceros
 con que procure alegraros.
 Pues si con veros hacéis
 tales efectos agora
 donde no hay almas, señora,

más de las que vos ponéis,
en mí ¿qué efectos haréis
este venturoso día,
visto con tanta alegría,
después de tantos enojos,
siendo luz destos ojos,
siendo vos alma en la mía?

LAURENCIO

A estar enfermo llegué
el tiempo que no os serví ;
que fué lo que más sentí,
aunque sin mi culpa fué.
Yo vuestros males pasé,
como cuerpo que animáis ;
vos movimiento me dáis,
yo soy instrumento vuestro ;
que en mi vida y salud muestro
todo lo que vos pasáis.
Parabién me den a mí
de la salud que hay en vos,
pues que vivimos los dos
con la que mostráis aquí ;
solamente os ofendí,
ya que la disculpa os muestro,
en que este mal que fué nuestro
solo tenerle debía,
no vos, que sois alma mía ;
yo sí, que soy cuerpo vuestro.

NISE

Pienso que de oposición
me dáis los tres parabién.

LAURENCIO

Y es bien, pues lo sois por quien
viven los que vuestros son.

NISE

Divertíos, por mi vida,
cortándome algunas flores
los dos, pues con sus colores
la diferencia os convida
dese jardín, porque quiero
hablar a Laurencio un poco.

DUARDO

(Quien ama y sufre, o es loco
o necio.)

FENISO

(¿Tal premio espero?)

DUARDO

(No son vanos mis recelos.)

FENISO

(Ella le quiere.)

DUARDO

Yo haré
un ramillète de fe.
(Pero sembrado de celos.)

(Vanse Duardo y Feniso.)

ESCENA III

LAURENCIO, NISE y CELIA

LAURENCIO Ya se han ido. ¿Podré yo,
Nise, con mis brazos darte
parabién de tu salud?

NISE Desvía, fingido, fácil,
lisongero, engañador,
falso, inconstante, mudable,
hombre que en un mes de ausencia
(que bien merece llamarse
ausencia a la enfermedad)
el pensamiento mudaste.
Pero mal dije en un mes,
porque puedes disculparte
con que mi muerte creiste ;
y si mi muerte pensaste,
con gentil atrevimiento
pagaste el amor que sabes,
¡ mudando el tuyo en Finea !
¿Qué dices?

LAURENCIO

NISE

Pero bien haces.

Tú eres pobre y ella rica,
tú discreto, ella ignorante ;
buscaste lo que no tienes,
y lo que tienes dejaste.
Discreción tienes, y en mí
la que celebrabas antes
dejas con mucha razón ;
que dos ingenios iguales
no conocen superior,
y por dicha imaginaste
que quisiera yo el imperio
que a los hombres debe darse.

LAURENCIO

¿Quién te ha dicho que yo he sido

NISE

en un mes tan inconstante?
¿Parécete poco un mes?
Yo te disculpo, no hables ;
que la luna está en el cielo
sin intereses mortales,
y en un mes, y aun algo menos,
es su creciente y menguante.
Tú en la tierra, y de Madrid,
donde hay tantos vendavales
de intereses en los hombre,
no fué milagro mudarte,
¡ Ay, Laurencio, qué buen pago
de fe y amor tan constante !
Yo enfermé de mis tristezas,
que son bien terribles males ;
por regalos tuyos tuve
engaños, mentiras, fraudes ;
pero, pues, tan duros fueron,
di que me diste diamantes.
Dile, Celia, lo que has visto.
Ya, Laurencio, no te espante
de que Nise, mi señora,
desta manera te trate :
yo sé que has dicho requiebros
a Finea.

LAURENCIO

¿Qué levantes,
Celia, tales testimonios?

CELIA

Tú sabes que son verdades ;
y no solo tú a mi dueño
ingratamente pagaste,
pero tu Pedro, el que tiene
de tus secretos las llaves,
ama a Clara tiernamente :
¿quieres más que te declare?

LAURENCIO

Tus celos han sido, Celia,
y quieres que yo los pague.
¡ Pedro a Clara ! ¡ Yo a la boba !

NISE

Laurencio, si la enseñaste,
¿de qué te quejas de aquello
en que de necio no caes?
astrólogo me pareces ;
que siempre de ajenos males,

sin reparar en los suyos,
largos pronósticos hacen.
¡ Oh, quién os oyera juntos !
debéis de hablar en romances,
porque un discreto y un necio
no pueden ser consonantes.
Ahora dejame, Laurencio.

LAURENCIO Señora... (Tomándola una mano.)

ESCENA IV

Dichos y LISEO

LISEO (Esperaba tarde
los desengaños ; mas ya
no quiere amor que me engañe.)
NISE Suelta. (Queriendo deshacerse.)

LAURENCIO No quiero.

LISEO ¿Qué es eso?

(Laurencio, al verse sorprendido por Liseo, deja la mano de Nise y ésta procura disimular.)

NISE Dice Laurencio que rasgue
unos versos que me dió,
de cierta dama ignorante ;
y yo digo que no quiero.

LAURENCIO Tú podrá ser que lo alcances
de Nise : ruégala tú.

LISEO Si algo tengo que rogarte,
haz algo por mis memorias,
y rasga lo que tú sabes.

NISE Dejadme los dos. (Vase, y Celia la sigue.)

ESCENA V

LAURENCIO y LISEO

LAURENCIO ¡Qué airada !

LISEO Espantóme que te trate
con estos rigores Nise.

LAURENCIO Pues, Liseo, no te espantes ;

que es defecto en los discretos
tal vez el no ser afables.

LISEO ¿Tienes qué hacer?

LAURENCIO Poco o nada.

LISEO Pues vámonos esta tarde
por el Prado arriba.

LAURENCIO Vamos
donde quiera que tú mandes.

LISEO Detrás de los Recoletos
quiero hablarte.

LAURENCIO Si el hablarme
no es con las lenguas que dicen,
sino con las lenguas que hacen,
no creo esté por demás
que la razón digáis antes
que a eso os obliga.

LISEO Sí haré.

LAURENCIO Si es que los celos combaten
vuestro pecho, y los tenéis
de que a Finea le hable,
advertid que antes que vos
pude muy bien ser su amante,
y que vuestro casamiento
al dilatar, alentarme
pudiera en mí la esperanza,
ya que en el hombre es mudable
la condición, y que libre
a mi amor vos la dejásteis.

LISEO Mala ocasión escogéis,
si con fingimientos tales,
la satisfacción que os pido
queréis excusar cobarde.
¿Qué me importa a mí Finea
ni tampoco que su padre
pretenda enlazarme con
una boba semejante?

LAURENCIO Que salga, pues, la verdad
de mis labios, que es infame
mentir, cuando dos espadas
en breve van a cruzarse.
Oidme, pues, y veréis
si es vuestro furor en balde...

Soy hidalgo bien nacido,
que mejor cuna no hallares
cual la mía, mas soy pobre,
y aunque al oírlo os espante,
la que todos dicen boba
mi aspiración satisface,
porque yo de discreción
la he de dar lecciones tales,
que bien podrá con su dote
muy justamente pagarme.
Prometedme no impedir
el que yo con Nise trate,
y libre el campo tenéis
de acercaros; si es que os place,
hasta Finea, que yo,
por muy dichoso he de darme,
si es que logro conseguir
que con su hermana me case.

LISEO

LAURENCIO

LISEO

Y para ello os ofrezco
poner cuanto de mi parte
pueda, y ser vuestro Pilades.
Yo vuestro Orestes, y acabe
nuestra empezada pendencia
firmando las amistades.
Esta es mi mano.

LAURENCIO

La mía
tomad, que nunca fué tarde
si al fin las explicaciones
lográn evitar un lance.

(Mirando hacia la izquierda.)

Pero conmigo venid
por esta puerta, a otra parte
donde hablemos libremente,
pues es ella la que sale.

(Vanse por la derecha.)

ESCENA VI

FINEA y CLARA, por la izquierda

CLARA
FINEA

¿Despediste al maestro?

Sí.

- y no quiero aprender más.
CLARA Si danzaras a compás
no se te enfadara así.
- FINEA A poco no doy de hocicos
saltando. Enfadada vengo.
¿Soy yo urraca, que andar tengo
por casa dando salticos?
Un paso, otro contrapaso...
floretas, otra floreta...
¡Qué locura !... Balancé...
no hay sólo un momento, en que
una quedar pueda quieta.
Aprende a leer, a escribir,
a danzar... y todo es nada.
Sólo Laurencio me agrada.
- CLARA ¿Y cómo te he de decir,
ni he de poderte contar
lo sucedido?
- FINEA No hay cosa
que sea dificultosa
para la que sabe hablar.
- CLARA Dormir en día de fiesta
¿es malo?
- FINEA Pienso que no ;
aunque si Adán se durmió,
buena costilla le cuesta.
- CLARA Pues si nació la mujer
de una dormida costilla,
que duerma no es maravilla.
- FINEA Por eso vengo a entender,
sólo por esa advertencia,
porque se andan tras nosotras
los hombres, y en unas y otras
hacen tanta diferencia ;
que si aquesto no es hablilla,
deben de andar a buscar
su costilla, y no hay parar
hasta topar su costilla.
- CLARA Luego, si para el que amó
un año y aun más, muy bien
le dirán los que le ven,
que su costilla topó.

FINEA
CLARA
FINEA

A lo menos los casados.
Sabia estás.

CLARA

Aprendo ya ;
que me enseña amor quizá
con liciones de cuidados.
Volviendo al cuento, Laurencio
me dió un papel para ti.
Púseme a hilar... ¡ Ay de mí !
¡ cuánto provoca el silencio !
puse en la estopa el papel,
y como hilaba al candil,
y es la estopa tan sutil,
prendióseme el copo en él.
(Cabezas hay dislocadas
cuando duermen sin cojines,
y sueños como rocines,
que vienen con cabezadas.)
Apenas el copo ardió
cuando, puesta en él de pies,
me chamusqué, ya me ves.
¿ Y el papel ?

FINEA
CLARA

Libre quedó,
como el santo de pajaes.
Sobraron estos renglones,
donde hallarás más razones
que en mi cabeza aladares ;
más bien se podrá leer.
Toma y lee. (Le da un trozo de papel.)

FINEA
CLARA

Yo sé poco.
Libre Dios de un fuego loco
la estopa de una mujer.

FINEA

Uno u otro es necesario
que cuanto antes me lo lea.
Di con él ; mejor que sea
mi padre mi secretario.

ESCENA VII

Dichas y OCTAVIO, por el foro

OCTAVIO

Es inútil el pensar
que aprender de nada pueda,

aunque desde algunos días
menos tonta me parezca.

FINEA ¿Llegaste, padre?

OCTAVIO Llegué.

FINEA Mucho mi amor lo celebra,
pues que tú sabes leer.

OCTAVIO No en balde fui a la escuela
siendo mozo.

FINEA Pues por eso
me dirás lo que estas letras
significan.

OCTAVIO Dámelas. (Toma el papel y lee.)

«Encantadora Finea :
estoy muy agradecido
a la merced que me muestras.
Contemplando tu hermosura
me pasó la noche entera.» (Rasga el papel.)

FINEA ¿No dice más?

OCTAVIO Ni te importa
saber lo que en él expresa
al final, si de tal modo
en su principio comienza.
¿Quién te lo dió?

FINEA Fué Laurencio,
el que asiste a la academia
de mi hermana.

OCTAVIO ¿De tu hermana?

FINEA ¡Y si como yo supieras
que buenas cosas me dice!

OCTAVIO ¡ Buenas deben ser, muy buenas !

FINEA Pero no te las repito,
pues no quiero que se sepan.

OCTAVIO Estos son los resultados
que llevan mis complacencias,
y quiera Dios que no acabe
sin pensarlo, en propia afrenta.
Yo echaré a esos rimadores
de sonetos y cuartetas,
hasta que les vea a todos
lo más cercano, diez leguas.

FINEA No te pongas así, padre ;
que no hay temor que suceda

nada malo, pues Laurencio
es quien de veras me aprecia,
y ayer mañana encontróme
subiendo por la escalera,
y me dió un abrazo.

OCTAVIO ¡ Diablo !

¡ Hija, celebro la flemma
con que me lo dices ! ¡ Anda
mi casa bien, por la muestra !
No cuidándola la docta
y abrazándose la necia.
¿ Acaso fué falta ?

FINEA

OCTAVIO

¡ Sobra !

y que a suceder no vuelva,
si 'no quieres que mi enojo
llegue hasta su fuerza extrema.

FINEA

Descuida, y que a sucederme
por otra vez ya no temas.

OCTAVIO

Sólo la mujer casada,
y de su marido, acepta
los trasportes que el cariño
conyugal hacerle pueda.

FINEA

No volverá a suceder
y te juro que me pesa.

OCTAVIO

En tu decisión confío
y de lo dicho te acuerda.
(¡ Buena es hasta cierto punto,
pero no tanta inocencia !)

(Vase por el foro.)

ESCENA VIII.

FINEA y CLARA

CLARA

Parece que se ha enojado
tu padre.

FINEA

¿ Qué puedo hacer ?

CLARA

¿ Por qué le diste a leer
el papel ?

FINEA

Ya me ha pesado.

CLARA

Ya no puedes proseguir

la voluntad de Laurencio.
FINEA Clara, no la diferencio
con el dejar de sentir.
Yo no sé lo que esto ha sido
después que el hombre me vió,
porque si es que siento yo,
él se ha llevado el sentido.
Si como, imagino en él ;
si duermo le estoy soñando ;
y si bebo, estoy mirando
en agua su imagen dél.
¿No has visto de qué manera
vuelve un espejo a quien mira
su rostro, que una mentira
le hace forma verdadera?
pues lo mismo en ella miro
que el cristal me representa.
CLARA A tus palabras atenta,
de tus mudanzas me admiro.
Parece que te transformas
en otra.

FINEA En otro dirás.
CLARA Es maestro con quien más
para aprender te conformas.
FINEA Con todo eso, seré
obediente al padre mío ;
fuera de que es desvarío
romper la palabra y fe.
CLARA Yo haré lo mismo.

FINEA No impidas
el camino que llevabas.
CLARA ¿No ves que amé porque amabas,
y olvidaré porque olvidas?
FINEA Harto me pesa de amalle ;
pero a ver mi daño vengo,
aunque presumo que tengo
de olvidarme de olvidalle.

(Se dirigen ambas hacia la izquierda y aparece Nise que las detiene.)

ESCENA IX

Dichas y NISE

NISE Vete, Clara, que a mi hermana
 he de hablar, y ha de entender
 que no es justo pueda hacer
 cuanto le viniera en gana. (Vase Clara)

ESCENA X

NISE y FINEA

NISE De suerte te has engreído,
 que te voy desconociendo.
FINEA De que eso digas me ofendo.
 Yo soy la que siempre he sido.
NISE Yo te vi menos discreta.
FINEA Y yo más segura a ti.
NISE ¿Quién te va trocando así?
 ¿quién te da lición secreta?
 otra memoria es la tuyā :
 ¿tomaste la anacardina?
FINEA Ni de Ana ni Catalina
 he tomado lición suya.
 La misma que ser solía
 soy, porque sólo he mudado
 un poco de más cuidado.
NISE ¿No sabes que es prenda mía
 Laurencio?
FINEA ¿Quién te empeñó
 a Laurencio?
NISE Amor.
FINEA ¿A fe?
 pues yo le desempeñé,
 y el mismo amor me le dió.
NISE Quitaréte dos mil vidas,
 boba dichosa.
FINEA No creas
 que si a Laurencio deseas,
 de Laurencio te dividas.

En mi vida supe más
de lo que él me dijo aquí :
eso sé y eso aprendí.
Muy aprovechada estás.
Desde hoy más no ha de pasarte
por el pensamiento.

NISE

FINEA

NISE

FINEA

NISE

FINEA

NISE

FINEA

NISE

FINEA

¿Quién?

Laurencio.

Dices muy bien.

¿No volverás a enojarte?

Si los ojos puso en ti,
quítelos luego.

Que sea
como tú quieres.

Finea,
déjame a Laurencio a mí.
Marido tienes.

No creo
que reñiremos las dos.

Quédate con Dios.

Adiós. (Vase Nise.)

¡ En qué confusión me veo !
¡ hay mujer tan desdichada !
todos dan en perseguirme.

(Queda pensativa.)

ESCENA XI

FINEA y LAURENCIO, por el foro

LAURENCIO (Detente en un punto firme,
fortuna veloz y airada,
que ya parece que quieres
ayudar mi pretensión.)

(Adelantándose.)

¡ Oh, qué gallarda ocasión !
¿ Eres tú, mi bien?

FINEA

No esperes,
Laurencio, verme jamás :
todos me riñen por ti.

LAURENCIO

Pues ¿ qué te han dicho de mí?

FINEA Eso agora lo sabrás.
 ¿Dónde está mi pensamiento?
LAURENCIO ¿Tu pensamiento?

FINEA Sí.

LAURENCIO En ti ;
porque si estuviera en mí,
yo estuviera más contento.

FINEA ; Vesle tú?

LAURENCIO Yo, no, jamás.

FINIA Mi hermana me ha dicho aquí
que no has de pasarme a mí
por el pensamiento más.
Por eso, allá te desvía,
y no me pases por él.

LAURENCIO Piensa que ya estoy en él,
y echarme a fuera querría.

FINIA También ha dicho que en mí pusiste los ojos.

LAURENCIO Dice

verdad : no lo contradice
el alma, que vive en ti.

FINA Pues tú me has de quitar luego los ojos que me pusiste.

LAURENCIO ¿Cómo, si en amor consiste?

FINA Que me los quites te ruego
con ese lienzo de aquí,
si yo los tengo en mis ojos.

LAURENCIO No más ; cesan los enojos.

(Pónele el pañuelo en los ojos.)

FINEA ¿Están en mis ojos?

LAURENCIO Sí.

FINEA Pues quita luego los tuyos,
que no han de estar en los míos.

LAURENCIO (¡Qué graciosos desvaríos!)

FINEA Ponlos a Nise en los suyos.
¿Llevástelos en el lienzo?

LAURENCIO Sí, señora ; ¿no lo ves?

FINEA • Laurencio, no se los des ;
que a sentir penas comienzo.
Pues más hay ; que el padre mío
bravamente se ha enojado
del abrazo que me has dado.

LAURENCIO Más qué, ¿hay otro desvarío?
FINEA También me le has de quitar,
no me ha de reñir por eso.
LAURENCIO ¿Cómo ha de ser?
FINEA Siendo presto.
¿No sabrás desabrazar?
LAURENCIO El brazo derecho alcé
entonces, muy bien me acuerdo ;
ahora alzaré el izquierdo,
y el abrazo desharé. (Abrazala.)
FINEA ¿Estoy ya desabrazada?
LAURENCIO Pues ¿no lo ves?

ESCENA XII

Dichos y NISE

NISE ¡ Oh, qué bien !
FINEA Huélgome, Nise, también ;
que ya no me dirás nada.
Ya Laurencio no me pasa
por el pensamiento a mí ;
ya los ojos le volví,
pues que contigo se casa :
en el lienzo los llevó,
y ya me ha desabrazado.
LAURENCIO (A Nise.)
(Tú sabrás lo que ha pasado,
con harta risa.)
NISE (A Laurencio.) (Aquí no ;
vamos los dos al jardín ;
que tengo bien que riñamos.)
LAURENCIO Donde tú quisieres vamos.
(Vanse Nise y Laurencio.)

ESCENA XIII

FINEA

FINEA Ella se le lleva al fin.
¿Qué es esto que me da pena

- del que tan mal los hijos ha criado.
- OCTAVIO (Luz va tomando ya ; por cierto creo que si amor le enseñase, aprendería.)
- FINEA ¿Con qué se quita el mal de celosía?
- OCTAVIO Con desenamorarse, si hay agravio, que es el remedio más prudente y sabio. ¿Dónde tu hermana está?
- FINEA Junto a la fuente con Laurencio se fué.
- OCTAVIO ¡ Cansada cosa ! aprenda noramala a hablar en prosa, déjese de sonetos y canciones. Allí voy a romperles las razones. (Vase.)
- FINEA ¿Por quién en el mundo pasa esto que pasa por mí?
¿Qué vi denantes? ¿Qué vi, que así me enciende y me abrasa?
Celos dice el padre mío que son. ¡ Brava enfermedad !

ESCENA XV

FINEA y LAURENCIO

- LAURENCIO (En el foro.)
(Huyendo su autoridad, de enojarle me desvío ; aunque en parte le agradezco que excusase los ojos de Nise. Aquí están los ojos a cuyos rayos me ofrezco.)
Señora...
- FINEA Estoy por no hablarte porque te fuiste con Nise.
- LAURENCIO No me fuí porque yo quise.
- FINEA Pues ¿por qué?
- LAURENCIO Por no enojarte.
- FINEA Yo estoy celosa de ti, porque ya sé que son celos ; que su digno nombre ¡ ay cielos ! me dijo mi padre aquí ;

mas también me dió el remedio.
LAURENCIO ¿Cuál es?
FINEA Desenamorarme,
y así podré sosegar-me,
quitando el amor de enmedio.
LAURENCIO Pues eso ¿cómo ha de ser?
FINEA El que me puso el amor
me le quitará mejor.
LAURENCIO Otro mejor puede haber.
FINEA ¿Cuál?
LAURENCIO Los que vienen aquí
al remedio ayudarán.

ESCENA XVI

Dichos, DUARDO, FENISO y PEDRO

PEDRO (A Duardo y Feniso.)
(Finea y Laurencio están
juntos.)
DUARDO Y él fuera de sí.
LAURENCIO (A Duardo y Feniso.)
(Seáis los tres bien venidos
a la ocasión más gallarda
que se me pudo ofrecer ;
y pues de los dos el alma
a sola Nise discreta
inclina las esperanzas,
oid lo que con Finea
para mi remedio pasa.)
DUARDO En esta casa parece,
según por los aires andas,
que te ha dado hechizos, Circe :
nunca sales desta casa.
LAURENCIO Yo voy aquí con mi ingenio
haciendo una rica traza
para hacer oro de alquimia.
PEDRO La salud y el tiempo gastas ;
igual sería, señor,
casarte, pues todo cansa,
de pretender imposibles.

LAURENCIO Calla, necio.
PEDRO El hombre basta
para no callar jamás ;
que nunca los necios callan.
LAURENCIO (A Finea.)
(Si dices delante destos
como me das la palabra
de ser mi esposa y mujer,
todos los celos se acaban.)
FINEA ¿ Eso no más? Yo lo haré.
LAURENCIO Pues tú misma a los tres llama.
FINEA Duardo, Feniso, Pedro,
yo doy aquí la palabra
de ser esposa y mujer
de Laurencio.
FENISO ¡ Cosa extraña !
LAURENCIO ¿ Sois testigos desto?
LOS TRES Sí.
LAURENCIO Haz cuenta que ya estás sana
del amor y de los celos,
que tanta pena te daban.
FINEA Dios te lo pague, Laurencio.
LAURENCIO Venid los tres a mi casa ;
que tengo un notario allí.
DUARDO Pues ¿ con Finea te casas?
LAURENCIO Sí, Duardo.
DUARDO ¿ Y Nise bella?
LAURENCIO Troqué discreción por plata.
(Vanse Laurencio, Duardo, Feniso y Pedro.)

ESCENA XVII

FINEA, OCTAVIO y NISE

NISE Hablando estaba con él
cosas de poca importancia.
OCTAVIO Mira, hija, que esas cosas
más deshonor que honor causan.
NISE Es un honesto mancebo
que de buenas letras trata,
y téngole por maestro.

OCTAVIO No era tan blanco en Granada
Juan Latino, que la hija
de un veinticuatro enseñaba ;
y con ser negro y esclavo,
porque era su madre esclava
del claro duque de Sesa,
honra de España y de Italia,
vino a casarse con ella,
que gramática estudiaba,
y la enseñó a *conjugár*
de tal modo el *amo amas*,
que acabó con casamiento
el verbo.

NISE De eso me guarda
ser tu hija.

FINEA ¿Murmuráis
de mis cosas?

OCTAVIO ¿Aquí estaba
esta loca?

FINEA Ya no es tiempo
de reñirme.

NISE ¿Quién te habla?

OCTAVIO ¿Quién te riñe?

FINEA Nise y tú.

Pues sabed que agora acaba
de quitarme el amor todo
Laurencio, como la palma.

OCTAVIO ¿Hay alguna bobería?

FINEA Díjome que se quitaba
el amor con que le diese
de ser su mujer palabra ;
y delante de testigos
se la he dado ; y ya estoy sana
del amor y de los celos
que tanta pena me daban.

OCTAVIO Ésta, Nise, ha de quitarme
la vida.

NISE ¡ Palabra dabas
de mujer a ningún hombre !

¿ tú no ves que estás casada ?

FINEA Para quitar el amor,
¿ qué importa ?

- OCTAVIO ; Locura-extraña !
no entre aquí Laurencio.
- NISE (A su padre.) (Es yerro ;
que él y Liseo la engañan,
y aquesta traza han tomado
no más de para enseñarla.)
- OCTAVIO ; Oh ! pues con eso yo callo.
- FINEA ; Oh ! pues con eso nos tapas
la boca.
- OCTAVIO Ven allá dentro.
(; Qué descanso de mis canas !)
(Vanse Octavio y Finea.)
- NISE Hame contado Laurencio
que han tomado aquesta traza
él y Liseo, por ver
si aquesta rudeza labran,
y no me parece mal.

ESCENA XVIII

NISE y LISEO

- LISEO ¿ Hate contado mis ansias
Laurencio, discreta Nise ?
- NISE ¿ Qué me dices ? ¿ Sueñas o hablas ?
- LISEO Palabra me dió Laurencio
de ayudar mis esperanzas,
viendo que las pongo en ti. °
- NISE Pienso que de hablar te cansas
con tu esposa, o que se embota
en la rudeza que labras
el cuchillo de tu ingenio,
y para volver a hablarla
quieres darte un filo en mí.
- LISEO Verdades son las que trata
mi amor, Nise ; no mentiras.
Escúchame.
- NISE ; Qué inconstancia,
qué locura, error, traición
a mi padre y a mi hermana !
Id en buen hora, Liseo.

te hablaba y te requebraba,
aunque me miraba a mí,
aquella discreta ingrata?

LAURENCIO Liseo, aquesta es discreta ;
no podrás, si no la engañas,
quitarle del pensamiento
el imposible que aguarda ;
porque yo soy de Finea.

LISEO Si mi remedio no trazas,
cuéstame loco de amor.

LAURENCIO Déjame el remedio y calla ;
porque burlar un discreto
es la mayor alabanza.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto.

ESCENA PRIMERA

NISE Y CELIA

- CELIA El cambio tan repentino
 en todos mirar extraña,
 que de tal modo, en discreta
 háyle vuelto a tu hermana.
- NISE En verdad que de un milagro
 parece sólo la causa.
 Pero yo, que sé lo mucho
 que puede amor en las almas,
 y el modo que torna locas
 a las cabezas sensatas,
 sé también que puede a veces
 en las cabezas menguadas,
 influir de tal manera,
 que, obrando en forma contraria,
 cual torna a la cuerda loca,
 a la que está loca sana.
- CELIA ¿Y quién de tal modo a ella
 ha podido doctorarla?
- NISE Sabe Dios si ha sido el mismo
 del cual sufro la inconstancia.
- CELIA Y como la competencia
 temes de la mentecata,

que aunque en mucho corregida
a tus méritos no iguala.

NISE Porque es a la novedad,
del hombre, siempre inclinada
la condición, y le había
hoy, lo que ayer le agradaba.
Hacia aquí viene Liseo,
y harto han dicho sus miradas
que se consume en el fuego
de las mías, en su llama,
y no estará por demás
si de Laurencio me falta
su amor, que en otro lo ponga
si me pretende.

CELIA Das traza
de no quedarte soltera,
y bien leiste al Petrarca.

NISE Mas no creas que rendida
al punto en sus brazos caiga,
que la que es docta en amor,
sabe que es medida sabia
usar a tiempo desdenes
que más avivan las ansias.

CELIA Pero juzgo peligrosa
la medida, al émplearla
con quien puede retornar
a la que por ti dejara.

NISE De eso he de cuidarme yo
que soy para ello avisada.
Aquí llega, márchate
y en otro aposento aguarda.

(Vase Celia por el foro.)

ESCENA II

NISE y LISEO, por la derecha

LISEO Al fin, Nise, cual deseo,
sola, para hablar te encuentro,
tú, de mis ansias el centro,
y en las que calmarlas creo

con una sola mirada
de tus ojos compasivos.
Tórnense, pues, tus esquivos,
en tan felice jornada,
muestras de tu rendimiento,
y mi pecho satisfaga
tu amor, que así sólo paga
el mucho que por ti siento.
¿Cómo os atrevéis a hablarme
de vuestro amor, si sabéis
que otro me quiere?

LISEO Podéis,
Nise, con libertad amarme,
porque aquel que os pretendió
sabad que a mi amor os cede.

NISE
¿Quién así disponer puede
tal como se le antojó
del amor de una mujer,
de manera tan chistosa ;
soy yo un mueble o cualquier cosa
que así se cambia a placer?
¿Caballo o perro de caza
soy, que me cambia su dueño?
Inútil es el empeño
y más indigna la traza.

¿Y vos mismo no vinisteis
a casaros con mi hermana?
¿Por qué esta insistencia vana,
desleal, en vos pusisteis,
que os condena por entero
y hace en vos la falta doble?
¿Es vuestra conducta noble?
¿Es, decid, de un caballero?

LISEO Trátasme con tal desdén,
que pienso que he de apelar
a donde sepan tratar
mis obligaciones bien.

Pues advierte, Nise bella,
que ya Finea es sagrado ;
que un amor tan desdeñado
puede hallar remedio en ella.

NISE Liseo, el hacerme fieros

- fuera bien considerado
cuando yo te hubiera amado.
- LISEO Los nobles y caballeros
como yo, se han de estimar ;
no lo indino de querer.
- NISE Poner freno a la mujer
es poner límite al mar.
Extrañas quimeras son ;
que amor, como es accidente,
tiénese donde se siente,
no donde fuera razón.
- LISEO Eso, señora, no es justo,
y no lo digo con celos,
que pongáis falta a los cielos
en la bajeza del gusto.
A lo que se hizo mal,
no es bien decir : «Fué mi estrella.»
- NISE Yo no pongo culpa en ella
ni en su curso natural ;
porque Laurencio es un hombre
tan hidalgo y caballero,
o más que vos. ¡ Paso ! Quiero
que reverenciéis su nombre. (Vase.)

ESCENA III .

LISEO

- LISEO ¿Qué más espera y desea
mi amor de cuanto ha escuchado?
¿Qué puede hacer, despreciado,
más que volver a Finea?
Que se aumenta su valor
disfrazado en la venganza,
y hace una justa venganza
desde un desdén a un favor.
Y si bien di mi palabra
de cedérsela a Laurencio,
no tanto la reverencio
cuando mi infortunio labra.

ESCENA IV

LISEO y TURIN

LISEO

Turin...

TURIN

Señor, ¿qué me quieres?

LISEO

Quiérote comunicar
un nuevo gusto.

TURIN

Si es dar
sobre tu amor pareceres,
busca un letrado de amor.

LISEO

Yo he mudado parecer.

TURIN

A ser dejar de querer
a Nise, fuera el mejor.

LISEO

El mismo, porque Finea
me ha de vengar de su agravio.

TURIN

No te tengo por tan sabio
que esa discreción te crea,
y no ha de ser el casarse
por vengarse de un desdén ;
que nunca se casó bien
quien se casó por vengarse.

Porque es discreta Finea,
y porque el seso cobró
(pues de Nise no sé yo
que tan entendida sea),
será bien casarte luego.

LISEO

Miseno ha venido aquí ;
algo tratan contra mí.

TURIN

Que lo mires bien te ruego.

LISEO

No hay más : a pedirla voy.

TURIN

El cielo tus pasos guíe,
y del error te desvíe

en que yo por Celia estoy. (Vase Liseo.)

¡ Que enamore amor a un hombre
como yo ! amor desatina.

¡ Que una ninfa de cocina,
para blasón de su nombre
ponga : « ¡ Aquí murió Turin,
entre sartenes y cazos ! »

LAURENCIO

tu bello rostro retrata,
y tu imagen bella mira.
¡ Ay, Finea ! ¡ A Dios plugiera
que nunca tu entendimiento
llegara, como ha llegado,
a la mudanza que veo !
Necio me tuvo seguro,
y sospechoso discreto,
porque yo no te quería
para pedirte consejos.
¿ Qué libro esperaba yo
de tus manos ? ¿ En qué pleito
hablas jamás de hacerme
información en derecho ?
Inocente te quería,
porque una mujer cordero
es toisón de su marido,
que puede traer al cuello.
Hable la dama en la reja,
escriba, diga concetos
en el coche, en el estrado,
de amor, de engaños, de celos ;
pero la casada sepa
de su familia el gobierno,
porque el más discreto hablar
no es santo como el silencio.
Mira lo que ha resultado
de transformarse tu ingenio,
pues va a pedirte ¡ ay de mí !
para su mujer, Liseo.
Liseo te quiere bien ;
él se casa ; yo soy muerto.
¡ Nunca, plegue a Dios, hablaras !
¿ De qué me culpas, Laurencio ?
A pura imaginación
del alto merecimiento
de tus partes, aprendí
el que tú dices que tengo.
Por hablarte supe hablar,
vencida de tus requiebros ;
para responderte escribo :
no he tenido otro maestro

FINEA

- que amor ; amor me ha enseñado ;
tú eres la ciencia que aprendo.
¿De qué te quejas de mí?
- LAURENCIO De mi desdicha me quejo ;
pero, pues ya sabes tanto,
dame, señora, un remedio.
- FINEA El remedio es fácil.
- LAURENCIO ¿Cómo?
- FINEA Si porque mi rudo ingenio,
que todos aborrecían,
se ha transformado en discreto,
Liseo, me quiere bien,
con volver a ser tan necio
como primero le tuve,
me aborrecerá Liseo.
- LAURENCIO • Pues ¿sabrás fingirte boba?
- FINEA Sí ; que lo fuí mucho tiempo ;
y la tierra donde nacen
saben andarla los ciegos.
- LAURENCIO Dime : ¿quién pudo enseñarte
tanto y en tan poco tiempo?
- FINEA Sólo amor, que en las mujeres
es el único maestro.
- LAURENCIO Pues yo veré si es que sabes
hacer, bien mío, tan presto
mudanzas de extremos tales.
- FINEA Hacia aquí viene Liseo ;
escóndete tras la puerta
que da al próximo aposento
y escucha.
- LAURENCIO ¡Que del peligro
nos saque Dios ! Vente, Pedro.
- FINEA Es tal mi seguridad
y estoy tal, que no lo siento.
(Laurencio y Pedro vause por la izquierda.)

ESCENA VIII

FINEA, LISEO y TURIN, que hablan al foro

- LISEO Ya lo dejé concertado.
TURIN Al fin estaba del cielo

que fuese tu esposa.

LISEO

(Adelantándose.) (Aquí
está mi primero dueño.)

¿No sabéis, señora mía,
como ha querido Miseno
casar a Duardo y Nise,
y como yo también quiero
que se hagan nuestras bodas
con las suyas?

FINEA

No lo creo ;

que Nise me ha dicho a mí
que está casada en secreto
con vos.

LISEO

¿Connmigo?

FINEA

No sé

si érades vos u Oliveros.

¿Quién sois vos?

LISEO

¿Hay tal mudanza?

FINEA

¿Quién decís? que no me acuerdo.

Y si mudanza os parece,
¿cómo no véis que en el cielo
cada mes hay luna nueva?

LISEO

¿Hay tal locura?

TURIN

¿Qué es esto?

LISEO

¿Si le vuelve el mal pasado?

FINEA

¿Dáisos por vencido?

LISEO

(Creo

que era locura su mal.)

FINEA

Guárdanlas para remiendos
de las que salen menguadas.
¿Véis ahí que sois un necio?

LISEO

Señora, mucho me admiro
de que ayer tan alto ingenio
mostrásedes.

FINEA

Pues, señor,
agora ha llegado al vuestro ;
que la mayor discreción
es acomodarse al tiempo.

LISEO

Esto dijo el mayor sabio.

TURIN

Y esto escucha el mayor necio.

LISEO

Volved, mi señora, en vos,
considerando que os quiero

por mi dueño para siempre.
FINEA ¿Por mi dueña, majadero?
LISEO ¿Así tratáis un esclavo
que os da el alma?
FINEA ¿Cómo es eso?
LISEO Que os doy el alma.
FINEA ¿Qué es alma?
LISEO ¿Alma? el gobierno del cuerpo.
FINEA ¿Cómo es una alma?
LISEO Señora,
como filósofo puedo
definirla, no pintarla.
FINEA ¿No es alma lo que en el peso
le pintan a san Miguel?
LISEO También a un ángel le vemos
con alas ; pero él en fin
es espíritu.
FINEA Yo os creo.
LISEO ¿Andan las almas?
Las almas
obran por los instrumentos,
por los sentidos y partes
de que se organiza el cuerpo.
FINEA ¿Longaniza come el alma?
TURIN (¿Por qué te cansas?) (A su amo.)
LISEO No puedo
pensar sino que es locura.
TURIN Pocas veces de los necios
se hacen los locos, señor.
LISEO Pues ¿de quién?
TURIN De los discretos,
porque de diversas causas
nacen efectos diversos.
LISEO ¡Ay, Turin ! Vuélvome a Nise.
Más quiero el entendimiento
que toda la voluntad.
Señora, pues mi deseo,
que era de daros el alma,
no puede tener efecto,
quedad con Dios.
FINEA Soy medrosa
de las almas, porque temo

que de tres que andan pintadas
puede ser la del infierno.

La noche de los difuntos
no saco, de puro miedo,
la cabeza de la ropa.

LISEO (Ella es loca sobre necio,
que es la peor guarnición :
decirlo a su padre quiero.)

(Vanse Liseo y Turin.)

ESCENA IX

FINEA, LAURENCIO y PEDRO, que aparecen de nuevo

FINEA ¿Qué te parece?

LAURENCIO

Muy bien :

que has dado el mejor remedio
que pudirá imaginarse.

FINEA

Sí ; pero siento en extremo
volverme boba, aun fingida :
y pues fingida lo siento,
los que son bobos de veras
¿cómo viven?

LAURENCIO

No sintiendo.

PEDRO

Pues si un tonto ver pudiera
su entendimiento a un espejo,
¿no fuera huyendo de sí?

La razón de estar contentos
es aquella confianza
de tenerse por discretos.

FINEA

Háblame, Laurencio mío,
sutilmente, porque quiero
despicarme de ser boba.

ESCENA X

NISE, CELIA, LAURENCIO, FINEA y PEDRO, sin verlas

NISE

(A Celia, en el foro.)

Siempre Finea y Laurencio

- juntos : sin duda se tienen amor ; no es posible menos.
- CELIA Yo sospecho que te engañas.
- NISE Desde aquí los escuchemos. (Escóndense.)
- LAURENCIO ¿Qué puede, hermosa Finea, decirte el alma, aunque sale de sí misma, que se iguale a lo que el alma desea?
- Allá mis sentidos tienes : escoge de lo sutil, presumiendo que en abril por amenos prados vienes. Corta las diversas flores, porque en mi imaginación tales los deseos son.
- NISE (Estos, Celia, ¿son amores, o regalos de cuñado?)
- CELIA (Regalos deben de ser ; pero no quisiera ver cuñado tan regalado.)
- PEDRO (A Finea.)
- (Tu hermana escuchando.)
- FINEA ¡ Ay, cielos !
- vuélvome a boba.
- LAURENCIO Eso importa.
- Voime. (Queda al foro.)
- NISE (A Laurencio, deteniéndole.)
- Los pasos reporta.
- LAURENCIO ¿Qué quieres? ¿Vendrás con celos?
- NISE Celos son para sospechas : las que trato son verdades.
- LAURENCIO ¡ Qué presto te persuades y de engaños te aprovechas !
- ¿Querraste casar así levantando un testimonio, y de aqueste matrimonio echarme la culpa a mí?
- Y si te quieres casar déjame.
- NISE Cuando me dejas vengo a quejarme y te quejas

PEDRO sin darme tiempo de hablar.
Tiene razón mi señor;
cásate y acaba ya. (Vanse los dos.)

ESCENA XI

NISE, FINEA y CELIA

NISE ¿Qué es aquesto?
CELIA Que se va
Pedro con el mismo humor.
Y aquí viene bien que Pedro
es tan ruin como su amo.
NISE Yo le aborrezco y desamo.
¡Que bien con las quejas medro!
Pero fué buena invención
anticiparse a reñir.

CELIA ¿Y a Pedro? ¡quien le vió ir
tan bellaco y socarrón!

NISE (A Finea.)
Y tú, que disimulando
estás la traición que has hecho,
lleno de engaños el pecho,
con que me estás abrasando.
Bien tus cantos de sirena
atraen, boba taimada,
que eres tú de intencionada
lo mismo que eres de buena.
¿Piensas que le has de gozar?

FINEA ¿Tú me has dado pez a mí,
ni sirena, ni yo fui
jamás contigo a la mar?
Anda, Nise; que estás loca.

CELIA ¿Qué es esto?

NISE A tonta se vuelve.
A una cosa te resuelve.

Tanto el furor me provoca, (A Finea.)
que el alma te he sacar.

FINEA ¿Tienes cuenta de perdón?
NISE Téngola de tu traición,
pero no de perdonar.

¿El alma quieres quitarme,
con quien el alma vivía?
dame el alma que solía,
traidora hermana, animarme.
Mucho debes de saber,
pues del alma me desalmas.
FINEA Todos me piden sus almas :
almario debo de ser.
Toda soy hurtos y robos.
Montes hay donde no hay gente :
yo me iré a meter serpiente.
NISE Que ya no es tiempo de bobos.
Dame el alma.

ESCENA XII

Dichas, OCTAVIO, DUARDO y FENISO

OCTAVIO ¿Qué es aquesto?
FINEA Almas me piden a mí.
¿Soy yo purgatorio?
NISE Sí.
FINEA Pues con misas saldrán presto.
OCTAVIO ¿No me diréis la ocasión
de vuestro enojo?
FINEA Querer
Nise, a fuerza de saber,
pedir lo que no es razón.
Almas, sirenas y peces,
dice que me ha dado a mí.
OCTAVIO ¿Hase vuelta a boba?
NISE Sí.
OCTAVIO Pienso que tú la embobeces.
DUARDO ¿No decían que ya estaba
con mucho seso?
OCTAVIO ¡Ay de mí!
NISE Tendré que hablar claro.
OCTAVIO Di.
NISE Todo su daño se acaba
con mandar expresamente
(pues como padre podrás,

y aunque en todo, en esto más,
pues tu honor no lo consiente)
que Laurencio no entre aquí.

OCTAVIO

¡Cómo!

NISE

Porque él ha trazado
que ésta no se haya casado,
y que yo te enoje a ti.

OCTAVIO

Pues eso es muy fácil cosa.

NISE

En paz tu casa tendrás.

ESCENA XIII

Dichos, LAURENCIO y PEDRO

PEDRO

(A Laurencio.)

(Contento en extremos estás.)

LAURENCIO

(¡Invención maravillosa!)

CELIA

Ya Laurencio viene aquí.

OCTAVIO

Laurencio ; cuando labré
esta casa, no pensé
que academia instituí,
ni cuando a Nise criaba,
pensé que para poeta,
sino que a mujer discreta
con las letras inclinaba.
Siempre alabé la opinión
de que a la mujer prudente
con saber medianamente
le sobra la discreción.
No quiero más poesías,
los sonetos se acabaron,
y las músicas cesaron ;
que ya son pocos mis días.
Por allá los podéis dar,
si os faltan telas y rasos ;
que no hay tales Garcilasos
como dinero y callar.
Este venden por dos reales,
y tiene tales sonetos
elegantes y discretos,
que vos no los haréis tales.

Y no habéis de estar aquí.
Con ese achaque, id con Dios.

LAURENCIO Y es muy justo, como vos
me déis mi mujer a mí.

OCTAVIO ¿Qué mujer os tengo yo?

LAURENCIO Finea.

OCTAVIO ¿Finea?

LAURENCIO Aquí
hay tres testigos del sí
que ha más de un mes que me dió.

OCTAVIO ¿Quienes son?

LAURENCIO Duardo, Feniso
y Pedro.

OCTAVIO ¿Es esto verdad?

DUARDO Ella, de su voluntad,
Octavio, dársele quiso.

OCTAVIO ¡Hay tal cosa!

PEDRO ¿No bastaba
que mi señor lo dijera?

OCTAVIO Que como simple la diera
a un hombre que la engañaba,
no ha de valer. Di, Finea,
¿no eres simple?

FINEA Cuando quiero.

OCTAVIO Y ¿cuando no?

FINEA No.

OCTAVIO ¿Qué espero?
mas cuando simple no sea,
con Liseo está casada :
a la justicia me voy. (Vase.)

NISE Ven, Celia, tras mí; que estoy
celosa y desesperada.
(Vanse Nise y Celia.)

LAURENCIO Id los dos tras él, por Dios ;
no me suceda un disgusto.

FENISO Por vuestra amistad es justo.

DUARDO Mal hecho ha sido por Dios.

FENISO ¿Ya habláis como desposado
de Nise?

DUARDO Piénsalo ser.
(Vanse Duardo y Feniso.)

ESCENA XIV

LAURENCIO, FINEA, PEDRO y después CLARA

LAURENCIO Todo se ha echado a perder.
Nise mi amor le ha contado.
Dime, ¿qué habemos de hacer,
si a verte no puedo entrar?

FINEA No salir.

LAURENCIO ¿Dónde he de estar?

FINEA Tengo un desván que le nombra
siempre mi padre, Toledo,
y en él esconderte puedo
sin que te vean la sombra. (A Clara.)
Lleva a Laurencio al desván.

CLARA ¿Y a Pedro?

FINEA También,

CLARA Galán,
camine.

LAURENCIO Yo te prometo
que voy temblando.

FINEA ¿De qué?

PEDRO Clara, en llegando la hora
de muquir, di a tu señora
que algún consuelo me dé.

CLARA Otro cenará peor.
Vamos.

PEDRO ¿Yo al desván? ¿Soy gato?
(Vanse Laurencio, Clara y Pedro.)

ESCENA XV

FINEA

FINEA ¿Por qué de imposible trato
aqueste mi loco amor?
En llegándose a saber
una voluntad, no hay cosa
más triste y escandalosa
para una honrada mujer.
Lo que tiene de secreto,
eso tiene amor de gusto.

ESCENA XVI

FINEA y OCTAVIO

- OCTAVIO (Dentro.)
Harélo, aunque fuera justo
poner mi ojo en efeto... (Sale.)
- FINEA ¿Estás ya desenojado?
- OCTAVIO Por los que me lo han pedido.
- FINEA Perdón mil veces te pido.
- OCTAVIO ¿Y Laurencio?
- FINEA Se ha ausentado
de la casa como ves.
- OCTAVIO ¿Adónde se fué?
- FINEA A Toledo.
- OCTAVIO ¿Volverá?
- FINEA No tengas miedo,
mientras irritado estés.
- OCTAVIO Hija, pues simple naciste,
y por milagro de amor
perdiste el pasado error,
¿cómo a ser boba volviste?
- FINEA ¿Qué quieres, padre? A la fe,
de bobos no hay que fiar.
- OCTAVIO Pues yo lo he de remediar.
- FINEA ¿Cómo, si el otro se fué?
- OCTAVIO Pues te engañan fácilmente
los hombres, en viendo alguno
te has de esconder; que ninguno
te ha de ver eternamente.
- FINEA ¿Adónde?
- OCTAVIO En parte secreta.
- FINEA ¿Será bien en un desván
donde los gatos están?
- OCTAVIO ¿Quieres tú que allí me meta?
- OCTAVIO Adonde te diera gusto,
como ninguno te vea.
- FINEA Pues alto, en el desván sea.
Tú lo mandas, será justo.
- OCTAVIO Y advierte que lo has mandado.
Una y mil veces.

ESCENA XVII

Dichos, LISEO y TURIN

LISEO (Si quise
con tantas veras a Nise,
mal puedo haberla olvidado.)
OCTAVIO Tente, loca, ¿dónde vas?
FINEA Padre, yo voy a esconderme.
OCTAVIO Hija, Liseo no importa.
FINEA No yerra quien obedece ;
que no me ha de ver jamás
sino quien mi esposo fuere. (Vase.)

ESCENA XVIII

OCTAVIO, LISEO y TURIN

LISEO ¿Qué es esto?
OCTAVIO No sé, por Dios ;
ella ha dado en esconderse
de los hombres, porque dice
que la engañan fácilmente.
LISEO En gentil locura ha dado.
¿Dónde está Laurencio?
OCTAVIO Fuese
a Toledo.
LISEO Muy bien hizo.
OCTAVIO Y tú ¿por ventura crees
vivir aquí sin casarte?
Porque el mismo inconveniente
hay de que tú entres aquí.
LISEO ¡ Bien mi término agradeces !
Vengo a casar con Finea,
forzado de mis parientes,
y hallo una simple mujer
y quieres tú que la acepte.
OCTAVIO Tiene razón achacosa ;
pro es limpia, hermosa, y tiene
tanto doblón, que podría
doblar el marmol más fuerte.
¿Querías cuarenta mil
escudos con una fénix?

¿Es coja o manca Finea?
¿Es tuerta? Y cuando lo fuese,
¿hay falta en naturaleza
que con oro no se afeite?

LISEO

Dame a Nise.

OCTAVIO

Ni yo puedo,
ni ella tampoco te quiere.
Hasta mañana a estas horas
te doy para que lo pienses ;
porque de no te casar,
quiero que en tu vida, entres
por las puertas desta casa,
que tan enfadada tienes.
Hazte cuenta que eres poeta.

LISEO

¿Qué me dices?

TURIN

Que te aprestes,

y con Finea te cases,
porque si veinte mereces,
porque sufras una boba
te añaden los otros veinte.
Si no te casas, señor,
te han de decir más de siete :
« ¡ Miren la bobada ! »

LISEO

Vamos ;

que mi temor se resuelve
y no me caso yo a bobas.

TURIN

Que se casa me parece
a bobas, quien sin dinero
en tanta costa se mete.

ESCENA XIX

Dichos, NISE, CELIA y DUARDO

NISE

¡ Padre !

OCTAVIO

¿Qué hay?

CELIA

Una cosa

que os ha de causar espanto.

OCTAVIO

Di lo que es.

CELIA

Yo vi que agora
llevaba Clara un tabaque
con dos perdices, dos lonjas,

dos conejos, pan, toallas,
cuchillo, salero y bota.
Seguila y vi que al desván
caminaba.

OCTAVIO Celia loca,
para la boba sería.

TURIN ¡Qué bien que comen las bobas !

CELIA Eso fuera, a no haber sido
para saberlo curiosa.
Corrí tras ella y cerró
la puerta.

OCTAVIO Pues bien, ¿qué importa?

CELIA ¿No importa si en aquel suelo,
como si fuera una alfombra
de las que la primavera
en prados fértiles borda,
tendió unos blancos manteles,
a quien hicieron corona
dos hombres, ella y Finea?

OCTAVIO ¡Hombres ! buena va mi honra.
¿Conocístelos?

CELIA No pude.

NISE Mira bien si se te antoja,
Celia.

OCTAVIO No será Laurencio,
que está en Toledo.

DUARDO Reporta,
señor, tu furia : los dos
lo veremos.

OCTAVIO Reconozcan
la casa que han injuriado,
que harta injuria es la deshonra,
y juro que han de pagarme
deuda que tanto me importa.

(Todos desnudan la espada y se dirigen al foro, sa-
liéndoles al paso Finea, y tras ella, Laurencio, Pe-
dro y Clara.)

ESCENA FINAL

Dichos, LAURENCIO, FINEA, CLARA y PEDRO

- OCTAVIO Mil vidas he de quitar
a quien el honor me roba.
- LAURENCIO Detened la espada, Octavio.
Yo soy, que estoy con mi esposa.
- DUARDO Teneos, Octavio ¿Es Laurencio?
- ÓCTAVIO ¿Quién pudiera ser agora,
sino Laurencio, mi infamia?
- FINEA Pues, padre, ¿de qué se enoja?
- OCTAVIO Traidora, ¿no me dijiste
que el dueño de mi deshonra
estaba en Toledo?
- FINEA Padre,
si aqueste desván se nombra
Toledo, verdad le dije.
Alto está, pero no importa ;
que más lo estaba el alcázar
y la puente de Segovia,
y hubo Juanelos que a él
subieron agua sin soga.
El ¿no me mandó esconder?
pues suya es la culpa toda.
¡ Sola en un desván ! Mal año,
ya sabe que soy medrosa.
- OCTAVIO Cortaréle aquella lengua,
rasgaréle aquella boca.
- LISEO Octavio ; vos sois discreto.
Ya sabéis que tanto monta
cortar como desatar.
- OCTAVIO ¿Cuál me aconsejáis que escoja?
- LISEO Desatar.
- OCTAVIO Señor Liseo,
si la voluntad es obra,
ya Finea se ha casado ;
Nise, también se conforma,
casáis con ella y se arreglan
de este modo las dos bodas.
- LISEO Así logro mi ventura.

LAURENCIO Todo corre viento en popa.
 ¿Daré a Finea la mano?
OCTAVIO Dásela, boba ingeniosa.
LISEO ¿Y yo a Nise?
OCTAVIO Vos también.
TURIN ¿Y la Clara socarrona
 que llevaba los gazapos?
CLARA Mandómelo mi señora.
TURIN ¡ Oh, cual los engullirían !
PEDRO Y Pedro, ¿no es bien que coma
 algun hueso, como perro
 de la mesa destas bodas?
FINEA Clara es tuya.
NISE (A Turin.) Y tuya Celia.
TURIN Será mi bota y mi novia.
OCTAVIO Y al Senado le pedid
 si nuestras faltas perdona,
 que aquí, para los discretos,
 termina LA NIÑA BOBA.
FINEA (Al público.)
 Manos fueron bien osadas
 las que en ello se pusieron,
 y esta obra refundieron
 solamente en tres jornadas.
 Es del gran Lope de Vega
 la sublime creación
 que a nuestra generación
 después de tres siglos llega.
 Honra, público, el talento
 de aquel inmortal autor,
 y sólo al refúndidor
 perdona su atrevimiento.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21, —BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|---|--|
| 1. La princesa del dollar | 33. El vergonzoso en palacio |
| 2. La Ola gigante | 34. La fuerza de la conciencia |
| 3. El señor Conde de Luxemburgo | 35. Aurora |
| 4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | 36. Eva |
| 5. El Sol de la Humanidad | 37. El Bufón |
| 6. Zazá | 38. El cuchillo de plata |
| 7. Mujeres vienesas | 39. Nick Carter |
| 8. Hamlet | 40. La cena de los cardenales
¡Justicia humana! |
| 9. Giordano Bruno | 41. El señor feudal |
| 10. El nido ajeno | 42. El veranillo de S. Martín |
| 11. El Rey | 43. El desdén con el desdén |
| 12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | 44. Cuento inmoral
Amor de amar |
| 13. Los Miserables | 45. La dama de las camelias |
| 14. La ladrona de niños | 46. La domadora de leones |
| 15. Los dioses de la mentira | 47. Los dos sargentos franceses |
| 16. Cristo contra Mahoma | 48. El Místico |
| 17. Juventud de Príncipe | 49. García del Castañar |
| 18. Juan José | 50. La fierecilla domada |
| 19. La sociedad ideal | 51. El honor |
| 20. La cizaña | 52. El sí de las niñas |
| 21. Entre ruinas | 53. María Antonieta |
| 22. La vida es sueño | 54. La viuda alegre |
| 23. Sabotage
Pasa la ronda | 55. El conde de Montecristo |
| 24. Magda | 56. Otelo |
| 25. El papá del Regimiento | 57. El Barbero de Sevilla |
| 26. El Alcalde de Zalamea | 58. Daniel |
| 27. Los dos pilletes | 59. Pecado de juventud |
| 28. D. Juan de Serrallonga | 60. Nadie más fuerte que
Sherlock Holmes |
| 29. El Rey Lear | 61. La muerte civil |
| 30. Espectros | 62. La apuesta de Don Juan
Tenorio |
| 31. Las Cigarras Hormigas | 63. Sor Teresa o El claustro
y el mundo |
| 32. El registro de la policía | 64. La niña boba |

PAN DE PIEDRA

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los Países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El arreglador se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de autores españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—
Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PAN DE PIEDRA

(EL CARBÓN)

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO POR

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

Estrenado en el Teatro Apolo, de Barcelona, la noche del 15 de
Noviembre de 1913



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ELENA, hija de Mister Jameson.	<i>Sra. Pujol.</i>
KETTI, su doncella	<i>Srta. Valero.</i>
CONDESA DE WILSON.	<i>Sra. Bayona.</i>
MUJER DEL PUEBLO	» <i>Gassó.</i>
MISTER JAMESON, propietario de minas de carbón.	<i>Sr. Rojas.</i>
ARTURO, su hijo	» <i>Perelló.</i>
SAMSON, antiguo servidor de la casa	» <i>Carnicero.</i>
(70 años)	
RICARDO, capitán del ejército inglés.	» <i>Belor.</i>
WILLIAM, hijo de Samson	» <i>Estrems.</i>
CORONEL, marqués de Cowes	» <i>Castells.</i>
FULTON, maestro de escuela	» <i>Guillemany.</i>
WIT, maquinista	» <i>Sterra.</i>
VANDIK, criado de Mister Jameson	» <i>Mer.</i>
CONDE DE WILSON, rico minero del Trust	» <i>Baduell.</i>
MISTER VORT, íd. íd.	» <i>Crespo.</i>
MISTER PETERSON, íd. íd.	» <i>Casanova.</i>
OBRERO.	» <i>Torres.</i>
MÉDICO	» <i>Baduell.</i>

Miñeros, oficiales y soldados del regimiento de Irlanda.

La acción en Inglaterra.—Época actual

Dirección artística: **Don Miguel Rojas**



ACTO PRIMERO

Sala de lujo severo. Puertas laterales y al foro. Balcón en el primer término derecha. A la izquierda, mesa escritorio.

ESCENA PRIMERA

Aparece Mister JAMESON, sentado junto a la mesa escritorio

JAMESON Los números me dan la razón con su lógica inapelable. Los beneficios que yo alcanzo son superiores a los que obtienen, en igualdad de circunstancias, mis adversarios del Trust. Bien claramente lo indican mis balances. Y esto ¿qué demuestra? Que mis trabajadores realizan también un mayor esfuerzo... Que son más inteligentes y activos... De modo que el éxito nos corresponde a todos. A mí, porque procuro instruirles y a ellos, porque ponen en el trabajo, íntegramente, su buena voluntad.

· ESCENA II

Dicho y SAMSON, viejo trabajador de las minas, por el foro

SAMSON ¿Hay permiso, señor Jameson?
JAMESON Adelante, Samson, adelante.
SAMSON ¿Habré venido a interrumpirle?

- JAMESON No, hombre, no. Tome asiento.
- SAMSON Muchas gracias... Bien estoy de pie...
- JAMESON Como usted quiera.
- SAMSON No es nada de particular, señor Jameson.
- JAMESON Sea lo que fuere. Diga.
- SAMSON Ya sabe usted que mi hijo Carlos...
- JAMESON ¿Qué ha hecho ese mozo? ¿Ha pintado algo más? Será un artista.
- SAMSON Que no lo oiga, porque podría envanecerse. A mí ya me asombra. Bien es verdad que soy su padre y esto le quita mucho mérito a la buena opinión que tengo formada, pero hay que alabar en el muchacho el tesón que demuestra por la pintura, aprovechando todo el tiempo que le deja libre el trabajo... Ahora ha hecho un retrato. Casi me avergüenza tener que decirlo... Ha pintado a la señorita Elena. Y como no está del todo mal, he dicho: Esto ya merece que lo vea el amo.
- JAMESON A ver... A ver. (Tomando el rollo de papel que trae Samson y descubriéndolo para mirar el dibujo.) ¡Magnífico! ¡Sorprendente!
- SAMSON ¿Le gusta al señor?
- JAMESON Mentira parece que esta obra de arte haya salido de manos de un neófito. El parecido es exacto. La imagen se halla impregnada de un encanto irresistible... Y William, su hijo, ¿por qué no ha venido a recibir mis plácemes?
- SAMSON ¿No ha de venir? Ya lo creo. Sólo que quedó en la antesala aguardando a que...
- JAMESON No gaste cumplimientos. Tráigale al punto.
- SAMSON Con su permiso. (Vase Samson por el foro.)

ESCENA III

JAMESON

- JAMESON No hay nada más prodigioso que el misterio en que se envuelven estas predispo-

siciones naturales. He aquí un discípulo de Apeles, que de un salto, y sin saber cómo, ya hace honor a su maestro.

ESCENA IV

Dicho, SAMSON y su hijo WILLIAM, por el foro

- SAMSON Aquí le tiene usted, lleno de cortedad.
WILLIAM Buenos días, señor Jameson.
JAMESON Pasa, hombre, pasa.
SAMSON A ver si te tengo que llevar a remolque.
JAMESON Venga esa diestra.
WILLIAM Yo, señor, yo...
SAMSON Haz lo que te dice.
JAMESON Fuera de toda alabanza, William. Has hecho un cuadro hermoso y te felicito sinceramente.
WILLIAM Muchas gracias, pero ¡ si es tan fácil pintar a la señorita !
JAMESON ¿Y cuándo habéis realizado tan primorosa labor? Mi hija Elena ha guardado el secreto admirablemente.
WILLIAM La señorita nada sabe.
JAMESON ¿Cómo?
SAMSON Ahí está el *toque*, señor, ahí está el *toque*.
JAMESON ¿La has retratado sin verla?
WILLIAM Tanto como eso...
JAMESON ¿Cómo, entonces, se ha verificado el prodigio?
WILLIAM Es que...
SAMSON Explícalo todo, sin dejarte ni una coma.
WILLIAM Estos días primaverales la señorita Elena suele bajar al parque al rayar el alba. Allí toma el desayuno junto a unos rosales. Y mientras tanto yo...
SAMSON Se atascó el carro.
JAMESON Yo te ayudaré hombre. No se trata de ningún delito sino de una obra meritoria. La has retratado escondido en el ramaje.
WILLIAM Eso ha sido, señor, eso ha sido.

JAMESON Pero esta labor supone muchas horas de atenta observación y tú no has faltado ningún día al trabajo.

WILLIAM Allí oculto he tomado sólo los perfiles... Lo demás lo hice en casa con auxilio de la mente porque la imagen de la señorita Elena se me quedaba impresa... con aquella luz matinal tan pura... y la beldad de su cara...

JAMESON Hasta discurre y hablas como un poeta.

SAMSON No es tan tonto como parece.

JAMESON No tienes libros... careces de dibujos...

WILLIAM Algunos he comprado. No es todo fantasía como mi padre cree.

JAMESON La pintura es de carne y hueso. Ahora verás el asombro que le produce a mi hija Elena.

WILLIAM ¡ Por piedad, señor !

JAMESON ¡ Cómo ! ¿ No te gusta que se aplauda el mérito de tu obra ? ¿ Y más por la propia interesada ?

WILLIAM Luego... cuando nosotros nos vayamos. Se lo suplico.

SAMSON Mire si es cortedad la suya. Se ha puesto a temblar como un chiquillo.

JAMESON No me admira, Samson, no me admira. La timidez es una de las más bellas cualidades del genio que empieza a revelarse. Se cumplirá tu deseo ; tranquilízate.

WILLIAM Gracias, señor, gracias.

JAMESON Ahora vamos a lo esencial. Desde hoy quedas bajo mi protección. Puesto que se ha revelado en ti una predisposición tan grande por la pintura, justo es que la cultives. Prepárate para marchar a Roma. Allí perfeccionarás tu afición y acaso seas una gloria de tu patria. De los gastos no hay que hablar. Corren de mi cuenta.

SAMSON ¿ Te has quedado sin habla ? Qué haces que no le besas la mano en señal de agradecimiento.

WILLIAM ¡ Señor !

- SAMSON ¿A qué esperar?
- WILLIAM Y aun los pies le besaría con el alma al señor Jameson, pero...
- JAMESON ¿No te agrada mi proposición?... Esto es lo que más me maravilla.
- WILLIAM Bien me encuentro en la tierra donde nací. ¿Abandonar yo esta cuenca minera? ¿Separarme de mi taller de maquinaria? ¿Dejar mi trabajo? ¿Dejarles a ustedes? No es posible... Se me han pegado al corazón.
- SAMSON Te has vuelto loco, sin duda.
- WILLIAM No, no estoy loco.
- JAMESON Bueno, bueno; ya lo pensarás mejor y más detenidamente. Te doy tiempo para rectificar, todo el que quieras. (Dentro ruidos en el foro). Ya deben hallarse ahí los maestros. Que no se detengan, Samson.
- SAMSON ¡Voy allá! (Vase por el foro).

ESCENA V

SAMSON y WILLIAM

- WILLIAM (Haciendo ademán de retirarse.) Con su permiso...
- JAMESON Quédate. No se trata de ningún asunto reservado. Me embelesa tu cuadro, William. No me canso de admirarlo.
- WILLIAM Es la señorita la que...
- JAMESON Qué diablos ha de ser la señorita. Eres tú que ya te revelas como un verdadero artista.

ESCENA VI

Dichos y SAMSON, WIT y FULTON por el foro

- FULTON ¡Señor Jameson!
- JAMESON ¡Buenos días, maestros, buenos días!
- WIT Y tan buenos.

- JAMESON Traen cara de satisfacción.
WIT Los ejercicios de esta semana han sido superiores.
- JAMESON Qué me place.
WIT Mire usted qué pieza tan acabada hecha a torno.
- JAMESON Me gusta: Me gusta.
WIT Calibrada a las cinco décimas de milímetro.
- JAMESON ¿Trae el calibrador?
WIT Aquí está.
- JAMESON (Después de medir cuidadosamente el diámetro de la pieza de hierro que le entregó Wit). Admirable, Wit, admirable.
- WIT Es un trabajo excelente.
- JAMESON ¿Y qué edad tiene el muchacho?
WIT Catorce años aun no cumplidos. Es el hijo del maquinista Garge.
- JAMESON ¡Ah! Garge. Buen padre tiene. Hay que otorgarle el premio de esta semana. ¿Y los demás?
- WIT Valientes mozuelos. Hay uno de doce, que ya calibra las piezas al milímetro.
- JAMESON ¡Hola! ¡Hola! Será cosa de felicitarle a usted también.
- WIT No, señor. El mérito pertenece por completo a los discípulos.
- JAMESON Pásele al taller de ajustes.
WIT Ese va a ser su mayor premio. Ya le estoy viendo saltar de alegría.
- JAMESON Y usted, maestro, ¿qué nuevas trae?
FULTON ¡Magníficas!
- JAMESON Ya veo que abulta el cartapacio.
FULTON Son unos pícaros. Me dan cada sorpresa... Mire usted que ejercicios de escritura.
- JAMESON Buena semana, maestros, buena semana.
FULTON Hay que darle el premio a este muchacho, hijo del carpintero del circo de Buitron... Fijese....
- JAMESON ¿Qué edad tiene?
FULTON Asómbrese usted también, Wit. No ha cumplido aun los ocho años.

JAMESON Una plana correctísima. Pueden verla todos.

WILLIAM Ciertamente que es notable.

SAMSON Buen pulso tiene el muchacho.

WILLIAM El mérito no estriba sólo en el pulso, padre.

FULTON ¿De modo qué?

JAMESON Hay que premiarle, no hay duda.

FULTON Ayer me dijeron los niños... dígame a nuestro amo que...

JAMESON Nada de amo, Fulton, nada de amo. Nadie tiene derecho a ese título. Los hombres no tienen amo. Tienen consejeros, maestros, directores, pero no amo. Conviene que vaya usted inculcando estas ideas en el ánimo de sus discípulos.

FULTON ¡Ah! Señor Jameson ¡Qué bien ganadas tiene usted las simpatías...

JAMESON Al grano, al grano... ¿Qué dicen esos picaruelos?

FULTON Que tienen muchas ganas de verle.

JAMESON Es verdad que no fui a la escuela el jueves pasada como tengo por costumbre. Pronto han notado la falta.

FULTON Hay más, señor Jameson, hay más.

JAMESON ¿Tratan de imponerme algún correctivo?
¡Hola!

FULTON No tanto; pero son más atrevidos... Unos... niños... Vamos; ya hallé la palabra.

JAMESON Me alarma usted... ¿Qué han hecho esos niños?

FULTON Nada. que como no pueden pasar tanto tiempo sin verle...

JAMESON Acabe usted.

FULTON Se han venido en manifestación.

JAMESON ¡Cómo! ¿Y están ahí?

FULTON Sí, señor. Ahí en la calle aguardando a que usted se asome al balcón para saludarle.

JAMESON ¿Y usted es la cabeza del motín?

FULTON No, señor Jameson... Es cosa suya. Pa-

labra. Yo me opuse ; pero cualquiera detiene los impulsos de estos corazones juveniles.

JAMESON Les daremos gusto. No hay que aguarles la fiesta. (Se asoma al balcón del primer término de recha).

FULTON Mire qué enjambre. Allí están.

JAMESON ¡ Hijos míos ! (Oyese dentro un viva estruendoso de voces de niños seguido de grandes aplausos). ¡ Basta !
¡ Basta ! Este espectáculo me conmueve demasiado. Váyanse todos y usted, Fulton, dígales a sus discípulos que les permito por esta vez que entren en el parque.

FULTON ¿ Qué dice el señor ? Son capaces de...

JAMESON ¿ De coger flores ? Bueno. Que cojan cuantas quieran. Los niños son flores también.

SAMSON ¡ Quede con Dios !

JAMESON ¡ Vayan ! ¡ Vayan ! (Vause todos menos Jameson por el foro.)

ESCENA VII

JAMESON

JAMESON Esos picaruelos se han apoderado de mi voluntad. ¡ Pobres niños ! ¡ Qué bien empieza a germinar en sus pechos la flor del agradecimiento !

ESCENA VIII

Dicho y ELENA, por la segunda izquierda

ELENA Papá.

JAMESON Llégate. Llégate...

ELENA ¿ Qué hay ?

JAMESON ¿ A ver si conoces a la que hay retratada en este cuadro ?

ELENA ¡ Qué sorpresa recibo tan agradable ! Soy yo. Me estoy mirando al espejo... ¿ De quién es tan sublime retrato ?

JAMESON Adivínalo.

ELENA Debe ser de un gran artista. Lo has recibido por el correo? Mas siendo así ¿cómo se las compuso el autor para hacer una obra tan fidedigna? ¡Oh! Ya lo comprendo. Has mandado alguno de mis retratos y sobre la fotografía... Pero no; no es posible. No tengo ninguno en esta posición... Aquí estoy mejor.

JAMESON A ver si sales de ese laberinto.

ELENA ¿Y estos rosales?

JAMESON Apareces ahí, junto a ellos, como una rosa llena de gracia y hermosura.

ELENA Descúbrase la incógnita. Esta obra merece tener un marco adecuado. Será también una obra artística.

JAMESON Maravíllate, Elena. El autor de ese cuadro es un modestísimo obrero.

ELENA (Desencantada) ¡Ah! ¡de un obrero!

JAMESON Sí; de William, el hijo del viejo Samson.

ELENA (Dejando fríamente sobre la mesa el retrato y tomando asiento.) ¡No está mal! ¡No está mal!

JAMESON Ya tenemos aquí la eterna injusticia. Te habías entusiasmado con la idea de que el autor fuese un gran artista, una reputación mundial que halagase tu vanidad de mujer... y ahora que sabes quien lo ha pintado, como se trata de un humilde obrero, dices fríamente que no está mal.

ELENA Me impresionó a primera vista... más luego me he fijado mejor.

JAMESON La moraleja de siempre. Un rico arroja al suelo perlas falsas y todos quieren apoderarse de ellas... Un pobre ofrece perlas de buena ley y nadie las acepta.

ELENA ¿Y con qué permiso se ha permitido hacer mi retrato ese obrero? Ha debido atisbarme en alguna parte.

JAMESON ¿Qué estás diciendo?

ELENA Que a mí no me place verme objeto de tal inquisitiva. Debes castigar su atrevimiento, papá.

- JAMESON ¿Qué es lo que se esconde debajo de esta cabecita? Mírame.
- ELENA Ya te miro.
- JAMESON Mal huesped se aloja en tu cerebro, hija mía... Has admitido al demonio de la vanidad y esto me disgusta en extremo.
- ELENA No hay que tocar a ninguno de tus obreros. Para ti esos señores siempre tienen razón.
- JAMESON La tienen, mientras no se demuestre lo contrario.
- ELENA Bueno; venga esa obra-de arte. (Levantándose para tomar el retrato.)
- JAMESON (Saliéndola al paso y coartando su acción.) No, hija, no. Este retrato no te pertenece.
- ELENA ¿Cómo que no?
- JAMESON Como que es mío.
- ELENA ¿Tuyo?
- JAMESON Sí, por cierto. Las perlas de los pobres no puede recogerlas la vanidad porque haría mal uso de ellas... Tú sólo mereces perlas de artificio ofrecidas con guante blanco... Yo oficio de guardia de honor del Templo del Arte y no permito que te apoderes de una obra para cuyo autor has tenido tan poco aprecio y tan ínfima estimación.
- ELENA (Volviendo a ocupar su asiento.) Me has humillado. Está bien.
- JAMESON Discutámoslo con calma. ¿Crees tú que un obrero, siendo trabajador y honrado, vale menos que otro hombre, aunque éste sea un gran señor?
- ELENA Infinitamente menos. Por algo hay clases.
- JAMESON ¿Qué clases?
- ELENA Las categorías sociales.
- JAMESON Pero, ¿qué tiene que ver la categoría social con la inspiración artística? ¿Pretende William, acaso, que le hagan príncipe, ni siquiera codearse contigo por haber pintado ese retrato?
- ELENA Es una familiaridad, una osadía que no

debieras consentir. ¡Ocultarse para verme !... ¡ Dios sabe el tiempo que habré estado sometida a la inspección de ese obrero !... ¡ Me avergüenza pensarlo !

JAMESON

Pero, ¿haces tú algo indigno, algo reprochable, cuando te crees acompañada, sólo, de tus rosales?

ELENA

¡ Papá !

JAMESON

Bueno, hija mía, bueno. No extrememos tanto la cuestión. Confiesa que ese William, ese muchacho, es digno de tu admiración y aprecio, y pongo en tus manos el fruto de su inspiración artística.

ELENA

No lo esperes.

JAMESON

Tu acritud obedece a que no te has fijado bien en este hermoso retrato. Con decirte que mi orgullo de padre está satisfecho plenamente... En estos ojos resplandece una llama divina...

ELENA

¿ Dices que ? ...

JAMESON

Acércate y lo verás.

ELENA

No, no. Continúa.

JAMESON

¿ Y en los labios ?... ¡ Oh, en los labios !... ¡ Qué vivo y fresco está el carmín !... Parecen dos rosas de amor.

ELENA

(Levantándose y tomando el cuadro.) ¿ De amor, dices ?... (Pausa. Después de mirarle atentamente, lo arroja con sequedad sobre la mesa.) No. No me place. Es de un obrero. No me resulta.

JAMESON

¿ Lo rechazas de nuevo ? Ahora sí que ya no es tuyo definitivamente. (Se sienta y escribe debajo del retrato.)

ELENA

¿ Qué haces ?

JAMESON

Escribir al pie el título que mejor le cuadra.

ELENA

¿ Qué has escrito ?

JAMESON

« La cabeza es hermosa, pero sin seso. »

ELENA

¡ Segunda humillación ! Suma y sigue.

JAMESON

Yo no te he educado con esa altivez. ¿ Por qué eres altiva ? He procurado inculcar en tu alma ideas de modestia. ¿ Por qué no sigues mis consejos ? ¿ Cómo es que

brotan en tu corazón esos sentimientos de soberbia?... Ve sumando, hija, ve sumando, porque el capítulo de cargos es interminable.

ESCENA IX

Dichos y ARTURO, por el foro, dando muestras de una gran contrariedad

- ARTURO ¡ Padre !
JAMESON ¿ Qué hay, Arturo ?
ARTURO ¿ Has dado tú, permiso, para que esa turba de muchachos invada los jardines del parque ?
JAMESON Efectivamente.
ELENA ¿ Qué han hecho ?
ARTURO Nada podemos objetar nosotros, Elena, contra semejante invasión. La ha permitido nuestro padre.
JAMESON Pero bien. ¿ Qué han hecho ? ¿ Se trata acaso de la invasión de Atila ?
ARTURO Poco menos ; pero no quiero disgustarte. ya sé que quieres mucho a esos rapaces y hay que respetar esa debilidad de tu carácter.
ELENA Fijamente que lo habrán destrozado todo. ¿ Y mis rosales ? ¡ Ay, Dios mío !
JAMESON En resumidas cuentas... Han tomado algunas flores...
ARTURO Una *razzia*, una *razzia* completa.
JAMESON No te apures, Arturo. Todo eso lo suple la Naturaleza en una sola noche. Las flores y los niños se atraen, y es justo que alguna vez se les ponga en contacto. No han sido pocas las que tú me has dicho, Elena, que te encanta ver a los pajarillos retozando en la arboleda. Pues bien, hazte cuenta que ha caído sobre el parque una bandada.
ELENA Los niños a la escuela, papá, a la escuela.

JAMESON Ya van a la escuela los días laborables sin faltar uno; pero hoy es domingo y hay que darles alguna expansión.

ARTURO Que vayan al campo libre.

ELENA O a sus casitas respectivas.

JAMESON Van donde les conduce el cariño y les guía la mano del maestro. Tratáis de recriminarme y tomáis a los niños por blanco para hacerlo indirectamente. Esto no es justo ni piadoso. Ni hace honor a vuestros sentimientos filiales, porque el daño no lo causáis a ellos; lo inferís a vuestro padre.

ELENA ¡Oh! No.

ARTURO Te equivocas.

JAMESON Yo bien sé de donde toman origen estos disgustos y resquemores. Sobran los disfraces. Os ha disgustado profundamente la determinación que he tomado, de donar a los trabajadores parte de los beneficios que se obtienen por la explotación de estas minas. (Pausa). Bien claramente lo indica vuestro silencio. Os compadezco. Sois víctimas del egoísmo exagerado. Hacéis una mutilación cruel en vuestras almas, privándolas del placer más hermoso de la vida...del placer que el alma experimenta haciendo justicia a la labor ajena. Voy a dejaros para que formuléis la respuesta que habéis de darme con entera libertad. (Hace medio mutis y volviéndose les dice). Sabed que los niños son ajenos a las diferencias que separan a los hombres. (Al llegar al dintel de la puerta se detiene, por último, y dice con voz solemne). Los niños no son ricos ni pobres. Para ellos no hay más que un tesoro en el mundo. La alegría de vivir. ¡No les robéis ese tesoro! ¡No matéis esa alegría! (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA X

ARTURO y ELENA

- ELENA Nuestro padre no se enmienda.
- ARTURO Que haga donación de toda su fortuna a los trabajadores y que deje a sus hijos en la calle. Así acabaríamos de una vez.
- ELENA ¡Sus hijos! Estoy sospechando que sus verdaderos hijos son los obreros.
- ARTURO Hacerles parte en nuestros beneficios. Estoy indignado.
- ELENA Cómo si ellos tuviesen ningún derecho a participar de la ganancia adquirida a costa de nuestro capital.
- ARTURO Lo más original del caso es que la suma que importan esos beneficios, repartida entre tantos miles de obreros, no ofrece ningún dividendo de importancia.
- ELENA ¿Cuánto ha percibido cada obrero?
- ARTURO Según el sueldo que disfruta.
- ELENA Por término medio.
- ARTURO Unas diez libras.
- ELENA ¿Y qué son diez libras?
- ARTURO Doscientos chelines, que no son nada en total.
- ELENA Nada, absolutamente.
- ARTURO En globo, para nosotros, es algo.
- ELENA Ya lo creo.
- ARTURO Aun no sabes lo mejor.
- ELENA ¿Hay más todavía?
- ARTURO Acaban de relatármelo. La otra mañana paseaba el bonachón de nuestro padre por la barriada más concurrida de los obreros. Se le acercó un chiquillo y trabó conversación con él de igual a igual, como si se hubiesen encontrado dos individuos de la familia.
- ELENA ¡Eso no me sorprende! Ya es viejo.
- ARTURO No he terminado.
- ELENA Sigue, sigue.

- ARTURO Nuestro padre echó mano al bolsillo y le entregó ¿cuánto dirás?
- ELENA Qué se yo.
- ARTURO ¡Pásmate! Un chelín.
- ELENA ¡Un chelín!
- ARTURO Como si un chelín no fuese nada.
- ELENA. ¡Una friolera!
- ARTURO Ahora viene lo más interesante.
- ELENA ¿Qué pasó?
- ARTURO El bribón se echó a llorar con la moneda en la mano.
- ELENA ¡Le parecería poco! Yo le hubiera dado una palizita.
- ARTURO Al ver que lloraba como una Magdalena nuestro padre, que ya se retiraba, se volvió para tomarle en sus brazos.
- ELENA ¡Cómo si fuera su hijo!
- ARTURO ¿Por qué lloras?, le preguntó. —Porque yo no quería un chelín. Yo quería un beso. ¿Qué te parece?
- ELENA ¡Oh!
- ARTURO Ya lo ves hasta los niños engañan a nuestro padre.
- ELENA ¿Y hemos de consentirlo?
- ARTURO No, y mil veces no.
- ELENA ¿Quién hace caer la venda de sus ojos?
- ARTURO Nosotros.
- ELENA ¿Y cómo?
- ARTURO Ya vereños. Me satisface que se haya descorrido el velo que encubría nuestro disgusto. Desde hoy la guerra será franca. Hay que procurar a todo trance que tenga fin ese encantamiento que le producen los obreros. Sí, sí. Esto es... Hay que desacreditarles.
- ELENA Creo que has dado con la única solución que tiene el problema. Me gusta ese plan.
- ARTURO Si nuestro padre les conociera a fondo no sería con ellos tan generoso.
- ELENA No cabe duda. Hay que desprestigiarles sea como fuere.
- ARTURO ¿Hagamos un pacto?

ELENA . Hagámoslo.
ARTURO Tú trabajarás por un lado. Yo trabajaré por otro.
ELENA Conformes. (Se dan la mano).

ESCENA XI

Dichos y WILSON, capitán del ejército inglés, por el foro

WILSON Buenos días.
ELENA Hola, Ricardo.
WILSON ¿Qué tal, Arturo?
ARTURO ¡Schp !...
WILSON Haces cara de disgusto. Malo.
ELENA Dichoso tú que nunca te disgustas.
WILSON ¡ Oh, mi querida Elena ! ¡ Qué mal me juzgas !... Todo es cuestión de disciplina interna. Ahora me hallas risueño, porque me han encantado esos niños que retozan, alegres, corriendo por los jardines del parque.
ELENA ¡ Ah ! ¿ Te han encantado ?
WILSON Me detuve a contemplarles con deleite.
¡ Es tan dichosa esa edad ! ¡ Es tan dulce vivir sólo por vivir !
ARTURO Bueno... Bueno... Agota ese tema porque es muy interesante. A mí me aburre.
WILSON No te vayas. Hablaremos de otra cosa.
ARTURO Te dejo en compañía de Elena. ¿ Qué más quieres ?
WILSON Magnífico, Arturo, magnífico. ¡ Qué Dios te lo premie ! (Vase Arturo por el foro.)

ESCENA XII

WILSON y ELENA

WILSON ¿ No te gustan a ti - los niños, Elena ?
ELENA No... Es decir... sí... Digo, no.
WILSON ¿ Que sí o que no ?

- ELENA Me pones en un aprieto, Ricardo. No es tan fácil como parece contestar a esa pregunta.
- WILSON Contesta con franqueza a estilo militar. ¿Me quieres?
- ELENA ¿No lo sabes? Te quiero con toda mi alma.
- WILSON Entonces deben gustarte los niños, o no hay lógica en el mundo.
- ELENA ¿Pero, qué niños?
- WILSON Todos, sin excepción alguna. ¡Qué dicha si yo pudiera ser padre de todos!
- ELENA ¡Vaya una ocurrencia!
- WILSON Entiéndelo en el buen sentido de la palabra...
- ELENA Sí, hombre, sí... pero no te parece que con dos ya podrías darte por satisfecho.
- WILSON Son pocos, Elena, son pocos...
- ELENA Bueno, pongamos cuatro.
- WILSON Concédeme siquiera hasta una docena. No seas tacaña.
- ELENA En eso te pareces a mi padre. Se le abre la boca de gusto cuando ve a los hijos de los obreros. A todos les llama : hijos míos.
- WILSON Hace bien.
- ELENA ¿Aplaudes su conducta?
- WILSON Ya lo creo. Buena diferencia va con la que sigue mi padre. Tiene uno solo, que soy yo, y aun le parece que le sobra. Me tiene disgustado profundamente. ¡Ah! Si él fuese como el tuyo, como el honorable y nunca para mí bien ponderado señor Jameson, ya estaríamos casados, y quien sabe, quien sabe si tendríamos ya formada la primera pareja y en proyecto la segunda.
- ELENA Me ruborizas, Ricardo.
- WILSON ¿Por qué?
- ELENA Por tu franqueza demasiado militar.
- WILSON Inglaterra necesita muchos trabajadores y soldados y si alguien no se encarga de hacerlos... adiós, patria.
- ELENA La culpa no es de tu padre.

WILSON ¿De quién es?

ELENA Del mío.

WILSON ¿Porque se ha emancipado del Trust?
¿Porque reparte entre los trabajadores parte de sus beneficios? En cambio tiene paz y sosiego... y en el Trust andan siempre a tiros con la fuerza pública.

ELENA ¿Y tú prefieres?...

WILSON Que haya paz. No creas que al ejército de ningún país le plazca derramar la sangre de los obreros por las calles. Nuestros soldados gustan de pelear contra los enemigos de Inglaterra, pero no contra los trabajadores, que son hijos de la patria.

ELENA No es eso sólo. Mermando así los beneficios, mi padre no puede otorgar a su hija la dote que la corresponde con arreglo a nuestra posición social.

WILSON ¡La dote! Yo no te quiero por la dote... ¿Sabes por lo qué aman los labradores a la flor del naranjo? Por las naranjitas que produce. Por eso te quiero yo también con el ramo de azahar Por las naranjitas que produce.

ELENA No sólo se vive de amor.

WILSON Me basta con la paga que cobro.

ELENA ¿Estás loco, Ricardo?... ¿Con la paga que cobras pretendes ser padre de todo el mundo?

WILSON Me has salido al paso; es verdad. En serio, Elena. He tenido un fuerte altercado con mi padre... No tardará en venir a esta casa con otros dos del Trust.

ELENA ¿El conde Wilson aquí?

WILSON Traen mala embajada. Quieren convencer al señor Jameson y amenazarle si no lo consiguen con tomar represalias. Yo manifesté mi opinión contraria y nos disgustamos seriamente. (Dentro rumores.) Ya están ahí... Vamos nosotros al parque, Elena, y de paso nos embelesaremos viendo a esos niños.

ELENA ¿A esos niños?... Bien. Vamos. Por aquí.
Bajaremos por la escalinata de mármol.
(Vanse por la segunda puerta derecha.)

ESCENA XIII

Aparecen por el foro el CONDE WILSON, Mister VORT y Mister
PETERSON, con VANDIK

VANDIK Esperen aquí al señor. Voy a darle aviso.
(Vase Vandik por la primera izquierda.)

ESCENA XIV

Los mismos, menos VANDIK

CONDE Hay que proceder con diplomacia.
PETERSON Y con mucha energía.
VORT Sin contemplaciones de ningún género.
CONDE Eso si llega el caso.
VORT Naturalmente.
PETERSON Silencio. Aquí viene.

ESCENA XV

Dichos y JAMESON, por la primera izquierda

JAMESON El honorable conde Wilson.
CONDE A sus órdenes.
JAMESON Mis acaudalados colegas Vort y Peter-
son.
VORT Aquí nos tiene, señor Jameson.
PETERSON Con el gusto de verle.
JAMESON Tomen asiento. Tomen asiento. (Se sientan.)
¿Y a qué debo el honor de verles por esta
su casa?
CONDE Señor Jameson. Sabemos que a usted no
le gustan los preámbulos.
JAMESON A lo substancial, señor Conde, a lo sub-
stancial.

- CONDE Venimos en nombre de todos los que explotamos los productos carboníferos en esta gran cuenca minera, para suplicarle que desista de su empeño de comerciar solo por su cuenta.
- VORT Venimos a ofrecerle condiciones muy favorables para que se decida a formar parte del Trust.
- PETERSON Y esperamos que no desatenderá nuestros ruegos.
- JAMESON Después del señalado honor que recibo por la visita que me hacen, siento mucho tener que decirles que no acepto proposición alguna que tienda a desviarme de la marcha que llevo y del objeto que me propongo.
- CONDE Exponemos a su consideración los males que nos acarrea su conducta.
- JAMESON ¿Cuáles son? Tiene la bondad el señor Conde de indicarme alguno de ellos.
- CONDE Con las exageradas concesiones que usted hace a los obreros, se extiende la emulación a nuestras zonas.
- VORT Las pretensiones aumentan...
- PETERSON Las huelgas se suceden sin interrupción y el descontento cunde.
- CONDE Hasta un extremo tal que los trabajadores dicen que en nuestros establecimientos el pan que se come es de piedra y en el de usted se como el pan de harina.
- VORT Dicen que nosotros les damos el pan negro.
- PETERSON Y que usted les da el pan blanco.
- JAMESON Eso tiene un remedio facilísimo, señores.
- CONDE ¿Cuál?
- VORT Sepámoslo.
- JAMESON Yo creo que los trabajadores tienen derecho a comer el pan blanco y no el pan negro. Este es el que sacan de las entrañas de la tierra con el sudor de su frente, con destino a los hornos de la industria... Para la mesa debe servírseles el pan blanco.

El vientre de la máquina no es como el estómago del hombre. Los trabajadores quieren pan de harina... Pues con darles pan de harina asunto concluído.

CONDE Eso no puede ser.

JAMESON ¿Por qué razón?

CONDE Porque los beneficios que el Trust obtiene se verían mermados de un modo considerable.

JAMESON ¿Qué productos ha obtenido el Trust en el año que acaba de finir?

CONDE Seis millones de libras esterlinas.

JAMESON Pongamos que se hubiera repartido la mitad de esa suma entre los mineros y empleados del Trust, aun se hubiesen ustedes usufructuado con la enorme suma de tres millones de libras, participando de este pingüe usufructo muchos copropietarios que pasean su opulencia en Londres merced al trabajo que realizan los obreros.

CONDE Es usted un excelente matemático, señor Jameson.

JAMESON No hay justicia más clara y evidente que aquella que puede demostrarse por medio de los números, señor Conde.

VORT Dispénseme nuestro apreciable colega, mas yo creo que esas doctrinas no están bien en sus labios.

PETERSON No encajan el comerciante y el moralista en una sola pieza, señor Jameson.

JAMESON Eso tiene una réplica muy justa y acabada. Yo aplico la Moral a la producción y explotación de los carbones y obtengo un resultado magnífico. En mi establecimiento se disfruta de una paz octaviana. Los obreros se encuentran satisfechos realizando su penoso trabajo. Tienen escuelas para instruirse ellos y sus hijos. Buenos médicos cuando se quebranta su salud y algunos ahorrillos que van engrosando su patrimonio. Yo pongo el capital... Ellos ponen el trabajo y nos partimos las

ganancias... Ya ven ustedes que no se necesita una gran moralidad para comprender que esto es, por ahora, lo mejor que puede hacerse para solucionar los conflictos que se originan entre el Trabajo y el Capital.

CONDE Damos por terminada esta entrevista.
(Levantándose. Todos le imitan.)

VORT Le vemos empedernido en unas teorías anarquizantes y no nos queda otro recurso que apelar a las represalias.

JAMESON Tome el Trust las que quiera. Yo seguiré de un modo imperturbable el plan que me he trazado.

CONDE Por lo pronto quedan interrumpidas nuestras relaciones personales y también las que mi hijo Ricardo venía sosteniendo con su hija Elena.

JAMESON Lo siento por las bellas prendas morales que adornan a su hijo, pero los principios de buena equidad y justicia que yo sustento se hallan por encima de mis afectos paternos. Puede hacer lo que guste.

PETERSON No concibo semejante terquedad.

CONDE Una terquedad suicida.

VORT ¿Qué provecho saca usted, en sus balances, con tales derroches de generosidad?
(Dentro rumores y voces infantiles.)

JAMESON ¡Ah! Son mis pequeñuelos que quieren despedirse. Ellos van a dar la respuesta.
(Se acerca al balcón.)

UNA VOZ DE NIÑO (Dentro, en la calle.) ¡Viva el señor Jameson!...

TODOS ¡Viva!...

JAMESON ¡Adiós, hijos, adiós! Ahí tienen ustedes el provecho que yo saco en mis balances. Hemos concluído, señores. (Señalándoles la puerta del foro, hasta que baja el telón. El Conde, Vort y Peterson vanse por el foro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Especie de despacho contiguo al taller de máquinas. Todo el foro lo constituyen unas vidrieras, al través de las cuales se ven algunos volantes que se hallan funcionando. Salida por una pequeña puerta del foro y otras dos laterales.

ESCENA PRIMERA

En el foro un grupo de obreros mirando al través de las vidrieras en actitud expectante. Entre ellos, el viejo SAMSON y OBRERO

SAMSON Afortunadamente no hay que lamentar ninguna desgracia.
OBRERO Ha sido un milagro.
SAMSON Lo siento por el maestro Wit. Mírale. Está más pálido que la cera oyendo las amonestaciones que le hace el señor Jameson.
OBRERO Ha sido un descuido lamentable. El tubo conductor no hubiera estallado si se hubiera tenido en cuenta la buena función de la válvula.
SAMSON Es verdad. Es verdad.
OBRERO ¡ La señorita !...

ESCENA II

Dichos y ELENA, por la derecha

ELENA ¿Qué ha sucedido?
SAMSON Un pequeño accidente.
OBRERO Un tubo auxiliar que ha estallado.
ELENA ¿Y mi padre?...

- SAMSON Se ha disgustado, naturalmente.
ELENA Y tiene razón sobrada. No es justo que por descuidos ajenos se perjudiquen intereses propios. Si los encargados de las máquinas tuvieran más cuidado no pasaría eso ; pero aquí todo anda como Dios quiere.
- SAMSON Dice usted muy bien, señorita. Nos retiramos.
- ELENA Quédese usted, Samson. (Toma asiento. Vanse los demás por la lateral izquierda.)

ESCENA III

ELENA y SAMSON

- ELENA ¿Dónde está su hijo William?
SAMSON Pintando ; siempre pintando. Desde que el señor le ha relevado de todo trabajo para que pueda entregarse por completo a su afición, delira por llevar al lienzo todos los paisajes más salientes y pintorescos que ofrece la Naturaleza por estos contornos.
- ELENA ¿Y dónde pinta ahora?
SAMSON Sobre el montículo que se halla al extremo del parque. Allí le dejé absorbido en su faena.
- ELENA Cuando le vea usted de nuevo dele de mi parte las gracias por el retrato que ha hecho de mi persona.
- SAMSON Yò no se lo digo, señorita.
ELENA ¿Por qué?
SAMSON Porque eso es demasiado. Sería capaz de volverse loco de alegría. ¡Anda ! Nada menos que de labios de la propia señorita. No. No me atrevo.
- ELENA ¿Es humilde el hijo de usted?
SAMSON No, no lo es tanto cuando se codea con sus iguales ; pero así que se trata de sus señores ya es otra cosa. Por usted se de-

jaría matar como un borrego, dispense la frase. Yo le digo muchas veces : Hombre, parece que la señorita te ha hechizado.

ELENA ¿Y él qué dice?

SAMSON Hechizos tiene ; y de ahí no le saca nadie.

ELENA Bueno... Bueno. Váyase usted.

SAMSON Quede con Dios la señorita.

ESCENA IV

ELENA

ELENA Bueno, es que ocurran estos accidentes. Así verá mi padre que no es oro todo lo que reluce y, que no son los obreros tan dignos de su aprecio como a él se le figura. Nuestro plan es magnífico. Hay que desprestigiarles a todo trance... Pero la avería de una máquina puede justificarse... Sería preciso que el desprestigio se efectuase por una acción que llegase hasta el alma de mi padre hiriéndola en lo más vivo. Si ese muchacho, ese William que se ha enamorado locamente de mí se permitiese hacer algo más que el retrato de su señorita... Oigo pasos.

ESCENA V

Dicha y el capitán WILSON por la derecha

ELENA ¿Cómo? ¿Tú por aquí?

WILSON Pensé que tendría que bajar al fondo de alguna mina para verte.

ELENA ¿Así desoyes los consejos paternos? Tú padre te ha prohibido que... debes obedecerle.

WILSON ¡Bah ! ¡Bah ! Tú le confundes con el coronel de mi regimiento.

ELENA Tu padre tiene razón, después del desaire que le hizo el mío.

- WILSON Sentémonos.
- ELENA No sé si debo... (Se sientan).
- WILSON Escúchame, a ver si te parece bueno mi proyecto.
- ELENA Me asustas porque te considero capaz de todo.
- WILSON De todo cuanto no sea indigno de un capitán del ejército inglés.
- ELENA Habla. Ya te escucho.
- WILSON El señor conde de Wilson... Ya comprenderás que se trata de mi señor padre.
- ELENA Sí, hombre, sí.
- WILSON El señor conde de Wilson, repito, se ha salido de la Ley moral, del derecho natural y hasta del artificial al oponerse a la continuación de nuestras relaciones... Yo soy mayor de edad, mi querida Elena, y puedo hacer de mi capa un sayo como se dice vulgarmente... De manera que si al señor Jameson no le disgusta hacerse otro sayo parecido, tú y yo, la encantadora Elena y el bizarro capitán Ricardo Wilson, podemos contraer matrimonio antes de dos meses, pese a la voluntad adversa del autor de mis días. ¿Qué te parece?
- ELENA ¡Estás loco, Ricardo! Enemistarnos con tu padre?... ¿Con el noble aristócrata?... Con el hombre a quien debes el sér. Tan perspicaz en los negocios... Tan...
- WILSON Entendámonos. ¿Te has de casar con mi padre o conmigo?
- ELENA Contigo, pero debemos amoldar nuestra conducta a las circunstancias. Detengamos por algún tiempo los impulsos del amor... Yo abrigo la esperanza, la certeza de que mi padre cederá al fin a nuestros ruegos y cuando caiga la venda de sus ojos reanudará las relaciones con el señor Conde... Entonces podremos casarnos con beneplácito de las dos familias. Esto es lo que nos conviene.
- WILSON Eso va para largo, mi querida Elena y

la Patria necesita que se aumente el número de sus ciudadanos.

ELENA No me convences.

WILSON A mí me corre mucha prisa.

ELENA ¿A mí no?

WILSON ¿Así me desairas? (Pausa). Leo en el fondo de tu alma, Elena.

ELENA Mejor.

WILSON Yo soy franco como buen militar... Tu alma lucha entre el amor y la vanidad.

ELENA ¿La vanidad? ¿Por qué la vanidad?

WILSON A ti no te encantan como a mí las dulces perspectivas que ofrece el hogar cuando se trata de dos enamorados.

ELENA ¡Valiente perspectiva que ofrece el hogar con sólo el haber que necesitas!...

WILSON Ya salió la frase... Se subió tu corazón a los labios.

ELENA Quieres que lo confiese. Bueno; pues lo confieso. No me gusta casarme como los obreros; con lo que llevan puesto y con un plan debajo del brazo.

WILSON Temes que mi padre me desherede, desgajando el árbol de su nobleza perdiendo así la esperanza de poderte llamar la condesa de Wilson.

ELENA (Levantándose) Me has ofendido. Voy a dar un paseo a caballo. Adiós. (Vase por la derecha).

ESCENA VI

WILSON

WILSON Estaba por marcharme de esta casa y no volver más a ella... Pero no, no... Tendré paciencia... Elena se halla imbuída por el demonio de la vanidad pero en el fondo es buena muchacha. Me ha desmontado diciendo que se va a dar un paseo a caballo. ¡Vaya un aire que tomó de reina

ofendida !... La verdad es que mi estocada fué también de daga florentina. La franqueza de mi carácter me perjudica en muchas ocasiones. Y ¿qué hago aquí sopor-tando el peso de estas enormes calabazas? Debo irme a la calle con viento fresco. Rompan filas. (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

Aparecen por el foro JAMESON y WIT

- JAMESON (Tomando asiento junto a una mesa escritorio.) Venga aquí. Explíquese con entera libertad.
- WIT Estoy aterrado, señor Jameson.
- JAMESON ¿Cómo ha podido sufrir tan enorme descuido? ¿Cómo no ha vigilado el buen funcionamiento de la válvula de seguridad teniendo en cuenta que se estaba realizando un trabajo a la presión máxima.
- WIT No puedo hablar. Se me ha secado la garganta y me quema el ardor que siento en los labios.
- JAMESON Ya veo que es mucha su pena. Tranquillcese.
- WIT Es una avería muy grave, señor, es una avería muy grave.
- JAMESON Pero el daño es sólo material. Lo peor hubiera sido que...
- WIT Si manda usted que me tire al pozo de la mina me arrojo de cabeza.
- JAMESON Nada de eso. ¿Llora como un chiquillo?
- WIT Sí, señor... Y no me avergüenzo.
- JAMESON Descargue la nube y explíquese.
- WIT Yo no acierto a comprender cómo ha podido verificarse la rotura del tubo...
- JAMESON Si no funcionaba bien la válvula trabajando a diez atmósferas, se comprende perfectamente.
- WIT La inspecciono todos los días y puedo asegurarle por la salud de mis hijos que

esta mañana, antes de empezar el trabajo, la válvula se hallaba en perfecto estado. No sé, señor. No sé cómo ha podido entorpecerse su buen funcionamiento.

JAMESON Aquí viene mi hijo... Váyase. Ya ventilaremos eso más despacio.

WIT Obedezco al señor. Quede con Dios. (Vase Wit por la izquierda.)

ESCENA VIII

JAMESON y ARTURO, por el foro

ARTURO Acabo de llegar y me han dicho que...

JAMESON Sí. Hemos sufrido un percance en la sección de máquinas, pero sin trascendencia alguna.

ARTURO ¿Le quitas importancia a un accidente tan gravísimo?

JAMESON ¡Bah!

ARTURO ¡Cuándo hubiera podido sacrificar a más de un obrero!... Cómo si la vida de un hombre no significase nada.

JAMESON Me place que te haya entrado de repente un interés tan grande por la vida de los obreros. Se conoce que has mudado de parecer.

ARTURO ¿Por qué dices eso?

JAMESON Porque otras veces no te has expresado en tales términos. Para ti un obrero debía equipararse a una máquina de fácil substitución. Se inutiliza una y no hay más que cambiarla por otra.

ARTURO Pero es que ahora...

JAMESON Ahora te sientes más filántropo... más sentimental.

ARTURO Supongo que a ese Wit, maestro encargado de la sección de máquinas, le habrás despedido en el acto.

JAMESON ¿Lo ves, Arturo? Ahí tienes el objeto de tu improvisada filantropía.

- ARTURO** ¿Serás capaz de conservarle en su puesto?
JAMESON Apelo a tus humanitarios sentimientos.
ARTURO ¡Ah! Sí. No me acordaba que ese Wit es tu ídolo. ¡Ay de aquél que ose tocar ni a uno sólo de sus cabellos!
- JAMESON** Estalla un tubo y los pedazos saltan sin sacrificar la vida de ningún hombre. Estalla tu cólera y esto ya no puede ocurrir sin que alguno sea sacrificado. La fatalidad ciega y torpe es más benévola que la inteligencia noble y humana.
- ARTURO** Si Wit hubiera inspeccionado la válvula hubiera advertido la imperfección. Luego faltó a su deber porque la válvula...
- JAMESON** ¡Todo sea por la válvula!
- ARTURO** Es inútil discutir contigo. El maestro Wit continuará desempeñando su cargo hasta que un día me levante yo de mal humor y...
- JAMESON** ¿Serías capaz de despedirle?
ARTURO Ya lo creo.
- JAMESON** Te permito ese desahogo en gracia de las circunstancias que lo justifican hasta cierto punto.
- ARTURO** Papá; necesito que entremos en serias explicaciones.
- JAMESON** Hace ya días que vengo observándolo. Despáchate a tu gusto.
- ARTURO** Aquí, nosotros, Elena y yo, no significamos nada. Somos tus hijos, pero como si no lo fuéramos. Tu cariño paternal se va por otros senderos. Se va a los trabajadores. Por tu maldita determinación de donarles parte de los beneficios que obtienes, te has enemistado con el conde Wilson, echando a rodar la dicha de Elena y el magnífico porvenir que la aguardaba casándose con Ricardo. A mi me pones en ridículo, privándome de los medios necesarios para que yo brille como corresponde a mi clase, teniendo que hacer un papel desairadísimo al lado de otros

jóvenes de más modesta posición social... No hay forma alguna de convencerte de que el cariño que adviertes en los trabajadores obedece, sólo, a un interés puramente bastardo. La situación para nosotros resulta ya insostenible y vemos con toda claridad el porvenir que nos aguarda: la bancarrota y con ella la desgracia y la miseria...

JAMESON ¿Has concluído?

ARTURO He concluído.

JAMESON Pues ahora me toca a mí. En primer término te advierto que me son conocidos perfectamente los móviles que te inducen a llevar a cabo tan frecuentes excursiones a Londres.

ARTURO Asuntos del negocio.

JAMESON Y de faldas. Allí tienes una querida.

ARTURO Te han informado mal...

JAMESON Allí tienes una querida. Una alhaja...

ARTURO Te aseguro que...

JAMESON Una alhaja de Eden Concert.

ARTURO Palabra.

JAMESON Que hace un estrago en tu peculio.

ARTURO Nada de eso. Nada de eso.

JAMESON En tu peculio y en tu moral.

ARTURO Falso. Falso.

JAMESON Déjame acabar. Hablemos siquiera como los cómicos. Ya empezarás tú cuando yo acabe.

ARTURO Quisiera saber quién te ha informado...

JAMESON Lo malo no es que tengas una querida. Ya sé lo que es la juventud y no te recrimino por eso, aun advirtiéndote los enormes dispendios que haces por ella. Lo malo es que quieres tener tantas como el hijo del señor Peterson, ese joven libertino con alma de cieno, quien malgasta en bacanales y mujeres buena parte del producto que se extrae de las entrañas de las minas y del corazón de los trabajadores.

ARTURO No puedes quejarte de mí. El hijo del señor Peterson vive en la mayor opulencia. Tiene cuatro automóviles. Yo sólo tengo uno. Vivo modestamente y me callo.

JAMESON Te callas y tienes la osadía de levantar la voz en mi presencia. Este es un pequeño compendio de cuánto ha de ser la sociedad venturosa del porvenir, pero esto no os satisface. ¿Es preciso que tú tengas una docena de queridas y cuatro automóviles de los más caros y lujosos. ¿Es necesario que Elena ostente en su garganta collares de perlas de cinco mil libras para que se vea satisfecha vuestra vanidad?

ARTURO Somos ricos y tenemos derecho...

JAMESON Eso es. Vosotros tenéis derecho a la inmoralidad y los trabajadores no tienen derecho a la vida. ¡Magnífico! Porque tú tengas más de una querida y más de un automóvil los obreros que vivan como gusanos ¡Soberbio! Porque te diviertas y despilfarres en Londres y Elena haga vida de princesa gastando un capital en trenes superfluos, que carezcan de lo más necesario los miles de trabajadores que constituyen el pedestal de vuestro orgullo y la base de vuestra fortuna.

ARTURO ¡Padre!

JAMESON En mala ocasión viene esa palabra a tus labios. Si el fruto de mi inteligencia, el producto de mi trabajo y el tesoro de mi amor paternal han de servir para eso.. para entronizar la injusticia, proteger el vicio y amparar la vanidad. No. No. Yo no quiero ser tu padre. El espíritu se sobrepone a la Naturaleza. Búscate otro. Búscate otro.

ARTURO Ya sólo falta que me maldiga. Me arrojas a la desesperación. ¿Qué otro recurso me queda? Quitarme la vida. (Saca rápidamente un revólver de su bolsillo.)

JAMESON (Corriendo hacia él y atajando su acción.) ¡Arturo!

(Quitándole el arma de las manos.) ¿Eres tú un hombre? Eres sólo un niño voluntarioso.

ARTURO Hazme poderes. Déjame la dirección del negocio y verás que soy hombre por el auge que toma esta casa.

JAMESON Vete. Ya hablaremos. (Vase Arturo por el foro.)

ESCENA IX

JAMESON

JAMESON (Dejándose caer abatido en una silla.) ¡ Se turba mi espíritu ! ¡ Se estremece mi corazón ! Qué hondas raíces ha echado el Mal en la conciencia humana... Ni aun dentro de mi casa ni con mi propio dinero puedo realizar el Bien que proviene de la Equidad y la Justicia. Los de fuera, los poderosos del Trust, me cercan con sus rencores y avaricias. Los de dentro, los míos, quieren esclavizar mi corazón para que sucumbiera la virtud y prospere el vicio. El caso es que el pobre que trabaja no pueda nunca levantar la cabeza, como si debieran pesar sobre ella eternamente la miseria y el dolor... Esto es inicuo... espantoso.. cruel...

ESCENA X

Dicho y ELENA, por la derecha, en traje muy rico y elegante de montar a caballo

ELENA ¡ Cuánto me alegro de hallarte, papá ! Vengo trastornada... nerviosa.

JAMESON ¿ Qué te ha sucedido ?

ELENA Una cosa inaudita. Un acto de osadía in-calificable que me afrenta y humilla. Debo tener la faz encendida.

JAMESON Cierta que vienes sonrojada... Cálmate y pon término a la alarma que me produces.

ELENA ¡ Este es el fruto amargo que producen tus complacencias y consideraciones. El siervo mancilla a su señor. ¡ Lloro de rabia y vergüenza !

JAMESON ¿Quieres explicarte?

ELENA Salí a dar un paseo a caballo. Llegué al montículo. Allí encontré a tu protegido, a William, el gran artista, como tú dices... En esto se espantó mi caballo. Yo intenté refrenar su ímpetu pero ya no obedecía al freno. El tal William vino a mi auxilio a tiempo que caí en sus brazos de un modo brusco y violento quedando en ellos sin sentido. Me llevó a la margen de un arroyo para bañar mis sienes con agua fresca y allí el obrero villano, estampó un beso en mi boca.

JAMESON ¡ Qué escucho ! ¿ Cometió esa felonía ?

ELENA Te lo juro.

JAMESON (Acercándose a la izquierda llamando en alta voz.)
¡ Samson ! ¡ Samson !

ELENA Adivino y aplaudo tu resolución. Llámale y verás como no se atreve a negarlo en mi presencia.

ESCENA XI

Dichos y SAMSON, por la izquierda

SAMSON ¿Qué manda el señor?

JAMESON Vaya en busca de su hijo William y que venga a mi presencia inmediatamente.

SAMSON ¿Qué ocurre, señor?

JAMESON Ejecute mis órdenes.

SAMSON Allá voy. (Vase por la derecha.)

ESCENA XII

JAMESON y ELENA

- JAMESON Le impondré el correctivo que merece.
- ELENA El remedio no está en el castigo que reciba ese muchacho. No basta con poner coto a las demasías de uno solo, es preciso coartar a tiempo la libertad que puedan tomarse los demás.
- JAMESON No te salgas de la razón que te asiste, hija mía. Nada tiene que ver la falta que comete un individuo para que sea respetado el derecho que asiste a la generalidad.
- ELENA Sigue practicando esas teorías y verás el fruto que recoges.
- JAMESON Encuentro muy natural que te halles ofendida, pero debieras ceñirte sólo a tu defensa.
- ELENA No basta.
- JAMESON Para ti ya es suficiente ; el resto corresponde al juez que en este caso es tu padre. Confía en tu juez.
- ELENA Toma ejemplo de cuanto ocurre en las minas del señor Peterson. Allí los señores se hacen de respetar. No los labios, ni aun las miradas se atreven a poner los obreros en la hija de su principal.
- JAMESON No es buen ejemplo. La hija del señor Peterson es una señorita hinchada de vanidad y soberbia que se ha hecho antipática a todos los trabajadores por sus alardes despóticos. En igualdad de circunstancia, ninguno de ellos la hubiera socorrido. Antes que besarla hubiesen preferido que su caballo la destrozase.
- ELENA También yo prefiero que me mate un caballo antes que me ultraje un hombre.
- JAMESON Bien, Elena, bien por ese rasgo de dignidad... No creas que yo trate de disculpar la mala acción que se ha cometido. Tan

perniciosa es, sin embargo, la falta como la mala aplicación de la justicia.

ELENA Mas yo no veo garantido mi decoro.
JAMESON Calla.

ESCENA XIII

Dichos y WILLIAM por la derecha

WILLIAM Señor Jameson. ¡ Oh ! ¡ La señorita !
JAMESON ¿ Por qué motivo acudió usted en socorro de mi hija ?
WILLIAM Porque la vi en peligro inminente de ser arrojada al suelo por su caballo.
ELENA ¡ Mal hecho ! Ya me hubiera yo bastado para refrenarle.
JAMESON ¿ Cayó violentamente y la recibió usted en sus brazos ?
WILLIAM Sí.
JAMESON ¿ Después la llevó usted a la margen de un arroyo ?
WILLIAM Sí.
JAMESON ¿ Con qué objeto ?
WILLIAM Para que volviese de su desmayo bañándola las sienes con agua fresca.
JAMESON ¿ Y qué más hizo usted ? (Pausa.) ¿ Por qué calla ? ¿ Por qué se pone pálido ?
WILLIAM Porque... Porque...
JAMESON Conteste a mi pregunta.
WILLIAM No me atrevo. Que conteste por mí la señorita Elena.
ELENA Cometió usted una vileza, besándome en la boca.
JAMESON ¿ Es eso cierto ?
WILLIAM Sí.
JAMESON Con aquella mala acción destruyó usted su obra meritoria... ¿ Cómo no supo contenerse ?
WILLIAM No lo sé... Sentía palpar el corazón de la señorita junto a mi corazón... Sus labios se rozaban con los míos... Sus cabellos acariciaban mi frente...

JAMESON (¡ Oh ¡ Qué idea !) Quiero que me confiese toda la verdad. Usted se ha enamorado de la señorita Elena. No se turbe ni tiemble. La verdad ante todo.

WILLIAM Sí.

ELENA (Miserable). (Pausa.)

JAMESON (Consultando su reloj.) Son las doce de la mañana. Aun hay tiempo. A la una tomará usted el tren rápido que conduce a Londres... Allí podrá usted dar ancho campo a sus aficiones artísticas y enamorarse de quien tenga por conveniente... Mi casa se ha cerrado para usted. ¡ Adiós !

WILLIAM (Al hacer mutis por el foro.) ¡ Un beso de amor bien vale una vida ! (Vase por el foro.)

ESCENA XIV

JAMESON y ELENA

ELENA ¡ Perdónale si quieres !

JAMESON No me hables... Vete a ocultar tu sonrojo. Quiero a solas quedar con mi conciencia.
(Vase Elena por la derecha.)

ESCENA XV

JAMESON

JAMESON ¡ Sentía palpar el corazón de Elena junto al suyo !... Sus labios se hallaban casi unidos !... ¡ Y la pasión que es una fatalidad de la Naturaleza, produjo el estallido del beso !... Ese muchacho se ha perdido. Por cuantos medios se hace desgraciada la vida del hombre. (Inclina la cabeza abismán-dola entre ambas manos con los codos apoyados sobre la mesa.)

ESCENA XVI

Aparece el viejo SAMSON por el foro.

- SAMSON (Se detiene al ver a Jameson en aquella actitud. Va a llamarse por fin adelantándose dice.) ¡ Señor !
- JAMESON ¿ Quién va ?
- SAMSON Soy yo.
- JAMESON ¡ Ah ! (No me acordaba de este pobre viejo). ¿ A qué viene ?
- SAMSON Venía a suplicarle al señor que me dijera la falta que ha cometido mi hijo.
- JAMESON Eso nadie puede decirlo mejor que el propio interesado.
- SAMSON Le encontré al salir de esta sala. ¿ Qué hay ? le pregunté alarmado por la palidez de difunto que noté en su cara. Nada, padre ; me contestó y me dejó plantado encerrándose en aquel silencio. (Dentro en el foro derecho a alguna distancia suena la campana del establecimiento.)
- JAMESON La campana de alarma... ¿ Qué habrá ocurrido ?
- UNA VOZ (Dentro.) ¡ Desgracia en la máquina ! ¡ Desgracia en la máquina ! (Cruzan precipitadamente de izquierda a derecha por el foro viéndoseles al través de las vidrieras multitud de obreros.)
- SAMSON ¿ Qué será ?
- JAMESON Vamos a verlo. Se ha quedado usted parado como un plomo.

ESCENA XVII

Dichos y WIT precipitadamente por el foro sin advertir la presencia de Samson

- WIT ¡ Señor Jameson ! ¡ Señor Jameson !
- JAMESON ¿ Qué hay ?
- WIT William, el hijo de Samson.

SAMSON ¡ Santo Dios ! ¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío ! (Van corriendo por el foro.)

ESCENA XVIII

JAMESON y WIT

WIT ¡ Su padre ! No le había visto.
JAMESON ¿ Qué ha hecho William.
WIT Lo ha cogido el volante de una máquina
 y ha destrozado su cuerpo.
JAMESON (Dejándose caer anodado en una silla.) ¡ Misericordia divina !
WIT Voy a dar aviso para que traigan una camilla. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XIX

Aparece ELENA por la derecha con el traje de montar a caballo, pero ya sin sombrero ni latiguillo.

ELENA ¿ Qué alarma es esta ? ¿ Qué ocurre, padre ?
JAMESON (Levantándose bruscamente de su asiento y cogiendo a su hija por una mano.) Ven aquí, Elena. Disipa una duda que ha bajado a mi cerebro como una sombra maldita.
ELENA ¡ Me asustas ! Habla.
JAMESON Antes me has dicho que caíste del caballo yendo a parar sin sentido a los brazos de William...
ELENA Sí.
JAMESON Y que te llevó junto al arroyo.
ELENA Sí.
JAMESON ¿ Permaneciste en sus brazos desmayada ?
ELENA Sí, desmayada.
JAMESON ¿ Sin conciencia de tu ser ?
ELENA Efectivamente.
JAMESON ¿ A merced de aquel hombre ?
ELENA Exacto.
JAMESON Siendo así y habiendo perdido el conoci-

- miento ¿cómo pudiste advertir el beso que William estampó en tu boca?
- ELENA Porque... Porque...
- JAMESON ¡Balbuceas... tiembles !... Luego no era verdadero tu desmayo.
- ELENA Sí, sí.
- JAMESON ¿Luego tú fuiste la que indujo a William a que cometiera el pecado?
- ELENA ¿Qué osas decir?
- JAMESON ¡Uniendo los dos corazones !
- ELENA No. No.
- JAMESON ¡Aproximando tus labios a sus labios !
- ELENA No. No.
- JAMESON ¡Avivando el fuego de su amor hasta conseguir que estallara el beso !
- ELENA ¡ Calla ! ¡ Calla !
- JAMESON Mira el fruto que ha dado tu perfidia. William se ha hecho pedazos arrojándose al volante de una máquina.
- ELENA (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡ Jesús ! ¡ Qué bárbaro !
- JAMESON Ya se ha disipado la sombra. Ya veo con perfecta claridad todo el cuadro de horror de vuestra conducta... Arturo y tú os habéis confabulado para desprestigiar a mis obreros.

ESCENA XX

Dichos y ARTURO por el foro

- ARTURO ¡ Padre ! ¡ Padre !
- JAMESON (Acercándose a su hijo hasta casi tocar cara con cara.) Tú interceptaste la válvula para que hiciese explosión el tubo.
- ARTURO (Sorprendido y confuso por aquella brusca acusación.) Yo... Yo.
- JAMESON ¡ Otro que también se turba ! ¡ Otro que también palidece ! Los dos... Los dos convictos... ¡ Qué horror ! ¡ Me espantáis ! Basta... Basta... Te haré poderes... Seréis

los amos de esta casa. Para vosotros todas las riquezas... Todos los bienes... Para mí el retiro. Huiré al rincón más apartado de Irlanda donde no vea tales perfidias...

¡Tales rencores!

ELENA ¡Padre!

ARTURO ¡Padre!

JAMESON ¡No sois mis hijos! ¡No sois mis hijos!
¡Haga Dios que no caiga sobre vosotros el terrible dolor que habéis inferido a vuestro padre!

SAMSON (Dentro gritando con acento desgarrado.) ¡William!
¡William!

JAMESON ¿Oís? ¿Oís? ¡Estos gritos salen de un alma desgarrada! Quedaos con el Genio del Mal... ¡No sois mis hijos! ¡No sois mis hijos! (Vase por la derecha.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Gabinete de lujo con puertas laterales y al foro. Todo adornado como en días de gran solemnidad. A la derecha aparato telefónico.

ESCENA I

La doncella KETTI y el criado VANDIK

- VANDIK Yo no he visto en mi vida una aglomeración tan grande de carruajes de lujo.
- KETTI ¡Qué magnificencia! ¡Qué esplendor! ¡Cómo están los salones!
- VANDIK Rebosantes de oro y pedrería...
- KETTI ¿Te has fijado en el collar de perlas que ostenta la hija del señor Peterson?
- VANDIK Ya lo creo y sé también el dinero que vale.
- KETTI ¿Cuánto?
- VANDIK Más de cinco mil libras.
- KETTI Saca la cuenta por chelines.
- VANDIK Así como trescientos mil ¿qué digo? cuatrocientos mil. Aun me quedo corto. Quinientos mil chelines.
- KETTI ¡Una fortuna!
- VANDIK Mira si lo es que con el dinero que vale una sola perla de ese collar podríamos nosotros ser felices toda la vida.
- KETTI Unos tan ricos y otros tan pobres. ¡Cómo ha de ser!
- VANDIK La verdad es que para ser felices no creo yo que haga falta tanto dinero.

KETTI Yo no soy tan ambiciosa.

VANDIK ¿Cuál es tu ambición?... Sepamos hasta dónde llega.

KETTI Con casarme contigo... Conque pudiéramos vivir los dos sin trabajar... vestir con decencia y poder hacer algún viaje de recreo a Londres... me daría por satisfecha.

VANDIK ¡No está mal !... ¡No está mal !

KETTI ¿Y tú?

VANDIK Yo también me contento con poco. Conque pudiéramos hacer algún viaje de recreo a Londres... Vestir con decencia y pasar la vida sin trabajar. ¡ Listos !

KETTI Envidio a la señorita.

VANDIK ¿Por qué? ¿Porque también es archimillonaria y usa collares de perlas de cinco mil libras? No acabas de decir que...

KETTI No es por eso.

VANDIK ¡Ah ! Ya lo adivino. Por el novio que la suerte le ha deparado.

KETTI Sí ; por el novio.

VANDIK Cierto que el capitán Ricardo es un buen mozo, pero que me pongan su brillante uniforme y verás como yo también gallardeo.

KETTI No te compares... hombre... no te compares.

VANDIK Mira, Ketti. Los hombres todos somos iguales por el nacimiento. La diferencia sólo estriba en la posición social que ocupa cada uno... Fíjate en aquel minero que sale de las entrañas de la tierra tiznado de negro... Más que hombre parece un demonio... Todos huyen de él como de un apestado. Pues bien, a ese mismo minero lo limpias hasta que quede blanco del todo. Le pones un traje de general... Lo echas después a la calle y te cansas de ver como le llueven saludos por todas partes.

KETTI Aquí viene el señor.

ESCENA II

Dichos y ARTURO por la segunda puerta izquierda

ARTURO Vandik. Corre al punto. Avístate con Fulton, Samson y Wit. Necesito hablarles con toda urgencia. Que vengan sin pérdida de tiempo.

VANDIK Allá voy.

ARTURO Dile a mi *chauffeur* que te lleve en el auto.

VANDIK Está bien. (Vase Vandik por el foro derecha.)

ESCENA III

ARTURO y KETTI

ARTURO Tú, Ketti. Al tocador de la señorita. Procura poner todas las cosas en su punto para obviar cualquier dificultad imprevista. El velo de desposada, las joyas, el ramo de azahar...

KETTI Sí, señor, sí. (Vase Ketti por la primera derecha.)

ESCENA IV

ARTURO

ARTURO Buena fuera que estos obreritos aguaran la fiesta y la brillantez de la ceremonia con alguna de sus algaradas...

ESCENA V

Dicho, el CONDE, PETERSON y VORT, por la segunda izquierda.

ARTURO (Saliéndoles al paso.) No hay que alarmarse, señores.

CONDE Recibió usted el telefonema y como salió del salón tan precipitadamente...

VORT Nos llamó la atención.

PETERSON Celebramos que sea infundada nuestra alarma.

ARTURO Lea usted, señor conde. (Entregándole el telefonema.)

CONDE ¿De Londres?

ARTURO Sí; de Londres.

CONDE Esto es muy grave, señores.

VORT ¿Cómo?

PETERSON A ver. (Tomando el telefonema y después de haberlo leído.) ¡Hola!

VORT Bien ¿qué dice? (Tomando el telefonema de manos de Peterson y leyéndolo.) «Solidaridad huelga cuenca minera. Habrán llegado ya emisarios.» ¡Y tan grave!

ARTURO Yo haré que fracase aquí la huelga. Acabo de tomar una medida que creo muy eficaz encaminada a ese objeto.

CONDE En qué circunstancias nos sorprende esa noticia.

PETERSON Crea usted, amigo Conde, que si no se tratara de la boda de su hijo, tomaría el auto inmediatamente para regresar...

VORT Lo mismo digo.

ARTURO No, por Dios. ¡Sería una campanada!

CONDE Calma, señores, calma. Les agradezco mucho el homenaje que me rinden, mas yo sería el primero en relevarles de todo compromiso si comprendiese que realmente se hallaban en peligro serio los intereses del Trust.

PETERSON Nos tranquiliza mucho esa manifestación en sus labios.

VORT (A Arturo.) ¿Usted cree que podrá?...

ARTURO He llamado a los sabios y magnates de mi establecimiento. A los eternos cabezas de motín desde que mi señor padre dejó en mis manos la dirección de este negocio. Les hablaré paternalmente. Les haré algunas concesiones con carácter hipotético... Si es necesario les prometeré hasta la bienandanza social que para ellos consiste en holgar eternamente... Y como

- ejercen tanta influencia en los mineros, ellos mismos se encargarán de coartar la asonada.
- CONDE No hay más remedio que transigir en algunas ocasiones.
- PETERSON A mí me tienen siempre en la cuerda floja haciendo equilibrios.
- VORT Yo me veo precisado a apelar al engaño y a la astucia, cosas que se hallan tan fuera de mi carácter como todo el mundo sabe.
- CONDE El caso es que los dividendos vayan en aumento.
- VORT Y que suban las acciones del Trust.
- ARTURO Yo he triplicado los beneficios que antes obtenía mi padre anualmente.
- CONDE He aquí un genio comercial.
- VORT ¡Admirable!
- PETERSON ¡Admirable!
- ARTURO Tal es la magia que ejerce en nosotros la vida mercantil que ya echamos en olvido lo que más principalmente debe interesarnos. Debemos evitar a toda costa que se trasluzca el hecho que motiva nuestra inquietud... Las gentes que han venido en tan gran número a honrar mi casa tienen la epidermis muy fina y cualquier alfilerazo de esta índole provocaría inmediatamente su alarma.
- CONDE Sí; hay que evitarlo.
- VORT Mi silencio será absoluto.
- PETERSON Y el mío también.
- ARTURO ¡La Condesa!
- CONDE Mi esposa.

ESCENA VI

Dichos y CONDESA por la segunda izquierda

- CONDESA ¿Dónde se meten ustedes?
- CONDE Aquí estamos.

- CONDESA Vengo a que me presten auxilio.
CONDE ¿Qué ocurre?
CONDESA Es imposible resistir la charla de esa Isabel de mis pecados.
ARTURO ¿La señora de Keuser?
CONDESA La misma. No contenta con haberle dado una lata insoportable al obispo que ha de echarles la bendición a los novios, la ha emprendido con mi hijo Ricardo, y allí lo tiene sobre un diván, sitiado por mar y por tierra. Yo he intentado levantar el asedio por dos veces y he tenido que retirarme en buen orden otras tantas... ¡Qué mujer! Creo que su propósito es enterar a todo el mundo de que el collar de brillantes que lleva vale por lo menos dos mil libras.
PETERSON Seis mil vale el que lleva nuestra hija.
ARTURO Poco menos ha costado el que lleva mi hermana.
CONDESA Elena está nerviosísima... Naturalmente... Los novios tendrán necesidad de comunicarse sus impresiones, pero con la señora Keuser, gracias que puedan verse juntos esta noche. Por piedad, vengan conmigo. A ver si entre todos conseguimos librar a Ricardo del acosón que padece.
CONDE ¡Vamos allá! (Vanse todos por la segunda izquierda menos Arturo.)

ESCENA VII

ARTURO

- ARTURO Por lo pronto hemos asegurado el orden. Son las nueve. A las diez empezará el desfile para ir a la iglesia.

ESCENA VIII

Dicho y VANDIK, por el foro derecha

- VANDIK ¡Señor!
ARTURO ¿Tan pronto?

VANDIK Hemos corrido a toda velocidad.
ARTURO Y bien. ¿Qué han dicho?
VANDIK Sólo me ha sido posible avistarme con el
viejo Samson.
ARTURO ¿Y Fulton y Witt?
VANDIK No los hallé en el establecimiento como
tampoco a ningún obrero.
ARTURO ¿Cómo? ¿No han acudido al trabajo?
VANDIK No, señor.
ARTURO (Esto se complica.) ¿Qué ha dicho el viejo
Samson?
VANDIK Que no tardaría en venir.
ARTURO Corre otra vez con el auto. No vuelves sin
ellos a mi presencia.
VANDIK ¿A dónde me dirijo?
ARTURO Deben hallarse reunidos. Entérate. Pre-
gunta... ¡ Por San Jorge ! No pierdas tiem-
po ni hagas esa cara de estúpido. (Vase Van-
dik por el foro derecha.)

ESCENA IX

ARTURO

ARTURO Eso es que han llegado los emisarios a que
se refiere el telefonema. ¡ Buen día han es-
cogido ! (Suena la campanilla del teléfono.) ¡ Lla-
man ! ¿Quién será? (Se pone en comunicación
telefónica.) Yo, Arturo. El principal... (Pausa.)
¿De veras? (Pausa.) ¿Para acantonarse
aquí? Bueno. Bueno. Gracias mil por el
aviso. Adiós. (Dejando la comunicación telefónica y
con muestras del mayor regocijo.) ¡ Autoridad pre-
visora ! Nos hemos salvado. Voy a tran-
quilizar a mis amigos. La venida del co-
ronel Robert con su regimiento cambia la
faz de las cosas. Aquí viene la amartelada
pareja.

ESCENA X

Salen, por la segunda izquierda, cogidos del brazo, ELENA y RICARDO. Elena de blanco, con riquísimo traje de gran cola y Ricardo uniforme.

ARTURO ¡Hola, mi querido Ricardo. Pudiste escapar de las garras de la señora de Kruser.
RICARDO Gracias al refuerzo que trajo mi madre.
ARTURO Seguid... Seguid vuestro coloquio. (Vase Arturo por la segunda izquierda.)

ESCENA XI

ELENA y RICARDO

RICARDO (Después de tomar asiento junto a Elena.) ¿Eres feliz, alma mía?
ELENA Lo soy, Ricardo, lo soy. ¿Y tú?
RICARDO Para que mi felicidad fuese completa sería preciso que tu padre, el señor Jameson, se hallase también entre nosotros. Es muy extraño que no haya venido para asistir a la boda de su hija. Un hombre como él tan pulcro y de tan buenos y paternos sentimientos.
ELENA Déjale. Mi padre es así. El retiro a que se ha entregado desde que dejó en manos de Arturo el negocio debe haberle vuelto huraño y quizás haya endurecido su corazón.
RICARDO No. No.
ELENA Voy a emplear tu misma frase. ¿Te vas a casar con mi padre o conmigo?
RICARDO El recuerdo no puede ser más ingenioso y oportuno.
ELENA ¿No te entusiasma el esplendor que nos rodea? Las mujeres cuajadas de brillantes, perlas, topacios y záfiro parecen astros por el fulgor que despiden.
RICARDO Tú eres la luz de mi vida. No veo a nadie más que a ti.

ELENA Me ha eclipsado la hija del señor Peterson. Margarita. Ella es la que atrae las miradas de todos... ¡Qué lástima que sea tan vanidosa! Mi padre decía que es una señorita insoportable por la hinchazón de su soberbia y el exceso de orgullo.

RICARDO No me hables de perlas, topacios y záfiro. A mi nunca lograron cautivarme estos derroches de lujo.

ELENA Ya sé que eres muy familiar y llanote. Defectos que pienso corregirte así que hayamos pasado la luna de miel.

RICARDO ¡La luna de miel! Vaya un plato de fruta en dulce que pienso saborear deliciosamente en tu compañía. ¡Buen caso haremos entonces de perlas y brillantes! ¡Para perlas las que pienso extraer de tu alma?... ¡Para brillantes, los dos soles que brillan en tus ojos!

ELENA Todo es preciso, Ricardo. Cada cual debe vivir en su esfera conforme a su categoría. No olvides que el lujo es el marco más adecuado que puede darse a la hermosura. Hasta es causa de buen ver en las feas. Hay muchas señoras en el salón que parecen soles y que despojadas de las galas que las favorecen semejarían adefecos.

ARTURO ¿Quieres, vida mía, que dejemos de hablar por un instante, de los intereses ajenos para dedicarnos sólo a los propios?

ELENA ¿De qué quieres que hablemos?

RICARDO Salgamos del mar espléndido que nos rodea. Boguemos en nuestra barquilla de amor y arribemos a la playa de la dicha los dos juntos sin preocuparnos para nada de los demás.

ELENA ¡Qué me quieres! ¡Ya me lo has dicho tantas veces!... ¡Qué te quiero! ¿Aun no te has cansado de oírlo?

RICARDO Pero todavía no has contestado a una pregunta que te hice en cierta ocasión.

ELENA Repítela, si te place.

RICARDO Voy a repetirla. ¿Te gustan los niños, Elena?

ELENA ¡ Dale con los niños ! Para maestro de escuela no tendrías precio.

RICARDO Pero tú no contestas a mi pregunta.

ELENA Ya te dije entonces que me contentaría con una pareja.

RICARDO Y yo te dije que me parecían pocos.

ELENA Bueno. Bueno. (Levantándose.) Estamos perdiendo un tiempo precioso. Ya es hora de que piense en mi *toilette*.

RICARDO Hay tiempo.

ELENA Necesito una hora, por lo menos.

RICARDO ¿ Una hora para ponerte un velo y un ramo de azahar? ¡ Casi tarda menos tiempo en brotar y dar fruto la flor del naranjo.

ELENA Tú no entiendes de estas cosas. (Alargándole la diestra.) Hasta luego.

RICARDO (Besándola.) ¡ A cuenta de la luna de miel !
(Vase Elena por la primera derecha.)

ESCENA XII

RICARDO

RICARDO No puede disimularlo. ¡ Su alma se siente subyugada por el delirio de las grandezas ! Que nos eche la bendición el obispo y luego ya veremos quien corrije a quien.

ESCENA XIII

Dicho y ARTURO por la segunda izquierda.

ARTURO Ya veo que Elena se fué al tocador. Venía para sacaros del éxtasis amoroso que sin duda estaríais padeciendo porque ya es hora de que se engalane con sus mil alfileres. ¡ Ah ! Y a ti tengo que darte una noticia.

RICARDO ¿Cuál?

ARTURO Ha llegado a esta población para acantonarse tu coronel Robert con el regimiento que manda.

RICARDO ¿Qué escucho? El marqués de Cowes, ¿mi querido Coronel?

ARTURO El mismo.

RICARDO Pero ¿a qué móviles obedece este acantonamiento? ¿Hay algún peligro en puerta? ¿Se teme alguna alteración de orden público?

ARTURO Creo que no, por ahora.

RICARDO Corro a verle.

ARTURO No tienes obligación. El Ministro te ha concedido un mes de licencia.

RICARDO No importa. Quiero que el Coronel asista también a mi boda. Voy a traerle en auto.

ARTURO Tiempo hay. No está mal epnsado.

RICARDO Avisaré a Elena. (Vase a la puerta derecha y la halla cerrada.) ¡Cerrada! ¡Diablo! ¡Tan lejos que se halla el tocador y ya no puede franquearse la puerta de esta sala intermedia. Llamaré. (Da golpes en la puerta.) ¡Ketti! ¡Ketti!

KETTI (Dentro.) ¿Qué hay? ¿Quién llama?

RICARDO Yo. Ricardo... Tengo que hablar con la señorita un momento.

KETTI ¡Hum!

RICARDO Dila que traigo bandera blanca... ¡Diablo! No se penetra tan fácilmente como yo creía en el camarín de una desposada. Tan internado como está el tocador.

ARTURO Dale prisa.

RICARDO ¿Qué haces, Ketti? ¡Pronto! ¡Pronto!

KETTI (Dentro.) ¡Pase usted!

ARTURO Que no se reanude el éxtasis.

RICARDO Salgo pronto. (Vase Ricardo por la primera derecha.)

ESCENA XIV

ARTURO

ARTURO De todos modos convendría que llegásemos a un acuerdo para hacer fracasar la huelga. Samson no viene. Vandik tarda mucho. ¿Les habrá intimidado la presencia de las tropas y se habrán dispersado? Eso creo.

ESCENA XV

Dicho y RICARDO por la derecha

ARTURO ¿Qué te ha dicho?
RICARDO Que se alegra mucho porque así tendrá más brillantez la fiesta. Adiós.
ARTURO No pierdas tiempo. Tráele sin demora.
RICARDO Aquí tienes al viejo Samson. (Vase Ricardo por el foro derecha.)

ESCENA XVI

ARTURO y SAMSON, que se cruzó en el foro derecha con el capitán

ARTURO Pase usted, pase usted...
SAMSON Aquí me tiene el señor.
ARTURO ¿No tiene ninguna novedad que comunicarme?
SAMSON Sí, señor. Asomó el día sin que los trabajadores pareciesen por las minas. Ninguno vino tampoco a los talleres.
ARTURO ¿Y usted no se halla metido en esa conjura? Séame franco.
SAMSON Yo no compongo nada. De mí nadie se acuerda. Yo sólo vivo para el dolor que me produce el recuerdo de mi hijo.
ARTURO A mí me consta que ejerce usted una gran influencia en el ánimo de los obreros.

SAMSON La ejercía cuando gobernaba esta casa el señor Jameson, pero desde aquel día en que vi el cuerpo de William destrozado sobre la máquina sufrió un espantoso vuelco mi corazón.

ARTURO No se trata ahora de eso. ¿Dónde están sus compañeros?

SAMSON Qué se yo.

ARTURO Si nada sabe huelga la conversación. Váyase a ocupar su puesto. ¿Han echado sus pies raíces en el suelo?

SAMSON Yo quisiera que el señor me sacara la espina que llevo clavada en el alma.

ARTURO ¿Qué espina?

SAMSON Ha transcurrido más de un año sin que haya podido averiguar la causa que dió motivo a la desesperación de mi hijo hasta obligarle a buscar la muerte.

ARTURO Según mis informes se trata de un acto impremeditado. William pasó descuidadamente tan cerca de la máquina que fué cogido por el volante.

SAMSON No, señor. Le vieron arrojarle.

ARTURO Si es así, vaya usted a preguntarlo al otro mundo.

SAMSON Cuando pierda por completo la esperanza de averiguarlo, seguiré al pie de la letra su consejo. Aquel volante tiene para mí una atracción irresistible. Aun lleva sobre el hierro dos manchas negras...

ARTURO Acabe... Acabe.

SAMSON Dispense el señor. No me quite este desahogo. Nada hay que ennegrezca y se pegue más al hierro que las salpicaduras de la sangre. Se frotan con esmeril y desaparecen pero no pasa mucho tiempo sin que aparezcan de nuevo. Así es que aquellas manchas no se borran nunca... ¡No se borran nunca!... Y aunque se borrasen... Yo seguiría viéndolas... ¡Seguiría viéndolas!

ESCENA XVII

Dichos y VANDIK por el foro derecha.

VANDIK Señor... Ya están aquí.
ARTURO ¡Qué entren ! ¡ Qué entren !

ESCENA XVIII

Salen por el foro derecha, FULTON, WIT y OBRERO, seguidos de seis trabajadores

ARTURO Ya nos vemos las caras.
WIT Sí, señor ; ya nos vemos las caras.
ARTURO (Tendré paciencia.) Prescindamos de todo preámbulo.
WIT Como el señor quiera.
ARTURO Ustedes se han empeñado en romper la buena armonía que debe reinar entre nosotros.
WIT Quien la ha roto desde que se fué el señor Jameson de esta casa es usted.
OBRERO De tal modo que el disgusto de los mineros es muy profundo.
ARTURO Les permito que expongan sus quejas a ver si llegamos a un acuerdo, pero con toda brevedad, porque necesito aprovechar el tiempo.
WIT Las causas de ese disgusto las conoce usted mejor que nosotros, pero las expon-dremos para que vea que no nos duelen prendas. Hable usted el primero, Fulton.
FULTON Ha suprimido usted la escuela que yo dirigía.
ARTURO Me ocasionaba muchos gastos. Adelante.
FULTON En ella los niños aprendían a ser hombres y se instruían también los obreros. Nos repartíamos entre todos el pan de la inteligencia.
ARTURO ¿No le dí a usted un destino?
FULTON Sí, señor ; me dió un puesto en el escri-

torio para que no me muriese de hambre ; pero mi misión es otra y lo que decía su señor padre...

ARTURO Deje en paz a mi señor padre.

FULTON Para los niños no hay más que un tesoro en el mundo. La alegría de vivir... Usted les ha robado ese tesoro. Usted ha matado esa alegría.

ARTURO Bueno. ¿Y usted qué alega? (Dirigiéndose a Wit.)

WIT Yo alego que usted ha conseguido triplicar los beneficios que antes se obtenían bajo el gobierno de su señor padre, pero ha reducido a los trabajadores a la última pobreza. Poco a poco nos ha ido quitando, no sólo la parte de ganancias que antes disfrutábamos... esa fué suprimida de un golpe, apenas volvió las espaldas el señor Jameson, sino también el aumento de los jornales por los excesos del trabajo que se nos impone.

OBRERO El afán de usted por cargarnos de pesadumbre no tiene freno... Su tendencia es siempre la misma. Aumentar las fatigas y aprovechar hasta el último esfuerzo del obrero para reducir los salarios a su valor mínimo.

WIT Por esa conducta ha desaparecido la dicha que reinaba en todos los hogares.

FULTON Ha petrificado usted las gotas de sudor que vierten los trabajadores para traficar con esas perlas mirando sólo al provecho propio y al egoísmo de la ambición.

ESCENA XIX

Dichos y KETTI por la primera derecha.

KETTI Señor.

ARTURO ¿Qué quieres, Ketti? ¿A qué vienes? ahora?

KETTI La señorita me manda para que me entere si ocurre alguna cosa de particular porque se oyen desde el tocador, aunque muy confusamente, voces y ruidos per la calle.

ARTURO Dila que no se preocupe. Que no haga caso de ruidos ni voces de ninguna especie y que termine su *toilette* tranquilamente.

KETTI Está bien. (Vase por la derecha.)

ESCENA XX

Los mismos menos KETTI

ARTURO ¿Han concluído ustedes?

WIT Sí, señor.

ARTURO Al expresarse en estos términos ustedes no toman para nada en cuenta las exigencias comerciales... Las...

WIT ¿Oyes, Fulton?

FULTON Nada.

WIT Párate a escuchar.

OBRERO Sí, sí.

ARTURO ¿Qué ocurre?

WIT Que se oyen a lo lejos disparos de fusil.

ARTURO ¿Disparos?

OBRERO Sí, señor, sí.

WIT Eso es que los mineros no han atendido nuestros consejos porque somos enemigos del *sabotage*.

ARTURO ¿Y qué han hecho? ¿Qué han hecho?

WIT Han debido prender fuego al edificio, y la tropa...

ARTURO ¿Qué edificio?

WIT El edificio principal del establecimiento.

ARTURO ¡Maldición! ¡Mi despacho! ¡Mis documentos! ¡Mi caja de caudales!... ¿Dónde está mi revólver? Encima lo llevo. Yo me basto sólo para atajar a esa turba. ¡Temblad todos, miserables! El auto, Vandik, el auto. (Vase por el foro siguiendo a Vandik.)

ESCENA XXI

Los mismos menos ARTURO y VANDIK

- FULTON Este hombre es de la madera de los des-
 potas.
WIT Y de los tiranos.
OBRERO Mata el amor y la alegría.
FULTON Y engendra el odio y la tristeza.
WIT Ya se ha ido. Vámonos también noso-
 tros. Aquí no encaja bien la desgracia que
 nos aflige...
OBRERO VAMOS. (Vanse por el foro derecha.)

ESCENA XXII

SAMSON

- SAMSON Yo me quedo... ¡Así arda la población
 entera ! ¿Qué me importa? Ya que estoy
 aquí, aprovecharé la ocasión que se me
 presenta para hablar con la señorita Ele-
 na... No la he vuelto a ver desde enton-
 ces... ¡Desde la muerte de mi hijo ! Aho-
 ra ya no baja a los talleres, y cuantas ve-
 ces he querido hablarla ha rehuído mi
 presencia... ¡Parece que mi dolor espanta
 a todo el mundo !

ESCENA XXIII

Dicho, el CONDE y la CONDESA, por la segunda izquierda

- CONDE ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?
SAMSON Soy el viejo Samson, como así me lla-
 man. El servidor más antiguo de esta
 casa.
CONDE ¿Y su amo?
SAMSON Acaba de salir.
CONDESA Nuestro hijo Ricardo debe hallarse de-
 partiendo con Elena. Dejémosles entre-
 gados a sus ensueños de oro. La hermo-

suras, la juventud y el amor... Suyas son las tres rosas de la felicidad.

CONDE ¿Ha dicho que volvería?

SAMSON Nada me ha dicho. (Suena la campanilla del teléfono.)

CONDE Lllaman al teléfono... ¿Será algo importante?

CONDESA Entérate.

CONDE (En comunicación con el aparato.) ¿De la casa de socorro? Diga. Diga. No me lo explico, pero adelante... Adelante. (Pausa.) ¿Que prepare al conde Wilson? ¿Por qué y para qué? Yo soy el conde Wilson. Se ha interrumpido la comunicación. Es extraño.

CONDESA ¿Qué dicen de la casa de socorro?

CONDE Que el pundonoroso capitán...

CONDESA ¿Qué capitán?

CONDE Qué sé yo. Dice el comunicante que prefirió ponerse al frente de su compañía al oír los primeros disparos.

CONDESA ¿A qué disparos se refiere?

CONDE Tampoco me lo explico.

CONDESA ¿Y qué más?... ¿Qué más?

CONDE Que está herido gravemente.

CONDESA ¿Herido?

ESCENA XXIV

Dichos, VORT y PETERSON, por la segunda izquierda

PETERSON ¡ Conde !

VORT ¡ Conde !

CONDE ¿Qué hay?

PETERSON Alarma en la población.

VORT Los concurrentes están sobresaltados.

CONDE ¿Qué pasa aquí?

CONDESA Eso digo yo también. ¿Qué es lo que pasa?

CONDE (A Samson.) ¿Sabe usted algo?

SAMSON Sí, señor. Ha poco han sonado algunos

disparos. Se conoce que la tropa anduvo a tiros con los mineros.

PETERSON ¡ Horror !

VORT ¡ Estalló la huelga !

PETERSON ¡ A la desbandada ! (Vanse por la segunda izquierda.)

ESCENA XXV

CONDE, CONDESA y SAMSON

CONDESA ¡ Ay, Dios mío !

CONDE ¡ No te alarmes !... ¿Dónde se ha ido el señor ?

SAMSON A detener el incendio, si le era posible.

CONDE ¿Qué incendio ?

CONDESA ¡ Virgen Santa !... (Dentro rumores.)

CONDE ¿Y esos rumores?... Ya empiezo a sobresaltarme.

ESCENA XXVI

Dichos y VANDIK, por el foro

VANDIK ¡ Traen herido al señorito Ricardo !

CONDESA ¡ Ah ! ¡ Corramos ! ¡ Corramos ! (Vanse por el foro derecha el Conde y la Condesa.)

ESCENA XXVII

SAMSON, aproximándose al foro para presenciar la escena

SAMSON ¡ Debe ser el hijo ! ¡ Aquí le traen !

CONDESA (Dentro, con acento desgarrador.) ¡ Hijo mío !
¡ Hijo mío !

CONDE (Dentro.) ¡ Ricardo !

SAMSON Ya se han encontrado... La madre cae desmayada... ¡ Aparta, espectro ! ¡ Así encontré yo también a mi hijo William, con el cuerpo ensangrentado !... Ya vienen con el herido.

ESCENA XXVIII

Dicho y RICARDO, a quien traen en brazos, mortalmente herido, dos CAMILLEROS de la Cruz Roja. En pos, el CORONEL, el MÉDICO y varios OFICIALES y SOLDADOS.

MÉDICO Déjenle en ese sillón y no le muevan...
No le toquen... ¡ Llegó moribundo ! ¡ Que exhale ahí el último suspiro !

RICARDO ¡ Me muero ! ¡ Me muero !... ¡ Madre !...
¡ Elena !... ¡ Padre !... ¡ Adiós !... ¡ Mi coronel ! ¡ Mi coronel !...

CORONEL Aquí estoy...

RICARDO La mano.

CORONEL Estréchela con toda su fuerza.

RICARDO ¡ Viva... el... ejército !... ¡ Viva... el...
pueblo... de... Inglaterra !...

MÉDICO ¡ Ha muerto !...

SAMSON ¡ Como mi hijo William ! ¡ Como mi hijo
William !

CONDESA (Dentro foro, como volviendo de un desmayo.) ¡ Mi
hijo ! ¡ Quiero ver a mi hijo !

CONDE (Dentro.) ¡ Esposa ! ¡ Esposa !

CORONEL Capitán ; corra a detenerla... Evitemos
que muera abrazada al cadáver de su hijo. (Vase el capitán por el foro.)

ESCENA XXIX

Aparece ELENA, en traje completo de desposada, por la derecha. Queda horriblemente sorprendida al ver el cuadro que se ofrece a sus ojos.

CORONEL ¡ La novia !

ELENA ¿ Qué es esto ? ¿ Qué es esto ?

CONDESA (Dentro.) ¡ Dejadme ! ¡ Dejadme ! (Como forcejeando con los que la detienen. Siguen dentro los rumores producidos por esta escena interior, con gritos de: "¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío !" y "¡ Ricardo ! ¡ Ricardo !" interín dice Elena, oprimiéndose el pecho:)

ELENA ¡ Ay !... ¡ Ay !...

SAMSON (Acercándose a ella como para prestarla auxilio.) ¡ Señorita !

ELENA (Viendo en Samson la imagen ensangrentada de William.) ¡ El padre de William !... ¡ Ay de mí ! (Cae en brazos de Samson.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

Aparece ARTURO, sentado junto a la mesa escritorio

ARTURO ¡Todo parado!... ¡Todo en completa inacción y abandono!... ¿Qué es un taller sin movimiento? Un cadáver... ¡Y si fuera esto sólo!... Lo malo es que el hambre nos acosa de un modo feroz. Tengo que hacer un esfuerzo titánico para mantener la entereza de mi carácter a la altura de las circunstancias, pero la naturaleza se opone a mi voluntad... Y mi cuerpo desmaya... Y mi cerebro se desvanece...

ESCENA II

Dicho y VANDIK, por la derecha, con una escopeta de caza

ARTURO ¡Nada, Vandik!

VANDIK Nada, señor.

ARTURO Poco tengo que agradecerte.

VANDIK No es culpa mía. Tomo asiento porque me encuentro desfallecido. (Se sienta.)

ARTURO ¿Has recorrido todo el contorno?

- VANDIK Todo.
- ARTURO ¿Y no hay fruta en ningún árbol?
- VANDIK No hay más que ramas. La fruta ha desaparecido...
- ARTURO ¿Ni pájaros tampoco?
- VANDIK Ni eso siquiera... Volaron todos, huyendo de los cazadores hambrientos.
- ARTURO ¿Y qué comen los obreros?
- VANDIK Legumbres cocidas mezcladas con hierbas de todas clases, lo mismo que nosotros.
- ARTURO Me repugna esa bazofia. Mi estómago no puede digerirla.
- VANDIK Esa es la mayor desgracia que puede afligirle al señor; pero si la huelga no acaba pronto, nos moriremos todos de hambre, porque los sembrados ya se van arrasando.
- ARTURO ¡Malditos trabajadores! ¡Qué fuerza tienen en el estómago! Si sintieran como yo siento los mordiscos del hambre en las entrañas pronto acabaría su tesón.
- VANDIK Son muy fuertes.
- ARTURO Pero algunos habrá que no podrán digerir esas hierbas.
- VANDIK Muchos.
- ARTURO ¿Y qué hacen?
- VANDIK Se mueren.
- ARTURO ¡Ah! ¡Se mueren!
- VANDIK Sí, señor. Cargan con el cadáver sus compañeros y a la fosa común.
- ARTURO Entonces aquí el fuerte soy yo. Mi cuerpo enflaquece, pero mi espíritu indomable puede más que la muerte... Al fin son ellos los que habrán de ceder.
- VANDIK Lo dudo, señor, lo dudo.
- ARTURO Tú también... Tú también simpatizas con ellos... ¡Rayos de Dios!... (Se levanta con aire amenazador como para arrojarle airado sobre Vandik. Este se levanta asustado de su asiento, pero apenas da un paso, Arturo siente que desmaya su cuerpo.)
- ¡Qué desvanecimiento! ¡Qué vahido!
- ¡Ven! ¡Ven! Sosténme. ¡Voy a caer!

- VANDIK (Acudiendo en auxilio de su amo.) Sosténgase... Apóyese sobre mis hombros.
- ARTURO ¡ Maldita naturaleza !... ¡ Maldita naturaleza !...
- VANDIK ¿ Quiere el señor que pida socorro?
- ARTURO No, no. Ya pasó... Lo que quiero es que les odies como yo les odio.
- VANDIK Bien, señor, bien.
- ARTURO Dejaste abiertas las puertas de los talleres... Aquí puede entrar quien quiera.
- VANDIK Ojalá entrasen ; señal de que volvían al trabajo y de que se había acabado la huelga.
- ARTURO También es verdad. Voy a respirar un poco el aire libre. Quédate, si quieres. No me haces falta. (Vase por el foro.)

ESCENA III

VANDIK

- VANDIK Vaya unos humos que gasta todavía el señor... ¡ Qué culpa tenemos nosotros de que no pueda digerir su estómago las hierbas cocidas ! ¡ Eso es lo que tiene estar acostumbrado a comer perdices y faisanes !

ESCENA IV

Dicho y KETTI, por la derecha

- KETTI ¿ Nada, Vandik?
- VANDIK Dos manzanas.
- KETTI Vengan. Vengan.
- VANDIK Nada digas al amo... Están medio podridas.
- KETTI No importa.
- VANDIK Aguárdate. Déjame inspeccionar el terreno. No vaya alguno a vernos. (Van al foro.) Por allá va el amo.

- KETTI No hay nadie.
- VANDIK (Sacando las dos manzanas y entregándoselas a Ketti.) Toma.
- KETTI (Devorando una de ellas al punto.) ¡Qué rica fruta ! ¡ Qué rica fruta !
- VANDIK ¡ Es el hambre !
- KETTI Con que ansia me las como. ¡ Cuántas te habrás tú comido en el campo !
- VANDIK Otras dos. (Me he comido una docena.)
- KETTI No te creo. ¿ Cuántas había en el árbol ?
- VANDIK Saca la cuenta.
- KETTI Mira, Vandik... Por cada fruta que me traigas desde mañana, te daré un beso.
- VANDIK Cuánta verdad es que el hambre domestica a las fieras.
- KETTI El amo viene con el Coronel. Vamos, Vandik.
- VANDIK Que no te vea comer. Corriendo. (Vanse por la derecha.)

ESCENA V

Aparecen ARTURO y el CORONEL con algunos OFICIALES, por el foro. Estos se sitúan a respetuosa distancia del Coronel. Todos permanecen de pie. El único que se sienta es Arturo.

- ARTURO Aquí sentados podremos hablar.
- CORONEL Ya veo que se tambalea usted.
- ARTURO No hay que hacer caso.
- CORONEL Pero ¿ a tal extremo llega su debilidad ?
- ARTURO No soy yo el débil. Es mi estómago.
- CORONEL Trata usted de separar lo que es inseparable.
- ARTURO ¿ Qué objeto le trae ? ¿ A qué debo el honor ?
- CORONEL He venido para darle una noticia de gran interés. El honorable señor Jameson.
- ARTURO ¡ Mi padre !
- CORONEL El mismo.
- ARTURO ¿ Qué ha hecho ?
- CORONEL Ha salido de su retiro y ha dado en Lon-

dres, en el gran Palacio de la Ciencia y el Trabajo una conferencia sobre el terrible conflicto que nos aqueja. Este discurso ha producido una inmensa sensación y es objeto de un importantísimo debate en el Parlamento.

ARTURO ¿Y qué ha dicho mi señor padre?

CORONEL Que debe el jefe del Gobierno intervenir para domar la intransigencia del Trust de los carbones en beneficio de los mineros.

ARTURO ¡Oh! Siempre el mismo. No se ha enmendado. Para nada tiene en cuenta la terrible situación porque atraviesan sus hijos.

CORONEL Con su permiso yo me atrevo a opinar que tiene razón.

ARTURO ¿Cómo? ¿Votaría usted en el parlamento en favor de los trabajadores?

CORONEL Sí, señor. Esto aparte de los deberes que me impone el mando que ejerzo al frente de un regimiento del ejército.

ARTURO Yo creo, por el contrario, que el Trust no debe ceder.

CORONEL Me parece que usted no siente hambre todavía.

ARTURO Hace treinta horas que no he probado bocado alguno, señor Coronel.

CORONEL No me lo explico.

ARTURO Hay que humillar la soberbia de los mineros a todo trance para que tengan límite sus pretensiones. De lo contrario saldremos a huelga por día. ¿Si yo mandase el regimiento?

CORONEL ¿Qué haría usted?

ARTURO Por lo pronto convertir a los soldados en tahoneros.

CORONEL No hay trigo. Se consumió hasta el último grano.

ARTURO Hubiera evitado que los obreros se esparciesen por los campos comiéndose los frutos de los árboles. Así hubieran sentido hambre.

CORONEL Ya la sienten. Algunos caen desfallecidos

por las calles. El clamor es general. Los niños piden pan a sus padres.

ARTURO ; Pan ! Eso es. Pan es lo que yo necesito. Vino ya tengo. Algunos ya tendrán pan aunque sea duro. Pregone usted un bando para que lo saquen bajo pena de la vida.

CORONEL Delira usted. Mis soldados no visten el honroso uniforme del ejército inglés para eso. A mí sólo me incumbe sostener el orden con objeto de que sean respetados todos los derechos. Hay huelguistas que mueren de hambre estoicamente y mientras los demás perseveren en la actitud que han adoptado, cruzándose de brazos, mi regimiento seguirá a la expectativa formando pabellones con sus fusiles, plegada la bandera del regimiento.

ARTURO ¿Qué come usted? ¿Qué comen sus soldados?

CORONEL En primer lugar yo soy vegetariano. Para mí sobre la carne, y por lo que respecta a mis soldados... ¿Qué he de decir a usted? Mis soldados se alimentan con panes de carbón y los digieren perfectamente.

ARTURO Ya no hay carne ni pan. Cuando falte todo, las legumbres y hasta las hierbas ¿qué hará usted?

CORONEL ¿Qué hacen los trabajadores?

ARTURO Se mueren de hambre.

CORONEL Pues eso haremos todos, obreros y soldados, moriremos de hambre. Unos en busca de su redención ; otros en cumplimiento del deber. Ellos, los obreros, con la palma del martirio. Nosotros, los soldados, con la divisa del honor, y todos, hijos de Inglaterra, bajo el pavés de la patria.

ARTURO De modo ¿qué no hay remedio?

CORONEL Uno sólo.

ARTURO ¿Cuál?

CORONEL Que ceda el Trust. Que ceda usted.

ARTURO Eso nunca.
CORONEL. (Levantándose.) Visita terminada. No. No se levante. Permanezca sentado.
ARTURO ¿Piensa tomar alguna medida?
CORONEL Ninguna. La solución del conflicto ya no depende de la fuerza pública. Todos los trabajadores de tracción y acarreo han secundado la huelga que ya es general en Inglaterra. Los trenes no circulan ; por las carreteras no transita ni un sólo vehículo. Las calles de Londres están desiertas, los talleres parados. Nadie puede moverse. El país entero se ha convertido en un gigantesco cadáver. Nos hallamos abocados a la catástrofe más espantosa que registran los siglos. Creo que esto debe meditar-se seriamente, amigo mío. Adiós. (Vanse el Coronel y Oficiales por el foro.)

ESCENA VI

ARTURO

ARTURO Si un Coronel del ejército se expresa en tales términos ¿qué han de hacer los demás? Así es como se envalentonan los otros. ¿Y mi padre? ¡Vaya un modo de mirar por sus intereses !

ESCENA VII

Dicho y ELENA, por la derecha

ELENA ¡ Hermano !
ARTURO ¡ Sólo tú faltabas !
ELENA Oyeme.
ARTURO ¿ Traes pan ?
ELENA No.
ARTURO Entonces. Me voy. Me voy para no escuchar tus lamentos de Magdalena arrepentida.

ELENA ¡ Arturo !
ARTURO Dejadme ; dejadme todos. Viviré a solas con mi hambre, pero con mi tesón y mi derecho. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII

ELENA

ELENA ¡ Se ha empedernido su alma ! Por eso no puede girar como la mía. Yo también tengo hambre, pero me muerde más la conciencia. Allí está el taller de máquinas donde William... (Se acerca al foro para mirar al través de las vidrieras.) ¿Será aquél el volante que le hizo pedazos? Ahora está parado. Sólo gira en mi mente. ¡ Ay de mí ! ¡ Qué recuerdos me trae este aposento ! El recuerdo de William me desfallece más que el hambre. (Se deja caer en una silla y llora.) ¡ Abismos de la conciencia ! ¡ Me acuerdo más de William que de Ricardo ! Los dos fueron mis víctimas, pero al otro le sacrificó mi perfidia. Qué ganas tan grandes me acometen de llorar.

ESCENA IX

Dicha y el viejo SAMSON por el foro. Se detiene a contemplar a Elena

SAMSON ¡ Lloras ! ¿Será de hambre? No. El hambre es un ardor de la sangre que seca las lágrimas en los ojos. El hambre es enjuta. ¡ Me da lástima ! ¡ Señorita Elena !

ELENA ¡ Ah ! ¡ Samson ! Ven aquí. Tu cara ya no me asusta. Tu dolor ya no me espanta. (Pausa.) Creo que vas peregrinando en busca de una sombra.

SAMSON En busca del alma caritativa que quiera sacarme la espina que sangra en la mía. Acaso me pueda usted dar alguna luz.

- ELENA ¿Qué quieres saber?
- SAMSON La causa que arrojó a mi William a la desesperación.
- ELENA ¿Deseas vengarle?
- SAMSON Si alguien hubiese sido el matador...
- ELENA Yo le conozco.
- SAMSON ¿Usted?
- ELENA ¿Qué harías si yo te señalase al asesino?
- SAMSON Matarle también.
- ELENA Pues bien. Aquí está su pecho.
- SAMSON ¿Qué escucho? ¡Divino Dios!
- ELENA ¿No llevas encima ningún hierro? Hiere, Samson.
- SAMSON ¿Usted, señorita... usted?...
- ELENA Yo, que apreté su corazón contra el mío. Yo, que aproximé mis labios a los suyos. Yo, que encendí su sangre. Yo, que hice brotar en su alma el deseo, ciñéndole con mis brazos para que estallase en un beso, aquella alma enamorada. Yo, que le denuncié después a mi padre para que castigase su acción, calificándola de villana y miserable... ¿Qué haces que no me matas?... ¿Por qué te detienes, Samson? Salga un rayo de cólera de tus ojos... Piensa en la imagen ensangrentada de tu hijo... ¡Véngale!
- SAMSON (Agarrándola del brazo bruscamente.) ¿Y por qué hizo usted eso?
- ELENA Para desprestigiarle a los ojos de mi padre y con él a todos los obreros que habían despertado nuestro despecho rencoroso.
- SAMSON Y el señor Jameson le afrentó, le humilló, le escarneció...
- ELENA Mi padre le dijo que se fuera a Londres, porque ya no podía dignamente residir en nuestra casa.
- SAMSON ¿Eso sólo?...
- ELENA Y fué bastante para que William pensara en el suicidio... Aquella alma sensible y enamorada no podía hacer otra cosa... ¡Pagó con su vida un beso de amor!

¡Pobre muchacho !... ¡Pobre muchacho !

(Ocupa de nuevo su asiento y llora.)

SAMSON ¡Sufre por él !... ¡Le compadece !...

ELENA ¿No me matas? Tu corazón es más generoso que el mío .

SAMSON ¿Siente usted remordimientos, señorita?

ELENA ¡No se aparta su imagen de mi alma !... Por devolverle la existencia sacrificaría gustosa la mía... Por oír de sus labios una palabra de perdón le daría mi sangre. Más aun, Samson, más aun. ¡Le devolvería aquel beso !... (Samson saca, sin decir palabra, un cuchillo que lleva oculto.)

ELENA ¡Hierre ! ¡Hierre !

SAMSON (Saca un pedazo de pan que trae también oculto. Lo corta en dos pedazos.) Tome usted, señorita. la mitad de este pan.

ELENA ¡Jesús !

SAMSON La perdono en nombre de mi hijo. Me voy para no estallar de pena. (Vase por la derecha.)

ESCENA X

ELENA, que queda suspendida de asombro viéndose con el pedazo de pan en la mano

ELENA ¡Pan generoso ! ¡Bendita sea la harina que sirvió para amasarte !... ¡Bendita sea la tierra que produjo los granos de trigo !... Eres más que el pan de la vida... Eres el pan del amor y la misericordia.

ESCENA XI

Aparece en el foro, sin atreverse a pasar adelante, una MUJER del pueblo, llevando en sus brazos una niña de cinco años

MUJER ¡Pan ! ¡Pan para mi hijita !

ELENA ¡Pobre niña !... ¿Qué edad tiene?

MUJER Cinco años... Me pide pan y no puedo

ELENA dárselo... ¡ Se está muriendo de hambre!
Tome usted. (Le da el pedazo de pan que dejara
Samson en sus manos.)
MUJER ¿ Me da un pedazo tan grande?
ELENA Para las dos.
MUJER No, no. Sólo para ella... Yo ya me ali-
mento con legumbres y hierbas cocidas.
Escondo el pan para que nadie nos lo qui-
te. Da horror lo que pasa, señorita... Da
horror lo que pasa... Gracias una y mil
veces...
ELENA Vaya, buena mujer, vaya.
MUJER ¡ Que Dios se lo pague !... ¡ Que Dios se
lo pague !... ¡ Y eso que dicen que tiene
malos sentimientos ! (Vase por el foro.)

ESCENA XII

ELENA

ELENA Lo que satisface al alma una buena ac-
ción... Ya no tengo hambre.

ESCENA XIII

Dicha y ARTURO, por la izquierda

ARTURO ¿ Aun no te has ido?
ELENA No me he acordado de ti. Tenía pan y
acabo de dárselo a una pobre.
ARTURO ¿ Tenías pan y se lo has dado a una pobre?
ELENA Sí ; a una mujer, que llevaba en brazos a
su hijita muerta de hambre.
ARTURO ¡ Mala hermana ! ¿ Qué has hecho?
ELENA Lo que el corazón me ha dictado.
ARTURO Aun habrá tiempo... Corre y quítaselo de
las manos... ¡ Pan ! ¡ Pan !
ELENA Me pides un imposible.
ARTURO ¿ Ves que parece tu hermano y le das el
pan a otro ? ¡ Estaba por ahogarte en
tre mis manos !

- ELENA Ahógame. Me harías un bien.
ARTURO ¡ Mis piernas flaquean !...
ELENA ¡ Toma asiento ! ¡ Toma asiento !
ARTURO ¡ No te acerques !... ¿ Crees que soy tan débil que ya no pueda llegar hasta la mesa ?... Mira... (Toma asiento.)
ELENA Ese pan no era para nosotros... Estaba manchado de sangre.
ARTURO ¿ De sangre ?
ELENA Sí ; de aquella que vertió William cuando le hizo pedazos la máquina.
ARTURO ¿ Quién te lo ha dado ?
ELENA El viejo Samson.
ARTURO ¡ Para él ! ¡ Para él ! (Pausa.)
ELENA ¡ Qué crimen cometimos, Arturo !
ARTURO ¡ Calla ! ¡ Calla ! ¿ Qué has comido ?
ELENA Nada.
ARTURO ¿ Y no te baila como a mí la cabeza ?
ELENA Me sostiene la pena que siento.
ARTURO Yo quisiera tener fiebre para no tener hambre... Tócame.
ELENA (Le pasa la mano por la mano por la frente.) ¡ Estás frío !
ARTURO Lo que me aterra no es el día de hoy. Es el día de mañana. Esos miserables resisten más que nosotros. ¡ Son capaces de alimentarse con cortezas y raíces... ¿ Sabes porque luchan hasta perecer por las calles ? Porque quieren nuestras libras esterlinas... ¡ Quieren ser señores !... Vivir sin trabajar a costa de nuestro dinero... Pasearse triunfantes pisoteando los derechos de sus amos...
ELENA Calla. Calla. Estamos dejados de la mano de Dios.
ARTURO ¿ Por qué dices eso ?
ELENA Por la ambición que nos domina. Bien decía nuestro padre que los bienes que proporciona el Trabajo deben ser repartidos con más equidad y justicia.
ARTURO Conforme a lo que cada cual pone de su parte.

ELENA Ellos, los trabajadores, ponen el sudor y la fatiga.

ARTURO Eso no cuesta dinero.

ELENA Extraen el pan negro de las oscuras entrañas de la mina. Luego este mismo pan, convertido en sabroso alimento, se derrocha en nuestra mesa y falta en la suya.

ARTURO Ellos son más rudos y toscos que nosotros.

ELENA ¡ Por Dios, hermano ! Deja que descienda hasta tu corazón una ráfaga de amor al prójimo. Ilumina tu espíritu con el resplandor que ha puesto claridad en el mío. ¡ Acuérdate de William ! ¡ Acuérdate del doloroso sacrificio de Ricardo ! ¡ Compara la paz que antes reinaba en esta casa con la guerra que ahora sostienes !... Compara y verás la diferencia.

ARTURO Compara tú también los balances y verás la diferencia que va en libras esterlinas.

ELENA ¿ Y para qué tantas libras esterlinas ? Una perla menos en el collar... Más sobriedad en los gastos de la mesa y una cuenta corriente no tan crecida en el Banco... ¡ Cuántas lágrimas enjugan y cuántas miserias evitan !

ARTURO Pan es lo que necesito y no sermones.

ELENA ¿ Para que pides pan ? Come libras esterlinas.

ARTURO De eso me quejo ; de la implacable Naturaleza que nos impone sus necesidades.

ELENA Si tanto amas las riquezas debes agradecersele.

ARTURO ¿ Por qué razón ?

ELENA Porque merced a esa ley implacable los trabajadores sienten la necesidad que todos sienten de tener que vivir para comer. Si así no fuera, no tendrías criados, ni talleres, ni riquezas.

ARTURO Dejemos eso. ¡ Qué angustia !

ELENA ¡ Desventurado ! ¿ Piensas vivir sin comer ?

ARTURO Ya me alimentan tus recriminaciones.

- ELENA Despégate algo de tu amor al dinero. Ofrece por un pan una suma considerable.
- ARTURO Ya lo hice y esa es mi esperanza ; pero no vienen... no vienen.
- ELENA Habrás ofrecido poco.
- ARTURO ¡ Cien libras ! ¡ Cien libras ! Que me las arranca del corazón.
- ELENA Ofrece hasta mil si es necesario.
- ARTURO ¿ Mil libras por un pan ? Antes me muero de hambre. Pero ese bergante de Vandik, ¿ qué hace viendo que nadie acude ? Llámale. Y también a Ketti. Que vengan todos.
- ELENA (Tocando un timbre primero y acercándose luego a la puerta derecha llamando.) ¡ Ketti ! ¡ Vandik ! Bajad al punto.
- ARTURO Se conoce que ellos comen y están satisfechos. No importa que padezca el amo. ¡ Vaya un interés que demuestran !
- ELENA Sosiégate que ya vienen.

ESCENA XIV

Dichos y VANDIK y KETTI por la derecha.

- VANDIK Aquí estamos.
- ARTURO ¿ Cómo cumpliste mi encargo ?
- VANDIK Fuí a muchas casas haciendo el ofrecimiento.
- ARTURO ¿ No dijiste que... ?
- VANDIK Sí. Unos trabajadores me dijeron que vendrían y que traerían un pan.
- ARTURO Nadie ha venido. Y en cambio vosotros tan apacibles y satisfechos. Habíais de sentir los mordiscos que yo siento en las entrañas. ¡ Moveos ! ¡ Moveos !
- VANDIK (Yéndose del foro.) Aquí viene un obrero.
- ARTURO ¡ Ese viene por las cien libras esterlinas !

ESCENA XV

Dichos y OBRERO por el foro.

OBRERO ¿Es verdad que el señor ofrece?...
ARTURO Sí. Diez libras por un pan. ¿No lo traes?
OBRERO Dijéronme que eran cien libras.
ELENA Sí. Cien libras.
OBRERO Haremos por el señor un gran sacrificio.
¡Nuestros hijos se mueren de hambre!
ARTURO ¡Bah! ¡Bah! Dejaos de hijos. ¡Libras!
¡Libras!
OBRERO Estamos desfallecidos. No se ven por doquiera más que rostros cadavéricos.
ARTURO ¡Libras! ¡Libras!
ELENA ¡El pan! ¡El pan!
OBRERO Lo traen mis compañeros que atrás quedaron un poco.
ARTURO ¡Qué agonía!
OBRERO Ya están ahí.
ARTURO ¡Pronto! ¡Pronto!
OBRERO Venid, compañeros, venid. Que el señor tiene hambre... ¡Daos prisa! ¡Daos prisa!

ESCENA FINAL

Aparecen seis OBREROS con el rostro escuálido y malamente vestidos. Uno de ellos trae una bandeja y en ella un pan de carbón de piedra cubierto con un papel.

OBRERO Aquí está el pan. Ofréceselo al amo.
ARTURO Venga. Venga. (Con gran precipitación arroján-dose sobre la bandeja y apoderándose del pan de carbón.)
¿Qué esto? ¡El pan de piedra! ¡El pan de piedra! (Cae sobre la silla arrojando al suelo el carbón y prorrumpiendo en una gran carcajada, como hombre que pierde la razón.) ¡Ja... ja... ja!...

TELÓN

FIN DEL ACTO IV



ACTO QUINTO

La decoración de los actos segundo y cuarto.

ESCENA I

Aparecen en escena OBRERO y otros muchos

OBRERO ¿Habéis visto qué cara de bondad ha traído?

TODOS Sí. Sí.

OBRERO Podemos asegurar que ha empezado de nuevo la dicha en esta casa.

ESCENA II

Dichos y WIT por el foro.

WIT ¿Es verdad, compañeros?

OBRERO Albricias, Wit, albricias.

WIT ¿Cuándo ha venido?

OBRERO Esta mañana en el primer tren que ha circulado después de la terminación de la huelga.

WIT ¿Y dónde está; dónde está el señor Jameson?

OBRERO Arriba con su hija la señorita Elena quien también se ha sorprendido por su llegada; mas no tardará en bajar.

WIT ¿Le habéis visto? ¿Viene algo cambiado o desconocido?

- OBRERO Nada de eso, Wit, nada de eso. Ha llegado como se fué; hasta con el mismo traje, pero más bueno y cariñoso que nunca.
- WIT La alegría me ensancha el corazón hasta el punto que parece como que quiere saltar del pecho.
- OBRERO Lo mismo nos sucede a nosotros. ¡Ahí es nada, tenerle de nuevo por amo!
- WIT Es más bueno que el pan.
- OBRERO Un hombre justo. Yo le estreché en mis brazos al llegar como si hubiera sido mi padre.
- WIT Para él no tiene más valor el dinero que aquel que le otorgan las buenas acciones.
- OBRERO Así es como se hace de respetar.
- WIT Y de querer.
- OBRERO (Acercándose a la derecha.) Me parece que ya baja. Sí; ya baja.

ESCENA III

Dichos y JAMESON por la derecha.

- JAMESON ¡Amigos !...
- OBRERO ¡Viva el señor. Jameson !
- TODOS ¡Viva !
- WIT Señor, señor... (Alargándole la mano.)
- JAMESON A mis brazos, Wit, a mis brazos. (Se abrazan.)
- OBRERO ¡Hurra !
- TODOS ¡Hurra !
- OBRERO A mí también otro abrazo.
- TODOS Y a mí. Y a mí.
- JAMESON Abrazadme cuanto queráis. Apretad de firme. A ver si alguna vez el cariño puede ahogarnos.
- WIT Basta. Basta.
- OBRERO Dispénsenos, señor Jameson. Es que teníamos ganas de verle.
- JAMESON Ya sé que habéis padecido mucho; pero

ya estoy aquí... Ya estoy aquí. ¿Deseará usted volver a sus máquinas, Wit?

WIT Ya lo creo, señor, ya lo creo.

OBRERO Y nosotros también estamos ávidos de volver a bajar a la mina y ponernos la cara como los negros de Guínea para que usted vea que trabajamos a gusto.

JAMESON Ya lo sé, amigo Dewet, ya lo sé. Hay que arrancarle a la Tierra los panes que esconde para convertirlos en calor y electricidad y dar con ellos movimiento, luz, y alegría al mundo.

ESCENA IV

Dichos y FULTON por el foro

WIT ¡Fulton!

OBRERO ¡El maestro de escuela!

FULTON ¡Señor!

JAMESON ¡Hola, maestro! (Se abrazan.)

WIT ¡*Old raid!*

TODOS ¡*Old raid!*

FULTON Me parece que sueño.

JAMESON No hay tal sueño, Fulton, no hay tal sueño. Apriete de firme a ver si tropieza con la realidad.

FULTON Es usted el mismo.

JAMESON Míreme bien a ver si se equivoca.

FULTON (Volviendo a los brazos de Jameson.) ¡Señor Jameson! ¡Señor Jameson!

JAMESON Se ha vuelto más niño de lo que era. A ver si con tantos apretones me hacéis saltar las lágrimas, porque yo no os entrego el cuerpo, os entrego el alma.

FULTON El alma es la que se me está saliendo por los ojos.

JAMESON Propongo un armisticio. Hablemos como si nunca hubiéramos dejado de vernos.

FULTON Bueno, señor, bueno.

JAMESON Supongo que querrá usted de nuevo ejercer su noble magisterio.

FULTON ¿Volver a mi profesión? ¿Educar a los niños?

JAMESON A ver si ahora le mata la alegría y logra su esperanza.

FULTON ¿Se abrirá de nuevo la escuela?

JAMESON No estará cerrada más que el tiempo que usted considere necesario para que puedan reanudarse las clases. Creo, sin embargo, mejor que la pintemos de nuevo. Traigo unas cajas repletas de instrumentos y de formas empíricas para que puedan las lecciones del maestro adaptarse más prontamente al entendimiento de los niños.

ESCENA V

Dicho y SAMSON por el foro

WIT ¡ El viejo Samson ! ¡ El viejo Samson !

JAMESON ¡ Samson ! ¡ Oh ! (Se abrazan sin decir palabra. Los demás se apartan enjugándose los ojos. Cuadro de muda sensación.)

SAMSON ¡ Tiemblo ! ¡ Tiemblo !

JAMESON Tome asiento aquí. (Le conduce cariñosamente hasta una silla haciendo que tome asiento.) ¡ Esta es la emoción más fuerte ! (Todos los obreros se reconcentran para formar un grupo aparte del que forman Jameson y el viejo Samson.) ¿ Aun no se ha cicatrizada su herida ? ¿ No es verdad, Samson ?

SAMSON Abierta se halla todavía pero estoy más consolado porque se derramó sobre ella un bálsamo bienhechor.

JAMESON ¿ Las lágrimas de un corazón arrepentido ?

SAMSON ¿ Le ha dicho la señorita ?

JAMESON Todo. Y también que usted fué pródigo desprendiéndose por mitad de aquel pan de amor y misericordia.

SAMSON ¡ Ya estoy pagado ! ¡ Ya estoy pagado !

JAMESON Esta es mi diestra, Samson.

SAMSON ¡ Ah ! señor.

JAMESON ¿ Somos amigos ?

SAMSON ¿ Qué escucho ? Cómo sabe usted penetrar en el alma de este pobre viejo. Mi cuerpo se inclina hacia la tierra. Usted me sostiene.

JAMESON Yo seré su báculo. Amigos, el viejo Samson nos da ejemplo a todos por su fortaleza de ánimo. Es más fuerte que un roble. Vivirá eternamente para corresponder al hondo efecto que yo le profeso y al cariño que se ha conquistado entre sus compañeros.

FULTON El coronel del regimiento de Irlanda y algunos oficiales.

WIT Nos retiramos.

JAMESON No. Pueden quedarse. La visita del coronel es de cumplido.

ESCENA VI

Dichos y el CORONEL, seguido de algunos de sus oficiales.

CORONEL Breves instantes, señor Jameson.

JAMESON Adelante, mi coronel. Estoy a sus órdenes.

CORONEL Constituimos la representación del regimiento de Irlanda. Le damos la bienvenida en primer lugar y en segundo le felicitamos por el gran discurso que pronunció en Londres en el Palacio del Trabajo y la Ciencia y cuyas conclusiones han sido aceptadas por el Parlamento dando lugar al término feliz de la huelga que tanto afligía a nuestra Patria. Con hombres de ese temple y de esa elevación de espíritu es como se engrandecen los pueblos y se dignifican los ciudadanos.

JAMESON Coronel. Recibo con profunda gratitud el homenaje que os dignáis hacerme en nombre de vuestro regimiento. Me consta la digna actitud que habéis guardado en el

pasado conflicto demostrando que la disciplina y la humanidad no son incompatibles en todos los casos. El regimiento que puede ostentar como divisa de su gloria el hermoso sacrificio del capitán Ricardo de Wilson merece ser mandado por un coronel tan digno como el marqués de Cowes.

CORONEL ¡ Viva el honorable señor Jameson !

TODOS ¡ Viva !

JAMESON ¡ Viva el coronel del regimiento de Irlanda.

TODOS ¡ Viva !

CORONEL ¡ Viva el pueblo de Inglaterra !

TODOS ¡ Viva ! (Se estrechan la mano el Coronel y Jameson y vanse el coronel y oficiales por el foro.)

ESCENA VII

Los mismos menos el CORONEL y OFICIALES

JAMESON Me ha complacido sobremanera, amigos míos, que me hayáis secundado tan espontáneamente en esta manifestación. Grabad en vuestra memoria las palabras que voy a dirigiros. En la lucha que se ha entablado entre el Trabajo y el Capital, la misión más difícil y espinosa corresponde a la fuerza armada. Los trabajadores quieren ir muy deprisa porque así lo exigen las necesidades que sienten, cada vez más apremiantes, y los patronos van muy despacio porque así conviene al principio de los intereses creados. De este irreparable antagonismo surge el choque que rompería la disciplina social si ésta no se hallase amparada y defendida por la disciplina del Ejército. ¿Dónde está el remedio? En el dolor también inevitable. Sabedlo. El dolor es el gran maestro de la vida y tiene enseñanzas para todos. Para el trabajador

porque le enseña a legitimar sus ideales de justicia. Para el patrono porque aprende a modificar más liberalmente las formas de su egoísmo y para el ejército porque aleccionen sus procedimientos de fuerza hasta evitar el superfluo derramamiento de sangre. Lo malo es que los Códigos se divorcian accidentalmente de la realidad de los tiempos, donde se contienen nuevas fórmulas de Progreso y Justicia, y para entonces es cuando hacen falta los hombres de buena voluntad que eviten el excesivo rigor de los choques dolorosos. Así lo ha comprendido el coronel del regimiento de Irlanda a juzgar por la conducta prudente y generosa que ha observado con los huelguistas. Así debéis haberlo comprendido vosotros y por esta misma razón he correspondido yo a su buena voluntad apretando su mano, no por mera fórmula, sino esculpiendo en ella el calor que brota del alma agradecida.

WIT Magnífico, señor Jameson; magnífico.
 FULTON Si yo supiera expresarme de ese modo cuántos Sénecas y Demóstenes saldrían de mi escuela.
 SAMSON ¡Qué lástima que haya muerto mi William, para que también le hubiese oído!

ESCENA VIII

Idem y ELENA, por la derecha

ELENA ¡Padre!
 JAMESON Ven, hija mía. ¡No me cansaría de tenerle en mis brazos! Dewet, Fulton y Wit... Arriba encontraréis al doctor George. Recitad las instrucciones que tiene que comunicaros... Adiós, Samson... Hasta la vista amigos.

SAMSON Adiós, señor. *(Oye a Dewet, Fulton y Wit por la izquierda y Samson y los demás por el lado.)*

ESCENA IX

JAMESON y ELENA

JAMESON Toma asiento, Elena. (Se sientan.) ¡Conque embeleso te contemplo!

ELENA Yo también.

JAMESON Dejé una rosa altiva y me encuentro con una humilde violeta. Serás el encanto de mi vejez.

ELENA ¡Ay, padre mío!

JAMESON ¿Por qué inclinas así la frente?

ELENA ¿Cómo habré de decírselo al más bueno de los hombres, al más cariñoso de los padres?

JAMESON La verdad debe decirse por amarga que sea.

ELENA La flor de mi vida se ha tronchado. El recuerdo de William y la imagen de Ricardo se han interpuesto en mi alma en forma de cruz y con ella voy a cuestras.

JAMESON No te afljas... Yo seré tu Cirineo.

ELENA Ya he perdido la fe en los bienes que reporta la existencia. Allí donde dirijo las miradas hallo una prenda acusadora. Descubro mi joyero y el brillo que despiden las sortijas y los brillantes me ofende como si en vez de halagar castigasen mi vanidad de mujer. Abro la consola y me encuentro con mi traje blanco de desposada y el ramo de azahar marchito. Monto a caballo para ver si expansiono en mi distracción favorita el corazón entristecido y apenas salgo al campo aflojo las riendas ensimismada en mis pensamientos. El caballo me guía a su antojo y mira, padre, que instinto... Siempre me conduce al mismo lugar... Al montículo donde hallé a William, pintando, aquella triste mañana... Así resulta que la vida se me hace insoportable y me acomete la idea,

como única esperanza, de arrojarla a la oración y al silencio en un piadoso retiro... a la soledad del claustro.

JAMESON ¡Ya me has herido!

ELENA ¡Pérdoname!

JAMESON No implores mi perdón... Implora mi consejo.

ELENA Aconséjame.

JAMESON Tu alma ha girado, pero como siempre acontece ha rebasado el término justo de la parada. Te hallabas en el extremo Norte, llena de vanidades y orgullos, y te has pasado al extremo Sur llena de sombras y supersticiones. Antes la mujer excesivamente vanidosa; ahora la Elena demasiado sentimental.

ELENA ¿Puede haber otra Elena?

JAMESON Sí.

ELENA ¿Cuál?

JAMESON La Elena razonable.

ELENA ¡Ay, Padre! ¿Dónde está esa perla?

JAMESON Voy a decírtelo si me prometes aflojar las riendas de tu pasión como haces con las riendas de tu caballo. Yo no te conduciré al montículo que es tu pequeño Gólgota.

ELENA ¡Habla! ¡Habla!

JAMESON ¡Siempre el convento! Como si el naufragio de la dicha no tuviese otra playa donde arribar.

ELENA ¿Hay otras playas?

JAMESON Tantas como mares tiene la vida. Oyeme sin rubor y sin vergüenza del alma. En tu existencia desolada aun puede haber otro mayo florido. Aun puede volver a tus sien- nes el ramo de azahar.

ELENA ¿Qué dices?

JAMESON Ahora que eres buena. Ahora que tu persona vale y que despide tu alma perfume de violeta, cuando atesoras las pruebas que constituyen el fundamento de la dicha humana, pretendes arrojarlas a la soledad del claustro. No, hija mía. Detente

en el término justo. Fíjate en alguno de esos jóvenes obreros que bajan a la mina cargados con la cruz de su pobreza, pero contentos y satisfechos por el trabajo que les cupo en suerte. Fíjate en el más honrado aunque sea el más pobre y hazle feliz.

ELENA ¿Sería posible que?...

JAMESON ¿No era William, a quién sacrificaste, un obrero?

ELENA Sí.

JAMESON ¿No te había abierto su corazón?

ELENA Sí.

JAMESON ¿No hubiera hecho tu felicidad?

ELENA Seguramente.

JAMESON Pues ya que un obrero no pudo hacerte dichosa porque tu vanidad invirtió los términos de la dicha verdadera, ahora que tu alma ha girado tómate esta penitencia. Cásate con otro obrero y hazle dichoso.

ELENA ¡Dios mío! ¡Dios mío!

JAMESON Eso es lo que te manda Dios. Eso es lo que pide la Naturaleza. Eso es lo que reclama la virtud y ese es el deber que te impone tu padre.

ELENA ¡Tienes razón, padre mío! Seguiré tu consejo.

JAMESON ¡Ah! Este es día de gloria y jubileo. ¡Qué peso tan grande me quitas del corazón! Ya te has hecho digna de poseer una prenda inestimable. Una joya de arte.

ELENA ¡Me sorprendes!

JAMESON (Sacando de su cartera un papel doblado. Es el retrato de Elena que pintó William.) Aquí está la joya. Tuva es.

ELENA ¡Mi retrato! ¡El retrato que pintó William!

JAMESON Y que ha sido mi embeleso en mi larga ausencia.

ELENA ¿No escribiste aquí al pié?...

JAMESON Ya veo que aun te acuerdas... Escribí es-

ta frase : La cabeza es hermosa, pero sin seso.

ELENA ¿Y la has borrado?

JAMESON Sí ; la he borrado con mis besos y mis lágrimas.

ELENA (Abrazando a su padre.) ¡ Padre adorado ! ¡ Padre adorado ! (Pausa.)

JAMESON Basta, hija mía, basta. No seamos egoístas hasta el punto de apurar el tiempo sólo en nuestro provecho. No sólo se cebó en ti la desgracia.

ELENA Es verdad. Ocupémonos de Arturo.

JAMESON ¿Dónde está?

ELENA (Señalando la primera derecha.) En aquella habitación.

JAMESON Me dijiste que le acometen accesos furiosos en su locura.

ELENA Por eso le tenemos encerrado. Sólo yo consigo amansar a la fiera. Sólo de mi mano quiere recibir los alimentos. ¿Quieres verle?

JAMESON No. Porque malograríamos el plan del doctor.

ELENA ¿Quieres oírle?

JAMESON Eso sí.

ELENA Atiende. (Vase a la primera derecha y da algunos golpecitos en la puerta diciendo.) ¡ Arturo ! ¡ Arturo !

ARTURO (Dentro con voz estentórea como al final del acto cuarto.)
¡ El pan de piedra ! ¡ El pan de piedra !...
Ja... ja... ja...

JAMESON ¡ Desdichado ! Basta, Elena. No le exaltes. Ahí tienes el resultado de las malas pasiones. Yo dejé en sus manos la dirección del negocio como él quería, sabiendo que una tempestad de dolor había de pasar por esta casa , porque no había otro remedio. No hay Ciencia ni Amor ni Sabiduría, que puedan poner freno a la ambición de los hombres. En semejante caso tiene que cumplirse la Ley inexorable.

El dolor tiene que hacer su oficio... ¡Pobre Arturo! ¡Pobre hijo mío!

ESCENA X

Dichos y el Doctor GEORGE por la derecha seguido de DEWEI, FULTON y WIT. Este con una bandeja cubierta con un papel. Salen también dos obreros con hachones encendidos

MÉDICO ¡ Señor Jameson !
JAMESON ¿ Llegó ya la hora ?
MÉDICO ¿ Recuerda bien mis instrucciones, señorita ?
ELENA Y tanto. Abriré esa puerta y le diré a mi hermano que ya vienen los obreros con el pan apetecido...
MÉDICO Lo mismo que cuando perdió la razón.
ELENA Exactamente.
MÉDICO ¿ Qué personas había más aquí ?
ELENA Mi doncella Ketti y Vandik.
MÉDICO ¡ Qué bajen ! ¡ Qué bajen !
JAMESON Vaya, Fulton, déles el aviso.
FULTON Al instante. (Vase Fulton por la derecha.)

ESCENA XI

Los mismos menos FULTON

MÉDICO (Al obrero.) ¿ Usted se acuerda bien del papel que tiene que desempeñar ?
OBRERO Perfectamente.
MÉDICO ¿ Cuál era el puesto que ocupaba ?
OBRERO Allí, junto a la puerta de entrada al taller.
MÉDICO Colóquese en el mismo lugar. (El obrero se sitúa en el foro.)

ESCENA XII

Dichos y FULTON y KETTI y VANDIK por la segunda derecha.

MÉDICO ¿ Ustedes dónde se hallaban cuando perdió la razón su amo ?
KETTI Yo en este lugar.
VANDIK Y yo en este.
MÉDICO Muy bien. Ya se ha reconstituido en parte

la escena. Ahora ciérrense todas las puertas para que no pueda penetrar en esta sala la luz del día. (Vase Fulton por el foro para cumplimentar la orden quedando luego por algunos instantes obscura la escena iluminada sólo con los hachones.)

JAMESON Doctor ; tiemblo a mi pesar. ¿Usted confía en que vuelva la luz al cerebro de ese desgraciado?

MÉDICO El choque que ha de producirse en su cerebro debe ser muy enérgico, si han de recuperar su puesto las células perturbadas, pero la impresión que vamos a producirle será también muy profunda. ¿Y la bandeja con el pan?

WIT Aquí está.

MÉDICO Señor Jameson. Nosotros fuera.

JAMESON Vamos. ¡ Valor, hija mía !

ELENA Ya lo tengo, padre. (Vanse por el foro Jameson, el Médico, Fulton y Wit. Los demás quedan en escena ocupando los puestos señalados. Los obreros con los hachones si sitúan al fondo uno a cada lado.)

ESCENA XIII

Los mismos, menos los indicados

ELENA ¡ Oh mi Dios ! ¡ El amor me ha redimido ! En mi corazón ha brotado de nuevo la esperanza. ¡ Qué sea la ciencia la que redima a mi hermano, desvaneciendo las sombras de su espíritu ! (Abre la puerta primera y dice:) Ven, Arturo... Ven, hermano mío... Ya está aquí el obrero que trae el pan que codicias.

ESCENA XIV

Dicha y ARTURO, por la derecha

ARTURO ¡ No vienen ! ¡ No vienen ! ¡ Tengo hambre ! ¡ Tengo hambre !

ELENA Mírale... Ahí está.

ARTURO ¡ Ese viene por las cien libras esterlinas !

- OBRERO Hacemos un gran sacrificio por el señor...
 nuestros hijos se mueren de hambre.
- ARTURO ¡Bah! ¡Bah! Dejaos de hijos. ¡Libras!
 ¡Libras!
- OBRERO Sólo se ven por doquiera rostros cada-
 véricos.
- ARTURO ¡Libras! ¡Libras!
- ELENA ¡Pan! ¡Pan!
- OBRERO Ya lo traen mis compañeros que atrás
 quedaron.
- ARTURO ¡Pronto! ¡Pronto!
- OBRERO Venid, compañeros que el amo tiene ham-
 bre... ¡Daos prisa! ¡Daos prisa!
- ARTURO ¡Pan! ¡Pan!

ESCENA FINAL

Dichos y JAMESON, seguido del MÉDICO, FULTON, WIT, SAM-
SON y otros OBREROS. Jameson trae la bandeja con el pan de
trigo cubierto por un periódico.

- OBRERO ¡Aquí está el pan! Ofréceselo al amo.
 (Jameson se adelanta y ofrece el pan en la bandeja
 Arturo.)
- ARTURO (Arrojándose sobre él como fiera hambrienta.) ¡Ven-
 ga! ¡Venga! (Lo descubre y al ver que aquel no
 es el pan de sus delirios queda en suspenso.)
- JAMESON (Con voz vibrante.) ¡Ese no es el pan de pie-
 dra, hijo mío! Es el pan de trigo que
 ofrece la Naturaleza... ¡El pan de la vida
 que bien repartido produce la dicha de to-
 dos los hombres en el Amor, la Paz y el
 Trabajo!
- ARTURO (Reconociendo a su padre y arrojándose en sus bra-
 zos.) ¡Padre!...
- TODOS ¡Hurra!...

TELÓN

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 24.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|-------------------------------|-------------------------------|
| 1. La princesa del dollar | 33. El vergonzoso en palacio |
| 2. La Ola gigante | 4. La fuerza de la con- |
| 3. El señor Conde de Lu- | 35. Aurora ciencia |
| xemburgo | 36. Eva |
| 4. Captura de Raffles o el | 37. El Bufón |
| triunfo de Sherlock | 38. El cuchillo de plata |
| Holmes | 39. Nick Carter |
| 5. El Sol de la Humanidad | 40. La cena de los cardena- |
| 6. Zazá | ¡Justicia humana! les |
| 7. Mujeres vienesas | 41. El señor feudal |
| 8. Hamlet | 42. El veranillo de S. Martín |
| 9. Giordano Bruno | 43. El desdén con el desdén |
| 10. El nido ajeno | 44. Cuento inmoral |
| 11. El Rey | Amor de amar |
| 12. Prisionero de Estado o | 45. La dama de las camellas |
| la Corte de Luis XIV | 46. La domadora de leones |
| 13. Los Miserables | 47. Los dos sargentos fran- |
| 14. La ladrona de niños | ceses |
| 15. Los dioses de la mentira | 48. El Místico |
| 16. Cristo contra Mahoma | 49. García del Castañar |
| 17. Juventud de Príncipe | 50. La fierecilla domada |
| 18. Juan José | 51. El honor |
| 19. La sociedad ideal | 52. El sí de las niñas |
| 20. La cizaña | 53. María Antonieta |
| 21. Entre ruínas | 54. La viuda alegre |
| 22. La vida es sueño | 55. El conde de Montecristo |
| 23. Sabotage | 56. Otelo |
| Pasa la ronda | 57. El Barbero de Sevilla |
| 24. Magda | 58. Daniel |
| 25. El papá del Regimiento | 59. Pecado de juventud |
| 26. El Alcalde de Zalamea | 60. Nadie más fuerte que |
| 27. Los dos pilletes | Sherlock Holmes |
| 28. D. Juan de Serrallonga | 61. La muerte civil |
| 29. El Rey Lear | 62. La apuesta de Don Juan |
| 30. Espectros | Tenorio |
| 31. Las Cigarras Hormigas | 63. Sor Teresa o El claustro |
| 32. El registro de la policía | y el mundo |
| | 64. La niña boba |

ROMEO Y JULIETA

Esta obra es propiedad de su arreglador y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los Países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El arreglador se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de autores españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El presente arreglo ha sido escrito sirviendo de base la traducción literal e íntegra que tengo hecha de la grandiosa tragedia de Shakespeare que lleva el mismo título.

El final de la obra, salvo ligeras modificaciones en algún detalle, es el mismo del gran dramaturgo inglés; desenlace menos conocido del público que concurre a nuestros teatros, pero de mayor intensidad dramática que el compuesto por Garrick y adoptado más tarde por Ernesto Rossi, Cesare Turati y otros célebres actores.

WILLIAM SHAKESPEARE

ROMEO Y JULIETA

Tragedia en cinco actos

Traducción del inglés y arreglo para la escena española
por

J. ROVIRALTA BORRELL



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1912

PERSONAJES

LA SEÑORA DE CAPULETO.

JULIETA, hija de Capuleto.

LA NODRIZA de Julieta.

MONTESCO } Jefes de dos familias enemistadas entre sí.
CAPULETO }

CAPULETO 2.º, primo del otro Capuleto.

ROMEO, hijo de Montesco.

FRAY LORENZO, fraile franciscano.

ESCALO, príncipe de Verona.

MERCUCIO, pariente del príncipe y amigo de Romeo.

BENVOLIO, sobrino de Montesco.

TIBALDO, sobrino de Capuleto.

EL CONDE PARIS, joven noble, pariente del príncipe.

UN BOTICARIO

SANSÓN } criados de la casa de Capuleto.
GREGORIO }

BALTASAR } criados de la casa de Montesco.
ABRAHAM }

EL PAJE del Conde Paris.

Pajes, criados, máscaras, guardias, ciudadanos de Verona, etc.

Escena: en Verona, excepto en el cuadro primero del acto quinto, que pasa en Mantua, a principios del siglo XIV.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Una plaza de Verona

ESCENA PRIMERA

SANSÓN y GREGORIO, de la casa de Capuleto, armados con espadas.

SANS. A fe mía, Gregorio, que no dejaremos que nos echen una albarda encima.

GREG. Claro que no, porque entonces nos tomarían por acémilas.

SANS. Quiero decir que si montamos en cólera, sacaremos a relucir la herramienta.

GREG. Procura que en tu vida se te ponga tal cosa en la cabeza.

SANS. Yo pego al punto cuando me mueven, y para moverme basta un perro de la casa de Montesco.

GREG. Entonces empieza a sacar tu garrancha, que aquí vienen dos de la casa de los Montescos. (Desenvainan.)

ESCENA II

Dichos, BALTASAR y ABRAHAM; después BENVOLIO

SANS. Ya está desnuda mi arma. Provócalos; yo te guardaré las espaldas.

- GREG. ¡Cómol! ¿Volviendo las tuyas y echando a correr?
- SANS. De mí no temas.
- GREG. No, pardiez; ¡yo tener miedo de tí!
- SANS. Hagamos por tener la ley de nuestra parte: que empiecen ellos.
- GREG. Yo frunciré el gesto al pasar, y que lo tomen como les dé la gana.
- SANS. No tal, sino como se atrevan. Yo haré una mueca al pasar por su lado, y será una mengua para ellos si lo toleran.
- BALT. (A Sansón.) ¿Va para nosotros la mueca esa, caballero? (Con marcada ironía.)
- SANS. Ciertamente, yo hago una mueca, caballero.
- BALT. (Levantando la voz y recalcando las palabras.) ¿Va para nosotros la mueca esa, caballero?
- SANS. (A Gregorio.) (¿Está de nuestra parte la ley si digo que sí?)
- GREG. No.
- SANS. (A Baltasar.) No, señor. Yo no hago tal mueca para vosotros precisamente; pero lo cierto es que yo hago una mueca.
- GREG. ¿Buscáis camorra?
- BALT. ¿Camorra, decís?
- SANS. Si la buscáis, caballero, estoy a vuestra disposición. Sirvo a un amo que vale tanto como el vuestro.
- BALT. Pero no vale más.
- SANS. No digo que no.
- GREG. (A Sansón.) Di que vale más. Aquí viene un pariente de mi amo.
- SANS. (A Baltasar.) Pues sí, señor: vale más.
- BALT. Mentís.
- SANS. Desenvainad, si sois hombres. Gregorio, no olvides tu famosa estocada. (Pelcan.)
- BEN. Separaos, majaderos. Envainad las espadas. (Abate las espadas de ambos.)

ESCENA III

Dichos y TIBALDO

- TIB. (A Benvolio.) ¡Holá, holá! ¿Con el hierro desnudo entre esos cobardes canallas? Vuélvete, Benvolio, y mira por tu vida. (Desenvaina.)
- BEN. Cíñome a mantener la paz. Conque, envaina tu acero, o bien empléalo para ayudarme a separar esa gente.
- TIB. ¡Habrás visto! ¡Espada en mano y hablar de paz! Odio esa palabra como odio al infierno, a todos los Montescos y a ti. ¡Defiéndete, cobardel! (Pelean.)

ESCENA IV

Dichos, CAPULETO, MONTESCO y varios individuos de uno y otro bando, que toman parte en la refriega; entran luego varios Guardias y Ciudadanos armados con garrotes y picas.

VARIOS CIUDS. ¡A ellos! ¡a ellos!

CIUD. 1.º ¡Vengan garrotes y picas!

CIUD. 2.º ¡Pegad de firme!

VARIOS CIUDS. ¡Duro, duro!

CIUD. 3.º ¡Dad en tierra con ellos!

VARIOS CIUDS. ¡Abajo los Capuletos!

OTROS CIUDS. del lado opuesto. ¡Abajo los Montescos!

UNOS CIUDS. ¡A ellos!

OTROS CIUDS. ¡A ellos!

ESCENA V

Dichos, el PRÍNCIPE con su acompañamiento

- EL PRÍNC. Súbditos revoltosos, enemigos de la paz, profanadores de ese acero tinto en sangre de vuestros conciudadanos... ¡Qué! ¿No

me escucháis? (Los dos bandos van cejando poco a poco en la pelea.) Ea, vosotros, hombres, fieras, que apagáis el fuego de vuestra saña cruel con purpúreos manantiales que brotan de vuestras venas; bajo pena de tormento arrojad de esas manos sangrientas vuestras armas, y oid la sentencia de vuestro airado Príncipe. Por vos, anciano Capuleto, y por vos, Montesco, tres reyertas intestinas han turbado el sosiego de las calles de Verona. Si en lo venidero promovéis nuevos disturbios, vuestras vidas pagarán el quebranto de la paz. Retiraos todos. (Vanse todos, menos Montesco y Benvolio.)

ESCENA VI

MONTESCO y BENVOLIO

MONT. Dime, sobrino: ¿dónde está mi hijo Romeo? ¿Le viste hoy? ¿Tomó parte en la refriega?

BEN. Señor, esta mañana, una hora antes que el sol asomara por los balcones de Oriente, cierta inquietud me impulsó a salir de casa, y allí, en el bosquecillo de sicomoros que se extiende al occidente de la ciudad, divisé a vuestro hijo. Fuíme hacia él, pero advirtiéndome Romeo mi presencia, se internó en lo más umbrío de la arboleda.

MONT. Más de una mañana se le ha visto allí acrecentando con sus lágrimas el fresco rocío matinal. Esta melancolía tendrá un fin deplorable y funesto si un buen consejo no logra extirpar la causa.

BEN. ¿Conocéis tal causa, mi noble tío?

MONT. Ni la conozco ni puedo conseguir que él me la descubra.

BEN. ¿Y no le habéis apremiado por algún medio?

MONT. No solamente yo, pero también varios amigos. Mas Romeo se muestra tan reservado e impenetrable como el capullo de una flor roído por aleve gusano. Si tan siquiera alcanzáramos a saber de qué dimanan sus cuitas, tanto empeño tendríamos en remediarlas como en conocerlas.

ESCENA VII

Dichos y ROMEO, que entra por el foro, lentamente y con aire triste

BEN. Vedle; ahí viene. Tened a bien retiraros. O muy reservado se mostrará conmigo, o yo sabré cual es el quebranto que le aflige.

MONT. (Estrechando la mano de Benvolio.) ¡Pluguiera a Dios fueses bastante afortunado en tu porfía para oír una confesión sincera! (Vase.)

BEN. Felices días, primo. ¿Tan tempranito por aquí?

ROMEO ¡Qué! ¿Tan poco entrado es el día?

BEN. Acaban de dar las nueve.

ROMEO ¡Ay de mí! ¡Cuán interminables parecen las horas tristes!

BEN. ¿Qué pesadumbre es esa que dilata tus horas?

ROMEO El no poseer aquello cuya posesión las abrevia.

BEN. ¿Estás enamorado?

ROMEO Enajenado...

BEN. ¿De amor?

ROMEO De verme privado de los favores de aquella a quien adoro.

BEN. ¡Ah! ¡Que el amor, tan dulce en la apariencia, haya de ser tan cruel y tirano en la realidad!

ROMEO (Con marcada transición.) ¡Cielos! ¿Qué reyerta hubo aquí? ¡Ah! Mucho da que hacer el odio, pero aun más el amor. ¡Oh, sí! ¡Amor pendenciero, odio amoroso, un todo

de nada creado, informe caos de formas seductoras, fuego helado, salud enfermiza, sueño siempre desvelado que no es lo que es! Tal es el amor que yo siento, sin sentir en él amor alguno. ¿No te ríes, Ben- volio?

BEN. No, primo; antes lloro.

ROMEO ¿De qué, corazón compasivo?

BEN. Del agobio de tu tierno corazón.

ROMEO Pues ahí verás: tal es el delito de la amistad. Mis propios pesares abruman mi pecho, y tú acabas de abrumarlo acreciendo mis dolores con los tuyos. ¡Amor! Humo engendrado por el hálito de los suspiros, discretísima locura, hiel que sofoca, almíbar que sustenta... Adiós, adiós, primo.

BEN. ¿Te vas ya? Espera un momento. Quiero acompañarte. Si de tal suerte me dejas, mal te portas conmigo.

ROMEO No digas eso. Ya no sé donde estoy. Este que aquí ves no es Romeo. Romeo está en otra parte.

BEN. Dime: ¿de quién estás enamorado? Habla con seriedad.

ROMEO ¡Con seriedad! Pues qué, ¿tendré yo que decirte lo gimiendo?

BEN. ¡Gimiendo! No tal, pero dime formalmente quién es esa persona.

ROMEO En serio y desgraciadamente, primo, adoro a una mujer.

BEN. Había dado en el hito al suponer yo que estabas enamorado.

ROMEO ¡Excelente tirador! Y es de una belleza espléndida la mujer a quien amo.

BEN. Un blanco espléndido, gentil primo, es muy fácil de acertar.

ROMEO Pues mira, en eso no acertaste; no hay manera de que la saeta de Cupido haga blanco en ella.

BEN. ¿Y eso?

ROMEO Tiene el espíritu de Diana, y bien protegida con la resistente armadura de su casti-

dad, vive al abrigo del infantil y endeble arco del Amor.

BEN. Entonces habrá hecho voto de vivir en perpetua castidad.

ROMEO Así es: ha jurado renunciar al amor, y con tal voto vivo yo muerto, que sólo vivo para contártelo en este momento.

BEN. Sigue mi consejo: no pienses más en ella.

ROMEO ¡Ah! Enéñame, pues, como pueda yo dejar de pensar.

BEN. Dando libertad a tus ojos. Fíjate en otras beldades.

ROMEO Tal medio conduciría a que yo pensara aún más en la incomparable belleza de Rosalina.

BEN. Desengáñate, querido Romeo: un fuego extingue el ardor de otro; un dolor se mitiga con el sufrimiento de otro dolor; un pesar extremado se remedia con la aflicción que otro causara...

ROMEO No prosigas, Benvolio. Todo eso es agua de cerrajas para mi mal.

ESCENA VIII

BENVOLIO, ROMEO y SANSÓN

SANS. (¡Cuidado que tiene gracia eso! Me mandan que vaya a buscar las personas cuyos nombres están aquí escritos, y el caso es que, como no sé leer, nunca sabré yo qué nombres son esos que hay en este papel. No tendré más remedio que acudir a una persona entendida... ¡A propósito!) (Dirigiéndose a Benvolio y saludando, gorro en mano. Romeo se aleja unos pasos.)

BEN. Buenos días, buen hombre.

SANS. Buenos os los dé Dios. Permitidme, señor, ¿sabríais leerme lo que dice este papelito? (Desdoblándolo y entregándolo a Benvolio.)

BEN. (Leyendo.) «El señor Martino, su esposa e

hijas; el conde Anselmo y sus agraciadas hermanas; la señora viuda de Vitruvio; el señor Placencio y sus simpáticas sobrinas; Mercucio y su hermano Valentín; mi primo Capuleto con su esposa e hijas; la hechicera Rosalina; (Hace una pausa mirando al mismo tiempo a Romeo, que está como abstraído); el señor Valencio y su primo Tibaldo; Lucio y la vivaracha Elena.» (Devolviendo el papel.) ¡Brillante reunión! ¿Y dónde es?

SANS. En nuestra casa.

BEN. Pero ¿en casa de quién?

SANS. Pues en la de mi amo.

BEN. ¿Y quién es tu amo?

SANS. ¿No lo sabéis? Ahora os lo diré: mi amo es el riquísimo Capuleto, que, siguiendo una antigua costumbre de familia, da esta noche una gran fiesta, para la cual invita a todas esas personas que dice este papel, y si no sois de la casa de los Montescos, venid a vaciar una copita de excelente vino. Vaya, ¡divertirse! (Vase.)

BEN. (Dirigiéndose a Romeo.) Atiende, caro primo. No puede ofrecerse una ocasión mejor que esta. Nuestro enemigo Capuleto da esta noche una brillante fiesta para la cual ha invitado a numerosas personas de su aprecio, y en esta misma fiesta, juntamente con todas las admiradas beldades de Verona, cena tu encantadora Rosalina. Vámonos allá...

ROMEO. ¿Cómo? ¿A casa de Capuleto? ¿Del mayor enemigo de nuestra familia?

BEN. ¡Bah! ¿Qué importa eso? Nos presentamos disfrazados y cubierto el rostro con antifaz para que nadie nos conozca, y una vez allí, con ojos desapasionados, compara la belleza de tu dama con muchas otras que se ofrecerán a nuestra vista.

ROMEO. ¿Una mujer más bella que mi amada! El sol que todo lo ve, nunca vió su igual desde que el mundo empezó a existir.

BEN. ¡Calla, calla! Tú la viste hermosa porque, no habiendo otra a su lado, se equilibró ella sola en la balanza de tus ojos. Pero contrapesa tu dueño adorado con alguna otra doncella que yo te mostraré resplandeciente en esta fiesta de los Capuletos, y entonces apenas te parecerá bien la que ahora te parece superior.

ROMEO Te acompañaré, querido primo, no para que me muestres el espectáculo de semejantes beldades, sino para recrearme en el esplendor de mi Rosalina.

ESCENA IX

BENVOLIO, ROMEO y MERCUCIO

MER. Felices días, amigos.

BEN. A buen punto llegas, querido Mercucio. Estábamos hablando de la brillante fiesta que dan los Capuletos esta noche. ¿Pienzas tú ir?

MER. Con mil amores. ¿Qué mayor placer para mí que verme rodeado de frescos capullos femeniles? Pero eso sí, necesito un estuche en que poner mi rostro; una careta para otra careta. ¿Qué me importará a mí entonces que algún ojo curioso advierta mis defectos? Los mofletes de cartón se ruborizarán por mí.

BEN. Dices bien. Y gracias al antifaz nos colamos dentro sin andarnos en requilorios. Bailamos, nos divertimos a discreción, y luego, ¡buenas noches!

ROMEO Yo no estoy por contoneos ni danzas. Eso lo dejo para vosotros, que tenéis el ánimo regocijado.

MER. ¡Quita, quita allá, querido Romeo! No hay más: quieras que no, hemos de obligarte a bailar.

ROMEO No, creedme. Tengo el corazón cruelmen-

- te herido; caigo agobiado bajo la abrumadora carga del amor.
- MER. Y a caerle tú encima, aplastarías al Amor con tu peso; harto grande opresión para un sér tan tierno.
- ROMEO ¿Tierno el amor! Es demasiado rudo, demasiado brutal, demasiado violento, y pincha como el abrojo.
- MER. Si amor te pincha a ti, pínchale tú a él, y cátales rendido. Ea, ven, que estamos alumbrando al sol.
- ROMEO ¿Qué estás ahí diciendo?
- MER. Quiero decir, caro amigo, que con esas dilaciones perdemos el tiempo lastimosamente, como si fuera una luz encendida en pleno día. Toma mis palabras en su verdadero sentido.
- ROMEO Vamos, pues, al baile. Pero, hablando con franqueza, me parece una falta de sentido lo que intentamos hacer.
- MER. ¿Y puede saberse por qué?
- ROMEO Mi corazón presiente que algún fatal suceso, todavía suspendido en los astros, va a comenzar su temible curso con los bulliciosos regocijos de esta noche, y pondrá prematuro término a esta vida odiosa encerrada en mi pecho. Pero guíe mi nave Aquel que gobierna el timón de mi existencia. Adelante, alegres camaradas.
- BEN. y MER. Adelante. (Vanse.)

CUADRO SEGUNDO

Salón en casa de Capuleto.

ESCENA PRIMERA

La SEÑORA DE CAPULETO y la NODRIZA

SRA. CAP. Aina, ¿dónde está mi hija? Llámala.

NODR. Pues a fe que ya le he dicho que viniera.

(Llamando.) ¡Eh, corderita! ¡Pimpollo!... Pero ¿dónde se habrá metido esa chica?... ¡Julietal... ¡Julietta!

ESCENA II

Dichas y JULIETA

- JUL. ¿Qué ocurre? ¿Quién me llama?
NODR. Vuestra madre.
JUL. Heme aquí, señora. ¿Qué me mandáis?
SRA. CAP. Vas a saber de qué se trata. Ama, déjanos solas un momento. Tenemos que hablar reservadamente... Pero no, vuelve acá; ya puedes oír nuestro secreto. Bien sabes que mi hija tiene una edad razonable.
NODR. A fe que os puedo decir su edad sin equivocarme de una hora.
SRA. CAP. No ha cumplido aún catorce años.
NODRI. Apostaré catorce de mis dientes (aunque, con mucha pena lo digo, no tengo sino cuatro), a que ella no tiene catorce años todavía. ¿Cuánto falta para el día de Nuestra Señora de los Angeles?
SRA. CAP. Día más, día menos, un par de semanas.
NODR. Pues venga a pares o venga a nones, cabalmente en ese día del año, la víspera de Nuestra Señora de los Angeles por la noche, cumplirá catorce años. Mi Susana y ella tenían la misma edad. Lo recuerdo muy bien. Del terremoto aquel hace ahora once años, y justamente aquel mismo día fué cuando la destetamos. Porque entonces yo me había untado los pezones con acíbar y estaba sentada al sol junto a la pared del palomar. Pues, como decía, cuando la chiquilla cató el acíbar que había en la teta y lo encontró amargo, ¡pobre angelito! era de ver el mohín que hizo y como se enfurruñó con el pecho. En esto, el palomar empezó a tambalearse. No hubo

necesidad de que me dijeran que echase yo a correr; y desde aquel terremoto han pasado once años, porque entonces ella ya podía andar solita, y cabalmente el día antes se hizo un chichón en la frente, y entonces mi marido (de Dios goce su alma), —era un hombre muy chusco—levantó del suelo a la chiquilla y le dijo: «¡Vayal ¿Te caes de bruces? Cuando tengas más juicio te caerás de espaldas. ¿No es éso, Julia?» Y por mi salvación, la bribonzuela cesó de llorar en seco, y dijo: «Sí.» Os aseguro que aunque viviera yo mil años, nunca lo olvidaría: «¿No es éso, Julia», dijo él, y la loquilla se reprimió y dijo: «Sí.» (Soltando la risa).

- SRA. CAP. Basta ya de eso. Cállate, por favor.
- NODR. Ya, ya, señora. Pero no puedo menos de reirme al recordarlo. Y eso que, os lo aseguro, tenía en la frente un chichón como una nuez y ella lloraba sin consuelo. «¿No es verdad, Julia?» Y la chiquilla se reprimió y dijo: «Sí.»
- JUL. Y hazme el favor de reprimirte tú también, ama, te digo.
- NODR. Sosiégate, ya he concluido. Tú fuiste la criatura más gachona que he criado jamás; y si llegara yo a vivir lo bastante para verte algún día casada, quedarían cumplidos mis deseos.
- SRA. CAP. Precisamente de eso iba yo a hablar. Dime, Julieta, hija mía: ¿sientes inclinación a casarte?
- JUL. Es un honor en que nunca había yo soñado.
- NODR. ¡Un honor! Si no fuera yo tu única nodriza, diría que con la leche habías mamado la sabiduría.
- SRA. CAP. Pues bien, hora es ya de pensar en el matrimonio. Aquí, en Verona, otras hay más jóvenes que tú y ya son madres. Así, pues, te lo diré en pocas palabras: el gallardo

conde Paris te solicita por esposa, y si tú correspondes a su afecto, puedes contar desde ahora con mi asentimiento y el de tu padre.

NODR. ¡El conde Paris! ¡Qué hombre, señorita! Es un hombre... vaya, ¡la mar! Digo, digo; si es una figura de cera.

SRA. CAP. La primavera de Verona no tiene flor alguna que le iguale.

NODR. ¡Vaya si es una flor! Una verdadera flor, a tu mía.

SRA. CAP. Esta noche misma le verás en nuestra fiesta. ¿Qué dices? Habla sin rodeos. ¿Verás con agrado el amor del conde Paris?

JUL. Veré de amarle, si es que el ver mueve el amar.

ESCENA III

Dichas y GREGORIO

GREG. Señora, llegan ya los convidados. Preguntan por vos y la señorita.

SRA. CAP. Te seguimos. Julieta, el conde está esperando.

NODR. (Acercándose a Julieta y dándole palmaditas en el hombro.) Ve, niña; busca felices noches a los días felices. (Vanse.)

CUADRO III

Abrese la puerta del foro, por la cual se descubre el salón de baile profusamente iluminado. De una parte a otra vense cruzar máscaras y otros concurrentes, parejas de bailarines, criados con bandejas, etc. Durante este cuadro entran y salen por la puerta del foro convidados, domésticos, etc, y a intervalos se oye tocar la música.

ESCENA PRIMERA

Entran por la puerta del foro CAPULETO 1.º y CAPULETO 2.º, que sostienen su diálogo paseándose por la escena.

CAP. 1.º Aprestaos a contemplar esta noche, en mi humilde mansión, estrellas que pisan la tierra eclipsando la luz del cielo. ¡Ah, caro primol Nos viene de perlas la fiesta de hoy. ¡Cuánto tiempo hará de la última vez que estuvimos en un baile de máscaras?

CAP. 2.º ¡Virgen santa! Unos treinta años.

CAP. 1.º ¡Qué decís! No tanto, no tanto. De las bodas de Lucencio hace veinte y cinco años, y entonces nos disfrazamos.

CAP. 2.º Hace más tiempo, mucho más. Si su hijo tiene ya treinta años cumplidos.

CAP. 1.º No puede ser. Hace dos años que no había salido aún de tutela.

ESCENA II

Dichos y ROMEO con antifaz y disfrazado de peregrino; BENVOLIO y MERCUCIO, también con antifaz; después, otros convidados.

CAP. 1.º Bien venidos seáis, caballeros. En mis buenos tiempos también me ponía yo antifaz y sabía contar en voz baja al oído de una hermosa dama algún cuentecillo agradable; pero ¡se acabó, se acabó, se acabó! (A otros invitados que llegan.) Con bien vengáis, señores. Ea, que empiece la música. Despejar un poco y a bailar con pie ligero, niñas. Más luz, muchachos, más luz.

ESCENA III

Diehos y CRIADOS con luces. Oyese lijana música de baile. Entre TIBALDO y otros invitados, aparece JULIETA acompañada de un caballero.

- ROMEO (Con la vista fija en Julieta.) ¿Qué dama será aquélla que enriquece la mano de aquel afortunado galán? ¡Oh! De ella debe aprender a brillar la luz de las antorchas. ¡Belleza harto exquisita para gozar de ella; harto preciosa para la tierra! Cual nívea paloma en medio de una bandada de cuervos, se ostenta esa dama entre sus compañeras. Luego que termine el baile, observaré donde vaya ella a colocarse, y con el contacto de su mano haré venturosa la mía. ¿Por dicha amó hasta ahora mi corazón? Jurad que no, ojos míos, pues hasta la noche presente jamás vi la verdadera hermosura.
- TIB. (Por su voz, ese hombre debe de ser un Montesco. ¿Cómo se atreve el menguado a venir aquí, cubierto el rostro con anti-faz, para hacer befa y ludibrio de nuestra fiesta? A ser ello así, juro por el honor de mi familia que no tendría yo por pecado tenderle muerto a mis pies.)
- CAP. ¿Qué acontece, sobrino? ¿Por qué así te alteras?
- TIB. Tío, ese hombre es un Montesco, un adversario nuestro, que por despecho se ha presentado aquí para escarnecer nuestro brillante festín.
- CAP. ¿No es el joven Romeo?
- TIB. El mismo.
- CAP. Sosiégate, caro sobrino, déjale en paz, pues se porta cual noble caballero. No quisiera yo, a trueque de todas las riquezas de la ciudad, inferirle en mi casa el menor agravio. Así, pues, depón ese ceño, ese talante fiero que tan mal cuadra en una fiesta.

- TIB. Es el que mejor cuadra cuando entre los concurrentes hay un canalla como ese. ¡Es una vergüenza!
- CAP. Vamos, haya paz, o de lo contrario... (A los que bailan.) ¡Bravamente, hijos míos! ¡Animarse, animarse! (Vase.)
- TIB. (Bien está. Voy a retirarme; pero esa intrusión, que ahora parece tan dulce, se trocará pronto en amarga hiel.) (Vase.)

ESCENA IV

ROMEO, JULIETA y después la NODRIZA

- ROMEO (Después de descubrirse el rostro, coge delicadamente la mano de Julieta.) Si con mi diestra, por demás indigna, profano yo ese santo sagrario, sea esta la dulce expiación: mis labios, cual dos ruborizados peregrinos, están prestos a suavizar con un tierno beso este rudo contacto. (Le besa respetuosamente la mano.)
- JUL. (Sonriendo.) Buen peregrino, injusto en demasía sois con vuestra mano, que en esto sólo muestra respetuosa devoción. También los peregrinos tocan las manos de los santos, y enlazar palma con palma es el ósculo de los piadosos palmeros.
- ROMEO ¿No tienen acaso labios los santos y también los piadosos palmeros?
- JUL. Si tal, peregrino: labios que han de emplear en la oración.
- ROMEO ¡Oh! Siendo así, santa adorada, permite que hagan los labios lo que hacen las manos; ellos te ruegan, accede tú, no sea que la fe se mude en desesperación. (Le besa la mano otra vez.)
- JUL. Los santos no se mueven, aun cuando accedan a las súplicas.
- ROMEO Entonces no te muevas mientras recojo el fruto de mis preces. Así, mediante tus la-

bios, los míos quedan limpios de pecado.
(La besa.)

JUL. De esta suerte, pasó a mis labios el pecado que ellos han contraído...

ROMEO ¿Pecado contraído de mis labios? ¡Oh culpa deliciosamente transferida! Devuélveme, pues, el pecado mío: lo recibiré gustoso.

JUL. Tú besas en toda regla.

NODR. Señorita, vuestra señora madre desea decir dos palabras. (Julieta reprime un movimiento de impaciencia, y después de saludar a Romeo con una afectuosa sonrisa, se retira.)

ESCENA V

ROMEO, la NODRIZA y BENVOLIO

ROMEO (A la Nodriz.) ¿Quién es su madre?

NODR. Pardiez, mancebo: ¿no lo sabéis? Su madre es la señora de la casa, y es una buena señora, prudente y virtuosa. Yo crié a su hija, esa con quien estábais hablando, y os aseguro que, como es hija única, aquel que logre pescarla tendrá no poco din. (Retírase.)

ROMEO ¿Es Capuleto ella? ¡Oh, cuán cara me sale la cuenta! Tengo la vida a merced de mi enemigo.

BEN. ¡Afuera! Vámonos; la fiesta ha llegado al colmo de su esplendor.

ROMEO Así lo temo, primo mío; y tanto mayor es mi inquietud. (Vanse Benvolio y Romeo.)

ESCENA VI

NODRIZA y JULIETA, que llega.

JUL. Ama, ven acá. ¿Quién es aquel caballero que ahora cruza la puerta?

NODR. Es el hijo del viejo Tiberio.

- JUL. Y aquél que le sigue, que no quería bailar, ¿quién es?
- NODR. Yo no sé.
- JUL. Ve, pregunta su nombre. (Vase la Nodriza.) Si está casado, la tumba ha de ser mi lecho nupcial.
- NODR. (Volviendo agitada.) Se llama Romeo, y es un Montesco, señorita, un Montesco, el hijo único de vuestro mayor enemigo.
- JUL. ¡Mi único amor nacido de mi único odio! Harto tarde le conocí. ¡Portentoso fruto del amor es para mí, que tenga yo que amar a un enemigo execrado!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO I

Una calle de Verona. En uno de los lados, se ve la tapia de un jardín coronada por las copas de unos árboles. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MERCUCIO y BENVOLIO

- BEN. ¿Pero dónde diablos se habrá metido ese Romeo?
- MER. ¡Oh! Es un chico muy sesudo, y por mi vida, juraría que nos ha dado esquinazo para irse a acostar.
- BEN. Tal vez no andará muy lejos de aquí. L'á-male, amigo Mercucio.
- MER. Más haré yo: le conjuraré también. ¿Romeo! ¡insano! ¡amante! Aparece en forma de suspiro; recita un verso siquiera, y me doy por satisfecho... Pero no oye ni se menea. El pobrecillo estará bien muerto, y no habrá más remedio que conjurarlo. ¡Per los brillantes ojos de Rosalina, por su alta frente y sus labios de coral, por su hechicero pie y su torneada pierna, yo te conjuro que te nos aparezcas en tu propia figura.

- BEN. Si te oye, vas a darle un disgusto.
- MER. No, eso no puede disgustarle: mi evocación es muy razonable y honesta.
- BEN. Vamos, se habrá escondido entre esos árboles para estar en consorcio con la vaporosa noche. Su amor es ciego, y en ninguna parte se halla más a gusto que en la obscuridad.
- MER. ¡Ah! Esa paliducha mujerzuela de corazón empedernido, esa Rosalina sin entrañas, le martiriza de un modo tal, que le ha puesto seco y enjuto como un arenque salado. ¡Ay carne, carne, cómo te has vuelto pescado!
- BEN. ¡Pobre Romeo!
- MER. Herido por los negres ojos de una descolorida mozuela; atravesado de parte a parte el oído con canciones amorosas; lacera-
do el mismo centro de su corazón por la certera flecha del ciego Cupido, seguramente puedes darle por muerto, o a lo menos acabará él por volverse loco. Vámonos, amigo Benvolio, que este lecho de campaña es demasiado frío para que pueda yo dormir.
- BEN. Sí, vámonos; porque es trabajo perdido buscar en este sitio a quien no quiere ser encontrado. (Vanse.)

CUADRO II

Jardín de Capuleto, cercado de altas tapias. A la derecha del actor, la casa con una terraza. Noche de luna. Desde la parte exterior, Romeo escala el muro y salta cautelosamente al jardín:

ESCENA PRIMERA

ROMEO y poco después JULIETA

- ROMEO ¿Cómo ir más lejos cuando mi corazón está aquí? Tierra inerte, encuentra tu centro.

(Aparece Julieta pensativa en el balcón, y después de un breve rato avanza lentamente hasta el extremo de la terraza y se sienta, perdida la mirada en el cielo estrellado.)

ROMEO Pero ¡silencio! ¿Qué resplandor se abre paso a través de aquel balcón? Es el oriente, y Julieta el sol. Aparece, sol radiante, y mata la envidiosa luna que se pone pálida de sentimiento porque tú la aventajas en belleza. ¡Es mi dueño; es mi amor! ¡Ah! Si ella supiera que lo es!... (Adelantando lenta y recatadamente hacia Julieta.) Habla, pero nada deja oír; mas ¿qué importa? Hablan sus ojos, cuyo brillo avergonzaría los astros... ¡Ved como apoya la mejilla en su mano! ¡Ah! ¡si fuera yo guante de tal mano para poder tocar esa mejilla!

JUL. (Suspirando.) ¡Ay de mí!

ROMEO (Habla... ¡Oh, habla de nuevo, ángel esplendoroso!)

JUL. (¡Ah, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo?... Niega a tu padre y desecha tu nombre; o si esto no quieres, júrame tan sólo que me amas, y al punto dejaré yo de ser Capuleto.)

ROMEO (¿Seguiré escuchando, o responderé a sus palabras?)

JUL. (Sólo tu nombre es mi enemigo. Tú eres tú mismo, seas o no seas Montesco. ¿Qué importa el nombre? La flor que llamamos rosa, ¿no exhalaría con cualquiera otra denominación el mismo grato perfume? Romeo, abdica tu nombre, y a trueque de ese nombre, que no forma parte de ti, tómame a mí entera).

ROMEO (Saliendo al descubierto y llegando al pie de la terraza.) Te cojo por la palabra: llámame tan sólo «amor mío», y haré cuanto dices. A partir de este instante, dejo de ser Romeo.

JUL. ¿Quién eres tú, que así envuelto en el manto de la noche, sorprendes mi secreto?

ROMEO Con un nombre no sé como expresarte

quien soy. Mi nombre, *santa adorada*, me es odioso, porque es para tí un enemigo. Reconozco ese acento. ¿No eres tú Romeo y Montesco?

JUL.

ROMEO Ni uno ni otro, hermosa niña, si te desplace cualquiera de los dos.

JUL. Pero dime: ¿cómo viniste aquí, y para qué? Este sitio es de muerte si te sorprende alguno de mis deudos.

ROMEO Con ligeras alas de amor salvé estos muros, pues no hay cerca de piedra que pueda atajar el amor, y aquello que el amor puede hacer, aquello osa intentar; así que, tus deudos no son estorbo para mí.

JUL. Te quitarán la vida si te descubren.

ROMEO ¡Ah! Mayor peligro hay en tus ojos que en veinte espadas de ellos. Mírame sólo con amor, y estoy fuerte contra su enemistad.

JUL. ¡Ay! Por todo el mundo no quisiera yo que te vieran en este sitio.

ROMEO Tengo el manto de la noche para ocultarme a sus miradas; y si no me amas, poco me importa que me hallen aquí. Vale más terminar mi vida siendo víctima de su odio, que diferir la muerte, falto de tu cariño.

JUL. ¿Quién fué tu guía para descubrir este sitio?

ROMEO Amor. No soy piloto, y a pesar de ello, aunque estuvieras tan lejos como la dilatada ribera que baña el más remoto mar, no vacilaría yo en arriesgarne por tan rico tesoro.

JUL. Bien sabes que cubre mi rostro el velo de la noche; de otra suerte verías de virginal rubor teñidas mis mejillas por lo que me oiste expresar. Gustosa quisiera yo guardar las formas; gustosa, sí, muy gustosa, quisiera negar cuanto dije. Mas, dejémoslos de formalidades. ¿Me amas de veras?

ROMEO (Con embeleso.) ¡Oh...!

- JUL. Si de veras me quieres, mi dulce Romeo, decláralo sin rebozo; o si tú imaginas tal vez que yo me dejo seducir sobrado pronto, me pondré ceñuda, seré esquiva, y así tendrás empeño en galantearme. A la verdad, gentil Montesco, la pasión me hace ser harto indiscreta. Sí; hubiera yo sido más reservada, debo confesarlo, a no haber tú oído por azar y antes que yo lo advirtiera, los apasionados desahogos de mi pecho. Perdóname, pues, y no achaques a liviano amor esta flaqueza mía, que así ha descubierto la obscura noche.
- ROMEO. Dueño mío, por esa luna bendita que platea las copas de estos árboles, te juro...
- JUL. ¡Ah! No jures por la luna, por la inconstante luna que cambia todos los meses; no sea que tu amor resulte igualmente variable.
- ROMEO. ¿Por qué juraré, pues?
- JUL. No jures en manera alguna; o si te empeñas, jura por tu agraciada persona, que es el dios de mi idolatría, y te creeré.
- ROMEO. Si el ardiente amor de mi pecho...
- JUL. Basta, no jures. Aunque c.fro mi dicha en ti, no me dan gusto los esponsales de esta noche. Son asaz temerarios, asaz repentinos; harto semejantes al rayo, que se extingue antes que uno tenga tiempo de nombrarlo. ¡Adiós, mi bien! Tan dulce descanso y sosiego llegue a tu corazón como al que late dentro del pecho mío.
- ROMEO. ¿Y así me dejas, tan poco satisfecho?
- JUL. ¿Qué satisfacción puedes lograr esta noche?
- ROMEO. Cambiar con el mío el fiel juramento de tu amor.
- JUL. Te di ya mi palabra antes que me la pidieras, y a pesar de ello, quisiera yo tener que dártela aún.
- ROMEO. ¿Pretenderías acaso retirarla? ¿A qué fin, amor mío?
- JUL. Sólo para ser franca y dártela una vez más.

Mi generosidad es inmensa como el océano, y como éste es profundo mi amor.

NODR.

(Dentro.) ¡Julieta!

JUL.

Oigo rumor allá dentro. Amor mío, adiós. Al momento, buena ama. Dulce Montesco, sé fiel. (Aléjase unos pasos y luego retrocede.) Espera un instante no más; vuelvo en seguida. (Vase.)

ESCENA II

ROMEO

ROMEO

¡Oh, bendita, mil veces bendita noche! Harto temo que, siendo ahora de noche, todo esto no sea más que un sueño, demasiado dulce y halagador para ser real. (Quédase ensimismado y cabizbajo.)

ESCENA III

ROMEO y JULIETA

JUL.

(Aparece en la terraza.) ¡Pst... pst... Romeol!

ROMEO

Es mi adorada quien me llama por mi nombre. ¡Cuán dulce y argentina suena en el silencio de la noche la voz de los amantes!

JUL.

¡Romeol!

ROMEO

¡Mi dulce bien!

JUL.

Dos palabras, querido Romeo, y adiós de veras. Si son honestas tus miras amorosas y tu designio es el matrimonio, decláralo sinceramente, y poniendo mi suerte a tus pies, te seguiré como a mi dueño y señor hasta el fin del mundo.

NODR.

(Dentro.) ¡Señorita!

JUL.

Voy al punto. (A Romeo.) Mas si no son puras tus intenciones, conjúrote...

NODR.

(Dentro, en voz más alta.) ¡Señorita! ¡Señorita!

JUL.

(Con impaciencia.) En seguida voy. (A Romeo.)

Conjúrote pongas fin a tus galanteos, y me dejes abandonada a mi dolor.

ROMEO Así logre mi alma la felicidad...

JUL. ¿Dónde y a qué hora quieres que nos veamos para tratar de la sagrada ceremonia?

ROMEO ¿Conoces al piadoso fray Lorenzo?

JUL. Es mi confesor.

ROMEO Inventa, pues, un pretexto para ir a confesarte esta mañana misma, y allí, en su celda, fray Lorenzo nos desposará en secreto.

JUL. ¿A qué hora?

ROMEO A las nueve.

JUL. No faltaré. Un siglo hay hasta entonces. Mil veces buenas noches.

ROMEO Pésimas mil veces, faltando la luz de tus ojos.

JUL. Casi amanece. Quisiera que te hubieses ausentado ya, pero no más lejos que el pajarillo de una niña juguetona, que lo suelta de la mano, y luego con un hilo de seda lo atrae de nuevo hacia sí.

ROMEO Quisiera yo ser tú pajarillo.

JUL. También lo quisiera yo, amor mío; pero te mataría a fuerza de caricias. ¡Adiós, adiós! La despedida es un pesar tan dulce, que me estaría yo repitiendo: ¡buenas noches! hasta que fuese llegado el día. (Vase, enviándole un beso.)

ROMEO Asíéntese en tus ojos el sueño y en tu pecho el sosiego. ¡Quién me diera a mí ser sueño y sosiego para reposar tan dulcemente! (Vase.)

CUADRO III

Celda de fray Lorenzo

ESCENA PRIMERA

Entra fray LORENZO con una cesta que contiene diversas hierbas y flores

LOREN. (Mirando por la ventana.) El alba de ojos grises sonríe a la ceñuda noche, jaspeando con rayas de luz las nubes de Oriente, y la moteada obscuridad, tambaleándose como un beodo, huye de la senda del día ante las ígneas ruedas del carro del sol. Ahora, antes que el astro majestuoso avance su ojo ardiente para alegrar el día y secar el húmedo rocío de la noche, debo llenar mi cesta con hierbas y flores de poderosas virtudes. La tierra, que es madre de la Naturaleza, es también su tumba, y de su seno nacidas y chupando el sustento en su pecho maternal, encontramos criaturas de diversa especie, muchas de ellas excelentes por sus numerosas propiedades. ¡Oh! Grande y poderosa es la virtud que reside en las plantas y en los minerales, pues no hay en la tierra cosa alguna tan despreciable que no aporte al hombre algún beneficio, ni existe cosa alguna tan buena que, desviada de su debido uso, no degenera al caer en el abuso. Dentro del tierno cáliz de esta flor, residen el veneno y la medicina, pues, oliéndola, recrea y anima todo el cuerpo; gustándola, mata los sentidos a la par que el corazón. En el hombre, lo mismo que en la planta, acampan siempre dos reyes en constante lucha: el bien y el mal. Cuando éste predomina, muy pronto es devorado el sér por la gangrena de la muerte.

ESCENA II

Dicho y ROMEO

- ROMEO Buenos días, padre Lorenzo.
- LOREN. ¡*Benedicite!* ¿Qué matinal voz me saluda tan dulcemente? Hijo mío, arguye una cabeza alterada despedirse tan pronto del lecho. Así que, tu madrugar es para mí seguro indicio de que te ha despertado alguna inquietud, o bien, de no ser así, tengo la certeza de que nuestro Romeo no se ha acostado esta noche.
- ROMEO Esto último es lo cierto; pero más dulce reposo ha sido el mío.
- LOREN. ¡Perdone Dios tu pecado! ¿Estuviste con Rosalina?
- ROMEO ¿Con Rosalina, padre? No tal; he olvidado ese nombre y todas sus amarguras.
- LOREN. Muy bien hiciste, hijo mío. Pero, ¿dónde has estado entonces?
- ROMEO Voy a decíroslo. Estuve en un festín con mi adversario, y allí, de improviso, me hiirió una persona, a quien yo herí a mi vez. El remedio de ambos depende de vuestra ayuda y santa medicina. No abrigo rencor alguno, padre mío; porque, bien lo veis: mi intercesión favorece igualmente a mi enemigo.
- LOREN. Sé explícito, hijo mío, y llano en lo que intentes decir. Una confesión equivoca sólo encuentra una absolución dudosa.
- ROMEO Pues lisa y llanamente, sabed que el fervido amor de mi corazón está puesto en la hermosa hija del acaudalado Capuleto; y así como mi amor es para ella, el suyo es para mí. Sólo falta, para que sea completa nuestra unión, que nos enlacéis vos en santo himeneo. Cuando, dónde y cómo nos vimos y cambiamos nuestros juramentos de amor, os lo relata-

- ré más tarde, pero lo que sí os ruego es que consintáis en desposarnos hoy mismo.
- LOREN. ¡San Francisco bendito! ¡Qué mudanza es esa! ¿Tan pronto has olvidado a Rosalina, a quien tan apasionadamente amabas? ¡Qué raudal de amargo llanto ha inundado tus mejillas por causa de ella! Aun resuenan en mis oídos tus antiguos lamentos, ¿y estás cambiado? ¡Ah! ¡Bien pueden caer las mujeres, cuando en los hombres no hay firmeza!
- ROMEO Varias veces me reconvenisteis por amar a Rosalina.
- LOREN. Por idolatrarla, no por amarla, hijo mío.
- ROMEO Y me aconsejáis sepultar mi amor.
- LOREN. Mas no en una tumba, en donde enterraras un amor para que surgiera otro del fondo de ella.
- ROMEO Por favor, no me reprendáis. Esta a quien amo ahora, paga fineza con fineza, amor con amor. No obraba así la otra.
- LOREN. ¡Ah! Bien lo sabía ella: tu amor recitaba de memoria sin saber deletrear. Pero vamos, veleidoso mancebo; por cierta razón quiero yo asistirte, pues acaso resulte provechosa esta alianza, trocando en afecto puro el odio inveterado de vuestras familias.
- ROMEO ¡Oh, sí! Pero no perdamos un instante.
- LOREN. Despacio y con tiento. No permitan los cielos que tal precipitación sea origen de funestas amarguras.
- ROMEO ¡Ah! Vengan las amarguras que vinieren, no pueden ellas contrapesar el gozo que me causa un solo instante de estar en presencia de mi amada. Enlazad nuestras manos con santas palabras, y que después la muerte, devoradora del amor, haga lo que quiera. Bástame sólo el que pueda yo llamarla mía a Julieta.
- LOREN. Esos violentos transportes tienen un fin igualmente violento, y en su triunfo mue-

ren, parecidos al fuego y la pólvora, que al besarse se consumen. La más dulce mies se hace empalagosa por su mismo excesivo dulzor. Ama, pues, con mesura; así se conduce el amor duradero. Aquí viene la dama. ¡Oh! Nunca gastará un pie tan leve estas losas perdurables.

ESCENA III

Dichos y JULIETA

- JUL. Buenos días, mi padre espiritual.
- LOREN. Romeo te dará las gracias, hija mía, por él y por mí.
- JUL. Y otro tanto le deseo a él, pues de lo contrario, sus gracias fueran demasiadas.
- ROMEO ¡Ah, Julieta! Si la medida de tu dicha está colmada cual la mía, y si tienes más arte para pregonarla, perfuma con tu aliento este aire que nos rodea, y haz que la melodiosa música de tu voz exprese la soñada felicidad que sentimos tú y yo con motivo de este grato encuentro.
- JUL. El pensamiento, más rico en materia que en palabras, se envanece de su esencia, no de su adorno. Simples mendigos son aquellos que pueden contar sus caudales; mas mi sincero amor ha se acrecentado hasta un extremo tal, que no alcanzo a sumar ni la mitad de mi riqueza.
- LOREN. Permita el Altísimo que ese acendrado afecto que mostráis ponga feliz témino a los antiguos rencores que separan vuestras familias y tan repetidas veces han cubierto de sangre las calles de esta ciudad. Así lo espero. Enlazad, pues, vuestras manos, hijos míos. (Julieta y Romeo caen de rodillas. Fray Lorenzo extiende sobre ellos sus manos.) Bendigan los cielos esta santa unión y colmen de dichas y ventura vuestros corazones.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO I

Una plaza de Verona.

ESCENA I

MERCUCIO, BENVOLIO y un PAJE

BENV. Por favor, querido Mercucio, retirémonos. Los Capuletos andan de aquí para allá, y si llegamos a toparnos con ellos, no podremos evitar una bronca, pues en esos días de bochorno bulle la frenética sangre.

MER. Tú eres como uno de esos que, al poner los pies en una taberna, echan la tizona sobre la mesa diciendo: «¡Quiera Dios que no tenga yo necesidad de til!» Y no bien produce su efecto el segundo vaso, tiran de ella contra el mozo por un quitame allá esas pajas.

BENV. ¿Conque yo soy como éstos?

MER. ¡Pues digol! Tú eres un simplón tan impetuoso como el que más en Italia, y tan presto provocado a cólera, como presto a montar en cólera para sentirte provocado.

BENV. ¿Y a qué viene eso?

- MER. Nada, que si hubiese dos como tú, muy pronto nos quedaríamos sin ninguno, pues se matarían el uno al otro. ¡Tú! Vaya, hombre; tú armarías camorra con uno que tuviese en la barba un pelo más o un pelo menos que tú. Si eres capaz de pelearte con tu propia sombra. Un día tuviste una pelotera con un pobre diablo porque llevaba atados con una cinta vieja sus zapatos nuevos. ¿Y ahora vas a enseñarme a huir de bronquinas?
- BENV. Si fuera yo tan camorrista como tú, vendería a cualquiera mi vida simplemente por una hora y cuarto.
- MER. ¡Simplemente por una hora y cuarto! ¡Ah, simplón!
- BENV. ¡Por mi cabeza, aquí vienen los Capuletos!
- MER. ¡Por mis talones, que me tiene eso muy sin cuidado!

ESCENA II

Dichos, TIBALDO acompañado de unos amigos

- TIB (A los suyos.) Seguidme de cerca, pues quiero hablarles. (A Mercucio y Benvolio.) Buenas tardes, señores. Una palabra con uno de vosotros.
- MER. ¿No más que una palabra? Apareadla con algo, para que resulten una palabra y un cintarazo a la vez.
- TIB Harto dispuesto me hallaréis, caballero, si me dáis ocasión para ello.
- MER. ¿Y no sabríais tomar la ocasión sin esperar a que os la dieran?
- TIB. Mercucio, vos estáis de concierto con Romeo...
- MER. ¡De concierto! Pues qué, ¿nos tomáis acaso por músicos? Si es así, no esperéis oír otra cosa que disonancias. He aquí mi arco de violín. (Señalando la espada.) Esto es lo que

- BENV. os hará bailar. ¡Voto a tal! ¡De concierto!... Estamos disputando en un paraje de mucha concurrencia. Retirémonos a algún sitio apartado, y discutamos tranquilamente sobre vuestros agravios. Aquí toda la gente tiene los ojos fijos en nosotros.
- MER. Para mirar se hicieron los ojos; deja, pues, que nos miren. Yo no me muevo de aquí por dar gusto a nadie, ea.

ESCENA III

Dichos y ROMEO

- TIB. (A Mercucio.) Bien está; idos en paz, caballero. Aquí llega mi mozo.
- MER. Que me ahorquen, caballero, si lleva él vuestra librea. Pero ¡voto a sanes! no tenéis más que salir al campo, y él os seguirá al punto. En este sentido sí que vuestra señoría bien puede llamarle su mozo.
- TIB. Romeo, el odio que te profesó no puede sugerirme otra expresión mejor que esta: eres un canalla.
- ROMEO (Reprimiendo su primer impulso y lanzando un suspiro.) Tibaldo, las razones que yo tengo para quererte bien excusan en gran parte el encono inherente a tal saludo. No soy un canalla. Conque adiós. Veo que no me conoces. (Volviéndose para marcharse.)
- TIB. Mozuelo, eso no puede excusar los agravios que me inferiste. Así que, vuélvete, y desnuda el acero.
- ROMEO Protesto que jamás te ofendí; antes bien te aprecio mucho más de lo que nunca podrás imaginar hasta que sepas la razón de mi afecto. Y así, buen Capuleto, (nombre que yo estimo tanto como el mío), date por satisfecho.
- MER. ¡Vaya una sumisión más paciente, vil y deshonrosa! A estocada limpia se acaba

- eso de una vez. (Desenvaina.) Tibaldo, cazador de ratones, como el famoso gato de vuestro nombre, ¿tenéis ganas de bailar?
- TIB. ¿Qué queréis de mí?
- MER. Buen príncipe de los gatos, no quiero sino una de vuestras siete vidas, de la que pienso hacer lo que me plazca, y según la manera de portaros luego conmigo, sacudiré de lo lindo las seis restantes. ¿Queréis de una vez agarrar por las orejas vuestra tizona y arrancarla de su zamarro? Andad listo, no sea que antes de sacar vos la vuestra, zumbe la mía a vuestros oídos.
- TIB. Estoy a vuestra disposición. (Desenvainando.)
- ROMEO Amigo Mercucio, envaina tu espada.
- MER. (A Tibaldo.) Ea, caballero; veamos vuestro *passado*. (Riñen.)
- ROMEO Desnuda tu acero, Benvolio; desarmémoslos. ¡Qué escándalo!
- BEN. Señores, guardaos de cometer tal desafuero.
- ROMEO El Príncipe ha prohibido armar penden-
cias en las calles de Verona.
- BEN. Tenets, Tibaldo.
- ROMEO Buen Mercucio... (Interponiéndose entre los dos
adversarios.)
(Tibaldo hiere a Mercucio por debajo del brazo de
Romeo, y luego huye con sus acompañantes.)
- MER. Estoy herido... ¡Mala peste a vuestras fa-
milias!... Estoy despachado ya. ¿Y él se ha
escapado con el pellejo sano?
- BEN. ¡Cómo! ¿Estas herido? (Romeo y Benvolio sos-
tienen a Mercucio.)
- MER. ¡Psé! Un rasguño, un rasguño; mas, ¡voto
a cribas! ya es bastante. ¿Dónde está mi
paje? Anda, granuja, a buscarme un ciru-
lano. (Vase el paje.)
- ROMEO Valor, amigo; la herida no será cosa de
importancia.
- MER. No; no es tan profunda como un pozo ni
tan ancha como un portal de iglesia, pero
es lo suficiente, y ya producirá su efecto.

Preguntad mañana por mí, y me encontraréis hecho un hombre de peso... Por lo que toca a este mundo, estoy escabechado ya, os lo aseguro... ¡Mala peste a vuestras familias!... ¡Por vida de...! ¡Un fanfarrón, un canalla, matar así a un hombre de un arañazo! (A Romeo.) ¿Por qué diablos te metiste en medio? Ese bribón me hirió por debajo de tu brazo.

ROMEO Lo hice con el mejor intento.

MER. Ayúdame a entrar en alguna casa, Benvolio amigo, o me dará un soponcio. ¡Mala peste a vuestras familias! Han hecho de mí pasto de gusanos... ¡Ya la pillé... y buena!... ¡Vuestras familias...! (Vase sostenido por Benvolio.)

ROMEO En defensa mía, este hidalgo, pariente cercano del Príncipe y mi verdadero amigo, ha recibido su mortal herida. Mi reputación está manchada por el ultraje de Tibaldo... ¡Tibaldo, que hace una hora es mi primo!... ¡Ah, dulce Julieta, cómo me han afeminado tus hechizos y han ablandado en mi alma el acero del valor!

ESCENA IV

Romeo y BENVOLIO

BEN. ¡Oh, Romeo, Romeo! ¡El bravo Mercutio ha muerto!

ROMEO La negra fatalidad de este día está suspendida sobre nuevos días. Este sólo da principio a la desdicha; otros han de darle fin.

BEN. ¡Aquí viene de nuevo el furioso Tibaldo!

ROMEO ¡Vivo y triunfante! ¡Y Mercutio muerto! ¡Vete a los cielos, respetuosa blandura, y sea esta vez mi gula la furia de ardientes ojos!

ESCENA V

Dichos y TIBALDO

ROMEO Ahora, Tibaldo, recobra el dictado de «canalla», que poco ha me dirigiste. Puesto que el alma de Mercucio se cierne muy próxima sobre nuestras cabezas aguardando que la suya saya a hacerle compañía, fuerza es que o tú, o yo, o entrambos vayamos con él.

TIB. Tú, mozalbete ruin que le acompañabas aquí, tú irás con él.

ROMEO (Desenvainando la espada.) Esto lo decidirá. (Riñen. Tibaldo cae muerto.)

BEN. ¡Vete, Romeo, huye! No estés así lleno de estupor. (Oyese una campana tocando a rebato.) ¿No oyes? Si te prenden, el Principe te condenará a muerte. ¡Vete, vete, huye de aquí!

ROMEO ¡Ah! ¡Soy juguete de la fortuna! (Vase empujado por Benvolio.)

ESCENA VI

Entran varios CIUDADANOS

CIUD. 1.º ¿Dónde está el asesino?

CIUD. 2.º ¿Por dónde ha escapado?

VARIOS CIUDS. ¡Al asesino! ¡al asesino!

OTROS ¡Prendedle! ¡Al asesino!

UNCS ¡Mueran los Montescos!

OTROS ¡Mueran los Capuletos!

VARIOS ¡Al asesino! ¡Prendedle! (Vanse todos corriendo en distintas direcciones.)

CUADRO II

Celda de fray Lorenzo

ESCENA PRIMERA

Entra fray Lorenzo y abre cautelosamente una puerta excusada, por la que sale Romeo.

- LOREN. Sal, Romeo; ven sin temor.
- ROMEO ¿Qué nuevas hay, padre mío?
¿Cuál es la sentencia del Príncipe? ¿Qué duelo, desconocido aún para mí, desea trabar conocimiento conmigo?
- LOREN. Harto familiarizado estás con tan cruel compañía, hijo mío. Te traigo nuevas de la sentencia del Príncipe.
- ROMEO ¿Qué menos que sentencia de muerte es su fallo?
- LOREN. Más benigna sentencia salió de sus labios. No es la muerte, sino el destierro.
- ROMEO ¡Ahl ¡Destierro! Sed compasivo: decid muerte, porque el destierro es más aterrador, mucho más que la muerte.
- LOREN. ¡Ten calma!... El mundo es vasto y espacioso.
- ROMEO Fuera de los muros de Verona no hay mundo para mí, sino purgatorio, tormento y el mismo infierno. Estar desterrado de aquí, es hallarme desterrado del mundo, y el destierro del mundo es la muerte. Al titular la muerte destierro, cortáis vos mi cabeza con una segur de oro, sonriendo al darme el golpe que me asesina.
- LOREN. ¡Oñ, negra ingratitud! Tu delito lo penan nuestras leyes con la muerte; mas el bondadoso Príncipe, lleno de interés por ti, ha torcido la ley y ha trocado en destierro esa

funesta palabra muerte. Esta es verdadera merced, y tú no lo reconoces.

ROMEO. Suplicio es, que no merced. El cielo está aquí, donde vive Julieta, y cualquiera criatura, por vil y despreciable que sea, puede contemplarla a su gusto. Un insecto, la repugnante mosca que vive en la podre dumbre, puede pcsarse en la delicada mano de mi idolatrada Julieta y robar de sus labios una felicidad inefable. Y eso no puedo yo hacerlo: estoy pro.cripto. ¿Y aun decís que el destierro no es la muerte? ¿No tenéis, para matarme, alguna venenosa mixtura, una afilada cuchilla, un rápido instrumento de muerte cualquiera, menos infame que esa palabra: desterrado? ¿Cómo tenéis corazón, vos que sois mi confesor y mi buen amigo, para anonadarme con semejante palabra?

LOREN. Escúchame un momento, loco apasionado.

ROMEO. ¡Ah! De destierro váis a hablarme otra vez.

LOREN. Voy a ofrecerte una armadura que te defiende del poder de tal palabra: la religión, la filosofía, dulce bálsamo de la adversidad. Ella te prestará consuelo, aun hallándote proscripto.

ROMEO. ¿Todavía «proscripto»? ¡Váyase noramala vuestra filosofía! A no ser que la filosofía sea capaz de crear una Julieta, mudar de sitio una ciudad o revocar la sentencia de un Príncipe nada aprovecha, nada vale. No me habléis más de eso.

LOREN. ¡Ah! Bien veo que los locos no tienen oídos.

ROMEO. ¿Cómo han de tenerlos, cuando los cuerdos no tienen ojos?

LOREN. Permíteme que arguya contigo sobre tu situación.

ROMEO. No; no podéis vos hablar de aquello que no sentís. Si fuérais joven como yo, si fuera Julieta vuestro amor, si desde una hora estuviérais desposado y hubiérais dado muerte a Tibaldo, primo de mi esposa, si

cual yo amárais con delirio y cual yo os viérais proscripto, entonces podríais hablar, entonces podríais mesaros los cabellos y arrojaros al suelo, como hago yo ahora, tomando la medida de una fosa, no abierta todavía. (Echándose en el suelo con muestras extremas de dolor y desesperación. Lllaman dentro.)

LOREN. (En voz baja,) ¡Levántate! Lllaman. Escóndete, Romeo.

ROMEO No haré tal, a menos que el hálito de mis suspiros me envuelva como una niebla, substrayéndome a escudriñadoras miradas. (Van llamando con más fuerza.)

LOREN. ¿Pero no oyes como están llamando?— ¿Quién va?— Levántate, Romeo, que te van a prender, que te condenarán a muerte si te descubren aquí.— Aguardad un instante.— Alza del suelo. Corre a mi estudio.— Al momento.— ¡Poder de Dios! ¡Qué locura es esa!— Voy, voy. ¿Quién llama tan recio? ¿Qué queréis?

NODR. (Dentro.) Dejad que yo entre y sabréis el recado que traigo. Vengo de parte de la señorita Julieta.

LOREN. (Abriendo.) Entonces, con bien vengáis.

ESCENA II

Dichos y la NODRIZA

NODR. ¡Oh, santo varón! Decíame: ¿dónde está el marido de mi señora? ¿En dónde está Romeo?

LOREN. Vedle ahí en el suelo, embriagado con su propio llanto.

NODR. ¡Oh! Se halla en igual caso que mi señora; exactamente en el caso de ella.

LOREN. ¡Ah! ¡Dolorosa simpatía!

NODR. Asimismo está ella: gimiendo y llorando como una Magdalena. (A Romeo,) Vaya, le-

vantaos, si sois hombre. Por amor de Julieta, por su amor, levantaos. ¿A qué viene desesperaros así?

ROMEO (Levantándose.) ¡Ama!

NODR. ¡Ah, señor, señor! ¡Qué le hemos de hacer! La muerte es el fin de todo.

ROMEO ¿Hablas de Julieta? ¿Cómo está? ¿No piensa ella que soy un consumado asesino, yo que acabo de manchar la infancia de nuestra dicha con una sangre que tan poco difiere de la suya? ¿En dónde está? ¿Cómo se encuentra? ¿Y qué dice de nuestro invalidado amor?

NODR. ¡Ah! No dice una palabra, señor. No hace sino llorar y más llorar, y ahora se deja caer en su lecho, luego se levanta sobresaltada y llama a Tibaldo, y después clama a Romeo, y al fin vuelve a caer sin aliento.

ROMEO Diríase que ese nombre, disparado por arma mortífera, la mató, como la mano maldita que lleva tal nombre dió muerte a su primo. ¡Ah! Decidme, padre mío: ¿en qué parte de este mísero cuerpo se aloja mi nombre? Decidlo, para que pueda yo devastar la odiosa mansión. (Desenvainando su daga.)

LOREN. (Sujetándole el brazo.) Detén tu diestra desesperada. ¿Eres hombre? Tu figura pregonadora que lo eres; tus lágrimas, empero, son de mujer, y tus actos frenéticos revelan el irreflexivo furor de la fiera. Pasmado me dejas. Después de matar a Tibaldo, ¿quieres ahora matarte a ti mismo y matar igualmente a tu esposa que vive en ti? (Romeo deja caer la daga de su mano, mostrando abatimiento y dolor.) ¡Ea, ámate, hijo mío! Tu Julieta, cuyo amor es tu vida, vive; Tibaldo, que pretendía matarte, murió a tus manos; la ley, que amenazaba muerte, conmuta en extrañamiento la pena capital. En todo ello eres afortunado. No pongas, pues, mal gesto a tu fortuna y a tu amor. Anda, en-

- caminate con el mayor sigilo a casa de tu amada esposa, y prodiga tiernos consuelos a esa infeliz. Adelántate, ama, y ofrece mis respetos a tu señora. Romeo va en seguida.
- NODR. ¡Dios mío! De buena gana me hubiera pasado yo aquí toda la noche oyendo tan buenos consejos. (A Romeo.) Caballero, diré a mi señora que luego vendréis.
- ROMEO Sí, buena ama, y a este fin mi criado te entregará una escala de cuerda que ha de conducirme al pináculo de mi ventura, a la estancia de mi amada.
- NODR. Bien está, señor.
- ROMEO Y le dirás a tu señora que se apreste a recibirme.
- NODR. ¡Ah! Lo olvidaba. Aquí tenéis, señor, esta sortija que ella me ha encargado que os entregara. Daos prisa, pues se hace muy tarde. (Vase.)
- ROMEO (Besando la sortija.) ¡Ah! ¡Cómo reanima esto mi espíritu!
- LOREN. Vete ahora, Romeo, y recuerda que de esto depende tu vida. No te detengas en casa de Julieta hasta estar relevada la guardia. Ponte en camino antes de esa hora, o bien procura salir disfrazado al rayar el alba. Te trasladas a Mantua, en donde residirás hasta que encontremos medio de hacer público vuestro himeneo, reconciliar a vuestras familias e impetrar el perdón del Príncipe, para que puedas restituirte a Verona con mil y mil veces más alborozo que gemidos exhales al partir.
- ROMEO ¡Oh, padre mío!...
- LOREN. Yo iré en busca de tu criado, y él te pondrá al corriente de todo suceso que aquí ocurra. Dame la mano, hijo mío. Es tarde ya. Adiós; felices noches.
- ROMEO Si una dicha superior a toda dicha no me

llamara a otro sitio, fuera un pesar para
mí separarme tan presto de vuestro lado.
Adiós. adiós, padre mío. (B sa la mano a fray
Lorenzo y vase.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

CUADRO I

Sala contigua al dormitorio de Julieta, con un gran balcón que da al jardín. Dudosa claridad que precede a la luz del día. Sobre la mesa hay una luz encendida.

ESCENA PRIMERA

ROMEO, JULIETA y después la NODRIZA

(La escena está desierta unos momentos; luego se entreabren las cortinas del dormitorio, y salen en actitud lánguida y amorosa Romeo y Julieta; ésta vestida con una bata blanca, suelto el cabello y apoyadas ambas manos en el hombro de Romeo; este completamente vestido, como dispuesto a marcharse, pero sin gorro, manto ni espada, que estarán en una silla.)

JUL. ¿Quieres irte ya? No está aún cercano el día. Era el ruiseñor y no la alondra quien con su canto hirió tu temeroso oído. Todas las noches trina en aquel granado que se ve allí. Créeme, amor mío, era el ruiseñor.

ROMEO Era la alondra, el heraldo de la mañana, no el ruiseñor. (Acercándose al balcón.) Mira bien mío, qué envidiosos celajes ribetea las rasgadas nubes allá en el oriente. Las candelas de la noche se han consumido ya,

y el día placentero asoma de puntillas en la brumosa cima de las montañas. Es menester que yo me ausente y viva, o me quede y muera.

JUL. Aquella lejana claridad no es la luz del día, bien lo sé. Es algún meteoro luminoso que exhala el sol para que te sirva de antorcha y te alumbre esta noche en tu camino de Mantua. Quédate, pues; aun no tienes precision de marcharte.

ROMEO Que me prendan, que me hagan morir; contento estoy si tú lo quieres. Diré que aquel tinte gris no es el semblante de la aurora, sino el pálido reflejo de la luna, y que no son tampoco de la alondra esas notas que hieren la bóveda celeste por encima de nuestras cabezas. ¡Ay! Mayor afán tengo yo de quedarme, que voluntad de partir. ¡Ven, muerte, bien venida seas! Julieta así lo quiere... Pero ¿qué te pasa, vida mía? Platiquemos, aun no ha llegado el día.

JUL. ¡Oh, sí, sí! Huye al punto, vete, aléjate de aquí. Es la alondra que canta de un modo tan desentonado lanzando estridentes chirridos... Diz que la alondra, al emitir sus notas, hace una dulce separación. ¡Ay! no es así, pues nos llena de sobresalto y te arranca dolorosamente de mis brazos con su canto matinal. ¡Oh, parte, parte sin dilación! Clarea cada vez más.

ROMEO ¡Clarea cada vez más! Cada vez se ennegrecen más nuestros duelos.

(La Nodriza, después de llamar suavemente con los nudillos de los dedos, asoma la cabeza por la puerta de la sala.)

NCDR. (En voz baja.) ¡Señorita!

JUL. ¿Que hay, ama?

NCDR. Vuestra señora madre se dirige aquí. Ha despuntado el día. Andad con mucha cautela, y ojo alerta. (Se retira.) (Romeo coge apresuradamente el gorro, el manto y la espada.)

- JUL. Entonces, balcón, deja entrar la luz del día y salir mi vida. (Abriéndolo.)
- ROMEO ¡Adiós, adiós! Un beso, y voy a bajar. (Besa a Julieta, y luego empieza a descender por la escala de cuerda fija en la balaustrada del balcón.)
- JUL. ¿Así me dejas, esposo y dueño mío? Necesito saber de ti a cada instante, pues cada hora es para mí un siglo.
- ROMEO No malograré ocasión alguna para enviarte mis recuerdos, amor mío.
- JUL. ¡Ah! ¿Piensas tú que volveremos a vernos algún día?
- ROMEO ¿Quién lo duda? Y todos estos sinsabores nos servirán de tema para dulces coloquios en nuestros días venideros. (Besa a Julieta, y desaparece.)
- JUL. ¡Ah, Dios mío! ¡Abriga mi alma tan negros presentimientos!... Se me figura verte, ahora que estás abajo, semejante a un cadáver en el fondo de la tumba... O tengo turbada la vista, o tú estás pálido.
- ROMEO Y a mis ojos, amor mío, también lo estás. Los áridos tormentos beben nuestra sangre. ¡Adiós!... ¡Adiós!
- JUL. ¡Oh, fortuna, fortuna! Todos te llaman veleidosa. Si eres tal, ¿qué tienes tú que ver con quien goza de renombre por su fidelidad? Sé tornadiza, fortuna, porque entonces, según espero, no le retendrás mucho tiempo, antes lo restituirás pronto a mi lado (Cae abatida en una silla y rompe a llorar.)

ESCENA II

JULIETA y SEÑORA de CAPULETO

- SRA. CAP. (Dentro.) Hija mía, ¿estás ya levantada?
- JUL. ¿Es mi señora madre? ¿Qué insólita causa la conduce aquí en hora tan desusada?
- SRA. CAP. (Entrando) Y bien, ¿qué es eso, Juliet?
- JUL. No me siento bien, señora.

SRA. CAP. ¿Llorando sin cesar la muerte de tu primo Tibaldo? ¡Qué! ¿Pretendes acaso arrancarle de la tumba a fuerza de lágrimas? No podrás volverle así la vida.

JUL. Así y todo, dejad que lllore una pérdida tan sensible.

SRA. CAP. Bien lo veo: tú lloras no tanto por su muerte, como porque vive aún el infame que le asesinó.

JUL. ¿Qué infame, señora?

SRA. CAP. ¿Quién habla de ser? Ese infame de Romeo.

JUL. ¡Dios le perdone, como de todo corazón le perdono yo! Y eso que ningún hombre aflige tanto mi corazón como él.

SRA. CAP. Olvida esos pesares, hija mía. Ahora vengo a comunicarte alegres nuevas.

JUL. Bien viene la alegría en una ocasión que tan necesitada está de ella. ¿Qué nuevas son esas, madre mía? Decidlo por favor.

SRA. CAP. Vaya, vaya, que tienes un padre que se desvive por ti, Julieta mía; un padre que, por sacarte de tu desolación, ha ideado un imprevisto día de regocijo que ni tú esperabas ni yo me prometía.

JUL. En hora feliz, madre mía. ¿Y qué día es ese?

SRA. CAP. Sábetelo, hija mía, que el próximo jueves, muy de mañana, el galante y apuesto conde de Paris tendrá la dicha de hacer de ti una feliz esposa en la iglesia de San Pedro.

JUL. Pues, por la iglesia de San Pedro y aun por San Pedro mismo, el conde no hará de mí una feliz esposa. Me admira tanta prisa y que yo me haya de desposar antes que venga a hacerme la corte el que ha de ser mi esposo. Os ruego, señora, digáis a mi padre y señor que no intento casarme todavía, y que, de hacerlo, os juro que será con Romeo, a quien vos sabéis que... detesto, antes que con Paris. ¡Vaya unas nuevas, a fe mía! (Rompe a llorar otra vez.)

SRA. CAP. Aquí llega vuestro padre. Contádselo vos misma, y veréis qué cara pondrá al oiros.

ESCENA III

Dichas, CAPULETO y la NODRIZA

CAP. Cuando se pone el sol, el aire destila rocío; mas por el ocaso de mi sobrino Tibaldo llueve a chorros. ¿Qué es eso, Julieta? Has de estar siempre bañada en llanto y llorando eternamente a mares?—Y bien, esposa, ¿habéisle notificado nuestra determinación?

SRA. CAP. Si, señor; mas ella rehusa; os da las gracias. ¡Así se casara esa necia con su tumbal

CAP. ¡Tate! Explicaos, explicaos, esposa. ¡Cómo! ¿No quiere? ¿no nos lo agradece? ¿no se siente enorgullecida? ¿no tiene a dicha, por muy indigna que sea, el que nosotros le hayamos procurado para novio un tan noble caballero?

JUL. O gullosa, no; pero sí agradecida, notadlo bien. Jamás puedo estar orgullosa de lo que yo detesto, pero sí estoy agradecida, hasta por lo que odio, cuando se hace con amoroso designio.

CAP. ¿Cómo se entiende, cómo se entiende, zurcidora de retóricas! ¿Qué significa eso? «Etoy orgullosa y os lo agradezco, y no os lo agradezco, y sin embargo no estoy orgullosa...» Lo que habéis de hacer vos, deslenguada señorita, es dejaros de esas jerigonzas de agradecimientos y orgullos, y aprestar vuestras piernas para el jueves próximo, a fin de ir con Paris a la iglesia de San Pedro, o de lo contrario, te llevaré arrastrando hasta allí sobre un zarzo. ¡Quítate de mi presencia, mala hija! ¡Fuera de aquí, perdida, sinvergüenza!

SRA. CAP. Callad, por Dios. ¿Estáis loco?

JUL. Mi buen padre, os lo pido de hinojos. Oidme con benevolencia; una palabra no más.

CAP. ¡Vete noramala, criatura ruin y desobediente! Escucha bien lo que te digo: o te vas a la iglesia el jueves, o nunca más me mires a la cara. (Julieta hace ademán de querer hablar.) Ni una palabra, no repliques, no respondas... Siento una comezón en los dedos... ¡Ah, esposa mía! Apenas nos creíamos felices por no habernos Dios concedido más que esa hija; pero ahora veo que con esa hija única hay de sobra, y que con ella nos ha caído encima una maldición... ¡Apártate de mi vista, mujerzuela!

NODR. ¡Que Dios desde el cielo la bendiga! Hacéis muy mal, señor, en regañarla así.

CAP. ¿Y por qué, señora marisabidilla? Idos a cotorrear con vuestras comadres.

NODR. No digo ninguna cosa mala.

CAP. ¡Eh, vaya con Dios!

NODR. (Refunfuñando.) ¿No puede una hablar?

CAP. Callaos, necia gruñona. Guardad vuestra cháchara insulsa para las vecinas, que aquí no hace falta ninguna.

SRA. CAP. Estáis muy acalorado.

CAP. ¡Ira de Dios! Eso me vuelve loco. De día, de noche, a todas horas, siempre fué mi anhelo verla desposada; y ahora que le habíamos deparado un caballero de noble alcurnia, de pingüe patrimonio, joven y educado con el mayor esmero, un hombre, en fin, tan cumplido como pudiera uno desear, venirnos una necia quejicosa que, al sonreírle la fortuna, diga por toda respuesta: «yo no quiero casarme; no puedo amar; soy demasiado niña...» Pero si no queréis casaros, bueno, bueno será mi perdón: idos a pacer donde os plazca, que en mi casa no pondréis más los pies. Miradlo bien, pensadlo bien; ¡yo no acostumbro chancearme. El jueves se acerca; poneos la

mano sobre el corazón y reflexionad. Si sois mi hija, os daré a mi amigo el conde; si no lo sois, ahorcaos, mendigad, consumíos de hambre y miseria, morid como un perro en medio de la calle; pues, por mi alma lo juro, nunca os reconoceré, ni jamás os aprovechará lo mío. Tenedlo por seguro, meditadlo bien; yo no quebranto mi palabra. (Vase.)

ESCENA IV

JULIETA, SEÑORA de CAPULETO y la NODRIZA

JULI. ¿No hay clemencia en los cielos, que mire hasta el fondo de mi dolor? ¡Oh madre, querida madre mía, no me rechacéis! Diferid esa boda un mes, una semana, o de lo contrario, aparejad mi lecho nupcial en aquella cripta sombría donde yace Tibaldo.

SRA. CAP. Nada me digas, porque no hablaré ni una palabra. Obra como gustes, pues todo ha concluido entre nosotras dos. (Vanse la señora de Capuleto y la Nodriza.)

JULI. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué terrible conflicto! ¡Y en tan apurado trance todos me abandonan a mi desventurada suerte! ¡Ah, que haya de emolear el cielo tales artificios contra un sér tan débil como yo!... ¿Qué puedo hacer yo sola?... Si fray Lorenzo. . . Sí, tal vez el bondadoso padre trazará algún medio para salir yo de mi triste situación; y si fracasa este último recurso, por mi parte réstanme alientos para morir. (Vase.)

CUADRO II

Celda de Fray Lorenzo

ESCUENA PRIMERA

FRAY LORENZO y PARIS

LOREN. Conque mañana, ¿no es éso? Brevísimo es el plazo.

PARIS Así lo ha dispuesto el que ha de ser mi padre, y no seré yo quien modere su prisa.

LOREN. Según decís, no conocéis todavía la inclinación de la dama. Irregular es la manera de proceder, y no la apruebo.

PARIS Julieta llora sin tasa por la muerte de su primo Tibaldo, y por este motivo poco le hablé de amor, pues las horas de amargura no dan tiempo a los galanteos. Pero su padre, juzgando que la soledad acrece el dolor de esa infeliz, con prudente acuerdo acelera nuestro enlace, a fin de atajar su llanto con la compañía de un esposo. Ahora sabéis la razón de tal premura.

LOREN. (¡Ojalá no supiera yo por qué ello debe retardarse!) Ved, caballero, aquí viene la dama.

ESCENA II

Dichos y JULIETA

PARIS (Avanzando hacia Julieta.) Feliz encuentro, señora y esposa mía.

JUL. (Secamente.) Eso podrá ser, caballero, cuando sea yo esposa.

PARIS Ese «podrá ser», amor mío, será el día de mañana.

- JUL. Lo que ha de ser será.
LOREN. Cierlo es el texto.
PARIS ¿Venís a confesaros con este buen religioso?
JUL. Contestar a eso sería confesarme con vos.
PARIS No le neguéis que me amáis.
JUL. Os confesaré que le amo.
PARIS Como le confesaréis, seguro estoy de ello, que vos me amáis.
JUL. Si eso hago, más valor tendrá semejante confesión siendo hecha a espaldas de vos, que si lo fuera a vuestra faz. (A fray Lorenzo). ¿Podréis oirme ahora, buen padre?
LOREN. Estoy a tu disposición, hija mía. (A Paris.) Caballero, os suplico nos dejéis solos un momento.
PARIS Libreme Dios de turbar la devoción. Julieta, mañana temprano iré a despertaros. Hasta entonces, adiós; y recibid este santo beso. (Le besa la mano y vase. Fray Lorenzo le acompaña hasta la puerta.)

ESCENA III

FRAY LORENZO y JULIETA

- JUL. ¡Oh, Cerrad la puerta, y venid luego a llorar conmigo. No hay esperanza ni remedio ni auxilio para mí.
LOREN. ¡Ah, Julieta! Conozco ya tu pesadumbre. He sabido que mañana mismo, sin que baste nada a diferirlo, debes enlazarte con el conde Paris.
JUL. No me digáis que esto sabéis, padre mío, si no me decís cómo puedo yo evitarlo. Si en vuestra sabiduría no acertáis a darme un eficaz remedio, aprobad al menos mi determinación, y con esta daga (Sacándosela del seno) remediaré el punto mi mal. Dios unió mi corazón al de Romeo, vos enlazásteis nuestras manos, y antes que con pér-

fida deslealtad mi corazón se dirija a otro, este acero acabará con mi vida. (Pausa.) No seáis tan tardo en hablar. Tárdame el morir si lo que váis a expresar no habla de remedio.

LOREN. Atiende, hija mía. Vislumbro un rayo de esperanza, que exige una resolución tan desesperada como desesperado es el mal que intentamos prevenir. Si antes que dar tu mano al conde Paris, tienes suficiente fuerza de voluntad para quitarte la vida, es probable que te resuelvas a arriesgarte a un simulacro de muerte para rechazar semejante deshonor. Si a ello te atreves, yo te daré el ansiado remedio.

JUL. Ordenadme, antes que casarme con Paris, que me arroje yo de lo alto de las almenas de un torreón; que me pasee por caminos infestados de bandoleros: decidme que vaya a echarme entre ponzoñosas víboras; encadenadme junto con rugientes leones; encerradme de noche en un cementerio todo cubierto de crujientes huesos y amarillentas calaveras; mandadme que me amortaje juntamente con un cadáver; cosas que, al oírlas, me horripilan, y yo lo haré, sí, lo haré sin temor ni vacilación alguna, a trueque de vivir como esposa sin mancilla de mi dulce amor.

LOREN. (Cogiendo extenuado las manos de Julieta. Pausa.) Escucha, pues. Preséntate a tus padres con semblante risueño, y consiente en casarte con Paris. Esta noche procura recogerte sola, de suerte que ni aun tu nodriza se quede contigo en tu estancia. Luego que te hayas acostado, toma este pomito, y bebe hasta la última gota el destilado licor. Al punto correrá por tus venas un humor frío y letárgico; el pulso cesará de latir; ni ca or ni aliento testificarán que vives; las rosas de tus labios y mejillas se marchitarán hasta quedar cual pálida cera;

tus ojos se cerrarán como cuando los cierra la muerte a la luz de la vida; tus miembros todos quedarán yertos, rígidos y fríos como los de un cadáver; y en tal apariencia de muerte permanecerás por espacio de cuarenta y dos horas, y luego despertarás como de un plácido sueño. Ahora bien, cuando por la mañana vaya el novio a hacerte levantar del lecho, te creerá muerta. Entonces, según la usanza de nuestro país, ataviada con tus mejores galas y descubierta en el féretro, serás conducida a la antigua cripta en donde reposa la familia de los Capuletos. En el ínterin, antes que tú despiertes de tu letargo, Romeo se informará por una carta mía de nuestro plan, y vendrá. El y yo esperaremos atentos tu despertar, y aquella noche misma Romeo te llevará a Mantua. Esto te librá de esa inminente deshonra, si un efímero capricho o algún temor mujeril no abate tu ánimo en el momento de obrar.

JUL. ¡Oh! ¡Dadme! ¡dadme! No me habléis de temor.

LC REN. (Dándole el pomito.) Toma, pues. Sé firme y afortunada en tu resolución, hija mía. Yo despacharé sin tardanza un hermano lego a Mantua con una carta mía para tu esposo.

JUL. (Apretando el pomito contra su pecho.) ¡Amor, préstame fortaleza, y la fortaleza me proporcionará remedio! (Vanse.)

CUADRO III

Sala en casa de Capuleto.

ESCENA PRIMERA

CAPULETO, la SEÑORA de CAPULETO y la NODRIZA

- CAP. Y bien; ¿fué mi hija a ver a fray Lorenzo?
SRA. CAP. Sí por cierto, señor.
CAP. Me alegro. Acaso el buen padre haya obrado en ella un cambio favorable.
NODR. Vedla, aquí llega. ¡Oh! ¡Qué cara más risueña tiene?

ESCENA II

Dichós y JULIETA

- CAP. Conque, testaruda, ¿te confesaste con fray Lorenzo?
JUL. Sí, padre mío; y según me lo ha prescripto mi santo confesor, vengo a postrarme a vuestras plantas implorando perdón. Perdonadme, os lo ruego. De hoy más me dejaré siempre gobernar por vos.
CAP. ¡Ah! ¡Qué inesperada mudanza! El corazón me lo decía. Levántate, hija. Enviad a buscar al conde, traedle acá, pues quiero informarle del caso. Id sin perder un momento. Juro a Dios que toda la ciudad queda muy obligada a este santo religioso.
SRA. CAP. (A Julieta.) Nosotras te ayudaremos a escoger las más ricas prendas para ataviarte mañana.
CAP. Sí, pues mañana sin falta hay que ir a la iglesia, y apurados nos veremos para terminar todos los preparativos de la boda.

Quédate aquí en el aposento de Julieta, esposa mía, y ayúdala a engalanarse. Ya es casi de noche, y no podemos perder un instante.

JUL. Hay tiempo de sobra, madre mía. Yo misma escogeré todo lo menester para mi atavío, y así, tened a bien dejarme sola esta noche, pues segura estoy de que vuestras manos no estarán un punto ociosas, y por mi parte necesito también orar mucho para que los cielos me sean propicios.

SRA. CAP. Buenas noches, pues. Descansa tranquila, hija mía, que bien lo necesitas.

CAP. ¡Ah! ¡qué gran peso se me ha quitado del corazón! (Vanse Capuleto, Señora de Capuleto y la Nodriza.)

ESCENA III

JULIETA

JUL. Adiós. (Sabe el cielo cuando nos volveremos a ver). (Cierra la puerta.) Siento un vago temor que me da estremecimientos al correr por mis venas y casi hiela en mí el calor de la vida. Voy a llamarlas a mi lado para que me infundan valor. ¡Ama! .. Pero ¿qué ha de hacer ella aquí? Forzo-o es que yo sola represente mi tremendo drama... Ven, redoma. (Va a beber el licor, y de pronto se detiene.) ¿Y si este brebaje no obra efecto alguno? ¿Será preciso entonces desposarme yo mañana con el conde?... No, no; esto lo impedirá. (Sacando una daga de su seno.) Quédate aquí (Dejándola junto a su lecho.) ¿Y si fuera eso una ponzoña que arteramente me hubiese deparado fray Lorenzo para darme la muerte, por miedo a la deshonor que le causaría esta nueva boda después de haberme casado en secreto con Romeo?... Pero no, no es posible, pues

siempre ha dado pruebas de ser un santo varón. ¡Lejos de mí tal pensamiento!... Y si una vez depositada en la tumba, me despierto antes de venir Romeo a libertarme? ¡Trance horrendo! ¿No habré de ahogarme entonces en aquel antro subterráneo, y morir sofocada por falta de aire puro? Y dado que viva, ¿no es posible que la aterradora idea de la muerte, al verme yo encerrada de noche en un tétrico panteón, en el cual por espacio de siglos se han ido haciendo las osamentas de mis antepasados, allí donde, cubierto de sangre, yace Tíbaldo pudriéndose en su mortaja, adonde, según cuentan, a ciertas horas de la noche concurren los espectros en medio de pestilentes emanaciones y lanzando horribles chillidos. . ¿no es posible que se trastorne mi razón, y que en mi desvarío, empuñando a guisa de clava un hueso de mis abuelos, me hiciera saltar los desesperados sesos..? ¡Ahl ¿qué es lo que miro? Paréceme que veo el espectro de mi primo acosando a Romeo, que atravesó su cuerpo con una espada... ¡Tente, Tíbaldo... tentel ¡¡Romeo, Romeo! Voy a reunirme contigo. Aquí está el licor... ¡Lo bebo a tu salud! (Bebe, y después de un momento de vacilación, cae sobre el lecho.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

CUADRO PRIMERO

Una calle de Mantua

ESCENA PRIMERA

ROMEO

ROMEO Si puedo fiar en lisonjeras visiones, mis ensueños auguran próximas y faustas nuevas. Todo este día una inóclita animación me eleva por encima de la tierra con pensamientos placenteros. Soñé que venía mi esposa y me encontraba muerto (sueño portentoso, que concede a un muerto la facultad de pensar), y con sus besos infundía en mis labios una vida tal, que yo revivía y me consideraba el más feliz de los mortales. ¡Ah! ¡Cuán dulce es la posesión del sér amado, cuando su sola sombra es tan rica en deleites!

ESCENA II

Dicho y BALTASAR en traje de camino; con látigo y botas de montar.

ROMEO ¡Ah! ¡Nuevas de Veronal! ¿Qué ocurre, Baltasar? ¿No me traes alguna carta de fray

Lorenzo? ¿Cómo está mi señora? ¿Y mi padre está bien? ¿Cómo lo pasa mi Julieta?

BALT. (Bajando la cabeza con aire triste.) ¡Señor!...

ROMEO Di: ¿cómo está Julieta? Te lo pregunto otra vez, pues si ella está bien, nada puede ir mal... Estoy impaciente, ¡habla!

BALT. Entonces nada puede ir mal, pues ella está bien. Su cuerpo descansa en el panteón de los Capuletos, y su alma gloriosa vive con los ángeles.

ROMEO ¡Cómo! ¿Es posible...?

BALT. Yo mismo la vi depositar en la cripta de su familia, y sin dilación tomé la posta para instruiros de ello... ¡Oh! Perdonadme si os traigo estas dolorosas nuevas, puesto que tal misión me confiasteis.

ROMEO ¿Será verdad? Entonces reniego de vosotros, astros del cielo. (A Baltasar.) Tú sabes mi alojamiento. Procúrame papel y tinta, y alquila caballos de posta. Esta noche quiero partir.

BALT. Por Dios, calmaos, señor. Vuestro semblante pálido y descompuesto anuncia algún desastre.

ROMEO ¡Bah! Te engañas. Déjame, y haz lo que te ordeno... Pero ¿no tienes para mí carta alguna de fray Lorenzo?

BALT. No, mi buen señor.

ROMEO No importa. Vete y alquila esos caballos. Al momento seré contigo (Vase Baltasar.) Sí, Julieta; esta noche reposaré a tu lado. Tracemos los medios... ¡Oh mal, cuán presto te insinúas en el pensamiento de los hombres desesperados! Recuerdo un boticario (y por aquí cerca vive), a quien vi poco ha con andrajoso vestido y demacrado semblante, recogiendo hierbas medicinales. Sin duda, obligado por la acerba miseria que le consume, el infeliz, por un puñado de oro, me facilitará lo que necesito... Si mal no recuerdo, esta es la casa.

La puerta está cerrada... ¡Holal ¡Ah de casa! ¡Boticario! (Llamando fuertemente a la puerta.)

ESCENA III

Dicho y el BOTICARIO, que entreabre la puerta y asoma la cabeza.

BOTIC. ¿Quién llama tan recio?

ROMEO L'égate acá, amigo. Veo que eres indigente. Toma: ahí van cuarenta ducados, y despáchame un veneno de acción tan rápida, que al instante caiga exánime aquel que, hastiado de la vida, llegara a tomarlo.

BOTIC. Poseo tales mortíferas drogas, pero las leyes de Mantua castigan con la muerte a quien las expendan.

ROMEO ¿Tan necesitado estás y tan lleno de miseria, y aun temes morir? El hambre se muestra en tus enjutas mejillas; la penuria y la estrechez asómanse famélicas a tus ojos, el mundo te mira con desdén; así que, no seas pobre, antes quebranta la ley y acepta este oro. (Presentándole un bolsillo.)

BOTIC. No mi voluntad, mi pobreza consiente.

ROMEO Tu pobreza pago, que no tu voluntad.

BOTIC. (Cogiendo de la tienda un pomito y entregándolo a Romeo con gran cautela.) Echad esto en un líquido cualquiera y bebedlo hasta la última gota, y así tuviérais la fuerza de veinte hombres, os despacharía en un instante.

ROMEO (Dándole el bolsillo.) He aquí tu oro, veneno más funesto para el alma y que causa más muertes en este mundo aborrecible que esas pobres mixturas que no te es lícito despachar. Soy yo quien vende a ti el tóxico, no me lo has vendido tú a mí. (Vase el Boticario.) Ven, cordial, no veneno; ven conmigo a la tumba de Julieta, que allá es donde yo debo hacer uso de ti. (Vase).

CUADRO II

Un cementerio, en medio del cual se levanta el panteón de los Capuletos. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Entran PARIS y su PAJE, que lleva flores y una antorcha encendida.

PARIS Dame la antorcha esa. Ahora retírate y permanece a alguna distancia de aquí... Pero no, apaga esa luz, pues no quiero ser visto. Tiéndete al pie de aquellos cipreses y aplica el oído al suelo, y así ninguna planta humana pisará el cementerio sin que tú lo oigas. Si alguien se acerca, anúncialo con un silbido. Dame esas flores. Vete, y haz cuanto te dije. (Vase el paje.) (Llegándose al panteón.) Dulce flor, tu lecho nupcial siembro de flores; tumba querida, que en tu recinto encierras el perfecto modelo de la eternidad; hermosa Julieta, que moras con los ángeles, acepta esta postrera ofrenda de mis manos, que con funerarios tributos adornan tu sepultura. (Esparciendo las flores al pie del panteón.) (Oyese un silbido lejano.) Mi paje avisa que alguien se acerca. ¿Qué pie maldito vaga esta noche por la mansión de los muertos para interrumpir mis exequias? Encúbreme, noche, con tu velo por un instante. (Retírase.)

ESCENA II

Dicho, ROMEO y BALTASAR, con una linterna, un azadón y una palanca

ROMEO Dame ese azadón y la palanca de hierro. Atiende: toma esta carta, y por la mañana muy temprano, entrégala a mi padre. Ahora dame la luz y aléjate de aquí. Mas si tú, receloso, vuelves a este sitio para acechar lo que intento hacer, júrote por los cielos que voy a descuartizarte y esparcir tus restos por este hambriento cementerio.

BALT. Voyme, pues, señor. No os incomodaré.

ROMEO Así me probarás tu afecto. Toma este oro. (Entregándole un bolsillo.) Vive y sé dichoso... Adiós, buen compañero.

BALT. (¡Or eso mismo voy a ocultarme cerca de aquí. Sus miradas me asustan y sus intentos me dan que recelar). (Retírase.)

ROMEO (Acercándose al panteón) Tú, detestable buche, seno de muerte, repleto del más exquisito bocado de la tierra, así fuerzo yo a abrirse tus podridas quijadas, y a despecho tuvo voy a atiborrarte de nuevo pasto. (Forcejea para abrir con la palanca la puerta del panteón).

PARIS (Ese es aquel proscripto e insolente Montesco, que asesinó al primo de mi dama, y por tal crimen fué causa quizás de que sucumbiera de dolor esa bella criatura. Y aquí ha venido sin duda a cometer alguna torpe profanación con los muertos). (Adelantándose.) Cesa en tu sacrilego empeño, vil Montesco. ¿Ha de llevarse la venganza aun más allá de la muerte? Maldito villano, ¡date a prisión! Obedéceme y sigue, porque debes morir.

ROMEO Sí, debo morir, y para ello vine aquí. Bueno y noble mancebo, no tientes a un hombre desesperado. Huye de aquí y déjame en paz. Te lo suplico, no te detengas, aléjate, y

di luego que la clemencia de un loco te instó a que huyeras de este sitio.

PARIS Desprecio tus conjuros, y aquí te prendo por felón.

ROMEO ¿Pretendes acaso provocarme? Entonces, ¡defiéndete, rapaz! (Pelean).

EL PAJE ¡Dios mío, pelean! Corro a llamar la ronda. (Vase).

PARIS ¡Ah! Muerto soy. (Cae.) Si en tu corazón se abriga la piedad, abre esa tumba y déjame al lado de Julieta. (Muere).

ROMEO ¿Quién será? Examinemos de cerca ese rostro. (Acercando la linterna.) ¡El conde Paris! ¡El noble caballero que había de casarse con Julieta!... ¡Oh, dame la mano, tú, que como yo mismo, fuiste inscripto en el libro del amargo infortunio! Sí, aquí te dejaré junto a esta tumba. ¡Qué digo tumba! ¡Ah, no! mansión esplendorosa, pues aquí descansa Julieta, y su hermosura hace de esta cripta un regio salón radiante de luz. (Romeo acaba de abrir la puerta del panteón, y aparece el interior del mismo. En el centro, sobre unas gradas cubiertas de paño negro con franjas de oro, se ve de través un lujoso féretro descubierto, en el cual yace Julieta enteramente vestida de blanco, coronada de flores y cubierto el rostro con un velo de gasa. El panteón está iluminado por una lámpara que pende de la bóveda y dos grandes candelabros, uno a la derecha y otro a la izquierda de la escena; en el fondo un gran crucifijo. Sobre el féretro, en la gradería y en el suelo se ven esparcidas algunas flores. Al ver a Julieta, Romeo cae de rodillas, sollozando junto al féretro; luego se levanta y contempla extasiado el semblante de su amada.)

ROMEO ¡Oh, amor mío, esposa mía! La muerte, que ha libado el néctar de tu aliento, ningún poder ha tenido aún sobre tu belleza. La enseña de la hermosura todavía ostenta su carmín en tus labios y mejillas. ¡Ah, Julieta idolatrada! ¿Por qué eres aún tan bella? Hasta de la muerte llego a tener celos, y

así quiero permanecer a tu lado para nunca más separarme de ti. ¡Oh, sí, Julieta! En este panteón fijaré mi morada, librando así del yugo de adversos astros esta carne hastiada del mundo. ¡Ojos míos, mirad por vez postrera! Brazos, dad nuestro último abrazo! Y vosotros, labios, puertas del aliento, sellad con un legítimo beso un contrato ilimitado con la muerte que todo lo arrebató! (Abraza a Julieta y le da un prolongado beso. Después saca el pomito de veneno.) ¡Ven, amargo conductor, ven, austero guía! Tú, desesperado piloto, lanza ahora de golpe, para que vaya a estrellarse contra los arrecifes, tu maltrecho bajel, cansado ya de navegar. ¡Brindo por mi amada! (Bebe.) ¡Así muero... con un besol! (Muere y cae sobre la gradería al pie del féretro de Julieta.)

ESCENA III

Dichos y FRAY LORENZO, con una linterna, un azadón y una palanca. Después la ronda.

LOREN. ¡Válgame san Francisco bendito! ¡Cuántas veces han tropezado con las tumbas mis añosos pies! Dentro de poco despertará Julieta, y forzoso será llevármela a mi celda, donde la tendré guardada en secreto hasta la llegada de su esposo... ¿Quién está ahí?

BALT. (Avanzando.) Un amigo vuestro.

LOREN. El cielo os bendiga. Decid, buen amigo: ¿qué luz es aquélla? Si mal no distingo, arde en el panteón de los Capuletos.

BALT. Así es, venerable padre; y allí está mi amo, a quien vos apreciáis.

LOREN. ¿Quién es?

BALT. Romeo.

LOREN. (Con gran sorpresa y ansiedad.) ¡Romeo! ¿Hace mucho que está aquí?

- BALT. Más de media hora.
- LOREN. Venid, venid conmigo.
- BALT. No me atrevo, señor. Mi amo ignora que yo esté aquí, y me ha amenazado de muerte si me quedaba yo para acechar sus intentos.
- LOREN. Quedaos, pues. Iré yo solo. (Apodérase de mí el espanto. Mucho temo un accidente funesto.) (Avanzando.) ¡Romeo!... ¡Ay de mí! ¿Qué sangre es esa que tinte el mármreo umbral de este sepulcro? ¿Qué significan estos aceros sangrientos y abandonados en esta mansión de paz? ¡Oh! ¡Paris bañado en sangrel (Entra en el panteón.) ¡Quién más? ¡Romeo!... ¡Oh, está pálido y sin vida! .. ¿Qué hora despiadada es culpable de este lance desastroso?... ¡Ah! La dama se mueve. (Julietta abre los ojos, se incorpora lentamente y aparta el velo que cubre su rostro, mirando a todos lados con inquietud.)
- JUL. ¡Oh padre y consuelo mío! ¿Dónde está mi dueño?... Bien recuerdo el sitio en que debía yo hallarme; pero mi Romeo, mi Romeo ¿dónde está? (Óyese un lejano rumor.)
- LOREN. ¡Silencio! Oigo rumor de gente que se acerca. Huye, señora, de ese antro de muerte y pestilencia. El hado adverso desbarató nuestros designios disponiendo que no llegara mi carta a manos de Romeo, y obligado por tan imprevisto contratiempo, he venido aquí solo a estas horas de la noche. Ven, huyamos de este sitio fatal. Junto a ti yace tu esposo exánime... Ven, hija mía, ven; no te detengas. La ronda se acerca. ¡Por Dios, Julietta! (Ruido dentro más cerca.) No me atrevo a esperar más. (Vase.) (Julietta, al oír «esposo exánime,» baja del féretro y se queda pasmada mirando a Romeo con los ojos fijos y desmesuradamente abiertos. Después de unos momentos, respira con fatiga, como si tuviera oprimido el corazón, luego empieza a sollozar, y finalmente rompe

en una explosión de llanto y alaridos, y cae abrazando a Romeo.)

JUL.

¡Romeo! ¡Amor mío! ¡Esposo idolatrado!... (Sollozos prolongados. Luego va a coger la mano de Romeo y descubre el frasquito.) ¿Qué será eso? ¡Un pomito fuertemente apretado en la mano de mi fiel esposo! ¡Ah, lo comprendo! El veneno habrá sido la causa de su fin prematuro. (Cogiendo el frasquito y examinándolo.) ¡Ah, ingrato! ¿Todo lo apuraste, sin dejar para mí una sola gota benéfica que me ayude a seguirte? (Tira el frasquito.) Besaré tus labios. Tal vez haya quedado en ellos un resto de ponzoña. (Le besa.) Tus labios están calientes aún.

GUARDIA

JUL.

(Dentro.) Guía, muchacho. ¿Por dónde? (Con sobresalto.) Oigo voces aquí cerca. ¡Ah! ¿Querrán separarnos?... ¿No, no, nunca! Nadie podrá arrancarme viva del lado de mi esposo querido. (Con rapidez y mirando inquieta en dirección de las voces.) ¡Pronto, pronto! Aquí está su daga. (Cogiéndola con mano temblorosa.) ¡Oh daga bienhechora! ¡Tú nos unirás para siempre, para siempre! (Se hunde la daga en el pecho con ambas manos.) (Lento, - con voz cada vez más débil.) ¡Romeo! (Cae y abraza a Romeo.) ¡Dulce esposo mío!... ¡Romeo!... ¡Romeo!... (Muere.) (Entra la Ronda co- armas y linternas, y se detienen todos al ver tan triste espectáculo. Entra Fray Lorenzo, se acerca al grupo de los amantes, y extiende sobre ellos las manos elevando los ojos al cielo. Todos los demás, dispuestos en torno de dicho grupo, doblan respetuosamente la rodilla. La campana del reloj da pausadamente la media noche.)

TELÓN LENTO

FIN DE LA TRAGEDIA

Desenlace de ROMEO y JULIETA según el arreglo del célebre actor Garrick.

(Romeo, después de haber bebido el veneno, abraza y besa a Julieta.)

JUL. (Suspirando.) ¡Ah!

ROMEO ¡Respira!... ¡Se mueve!...

JUL. ¿Dónde estoy? ¡Valedme, cielos!

ROMEO ¡Habla!... ¡Vive!... ¡Oh! Seremos aún felices. Mi buena estrella me resarce ahora con creces de todas mis pasadas amarguras... Levántate, levántate, Julieta mía, y deja que te arránque de ese antro de muerte, de esa mansión de horrores. Permite que infunda en tus labios espíritu vital y te retorne a la vida y al amor.

JUL. ¡Dios mío! ¡Qué frío siento!... ¿Quién está ahí?

ROMEO Tu esposo, Julieta mía; tu Romeo, que se ha remontado del abismo de su desesperación a los más inefables goces. Abandona, abandona este sitio, y huyamos juntos. (La saca de la tumba.)

JUL. ¿Por qué así me violentas? No, jamás consentiré. Podrán faltarme las fuerzas, pero mi voluntad es inquebrantable... No quiero desposarme con Paris... Romeo es mi esposo.

ROMEO (Se ha extraviado su razón. ¡Remedien los cielos su mal!) Romeo es tu esposo. Yo soy Romeo, y todos los adversos poderes de la tierra no podrán romper los vínculos que nos unen, ni arrancarte de mi corazón.

JUL. Reconozco ese acento. Su mágica dulzura despierta mi alma extasiada... Ahora voy recordando... ¡Oh dueño mío! ¡esposo mío! (Va a abrazar a Romeo, que apenas puede sostenerse.) ¿Te apartas de mí, Romeo? Daja que to-

que tu mano y guste el cordial de tus labios... ¡Me asustas! ¡Habla!... Déjame oír alguna voz distinta de la mía en esta tétrica cripta de muerte, o voy a desfallecer... ¡Sosténme!

ROMEO ¡Ay de mí! No puedo. Fáltanme las fuerzas, y he menester de tu débil apoyo... ¡Cruel venenol...

JUL. ¡Venenol! ¿Qué dices, dueño mío?... ¡Esa voz temblorosa... tus labios lividos... tus ojos apagados!... La muerte está en tu semblante.

ROMEO Sí; con ella estoy luchando. Los transportes que sentí al verte volver a la vida, atacaron por breves instantes su impetuoso curso, y sólo pensaba yo en la felicidad y en ti. Mas ahora la ponzoña corre por mis venas. No tengo tiempo para relatarlo. La fatalidad me ha traído a este sitio para darte el último, el postrer adiós, y morir contigo.

JUL. ¡Morir! ¿Fué traidor fray Lorenze?

ROMEO Lo ignoro. Te creí muerta, y loco de dolor ante tal espectáculo (¡oh, funesta precipitación!) bebí el veneno, besé tus labios fríos y hallé en tus brazos una tumba preciosa... Mas en aquel instante... ¡oh!...

JUL. ¿Y para eso desperté yo?

ROMEO Agótanse mis fuerzas. La muerte y el amor se disputan mi sér asiendo de mí con violencia;... me están despedazando. Pero la muerte es más poderosa... ¡y yo debo dejarte, Julieta!.. ¡Oh cruel, maldita suerte!... A la faz de los cielos...

JUL. ¡Deliras!... Reclínate sobre mi pecho.

ROMEO Los padres tienen corazón de pedernal; no hay lágrimas que puedan ablandarlos... La naturaleza aboga en vano... Preciso es que los hijos sean desdichados.

JUL. ¡Ay! Se me desgarrá el corazón.

ROMEO Julieta es mi esposa... Nuestros corazones están íntimamente unidos... ¡Tente, Capu-

letos!... ¡Paris, suelta tu presa!... No tiréis así de las fibras de nuestros corazones... ¡ya crujen... se quiebran... ¡Oh Julieta!... ¡Julieta! (Muere.)

JUL.

¡Espérame, espérame, Romeo! Aguarda un instante. El hado nos enlaza en muerte. Estamos unidos... ningún poder nos separará. (Se arroja sobre el cuerpo de Romeo, le abraza y besa con frenesí) ¡Romeo! ¡Romeo!... No respira... ¡Oh, si pudiese yo chupar el veneno adherido a tus labios!... ¡Ah! Aquí está el pomito... ¡Ingrato! Ni una sola gota me dejaste para que yo te siguiera! (Ve la daga de Romeo y la coge con afán.) ¡Ah! ¡su daga! Ven, daga bienhechora y enmohécete en mi seno. (Húndese la daga en el pecho, cae sobre Romeo, y muere.)

TELÓN

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21, — BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|-------------------------------|-------------------------------|
| 1. La princesa del dollar | 34. La fuerza de la con- |
| 2. La Ola gigante | 35. Aurora ciencia |
| 3. El señor Conde de Lu- | 36. Eva |
| xemburgo | 37. El Bufón |
| 4. Captura de Raffles o el | 38. El cuchillo de plata |
| triunfo de Sherlock | 39. Nick Carter |
| Holmes | 40. La cena de los cardena- |
| 5. El Sol de la Humanidad | Justicia humana! les |
| 6. Zazá | 41. El señor feudal |
| 7. Mujeres vienesas | 42. El veranillo de S. Martín |
| 8. Hamlet | 43. El desdén con el desdén |
| 9. Glordano Bruno | 44. Cuento inmoral |
| 10. El nido ajeno | Amor de amar |
| 11. El Rey | 45. La dama de las camelias |
| 12. Prisionero de Estado o. | 46. La domadora de leones |
| la Corte de Luis XIV | 47. Los dos sargentos fran- |
| 13. Los Miserables | ceses |
| 14. La ladrona de niños | 48. El Místico |
| 15. Los dioses de la mentira | 49. García del Castañar |
| 16. Cristo contra Mahoma | 50. La fierecilla domada |
| 17. Juventud de Príncipe | 51. El honor |
| 18. Juan José | 52. El sí de las niñas |
| 19. La sociedad ideal | 53. María Antonieta |
| 20. La cizaña | 54. La viuda alegre |
| 21. Entre ruinas | 55. El conde de Montecristo |
| 22. La vida es sueño | 56. Otelo |
| 23. Sabotage | 57. El Barbero de Sevilla |
| Pasa la ronda | 58. Daniel |
| 24. Magda | 59. Pecado de juventud |
| 25. El papá del Regimiento | 60. Nadie más fuerte que |
| 26. El Alcalde de Zalamea | Sherlock Holmes |
| 27. Los dos pilletes | 61. La muerte civil |
| 28. D. Juan de Serrallonga | 62. La apuesta de Don Juan |
| 29. El Rey Lear | Tenorio |
| 30. Espectros | 63. Sor Teresa o El claustro |
| 31. Las Cigarras Hormigas | y el mundo |
| 32. El registro de la policía | 64. La niña boba |
| 33. El vergonzoso en palacio | 65. El pan de piedra |
| | 66. Romeo y Julieta |

Los reyes ante la Inquisición

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS REYES ANTE LA INQUISICIÓN

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

Adaptado a la escena española por

J. B. BARÓ, E. SABAT y J. SALA

Estrenado con gran éxito en el Teatro Arnau, de Barcelona, el
30 de Marzo de 1907



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

—x—

Personajes

Actores

DOÑA FLORA SANDOVAL	D. ^a E. del Castillo
CLARISA, dueña de doña Flora	» D. Puch.
DON FELIPE II.	D. J. Lleal.
DON JUAN DE AUSTRIA	» J. Torres.
DON CARLOS V.	» A. Buxens.
DON FERNANDO DE QUIRÓS	» V. Alonso.
RUI GÓMEZ, privado de Felipe II	» S. Amorós.
EL PRIOR del monasterio de Yuste	» E. Cinca.
EL GRAN INQUISIDOR	» L. Cinca.
GINÉS, criado de don Fernando	» N. Sugrañes.
PABLO, novicio de Yuste	» E. Torres.
EL PADRE LORENZO	» N. Suañes.
<i>Inquisidores, Alguaciles, etc., etc.</i>	

—————

LA ACCIÓN EN ESPAÑA



ACTO PRIMERO

Salón en casa de don Fernando de Quirós. Puerta al foro y puertas laterales en primer término. En el segundo derecha, puerta secreta y en el segundo izquierda, ventana que se supone da a la calle. Es de noche, y la escena, al levantarse el telón, completamente a oscuras. Aparece Ginés, precediendo a don Fernando y llevando en la mano un candelabro que deja sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA

Don FERNANDO y GINÉS

FERNANDO Gracias a Dios que llegué : ninguna casa es mejor que la propia casa. Dime, Ginés : ¿se recogió ya don Juan?

GINÉS Hace rato, señor, que se encerró en su habitación, ordenándonos que por ningún motivo ni bajo excusa alguna, le interrumpiéramos, pues se entregaría a profunda meditación.

FERNANDO Yo quisiera verle...

GINÉS No hagáis tal, señor. Ya lo previno y dijo que en terminando sus oraciones, él mismo vendría a saludaros.

FERNANDO ¡Pobre hijo mío ! ¡Qué conversión la suya más completa ! ¿Quién reconocería en el austero mancebo que se pasa los días en oración y las noches meditando, al joven de instintos belicosos, atolondrado, audaz y temerario de tiempo atrás.

Espero de Dios y el Rey que premiarán su conversión.

GINÉS ¿Dios?... ya lo comprendo ; pero el Rey, ¿qué tiene que ver?

FERNANDO (¡ Necio de mí !) El Rey representa a Dios sobre la tierra... y ya sabéis su gran devoción. ¡ Bueno ! hora es ya de recogerse y mañana veremos a mi don Juan. Dame las llaves.

GINÉS (Dándole un manojo.) Aquí están todas ; (menos la buena.)

FERNANDO Ahora nadie podrá salir sin mi licencia.

GINÉS (Pero él entrará con la mía.)

FERNANDO A descansar. Toma tus gajes. (Le da una bolsa.) Sírvenme fiel, que no te faltará la recompensa. Dios te guarde. (Coge el candelabro y sale por la derecha.)

GINÉS El vaya con vos, señor.

ESCENA II

GINÉS

GINÉS ¡ A descansar ! Quien pueda que lo haga. Yo debo esperarme aquí, hasta que regrese mi señor don Juan. Que este es el primer inconveniente de servir a dos señores. Aparte, por supuesto, de las ventajas que ello reporta. Don Fernando me paga por vigilar y espiar, y don Juan porque le tape sus enredos y su hipocresía. ¡ Es claro ! Para eso me dió el Señor dos manos ; para cobrar con las dos, y así uso de ellas en el servicio de Dios. Pero paréceme oír la seña. (Oyese un silbido.) Sí, es él. Abramos con precaución. (Va a la puerta secreta, la abre, da un silbido y aparece don Juan, embozado en su capa y andando a tientas. Toda la escena a obscuras y algo rápida.)

ESCENA III

Don JUAN y GINÉS

- JUAN ¿Llegó ya mi padre?
- GINÉS Rato ha que está de vuelta.
- JUAN ¡Voto al diablo! ¿Llegué tarde?
- GINÉS (¡Jura como un soldado!) Tarde habéis venido, pero sin daño. Yo previne a vuestro padre que estabáis en profunda meditación y él se retiró sin querer estorbároslo.
- JUAN Gracias, mi buen Ginés. Eres un fiel servidor. Toma por tus buenas acciones.
(Le da una bolsa.)
- GINÉS (Esta con la izquierda, que me toca de esotro lado.) Si quisiérais oír un buen consejo, os diría, señor, que os recogierais cuanto antes, pues mi señor don Fernando anda, a lo que veo, desvelado todavía. Ved, hay luz en su habitación.
(Mostrándola.)
- JUAN Cierto es. Estará rezando por mí y hace bien, pues yo me olvido de hacerlo. De tal modo llena todo mi sér doña Flora, que hasta de Dios me olvido.
- GINÉS Pero confesad, señor, que hay ciertamente motivos para andar tan distraído. ¡Es muy bella doña Flora!
- JUAN Mejor dijeras la más bella de las bellas. ¿Dónde hay ojos como los suyos, los más perfectos que se abrieron bajo el ardiente cielo de Andalucía? ¿Dónde mano más torneada, que parece amasada con nieve y jazmines de puro blanca y fina? ¿Dónde tez más nacarada?
- GINÉS ¡Galante estáis, señor don Juan!
- JUAN Galante no, enamorado de verdad, pues por mucho que dijera quedárame corto en alabarla.
- GINÉS Y ¿adónde os llevará este galanteo?

JUAN No profanes mi amor con este nombre. No es galanteo, no ; es el amor, más noble, ardiente y puro que jamás encendió Cupido en pecho castellano. Por ella aparento una devoción y un misticismo que jamás sentí, pero que me ha ganado la voluntad y la confianza de mi padre. Y cuanto más la trato, más enamorado me siento. Es mi vida, es mi aliento ; no me sería posible vivir sin ella, es forzoso que sea mía.

GINÉS ¡ En buen hora ! Y ¿ quién os lo podrá estorbar ? ¿ No vive ella sola con una dueña que la da compañía y sombra ?

JUAN Tú no me comprendes. Será mía, siendo mi esposa. Sólo así, que de otro modo no fuera digno del amor purísimo que la tengo. Y cuenta que lo tengo ya todo prevenido. Mañana mismo será mi esposa.

GINÉS Reparad que tal vez sea demasiado pronto. No contáis con los obstáculos...

JUAN No los temo, al contrario, me agradan y los deseo. De mi padre no los espero y si él, después que sepa mi casamiento, lo reprueba, ¿ qué podrá hacer fuera de desheredarme ? Y aun así, me queda mi espada.

GINÉS Se me antoja que vuestro padre se mueve mucho en su cámara y temo que nos sorprenda aquí. Mejor haríais en retiraros a vuestro aposento. Creo que viene.

JUAN Cierto. Así es, y porque no me vea, retírome. Adiós ; vete tú también. (Vanse don Juan por la izquierda y Ginés por el foro.)

ESCENA IV

Don FERNANDO

FERNANDO La intranquilidad me roba el sueño. Tenemos de poner un poco de orden en mi

conciencia y en mis asuntos. Felipe II se ha negado a recibirme en la corte al ir a consultarle sobre mi caso y me ha ordenado volverme a Toledo, donde dice vendrá a verme. Pero, ¡Dios mío! heme aquí en un mar de confusiones. ¿Qué debo hacer? Desde niño me fué confiado el infante don Juan, hijo bastardo del emperador Carlos V, y nacido en Rastisbona. A los ojos del mundo entero, ha pasado el infante por hijo mío; y al entrar en Yuste como religioso Carlos V, hizo prometer a Felipe II que lo reconocería como hermano y le protegería; pero el rey Felipe parece olvidarse de su promesa y no para de dar largas al asunto. ¿Le reconocerá?... Y si no lo hace, ¿cuál será mi deber?... Consulté el caso con el santo varón Ignacio de Loyola, quien me escribió pocos días antes de morir una carta; esta (Sacando una de una cartera.) que no me canso de leer y en la que, después de hacer uno de aquellos distingos que tan suyos son, me dice en substancia: «Si don Juan estuviese aislado del mundo, os diría: Hablad, don Fernando, sin reparo; pero se trata de un secreto que atañe a testas coronadas, que puede afectar a intereses superiores de Estado, y hay que conciliar los intereses de la conciencia con los de la nación. Lo mejor sería hacer constar el secreto en un instrumento que el propio don Juan pudiera hacer valer en tiempo oportuno a su solo riesgo y peligro.» Sí, sí; esto será lo mejor y aquí tengo borroneado el instrumento indicado. Ignacio de Loyola me aconseja que a ser posible se atribuya el nacimiento de nuestro príncipe a una dama de sangre real para ennoblecer así más al hijo de tan grande emperador; pero no siéndome posible ni remotamente indicar

alguna, lo mejor será dejar el nombre en blanco. Sí, eso será lo mejor y más acertado y así lo haré. Pero me parece que oigo resonar pasos en la calle y que alguien se ha parado frente a la puerta. (Mira a la ventana.) Dos hombres, en efecto, han parado al pie de esta ventana y llaman a la puerta. ¿Quiénes serán?... ¡Si fuera el Rey !... ¿Tan pronto? Pero, le conozco y es muy capaz. Voy a prevenirlo, dando la llave a Ginés. (Llama y aparece Ginés.)

ESCENA V

Don FERNANDO y GINÉS

GINÉS ¿Llamaba el señor?

FERNANDO Sí. Han llamado a la puerta; id a ver quién es, y si os contestan que es el señor duque de Santa Fe, hacedle entrar y que me espere en esta sala, pues vuelvo al momento; ahí va la llave de la puerta. Id pronto. (Sale Ginés por el foro.) Y ahora, vamos a prepararnos. (Sale por la derecha primera.)

ESCENA VI

Don FELIPE y RUI GÓMEZ

FELIPE Aguardemos aquí, mi fiel Rui Gómez, y no olvidéis ni por un momento que aquí soy sólo el duque de Santa Fe.

RUI Esta es la casa del antiguo consejero de vuestro padre. No creo, salvo el respeto debido a su nombre, que anduviese muy acertado al escogerle... Es un hombre sin carácter.

FELIPE Los reyes que tienen demasiado carácter,

gustan de rodearse de los que tienen poco. (Queda pensativo.)

RUI ¿Os preocupa, señor, la situación de nuestro hermano el príncipe don Juan?

FELIPE No, el fastidio me pesa. La impaciencia me devora. ¿Por qué vi aquella mujer en Madrid? ¿Por qué me la mostraste tú, en el soto de Manzanares? ¿Qué gentil belleza! ¿Pero no, fuerza será que la olvide! Sólo don Juan debe llenar mi pensamiento.

RUI ¿La amáis ya, por ventura?

FELIPE ¿Y cómo pudiera ser, si apenas la conozco? Ni la amo, ni la aborrezco, ni me dió ocasión para lo uno ni motivo para lo otro.

RUI Sí. Cometió un delito.

FELIPE ¿Cuál?

RUI El de haber nacido.

FELIPE Es cierto. Adivinastes mi pensamiento. Hubiera querido ser el solo hijo de mi gran padre, pero juré sobre los Santos Evangelios respetarle...

RUI Roma puede dispensar un juramento.

FELIPE Roma no hace nada de balde.

RUI ¿Cierto!

FELIPE Veré a don Juan y trataré de leer en su corazón. Si es quien quiero que sea, sepultará en un claustro su nombre. Pero si algún día llegara a sospechar algo de su secreto, entonces... ¿entonces Dios me inspirará! (Queda meditabundo.)

RUI ¿Entiendo!... ¿Qué os preocupa, señor?

FELIPE Esa mujer... No puedo apartar su recuerdo de mi alma. Dime: ¿no seguiste sus huellas? ¿No me dijistes que debía hallarse en Toledo? ¿No me asegurastes que aquí tendrían fin mis tormentos?

RUI Así lo espero, señor.

FELIPE Si lo logras no te quejarás de mí. Tesoros, honores, todo cuanto apetezcas te

daré. ¡ Es preciso que esto acabe, y sólo puede acabar satisfaciendo mi pasión !
RUI O perderé mi nombre o esta mujer será vuestra.
FELIPE ¿ Cuándo ?
RUI ¡ Mañana !
FELIPE ¡ Ve a lo que te expones !... y ahora déjame. Oigo a don Fernando que se acerca. Déjame sólo con él. (Rui Gómez saluda y sale.)

ESCENA VII

Don FELIPE y don FERNANDO

FERNANDO El señor Duque me dispensará si tardé...
¿ Qué veo ? ¿ Vuestra Majestad en mi casa ? (Se inclina.)
FELIPE Alzad. El rey no se halla aquí. Ved en mí solamente al duque de Santa Fe. Y ahora, oid : Vinisteis a Madrid y obrasteis muy mal.
FERNANDO ¡ Señor !...
FELIPE ¡ Mal, he dicho ! Vinisteis a recordarme un juramento, y esto era suponer que pude olvidarlo.
FERNANDO No supongáis eso, señor... Sírname de disculpa el afecto a mi discípulo, a vuestro...
FELIPE ¡ Basta !... Supongo que no le habréis descubierto el secreto de su nacimiento.
FERNANDO Nada le he dicho.
FELIPE ¿ Habéis cumplido mi encargo de inclinarme a la vida religiosa ?
FERNANDO Sí, señor, y el éxito sobrepujo a mis esperanzas.
FELIPE ¿ Creéis ?...
FERNANDO Señor, en él habéis de ver la timidez de una virgen y el fervor de un cenobita.
FELIPE ¿ Es decir que es el mejor cristiano del reino ?
FERNANDO Después de Vuestra Majestad.

- FELIPE Y del obispo de Cuenca.
- FERNANDO Cierta, señor ; después de Vuestra Majestad y del confesor de Vuestra Majestad.
- FELIPE Mejor así. En la obscuridad de un claustro podrá encontrar asilo seguro tanta perfección. Si así es, le reconoceré y mis brazos se abrirán para recibir al hermano ; pero quiero por mí mismo convenirme de su verdadero estado. Prevenidle vos y yo, entretanto, iré a recogerme un poco, pidiendo a Dios me ilumine en este trance. Quedaos y haced que me acompañen al oratorio. (Fernando llama y aparece Ginés.)
- FERNANDO Ginés, conducid al señor Duque al oratorio. (Sale don Felipe guiado por Ginés. Don Fernando le acompaña haciendo extremadas reverencias.) Perdonadme, señor...
- FELIPE ¡ Bien está, don Fernando ! ¡ Bien está !
¡ Basta ! (Con intención.) ¡ Sobra !

ESCENA VIII

Don FERNANDO, luego don JUAN

- FERNANDO ¡ Ahora descansaré tranquilo ! ¡ Me quitaré el peso de la conciencia de este secreto que me turbaba el sueño ! Mi discípulo, a quien llamé hijo hasta ahora, será reconocido y ocupará el rango a que tiene derecho. Yo, en cambio, imitando a mi señor y rey el gran Carlos V, buscaré en la obscuridad el reposo y el olvido. (Abre la puerta del cuarto de don Juan.) ¡ Don Juan ! ¡ mi querido hijo ! ¡ venid presto !
- JUAN ¡ Qué feliz soy en volver a veros !
- FERNANDO Más lo soy yo en poder daros una noticia que os halagará sin duda.
- JUAN ¿Cuál?
- FERNANDO Vais, dentro de poco, a ver cumplido

vuestro mayor anhelo. Vais a entrar en un monasterio...

JUAN ¿Cómo? ¿Un monasterio y dentro de poco?

FERNANDO ¡Sí, sin duda!

JUAN ¡Oh, no es posible! Es preciso revelar toda la verdad, y que cese tanta farsa.

FERNANDO ¿Qué decís de farsa? ¿Qué quereis decir, hijo mío?

JUAN ¡Que os he tenido hasta ahora en un fatal error, que os engañaba!

FERNANDO ¡Vos!

JUAN Sí, yo. Todo este fervor, toda esa piedad, eran ficción, mentira. Yo soy todo lo contrario de lo que os hice ver. Amo la libertad, busco la vida, me atrae el mundo.

FERNANDO ¡Vos, don Juan! ¡Es posible!

JUAN Sí, yo. Perdonádmelo.

FERNANDO Pero reparad que aceptando alguna dignidad eclesiástica podréis gozar también muchos placeres inocentes, como otros gozan.

JUAN No son precisamente los placeres inocentes los que a mí me atraen, sino los otros, los que le están vedados a un buen eclesiástico. ¿Cómo queréis que introduzca en el claustro desórdenes que en vuestra casa no toleraríais? Eso sería un crimen.

FERNANDO Pero, don Juan, ¿qué queréis decir?

JUAN Quiero decir que el mundo me llama, que siento deseos de perpetuar vuestro nombre ilustre y una raza de la que yo soy el único depositario; quiero decir que siento deseos de unir mi suerte a la de una mujer que sea mi compañera, la madre de mis hijos, la que me ayude a constituir un hogar y una familia.

FERNANDO ¡Una mujer, hijos, una familia! Pero, ¿qué es eso, Dios mío?

JUAN ¡Ah! ¿Os estremecéis... lloráis?... Verdad que vos no pronunciaríais mi sentencia mandándome que me encierre pa-

ra siempre en un claustro... a mí... ¡a vuestro hijo único !

FERNANDO ¡ Mi hijo ! ¡ mi querido hijo !... ¡ Ah, don Juan, vos no sois mi hijo !

JUAN ¿ Qué decis?... ¿ Vos no sois mi padre ?

FERNANDO No, no ; vos sois descendiente de una casa más ilustre que la mía.

JUAN Pues entonces, ¿ qué misterio es este ?
¿ Quién fué mi padre ?

FERNANDO ¡ Vuestro padre no es ya de este mundo !
(Lo puedo afirmar sin mentir.)

JUAN ¡ Murió !

FERNANDO El transmitió sus derechos y su autoridad sobre vos al señor duque de Santa Fe, que va a llegar y al que veréis dentro de poco ; él es el único que puede descifrar el misterio de vuestra vida. Es un gran señor poderoso y respetable y debéis obedecer sus mandatos que para vos han de ser sagrados.

JUAN ¿ Conque vos no sois mi padre ? ¡ Ah !
¡ Entonces soy libre, soy libre !

FERNANDO ¡ Ah, no, hijo mío ! ¡ Calmáos, por Dios !
(Y el rey que puede llegar de un momento a otro.)

JUAN ¡ Soy, pues, dueño de mis acciones !

FERNANDO ¡ Sosegaos, don Juan !

JUAN ¡ Podré hacer libremente lo que me dé en gana !

FERNANDO ¡ No, al contrario ! Debéis respetar al duque de Santa Fe ; va en ello vuestro porvenir y vuestra fortuna.

JUAN Yo prefiero mi libertad a todo el oro del mundo.

FERNANDO ¡ Temed por vuestra vida !

JUAN No, antes qué todo es mi libertad. ¡ Cuán dichoso soy ! Si supiérais cuán dichoso soy y cuánto os amo desde que no tengo la obligación de respetaros.

FERNANDO Reportaos, señor don Juan ; reportaos, al menos delante del señor Duque. Respeted-le y... (Aparece don Felipe.) (¡ Cielos... ya está

aquí! Valiente aspirante a fraile el que le presento.) (Don Felipe se adelanta mirando a don Juan, que sostiene la mirada.)

ESCENA IX

Dichos y don FELIPE

FELIPE ¿Este debe ser vuestro discípulo, señor don Fernando?

FERNANDO Sí, señor... este es... el joven... don Juan... que... (No sé lo que me digo.) Perdonadme si estoy conmovido... la emoción me vence... Nos hemos de separar cuanto antes...

FELIPE Lo comprendo. (Como se parece a mi padre, más que yo.) (Con ira.)

JUAN (Qué severo es el tal duque. Tiene cara de pocos amigos.)

FELIPE (A don Fernando.) Dejadnos solos, si gustáis.

FERNANDO Señor, yo quisiera advertiros...

FELIPE No necesito advertencias.

FERNANDO Es que quisiera explicaros...

FELIPE Que se explique él. Quiero conocerle por sí mismo.

JUAN (Fácil me será lograrlo.)

FERNANDO Pues que lo mandáis, me retiro. (A don Juan.) ¡Prudencia! ¡Por piedad, no le resistáis!

FELIPE ¿No habéis oído? ¡Salid, ya!

FERNANDO ¡Señor! (¡Dios me ampare!) (Vase.)

ESCENA X

Don FELIPE y don JUAN

FELIPE (Contemplando a don Juan.) (Por muy hábil que sea, yo he de descubrir hasta lo más recóndito de su corazón.) ¡Acercaos! (Don Juan toma una silla, la acerca al rey y se sienta tran-

quilamente. Este hace un movimiento de indignación, pero se reporta y dice:) (Es verdad. Yo no soy el Rey, soy un su igual, el duque de Santa Fe.) ¡Mucho y bueno me han contado de vos, señor don Juan!

JUAN Mejor quisiera que os hubiesen dicho poco y malo. Así quedaríais más contento de mí al verme.

FELIPE Humilde sois, don Juan.

JUAN Y vos cortés. Pero tengo más de franco que de humilde.

FELIPE También esto me complace. Y voy a probar vuestra franqueza. ¿Habéis meditado mucho?

JUAN ¡Yo!

FELIPE Sí, ya lo sé. Y de estas meditaciones se ha desprendido la vocación decidida a algún estado. Decidme: ¿cuál es? Abridme vuestro corazón sin recelo. Explicaos.

JUAN Pues lo queréis, oid: Partamos de un principio, si os place.

FELIPE Hablad.

JUAN En la vida no hay más que tres cosas buenas.

FELIPE ¿Cuáles son?

JUAN La guerra, las mujeres y la caza.

FELIPE ¿Eh? Yo he oído mal, sin duda. ¡Repetid!

JUAN O la caza, las mujeres y la guerra, como queráis, con tal que no falte nada.

FELIPE ¿Habláis en serio?

JUAN ¿No me lo habéis pedido?

FELIPE ¡Singular disposición para la vida monástica!

JUAN ¿Vida monástica? No creáis tal, señor; jamás pasó eso por las mientes. Antes que encerrarme en un convento, haría arder a todos los de España.

FELIPE ¡Jesús! ¡Qué vocación! (Levantándose.)

JUAN ¡Ja, ja, ja! Sentáos, caro Duque, sentáos. Esa es mi vocación. Mi alma se rebela contra todo lo que sea imposición o

tiranía. Yo amo la libertad, la gloria, la dulzura de la vida.

FELIPE Entonces don Fernando se ha burlado de mí.

JUAN ¡O yo de él!

FELIPE ¡Señor don Juan!... Pero sigamos hasta el fin.

JUAN Ahora os toca a vos el hablar. Vos tenéis que hacerme revelaciones importantes acerca de mi padre a quien vos conocisteis...

FELIPE Sí, pero vuestro padre me impuso condiciones.

JUAN Que ya supongo, pero que no quiero conocer, porque creo que él no era ningún tirano.

FELIPE ¿Y si lo hubiese sido? ¿Y si tenía derecho a serlo?

JUAN Ni el rey tiene tal derecho, mucho menos mi padre; que por otra parte ya ha muerto y por lo tanto a nadie debo el sacrificio de mi dignidad.

FELIPE Con todo, de vos depende el ser algo en el mundo o quedar reducido a la nada.

JUAN ¿A la nada? No puede quedar reducido a ella quien tiene, como yo, la nobleza en el corazón y en los sentimientos. ¿Qué? ¿Me queréis negar un nombre que me pertenece? Pues bien, yo sabré conquistarme otro que le iguale con mis hechos. Decís que podéis reducirme a la nada... y yo os contesto que el hombre de la nada no necesita del duque de Santa Fe para salir de ella y llegar a ser alguna cosa.
(Se levanta.)

FELIPE (Conteniéndose y con calma.) Sentáos, ahora; sentáos y hablemos con calma. ¿Es, pues, invencible vuestra vocación por las armas?

JUAN Sí tal. Soy castellano, ambicioso; tengo orgullo y la gloria me tienta con fuerza irresistible. Vos, que sois poderoso, y pa-

rece que por encargo de mi padre debéis velar sobre mí, podéis hacerme adelantar en la carrera de soldado.

FELIPE Trataré de hacerlo.

JUAN Y yo os lo agradeceré con toda mi alma. A pesar de vuestro severo continente y de un cierto aire majestuoso que se desprende de vos, siento que os quiero ya como a un buen amigo.

FELIPE A fuer de tal voy a haceros una pregunta. ¿No hay en vuestro corazón otro amor que el de la libertad?

JUAN Yo sí; amo... a una mujer. (Movimiento de don Felipe.) ¿Qué? ¿Vos no habéis amado nunca? ¿Amáis tal vez?

FELIPE Sí... os lo confieso. Amo más de lo que quisiera.

JUAN ¡Amáis!... He aquí el lazo que estrechará más nuestros corazones.

FELIPE ¿Y esa mujer?...

JUAN Es la más bella, la más pura, la más digna de todas las mujeres.

FELIPE Salvo la mía, si no os parece mal.

JUAN ¡Sea! No serán mejor la una que la otra, si lo deseáis. Pero no despreciéis la mía al menos.

FELIPE Si quisiérais dárme la a conocer.

JUAN Mucho me pedís, pero en fin, tanto vale y tan cierto estoy de que al verla ha de dejaros admirado, que no dudo en hacer un pacto. Si es de vuestro agrado, me daréis con vuestro consentimiento la clave del misterio que envuelve mi nacimiento. ¿Aceptáis?

FELIPE Convenido. Os doy mi palabra bajo esta condición que ella sea de mi agrado. ¿Cuando me la haréis conocer?

JUAN Hoy mismo y en su casa. Estoy seguro del éxito. Pero advertid que si no os complacía yo haría también lo que me pareciera y prescindiría de vuestro beneplácito. Pero no habrá necesidad, yo os lo fio.

- FELIPE Así lo espero.
- JUAN Así será. Pues bien, os espero en su casa después de los oficios. Es una casa a la entrada de la ciudad, al lado de la iglesia de San Sebastián.
- FELIPE No faltaré. (No podrá quejarse mi padre de mí.)
- JUAN Hasta luego, pues. ¡ Ah ! os quiero ya como un hermano. (Estrechándole la mano.)

ESCENA XI

Dichos y don FERNANDO

- FERNANDO (Que sale y oye las últimas palabras.) (¡ Ciclos, qué escucho !) Señor...
- FELIPE Adelante... Don Fernando, recibid mis parabienes por el estado de vocación de vuestro discípulo. (Irónico.)
- FERNANDO (Confuso.) ¡ Ah ! ¿ se decidió ? y ¿ entrará en un monasterio ?
- JUAN (Jovial.) Sí, querido padre, y para escogerlo quedáis citados vos también con el Duque.
- FERNANDO ¿ Dónde ? ¿ Cuándo ?
- JUAN Esta mañana a las once, en casa doña Flora, al lado de San Sebastián.
- FERNANDO (Confuso.) ¿ Doña Flora ?...
- JUAN ¡ Ja, ja, ja ! ¡ Sí, de mi novia, de vuestra futura nuera !
- FERNANDO ¿ Qué escucho ?
- JUAN Vos seréis mi padrino de bodas. (Riendo.)
- FERNANDO (Al rey.) Señor...
- FELIPE Yo también le apadrinaré... Hasta luego. (A Fernando.) (Os habéis lucido.)
- JUAN ¡ Ja, ja, ja ! (Cuadro. Juan, riendo, acompaña al rey a la puerta. Don Fernando cae abatido en un sillón.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Elegante salón en casa de doña Flora. Tocadores con espejo, un gran diván, puertas laterales con cortinajes caídos y todo presentado con riqueza y lujo. Al levantarse el telón, la doncella está acabando de vestir a doña Flora ante un tocador. Es de día. Doña Flora viste un elegantísimo traaje.

ESCENA PRIMERA

Doña FLORA y CLARISA

- CLARISA ¡ Qué bella estáis, señora ! Cómo os contemplará don Juan, que os hallaba tan bella con vuestros lutos.
- FLORA Decía que el luto me hacía tan bella... ; y a fe que mi alma estaba bien triste ! ; Acababa de perder a mi querido padre y me hallaba tan sola en el mundo !...
- CLARISA Sola, no ; yo estaba con vos, señora.
- FLORA ¡ Oh, sí ; tú no me has dejado nunca !
- CLARISA Afortunadamente habéis hallado un hombre noble y digno que no violentará vuestras creencias.
- FLORA En cuanto a eso tienes razón. Pero, a pesar de ello, tengo mis dudas y temo que el día en que él sepa que bajo la apariencia de doña Flora Sandoval, católica y castellana, se esconde la judía Ester, hija de Ben-Jochai, se trueque todo su amor en desprecio. Estoy decidida a decírselo

- cuanto antes, pues tarde o temprano habría de saberlo. Vale más que cuanto antes lo sepa, y que se decida mi suerte.
- CLARISA ¿Queréis confesárselo hoy?
- FLORA Sí tal. Hoy sin falta.
- CLARISA ¿No os espanta el pensar la suerte que os espera si sois tenida por sospechosa de judaismo?
- FLORA ¿Y quién me ha de denunciar? Don Juan podría flaquear en su amor, pero es demasiado noble para venderme. Además, ya sabes que el emperador Carlos V debe a mi padre un favor muy grande. En días de apuro para el imperial tesoro, mi padre le prestó graciosamente cincuenta mil doblas, que el emperador no ha devuelto aún, pero que sin duda habían de pesar algo en el ánimo de aquel que se retiró a Yuste, buscando el reposo de su alma. Tal vez algún día nos sea de utilidad esa deuda no pagada. ¿Quién sabe?... Y ahora, dejadme; quiero escribir a don Juan lo que tal vez no me atrevería a decirle de palabra. Vos, desde la ventana, vigilad si viene.
- CLARISA Bien, señora. (Clarisa va a la ventana y Flora escribe.)
- FLORA Eso es; pocas palabras y concepto claro. ¿Para qué ir con ambigüedades?
- CLARISA ¿Habéis concluido, señora?
- FLORA Sí, acabo ya; ¿por qué lo preguntas?
- CLARISA Ahí viene vuestro don Juan. ¡Y cómo corre! Muy alegre parece.
- FLORA Ve, pues, a abrir. (Vase Clarisa.)

ESCENA II

FLORA; luego, don JUAN y CLARISA

- FLORA ¡Qué ansiedad! ¿Cómo recibirá don Juan la noticia? ¿Podrá más en él el fanatismo

que el amor? ¿Quién vencerá a quién?
¿Saldrá victoriosa mi hermosura o las
preocupaciones religiosas de don Juan?
¡Allá veremos!... ¡Ah, él llega!

JUAN (Entrando.) ¿Es tarde ya, Flora?

FLORA ¿Cuándo no lo es, mi don Juan?

JUAN ¿Por quién lo decís?

FLORA Por entrambos lo dije.

JUAN ¡Cuán dulce es oírlo! ¡Cuán hermosa es-
tás, mi vida! (Queda contemplándola.)

FLORA ¿Empezáis ya? ¿No me tenéis bien vista?

JUAN Jamás bastante. El espectáculo de tu be-
lleza es para mí siempre antiguo y siem-
pre nuevo; cuanto más te miro más deseo
verte. ¡Ah, cuánta felicidad siento en ese
instante al poder notificaros que nuestro
proyectado enlace no será ya un secreto
como habíamos pensado, sino con toda
publicidad y con el fausto que requiere!
FLORA ¿Qué dicés? ¿Consintió por fin tu padre?
JUAN No es mi padre quién de tal me hizo has-
ta ahora, y sin embargo sólo sé que no
soy su hijo, pero no sé todavía a quién de-
bo la vida.

FLORA ¿De veras?

JUAN Cierto.

FLORA Yo no amé en ti sino a ti mismo. Lo de-
más, nombre, posición, fortuna, honores,
son circunstancias pasajeras que para na-
da tengo que mirar.

JUAN ¡Ah, no me engañé, mi generosa Flora!
¡Si pudiera oírte hablando así el duque de
Santa Fe!

FLORA ¿Quién decís?

JUAN Un grave señor al que debo, según dicen,
veneración y respeto de padre y en quién
éste legó toda su autoridad.

FLORA ¿Vos?

JUAN Sí, y yo estoy dispuesto a reconocérsela,
con tal que use de ella como mejor me
convenga.

FLORA Esto es otra cosa.

JUAN Le espero aquí .

FLORA ¿Aquí?

JUAN Sí. Ha de ser uno de los testigos de nuestra boda ; es muy poderoso cerca del rey. Me ha prometido dar su apoyo y revelarme el secreto de mi cuna, y ambas cosas te las deberé a ti.

FLORA ¿A mí? Y ¿qué he de hacer?

JUAN Agradarle solamente.

FLORA ¿No sois celoso?

JUAN ¿Y por qué serlo, si tengo confianza en ti, si te amo tanto?

FLORA Y sin embargo yo voy a poner a prueba tu amor. Deja que te haga alguna pregunta.

JUAN ¿Qué quieres decir? ¿Qué intentas?

FLORA Oyeme : ¿qué piensas tú de los judíos?

JUAN (Sorprendido.) Yo... nada... no sé... ¿qué quieres decir?

FLORA ¿Sientes por ellos simpatía o desvío?

¿Les quieres bien o mal?

JUAN Ni una ni otra cosa ; me son indiferentes. Pero en verdad debo decirte, que si yo hubiese sido el Señor, no hubiera elegido ese pueblo para ser el mío.

FLORA ¡Cuán injusto sois con ellos, don Juan ! El pueblo judío sufre y calla y sus opresores disponen contra él de la fuerza ; tú te inclinas del lado del fuerte y te declaras contra el débil. Jamás lo hubiera creído.

JUAN ¡ Ah ! Doña Flora, perdón, no os ofendáis por una chanza : juzgadme, mi bien, más generoso. Yo podré chancearme con cualquiera, pero piense como piense, sea quién sea, el que sufre me verá siempre a su lado.

FLORA ¡ Ah, no sabéis cuanto bien me hacéis !

JUAN ¿Qué queréis decir?

FLORA Llegó el momento. He aquí esta carta. La escribí para vos, pues no me he atrevido a deciros de palabra lo que aquí he dejado

escrito. Es un secreto terrible. Leedla con calma, medítadla y ved que el temor de causarme un pesar, no tuerza la lealtad de vuestra decisión. Resolved con libertad.

JUAN
FLORA

Pero... es que yo ya he resuelto...

No, don Juan, no. Resolveréis después de leer. Si la respuesta es favorable venid a dármela presto. Si es contraria, como os daría sin duda pena el dármela, huid para siempre de esta casa : Adiós , don Juan, tal vez para siempre... ¡ ni una palabra más !... ¡ Vamos, Clarisa ! (Da la carta a don Juan y salen dejándole solo.)

ESCENA III

Don JUAN

JUAN

¡ A ver ! ¿ Qué será esto ? ¿ Qué misterio encierra esta carta ? ¡ Ella judía !... Ester, hija del judío Ben-Jochai... y yo, un cristiano, un castellano viejo... Pero eso no es posible. Yo he leído mal sin duda... (Vuelve a leer.) No, no... demasiado cierto. ¡ Dios mío ! ¡ Qué confusión !... ¿ Yo he de unir mi noble sangre a la de una... ? Pero ¿ qué digo ? ¿ Acaso sé yo si soy noble o no ? ¿ Sé yo quien soy ?... Y aun que fuera noble ¿ no dejaría de serlo si me dejara llevar de esas preocupaciones ? ¿ He de ser menos generoso que ella ? Ella me ha amado prescindiendo de mi nombre, de mi nacimiento y de mi fortuna y yo he de dejar de amarla porque no sea cristiana ?... ¡ Dejar de amarla !... ¿ Qué dije ? Yo la amo por ella sea quien sea y piense como piense, ¿ qué importa el nombre ? ¡ Si al fin y al cabo aunque con distintos ritos adoramos al mismo Dios ! ¿ Será por eso menos bella, menos virtuosa ? ¡ Ea ! ¡ Acabemos con es-

tes respetos humanos ! Maye será mi dicha, cuanto mayor sea mi sacrificio. Ya me siento digno de ella ; Si, vólemos a sus plantas !

ESCENA IV

Juan y FLORA

FLORA *(Que ha vuelto por lo.)* ¡ Ah ! Mi don Juan. Ahora sí que os puedo llamar así, ¿pero ya lo pensasteis bien ? ¿ No tenéis las consecuencias si un día se sabe ?

JUAN Nada temáis por mí. Vos sois mi dicha, mi única esperanza. ¿ Llamaos como queráis, pensad del modo que sea, estemos donde estemos, mi único anhelo, mi único deseo será tu amor !

FLORA ¡ Gracias, mi bien ! *(Don Juan se levanta y se dirige a la mesa.)*

ESCENA V

Clarisa y CLARISA

CLARISA *(Llamado.)* El duque de Santa Fe espera vuestra venia para entrar.

FLORA Decidle que pase. *(Sale Clarisa.)* ¡ Ah, mi don Juan, ya nadie podrá separarnos. *(Clarisa sigue quedándose a la puerta.)*

ESCENA VI

Clarisa y don FELIPE

FELIPE Perdonad si la exactitud me obliga a ser indiscreto.

JUAN No lo fué jamás la cortesía, y el contento mío no me lo dejará ver aun que la hu-

herra. Dadme la carta, señora, para que
la presente al señor duque de Soria Fe.

FELIPE ¡Gran Dios! ¿qué vas? ¿Es ella, mi des-
conocida?

FLORA ¿Ella? — ¡Mi perseguidor!

JUAN ¿Qué es pasa, señor? ¿Oí desahogado en
belleza?

FELIPE Efectivamente tiene toda ponderación... ad-
mito de que cierta semejanza con la perso-
na de quien os hablé... me impresionó.

JUAN A ella le doy el parabién... ¡y a vos tan-
tísimo!

FLORA Sea bienvenido a mi casa y dígnese desde
ahora mirarla como a suya. Me complazco,
en verdad, ver tan bien querido a don Juan
por calidero de tan altas prendas.

FELIPE Como a él se querrá bien a vos, señora.

JUAN Sí, queridos bien y ya que tanto podéis
con el Rey, ayudadme en mi carrera para
que le pueda dar algún día ya que me pro-
teja. El Rey tiene necesidad de buenos
capitanes, tanto más cuanto que él se
lo es.

FELIPE (Insistente, ¿vue a mí?)

FLORA ¡Qué indiscreción!

FELIPE El Rey dió pruebas de ser buen capitán en
San Quintín.

JUAN Como mero espectador. Además que cuen-
tas de él cierta anécdota.

FLORA Que será falsa.

FELIPE ¿Cuál?

JUAN Cuenta que al salir de las faldas le dio
a su confesor, tan pálido como él: «Por
Dios, que no entiendo qué gusto puede ha-
ber en asistir a esta música».

FLORA No es probable que tal dijera el hijo de
Carlos V.

FELIPE ¿Y lo hubiera dicho su confesor?

JUAN No se lo dijo bajo secreto de confesión,
pero noto que la anécdota os desagradó.
¿Qué? A buen seguro que no os atreve-

tos respetos humanos ! Mayor será mi dicha, cuanto mayor sea mi sacrificio. Ya me siento digno de ella. ¡ Sí, volemós a sus plantas !

ESCENA IV

Don JUAN y FLORA

FLORA (Que ha entrado poco ha.) ¡ Ah ! Mi don Juan. Ahora si que os puedo llamar así, ¿ pero ya lo pensasteis bien ? ¿ No teméis las consecuencias si un día se sabe ?

JUAN Nada temáis por mí. Vos sois mi dicha, mi única esperanza. ¡ Llamaos como queráis, pensad del modo que sea, estemos donde estemos, mi único anhelo, mi único deseo será tu amor !

FLORA ¡ Gracias, mi bien ! (Don Juan se arrodilla y le besa la mano.)

ESCENA V

Dichos y CLARISA

CLARISA (Entrando.) El duque de Santa Fe espera vuestra venia para entrar.

FLORA Decidle que pase. (Sale Clarisa.) ¡ Ah, mi don Juan, ya nadie podrá separarnos. (Entra Felipe quedándose a la puerta.)

ESCENA VI

Dichos y don FELIPE

FELIPE Perdonad si la exactitud me obliga a ser indiscreto.

JUAN No lo fué jamás la cortesía, y el contento mío no me lo dejará ver aún que la hu-

biera. Dadme licencia, señora, para que os presente al señor duque de Santa Fe.

FELIPE (¡ Gran Dios ! ¿ qué veo ? ¡ Es ella, mi desconocida !)

FLORA (¿ El ? ... ¡ Mi perseguidor !)

JUAN ¿ Qué os pasa, señor ? ¿ Os deslumbró su belleza ?

FELIPE Hermosa es sobre toda ponderación... además de que cierta semejanza con la persona de quién os hablé... me impresionó.

JUAN A ella le doy el parabién... (y a vos también.)

FLORA Sea bienvenido a mi casa y dígnese desde ahora mirarla como suya. Me complace, en verdad, ver tan bien querido a don Juan por caballero de tan altas prendas.

FELIPE Como a él os querré bien a vos, señora.

JUAN Sí, querédnos bien y ya que tanto podéis con el Rey, ayudadme en mi carrera para que os pueda dejar airoso ya que me protegéis. El Rey tiene necesidad de buenos capitanes, tanto más cuanto que él no lo es.

FELIPE (Insolente, ¿ eso a mí ?)

FLORA (¡ Qué indiscreción !)

FELIPE El Rey dió pruebas de ser buen capitán en San Quintín.

JUAN Como mero espectador. Además que cuentan de él cierta anécdota.

FLORA Que será falsa.

FELIPE ¿Cuál?

JUAN Cuentan que al silbar de las balas le decía a su confesor, tan pálido como él : « Por Dios, que no entiendo qué gusto puede haber en asistir a esta música. »

FLORA No es probable que tal dijera el hijo de Carlos V.

FELIPE ¿ Y lo hubiera dicho su confesor ?

JUAN No se lo dijo bajo secreto de confesión, pero noto que la anécdota os desagrada. ¡ Qué ! A buen seguro que no os atreve-

ríaís a preguntarle a Felipe II, si fué cierta la aventura.

FELIPE Claro que no. El Rey no perdonaría al que cometiera tal necesidad. (¡ Insensato ! ¡ Quiere perderse !)

FLORA Confesaréis al menos que nuestro Rey es activo, incansable y político profundo.

JUAN Ciertó que sí. Lo único que no le alabo es esta intolerancia religiosa que llena el reino de patíbulos y éstos de víctimas.

FELIPE Pues yo apruebo su proceder y creo que no hay pena bastante para la apostasía y judaísmo. Y a buen seguro que doña Flora opina como yo.

FLORA Una doncella de mis años no debe entrometerse en tan graves cuestiones, pero si opinión debiera tener, es que de cristianos es obligación el bendecir y consolar a los que sufren. Corregir blandamente al que va errado y en todo caso las mujeres sólo debemos sentir compasión para los desdichados.

FELIPE Ya lo creo. (No estará de más un aviso del Santo Oficio para su corrección y para secundar mis planes.)

JUAN Ya véís, señor, que mi doña Flora reúne a tan gran belleza un raro ingenio. No creo que me neguéis vuestra aprobación por haberla elegido. Y aun es más, para que os acabéis de convencer os dejo a solas con ella mientras yo voy a ultimar los preparativos para mi boda. Debo pasar a ver escribanos, a la iglesia, a... en fin, a pagar en todas partes, que en este católico país no puede nadie nacer, casarse, ni morir sin echar mano a la bolsa. (A doña Flora.) Os le dejo medio rendido. (A don Felipe.) Vuelvo pronto, señor. Venid conmigo, Clarisa. (Sale con Clarisa.)

ESCENA VII

Doña FLORA y don FELIPE

- FLORA (Un señor español a solas con una judía. Cuánta cólera, cuánto despecho si pudiera sospecharlo.)
- FELIPE Me complazco en poder hablaros a solas, señora.
- FLORA ¿Vais a revelarme el secreto del nacimiento de don Juan?
- FELIPE No, por cierto. Me contrista pensar en que don Juan ha de perderos.
- FLORA ¿Qué queréis decir? ; Me asustáis !
- FELIPE Que vuestras bodas no son posibles.
- FLORA ¿Sois vos quién no lo quiere?
- FELIPE No yo, sino su padre que me dió su autoridad.
- FLORA No es posible ; su padre, que ya no existe, no puede oponerse a la felicidad de don Juan, y aun que viviese, no podría oponerse a ello.
- FELIPE Si la autoridad paterna no valiera, valdría otra más alta y más decisiva.
- FLORA ¿Cuál?
- FELIPE La del Rey.
- FLORA No es posible. No lo creo.
- FELIPE Creedlo, porque el Rey no lo quiere, el Rey se opone y yo lo sé perfectamente porque Rey... el Rey soy yo.
- FLORA ¡ Cielos ! ¿ Vos el Rey ? ¿ Vos Felipe II, y en mi casa ? En casa de una...
- FELIPE ¿ Tembláis, señora ? ; Tranquilizaos ! Es el Rey quien a su pesar os lo dice.
- FLORA Piedad, señor, piedad. ¡ Sed clemente para con él y perdonadle !
- FELIPE Haré más. Olvidaré, pero con dos condiciones.
- FLORA ¡ Hablad !
- FELIPE La primera que no ha de saber quien soy.
- FLORA Os lo prometo.

- FELIPE La segunda que le digáis que de grado y por vuestra voluntad renunciáis a esa boda.
- FLORA ¡Jamás!
- FELIPE ¿Dudáis?
- FLORA ¿Yo dudar? No, no dudo. Yo no le engañaré jamás. Yo no le mentiré. El Rey no puede mandarme a mí lo que Dios le prohíbe a él.
- FELIPE ¿Tanto le amáis?
- FLORA Con toda mi alma.
- FELIPE ¿Y queréis que le perdone yo, amándole a él?
- FLORA Pero, no os entiendo.
- FELIPE No habéis entendido. Peor para él y para vos. ¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¿Quién se atreve?
- FLORA ¿Olvida Vuestra Majestad que está en mi casa?
- FELIPE Es cierto. Los reyes nos creemos siempre en nuestro palacio.

ESCENA VIII

Dichos y don FERNANDO

- FERNANDO (A la puerta.) Con licencia.
- FELIPE Adelante, don Fernando.
- FERNANDO Señor, según os veo acompañado, comprendo que si llegué algo tarde no esperaríais impaciente.
- FELIPE ¿Sabéis a lo que vine?
- FERNANDO A dar vuestro consentimiento a don Juan para su boda con esta señora.
- FELIPE Pero mi consentimiento no puedo darlo.
- FERNANDO (Me lo temía.) ¿Por qué, señor?
- FELIPE Por dos razones. La primera es que la señora se opone a este enlace.
- FLORA ¡Oh! Piedad, señor.
- FELIPE La segunda es que me opongo yo.
- FERNANDO Con esta bastaba (¡y sobraba!)

- FELIPE Don Juan salió y volverá pronto. Le diréis que doña Flora se opone a sus pretensiones y que resolvió no volverle a ver.
- FLORA Don Juan no lo creará.
- FERNANDO Me temo que don Juan...
- FELIPE ¿Qué? No os creará a vos, su segundo padre.
- FERNANDO Debiera hacerlo.
- FELIPE ¡ Lo hará ! Vedle, habladle y que salga de aquí para no volver jamás. Esta es vuestra misión. Cumplidla, de lo contrario os aconsejo que pongáis en orden vuestros negocios ; sólo puedo compadeceros.
- FERNANDO (¡ Dios nos ampare !)
- FELIPE ¡ Doña Flora... ! ¿Vuestra mano? Permittedme que os acompañe a vuestro estrado.
- FLORA Señor, tened piedad de mis ruegos, de mis lágrimas.
- FELIPE (Secamente.) ¡ Vamos ! (Salen.)

ESCENA IX

Don FERNANDO

- FERNANDO ¡ El Rey se burla !... ¡ Cumplidla !... ¡ eso !
¡ y habéoslas con la impaciencia, el amor, la desesperación, las pasiones todas encadenadas en el pecho de don Juan !
Mejor quisiera habérmelas con una legión de diablos... ¡ Ah ! ¡ él es !... ¿quién se atreverá?... ¡ Y tan contento como viene !
¿Quién había de decirle que en mis brazos donde busca la felicidad le espera el desengaño?

ESCENA X

Don JUAN y don FERNANDO

- JUAN ¡ Gracias a Dios que habéis venido, padre y señor mío !

- FERNANDO No me llaméis padre... ; si supieras !...
- JUAN Mientras no me déis a conocer al mío legítimo, por amor y por agradecimiento, no tendré otro recurso que llamároslo a vos. Además que hoy espero que me haréis de tal, en el instante más feliz de mi vida.
- FERNANDO No os hagáis ilusiones y vámonos a casa que tengo que explicaros ciertas cosas de suma gravedad.
- JUAN Explicádmelas aquí, pues no quiero salir de esta casa sino para ir en busca de la felicidad.
- FERNANDO Es que sois tan impetuoso que... ; ea ! mejor será que os lo diga en casa.
- JUAN ¡ Repito que no ! ; Voto a mil diablos ! Hablad de una vez.
- FERNANDO ¡ Enhorabuena ! Ya que lo queréis sea : No penséis más en volver a ver a doña Flora.
- JUAN ¿ Eh ? ¿ qué decís ? ; Yo no he oído bien sin duda ! Al caso, don Fernando, al caso.
- FERNANDO Sea, pues ; doña Flora os niega su mano y os prohíbe para siempre la entrada en su casa.
- JUAN ¡ Mentira !... Digo... no, no es posible. Os engañaron sin duda... ; repito que no puede ser !
- FERNANDO ¡ Os lo afirmo !
- JUAN Aunque ella propia me lo dijera no había de creerla... y de su boca lo quiero oír... ¿ Dónde está ?
- FERNANDO ¡ Detenéos ! ¿ Qué vais a hacer ? Pensad que ella no os puede recibir ahora.
- JUAN ¡ Ah, Santo Dios ! ¿ No está sola ?... Comprendo. Con ella debe estar el señor Duque. ¡ Oh ! Entonces yo habré introducido en esta casa, sin sospecharlo, un miserable traidor.
- FERNANDO ¡ Ya me lo temía !
- JUAN ¡ Sí, debe ser cierto ! ; Y qué mal uso ha hecho de mi lealtad ese miserable !
- FERNANDO ¡ No sospecháis !...

JUAN No sospecho ya. Afirmo. ¡A ver! ¡Negadme si os atrevéis que no es él quien se encuentra ahora con ella!

FERNANDO ¡Calmáos!

JUAN ¿Lo veis? No negáis, no. Luego es cierto. ¡Ah, ya sé ahora a quien tengo que pedir cuentas de esta mudanza!

FERNANDO Mirad bien lo que hacéis y no repitáis estas palabras al Duque, porque...

JUAN Se las diré en la cara y ahora mismo.

FERNANDO ¡Don Juan! Mirad que os perdéis sin remedio.

JUAN Por poderoso que sea tengo que escupirle en el rostro donde le encuentre, aunque sea en medio de la corte, aunque sea delante del mismo Rey.

FERNANDO No, no iréis.

JUAN ¿Y quién me lo impedirá?

FERNANDO ¡Hijo, hijo mío!

JUAN No, seréis vos. Me hicistéis de padre: no consintiréis que se me ultraje impunemente. Vos sois hombre de honor, vos seréis mi segundo.

FERNANDO ¿Yo?... ¿Y de un duelo contra él?

JUAN Sí, vos. Dejadme pasar. No ha de escapar a mi venganza. (Va a la puerta derecha.)

FERNANDO ¡Qué situación! yo escapo. (Va hacia el foro.)

ESCENA XI

Dichos y don FELIPE

FELIPE (Que abre la puerta derecha.) No, vós quedaos, don Fernando.

FERNANDO ¡Dios nos asista!

JUAN ¡Iba a buscaros señor Duque! Hemos de hablar.

FELIPE Aquí me tenéis. ¿Qué queréis de mí?

JUAN Tengo que haceros una pregunta y pedir os una explicación.

orden para que os reciban luego en cualquier monasterio ; dad esa orden al superior y volved a darme cuenta del cumplimiento de mi mandato.

FERNANDO ¡ Perdon para él !

FELIPE Temed mi ira sino cumplís. Allí estoy para daros mi ayuda. (Se retira a la habitación izquierda después de llamar a dos alguaciles por la del foro.)

ESCENA XIII

Don FERNANDO

FERNANDO ¡ Ahora es cuando comprendo lo mucho que le amo !... ¡ Pobre don Juan !... ¡ Y no poder salvarle !... ¿ Cómo lo haría ? No, no. La orden es terminante... Y, sin embargo... tal vez... ¡ sí, sí, ! ¡ eso es !... El Rey no me ha dicho a qué monasterio debo llevarle... puedo, pues, llevarlo donde tenga al lado quien sepa protegerle... ¡ Ah !, sí, me siento con fuerzas para arrostrar la ira del hermano porque caerá sobre mí la bendición del padre. Mas creo que aquí viene. Tengamos astucia, ya que la situación es crítica... ¡ Valor ! (Oyese dentro los gritos de don Juan y doña Flora que le resiste.)

ESCENA XIV

Doña FLORA, don JUAN, don* FERNANDO ; luego don FELIPE y dos ALGUACILES

JUAN (Dentro.) Venid, venid conmigo, quiero que lo repitáis en su presencia.

FLORA ¡ Dejadme, por Dios, dejadme !

JUAN ¡ Venid, venid ! (Aparecen llevando don Juan a doña Flora de la mano y casi arrastrando.)

FERNANDO ¡ Teneos, don Juan !

- JUAN ¿Dónde está el Duque? ¡He de verle!
- FERNANDO ¡Don Juan! ¡Daos preso!
- JUAN ¿Yo?
- FLORA ¿El?
- FERNANDO (No me resistáis, dejadme hacer. El nos escucha.)
- JUAN ¡Jamás!... ¡Yo no me rindo! ¿Vos?...
- ¿Y sois vos quien me lo intima?
- FLORA ¡Piedad!
- FERNANDO ¡Ceded, por Dios!
- JUAN (Desenvainando la espada y cogiendo a doña Flora por la cintura.) Que venga ese traidor y la arranque de mis brazos si tiene valor para ello. (Felipe II sale con los alguaciles que, sin ser vistos, rodean por detrás a don Juan, le sujetan, le desarman y le atan.)
- FELIPE Apoderaos de él, y vos, don Fernando, en nombre del Rey, cumplid vuestra obligación.
- JUAN ¡Infame!
- FERNANDO ¡Vamos!
- FLORA ¡Misericordia, señor!
- FELIPE ¡Dios lo ha querido!
- JUAN Nos volveremos a ver y ¡ay de vos aquel día!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Celda de Carlos V en el monasterio de Yuste. Puerta al foro, otra puerta a la derecha que comunica con el dormitorio del Emperador, a la izquierda una ventana que da al huerto. Es de noche y la escena está iluminada con un velón de aceite.

ESCENA PRIMERA

CARLOS V, aparece sentado en un sillón de vaqueta frente una mesa de pino y componiendo un reloj de pared.

CARLOS Nada ; él empeñado en no andar y yo en que marche bien. Yo, el emperador Carlos V, aquel en cuyos estados jamás se ponía el sol, quise buscar el reposo en este monasterio y aquí me persigue el fantasma de la lucha. ¡ Pablo ! ¡ Pablo !... Nada, está dormido ; dichoso el pobre mozo. Siempre a mi lado y sin conocerme, sin saber quien soy, mejor dicho, quien fuí. (Gritando.) ¡ Ea, arriba, Pablo ! La pereza es gran pecado.

ESCENA II

CARLOS V y PABLO

PABLO (Que sale restregándose los ojos.) ¿ Qué pasa ?
¿ Se ha pegado fuego al convento ?

CARLOS No es eso, pero necesito de vos ; la gota no me deja descansar.

PABLO Y vuestra reverencia habrá creído que si la pasamos entre los dos, os tocará a menos, ¿no es eso?

CARLOS Mal empleáis mis lecciones, novicio ; sois respondón y curioso por demás.

PABLO En cuanto a respondón, no lo niego ; pero por lo que toca a curioso, muchos hay en el convento que me dan quince y raya.

CARLOS ¿Decíslo por mí?

PABLO Dios me libre, padre, sino por el padre prior que me anda siempre sacando las palabras del cuerpo.

CARLOS ¿Y qué os pregunta?

PABLO (También este es curioso.) Pues me pregunta lo que hace, lo que piensa y lo que escribe vuestra paternidad.

CARLOS ¿Y nada más? (Más que hombre de Dios este prior es hombre del Rey. No me gusta este espionaje.) Y decid, Pablo : ¿qué hay de la elección del nuevo prior que ha de tener lugar hoy en este convento?

PABLO La elección trae revueltos a todos los reverendos, especialmente a los que se disputan el priorato. El padre Timoteo va perorando por lo bajo y tiene a su devoción más de veinte padres ; el padre lector, mi tío, dispone de otros tantos y andan los dos a la greña quitándose votos y fama : el padre procurador, por su parte, con el padre dispensero, andan buscando devotos para su capilla, y en fin, sólo faltaría que vuestra reverencia tuviese aspiraciones al priorato, para que con todos los padres mozos que tanto quieren se armase una mar y morena de Dios es Cristo.

CARLOS (¡ He renunciado a un trono y buscaría un priorato !) No, hijo mío, yo quiero el reposo y la tranquilidad, que me dejen solo con mis relojes. Pero alguien llama, el día asoma por oriente, y a buen seguro que

vienen a buscarme para ir a los santos oficios.

PABLO A buena hora, pero no me riña vuestra paternidad si me duermo en el coro ; la gota de vuestra reverencia me ha quitado una hora de sueño.

CARLOS Esto no os disculparía si os dormíais en el coro.

PABLO ¿Pues qué? No le disculpa a vuestra reverencia.

CARLOS Yo no me duermo.

PABLO Pues el domingo bien tuve que tirar del hábito de su reverencia...

CARLOS Silencio, bachiller. Id a abrir.

ESCENA III

Dichos, el padre LORENZO y el padre TIMOTEO

LORENZO Dios guarde a su reverencia.

CARLOS El Señor vele por vosotros, reverendos padres.

LORENZO ¿Os tiene ya despierto la gota?

CARLOS (Al padre Timoteo.) La gota me atormenta sobre manera ¿querréis prestarme vuestro apoyo para acompañarme hasta el coro?

LORENZO Bien quisiera conducir a vuestra reverencia por la escalera privada para acortarle el camino, pero he perdido la llave maestra y no me es posible ; habré de buscarla, sabe Dios dónde para.

PABLO (Y yo también lo sé.)

CARLOS Paciencia. (Apoyado en los dos padres sale por el foro.)

ESCENA IV

PABLO

PABLO Sí, busca, busca ; la llave maestra, la que abre todas las puertas ha pasado de tu

manga a la mía. (La saca y la besa.) Bendita llave ; tú y una escala de cuerda que tengo prevenida, me abriréis la puerta de este monasterio la primera noche en que la luna nos deje bastante a obscuras para poder salir sin ser visto. (Mirando por la puerta del foro.) Calle, aquí viene mi nuevo compañero ; parece triste pero es simpático.

ESCENA V

PABLO y don JUAN

JUAN (Que sale con un hábito de novicio al brazo, arroja el hábito con furia sobre la mesa sin reparar en Pablo.)
¡ Ira de Dios, desarmarme, amordazarme, arrancarme de sus brazos a pesar de sus lágrimas !... ¡ Pobre doña Flora !... ¡ Pobre de mí ! ¡ Y no poder vengarme !

PABLO (Habla de una mujer, Santo Dios.)

JUAN Infame Duque... Encerrarme aquí para siempre... ¡ Ah ! Pero algún día burlaré este encierro y yo te juro, señor duque de Santa Fe, que te mandaré a cenar con el diablo.

PABLO (También éste se encuentra mal aquí... Tal vez... ¡ veamos !) Hermano...

JUAN ¡ Eh ! ¿ Quién sois ?

PABLO Vuestro compañero ; un sér a lo que veo tan desgraciado como vos.

JUAN ¿ Por qué lo decis ?

PABLO Porque veo que os pesa como a mí el estar encerrado en esta casa. Y cuenta que vos acabáis de llegar y que yo llevo ya un año de encerrona.

JUAN ¿ Qué escucho ?

PABLO Escuchad. Tengo ocasión de libertaros y libertarme yo, si me ayudáis ; los dos escaparemos, pero es fuerza disimular, que no desconfíen de vos.

JUAN ¿ Qué he de hacer ?

PABLO Fingid sumisión, lo demás corre de mi cuenta.
JUAN Pero...
PABLO Ni una palabra más, no hay tiempo para enteraros ahora. Aquí viene el padre ; disimulo y confiad en mí. (Queda cantando un villancico a media voz.)

ESCENA VI

CARLOS V y don JUAN

CARLOS (Buen mozo, lástima para el monasterio.)
JUAN (Buen aspecto tiene el padre.)
CARLOS ¿Vais a pronunciar vuestros votos en esta casa?
JUAN (Resuelto.) ¿A qué mentir? Estoy aquí mal de mi grado, a la fuerza me trajeron.
CARLOS ¿No teníais quién os protegiera?
JUAN Si tal, pero no me valió ; el pobre don Fernando de Quirós.
CARLOS ¿Don Fernando habéis dicho? ¿cómo os llamáis?
JUAN Don Juan.
CARLOS (¡ Cielos ! ¡ Es él, mi hijo !) Es posible vos don Juan y junto... (¡ Oh ! Serenidad.) (Queda mirándolo.) (Qué gallardo y apuesto, ¡ y no poder abrazarle !)
JUAN El fué quien me condujo aquí.
CARLOS ¿Por orden de quién?
JUAN Del Rey.
CARLOS (¡ Qué oigo, su propio hermano !) Pero ¿y vuestro padre?
JUAN En su nombre me persiguen ; él fué, según dicen, quien me condenó a vivir o mejor dicho a morir en esta cárcel.
CARLOS ¡ Es falso ! Digo, es imposible ; un padre no puede jamás autorizar tal violencia.
JUAN ¿Fué acaso nunca padre para mí?
CARLOS Tal vez no pudo serlo.
JUAN ¡ Ah ! Padre, yo debo ser el fruto de al-

guna debilidad juvenil y me condenan sepultándome vivo. Si yo pudiera saber quién fué mi padre.

CARLOS ¿Qué, le odiaríais?

JUAN No, no podría ; a pesar de todo daría por su honra el sér que de él recibí. ; Ah ! Me han dicho que murió ; si es cierto le perdono y lloraría su muerte, pero si viviera...

CARLOS ¿Si viviera qué?

JUAN Si viviera... quisiera conocerle para pedir a su boca un beso que me debe y a sus brazos una bendición que hasta ahora me ha negado.

CARLOS (Entusiasmado.) ; Oh ! venid a los míos, don Juan, sois digno de mejor suerte.

JUAN Gracias, reverendo padre ; pero mi suerte es tan cruel que me niega hasta un consuelo que aquí podría haber encontrado, si Carlos V viviera...

CARLOS ¿Qué esperaríais de él?

JUAN Protección. Le hubiera dicho soy valiente, ambicioso de gloria y quieren sepultarme en un claustro, protegedme, vos que fuistéis grande, bueno y justo.

CARLOS Le hubieráis hecho llorar.

JUAN El me hubiera devuelto al mundo, a la gloria, a los brazos de mi amada.

CARLOS ¿Qué decís? ¿Amáis?

JUAN Sí : hay una mujer que era mi vida, de sus brazos me arrancaron para conducirme aquí.

CARLOS ; Su nombre !

JUAN Doña Flora Sandoval.

CARLOS Conocí a su padre, me prestó un servicio que jamás olvidaré y aun recuerdo haber visto a doña Flora, cuando muy niña.

JUAN ¿Sería ya tan bella como ahora?

CARLOS ; Cuánto la amáis ! Me interesa vuestra desdicha, don Juan. Condeno la violencia que tratan de hacer en vos : yo os juro que saldréis de aquí.

JUAN (Besándole las manos.) Gracias, gracias, padre mío.

CARLOS (Enternecido.) ¡ Su padre ! (Inclinado sobre don Juan que se ha estado a sus pies y a quien tiene abrazado.) ¡ Hijo mío ! Dulce me hubiera sido hallar en vos un compañero, un amigo y entregar mi alma al Señor sobre ese corazón que me hubiera amado... pero no temáis : sabré sacrificar mi dicha a la vuestra.

JUAN Hacedlo y mi vida será poco para agradecer.

CARLOS (No hijo de una reina, pero vale más que el Rey don Felipe.)

ESCENA VII

Dichos, PRIOR y PABLO

PRIOR (Que trae a Pablo cogido de una oreja.) Aquí tenéis, reverendo padre, a este nuevo Adán a quien he sorprendido comiendo la fruta prohibida en vuestro huerto.

PABLO No pude resistir la tentación... c

PRIOR Sufriréis el digno castigo.

PABLO (Bueno no me vendría mal que me echaran de este paraíso.)

CARLOS Ya ventilaremos eso luego, hermano Pablo. Ahora, don Juan, llevaos a este novicio a mi celda y repressedle. ¿Comprendéis?

JUAN Corre de mi cuenta.

PRIOR (A don Juan.) Vestid el hábito, hijo mío. (Se lo da.)

JUAN (Con repugnancia.) Yo... ¿eso?

CARLOS Es la regla. (Juan toma despedido el hábito y sale con el novicio.)

ESCENA VIII

CARLOS y PRIOR

PRIOR Don Fernando de Quirós, que ha traído a este mozo, desea darle el último adiós ; ha preguntado por Carlos V, Emperador, y se le ha dicho que había muerto ¿hicimos mal?

CARLOS No, bien está ; esta fué la orden que yo os di, pero, sin sacarle de su error, conducidle aquí para que se despida de don Juan.

PRIOR ¿Desea, vuestra reverencia, algo más?

CARLOS Quisiera pedirós una gracia.

PRIOR Dadla por concedida de antemano.

CARLOS Poca cosa es. El mancebo que acaban de conducir aquí no tiene vocación al claustro ; haced que las puertas, se abran para él.

PRIOR Esto no es posible ; la orden de Su Majestad es terminante ; si la desobedeciera sería responsable para con el Rey.

CARLOS Lo sois para con Dios si obedecéis.

PRIOR Para con Dios, padre, es una cuestión ; para con el Rey, es positivo. No puede ser.

CARLOS (Impaciente.) Pues yo os lo exijo, os lo mando.

PRIOR Tengo un pesar en recordaros...

CARLOS ¿Qué?

PRIOR Que aquí, hermano mío, soy yo el que manda.

CARLOS (Indignado.) ¡Yo mando ! ¡Yo mando !

(Transición.) Es verdad, padre prior ; por hoy mandáis vos aquí.

PRIOR ¿Su reverencia desea algo más?

CARLOS Deseo ver a don Fernando. (El Prior saluda y se retira.)

ESCENA IX

CARLOS y luego don FERNANDO

CARLOS El manda aquí... Y yo hice voto de obediencia; no me queda otro recurso que obedecer para no dar mal ejemplo con mi rebelión. ¡Pobre hijo mío!... Y sin embargo he prometido salvarle y le salvaré. (Aparece en la puerta don Fernando.)

FERNANDO (Que se queda asombrado al reconocer a Carlos V.) ¡Santo Dios! ¿Qué veo? ¿No me engañaron mis ojos? ¿Vuestra Majestad vive todavía? Creí ver su sombra saliendo de un sepulcro.

CARLOS Decís bien, don Fernando; no soy sino una sombra de majestad y ya no mando fuera de aquí ni aquí dentro. Quería dar libertad a ese hijo mío, a quien pretenden encerrar para siempre aquí dentro, y me niegan este placer. ¡Príncipe perfecto, don Fernando! ¡Qué noble continente! Pasiones impetuosas, noble corazón y una ardiente inteligencia... Más ardiente que la mía.

FERNANDO ¡A quién lo cuenta vuestra paternidad!

CARLOS Hijo del águila, ha menester aire y sol y anchos espacios para tender sus alas... Y ¡vive Dios, don Fernando, que los tendrá! (Va a la puerta de su celda y llama) ¡Don Juan, don Juan!

ESCENA X

Dichos, don JUAN y PABLO

JUAN (Saliendo con el hábito de novicio sobre sus vestidos, seguido de Pablo.) ¿Habéis conseguido algo, padre mío? ¡Ah! (Reparando en don Fernando.) ¿Estáis vos aquí, mi carcelero?

- CARLOS Agradeced a don Fernando el haberos conducido aquí a este monasterio. El prior se niega a daros libertad, pero entre todos os libertaremos.
- JUAN ¡Que Dios os oiga !
- CARLOS Solos estamos ; deliberemos.
- JUAN Este novicio (Señalando a Pablo.) puede sernos de gran utilidad.
- CARLOS Le oiremos si promete ser discreto.
- PABLO Lo seré por la cuenta que me tiene.
- JUAN Mi mejor consejo, fuera esa espada que veo pendiente de la pared, y que me prueba que habéis sido soldado. Dádmela y yo os juro que con ella sabré abrirme paso.
- CARLOS Eso fuera más conveniente en una fortaleza que en un monasterio. No decíais que el hermano Pablo...
- JUAN Le prometí guardar el secreto.
- CARLOS También se lo prometo. Hablad, hermano Pablo.
- PABLO Si vuestra reverencia me promete...
- CARLOS ¿Qué?
- PABLO Que aun después de conocido mi arbitrio podré utilizarme de él para mí mismo.
- CARLOS ¿Queréis dejarme, hermano?
- PABLO A vos, no ; al convento. Tampoco tengo vocación.
- CARLOS ¿Vos? (Con reproche. Transición.) En fin, hablad.
- PABLO Tengo dos medios. (Enseñando la llave.)
- JUAN ¡ Uno !
- CARLOS ¡ Dios me asista ! La llave maestra del padre lector. ¿Y el otro?
- PABLO ¿El otro? Una escala de cuerda que desde esta ventana llega hasta el huerto.
- CARLOS ¿Quién lo creyera? Mereceríais... Y sin embargo no se me ocurre otro medio mejor.
- PABLO La Comunidad está ahora en el refectorio tomando el desayuno ; el refectorio cae a la parte opuesta y estando en tan

- santa ocupación, nadie piensa en otra cosa ; aprovechemos la ocasión.
- CARLOS ; En buena hora !
- JUAN ; Viva el hermano Pablo !
- CARLOS (A don Fernando.) En cuanto estéis fuera de aquí, id con don Juan a casa del anciano duque de Medina y esperad allí, sin que nadie os vea, letras mías. Manos a la obra.
- PABLO Voy por la escala. (Entra en la celda y vuelve a salir en seguida con una escala de cuerda.)
- CARLOS Yo os tendré la escala ; vos, Pablo, vigilad en la puerta. ; Vamos allá ! (Pablo va a puerta y vigila. Carlos echa la escalera y la sujeta en el marco de la ventana. Juan abraza a Pablo, Fernando besa la mano a Carlos.)
- JUAN No perdamos el tiempo ; manos a la obra.
- CARLOS ¿No me daréis un abrazo, hijo mío?
- JUAN Con toda el alma. Cuánto siento separarme de vos.
- CARLOS Con vos va mi alma. Pero quitaos el hábito, don Juan.
- JUAN Es verdad, eso estorba. (Va para desnudar el hábito.)
- PABLO (Desde la puerta.) ; Silencio ! ; Silencio !
- FERNANDO ; Estamos perdidos !
- PABLO ; Cerrad la ventana !
- JUAN ; Maldición !

ESCENA XI

Dichos y PRIOR

- PRIOR Novicio, seguidme.
- CARLOS ¿Adónde, padre prior?
- PRIOR Incomunicado. Acabo de recibir una nueva orden ; quien me la trae ha de dar dos horas de descanso a los caballos para llevarse a don Juan a otro monasterio. En cuanto a vos, don Fernando, varios caballeros os esperan para conduciros al Alcázar de Segovia.

- FERNANDO (Aterrado.) ¿Al Alcázar?
- CARLOS (A don Fernando.) (Señor don Fernando, la jornada será buena.)
- FERNANDO (¡Ya lo sé! Ayer, entre dos hermanos; hoy, entre un padre y un hijo. ¡Maldito secreto!)
- CARLOS Quedaos ahora.
- FERNANDO No deseo otra cosa.
- PRIOR Don Juan, obedeced.
- JUAN (A Carlos.) (¿Y vos permitís?...)
- CARLOS Forzoso es resignarse; obedeced, don Juan. (Bajo y apretándole la mano.) Confíad en mí. Yo os salvaré.
- JUAN En vos pongo mi confianza. (Sale seguido del Prior.)
- PABLO (Viendo salir a don Juan.) ¡El padre prior siempre tan oportuno!

ESCENA XII

CARLOS, FERNANDO y PABLO

- FERNANDO ¡Valiente obra, señor!
- CARLOS ¿Os abate un obstáculo? A mí me estimula; ya me siento otro. (Se pasea agitado.) Lucharé, triunfaré... No me doy por vencido.
- PABLO (Mirando extrañado a Carlos.) ¡Dios mío! ¿Qué habrá hecho de su gota?
- CARLOS (Sin dejar de pasearse.) Me siento rejuvenecer, estoy en mi elemento; venga la lucha, dispongo de dos horas. Es preciso inventar algo...
- PABLO (Retirando la escala de la ventana.) La Comunidad baja a la huerta y se encamina a la sala de Capítulo para la elección.
- CARLOS (Dándose una palmada en la frente.) ¡Ah, la elección! ¡Es verdad! Ya di con ello... No me dijo el padre prior: ¿yo mando aquí?... Pues bien, ahora veremos quien manda. Prestos, a escribir. Vos, don Fer-

nando, en esta mesa, y vos, Pablo, en el misal; yo, en cualquier parte, sobre la rodilla. (Se colocan todos conforme indica el diálogo. Carlos reparte papel y plumas.) Atención: empiezo a dictar. A ti, Pablo, para el padre Timoteo: «Mi muy elocuente amigo...» A vos, don Fernando, para el padre procurador: «Muy reverendo padre...» (Escribiendo él mismo.) «Mi muy caro padre lector...» (A Pablo.) «Sé que ambicionáis predicar en la corte y lo apruebo a trueque de que os perdamos en el convento.» (A don Fernando.) «Me habéis ofrecido alguna vez vuestro voto y el de vuestros amigos. Antes los rehusé. Ahora los acepto...» (A Pablo, continuando la suya.) «Si la Comunidad, merced a vuestro voto y al de vuestros parciales, me nombra prior de este monasterio, prometo enviar a vuestra reverencia a la corte, con mis recomendaciones más eficaces.» (A don Fernando.) «...los acepto y los agradezco, sin por ello creer que se ha de perjudicar la elección del más digno.» (Escribiendo él mismo.) «Voy a ser franco con vos, padre lector. Quiero ser prior y os pido vuestro voto y el de vuestros parciales. Ya sabéis que poseo un secreto de vuestra vida que puede perderos; remolcad mi galera a buen puerto, de lo contrario echaré a pique la vuestra.» (Dejando de escribir.) Bien; ¿habéis concluido?

PAB. Y FER. Ya está.

CARLOS Dadme y firmaré. (Lo hacen.) Ahora, cada carta a su destino.

PABLO Al punto.

CARLOS Averiguad, de paso, dónde está don Juan.

PABLO (Enseñando la llave.) Más que esto he de hacer.

CARLOS Presto, pero... ¿vais saltando? Hermano Pablo, vuestra misión es grave.

PABLO (Devotamente y cruzando los brazos sobre el pecho.)
; El espíritu del Señor sea con vos, reverendo padre! (Vase.)

CARLOS ¿Me reconocéis, don Fernando?

FERNANDO ¡Cierto, señor! ¿Y ahora?

CARLOS Id a buscar noticias de la elección. (Vase don Fernando.)

ESCENA XII

CARLOS

CARLOS Ahí van los dos. ¿Qué suerte me espera? No sé; tiemblo a mi pesar. ¡Extraño caso! La elección de algunos monjes en un monasterio de Extremadura me interesa más que en otro tiempo la de mis coronados electores en la gran Dieta de Francfort. Pero devolver la libertad a mi hijo, por el solo esfuerzo de mi voluntad, será el mayor de mis triunfos. (Se acerca a la ventana.) ¡Pablo! ¡Pablo! ¿Llegarás tarde?... No; allí le veo... Parece una ardilla corriendo de grupo en grupo. ¿Cederán?... Dudo y tiemblo... Mi corazón quiere salir del pecho... Mi sangre hierve. ¡Ah! aquí viene Pablo; veamos qué nuevas trae.

ESCENA XIV

CARLOS y PABLO

PABLO (Dando resoplidos.) Vengo sin aliento.

CARLOS Y bien, ¿qué nuevas traes?

PABLO Vuestras cartas han hecho excelente efecto; ya os veo nombrado prior.

CARLOS ¿Y don Juan?

PABLO Conocí por el ruido que hacía, cual era la habitación en donde le tenían encerrado; saco la llave maestra... ¡crik crak!... la puerta se abre, echamos a correr los dos, y ahí le tengo en mi celda, pero sin hábi-

tos ; los hizo añicos. Se ve que no le gustan los hábitos.

CARLOS ¡ Que venga, Pablo, que venga !
PABLO (Desde el foro.) ¡ Don Juan, don Juan !
CARLOS ¡ Qué placer en volverle abrazar !

ESCENA XV

Dichos y don JUAN

JUAN (Saliendo.) ¡ Por fin os vuelvo a ver ! ¡ Ah, padre mío !

CARLOS Atendedme bien, don Juan ; y vos, Pablo, alcanzadme aquella espada.

PABLO (Descolgándola.) Cuán pesada es.

CARLOS Para tus manos sí, pero no para las de don Juan. Y vos, hijo mío, recibid de mis manos este rico presente de ese Emperador que vino a morir aquí, bajo un hábito que a vuestra edad hubiera sin duda roto como vos.

JUAN ¿ De Carlos V ?

CARLOS Del mismo. Conquistóla en jornada bien gloriosa... Es la que en Pavía le entregó un desgraciado rey francés al caer prisionero.

JUAN ¡ La espada de Francisco I !

CARLOS Que yo pongo en vuestras manos, pero exijo de vos un juramento.

JUAN ¡ Decid !

CARLOS (Presentándole la espada desnuda para recibir su juramento.) Jurad no desenvainarla sino en vuestra defensa, por orden de vuestro soberano y en contra de los enemigos de la patria o de vuestro rey.

JUAN (Solemnemente.) Lo juro.

CARLOS Si así lo cumpliérais, Dios os lo tenga en cuenta, sino, El os lo demande. Vuestra es, don Juan ; presiento que en vuestras manos ha de ganar batallas.

JUAN Yo haré verdadera vuestra predicción.

(Besando la espada.)

ESCENA XVI

Dichos, don FERNANDO y luego el PRIOR

FERNANDO (Saliendo.) Triunfo completo. ¡Victoria!

CARLOS ¡Bendita nueva y dichoso mensajero!

FERNANDO Ahí viene el prior a resignar el mando en vuestras manos.

PABLO Me ha cogido mis naranjas y yo le he arrebatado sus votos.

CARLOS (A don Fernando.) Vais a salir con don Juan, sed su sombra, no le dejéis un momento

FERNANDO Fiad en mi lealtad, señor.

PRIOR (Entrando.) Huélgome, padre, de ser el primero en daros el parabién por vuestra elección y de jurar obediencia a las ordenes de nuestro nuevo prior.

CARLOS Sé cuan sinceras son vuestras felicitaciones y voy a poner a prueba vuestro celo.

PRIOR (Reparando en don Juan.) ¿Este mozo aquí?

CARLOS Vos le conduciréis junto con don Fernando fuera de las tapias del convento y encerraréis en una habitación incomunicados hasta dentro de tres horas a los que les esperan para llevárselos.

PRIOR ¿Yo mismo? Vuestra reverencia reflexione que las órdenes del Rey...

CARLOS (Severamente.) ¿Cómo es esto? (Recalcando bien la frase.) Recordad, padre, que ahora yo mando aquí. (Don Juan besa la mano a Carlos. Don Fernando hace lo propio. A una indicación majestuosa de don Carlos, salen seguidos del Prior que hace un gesto de disgusto. Pablo se ríe. Cuadro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

CLARISA

CLARISA (Aparece apoyada la cabeza en una mano y el codo sobre la mesa, muy pensativa.) ¡Dios mío! ¡Cuánto tardan! Y ese señor Rui Gómez que me prometió volver cuanto antes con mi señora. ¡Esperemos! (Abrese la ventana de la derecha que se supone dar al jardín y aparece en ella don Juan.)

ESCENA II

Dicha y don JUAN y después don FERNANDO

JUAN (Desde la ventana.) ¡Pst! ¡pts! ¡Clarisa!
CLARISA ¿Qué veo? ¡Don Juan!
JUAN Sí, yo soy.
CLARISA ¡Me habéis asustado! pero ¿cómo estáis aquí?
JUAN ¿Estáis sola? ¿No hay peligro? ¡Entonces... entro!
CLARISA ¡Dios de Israel! (Al verle entrar.)
JUAN No vengo solo, traigo compañía. Don Fernando viene conmigo. (Desde la ventana hacia

afuera.) ¡ Venid, venid, don Fernando! Ya os dije que la entrada era fácil aun para vuestros años. (Entra don Fernando ayudado por don Juan.)

FERNANDO ¿ Pero dónde estamos?

CLARISA ¿ No me conocéis?

FERNANDO ¡ Santo Dios! ¡ En casa de doña Flora!... Y ¿ por eso no me habéis querido seguir a casa del duque de Medina?... ¿ Estáis en vuestro juicio?

JUAN ¿ Si lo estoy? ¡ Dónde, pues, sino aquí, había de dirigirme!... Pero, decidme, Clarisa, ¿ dónde está doña Flora?

CLARISA ¿ Doña Flora?... (Cómo le digo...) Salió.

JUAN ¿ A dónde?

CLARISA No lo puedo ocultar ya : fué citada por el tribunal.

JUAN ¿ Cuál?

CLARISA El Santo Oficio.

JUAN ¿ Ella? ¡ Y es judía!

FERNANDO ¡ Judía! ¿ Quién?

JUAN ¡ Ya lo dije! ¡ Y bien, sí! Doña Flora lo es.

FERNANDO Me lo temí. Entonces estamos perdidos. Huyamos.

JUAN ¡ Cómo!

FERNANDO Salgamos de aquí, de Castilla, de España, no perdamos el tiempo. La Inquisición castiga no solamente a los judíos sino también a sus encubridores, a los que con ellos se tratan. Vamos, vamos cuanto antes.

JUAN Sí, vamos; pues venid conmigo.

FERNANDO ¿ Adónde?

JUAN ¡ A la Inquisición! Yo sabré arrancarla de su poder o moriré con ella. Sin mi doña Flora ¿ qué me importa la vida?

CLARISA No, don Juan. ¡ Detenéos! Un personaje importante ampara a doña Flora, la acompaña y ha prometido devolvérmela presto.

JUAN ¿ Cuándo?

CLARISA Dentro breves momentos.

- FERNANDO No han de encontrarnos aquí.
- JUAN Al contrario, yo de aquí no me muevo ni aun a costa de mi vida.
- FERNANDO Pero, ¿estáis loco, don Juan? ¿No sabéis que puede costarnos la vida?
- JUAN Esperad : tengo una idea... sí, eso lo concilia todo.
- FERNANDO Hablad.
- JUAN Salid sin ser visto de esta casa, procuraos dos caballos y venid a esperarnos al pie de la tapia del jardín por donde hemos entrado.
- FERNANDO Esto ya me gusta más. Al menos podré salir cuanto antes de aquí. Voy, pues.
- JUAN Dios os guíe. (Sale por la ventana por donde entró antes don Fernando ayudado por don Juan.)
- CLARISA (Desde la puerta.) Siento venir a doña Flora.
- JUAN ¡ Ah ! por fin la veré.
- CLARISA No, don Juan, no viene sola ; la acompaña el señor Rui Gómez.
- JUAN ¡ Maldición !
- CLARISA ¿ Queréis perderla? Será preciso que os escondáis y esperéis que salga para dejaros ver.
- JUAN (Abatido.) ¡ Será forzoso !
- CLARISA Venid presto, ya llegan, venid a mi aposento.
- JUAN ¿ Cómo ha de ser?... Obedezco. (Salen los dos por la puerta que comunica con las habitaciones interiores.)

ESCENA III

FLORA y RUI GÓMEZ

- FLORA Gracias, señor ; habéis cumplido vuestra promesa, pero perdonad. (Se sienta.) No puedo más.
- RUI Estáis muy abatida.
- FLORA ¿ Qué queréis? El interrogatorio me afectó profundamente. Es terrible el aspecto

de este fúnebre tribunal. ¿Por qué la justicia ha de revestir formas tan terribles y espantosas?

RUI Porque ha de vengar a Dios... pero espero que los jueces se han de humanizar en favor vuestro.

FLORA ¿Sólo lo esperáis? ¿No tenéis certeza?...

RUI Yo bien quisiera... pero...

FLORA ¿Pero qué quieren de mí? ¿me volverán a llamar? ¿Son capaces de someterme a la prueba del tormento?

RUI Yo quisiera que no fuese así... pero...

FLORA Pero también es posible, ¿verdad? Esto es horrible. No, por Dios; yo diré cuanto quieran; pero que no me sometan al tormento, tiemblo solo de pensarlo!

RUI (Ya está en buena disposición. Ahora que el Rey sepa prometer y el amante será dichoso.) (Vase.)

ESCENA IV

FLORA y luego CLARISA

FLORA Dios mío; yo misma lo deseo que venga el Rey y es nuestro enemigo... el enemigo de mi don Juan. Pero... ¿Qué puede una débil mujer sola y abandonada ante el poder de éste nefando Santo Oficio. Si el Rey puede ampararme, hágalo en buena hora aunque ya me supongo que no será muy buena la intención que le guía. En fin, veremos lo que la suerte me depara.

CLARISA (Saliendo por la puerta por donde entró.) ¿Estáis sola, señora.

FLORA ¡Ah! Clarisa, sí, sola estoy; pero espero alguien.

CLARISA Y yo vengo anunciaros una persona a quien sin duda no esperabais.

FLORA ¿Quién?

CLARISA ¡El!

- FLORA ¡ Don Juan !
CLARISA El mismo.
FLORA ¿ El ? ¿ Libre aquí ?
CLARISA Oculto está en mi cuarto ; decid una palabra y lo tenéis aquí.
FLORA ¿ Es cierto ? ¡ Ah ! ¡ Decidle que venga al punto ! (Deteniéndose.) ¡ Espera ! ¿ No oíste ?
CLARISA ¡ No, nada !
FLORA ¡ Ah ! El gozo me hizo olvidar el peligro que corremos. Dile que parta enseguida, que huya.
CLARISA Con vos, sí ; solo no partirá.
FLORA ¿ Qué hacer ? Se encontrarán los dos aquí.
CLARISA ¿ Quién ?
FLORA Estoy esperando al duque de Santa Fe.
CLARISA ¡ Ah ! si se encontraran aquí otra vez... don Juan le mataría.
FLORA Por eso es preciso que retengas a don Juan en su habitación hasta que yo te avise.
CLARISA No podré convencerle.
FLORA ¡ Dile que yo se lo ruego, que lo exijo, que va en ello su vida... la mía !
CLARISA ¿ No teméis quedaros sola ?
FLORA No, hace un momento temblaba todavía ; ahora desde que sé que don Juan está aquí cerca no pienso sino en él, sólo por él temo y quiero a toda costa salvarle. ¡ Ah ! Ciertamente el amor es el valor de las mujeres.
CLARISA Si vos le hablárais él se convencería.
FLORA Tienes razón ; todavía tendré tiempo... Voy... pero ¿ no oyes ?... Sí, no me engaño. Alguien viene.
CLARISA (En la ventana.) ¡ El es ! ¡ Ya llega !
FLORA El Duque. ¡ Ya es tarde ! Ve, Clarisa, y sálvanos a entrambos, corre, vuela... (Sale Clarisa hacia las habitaciones interiores.) Cerraré esta puerta... toda precaución es poca entre don Juan y el Rey... Disimulemos. (Aparece en el fondo don Felipe que queda de pie en la puerta.)

ESCENA V

FLORA y don FELIPE

FELIPE (El miedo que la hará mía la hace más hermosa. O esta noche o nunca.)

FLORA (Quisiera que no hubiese venido.)

FELIPE Perdonad si vengo a interrumpiros vuestra meditación.

FLORA ¡Aun tengo que agradecerse!... era tan triste.

FELIPE Entonces no os molesto.

FLORA La bondad y la justicia no molestan nunca y yo espero ambas cosas de vos.

FELIPE Yo espero de vos otros afectos más suaves, más tranquilos... más íntimos.

FLORA (Me da miedo este hombre, ¿qué querrá decir?)

FELIPE ¿No me contestáis? ¿Teméis aún del Santo Oficio? ¿Os preocupa solamente el que la Inquisición haya fijado su atención en vos?

FLORA ¡No, señor! Os tengo a mi lado y confío en vos. Sois bueno y justo, ya os lo he dicho.

FELIPE (No la tranquilicemos demasiado.) Mucho puede el Rey, es cierto, pero aun su soberana voluntad puede estrellarse contra el poder de la Santa Inquisición. No obstante haré por vos cuanto pueda y sea el que sea el riesgo que deba correr. Pero en cambio de ello, ¿qué puedo esperar de vos? ¿Odio, tal vez?

FLORA ¿Odio cuando me salváis? Esto fuera demasiada ingratitud.

FELIPE Lo creo. Bien, sentáos.

FLORA (Contrariada.) ¡Qué tormento!

FELIPE (Apoyado en el respaldo de la silla donde se sienta doña Flora.) No seréis ingrata... pero sois indiferente. Triste condición la de los reyes. Sólo encuentran respeto o temor cuan-

do no inspiran odio... Y a veces se tiene tanta necesidad de ser amado.

FLORA El pueblo os ama y os venera.

FELIPE Por su interés. Aman al soberano, no al al hombre. Y yo daría toda mi gloria por el amor de una mujer querida.

FLORA Esa mujer querida, señor, Dios y la Francia os la envían. Es joven, hermosa y apreciada por sus virtudes.

FELIPE Ella, con todo, no puede ocupar un lugar en mi corazón que por entero ocupa ya otra mujer; esa mujer sois vos, doña Flora...

FLORA ¿Yo? ¡Cielos! ¿qué decís?

FELIPE Sí, vos a quien de rodillas pido esa compasión que yo no os negué antes.

FLORA ¿Intentáis comprar mi reconocimiento, queréis que os venda mi seguridad al precio de mi honor?

FELIPE Yo no sé lo que queréis decir, pero sé lo que yo quiero. Quiero que seais mía, lo he resuelto y crimen o no, de buena o mala gana lo seréis.

FLORA ¡Y yo propia me entregué! ¡Estoy sola!

FELIPE Nadie podrá ayudaros si me resistís; nadie tampoco os venderá si os entregáis.

FLORA ¡Gritaré!

FELIPE Nadie os oirá.

FLORA Alguien vendrá, os engañáis.

FELIPE ¿Quién puede ser?

FLORA ¿Quién? Es verdad. ¡Nadie!... ¡Estoy sola!... No hay quien me ampare... ¡Mas no!... me equivoqué. Uno hay que puede, mejor dicho que debe ampararme y lo hará, sí, lo hará.

FELIPE Nadie puede acudir.

FLORA No es preciso porque mi protector está aquí.

FELIPE ¿Y quién es?

FLORA ¿Quién ha de ser? De ese seductor atrevido y audaz que se aventura a cometer la felonía de atacar el indefenso honor de

una noble doncella desamparada y desvalida, me libraré quien debe velar por el honor de todas las nobles doncellas españolas. ¡ El Rey de España ! ¡ Sí ! El Rey a quien pido justicia contra el atrevimiento del duque de Santa Fe.

FELIPE ¡ Qué hermosa os hace el orgullo y el terror ! Pero no podré cumplir este deseo vuestro. El Rey de España será hoy tu señor y Felipe de Austria tu esclavo toda su vida. (Va para abrazarla.)

FLORA (Apartándose.) Atrás... ¡ Cruel ! ¡ infame !
¡ mal cristiano !

FELIPE ¡ A mis brazos !

FLORA Una palabra sola que yo diga os hará retroceder lleno de espanto y horror.

FELIPE Nada me hará retroceder. Es inutil. (Intenta abrazarla otra vez.)

FLORA (Huyendo.) ¡ Piedad, señor, piedad o la diré !

FELIPE (Cogiéndola.) ¿ Qué me importa ? ¡ Ya eres mía !

FLORA Soy judía.

FELIPE ¡ Tú !... tú, judía. ¿ Qué escucho ? ¡ Desdichada ! Esto no es posible, esto ha de ser mentira... Es preciso que lo sea por tu salvación en este mundo y en el otro.

FLORA ¡ Ah ! ¿ Parece que retrocedéis ? ¡ Bienhadada mentira... si lo fuera ! Pero no que es verdad y estoy decidida a repetirla ante los jueces, ante los tribunales, ante el mundo entero si fuera preciso y a ello me obligábais, pero añadiría que un hombre infame, que un mal castellano, que un desleal caballero, que un Rey hipócritamente santo, que tú, Felipe II, el hijo del gran Emperador Carlos V, se ha manchado con una pasión infame por una judía y ha querido abusar de la debilidad de una dama... (Con calma.) ¡ Ah ! Parece que sois vos ahora el que tiembla.

FELIPE ¡ Tiemblo por ti, infeliz ! ¡ Si tus palabras

- hubiesen llegado a otros oídos que los míos estarías perdida para siempre !
- FLORA ; Yo podría morir... pero moriría pura !
- FELIPE Mira que todo mi poder no podría librarte del tormento y de las llamas.
- FLORA ¿Qué me importa el tormento? ¿Qué me importan las llamas? Dios, mi Dios, que el vuestro, me recibiría cuál mártir en su seno ; él nos juzgará, a mis jueces y a mí, y a ellos les condenaría por impíos y a mí me hallaría digna de la corona eterna y del amor del hombre a quien adoro tanto como vos odiais.
- FELIPE ; No le nombres ! El recuerdo de este hombre ahoga en mí todo sentimiento de compasión. (Oyense golpes repetidos en la puerta que comunica con las habitaciones interiores.) ¿Qué rumor es este?
- FLORA (Aterrada.) ; No sé... nada ! no oigo nada ; tal vez la doncella...
- JUAN (Dentro.) Abrid, abrid ; de lo contrario derribaré la puerta.
- FELIPE ¿Un hombre?
- FLORA ; Piedad, piedad ! ; por lo que más améis en el mundo ! (Interponiéndose.)
- FELIPE (Apartándola.) ; Un testigo de mi infamia ! No habrá piedad para vos ni para él. (Abre la puerta.)

ESCENA VI

Dichos y don JUAN

- JUAN (Saliendo.) ; Vive Dios !
- FELIPE ; Don Juan !
- JUAN ; El Duque !
- FLORA ; Piedad, piedad !
- JUAN Necesito vuestra vida, señor Duque.
- FELIPE ; Desdichado !
- JUAN ; No exclamaciones sino respuesta, espero !

- FLORA (A don Juan.) ¡Respetad a la sangre más noble de Castilla!
- JUAN No es noble ni castellano quien teme a un hombre y amenaza a una mujer.
- FELIPE ¡Compadezco a la mujer y desprecio al hombre!
- JUAN ¿Es el miedo quien os dicta tales palabras?
- FELIPE ¡Oh! es demasiado. Venid conmigo.
- JUAN (Sacando la espada.) Desafiéndete, cobarde, o yo te obligaré. (Va a pegarle de plano.)
- FLORA ¡Qué hacéis! ¡¡ Es el Rey!!
- JUAN (Dejando caer la espada.) ¡El Rey!
- FLORA Piedad para él. ¡Perdón!
- FELIPE No le hay (Llamando.) ¿Rui Gómez?

ESCENA VII

Dichos, RUI GOMEZ y CORCHETES; luego FERNANDO .

- RUI ¡Señor!
- FELIPE Este hombre al Alcázar. (Por Juan.) Esta mujer aquí y vigiladla. Vos me respondéis de ella. (Rui Gómez recoge la espada y la queda mirando. Aparece en la ventana don Fernando que lo mira todo recatándose.)
- FERNANDO ¡Santo Dios, qué miro!
- JUAN Dios lo ha querido, pero es el Rey. (Abatido se entrega, le atan y se lo llevan.)
- RUI (Mostrando la espada a Felipe.) ¡Señor! Mirad.
- FELIPE ¿Qué miro? ¿La espada de mi padre? ¡Oh! Don Fernando me ha vendido. Es preciso obrar con prontitud. ¡Al Santo Oficio. (Se llevan a doña Flora y luego salen Felipe y Rui Gómez.)
- FERNANDO (Salta dentro y al verles salir dice.) Yo voy a avisar al padre; es preciso evitar esta infamia. ¡Ah! Don Felipe; ahora veremos quién puede más. (Salta por la ventana mientras cae el telón.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

La escena representa la sala del Tribunal del Santo Oficio. Al fondo una gran puerta que permanece cerrada hasta el final. A la derecha, puerta de entrada; y a la izquierda, la mesa sobre tarima y bajo dosel, todo negro con tres sillones para el tribunal. Esparcidos por la escena diferentes aparatos de tormento, todo de modo que dé color al lugar. Al levantarse el telón aparecen sentados en dos banquetas Felipe II y el Inquisidor, en medio de la escena. Esta estará iluminada con una lámpara fúnebre.

ESCENA PRIMERA

FELIPE y el INQUISIDOR

- INQUIS. Mañana, señor, al anocheecer tendrá lugar el auto de fe en el sitio de costumbre. ¿Asistiréis vos, señor?
- FELIPE Ya sabéis que no pierdo ninguno de estos espectáculos.
- INQUIS. No os quejaréis, pues, señor, del auto de mañana.
- FELIPE ¿Cuántos condenados sufrirán la última pena?
- INQUIS. Veinticuatro y todos ellos incursos de judaísmo.
- FELIPE Judíos y siempre judíos. No importa vayan sus cuerpos a la hoguera. Todo por la fe, y sólo por la fe.
- INQUIS. ¿Quién puede dudarlo?
- FELIPE Y no lo hago por espíritu de venganza,

no, que ni me acuerdo siquiera de que doña Flora sea judía, ni de que ese desdichado don Juan sea encubridor de apóstatas... no me acuerdo sino que la fe y la religión reclaman su muerte y por esto he mandado que sus nombres vayan incluídos en esta lista.

INQUIS. Nunca pensé otra cosa, señor. Don Juan no se retractará de las declaraciones que hizo al ser conducido a este Tribunal.

FELIPE ¿Por qué lo creéis así?

INQUIS. Porque don Juan ama demasiado a doña Flora y se ve correspondido por ella. Quiere correr la misma suerte que a ella le espera.

FELIPE ¡Oh! ¡Maldito amor!

INQUIS. (Con intención.) ¡Mucho os interesáis por este mancebo! ¿Es cierto que sólo vos conocéis el secreto de su nacimiento? ¿Sabéis vos quién fué su padre?

FELIPE Ciertamente es. Pero también es verdad que a su padre prometí hacer cuanto fuera posible para que don Juan fuera un modelo de virtudes cristianas y ahora resulta que él es todo lo contrario de lo que debiera ser.

INQUIS. Ciertamente. Jamás vi un mancebo más desenvuelto.

FELIPE (La voz de la Naturaleza se rebela contra mi decisión pero es preciso ante todo este sacrificio en aras de mi bienestar.) (Oyese la voz de Rui Gómez fuera.)

RUI ¡Paso en nombre del Rey!

FELIPE ¿Quién me nombra aquí?

INQUIS. (A la puerta.) Es Rui Gómez, señor.

FELIPE Dejadme a solas con él.

INQUIS. (Saliendo.) Quedo a vuestras órdenes, señor. (Yo vigilaré desde la sombra.) (Se esconde al foro entre los instrumentos de suplicio.)

ESCENA II

FELIPE, RUI GÓMEZ y el INQUISIDOR escondido.

RUI Señor...

FELIPE Adelante, mi fiel Rui Gómez, adelante.
(Rui Gomez mira a todos lados con cautela.) Solos
estamos. En tu semblante noto una ex-
traña satisfacción que me indica claramen-
te que tienes una buena nueva para dar-
me. ¿No es así?

RUI En efecto, señor. Don Fernando está en
nuestro poder.

FELIPE Cuenta, cuenta.

RUI Camino de Yuste, sin duda iba, cuando
le dimos alcance. El es viejo y yo lancé
en su seguimiento gente joven. Le alcan-
zaron y prendieron y lo tengo a buen re-
caudo.

FELIPE Gran suerte ha sido alcanzarle a tiempo.
Si se ve con mi padre... pero, en fin, no
se han visto y ello es lo que importa. Dime
¿dijo algo por el camino o al prenderle
que pueda interesarnos?

RUI Nada, señor; mostró gran abatimiento
pero nada dijo.

FELIPE Es preciso que hable. Quiero estar cierto
de que don Juan nada supo de boca de
su padre que pueda estorbar mis planes.
RUI ¿Queréis que le interroguemos?

FELIPE Conducidle aquí. Quiero interrogarle yo
mismo. Pero si una vez me engañó no
me engañará ahora. Yo sabré hacerle tem-
blar.

RUI El miedo es un buen arbitrio para mover
a los hombres.

FELIPE El mejor, Rui Gómez, el mejor. Sólo el
miedo es eficaz... y no cuesta nada.

RUI Voy, pues, en su busca. (Sale por la izquierda.)

INQUIS. Han hablado del Emperador... ¿Qué mis-

terio es este? No abandonemos nuestro observatorio.

FELIPE Sin duda mi padre habló, cuando le dió su espada... pero... ¿qué le dijo? No tardaremos en saberlo. Parece que vienen... Sí, aquí están. Serenidad.

ESCENA III

Los mismos y don FERNANDO

RUI (Que entra conduciendo a don Fernando maniatado.)
Señor... aquí está don Fernando.

FELIPE Acercáos. Levantad la cabeza. Miradme al rostro. No os guardo rencor a pesar de que habéis cometido conmigo gravísimas culpas.

FERNANDO Hablad, señor.

FELIPE Os las habéis de haber o con el Rey o con el Santo Oficio. Decid. ¿Qué juez elegís?

FERNANDO Señor, ya elegí y estoy en presencia de mi juez.

FELIPE Bien, está bien ; pero es preciso que seáis sincero y verídico.

FERNANDO Diré la verdad aun que haya de perjudicarme.

FELIPE Haréis bien porque a la primera mentira que digáis estáis perdido sin remedio. (A Rui Gomez.) Salid, quiero quedar a solas con él. Pero quedad cerca por si os he de menester. (Rui Gómez saluda y sale.)

INQUIS. (Me parece que esta entrevista he de ser interesante. No perdamos ni una palabra.)

ESCENA IV

Dichos, menos RUI GOMEZ.

FELIPE Aquí está la lista de los que han de morir mañana en el auto de fe. Hay en esta lis-

ta espacio para añadir algún nombre todavía. Aquí la dejo sobre la mesa. A la primera palabra dudosa que salga de vuestra boca añadiré un nombre, el vuestro. Decid ahora. ¿Conocéis a doña Flora?

FERNANDO Como Vuestra Majestad.

FELIPE ¿No más?

FERNANDO Acaso menos.

FELIPE ¿Qué queréis decir?

FERNANDO Sólo lo que dije y nada más.

FELIPE ¿Sabíais que era judía?

FERNANDO Lo supe el mismo día en que lo supo Vuestra Majestad.

FELIPE (Extendiendo la mano sobre la lista.) ¡Don Fernando!

FERNANDO Tened, señor. ¿Me condenáis por ser sincero? ¿Qué haríais si no lo fuera? (Breve pausa.)

FELIPE Llevastéis a don Juan a Yuste para que viese mi a padre, ¿no es cierto?

FERNANDO No, señor; para que viera al suyo. Si el hermano le perseguía, ¿quién podía prestarle amparo mejor que el padre?

INQUIS. (¡Qué escucho!)

FELIPE (Poniendo la mano sobre la lista.) ¡Don Fernando!

FERNANDO ¿En qué mentí?

FELIPE ¿Y le vió? ¿Lo sabe todo?

FERNANDO Se vieron, sí. Pero Carlos V no fué para don Juan más que un monje del monasterio.

FELIPE La espada que llevaba don Juan prueba lo contrario. Cuando menos al fiarle aquella espada probó que no mantenía el convenio que hizo conmigo.

FERNANDO Ciertamente, que si vuestro padre destinaba a don Juan a un monasterio fuera la espada un extraño presente. Pero el Emperador, mi amo...

FELIPE ¡Qué fué vuestro amo!

FERNANDO El Emperador Carlos V no se dió a conocer de su hijo.

FELIPE ¡Y mostró por este hijo más interés del yo pensaba ! Pero este interés se desvanecerá cuando sepa que su hijo se ha hecho reo de muerte por un crimen de lesa majestad.

FERNANDO Pero Vuestra Majestad no pronunciará esa sentencia. Vuestro augusto padre no lo consentiría.

FELIPE ¿Cuántos reyes hay en esta monarquía ?
¿ Es por ventura el Rey que reina, súbdito del que reinó ? ¡ Nunca ! Carlos V ha muerto para España y para todo el mundo. Yo os lo probaré, don Fernando, porque este mozo morirá aún contra la voluntad de un débil monje de Yuste.

FERNANDO ¡ Oh, no ! ¡ Imposible ! Vos no seréis fratricida, no lo podéis ser... Y en cuanto a mi señor, Carlos V, monje o Emperador, débil o fuerte, si lo sabe os probará a vos y al mundo entero, que si el Cid, después de muerto supo ganar batallas, él es capaz de reconquistar su trono si no os cree digno de ocuparlo a vos.

FELIPE ¡ Oh ! ¡ Miserable gusano !...

FERNANDO ¡ Me habéis de escuchar ! Mal que os pese os lo diré. ¡ Sí ! Vos respetaréis la voluntad de vuestro padre por política, por propio interés.

FELIPE (Precipitándose sobre la lista.) ¡ Oh ! ¡ esto es demasiado !

FERNANDO ¡ Y bien ! ¡ Matadme si os place ! Soy viejo, y de nada sirvo ya... Pero no le matéis a él que es joven, valiente y generoso. ¡ Señor, señor... pensad que una misma sangre corre por vuestras venas, que un mismo padre os dió el ser !

FELIPE Me admira vuestro atrevimiento y vos mismo debéis estar espantado de vuestro valor. Otro que hubiera pronunciado estas palabras en mi presencia, hubiera firmado su sentencia de muerte.

FERNANDO Señor, yo que le conozco a fondo os lo

puedo asegurar ; don Juan por su carácter y prendas personales se hace querer de quien le trata.

FELIPE Yo no quiero tratarle, no quiero verle a mi lado. Es forzoso que muera y morirá. No hay perdón posible.

FERNANDO Temed, pues, la ira de Dios, en el otro mundo : temed el enojo de vuestro padre en este. Es una sombra, pero así y todo os hará temblar cuando se os aparezca, y os pregunte airado : Caín, ¿qué hiciste de tu hermano Abel?

FELIPE ¡ Callad, callad, o no respondo de mí !

FERNANDO ¡ Ah ! no, no callaré. No os será posible resistir su presencia, os anonadará su mirada de águila, su altivo continente, os hundirá en el polvo.

FELIPE Pues el dilema es terrible, pero sin solución : o muerte o claustro. (Se levanta y se pasea agitado. De pronto se detiene y dice:) Tengo una idea. No diréis que no intento apurar todos los medios. Quedáos ; os necesito aquí. (Va a la puerta y llama.) ¡ Hola ! ¡ A mí !

ESCENA V

Dichos y RUI GÓMEZ

RUI (Saliendo.) ¿ Llamábais, señor ?

FELIPE Mandad conducir aquí inmediatamente a don Juan y a doña Flora.

RUI Al momento, señor. (Sale.)

INQUIS. (Aparece en el fondo.) No, nos conviene que ese don Juan ocupe en la corte el puesto que le corresponde : tiene el carácter muy altivo y a él no le dominaríamos como al rey Felipe. Yo lo estorbaré. (Se esconde otra vez.)

FELIPE (Veremos si por medio de doña Flora logro lo que no logré por la fuerza ; pero

si resiste a esta prueba, si yo no puedo vencer a la tentación, será indicio de que Dios le ha marcado este destino y morirá.)

FERNANDO Ved, señor, aquí llegan. Sed clemente.
(Aparece en la puerta don Juan maniatado, seguido de Rui Gómez y luego doña Flora conducida por un encapuchado.)

ESCENA VI

FELIPE, FERNANDO, FLORA, JUAN y RUI GÓMEZ

FERNANDO (Bajo a don Juan al pasar éste por delante suyo.)
Sed prudente, hijo mío.
JUAN ¡ El rey ! ¡ Ah ! ¡ Doña Flora !
FLORA ¡ Don Juan !
FELIPE (A Rui Gómez.) ¡ Salid ! (Vase Rui Gómez.)

ESCENA VII

Dichos, menos RUI GÓMEZ

FELIPE (No tengamos piedad. Ante todo mi interés.)
FLORA Por fin os vuelvo a ver, don Juan. ¡ Cuánta dicha !
FELIPE Pero será corta. Oídme. Voy a deciros cuál es mi resolución. ¿ Amáis, don Juan, a doña Flora ?
JUAN Con toda mi alma. Más que a mi vida.
FELIPE ¿ Es sincera vuestra contestación ?
JUAN Jamás mentí.
FELIPE Pues bien. ¿ Daríais vuestra vida por salvar la suya ?
JUAN ¿ Pudisteis olvidarlo ? Pero, ¿ dónde vais a parar con esto ?
FELIPE Otra pregunta aun. ¿ Persistís en vuestra negativa de entrar en el claustro ?
JUAN El duque de Santa Fe sabe demasiado mi modo de pensar para que el rey Felipe lo

ignore. Mis labios no pronunciarán jamás unos votos que mi corazón repugna.

FELIPE Pues no hay otra solución ; o el claustro o la muerte.

JUAN Pues moriré. Vale más que España cuente con un buen noble menos, que con un mal religioso más.

FELIPE (Sonriendo.) Al pronunciar vuestra sentencia pronunciáis también la de doña Flora. Si hubieseis consentido, la hubiera perdonado.

FLORA ¿Qué oigo? ¡ Ah, señor, piedad ! ¡ Piedad para él ! No, don Juan, no cedáis por mí. ¿Qué me importa la muerte? Un poco de valor me bastará para morir contenta y para vivir esclavo no os bastaría todo el vuestro. ¿Mi vida? para qué la quiero, si había de comprarla al precio de vuestra tranquilidad de conciencia.

JUAN ¡ Callad, doña Flora, callad !... Y vos, cristianísimo rey' don Felipe, ¿es así como practicáis las sublimes máximas de caridad del mártir del Gólgota? ¿Es así como trabajáis para el engrandecimiento de nuestra santa fe? ¡ Si no creyera que esa está muy por encima de vuestra extraña manera de entenderla y practicarla, renegaría de ella !

FELIPE ¡ Blasfemo !

JUAN ¡ Basfemo porque digo la verdad ! ¿Qué nombre os habremos de dar a vos, que renegáis de un Dios todo amor, de las máximas de Jesús, todo caridad, de la doctrina del Crucificado toda sacrificio y abnegación? ¿Vos, que practicáis el odio por sistema, la intransigencia por doctrina, la tiranía por bandera?

FELIPE ¡ Os mandaré amordazar !

JUAN Hacedlo si os place, pero tened entendido que la luz de la verdad y la razón, no la apagaréis con las hogueras nefandas del Santo Oficio ; que la voz de los que sufren

no se ahogará con cadenas, y la una os cegará los ojos y la otra ahogará el rugido de vuestro odio. Algún día, y entre los escombros de la ruina de vuestro poder en que caeréis envueltos, se levantará potente y hermosa la Verdad triunfante y la Razón victoriosa, y vuestros nombres, los nombres de todos los tiranos que un día esclavizaron los cuerpos y las conciencias, serán maldecidos por la posteridad. ¡Ultrajáis a Dios, y yo en su nombre haré justicia!

FELIPE

JUAN

¿Vos? ¡Vos no sois el representante de Dios! Si los celos y la envidia os guían, ¿a qué invocar la religión para encubrir vuestro crimen?

FELIPE

¿Y quién os dice que sean los celos quien me inspire?

JUAN

Amáis a doña Flora y ella os desprecia: he aquí la causa de vuestro odio. Pero sabedlo, rey de España; podréis encarcelarnos, podréis atormentarnos; pero mientras haya en nuestro pecho un aliento de vida, éste nos dará fuerzas para amarnos y para odiaros si os oponéis a nuestro amor.

FLORA

Yo seré de don Juan o no seré de nadie.

FERNANDO

(A don Felipe.) (Todo el poder del rey no basta a encender una pasión ni apagar un amor tan grande... Ceded, don Felipe, o corréis a vuestra condenación.)

FELIPE

(¡ Me han vencido, me han humillado!... Y ahora, más que nunca, veo en este hombre un enemigo para el rey y un hermano para mi corazón... ¡Terrible lucha!) (Como tomando una súbita determinación.) ¡Ah! ¿Queréis salvaros? ¿Queréis la vida?

JUAN Y FLORA

¿Qué decís?

FERNANDO

¡Hablad!

FELIPE

Pues bien. Huid, marchad lejos de Toledo, lejos de España... Yo protegeré vuestra fuga... pero es preciso que me juréis

no volver jamás aquí, no hacer nada para saber de vuestro pasado, vivir ignorados y ocultos, que ni yo ni el mundo sepa nada de vosotros...

FLORA Sí, señor, lo haremos, lo haremos, y nuestras bendiciones os acompañarán hasta después de la tumba. ¿No es cierto, don Juan?

JUAN Sea... Donde quiera que vaya, yo sabré conquistarme con mi espada un nombre que el destino se empeña en negarme.

FELIPE ¡No perdamos el tiempo, no demos lugar a que la reflexión cambie mi modo de pensar! Don Fernando, vos les acompañaréis. Voy a daros un salvoconducto para que podáis salir libremente de mis estados. (Se sienta a escribir. El Inquisidor se presenta y dice, mientras los otros tres se apartan a un lado y hablan bajo.)

INQUI. (Yo no puedo permitir que se nos escapen de las manos ni doña Flora ni don Juan. ¡Ah! Don Felipe, ahora el Santo Oficio te presentará batalla. ¡Veremos quien vence a quien!) (Llama por señas a dos esbirros y les habla bajo, haciendo que se coloquen en el fondo y uno a cada lado. El se coloca en la puerta, cruzado de brazos.)

FELIPE Tomad, don Fernando, y partid. (Le da el escrito.) Partid en seguida. (Al ir a salir, el Inquisidor les cierra el paso.)

INQUI. Alto, señores. El Rey puede perdonaros, pero el Santo Oficio os reclama en su poder.

TODOS ¡El Inquisidor General!

INQUI. ¡En nombre de la Santa Inquisición, daos presos!

FELIPE Yo mando que salgan.

INQUI. Señor: por encima de los reyes de la tierra, está el Rey de los cielos, y yo, en su nombre, ejerzo la justicia. ¡Los réprobos, los judíos, deben ir a la hoguera!

FELIPE Sí, pero yo...

INQUISI. ¿Vos? Vos, señor, obedeceréis nuestras decisiones, o de lo contrario sabréis hasta donde llega el poder de la Santa Inquisición.

FELIPE (Tiemblo a mi pesar.)

INQUISI. (A los esbirros.) Apoderaos de esos hombres y poned en lugar seguro a esa mujer.

JUAN ¡Atrás, canalla! Nos véis impotentes y os atrevéis con nosotros. ¡Ah, cobardes! Si no estuviera maniatado yo sólo me bastara para defender a un viejo y a una niña de vuestras iras... ¡Bellacos! ¡Brava hazaña la vuestra! ¡Miserables!

INQUISI. Prendedles y llevadles.

FELIPE ¡Deteneos! ¡El Rey lo manda!

INQUISI. ¡Adelante, digo! ¡Ay del que ose levantar la voz contra el Santo Oficio! (A Felipe.) (Si oponéis resistencia, publicaré en la corte que don Juan es vuestro hermano, y que vos, por celos de doña Flora, de quien intentasteis abusar, le habéis encarcelado y entregado a la Inquisición.)

(Felipe queda aterrado y el Inquisidor hace seña a los esbirros de que se apoderen de don Juan y doña Flora.)

JUAN No nos toquéis. No os acerquéis. Infames esbirros de la tiranía... si mis manos no son libres para defenderme, lo haré con los dientes, con los pies... ¡Atrás, atrás! ¿Pero qué hay en mí? ¿quién soy yo para que así me vea juguete de ambiciones y blanco de odios y persecuciones? ¿Qué sangre llevo en mis venas que así excite la sed de las fieras que me persiguen?

INQUISI. ¡Basta de insultos! ¡Al tormento! Ya os haré callar mal que os pese. (Los esbirros van a apoderarse de ellos y se abre la puerta del foro que da paso a Carlos V en traje de fraile como en el acto tercero, volviéndose a cerrar detrás de él.)

ESCENA FINAL

Dichos, CARLOS y luego NOBLES y SOLDADOS

- CARLOS ¡ Detenéos !
INQUI. ¿ Eh? ¿ Quién osa? ¡ Un fraile ! ¿ Cómo habéis entrado por esta puerta que únicamente para el Rey se abre?
CARLOS ¿ Y quién os dice que no tenga derecho a entrar por ella?
FELIPE (¡ La voz de mi padre !)
JUAN (¡ El fraile de Yuste !) (Estas tres exclamaciones a un tiempo.)
FERNANDO (¡ El !)
INQUI. ¡ El único que tiene derecho a ello está aquí y no os la pudo abrir... ! (Va a ponerle la mano encima y Carlos se hace atrás hasta tocar la puerta, se quita el hábito y aparece en traje de corte, abriendo al mismo tiempo la puerta de par en par, detrás de la que aparecen nobles y soldados.)
CARLOS ¡ Atrás !... (Cogiéndole la mano y obligándole a arrodillarse.) ¡ De rodillas, de rodillas ante tu dueño y señor Carlos V !
FELIPE ¡ Padre !
INQUI. ¡ Señor !
JUAN ¡ Padre !
CARLOS Sí, don Juan, tu padre, tu verdadero padre que ha dejado la tumba por salvarte y que ante el mundo entero te dice hoy : « Hijo mío, ven a mis brazos ».
JUAN ¡ Yo estoy soñando !
FLORA ¡ Dios de piedad... es el hermano del Rey !
CARLOS Y vos, doña Flora, no en vano acudisteis a mí recordándome que vuestro padre prestó a la monarquía un servicio que la salvó y que fué injustamente olvidado. La clemencia del Rey os da la libertad y la vida. El Santo Oficio *por orden mía* os dejará salir libremente de mis estados para refugiaros en lugar seguro.
JUAN ¡ Padre mío, padre mío !

CARLOS Vos a mi derecha, don Felipe ; vos a mi izquierda, don Juan. Así. Ahora, ¿juráis, don Felipe, proteger y querer a vuestro hermano?

FELIPE Por vos y vuestro respeto, lo juro.

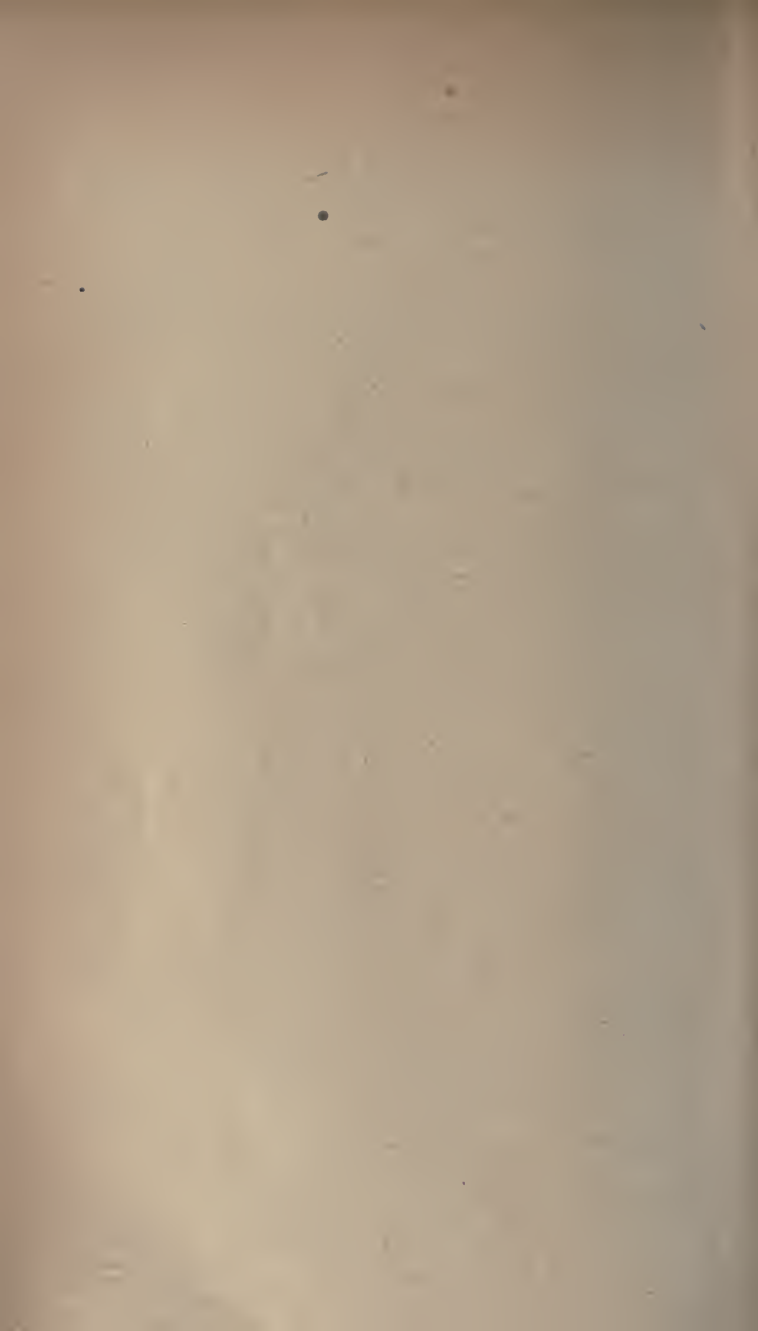
CARLOS Y vos, hijo de Carlos V, don Juan de Austria, abrazad a vuestro hermano y jurad fidelidad al Rey de España.

JUAN (Haciendo lo que le indican.) ¡ Lo juro !

CARLOS (Al Inquisidor.) ¿Habéis comprendido bien? (El Inquisidor baja la cabeza.) Ejecutad, pues, mis órdenes. Y vos, don Felipe ; oid el consejo de un padre amante y de un Rey anciano. Sed en vuestra nación el único Rey que reine. Que todos los hombres sean vuestros hijos y que ninguna institución, bajo ningún concepto, se crea superior a vos. Que si vos bajáis la cabeza ante la Inquisición, algún día el pueblo os arrojará al rostro la infamante palabra de ; Rey Tirano !

TELÓN

FIN DEL DRAMA



BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21, —BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|--|--|
| 1. La princesa del dollar | 34. La fuerza de la conciencia |
| 2. La Ola gigante | 35. Aurora |
| 3. El señor Conde de Luxemburgo | 36. Eva |
| 4. Captura de Raffes o el triunfo de Sherlock Holmes | 37. El Bufón |
| 5. El Sol de la Humanidad | 38. El cuchillo de plata |
| 6. Zazá | 39. Nick Carter |
| 7. Mujeres vienesas | 40. La cena de los cardenales |
| 8. Hamlet | 41. Justicia humana! |
| 9. Giordano Bruno | 42. El señor feudal |
| 10. El nido ajeno | 43. El veranillo de S. Martín |
| 11. El Rey | 44. El desdén con el desdén |
| 12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | 45. Cuento inmoral |
| 13. Los Miserables | Amor de amar |
| 14. La ladrona de niños | 46. La dama de las camelias |
| 15. Los dioses de la mentira | 47. La domadora de leones |
| 16. Cristo contra Mahoma | 48. Los dos sargentos franceses |
| 17. Juventud de Príncipe | 49. El Místico |
| 18. Juan José | 50. García del Castañar |
| 19. La sociedad ideal | 51. La fierecilla domada |
| 20. La cizaña | 52. El honor |
| 21. Entre ruinas | 53. El sí de las niñas |
| 22. La vida es sueño | 54. María Antonieta |
| 23. Sabotage | 55. La viuda alegre |
| Pasa la ronda | 56. El conde de Montecristo |
| 24. Magda | 57. Oíelo |
| 25. El papá del Regimiento | 58. El Barbero de Sevilla |
| 26. El Alcalde de Zalamea | 59. Daniel |
| 27. Los dos pilletes | 60. Pecado de juventud |
| 28. D. Juan de Serrallonga | 61. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes |
| 29. El Rey Lear | 62. La muerte civil |
| 30. Espectros | 63. La apuesta de Don Juan Tenorio |
| 31. Las Cigarras Hormigas | 64. Sor Teresa o El claustro y el mundo |
| 32. El registro de la policía | 65. La niña boba |
| 33. El vergonzoso en palacio | 66. El pan de piedra |
| 67. Los Reyes ante la Inquisición | 67. Romeo y Julieta |

FELIPE DERBLAY

Es propiedad.

Prohibida la reproducción.

Reproducción autorizada por los representantes de los autores en España.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación.

La misma «Sociedad de Autores Españoles» percibe los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

FELIPE DERBLAY

Comedia en cuatro actos y cinco cuadros

Original de

GEORGES OHNET

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

PERSONAJES

MOULINET
FELIPE DERBLAY
BACHELIN
EL DUQUE DE BLIGNY
EL BARÓN DE PRÉFOND
OCTAVIO
EL GENERAL
GOBERTO
EL DOCTOR SERVAN
EL PREFECTO

DE PONTAE
JUAN
UN OBRERO
UN CRIADO
CLARA DE BEAULIEU
ATENAIDA
MARQUESA DE BEAULIEU
BARONESA DE PRÉFOND
SUSANA
BRÍGIDA

Las indicaciones que se designan son de la derecha e
izquierda del espectador



ACTO PRIMERO

Salón en el castillo de Beaulieu. Puerta en el fondo que da al terrado, tras del cual se ven las montañas del Jura destacándose sobre un cielo clarísimo. Mobiliario de la época de Luis XV, tanto este como las paredes de tapicería, en que domina el color gris. Puertas a derecha e izquierda. Gran mesa en medio, un poco a la derecha, sillas a ambos lados de la misma. En el proscenio, a la izquierda, próximo a los bastidores, un sillón, preservado por un biombo de tres hojas; delante del sillón un bastidor de tapicería. En primer término, a la derecha, un canapé; en el mismo lado y a lo largo de la decoración, un piano y el asiento del mismo; entre el piano y la puerta de la derecha, una silla. A cada lado de la puerta del fondo, una columna con un jarrón de flores; sobre el piano, papeles de música y un jarro que contendrá una vistosa planta. En la mesa un timbre, una jardinera pequeña guarnecida de flores y un álbum de fotografías. A la derecha de la puerta del fondo, un sillón.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA, la BARONESA, CLARA

Al levantarse el telón, Clara se halla recostada en un gran sillón delante de la puerta; ventana abierta. Sostiene sobre sus rodillas un libro abierto. La Marquesa y la Baronesa trabajan, La Marquesa está sentada en el sillón, que se encuentra en primer término a la izquierda, y borda en el tapiz; la Baronesa lo está también en una silla, a la derecha de la mesa, y se entrega a sus labores.

MARQ. (Después de fijar un momento su mirada en su hija.)
Clara... Clara...

CLARA (Sonriéndose lentamente.) ¡Ah! ¿Me ha llamado usted?

MARQ. Vamos, hija mía, no estés tan retirada; acércate a nosotras: hablemos... Hazme ese favor.

CLARA (Levantándose y después de una pausa.) El aire templado que aquí se disfruta me había adormecido un tanto. (Se aproxima lentamente a su madre.)

¿Cuánto tiempo hace que no recibimos carta de San Petersburgo?

MARQ. (Después de cambiar una mirada con la Baronesa.) Hará cerca de dos meses.

CLARA (Con tristeza.) ¡Dos meses! ¡sí!

BARONES. ¿Por qué te atormentas pensando sin cesar en eso?

CLARA ¿Y en qué quieres que piense sino en el que ha de ser mi esposo? ¿Y cómo no atormentarme, según dices, procurando explicarme la causa de su silencio?

MARQ. Confieso que no es fácil explicarlo. El duque de Bligny, mi sobrino, después de haber pasado ocho días con nosotras el año último, se ausentó, prometiéndonos que volvería a París para pasar en él la estación del invierno. Primeramente nos escribió que ciertas complicaciones políticas le retenían en Rusia en su puesto; después ha pretextado que, habiendo ya terminado el invierno, esperaba el rigor del verano para regresar a Francia. El verano pasó y el duque no ha vuelto. Estamos ya en el otoño y Gastón ni aun excusa su tardanza con pretexto alguno; ni siquiera se toma la molestia de escribirnos. ¡Ay, hijas mías! ¡todo ha degenerado! Los hombres de esta sociedad presente ni aun saben ser urbanos y políticos.

CLARA Sin embargo... ¿y si estuviese enfermo? ¿Si

se hallase imposibilitado de darnos noticias tuyas?

MARQ. Entonces las tendríamos por la embajada.

BARONES. Tiene razón tu madre.

CLARA Me prometió que vendría a pasar el invierno en París, y yo me lisonjeaba de tenerle a mi lado. Hubiérame gozado en las simpatías que, de seguro, se conquistaría, y acaso para él no habrían pasado desapercibidos mis triunfos. Preciso es reconocer que Gastón no es celoso. Y sin embargo, motivos tendría para ello. Donde quiera que vamos no he dejado de ser muy solicitada. Aquí mismo, en este desierto de Beaulieu, no me han faltado adoradores, y hasta nuestro vecino, el dueño de esa fábrica...

MARQ. ¿El señor Derblay?

BARONES. ¡Oh, tía, eso es por demás evidente! Desde que hizo su primera visita al castillo, cuando vino a darnos sus excusas por las usurpaciones que había hecho en las tierras que a usted pertenecen, se hallaba delante de Clara como un devoto en perpetua adoración.

MARQ. ¡Chistosa es la adoración esa! Preciso es que mi vista se haya debilitado, cuando nada he advertido... Yo observaré.

CLARA (Gravemente.) Madre mía, las atenciones del señor Derblay son respetuosas y no puedo quejarme de ellas. Pero al cabo el duque no está aquí para defender lo que le pertenece, y debería pensar que esperando así al que jamás regresa, podría cansarme, por último, de hacer el papel de Penélope.

BARONES. (Vivamente.) Si yo estuviese en tu lugar, mucho tiempo hace que hubiera dejado de tejer la tela de esa beldad pagana.

CLARA (Con dulzura.) No hay mérito alguno en lo que hago. El duque es el único hombre a quien puedo amar.

MARQ. (Con enojo.) Eso te lo figuras, y es lo que me

atormenta. Gastón y tú habéis crecido juntos. Te has imaginado que esa común existencia había de perpetuarse, y que no podías ser feliz sin él. ¡Eso es una locura, hija mía!

CLARA

Madre...

MARQ.

Te has forjado acerca del duque las más fantásticas ilusiones. El duque es una persona ligera y frívola. Tiene, bien lo sabes, hábitos de independencia difíciles de corregir. Y... espera; ¿quieres penetrar hasta el fondo de mi alma? No vería sin inquietud verificarse ese matrimonio.

CLARA

(Conmovida.) Esta es la vez primera que me habla usted así. No parece sino que quiere prepararme para darme una mala noticia. ¿Provendrá esta de la ausencia del duque? ¿Qué es lo que ha llegado usted a saber?

MARQ.

(Inquieta al ver la agitación de Clara.) Nada, hija mía, nada. Sólo me causa extrañeza su prolongado silencio, que en verdad llega a ser ya demasiado diplomático.

CLARA

(En tono de súplica.) Vamos, madre mía, tengamos un poco de paciencia. Tal vez quiera el duque sorprendernos, llegando de improviso de San Petersburgo.

MARQ.

Así lo deseo, pues que tú lo quieres, hija mía.

BARONES.

Hoy llegará mi esposo de París, y quizá nos informe mejor...

CLARA

(En el fondo, a la izquierda de la puerta.) Mi hermano entra en el terrado con el señor Bachelin.

ESCENA II

Dichos, OCTAVIO en traje de caza, BACHELIN

OCTAV.

Entre usted, señor Bachelin.

BACH.

Señoras... señora marquesa... ofrezco a usted mis respetos.

- MARQ. Buenos días, mi querido Bachelin. (A Octavio.) ¿Has estado toda la mañana de caza? No te he sentido salir. ¿Y qué tal? ¿Has tenido suerte?
- OCTAV. Sí, gracias al señor Derblay, que me ha llevado por los terrenos que son de su propiedad.
- MARQ. Vamos, decididamente ese señor te ha caído en gracia.
- OCTAV. Imposible sería hallar un compañero más agradable. Según me ha dicho, vendrá hoy con su hermana, que acaba de salir de un convento. Desea presentarla a usted.
- MARQ. Amigo Bachelin, hace un siglo que no le vemos por acá.
- BACH. Me tiene sumamente ocupado, señora marquesa, un negocio de importancia... la venta de La Varenne.
- OCTAV. ¡Ah! ¿Los de Estreilles han encontrado por fin un comprador?
- BACH. Y que ha pagado a muy buen precio. Es un acaudalado fabricante de París. Por cierto que me ha dicho que tenía el honor de conocer a la familia de la señora marquesa.
- MARQ. ¿Y se puede saber el nombre de ese sujeto?
- BACH. Se llama el señor Moulinet.
- BARONES. (Levantándose.) ¿El señor Moulinet?
- CLARA El padre de Atenaida.
- BARONES. (Con vivacidad.) Sí, ciertamente; nos conoce. Su hija ha sido compañera nuestra en el convento..., nuestra rival, nuestra enemiga... Las educandas se hallaban divididas en dos bandos: el de burguesas y el de las nobles. Al frente del uno se hallaba la señorita de Moulinet, y del otro la señorita Beaulieu... Allí no había piedad: nos despedazábamos mutuamente.
- BACH. ¡El mundo es pequeño!
- BARONES. Por lo demás, Atenaida es muy inteligente... y vengativa. Al menos que con el tiempo no se haya dulcificado su carácter. El

día que la veáis saltar al cuello de una de nosotras, podéis tener la seguridad de que es para morderla o para estrangularla.

BACH. ¿Y es, en efecto, tan rico como dicen, ese señor Moulinet?

BARONES. Rico hasta la ridiculez... Ha establecido en Villepinte esa inmensa fábrica de chocolate. A lo que parece, ha encontrado un procedimiento para hacerlo empleando la vainilla con carbón mineral y el cacao con almendras tostadas... Y ahora le tenemos vecino nuestro. ¡Pobre hombre! Su aspecto será el mismo que el de su lacayo, o el jardinero que cuida sus plantas.

MARQ. Usted viene, sin duda, querido Bachelin, a hablarme de nuestro pleito de Inglaterra.

BACH. (Después de haber dirigido una mirada a Octavio, así como a Clara y la Baronesa.) Sí, señora marquesa.

BARONES. La dejamos a usted, querida tía.

MARQ. Octavio, vé a la estación a enterarte si ha llegado el tren, para que recibas al barón.

OCTAV. Voy en seguida. (Sale por la puerta de la izquierda Clara y la Baronesa por el terrado.)

ESCENA III

La MARQUESA y BACHELIN

MARQ. ¿Qué tiene usted que decirme, querido Bachelin?

BACH. (Con disgusto.) Traigo malas noticias, señora marquesa; lo cual es para mí, antiguo servidor de su familia, motivo de una vivísima aflicción. El éxito del pleito entablado en vida por su esposo, el señor marqués de Beaulieu, está gravemente comprometido.

MARQ. (Después de una pausa.) No me dice usted toda la verdad, Bachelin. Si hubiese aún la más ligera esperanza no estaría usted tan aba-

tido. ¿Han dado su fallo los tribunales? ¿Se ha perdido el pleito?

BACH. ¡Ayl, por desgracia sí, señora marquesa... La pérdida de este pleito es un golpe terrible.

MARQ. Terrible, en efecto. Arrastra a la ruina a mis dos hijos.

BACH. (Después de una pausa.) Y... (Deteniéndose.) Si fuera esto solo...

MARQ. ¿Aun háy más? (Fija su mirada en Bachelin con angustiosa ansiedad.) ¿Ha tenido usted noticias del duque de Bligny?

BACH. Sí, señora marquesa. Usted se sirvió encargarme que averiguase el modo de vivir, la conducta de su señor sobrino. Pues bien, se me ha comunicado la noticia de que el señor duque de Bligny se encuentra en París hace seis semanas.

MARQ. ¡Hace seis semanas! ¡Y no ha venido, sabiendo la desgracia que nos aflige! Porque lo sabrá, ¿no es cierto?

BACH. Es de los primeros que lo han sabido, señora marquesa.

MARQ. Tiene usted razón, Bachelin, y esta otra nueva que usted me da me anonada de un modo cruel. El duque nos abandona. Pretendía nada más nuestra fortuna; la fortuna ha desaparecido y el pretendiente se aleja. ¡El dinero! ¡el dinero! esta es la palabra puesta a la orden del día en nuestra época venal y con tanto cinismo codiciosa! Nada valen la virtud, la inteligencia, la hermosura. Decíase antes: plaza al más digno; hoy se grita: plaza al más rico. Como estamos casi en la pobreza, no se nos conoce.

BACH. Creo, señora marquesa, que usted calumnia algo a la época presente. Verdad es que las ideas positivas dominan. Pero existen aún hombres desinteresados para quienes la virtud, la inteligencia y la hermosura son bienes que colocan a la mujer que los

posee en una envidiable posición entre los demás. No digo que haya muchos hombres de estos, pero sé de uno al menos, y basta con uno solo que exista en la especie.

MARQ.

¿Qué quiere usted decir con eso?

BACH.

Sencillamente, que uno de mis amigos no ha podido ver a la señorita de Beaulieu sin sentirse perdidamente enamorado de sus atractivos. Sabiendo que estaba comprometida con el duque, no se ha atrevido a dar a conocer sus sentimientos. Pero al constarle que se halla libre, hablará a usted, si se digna autorizarle a ello.

MARQ.

(Friamente.) ¿Es el señor Felipe Derblay, de quien se trata?

BACH.

Sí, señora marquesa; del mismo.

MARQ.

No ignoro los sentimientos que mi hija ha inspirado al dueño de estas ferrerías. No acertó a ocultarlos.

BACH.

Es que adora sinceramente a la señorita Clara; pero usted no conoce lo bastante al señor Derblay para poder apreciar todo lo que vale y todo lo que merece.

MARQ.

Sé que es muy estimado en el país.

BACH.

Y con muy justos títulos. He visto nacer al señor Felipe, así como a su hermana Susana, esa jóven tan buena. Su padre me llamaba su amigo. Esto le explica, señora marquesa, la audacia con que le doy a conocer los sentimientos del señor Derblay. Mi cliente a mis ojos, no tiene más que un solo defecto su nombre, que se escribe con una sola palabra, sin apóstrofe alguno. Pero si se buscara bien, ¿quién sabe? Su familia es muy antigua. En tiempo de la revolución, las gentes honradas se unían unas a otras: quizá los pergaminos pueden muy bien haberse juntado de igual suerte.

MARQ.

Conserve su nombre tal como es. Lo lleva un hombre de honor, y en los tiempos presentes eso basta.

- BACH. ¡Cuánto complacería, señora, a mi amigo Derblay oír hablar a usted de esa manera!
- MARQ. No le repita usted nada de lo que acabo de decirle. La señorita de Beaulieu no admite generosidades de nadie. Conozco su carácter, y es lo más probable que permanezca toda su vida soltera. ¡Plegue a Dios, amigo mío, que el doble golpe que va a sufrir la encuentre fuerte y resignada!
- BACH. Señora marquesa, si me es permitido darle un consejo, le rogaría que nada dijese a la señorita de Beaulieu. Siempre le queda tiempo para sufrir.
- MARQ. Tiene usted razón. Mi hijo sí debe saber la desgracia que nos abruma. (Llama. Un criado se presenta.) Dígale usted al señor marqués que venga. Tengo que hablarle. (Vase el criado.)
- BACH. Suceda lo quiera, señora marquesa, no olvide usted que el señor Derblay se consideraría el más feliz de los hombres si le fuese permitido esperar. Esperará, porque no es de esos cuyo corazón es susceptible de volubles inclinaciones.

ESCENA IV

Dichos, OCTAVIO

- OCTAV. Usted me dirá de qué se trata.
- MARQ. Quiero que sepas, hijo mío, graves noticias. ¡Hay noticias que me causan viva aflicción!
- OCTAV. ¿Se refiere usted al pleito?
- MARQ. Sí.
- OCTAV. (Con calma.) ¿Se ha perdido?
- MARQ. ¿Lo sabías ya?
- OCTAV. Lo presumía. He respetado las ilusiones que usted, querida madre, se forjaba; pero estaba completamente persuadido de que ese pleito era insostenible. Lo siento sólo

por mi hermana, cuya dote se jugaba en este asunto. Pero hay un medio muy sencillo de armonizarlo todo. Usted le dará la parte que me reservaba de mi fortuna. En cuanto a mí, nada le inquiete; yo solo sabré conjurar mi suerte, por contraria que sea.

MARQ. (Con ternura.) ¡Hijo querido!

OCTAV. Es lo más sencillo del mundo.

MARQ. ¡Ven: deja que te abrace!

OCTAV. Quiero mucho a mi hermana y haré todo lo posible porque sea feliz. Y ya que estamos hablando de cosas tan poco halagüeñas (A Bachelin, que permanece retirado.), acérquese usted, Bachelin... ¿El silencio de nuestro primo, el duque de Bligny, no está relacionado con la pérdida de ese pleito?

MARQ. (Con inquietud.) Te engañas, hijo mío; el duque...

OCTAV. (Sonriendo.) Nada tema usted, querida madre. Si Gastón vacilara en cumplir sus compromisos, ahora que la señorita de Beaulieu es pobre, no somos gentes, a lo que creo, que vayamos a obligarle a que se porte como debiera. Considero, en este caso, que si el duque de Bligny no se casa con mi hermana, tanto peor para él y tanto mejor para ella.

MARQ. ¡Bien, hijo mío!

BACH. ¡Muy bien, señor marqués! Si la señorita de Beaulieu no es bastante rica para atraer a un buscador de dotes, es bastante perfecta para cautivar a un hombre de corazón.

MARQ. ¡Ni una palabra más!... Ella viene.

ESCENA V

Dichos, CLARA, después la BARONESA y el BARÓN

CLARA El harón acaba de llegar. (Dirigiéndose a la Marquesa.)

BARÓN Querida tía... (Inclinándose ante ella.) Buenos días, Octavio.

MARQ. ¿Qué tal ha sido el viaje, sobrino mío?

BARÓN Excelente... Con un calor... pero excelente.

BARONES. ¿Has hecho todos mis encargos?

BARÓN Todos.

BARONES. Los sombreros...

BARÓN Vienen en la gran caja negra.

BARONES. Los cuatro mundos...

BARÓN ¡Trescientos kilos de exceso! (A Octavio.) Se me figura que mi mujer transporta clandestinamente todo un tren de artillería.

BARONES. (Vivamente.) ¿Y el saquito de las alhajas?

BARÓN No lo olvidé. Te respondía con mi cabeza.

BARONES. (Después de tomar el saquito que el barón lleva en la mano derecha.) Perfectamente. Estoy satisfecha de ti. Besa mi mano.

BARÓN Con sumo gusto.

BARONES. (En voz baja.) ¿Qué noticias traes?

BARÓN No pocas. Aleja a Clara y a Octavio.

BARONES. Clara, ¿quieres venir a ayudarme a abrir mis mundos?

CLARA Vamos allá.

BARONES. (A Octavio.) Toma, y llévame esto con el mayor respeto. Son los diamantes de la corona. (A la marquesa.) Mi marido trae noticias. (Vanse el Marqués, la Baronesa y Clara.)

ESCENA VI

La MARQUESA, BACHELIN y el BARON

BACH. (Haciendo un movimiento como para salir.) Señora marquesa, con permiso...

MARQ. Quédese usted, Bachelin... A usted le considero como de la familia. (Siéntase.) Ahora, querido sobrino, habla y nada me ocultes. Sé que hace ya seis semanas que está el duque en París.

BARÓN (Con amargura) ¿Usted ya lo sabía? ¿Y sabe usted también que está en vísperas de casarse?

MARQ. (Con estupor.) ¿De casarse?

BARÓN Sí, querida tía. Perdóne usted mi ruda franqueza; pero en asuntos de esta índole, creo que es preciso ir derecho a lo que importa.

MARQ. (Lentamente.) ¡Casarse!

BARÓN Imponderables han sido los esfuerzos del duque para que no cundiese esta nueva, pero el futuro suegro, que es, a lo que parece, un burgués todo lo más vulgar que puede concebirse, no tiene la misma discreción. ¡El pobre hambre está fuera de sí! ¡Su hija, figúrese usted, su hija duquesa! Imagínese que el duque, apenas llegó de San Petersburgo, se engolfó en una fuerte partida de juego que hacía tiempo se había entablado en el Círculo. Contrariado con crueldad por la suerte, se vió muy pronto desprovisto de recursos, escasísimos ya entonces para él. La caja del Círculo le facilitó fondos y prosiguió jugando, en tales proporciones, que en una sola semana sus deudas ascendían a doscientos mil francos. ¡Una negra suertel! Parecía que había perdido completamente la cabeza: tallaba como un sordo y perdía como un ciego. En dos noches se recuperó de

todo, pero todo lo volvió a perder; es decir, cien mil francos, y por último, su deuda definitiva llegó a ser de doscientos mil.

BACH.

BARÓN

¡Crecida es, en verdad, la suma!

¡Muy crecida! Tanto más, cuanto que Gastón no tenía ni un céntimo para pagarla. Su situación era crítica en extremo. El duque hubiera podido muy bien dirigirse a su familia: no pensó, o, mejor dicho, no quiso hacerlo. Entonces intervino la Providencia en forma de futuro suegro, a quien Gastón, según se me ha asegurado, no había visto en su vida una sola vez. Este entró resueltamente en materia, y dijo a Bigny, poco más a menos, estas palabras: Señor duque, usted debe doscientos mil francos; le es a usted indispensable pagarlos esta noche y no tiene usted medio de encontrarlos. Yo le doy esos doscientos mil francos. Poseo una inmensa fortuna, y no quiero que un hombre como yo, que da diez millones de dote a su hija única, deje por diez mil luises miserables comprometido el nombre de una de las familias más nobles de la nación.

BACH.

BARÓN

¡Eso es asombroso!

¡Textual! Sépalo usted. El desgraciado Bigny quedó deslumbrado por completo. Le pareció tener enfrente de sí a un hombre de oro. La caja de su improvisado bienhechor estaba abierta: metió en ella un dedo, después la mano, y como en el engranaje de una máquina, todo allí fué pasando, hasta el honor mismo.

BACH

(Quédase la Marquesa un instante en silencio, lleva su pañuelo a los ojos, y solloza. El Barón se aproxima a ella con Bachelin y procuran calmarla.) ¡Señora marquesa!

MARQ

¡Déjenme ustedes! Así encuentro algún alivio a mi aflicción. ¡Me abrumba tan rudamente este golpe!... ¡He querido tanto a Gastón! ¡Le he educado con tan tierno y

afanoso cariño!... He sido para él su segunda madre. ¡Y de este modo me recompensa! ¡Ah! ¡Ingrato!... ¡ingrato!

BARÓN

MARQ.

(Calmándose.) Todo ha terminado ya. (Se levanta. Con firmeza.) Es menester que tomemos

grandes precauciones con Clara. Ustedes la conocen: es exaltada... orgullosa. Su padre era lo mismo: un corazón de oro, pero una cabeza de hierro. A cada instante habla de Gastón. ¡Va a herirla este golpe cruelísimo; y cuando menos lo espera!

BARÓN

Pero, querida tía, ¿no cree usted que algún paso dado con el mismo duque?... Ha sido víctima de un hechizo, de una fascinación... Sería muy posible volverle al buen camino. Si usted consiente en ello, me pongo por completo a su disposición.

MARQ

No; no somos de los que se humillan ni de los que imploran. Nuestra posición, por triste que sea, es franca y digna. En nada quiero cambiarla.

BARÓN

Suceda, pues, lo que quiera, la razón está de parte de usted, querida tía. Si alguna vez corren sus lágrimas en secreto, no se avergonzará usted, al menos, delante de persona alguna. No se dirá otro tanto del duque de Bligny.

ESCENA VII

Dichos, un CRIADO

CRIADO

El señor y la señorita Derblay desean que la señora marquesa los reciba.

MARQ.

¡Oh!, en este momento... (Bachelin le dirige un ademán de súplica.) Está bien: sea. (Al criado.) Diles que pasen.

BARÓN

Querida tía, no estoy presentable. Tengo sobre mí todo el polvo del camino.

MARQ.

Retírate, pues, amigo mío. Te ruego que prevengas a Clara y a Octavio.

ESCENA VIII

Dichos menos el BARÓN; FELIPE, SUSANA

- CRIADO El señor y la señorita Derblay.
- FELIPE Señora marquesa... (Se detiene turbado.) Pido a usted permiso para presentarle a mi hermana Susana.
- MARQ. Ya me había anunciado mi hijo la visita de la señorita Derblay. Le agradezco, caballero, que haya tenido la buena idea de traerla a esta casa. (A Susana.) ¿No le dan a usted miedo mis cabellos grises? Entonces, hija mía, deje usted que la abrace.
- SUSANA Con toda mi alma, señora.
- FELIPE No sé como expresarle mi gratitud, señora marquesa, por la afectuosa acogida que dispensa usted a mi hermana. Es una joven que necesita lecciones y consejos. No podría encontrarlos mejores que al lado de usted, si nos honra interesándose por ella.
- MARQ. (A Felipe.) Es muy hermosa y simpática (Dirigese con Susana hacia el fondo.) ¿Hace mucho que salió usted del convento?... (Sale al terrado con Susana.)
- BACH. ¿Qué tal, amigo mío? La señorita Clara no está aquí... y le encuentro a usted desorientado. ¿No es cierto?
- FELIPE Singular situación es la mía. Desde hace quince días, que visito esta casa, cada vez que vengo a ella me late el corazón al pensar que he de hallarme en presencia de la señorita de Beaulieu, y sin embargo, experimentaría un gran pesar si no llegase a verla... Túrbame por completo y miedo me causa, en verdad. En presencia suya, llego a convertirme en un verdadero adolescente.
- BACH (Sonriendo.) ¡Usted la ama!
- FELIPE ¡Es una gran locura! ¿Cómo yo, el hombre

del trabajo, alejado del mundo, he podido pensar en esa joven tan hermosa, tan altiva, y por lo mismo quizá aún más seductora? La he visto grave, reflexiva, algo inquieta, sin duda al considerar a su prometido tan lejos de ella, y sin tener en cuenta esto, me he consagrado a amarla. He olvidado la distancia que nos separa y no he advertido la diferencia de nuestros orígenes. No he escuchado la voz de la razón ni los consejos de la experiencia. (Asentimiento de Bachelin.) He avanzado ya demasiado: ya no me pertenezco. Me he entregado ciegamente a esta pasión, que me hace experimentar una alegría profunda y una deliciosa embriaguez, que me da todos los goces, excepto el de la esperanza. (Bachelin hace un movimiento.) Al no contar con esta, detiéndose mi locura: nada espero, le doy a usted mi palabra, amigo mío.

BACH.
FELIPE

¿Y por qué?
Porque no basta desear para obtener lo que se quiere; porque la señorita de Beaulieu nunca me ha dispensado la honra de apercibirse de que existo, y en fin, porque es noble, rica, está prometida a su primo y será duquesa.

BACH.

¡Ciertamente! Sin embargo... si yo le dijese, yo, que la señorita de Beaulieu no es muy rica, que no será, probablemente, duquesa, y que nunca un hombre honrado como usted igual ocasión ha tenido de poder alcanzar la suerte de ser de su agrado...

FELIPE

(Conmovido.) ¡Ahl... ¡Mire usted lo que dice! No pronuncie usted semejantes palabrás de ligero.

BACH.

En este instante hago traición deliberadamente a un secreto profesional, pero es en interés de usted y en el de todos... La señorita de Beaulieu está arruinada. El

- duque de Bligny la abandona, y no posee dote alguno.
- FELIPE. ¡Abandonada y en la ruina! ¡Ah! ¿Necesitaba su fortuna? ¿El solo bien que de ella esperaba ese hombre, no era ella?
- BACH. Seguramente, y me he permitido presentar a usted poseído de ese desinterés absoluto.
- FELIPE. Sí, dígale usted a la señorita de Beaulieu... Dígale a la señorita Clara... Pero no: nada le diga usted. Esa joven es altiva y orgullosa. La idea de que pudiera deber alguna obligación al hombre que había de ser su esposo la alejaría de mí; sin duda me rechazaría. Prevenga usted a la marquesa; hágale conocer mis escrúpulos, y sobre todo, indúzcala a que sienta alguna inclinación hacia mí. ¡Oh, recibirla la mano de la señorita Beaulieu de rodillas! Pero quiero que aun se crea con bienes de fortuna con el objeto de que pueda aceptarme o rechazarme libremente. Asegurando a su favor, al casarme, todo cuanto poseo, juzgaría que ella era la que me otorgaba una merced gratísima.
- BACH. ¡Bah!, ¡bah! Caminemos con paso más razonable y esperemos con calma los acontecimientos...

ESCENA IX

Dichos, la MARQUESA y SUSANA por el fondo
La BARONESA, CLARA, OCTAVIO, el BARÓN por la derecha

- MARQ. (Presentando a Octavio y Clara a Susana.) Querida niña... Mi hijo, el marqués de Beaulieu... Mi hija Clara...
- CLARA. Sea usted muy bien venido, señorita.
- SUSA. Antes de conocerla, mi hermano me había inspirado la admiración que hoy experimento aquí, teniéndola a mi vista. Ahora

que ya la conozco, siento que me será muy fácil quererla.

CLARA Y yo, señorita, la quiero a usted ya.

OCTAV. Querido señor Derblay, aquí tenemos una persona que es tan fuerte como usted en asuntos industriales. (Presentando al Barón, que se aproxima.) El señor barón de Préfond; todo un sabio.

BARÓN Sólo un aficionado al estudio.

FELIPE No es esta la vez primera que oigo pronunciar el nombre del señor barón de Préfond.

OCTAV. (Con jovialidad.) ¡Ah barón! Ya lo ves: tu nombre ha penetrado hasta en nuestras montañas... Tal es la celebridad, amigo mío.

BARÓN (Con modestia.) Para haberme descubierto, preciso es que este caballero sea un profundo investigador.

FELIPE He leído la memoria que usted ha escrito dirigida a la Academia de Ciencias.

BARÓN (Satisfecho.) ¡Ah! ciertamente. Me han dicho que su establecimiento tiene una gran importancia. ¿Tiene V. empleados en él muchos obreros?

FELIPE Dos mil.

BARÓN ¡Es admirable! ¿Y cuántos hornos?

FELIPE Diez, que nunca se apagan.

BARÓN ¿Tendrá usted también un laboratorio?
¿Es usted químico? ¡Perfectamente! Parece usted un hombre lo que se llama completo. Haremos nuestros experimentos querido amigo. Es una suerte para mí haberle encontrado. (Toma el brazo de Felipe y se dirige al fondo, hacia el terrado. Bachelin se les une. Permanecen los tres a vista del público.)

BARONES. ¿Qué le pasa a mi marido?

OCTAV. Se le ha despertado de pronto, querida prima, su manía favorita y ya no suelta al señor Derblay.

BARONES. Pues sabe Dios hasta dónde irán. Si no se detiene al barón en este camino...

- OCTAV. ¡Y por qué hemos de detenerle? Encuentro muy digna de aplauso esa confraternidad del señor Derblay y el de Préfond. El uno descendiente de héroes hazañosos, en carna en su personificación diez siglos de grandezas guerreras; el otro, industrial, representa un siglo único: el que ha producido el vapor, el gas y la electricidad. Va el uno en busca del otro: Aprecian su valor respectivo y en un instante nos ofrecen esa armonía que hace a una nación la más grande de todas: la gloria en el pasado y el progreso en el presente.
- BARONES. (En tono festivo.) Bien se conoce, querido primo que eres abogado. Hablas muy bien, pero para ser hijo de tu padre te encuentro un tanto demócrata.
- OCTAV. ¡Ay, prima míal Hoy lo invade todo la democracia. Tratemos de crear una aristocracia en la democracia misma. Fundemos, si nos es dado la aristocracia del talento, la sola digna de suceder a la aristocracia de la cuna.
- BARONES. ¿La casualidad te dió la una y pretendes conquistar la otra?... ¡Paréceme que es usted algo presuntuosillo! Procura conservar lo que tienes, ¡pobre muchacho! y no abras por ti mismo la puerta a los reformistas.
- BARÓN. (Desde el terrado.) Un carruaje acaba de detenerse delante de la verja.
- MARQ. Serán probablemente nuestros vecinos, los Lavasedens. Es el día que suelen venir. (Un criado entra por la puerta de la izquierda, lleva una tarjeta sobre una bandeja a la Marquesa y vuelve al fondo, a la derecha de la puerta.) El señor y la señorita Moulinet.
- BARONES. ¡Esto es ya demasiado!
- MARQ. ¿Qué nos quieren esas gentes?
- BACH. Señora marquesa, es muy probable que el señor Moulinet y su hija, habiéndose instalado en esta comarca, hayan creído con-

veniente hacer algunas visitas de buena sociedad.

BARONES. Supongo, tía, que no se prestará usted a familiaridad alguna con esos Moulinet.

BARÓN (Con dulzura.) Crec, querida esposa, que tu tía no necesita tus consejos.

MARQ. ¡Embarazosa es esta situación!

CLARA Me parece difícil que les cierre usted sus puertas. Han podido vernos en el terrado desde el carruaje. Decirles sencillamente que usted no recibe, sería corresponder a su proceder, en último caso lleno de atención, con una falta de urbanidad y cortesía. Y ¿sería tal cosa digna de nosotras? Es preciso recibirlos, y, después de sopor-tar su visita, no pasar de ahí.

MARQ. Sí; tienes razón. No hay más remedio que hacer lo que dices. Dí que los recibo.

BARONES. (A Octavio.) Octavio... ¡Ahora va a penetrar aquí la aristocracia de la inteligencia! El señor Moulinet es uno de sus más insignes representantes.

ESCENA X

Dichos, MOULINET; ATENAIDA

CRIADO El señor y la señorita Moulinet.

ATEN. (Con vivacidad, tomando la mano de Clara.) ¡Ah querida mía! ¡Qué feliz soy al volver a verte!

CLARA (Llevando a Atenaida a la Marquesa y presentándosela.) Mi madre...

ATEN. (A la Marquesa.) Inmensa alegría me causa, señora marquesa, el volver a hallarme al lado de la señorita Beaulieu. Desde que la conocí, hace ya algún tiempo (Con sonrisa afectuosa.), ha sido mi regla de conducta imitarla en todo, y creo que difícil me sería encontrar un modelo tan perfecto.

CLARA. (Con tranquilidad.) ¡Imitármel... ¡A mí sólo! Eres demasiado modesta.

BARONES. (¡Sea la primera vez que se le antojase serlo!)

ATEN. (Dirigiéndose a la Baronesa.) ¡También se halla aquí mi querida Sofía! ¡Qué inspiración tan feliz he tenido al dirigirme a esta casa!

MOUL. (Aproximándose.) La señorita de Beaulieu y la señora Baronesa han sido condiscípulas de mi hija en el Sagrado Corazón. Siempre me he felicitado, y hoy más que nunca, de haber querido que mi hija recibiese su educación en este colegio, sin disputa alguna el mejor de París. La que en él se da a sus educandas es de primer orden, y además, allí se adquieren relaciones ventajosísimas.

MARQ. (Sonriendo.) Ya lo veo.

MCUL. En cuanto a mí, señora marquesa, debo decirle que me encuentro emocionado, conmovido al favor que me dispensa usted permitiéndome que le ofrezca mis respetos. Se los debía por más de un concepto, en verdad. Primeramente como recién llegado a esta comarca, donde he adquirido una posesión. (La Marquesa y Bachelin cambian una mirada. Moulinet, prosiguiendo.) Una posesión importante. La Varenne de los Estreilles... Yo no la deseaba, pero mi hija, que es muy inteligente, me hizo comprender que poseyendo una fortuna como la mía, me faltaba adquirir algunas tierras...

ATEN. (Mortificada.) ¡Padre!

MCUL. (En voz baja a su hija.) ¡Déjamel (Alto.) Además, permítame usted que le diga, que por mis opiniones soy liberal, pero que en mi trato con las gentes, sólo comprendo la aristocracia.

MARQ. Crea usted, caballero, que me agrada oírle expresar esos sentimientos con tanta sencillez como franqueza. Son dignos del hombre que, como usted, ha llegado a la posi-

ción que se ha conquistado con su inteligencia.

MOUL. (Con abandono.) ¡Así es como Dio; me ha hecho! Si mi carácter no le disgusta, señora marquesa, creo que podemos congratularnos de nuestra vecindad. ¿Usted conoce, sin duda, toda la extensión de la tierra de la Varenne? ¿Sabe usted que el castillo es histórico? Precisamente mi habitación es aquella en que, según se pretende, durmió el emperador Carlos V. Sí, señora marquesa, ¡me acuesto en un lecho imperial! No digo esto porque yo sea vanidoso.

ATEN. (Cortando la conversación.) Ruego a la señora marquesa que nos enseñe el hermoso terrado del castillo. Me han asegurado que desde él se disfruta una vista sorprendente. (Dirigese al fondo.)

MARQ. (Así corta la charla de su padre.) Con sumo gusto.

MOUL. (Saliendo.) Las vistas que tiene la Varenne son excepcionales, señora marquesa, y si me hace usted el favor de ir a mi casa, podrá entonces comparar.

ESCENA XI

CLARA, ATENAIDA

ATEN. (Deteniendo a Clara en el dintel de la puerta.) ¿Quieres que nos quedemos?

CLARA. ¿Tienes algo que decirme?

ATEN. Sí. No puedes figurarte el placer que experimento al hallarme a solas contigo. Dos años hace que nos separamos, y en todo este tiempo he reflexionado mucho y he visto también mucho. He adquirido alguna experiencia y he modificado mis sentimientos de un modo singular. En otro tiempo, lo recuerdo muy bien, no éramos precisamente lo que se llama unas buenas amigas. Pero...

CLARA

- ATEN. (Jovialmente.) ¡Oh, no digas lo contrario! No te quería. Puedo confesártelo ahora: estaba celosa de ti, y mi sueño era igualarme a ti en todo.
- CLARA ¡Igualarte a mí! ¡Dios mío! ¡A mí, que tan poco valgo! ¡Cuando tú tanto me aventajas! Elegancia, belleza, lujo; todo lo posees.
- ATEN. ¡Todo! ¡Es verdad, excepto un nombre!
- CLARA Pero un nombre, en los tiempos que alcanzamos, se compra. Los hay de todos precios: pequeños, medianos y grandes. En conciencia, si están en la nobleza tus aspiraciones, ofrécete a lo mejor que en ella encuentres. Tus medios te lo permiten.
- ATEN. (Reprimiendo un movimiento de cólera.) En efecto. Precisamente en estos momentos se trata de mi matrimonio.
- CLARA (Con ironía.) Te felicito con la mayor sinceridad.
- ATEN. No son felicitaciones ni cumplidos lo que espero de ti.
- CLARA ¿Qué es entonces lo que quieres?
- ATEN. Un consejo.
- CLARA ¿Un consejo? ¿Sobre qué?
- ATEN. Sobre la elección que voy a hacer ahora.
- CLARA A la verdad que me pones en un apuro. ¿Me pides un consejo sobre los asuntos de familia? Te aseguro que no sabré qué contestarte. ¡Nos conocemos tan poco! ¿No podrías pasarte sin él?...
- ATEN. ¡Es imposible!
- CLARA No te comprendo.
- ATEN. Escúchame con atención. El asunto vale la pena. El casamiento de que se trata, amiga mía, es un gran casamiento, que excede a todas mis esperanzas. Es cuestión para mí de una corona.
- CLARA ¿Real?
- ATEN. (Gravemente.) No. ¡Ducal solamente! ¡Seré duquesa!
- CLARA (Sorprendida.) ¡Duquesa! (Permanece pensativa.)

ATEN. ¿No me preguntas el nombre de mi prometido?

CLARA (Llena de turbación.) ¿Yo?... ¿Con qué objeto?

ATEN. Preciso es que lo sepas y es un deber en mí decírtelo. Se llama el duque de Bligny. (Clara, llena de un dolor vivísimo, se apoya en la mesa para no caer.) El señor de Bligny es pariente tuyo; tu amigo de la infancia. He oído hablar de ciertos proyectos de unión entre vosotros. Deseaba venir a verte para, con toda lealtad, enterarte de lo que pasa y consultarte sobre tan delicado asunto.

CLARA (Con voz ahogada.) ¿Consultarme? ¿Sobre qué?

ATEN. Sobre la verdadera situación del duque respecto a ti. Comprende que si fuera cierto que estabais prometido el uno al otro; podías acusarme de haberte robado tu novio. El duque me ha pedido en matrimonio, pero yo no le amo. Apenas le conozco. Sea él, sea otro cualquiera, ¿qué me importa? ¡Vamos: sé franca! ¿Le amas tú? ¿Mi casamiento con él te ofenderá, te desagradará tan solo? Dí una palabra nada más y te prometo que yo misma le romperé.

CLARA (Con un movimiento de alegría que reprime enseguida.) Te agradezco tus propósitos. Ten la seguridad de que no soy una mujer a quien se abandona y se desdeña. Si el duque estuviese comprometido conmigo, no creo que se casase con otra. ¡No! cuando somos niños, y primos además, es muy frecuente que la familia nos despose, lo cual no pasa de un juego de la edad primera; después crecemos, viene la razón, y las exigencias de la vida trastornan y desbaratan todos esos proyectos... ¿Dices que el duque ha pedido tu mano?... Cástate con él. Lástima sería, ciertamente, que no se realizara esa unión! Sois dignos el uno del otro.

ATEN. ¡Cuán feliz me haces! ¡Me parece un sueño!

¡Yo tu pariente, tu igual, ahora verdaderamente en todo, y duquesa!

CLARA (Con amargura.) Todo lo mereces.

ATEN. Déja que te abrace. (Abraza, a Clara que se retira al contacto de sus labios.) Tienes en mí una amiga leal y sincera.

CLARA Acabas de darme una prueba de ello.

ESCENA XII

Dichas, la BARONESA

BARONES. ¿Qué hacéis aquí las dos hace media hora?

ATEN. Hablando se nos pasó, pero ya hemos conocido. Voy a buscar a mi padre. (Vase por la puerta del fondo.)

ESCENA XIII

CLARA, la BARONESA, después la MARQUESA

CLARA (Sin poder ya comprimirse.) ¡Tú lo sabías! Sabías que iba a casarse. ¿Por qué no me lo has dicho?

BARONES. ¡Clara!

CLARA ¡Abandonada! ¡Vendida! ¡Por ella! Y habéis dejado que lo sepa de sus labios. Así ha podido con toda libertad clavarme el puñal a su gusto! ¿No hay entre todos vosotros quien me quiera? ¿Sois cómplices suyos?

BARONES. ¡Por favor!... Me causas miedo... Vamos, sosiégate, hija mía.

CLARA (Estallando en sollozos.) ¡Y él!... él... ¡Cuán desgraciadada soy!... ¡Desdichada de mí!

MARQ. (Entrando por el fondo, agitada.) ¡Oh Dios mío!... ¡Pobre hija mía! .. ¡Clara!

CLARA ¿Lo sabes ya?...

MARQ. En este momento acaba de decirme su padre lo que pasa.

CLARA ¡Ay, todo ha concluido para mí! Han destrozado mi existencia!... Siempre pesará sobre mi alma este abandono, y si después de la humillación que me espera fuese bastante loca para pensar en casarme, ¿quién querría entonces ofrecerme el nombre de esposo?

MARQ. ¿Quién? Tendrás sobradamente donde elegir. Ahora mismo, aquí, el señor Derblay aceptaría tu mano de rodillas.

CLARA (Suspendiendo sus sollozos.) ¿El señor Derblay?...

MARQ. Sí. Sólo te hablo de él para tranquilizar tu espíritu. ¿Quién podía acercarse a ti sin amarte? ¿Quieres que volvamos a París? ¿Que viajemos? Dispuesta estoy a todo lo que pueda complacerte y consolarte. ¿Qué decides?

CLARA (Con desesperación.) ¿Lo sé yo acaso? Quisiera desaparecer del mundo en un instante; huir de todos y hasta de mí misma. ¡Lo aborrezco todo; todo lo desprecio! ¡Ay! ¿Por qué no concluye mi existencia?

MARQ. ¡Clara!

ESCENA XIV

Dichos, BACHELIN

BACH. (Azorado.) Perdóneme usted, señora marquesa, pero lo que pasa es tan extraordinario... El señor duque de Bligny acaba de llegar; está ahí.

CLARA ¿Cómo? ¡éll! (Se levanta vivamente.)

BACH. A pesar de todo cuanto hemos podido decirle, insiste en verla.

MARQ. Haré que lo arrojen de mi casa como se merece.

CLARA No, madre mía; no debes hacer eso con el duque de Bligny.

MARQ. ¿Cómo?

CLARA (Con energía.) Por nada del mundo quisiera que pudiesen creer que me ha causado sufrimiento alguno su abandono. ¡Todo, menos su compasión! Recíbalo usted. (Con amargura.) Bien se le puede abrir la puerta que no se ha cerrado a la que va a ser su esposa.

MARQ. Pero, hija mía...

CLARA (A Bachelin.) Entretenga usted al duque un momento y ruéguele al señor Derblay que venga. Tengo que hablarle. (Bachelin sale por el fondo, pasando por la derecha del canapé.)

MARQ. ¿El señor Derblay?

CLARA (Con resolución.) Sí, madre mía.

MARQ. Pero... ¿qué vas a hacer?

CLARA ¿No me has dicho que soy libre para disponer de mi vida? Te lo suplico: concédeme que con libertad decida de ella.

ESCENA XV

CLARA, FELIPE, la MARQUESA la BARONESA y BACHELIN

CLARA (A Felipe, que se adelanta, tímido y respetuoso.) Caballero: nuestro antiguo amigo el señor Bachelin ha manifestado a mi madre que usted me hacía el honor de aspirar a mi mano. (Felipe se inclina sin hablar.) Tengo a usted por discreta y cumplida persona, y creo, por lo tanto, que al haber formado tales proyectos sabe usted, como todos les que me rodean, y hace ya tiempo acaso, que el duque de Bligny...

- FELIPE (Con emoción profunda.) Sí, señorita: lo sabía. Esté usted persuadida de que, en este momento, si de mí dependiese asegurar su felicidad, procurando que el duque volviese a su lado, no vacilaría en hacerlo, aun costa de mi vida.
- CLARA Le agradezco su desinterés, pero todo lazo entre el duque y mi persona se ha roto para siempre, y la prueba más cierta que puedo darle de que así es, está en que, si usted conserva los mismos sentimientos, pronta estoy a darle mi mano.
- FELIPE ¡Señorita!... (Toma la mano de Clara y se inclina con adoración.) ¡Oh! ¡Me hace usted el hombre más feliz del mundo! (Se oye la voz de Moulinet, que habla con el duque.)
- BACH. (En el fondo.) ¡El duque!
- CLARA (Advirtiendo que Felipe duda sobre lo que debe hacer.) Quédese usted.

ESCENA XVI

Dichos, BACHELIN, el DUQUE, después MOULINET

- DUQUE (Muy conmovido.) Señora marquesa... Clara... Ya ven ustedes mi turbación... mi disgusto... mi sentimiento. No bien he llegado a la Varenne, he sabido el incalificable paso...
- MOUL. Pero, señor duque...
- DUQUE (Con altanería.) ¡Indigno proceder, en el cual, quiero declararlo muy alto, ¡no soy cómplice en manera alguna!... He podido cometer censurables faltas, obrar con ligereza, con ingratitud, pero autorizar tan ultrajante conducta con mis allegados, con mi familia, no; eso nunca. Juro por mi honor que jamás hubiera hecho tal cosa!

MOUL. Una simple visita de pura atención... No comprendo...

DUQUE No lo comprende usted. El que así es, en efecto, le disculpa tan sólo.

MOUL. Si cometí alguna indiscreción, alguna falta, querido yerno, le suplico me la dé a conocer. Dispuesto estoy a repararla.

DUQUE (Con despego.) Basta, caballero... (A la Marquesa.) Debo dar a usted explicaciones... Permíteme, Clara, que te las dé... No saldré de aquí sin que me hayáis perdonado.

CLARA (Adelantándose con fingida tranquilidad.) No nos debes explicación alguna, ni necesitas nuestro perdón. ¿No vas a casarte? Derecho tienes a hacerlo. ¿No eres libre con yo?

DUQUE (Estupefacto.) ¡Clara!

CLARA La que va a ser tu esposa ha venido a anunciarme nueva tan fausta. Ha hecho muy bien, y yo, a mi vez, no quiero ser menos que ella. Señor Derblay. (Aproxímase Felipe.) Es preciso, señores, que os presente. (A Felipe.) El señor duque de Bligny, mi primo, (Al Duque.) El señor Derblay, mi futuro esposo.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Salón pequeño que precede a la cámara nupcial. Puerta a derecha e izquierda. En primer término, a la derecha, otra puerta. Chimenea en el fondo. Una ventana en primer término, a la izquierda. A los lados de la chimenea, canapés pequeños. Delante del de la derecha, en primer término, una silla: lo mismo delante del otro. Entre los dos canapés, un pouf.

ESCENA PRIMERA

BRÍGIDA, SUSANA, entrando

Al levantarse el telón, Brígida, arrodillada delante de la chimenea, aviva el fuego.

BRÍG. ¿Cómo, señorita Susana? ¿Está usted ya de vuelta de la iglesia? ¿Los han casado ya?

SUSA. Ya ha terminado la ceremonia. He dejado a los demás con el señor cura para venir a dar mi última mano a todo. Tenemos una nueva señora en casa, Brígida. Es necesario que en ella todo lo encuentre agradable.

BRÍG. ¡Válgame Dios! ¿Y cómo no ha de agradarle todo desde el momento que en ella viva con nuestro Felipe? Además, si el pájaro es lindo, la jaula también es preciosa.

SUSA. Apenas es lo bastante.

BRÍG. Se me ha dicho que nuestra futura señora tiene algunas rarezas. ¡Hum! Esa idea que

ha tenido de casarse de noche, de madrugada, como a hurtadillas...

SUSA. Así parece que se hace ahora en el gran mundo. ¿Pero no ves ese fuego...

BRÍG. A eso iba. ¡El señor Felipe casado!... ¡Cuando pienso, señorita, que dentro de un año o dos, será por usted por quien tengamos igual trastorno en la casa!...

SUSA. (Ruborizándose.) No hay que hablar de eso, Brígida, afortunadamente.

BRÍG. ¿Afortunadamente? Dígame usted, señorita: ¿quién es ese gallardo mancebo que daba a usted el brazo cuando salió antes y que tan obsequioso se mostraba con usted?

SUSA. El señor Octavio de Beaulieu... el hermano de Clara de Beaulieu.

BRÍG. (Jovialmente.) ¡Jen! ¡jen! Se me figura que a ese joven ha de agraderle aspirar el aroma de las flores de azahar.

SUSA. (Volviendo el rostro.) ¡Vamos, querida Brígida, no sabes lo que te dices!

BRÍG. Un carruaje entra en el patio. (Va corriendo a la puerta.)

SUSA. ¿Serán ya nuestros convidados que vuelven?

BRÍG. Sí... ¡Ah! veo a su galante y obsequioso caballero. ¡Poco ha tardado en alcanzarla!

ESCENA II

Dichas, OCTAVIO

BRÍG. Pase usted, señor, pase usted. Sea usted muy bien venido. (Vase.)

SUSA. Dispense usted la familiaridad de Brígida, señor marqués.

OCTAV. ¿Quiere usted dispensarme un favor?

SUSA. ¿Cuál?

OCTAV. No me llame usted solemnemente señor marqués, como acostumbra hacerlo, y trátete usted como a un buen amigo.

SUSA. Corriente: me comprometo a ello.

ESCENA III

Dichos, BARONESA, BARÓN, MOULINET

BARONES. (Entrando con precipitación.) ¿Hay fuego aquí? ¡Qué felicidad! ¡Ay, amigos míos, estoy completamente helada!

MOUL. (En el dintel de la puerta.) ¿Si no soy indiscreto?

BARÓN Pase usted, señor Moulinet.

MOUL. Mi hija queda abajo con los novios, yo no sé por dónde anda el duque de Bligny.

BARONES. ¡Oh, no tenga usted cuidado! Ya le encontrará usted.

MOUL. Sin usted, señor barón, que es mi providencia, no hubiera sabido con quién hablar, ofreciendo el aspecto de un intruso. (Se dirige a la Baronesa, con quien habla. Siéntase en el pouf, delante de la chimenea.)

OCTAV. (Ap. al Barón.) Parece que te llevas muy bien con el futuro papá-suegro.

BARÓN Ese hombre me adora; no acierta a separarse de mí... No deja de ser astuto, obsérvalo, con su aire de simple.

OCTAV. Prueba lo que dices el hallarse ahora aquí.

BARÓN Como también el duque.

OCTAV. Se dudó sobre si era conveniente o no invitarles. El mismo señor Derblay es quien ha insistido en que se hiciera.

BARONES. ¡Ese sí que es un hombre de talento!... En cuanto a Moulinet... ¿tú no sabes los proyectos que acaricia al instalarse en esta comarca?

OCTAV. ¿Cuáles son?

BARÓN Espera: los vas a oír... (Dirigiéndose a Moulinet.) Moulinet: ¿es cierto que va usted a fundar un periódico en este distrito?

MOUL. (Volviéndose.) ¡Ah! señor barón... *La Francia del Jura*... sí, es muy cierto. Parecíame que era un deber mío consagrar una parte de mi fortuna a ilustrar a mis ciudadanos.

- BARÓN (Ap. y alto.) Lo cual podrá ser la base de una candidatura, ¿no es eso?
- MOUL. ¡Ah, señor barón!... ¡Qué diantrel ¡Tal vez!
- BARÓN ¿Qué línea de conducta va V. a seguir en su periódico?
- MOUL. La cosa es muy delicada... Yo soy un hombre muy conciliador... No quiero descomponerme con nadie.
- BARÓN Y que todos le apoyen.
- MOUL. Justamente: eso mismo. He decidido por fin que en *La Francia del Jura* no dominen opiniones marcadas, sino así, un término medio... entre la izquierda y la derecha.
- BARÓN Vamos... una cosa así como la música de *La Marsellesa* adaptada a la letra de *La reina Hortensia*. ¡No me parece mal!
- MOUL. En mi opinión, es lo práctico. Entre los partidos extremos hay una masa, una muchedumbre tímida que no sabe lo que quiere, la cual es preciso que uno se agrupe a su alrededor. Hay necesidad, pues, de dirigirla, enseñarla...
- BARÓN ¡Muy bien pensadol ¿Hace usted un llamamiento a todos los imbeciles? Tendrá usted mayoría.
- MOUL. (Riendo.) Así lo espero. (Viendo entrar al Duque.) ¡Ah! Aquí tenemos al duque.

ESCENA IV

Dichos, el DUQUE

Susana, el Barón y Octavio se hallan agrupados cerca de la chimenea.

OCTAV. ¿Vienes del salón, duque? ¿Han llegado todos ya?

DUQUE Hace un momento.

SUSA. Voy en busca de mi hermano.

OCTAV. La acompaño a usted. (Salen por la puerta del proscenio de la derecha.)

BARONES. ¡Qué gallardos son ambos!

ESCENA V

La BARONESA, MOULINET, el BARON, el DUQUE

DUQUE Me hallaba allá abajo con toda la familia: comenzaron a felicitarse con prodigalidad de abrazos. He creído que era ya demasiado esto y por salones y galerías he llegado hasta aquí.

BARONES. ¿Y sabe usted dónde se encuentra?

DUQUE En el salón que precede a la cámara nupcial.

BARONES. ¡Qué aspecto tan melancólico el de usted, Bligny!

DUQUE Es que pienso que dentro de poco he de encontrarme tan aburrido como esos nuevos esposos deben estarlo hoy mismo.

MOUL. (Ofendido.) ¡Señor duque!...

BARÓN A fe mía. Oiga usted: recuerdo perfectamente que el día que me casé me pareció el más desagradable, y...

BARONES. (Al Barón.) ¡Muchas gracias!...

MOUL. (Al barón, afectando finura.) El señor barón ha dicho el día más... (Riendo.) Allá en mis tiempos se decía ¡el día más hermoso de la existencia! Verdad es que entonces se casaban las gentes rebosando júbilo, en tanto que ahora se desposan de madrugada en una iglesia donde reina un silencio sepulcral, donde el frío cae sobre nuestras espaldas como una capa de plomo. ¡No comprendo los matrimonios hechos de esa manera! Así, yo, dentro de tres semanas, llevaré a mi hija al altar, y la ceremonia se celebrará en la Magdalena con toda pompa. He encargado una misa con música... todo ha de ser lo más costoso posible...

Habr  coros de voces y solos también. En fin, melodías y cantos ejecutados por los artistas de la Opera; todo lo mejor que haya. En la iglesia, flores por todas partes... Hileras de arbustos y tapices de Aubusson en el pórtico. Además, le hará a usted observar una cosa, sin pretender ofender a nadie. No se ha dispuesto para los asistentes a esta boda ni la más ligera cena.

DUQUE

(Severamente.)  Se or Moulinet!

MOUL.

Nosotros, los burgueses, llamamos a esto una boda a secas. En el matrimonio de usted habr  un banquete espléndido. Ya ver  usted. Cien cubiertos de a ochenta francos por cabeza. Cuando se termine, no tendremos, como ahora, el estómago en los talones.

DUQUE

Señor Moulinet, habla usted demasiado. Por nuestro interés y el de todos, sea usted algo menos expansivo, se lo ruego.

MOUL.

 Pero, yerno mío!

DUQUE

(Secamente.) Tenga usted en cuenta que aún no soy su yerno.

MOUL.

Cuando media la palabra...

DUQUE

Aunque así sea, no me d  usted ese nombre, y si es posible, mejor será que no me llamase usted de manera alguna.

MOUL.

(Ofendido.)  Se or duque!... ( Para esto se han hecho las revoluciones!  Jam s sere-
mos los iguales de estas gentes!)

ESCENA VI

Dichos, ATENAIDA, la MARQUESA, OCTAVIO, BACHELIN,
CLARA y SUSANA

ATEN.

 nuncio a ustedes a la desposada. (Dir gese a Moulinet, que estar  a la derecha del proscenio.) Nos iremos en seguida.

MOUL.

Voy a dar mis  rdenes.

(Clara, en traje de desposada, con el velo en la frente,

entra del brazo de su hermano, seguida de Susana, la Marquesa y Bachelin.)

BARÓN. ¿Dónde está el señor Derblay?
OCTAV. Acomoda a nuestros amigos en los carruajes.

(Bachelin se dirige a la derecha del proscenio.)

MARQ. (A Clara.) ¿Cómo te encuentras, hija mía?

CLARA. Muy bien. (Siéntase en un sillón y Susana le quita el velo y la corona.)

MARQ. (Dirigiéndose a Bachelin.) ¿Ha cumplido usted mi encargo?

BACH. Si, señora marquesa. Siguiendo sus instrucciones, he dicho al señor Derblay que, terminada ya la ceremonia del casamiento, le parecía a usted justo que diese a conocer a la señora Derblay su verdadera situación de fortuna y la enterase a la vez de su ruina y el desinterés de su marido. Pero debo decirle que he encontrado en el señor Derblay una gran oposición a que se haga declaración semejante. No quiere que su esposa, al poner el pie en su casa, pueda imaginarse que entra en modo alguno humillada. Me ha aconsejado, por lo tanto, que ruegue a usted renuncie a su proyecto.

MARQ. En cualquier circunstancia es digno de mi admiración ese hombre, se lo confieso. Tiene una no vulgar elevación de miras y una firmeza de carácter sorprendente. Es, en verdad, un hombre extraordinario.

BACH. Eso mismo es lo que tuve el honor de decir a usted, señora marquesa, cuando le hablé por vez primera de él.

DUQUE. (Aproximándose a Clara.) Clara, sé buena: dime que me perdonas.

CLARA. (Mirando al Duque con altivez.) Todo lo he olvidado. Amo a mi marido.

DUQUE. (Sonriendo.) Deseo que, al hablar así, seas sincera.

CLARA. Adiós, duque...

DUQUE. Hasta la vista, Clara.

- BARÓN ¿Se marcha usted, duque?
- DUQUE (Con ligereza.) Sí, me marchó. Ya nada hay que hacer aquí.
- BARÓN ¡Vamos, no me parece que se halla usted exento de alguna amargura! Al ver a Clara casada, confiese usted que siente verdadera pena.
- DUQUE ¿Pena? ¿Soy yo quien la tengo?
- BARÓN Querido mío, su respuesta es pretenciosa. Pero ya que usted se cree vencedor de esa manera, fije su mirada en el señor Derblay. Dígame usted: ¿tiene el aspecto de un marido condescendiente?
- DUQUE (Con zumba.) ¡Bah! Desde Vulcano, los herreros no han tenido muy buena suerte.
- BARÓN (Con gravedad.) No obstante, créame, guárdese usted de un martillazo.
- DUQUE (Se encoge de hombros sin responder, y se dirige a Moulinet, que se coloca a su izquierda.) Nos iremos, si usted quiere.
- MOUL. No seré yo quien le detenga. ¡Qué recepción! Creí que encontraríamos aquí toda la aristocracia de la provincia. ¿Y a quién ve usted? ¡A nadie!
- ATEN. (A Clara.) Nada te queda ya que desear... amas... eres amada... Prométeme que pensarás en mí en tus alegrías y en tus tristezas. Hazlo siempre. Cuenta con que tomaré parte en unas y otras.
- CLARA Ten la seguridad de que aprecio la amistad de que me hablas en su justo valor. Pero, ¡qué quieres! la felicidad no busca confidente alguno. Seré feliz sin decirlo.
- ATEN. (Sonriendo.) Hasta luego. (¡Indomable!)
- CLARA (Trémula de emoción.) (¡No me verán llorar!)
- (Atenaida da el brazo a su padre y sale seguida del duque.)
- MARQ. (Acercándose a Clara.) ¡Vamos, querida hija!... Preciso es que nos separemos... Mi misión de madre ha terminado. Vas a ser la dueña de tu existencia. ¿No he procurado, es

cierto, todo lo que de mi dependía para hacerte dichosa?

CLARA (Haciendo un esfuerzo.) Sí, querida madre... No tengo inquietud ni desasosiego alguno. (Con voz ahogada.) No me enternezca usted... Podrían figurarse... Re tírese usted ya... Hasta mañana. (Abraza a su madre. Después que la Marquesa ha salido con Octavio.) ¡Yo me ahogo!

SUSA. (Aproximándose a Clara.) Hermana mía, se cree en esta comarca que la flor desprendida de la corona nupcial de la joven a quien se ama lleva la felicidad consigo. La amo a usted con ternura. ¿Me permite usted tomar una de esas flores.

CLARA (Con amargura.) Si esas flores llevan así la felicidad, tómelas usted.

SUSA. Buenas noches, señora.

BARONES. Buenas noches, hija mía. (Vase Susana. La Baronesa cierra la puerta.)

ESCENA VII

La BARONESA, CLARA

BARONES. ¿Pero en qué piensas? Dime, ¿qué tienes? Respóndeme.

CLARA (Sin contener ya la explosión de su sentimiento.) ¿Pero no ves cuánto sufro? ¿No comprendes que voy a volverme loca? Dentro de un momento todos los que me amáis os marcharéis. Y yo me quedaré sola en esta vieja vivienda, para mí desconocida. Todo cuanto al mundo me ligaba se rompe; todo cuanto podía atraerme al porvenir, ha desaparecido.

BARONES. ¿No tendrás siempre nuestro antiguo cariño? ¿No vas a tener otro nuevo, otro afecto, sincero y apasionado? Tu marido está ahí; te adora. Ten confianza.

CLARA ¡Ay, si tú supieras lo que pasa por mí en

este instante! Este casamiento que, a pesar de todo, he querido, dominada de la cólera del orgullo sublevado y ofendido, ahora que cumplido se halla me causa horror. ¡Quisiera huir de ese hombre que ya es mi esposo! ¡Quédate! No te separes de mí, estate conmigo. No se atreverá a venir mientras que estés a mi lado.

BARONES. ¡Dios mío! ¡Me causas miedo! Acaso tu madre no se habrá ido aún. ¿Quieres que la llame?

CLARA (Vivamente.) ¡A ella es a quien quiero sobre todo ocultar lo que me pasa! Preciso es que ignore mis sufrimientos y nunca sepa mi desesperación. Cuanto se ha hecho ha sido por mi voluntad, porque yo lo he querido. Yo sola, pues, debo sufrir el castigo de todo. Mi debilidad es mi excusa. Tranquilízate. Seré ya fuerte contra ella.

BARONES. Sin embargo...

CLARA (Con firmeza.) Ve a reunirme con tu marido sin pensar ya en esto. Olvida cuanto acaba de pasar cuando traspongas el umbral de esa puerta. ¿Me lo prometes?

BARONES. Te lo prometo... Hasta mañana.

CLARA Hasta mañana...

BARONES. (Deteniéndose en la puerta.) ¡Pobre Clara!...
(Vase.)

ESCENA VIII

CLARA sola

¡Ay! ¡Todo ha concluído para mí! Desvaneciéronse todas mis ilusiones. Veo la terrible verdad. No me pertenezco, no... Debo vivir unida a un hombre que vendrá reclamando sus derechos y que puede decirme... ¡Quién, a mí, hasta hoy siempre en completa libertad; siempre obedecida! (Con desesperación.) ¡Ah! ¿No valdría más desapa-

recer del mundo?... ¡Dios mío! (Se dirige a la ventana, como si le faltara el aliento, y la abre.) ¡Qué en calma se muestran esas aguas brillantes!... En ellas extasían el reposo, el olvido... (Cierra bruscamente la ventana.) ¡No! Eso sería odioso y degradante escándalo... Mi vida entregada a la frívola curiosidad... ¡Todo antes que eso!... ¡Oh!, cuán miserable y vil el que me hizo traición!... ¡Más vil y miserable aún quien me ha aceptado por esposa!... (Escucha con angustia) Oigo pasos... ¡Es él!

ESCENA IX

CLARA, FELIPE

FELIPE

(Permaneciendo alejado, con timidez.) ¿Me permites que me acerque a ti? Por vez primera estamos solos, ¡y tengo para ti tantas cosas en el corazón! Hasta ahora no me he atrevido a hablar... Hubiera expresado mal mis sentimientos... Mi vida entera ha pasado en el trabajo... Así, te suplico que seas indulgente... Lo que siento, puedes creerlo, vale más que lo que los labios te dicen... Más de una vez me has visto acercarme a ti, balbucear algunas palabras y después guardar silencio. Miedo me daba parecerte, en presencia tuya, demasiado audaz o demasiado tímido, y este temor me paralizaba al punto. Limitábame entonces a oírte, y tu voz era dulce para mí como canto armonioso de los cielos. Me abismaba en mi contemplación a tu persona y todo lo olvidaba para seguirte con la vista cuando te dirigías al terrado envuelta en un rayo de sol. Así tu ser ha penetrado profundamente en el mío y así te he adorado. Has llegado a ser mi pensamiento único, mi esperanza, mi vida...

Juzga de la embriaguez de que estaré poseído ahora que te tengo a mi lado y mía para siempre. (Toma la mano de Clara.)

CLARA (Con un brusco movimiento, retirándole la mano.) ¡Por favor, caballero!...

FELIPE (Con asombro.) ¿Qué tienes? ¿Soy tan desgraciado que puedan ofenderte mis palabras?

CLARA (Con dulzura.) No me las diga usted ahora. Ya usted lo ve. ¡Es tanta mi turbación!

FELIPE Verdad es. Estás pálida, temblorosa... ¿Soy yo la causa de ello?

CLARA (Después de una pausa, en voz baja.) Sí.

FELIPE Tranquilízate te lo suplico. ¿No conoces que mi solo afán es no desagradarte? ¿Qué quieres que haga? Dímelo... Todo me será fácil. ¡Te amo tanto!

CLARA (Con triste sonrisa.) Si es que tanto me ama usted... entonces, sea usted bueno, y...

FELIPE (Con dulzura.) ¿Por qué no acabas de expresar todo tu pensamiento? ¿Deseas que te deje? ¿Te agrada someterme a esta prueba? A ella me resignaré si es tu deseo.

CLARA Pues bien, sí; mucho se lo agradeceré. Las emociones de este día me han hecho daño. Tengo necesidad de algún sosiego y el descanso me es preciso. Ya le explicaré mañana, más tarde, cuando esté más en posesión de mis ideas y más segura de mi misma.

FELIPE (Afectuosamente.) ¿Qué me dirás mañana o más tarde que no pueda oír ahora? ¿Mi vida y la tuya no son inseparables para siempre? Nuestro camino está trazado. A ti te toca ser confiada y sincera y a mi obsequioso y complaciente. Pronto estoy, por mi parte, a cumplir con este deber. ¿Harás tú lo mismo?

CLARA (Con embarazo.) Permítame usted que le diga que la confianza no se gana en un momento. Sólo hace dos horas que estoy casada.

Mi vida ¡ay! data de más lejos. ¡Esta vida fué muy feliz! Tenía derecho para pensa, en voz alta y era libre para callarme también. Jamás me vi obligada a mentir. Mis penas—porque las he tenido, V. lo sabe—se adivinaban. Se comprende que su recuerdo no puede borrarse instantáneamente. He sido muy mimada. Nunca se me pedía una sonrisa cuando tenía la tristeza en el corazón. Si es preciso que me resigne a disimular en presencia de usted, déjeme tiempo para habituarme a esta violencia que he de imponer a mi carácter.

FELIPE

(Con viveza.) No añadas una palabra más; te lo suplico. ¡Me haces una ofensa!... Nunca has de tener, sábelo bien, un amigo más tierno y desinteresado que yo. Al casarme contigo he tomado parte en tus penas y pretendo hacértelas olvidar. Si el pasado te atormenta, espéralo todo del porvenir. ¡Lejos de mí el pensamiento de imponerte mi amor! Lo que te pido es que me dejes probar si a fuerza de atenciones y de ternura llego a conquistar tu cariño. Esta es toda mi ambición. Puesto que tienes necesidad de reposo y soledad ahora, quédate libre y tranquila como ayer estabas. Yo me retiro. ¿Es esto, lo que deseas? Cúmplase, pues, tu voluntad. (Felipe se aproxima a Clara y va dulcemente a abrazarla.) ¡Hasta mañana!... (Después, a pesar suyo, al aspirar el perfume de los cabellos, le vuelve el rostro y la estrecha en sus brazos.) ¡Si supieses cuánto te amo!

CLARA

(Rechazándole con cólera.) ¡Déjeme usted!

FELIPE

(Permaneciendo un instante estupefacto.) ¡Clara!...

CLARA

(Con energía, retrocediendo.) ¡No se acerque usted a mí!

FELIPE.

¿Me rechazas con violencia, con horror? ¿Qué pasa por ti? (Arrimándose.) Eso no es sólo el sobresalto del pudor... Es la repulsión más bien. Acuden a mi memoria tus palabras de hace un momento; resuenan

en mi alma y temo comprenderlas ahora. Después de la decepción que has sufrido, queda en tu corazón algo más que la amargura; queda tal vez el arrepentimiento.

CLARA (Con sordo acento.) ¡Caballero!.. (Quiere alejarse.)
FELIPE (Poniéndose a su paso y deteniéndola con autoridad.)

¡Oh! Debe usted oirme, señora. Ha llegado el momento de las francas explicaciones... Me infunde usted con su actitud sospechas que es necesario que me aclare. Una mujer no rechaza a su marido sin motivo alguno. Para tratarme del modo que lo hace, es preciso que...

CLARA (Volviéndose a Felipe y mirándole con altanería.)
¿Qué es preciso?...

FELIPE (Clavando en ella una profunda mirada.) ¿Ama usted todavía a ese hombre que tan villanamente la ha abandonado? (Clara permanece inmóvil y silenciosa.) ¿Me ha oído usted?... Respóndame... ¡Es preciso! (La coge por un brazo y la conduce violentamente al proscenio.) ¡Lo quiero!

CLARA (Con cólera, tomando una resolución.) ¡Y bien! Aunque así fuere...

FELIPE (Levantando los puños como para descargarlos sobre Clara.) ¡Desdichada! (Retrocede con estupor.) ¡Vamos!... ¡Esto no es posible!... Quisiste ponerme a prueba... ¡Eso es! ¿No es eso? Es un juego demasiado cruel; te lo aseguro... (Casi suplicante, extendiendo sus manos.) ¡Háblame! Dime algo. (Con voz angustiada.) ¿Te callas? (La ve inmóvil e indómita con reconcentrada ira.) ¿Pero, es esto verdad? (Da algunos pasos, se pasa la mano por la frente y vuelve hacia ella.) ¿Conque, es decir, que teniendo en el corazón sólo la imagen de otro hombre, ha consentido usted en casarse conmigo? ¿Y ha colocado usted, sin turbarse, su mano en la mía? ¿Hasta qué grado de depravación moral ha descendido usted?

CLARA (Con desesperación.) ¡Ay! ¿No ha comprendido usted que hace quince días que estoy

loca? ¿No comprende que me hallo dentro un círculo del que no puedo salir? He sido arrastrada a lo que he hecho por una fatalidad irresistible. Debo parecerle una criatura miserable. Nunca me juzgará tan severamente como yo me juzgo. He merecido su cólera y su menosprecio. ¡Tome usted de mí todo, menos a mí misma!... Mi fortuna es de usted: se la abandono. Sea ella el rescate de mi libertad.

FELIPE (En el colmo de la ira.) ¡Su fortuna! Usted me la ofrece... a mí... (Fríamente.) ¡Se equivoca usted, señora! Usted cree, sin duda, que trata aún con el duque de Bligny.

CLARA (Sublevándose en su orgullo.) ¡Caballero!... (Se calla.)

FELIPE (Con amargura.) ¿Por qué se detiene usted? Prosiga... ¡Defiéndale! Es lo menos que puede hacer por él. (Con risa.) ¡Ah! ¡Todo lo veo ahora claro! Usted ha querido tomar por esposo a un hombre que estuviese bajo su dependencia... Una unión conmigo era desigual, desproporcionada; pero mi docilidad debía compensar la humildad de mi origen. Si por acaso pretendiera rebelarme y hacer valer mis derechos, se tenía con qué cerrarme la boca... ¡un saco de escudos!... ¡Y yo tan ciego que no he visto el lazo!... ¡Que nada llegase a sospechar de tan abominable intriga, y que haya acudido ahora palpitante, tembloroso, a hacerle aquí mi declaración de amor! ¿No he sido más que un insensato; más que un ser ridículo y grotesco?... No he demostrado que era tan innoble como cínico? Porque, en último resultado, poseo la fortuna de usted, ¿no es cierto? Pagado estoy: no tengo derecho alguno a reclamar nada. (Felipe estalla en una risa convulsiva y terrible que termina en sollozos; se deja caer en el canapé de la derecha y oculta el rostro entre la manos.)

CLARA (Con estupor.) ¡Caballero!...

FELIPE (Sollozando.) ¡Usted ha venido a destruir en un instante toda mi felicidad... Las lágrimas, señora, acuden a mis ojos, sí. (Levantándose.) Pero basta de debilidad. Usted quiere comprarme su libertad, ahora. ¡Yo se la doy por nada! Tenga la seguridad que nunca la turbaré. Queda roto todo lazo entre nosotros. Sin embargo, una separación pública causaría un escándalo que no merezco sufrir y que le ruego me evite. Viviremos juntos, pero el uno sin el otro. Pero como no quiero que haya engaño alguno entre ambos, ni de usted para mí, escuche usted lo que voy a decirle. Algún día sabrá usted, podrá apreciar que ha sido en esta ocasión, más que cruel, injusta. Quizá entonces tenga el pensamiento de arrepentirse de lo que hizo. Desde ahora le declaro que será inútil. La vería arrastrándose a mis pies, implorándome perdón, sin que lograra obtener de mí una palabra compasiva. Adiós, señora. Esta es su habitación. Esa otra la mía. Desde hoy no existe usted para mí.

(Clara inclina la frente y sin decir una palabra atraviesa con lentitud el salón, dirigiéndose hacia su estancia, Felipe la sigue aún furtivamente con la vista esperando que vuelva a él, en un instante de arrepentimiento. Entra al fin. Ciérrase la puerta.)

ESCENA X

FELIPE solo

Con dolor.) ¡Ay!... ¡Ni una palabra!... ¡Ni una mirada sola!... ¡No haya piedad ni arrepentimiento!... (Con cólera.) ¡Ah! ¡Criatura orgullosa a quien no puedo doblegar. Te adoro, sí, pero te destrozaré, quebrantando tu soberbia!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Salón en Pont-Avesnes, residencia de Felipe. En el fondo una gran entrada que da paso á un terrado. Vese a lo lejos el parque. Muebles del tiempo de Luis XIV, de madera dorada y tapicería de Aubusson. En primer término, a la izquierda, una ventana con cortinaje; en el primero también, a la derecha, una puerta; en segundo término, tanto a derecha como a izquierda, una puerta simulada. En último término, a cada lado, una consola; sobre éstas, un espejo. Sobre cada consola un jarrón de China, que contendrá un gran ramo de rosas. En primer término a la izquierda, una silla; en segundo, al mismo lado, un canapé y una silla delante. En primer término, a la derecha, dos sillones, frente al público. A cada lado de la entrada, una silla y un sillón.

ESCENA PRIMERA

CLARA, BARONESA, BARÓN, FELIPE, DUQUESA, MOULINET, SUSANA, OCTAVIO, DUQUE, BACHIELIN, PONTAE, el PREFECTO, el GENERAL

Al levantarse el telón todos los concurrentes se hallan agrupados oyendo a Moulinet, que habla en medio y delante de todos.

Todos
MOUL.

¡Bravo! ¡Bravo, señor Moulinet!
Y terminaré, señora, deseándole, en esta ocasión que celebramos el día de Santa

Clara, que continúe una felicidad que es a la vez una recriminación para los célibes y una lección para los casados.

TODOS (Levantándose.) ¡Bravo!... ¡Bravo!

ATEN. ¿Has concluido, papá? ¡Tu improvisación ha sido encantadora!

MOUL. (Bastantes vueltas le he dado, por cierto, todita la tarde de ayer.)

BACH. (Aproximándose a Clara.) Es una verdadera satisfacción y alegría para todos sus amigos, después de las inquietudes que han pasado por su cara salud, verla ya restablecida del todo.

CLARA Mucho les agradezco su interés, querido amigo. (Se dirige al terrado.)

BARÓN (A Bachelin.) ¡Usted por acá, querido Bachelin! ¡Llega aquí como caído de las nubes! Ayer llegué a Beaulieu. No esperaba desayunarme esta mañana en casa del señor Derblay con Bligny, Moulinet y compañía. ¿Se les recibe aquí, pues?

BACH. ¿Qué quiere usted, señor barón? Hay exigencias sociales a las que no es posible sustraerse. Cuando se efectuó el casamiento siguieron manteniéndose, en la apariencia, las buenas relaciones. Al regresar, pasado el invierno, el señor Moulinet a la Varenne, se presentó aquí: no se ha podido cerrarle la puerta.

BARÓN Y con él se han introducido en la casa el duque y su esposa.

BACH. Justamente.

BARÓN ¿Vienen mucho por acá?

BACH. Demasiado.

BARÓN ¡Oh! ¿Y ha notado usted?...

BACH. ¡Yo! ¡Nada! Veo muy poco, a pesar de las gafas que uso... (Atenaida ríe a carcajadas.) Muy alegre está la duquesa, por lo visto... Todo lo trastorna esta mujer... Confieso que soy un viejo maniático y me mortifica alterar mis costumbres.

BARÓN ¡Nada bueno presagio de todo esto!

- ATEN. (Del brazo del General.) Si, general, todos los lunes bailamos en la Varenne... Si el corazón le dice a usted...
- GEN. Señora duquesa, no se han hecho esos placeres para mí; pero le llevaré a usted a mis oficiales jóvenes.
- ATEN. (Con jovialidad.) Perfectamente, general. Y sí usted quiere, hasta la misma música militar... de algun regimiento... Señor de Pontae, me ha prometido usted presentarme a la señora de Lavardens, su hermana.
- PONT. Cuando usted guste, duquesa.
- ATEN. Pues bien. Tengo ya ese gusto. (Se retira al fondo con el General.)
- PREF. (Siguiendo con la vista a Atenaida.) ¡Encantadora mujer!
- MOUL. (Complacido,) Mi hija, señor prefecto.
- PREF. (Saludando.) Caballero...
- BARÓN (Al Prefecto.) El señor Moulinet, antiguo juez del Tribunal de Comercio y uno de nuestros primeros industriales.
- PREF. (Con tono solemne.) ¡Ah, caballero! merece usted mi admiración. Sus productos a módico precio han hecho una revolución en la alimentación popular... Gracias a usted, el chocolate, género reservado exclusivamente a la clase privilegiada, ha penetrado en la clase obrera.
- BARÓN ¡Pues! El chocolate democrático.
- MOUL. Y no he de parar ahí, señor Prefecto. Me propongo que llegue a salir casi de balde.
- BACH. (Al Barón.) Y sobre todo obligatorio. (El Barón se dirige a Clara y Susana y se detiene ante ellas.)
- MOUL. ¡A fe que acabo de hacer lo que se llama un buen conocimiento!... (Al Barón y Bachelin.) ¡Qué reunión es esta tan encantadora! ¡Qué metamorfosis se ha efectuado aquí en el espacio de seis meses! Todo respira bienestar, todo sonríe: se presiente que la alegría reina en esta casa.

- BARÓN Usted mismo, señor Moulinet, usted mismo está deslumbrante.
- MOUL. Verdad es, señor barón; este lujo, estas fiestas me encantan. Me juzgo en mi verdadero elemento... Yo nací para la vida de la alta sociedad. Mis gustos protestan contra la injusticia de mi origen.
- BARÓN Sus simpáticas maneras, su amable trato, lo han hecho olvidar desde ha tiempo... (Se reúne con Susana y con ella se dirige al terrado).
- MOUL. (A Bachelin.) ¡Qué hombre tan excelente es este barón! ¡Un yerno como este es el que me hubiera convenido!
- DUQUE (En voz baja a Clara.) Clara, ¿por qué advierto en ti ese aire de tristeza? Un día como este debe ser para ti de alegría y de ventura.
- CLARA No estoy triste. Y aunque así fuera, ¿qué te importa?
- DUQUE Cuanto a ti se refiere no puede serme indiferente.
- ATEN. (A Felipe, que viene al proscenio de su brazo.) Tiene usted una manera de explicar las cosas, que sólo a usted pertenece. (Síguelos Clara con mirada inquieta.)
- BARONES. (A Clara.) ¿Qué tienes?
- CLARA Nada.
- BARONES. (¡Aquí hay algo!)

ESCENA II

Dichos, SUSANA

- SUSA. (Entrando apresurada.) ¡Felipe!
- FELIPE ¿Qué ocurre, hija mía?
- SUSA. Una comisión de obreros, en número de tres, pide permiso para entrar.
- PREF. Una demostración popular en pequeña escala, es de un efecto admirable.
- BARÓN ¿A qué pide este buen señor que se cante *La Marsellesa*?

ESCENA III

Dichos, GOBERT, dos obreros

Gobert trae un gran ramo de flores.

FELIPE ¡Ah! ¿Es usted Gobert?... Acérquese aquí, y ustedes también, amigos míos. (Gobert permanece inmóvil, manifestándose muy turbado)

OBRER. (Excitándole a que se adelante.) ¡Vamos, anda, pues que tú eres quien debe hablar!

GOB. (Haciendo un esfuerzo y como quien busca las palabras que ha de decir.) Ya que el patrón lo permite, señora Derblay, dígnese usted aceptar este ramo, que estoy encargado de ofrecer a usted en sus días. Queremos que usted sepa que en Pont-Avesnes somos dos mil individuos los que le deben la subsistencia a vuestro esposo... Y también deseamos que vea usted lo reconocidos que estamos por la felicidad que le proporciona.

CLARA (En voz baja.) ¡Felicidad!

TODOS ¡Bravo!... ¡Bravo!

GOB. (Con más aplomo.) Me falta otra cosa que decir. Tenemos que elegir en breve un diputado por este distrito.

MOUL. ¡Un diputado!

GOB. Y venimos al mismo tiempo a rogar a nuestro amo que permita sea el elegido por esta circunscripción.

PREF. (Con tono enfático.) ¡Muy bien! Estas gentes honradas han tenido un pensamiento excelente: el señor Derblay es de los nuestros. Para todos significa su nombre, probidad, ciencia, libertad y trabajo.

MOUL. (¡Adios! ¡Aguáronse mis proyectos!)

FELIPE (A los obreros.) Querido Gobert, dé usted las gracias en mi nombre a sus camaradas, pero dígales al mismo tiempo que no acepto el honor que quieren dispensarme.

- MOUL. (Con estupor.) ¡No admite!... Una elección tan segural ¡Es un hecho sin precedente!
- FELIPE Deseo quedarme con vosotros; es lo que más puede complacerme, y de esta manera tendré con más frecuencia la ocasión de seros útil.
- GOB Y OBRER. ¡Viva el patrón! (Aclamaciones fuera.)
- FELIPE Por lo demás, elegiremos de acuerdo un candidato que pueda representarnos dignamente.
- MOUL. (¡Piensa en mí, sin dudar! ¡Qué hombre tan excelente!) (A Bachelin.) ¡Este es el yerno que me hubiera convenido!
- BACH. (Riendo.) Todos menos el suyo.
(Moulinet se dirige a Felipe, le estrecha la mano y vuelve al sitio en que estaba.)
- CLARA ¡Por mi parte, amigos míos, os agradezco con todo mi corazón vuestro afectuoso recuerdo. Pues que usted es, Gobert, el más anciano de los obreros de la fábrica, llegue usted a abrazarme por todos sus compañeros.
- GOB. (Enternecido.) ¡Oh señora! Los Derblay han sido siempre personas honradísimas y excelentes... Usted es muy digna de pertenecer a la familia... (Enjuga sus ojos con el revés de su mano derecha y abraza a Clara, después de exclamar con entusiasmo.) ¡Viva nuestro amo!
- FELIPE La señora Derblay acaba de manifestar con suma delicadeza la expresión de mis sentimientos... Amigos míos, hoy sois dueños del parque... Entregaos en él al baile y a los juegos: no os faltará allí qué beber a nuestra salud... ¡Id y divertíos!... De este modo me expresaréis vuestra gratitud, complaciéndome. (Aclamaciones fuera. Salen los obreros; Felipe los acompaña.)
- SUSA. (A Felipe.) ¿Vamos al parque?
- ATEN. (A Felipe, que está en el fondo.) Reclamo su brazo, señor Derblay... (A Clara.) ¿Vienes con nosotros?

- CLARA (Con asombro.) Me parece que te bastará con Felipe.
- ATEN. (Sonriendo.) ¿Te contraría acaso que te robe tu marido? ¿Serías acaso celosa?
- CLARA (Con reconcentrada ira.) ¿Celosa yo? No, por cierto. Es sólo que me encuentro algo cansada. (Viendo a Felipe dispuesto a retirarse.) ¡Felipe!
- FELIPE (Volviéndose a Clara.) ¿Qué tienes? ¿Te sientes indispuesta? ¿Deseas algo?
- CLARA (Apretando los dientes.) No; no tengo nada... Puede irse. (Con cólera.) ¡Ah! (Se sienta abatida.)

ESCENA IV

CLARA, BARONESA

- BARONES. ¿Qué significa todo esto? El duque se acerca galantemente a ti; tu marido se pone a las órdenes de Atenaida... ¿Es que tienes confianza absoluta en la duquesa Moulinet?
- CLARA La tengo en mi marido.
- BARONES. ¡Oh! Los maridos... Después se arrepienten... pero lo mismo hacen todos.
- CLARA ¿Por qué me dices eso?
- BARONES. Porque... (Con resolución.) porque tú no eres franca; porque tienes secretos para mí; porque sufres, y esto me causa pena.
- CLARA (Sin poder contenerse.) ¡Pues bien, sí; verdad es: soy desgraciada! Y es justo que lo sea.
- BARONES. (Con asombro.) Pero tu marido...
- CLARA ¡Ah! No le acuses! ¡Es el más generoso de los hombres! ¡Yo sola soy la culpable!
- BARONES. ¿Qué te pasa, pues?
- CLARA ¿Qué me pasa?... ¿Te acuerdas la noche de mi casamiento?... Tú fuiste la última que te separaste de mí... Cuando me dejaste llegó mi marido... Y de este hombre que

me adoraba... ¿comprendes?... le rechacé, le arrojé de mi lado!

BARONES.

¡Clara!

CLARA

Al verse tratado tan duramente, su cólera fué terrible... Había creído dominarle... De repente se transformó a mi vista y me pareció engrandecido en medio de su fiereza y de todo su desdén. Entonces conocí lo que era en realidad aquel hombre... Un rayo de luz penetró en mi alma... ¡Pero era demasiado tarde! Acababa de romper él mismo para siempre los lazos que nos unían.

BARONES.

Pero al día siguiente...

CLARA

Al día siguiente... caí enferma y poco me faltó para morir. ¡Si tu supieses lo que para mí fué entonces!... (Con complacencia.) Durante un mes entero, de día y de noche, me ha disputado a la muerte, y si hoy existo a él se lo debo. No sé lo que pasó por mí. No me reconocía la misma de antes... Volvía a la vida con otros sentimientos, con otras ideas. ¿Causaba este cambio la gratitud por sus desvelos o la admiración que me infundía su carácter? Me sentía atraída hacia él. Cuando no estaba a mi lado, involuntariamente le buscaba; cuando se hallaba cerca de mí, no le miraba, y sin embargo, le veía. Encontrábale tan severo, tan triste, que no me atrevía a hablarle. ¡Oh! si me hubiera dicho una palabra; si solamente me hubiese tendido la mano!... Experimentaba tal inclinación hacia él, créelo, que era mi deseo arrojarme en sus brazos.

BARONES.

¿Le amas, pues?

CLARA

Sí. Le amo y estoy celosa.

BARONES.

¡Fatal situación la tuya! ¿Nunca tuviste el pensamiento de acudir a tu marido y hacer la prueba de reanudar los lazos de tan violenta manera rotos?

CLARA

No me he atrevido. Considera que viviendo juntos, estamos aún más separados que

dos personas extrañas. ¿Acudir a él, después de haberle rechazado?

BARONES. El, no obstante, cederá. Un hombre como tu marido no ama sino una vez sola y para toda su vida. Pero es un ser lleno de voluntad y energía, y no le desarmarás sino humillándote ante él.

CLARA (Con decisión.) ¡Sí! ¡Dispuesta estoy a ello!... ¿Mas si viese en este paso sólo un nuevo capricho mío?

BARONES. Por eso es necesario esperar una ocasión favorable. Si no se presenta la procuraremos. Y desde luego, por vía de diversión, voy a ponerme entre nuestra querida duquesa, Moulinet y tu marido... Espera.

ESCENA V

CLARA sola

¡Sí, sí: me humillaré! Me ha de ser tan fácil como dulce y grato... Pero él... ¿consentirá en perdonarme? Cuando se ha amado como él me amaba, ¿es posible olvidar?

ESCENA VI

CLARA y el DUQUE

DUQUE (Aproximándose dulcemente a Clara.) Cuando se ama profundamente no se olvida nunca.

CLARA ¿Qué vienes a buscar aquí?

DUQUE A ti te busco. (Clara se dirige al terrado, el Duque la detiene.) ¡Oh! No te vayas; te lo ruego. Desde hace quince días que parece quieres evitar hallarte conmigo.

CLARA (Con desdén.) ¿Yo? (Vuelve al proscenio pareciendo provocarle.)

DUQUE (Con mucha dulzura.) ¿Por qué tratas de disimular conmigo? ¿Crees que me ocultas tus penas?

CLARA (Friamente.) No tengo pena alguna.

DUQUE ¡Feliz sería si pudiera creertel... Pero al oírme, en este mismo momento, se agolpan las lágrimas a tus ojos... (Observándola.) Perdóname mis palabras.. pero desde esta mañana te veo nerviosa, inquieta. Ahora mismo... te cuesta trabajo disimular tu turbación.

CLARA ¿Y qué?

DUQUE ¡Y qué!... Que parecía que el sufrimiento te dominaba... He deducido que la armonía que pretendes existe entre tu esposo y tú, no es real, y que no aprecia ese hombre en todo su valor el tesoro que la casualidad, o más bien mi mala suerte, le ha deparado. Mil y mil hechos, pequeños en sí, desapercibidos antes, se han agolpado en mi memoria, y he llegado a adquirir la certeza de que no disfrutas, aunque digas lo contrario; toda la felicidad que mereces.

CLARA (Con energía.) Si así fuera, eres el único que no tendrías derecho de pensarlo, y menos de decirlo.

DUQUE (Con pasión.) ¡Clara!... ¿Crees tú que es posible imponerse siempre a la razón y a la voluntad? Aconsejábame vivir lejos de ti. Debía hacerlo por no turbar tu sosiego. Resuelto a hacerlo así estaba y he intentado todo lo posible para olvidarte... Pero estos lugares donde resides me atraían a pesar mío. Decíase que eras feliz, y yo me complacía en saberlo... Creí que volvería a verte sin riesgo alguno. Al juzgarte dichosa, te hubiera adorado de lejos sin decirte una palabra, sin dirigirte una mirada tan sólo que hubiera podido turbar tu felicidad... ¡Pero sufrías!... Entonces no fui dueño de mí mismo y he comprendido que

no podía existir jamás en el mundo para mí otra mujer que no fueras tú!

CLARA ¿De veras? ¡Admiro tu prudencia sin límites! Tuviste que escoger, un día, entre la mujer que decías amabas y una fortuna que tentaba tu codicia; no dudaste entonces. Cerraste tu corazón y abriste la caja que contenía el oro.

DUQUE No ignoras que he sido más desgraciado que culpable. Si tuve que escoger un día entre mi felicidad y mi honor, debía sacrificar éste a aquélla. Pero hartó he sufrido, y puedes ya devolverme tu amor.

CLARA ¡Yo amarte! ¡Te engañas!... Si experimentase por tí algún sentimiento sería el de la gratitud, porque si al fin soy la esposa de Derblay, que es un hombre tan desinteresado como tú egoísta, que posee todas las cualidades de que tú careces y que se halla exento de todos tus defectos, ¿a quién se lo debo sino a tí?

DUQUE (Con cólera contenida.) El señor Derblay es un ser perfecto, sin duda; pero tiene un defecto que hace vana su perfección... para tí a lo menos... ¡No te ama!

CLARA ¡Duque!

DUQUE Debería mostrarse para contigo obsequioso, tierno... ¿Lo hace así?

CLARA ¡Lo que dices es indigno!

DUQUE Es lo que sucede... Te desdeña.

CLARA ¡Oh! ¡Acabemos ya! No quiero seguir oyendo tus palabras ni un solo instante. Has fundado sobre el aislamiento en que me supones esperanzas que nunca han de realizarse, tú lo aseguro... Seré quizá la mujer a quien se compadece, pero jamás la mujer a quien se consuela.

DUQUE (Adelantándose hacia Clara.) ¡Clara!

CLARA ¡Vete! Se aleja hacia el fondo, amenazadora.) ¡Una palabra más y ¡amo!

DUQUE (Inclinándose.) Te obedezco; me retiro. (Sale por el fondo y desaparece por la izquierda.)

ESCENA VII

CLARA

CLARA

(Con desesperación.) ¡He llegado a verme en el extremo de que así se me insulte? ¡Este es el resultado de mi locura! ¡Perdida la felicidad! ¡El honor amenazado!... (Permanece abatida.)

ESCENA VIII

CLARA y la MARQUESA

MARQ.

(Entrando por el fondo.) Buenos días, hija mía.

CLARA

(Con alegría corriendo a ella.) ¡Madre!

MARQ.

¿Estás aquí sola?

CLARA

(Con embarazo.) La baronesa me ha dejado hace un momento. Felipe está en el parque con nuestros convidados. ¿Por qué no has venido antes? ¿Has tenido alguna molestia?

MARQ.

No: me he detenido más de lo que creía, por mis huerfanitos. (Sonriendo.) Justo es que me ocupe de ellos, ya que no te tengo ahora a mi lado. En vez de una hija, tengo sesenta niños a quien proporcionar el sustento, vestir y dar instrucción... Pero hay quien me ayuda... ¿Sabes lo que ha hecho Felipe? Me ha enviado ayer, de tu parte, para festejar el día de tu Santa, diez mil francos. ¡Ah! ¡Quiere mucho a tu marido: es el mejor de los hombres!

CLARA

(Asombrada.) Sí, madre mía.

MARQ.

(Volviéndose y viendo a Felipe.) Aquí está él.

ESCENA IX

Dichos, FELIPE; después OCTAVIO y SUSANA

FELIPE Marquesa... Acaban de decirme que había usted venido. (Le da la mano.)

MARQ. Muchas gracias, querido hijo, en nombre de mis huérfanos.

FELIPE Debe usted dárselas a su hija, Marquesa, no a mí. Sólo soy la mano que ejecuta: ella es el corazón que envía.

MARQ. (Llevándole aparte.) Ahora, aquí tienes lo que me encargaste que hiciera venir de París. Toma. Ofréceselo tú mismo. (Le da un cofrecito.)

FELIPE (A Clara.) Clara, este es mi presente en el día de hoy... (Clara se levanta con un movimiento de alegría y toma el cofrecito que le presenta Felipe.) Siendo de la elección de tu madre, creo que sea de tu agrado.

(Clara, a estas palabras, inclina la cabeza con desaliento, sin abrir el cofrecito.)

MARQ. ¿Qué es esto? ¿No miras lo que es? Hija mía, es un regalo de príncipe. (Clara se adelanta al proscenio y abre el cofrecito.) Vámonos, Felipe, ponle tú mismo este signo de esclavitud... (Felipe, trémulo, se aproxima a la derecha de Clara, toma el collar y lo coloca al rededor de su cuello, donde lo prende. La Marquesa lleva el cofrecito a la consola y vuelve donde estaba.) ¡Ea! ¡Ahora abraza a tu marido! ¿Lo estorbo yo?... ¡Vaya!... No miraré. (La Marquesa se vuelve con aire placentero. Clara inclina la cabeza al lado de Felipe, que, conmovido como ella, besa sus cabellos.) ¡Enhorabuena! (A Felipe.) ¿Es esto lo que tú querías? (Dirigese con él al encuentro de Octavio y Susana, que llegan por el fondo.)

CLARA (Con tristeza.) ¡Triste beso, que no sale del corazón y sólo los labios han dado!

- SUSA. (A Octavio.) ¡Vamos! Es preciso decírselo todo. (Aproxímanse a Clara.)
- OCTAV. (A Clara.) Clara, tengo una gran noticia que comunicarte. Susana y yo nos amamos.
- CLARA (Con alegría.) ¡Oh, queridos hijos míos!
- SUSA. Hemos convenido que seas tú la primera que lo sepas y ponemos nuestra felicidad en tus manos.
- OCTAV. Habla en mi nombre a Felipe: logra de él que me haga dueño de Susana.
- CLARA (Turbada.) ¿Yo?
- OCTAV. ¿Tú querrás, no es cierto, encargarte de abogar por mi causa?
- CLARA (Con repentina decisión.) Sí; voy al instante a favorecerla como si fuera mía.
- OCTAV. ¡Gracias, querida hermana!
- CLARA Ruégale a Felipe que venga. (Susana y Octavio acuden a llamar a Felipe, que está en el fondo.) ¡Estoy salvada! Esta es la ocasión que deseaba tanto. La ternura que a su hermana profesa puede inclinarle a mí! .
- (Octavio, la Marquesa y Susana desaparecen por la derecha.)

ESCENA X

CLARA y FELIPE

- FELIPE (Se acerca a Clara muy grave y frío.) ¿Tiene usted que pedirme algo?... Ya la escucho.
- CLARA Vivimos tan alejados el uno del otro, que es preciso, en efecto, que tenga algo que pedirle para que me atreva a detenerle.
- FELIPE ¿De qué se trata?
- CLARA Ante todo, dígame usted, ¿siente hacia Octavio algún interés?
- FELIPE No creo que su hermano haya tenido hasta ahora razón alguna para dudarle.

CLARA ¿Y si tuviese una ocasión en que probarle ese interés?...

FELIPE Seguramente que la aprovecharía.

CLARA Pues bien; hoy se presenta. Debo advertirle que se trata de un asunto grave.

FELIPE ¡Cuántos rodeos! ¿Tan difícil le parece obtener lo que desea?

CLARA ¡Usted juzgará!... Octavio ama a Susana, y me ha dado el encargo de que le pida su mano para él.

FELIPE (Reprimiendo un movimiento.) ¡Ah! (Queda pensativo.)

CLARA (Inquieta.) ¿Qué me responde usted?

FELIPE (Muy grave.) Lo siento por su hermano, pero ese matrimonio es imposible.

CLARA (Con pena.) ¿No da usted su consentimiento?

FELIPE ¡No le doy!

CLARA ¿Por qué?

FELIPE Porque este nuevo lazo me uniría más estrechamente a su familia, y desde lo que entre usted y yo ha pasado, no quiero que suceda tal cosa.

CLARA (Con viveza.) ¡Tenga usted en cuenta que puede causar la desgracia de Susana, negándosela a Octavio! Ella le ama.

FELIPE Susana tiene dieciséis años; apenas está en la edad feliz en que los sentimientos pueden cambiar sin dejar en el corazón profundas y dolorosas huellas... Le olvidará.

CLARA ¿Y si usted se equivoca? ¿Si no pudiese olvidar y se entregara al sufrimiento?

FELIPE (Con energía.) Entonces no tendría que decirle más que una sola palabra para alejarla por siempre de usted y de todos los suyos.

CLARA (Suplicante.) ¡Oh! ¡Felipe! ¿Será usted generoso? Harto apenada me hallo... ¿Qué debo hacer para que usted ceda? Con usted he cometido, lo sé, graves faltas.

FELIPE (Riendo con amargura.) ¿Lo cree usted de veras? ¡Ha cometido graves faltas conmigo!

CLARA Bastante daño le he causado; pero usted bien duramente me lo hace expiar.

FELIPE ¿Yo? ¿De qué manera? ¿Cuándo le he dirigido una reconvención? ¿Cuándo le he dicho alguna palabra ofensiva? ¿Le he faltado a la consideración más completa?

CLARA (Con sentimiento.) ¡No! ¡Pero cuánto hubiera preferido su cólera a esa altiva indiferencia con que usted me trata! Oigo a todos en torno mío envidiar mi felicidad. Por donde quiera que voy se me considera y se me felicita. Entro en mi casa. ¿Y dónde está mi ventura? La busco y sólo encuentro la soledad y el abandono.

FELIPE No ha dependido de mí que suceda de ese modo. Usted, usted misma ha decidido de su existencia. Es tal como usted ha querido que fuese.

CLARA Verdad es; pero al menos tengo derecho a contar con la tranquilidad que no he podido obtener... Usted ha consentido que vuelvan a esta casa el duque y la duquesa.

FELIPE Son parientes de usted. ¿Debía yo cerrarles nuestras puertas? ¿De qué puede usted quejarse?

CLARA (Con creciente violencia.) ¡Oh! ¡Afecta usted no comprenderme!... Usted sabe que si la duquesa está aquí es porque me odia... Su objeto está a la vista. Pone a usted en evidencia... le compromete (Movimiento de Felipe.) sin que usted se preste a ello, bien lo veo... Pero sus provocaciones, que hacen más evidente la indiferencia con que usted me mira, se advierten por todos y me ofenden... En fin: tenga usted cuidado! ¡No las soportaré por más tiempo!

FELIPE (Con amargura.) ¡Qué propio de usted es eso! ¡Siempre la misma! ¡Siempre la violencia y el orgullo! Sólo por no aparecer desairada a los ojos del mundo, se ha lanzado como una loca a la aventura de nuestro casamiento. Y hoy mismo, a la idea de

que pueda ser objeto de la crítica, pierde usted toda la medida y se olvida de todo hasta el extremo de amenazarme.

CLARA

(Desesperada.) ¡No! No amenazo: suplico. ¡Tenga usted piedad de mí! No me haga responsable de la felicidad de esos dos jóvenes. Véalos usted ahí sonrientes, llenos de ternura y de esperanzas, y por mi culpa van a ser desgraciados... ¡Ah! Evite usted que yo les ocasione tan honda pena... No tendría valor para ello. Y su negativa... (Octavio aparece en el terrado.) ¡Ah, Octavio! Ven. (A Felipe.) ¡Ah! señor, sépalo de sus mismos labios.

ESCENA XI

Dichos, OCTAVIO

FELIPE

(Con enojo.) ¡Señoral...

OCTAV.

(Observándolos.) ¿Qué sucede aquí?... ¿Por qué se halla así alterado? ¿Por qué tú de esa manera turbada?... ¿Le has dicho a Felipe?... ¿Qué es esto?... (Les pregunta con la mirada con ansiedad.)

FELIPE

(Con gravedad.) Octavio, es preciso que renuncie usted a su proyecto.

OCTAV.

(Con estupor.) ¿Renunciar?... ¿Por qué?

FELIPE

Se lo ruego, y nada me pregunte.

OCTAV.

¿Cómo? ¿Sin explicación alguna?... Usted, Felipe, a quien tanto quiero, me causa tan inmensa pena?... Clara, habla tú al menos... Dime por qué causa. ¿En qué he podido disgustarle sin saberlo? ¿Por qué ha cambiado así, desde que tú eres su esposa?

CLARA

(Con sorpresa.) Octavio...

OCTAV.

(Asaltado de una idea.) ¡Ah!... ¡El dinero!... ¿Es porque carezco de fortuna?... (A Felipe.) Pero usted me ha enseñado como puede el hom-

bre enriquecerse, y haré lo que usted...
¡me consagraré al trabajo!

CLARA (Turbada.) ¿Qué es lo que has dicho? ¿Tú, sin fortuna?

OCTAV. (Comprendiendo su imprudencia.) ¡Clara!

CLARA (Con agitacion creciente.) ¿Qué es lo que quiere decir?

FELIPE (Queriendo impedir que hable Octavio.) Le prohibo...

CLARA (Atrayendo a su hermano a ella.) Déjele... ¡Es preciso que hable!

OCTAV. Perdóneme usted. Acabo de hacer traición a un secreto que habia jurado guardar. Ignorabas la pérdida de nuestro pleito... Debías ignorarla siempre.

CLARA Recuerdo que, según se nos decía, la pérdida de ese pleito era nuestra ruina completa... Tú sin fortuna... y yo sin dote... Mas cuando yo me casé...

OCTAV. Ya habia sucedido tal desastre.

CLARA (Temiendo comprender.) ¿Y... mi marido... Felipe?...

OCTAV. Lo sabia.

CLARA (Con desesperación.) ¿Lo sabia?... ¡Y yo... yo!... ¡Oh! ¡Entonces soy una miserable!

OCTAV. ¡Clara!

CLARA Sí. Yo soy la causa, ¿entiendes? de que te niegue a su hermana... ¡Por mi causa, criatura funesta, es víctima del infortunio todo el que se me aproxima (Rompe en sollozos.)

OCTAV. Clara: no sé lo que puede haber pasado... pero puesto que te acusas, todo es posible que llegue a remediarse... Felipe es bueno: te perdonará.

CLARA (Con desolación.) ¡No! Me ha dicho ¡nunca!... ¡Y ahora lo comprendo!

OCTAV. (Con tono de súplica.) ¡Felipe!

FELIPE (Con gravedad.) Octavio, no soy yo quien provoca esta-explicación. Debía fatalmente suscitarse. Hubiera deseado que nunca llegara a tener lugar, sobre todo en mi pre-

sencia. En todo caso, en nada puede modificar mi resolución. Su hermana sabía de antemano que nada tenía que pedirme, y que yo, por mi parte, tampoco nada que concederle. (Aclamaciones fuera.) ¡Viva el patrón!

OCTAV. (Colocándose delante de su hermana para darle tiempo para reponerse.) Clara, gente se acerca.

ESCENA XII

Dichos, ATENAIDA, MOULINET, el BARÓN, la BARONESA, aparecen en el fondo viniendo del terrado

ATEN. Señor Derblay, vienen en su busca los aldeanos y obreros que se disponen a bailar.

CLARA (Con cólera.) ¡Ah! ¡Siempre ella!

ATEN. (A Felipe.) ¿Quiere usted abrir el baile campestre conmigo? ¡Será de buen efecto! Venga usted.

CLARA (Colocándose entre ellos... A Atenaida.) Perdona si contrario tus proyectos;... pero quisiera hablar un momento contigo.

ATEN. (Con tono zumbón.) ¿Cómo?.. ¿Ahora mismo?..

CLARA (Con firmeza.) Sí, ahora mismo.

ATEN. (A Felipe.) Dispénsese usted... Voy a...

(Felipe se va despues de haber mirado a las dos mujeres con inquietud.)

ESCENA XIII

CLARA, ATENAIDA

ATEN. ¿De qué se trata, hermosa mía?

CLARA No ha mucho, cuando te llevabas a mi marido, me preguntaste si me desagradaba que lo hiciera y si era celosa.

ATEN. En broma te lo dije.

CLARA Hablabas de veras, porque decías la verdad.

ATEN. ¿Celosa tú?

CLARA Sí.

ATEN. ¿De mí?

CLARA De ti. Ya ves si soy franca. Me parece que mi marido se ocupa de ti más de lo que conviene, y a ti me dirijo para que pongas término a una asiduidad que me es muy penosa.

ATEN. (Con dulzura.) ¡Ay, querida mía! ¿Cómo? ¿Sufres y no me has dicho nada? ¿Pero no será que exageres un poco? Nada recuerdo, verdaderamente, que haya podido motivar tu disgusto. El señor Derblay es muy amable conmigo; pero esta simpatía entre personas de una misma familia no es de sorprender, y nada tiene de criminal.

CLARA Pero me hace sufrir.

ATEN. (Secamente.) A quien debes pedir, querida mía, el remedio de tus inquietudes es a tu marido... Yo nada puedo hacer en eso.

CLARA Sí; puedes cortar esa intimidad.

ATEN. ¿Y cómo? ¿Recibiendo a tu esposo con despegc? Eso sería imponerme un papel muy desagradable, y además, ¿crees eficaz ese remedio?

CLARA No es eso precisamente lo que iba a proponerte.

ATEN. ¿Qué es entonces?

CLARA Que te alejes algún tiempo de nuestra casa.

ATEN. (Con viveza.) ¿Has pensado lo que dices?

CLARA Sí, y te lo pido en tono de súplica. Di que estoy loca, pero hazlo. Va en ello mi felicidad.

ATEN. ¿Y con qué pretexto quieres que me aleje? ¿Qué se diría de separación tan brusca que parecería un rompimiento?

CLARA Ya trataremos de explicarla de una manera satisfactoria.

ATEN. Es posible que no lo consiguieras, y eso sería para mi bochornoso. Has sido franca;

quiero serlo también. Soy nueva en el mundo en que me ha hecho entrar el duque de Bligny; me agrada verme en él, y me es preciso conservar el puesto en que he sabido colocarme. Ya sabes el rigor con que se censura. Hazte cargo que si la familia de mi marido me pone mala cara, tendrán ocasión de hablar de mí. ¡También yo soy celosa!... Y entonces, ¡adiós mis sueños! Si tú tienes tu amor, yo tengo mi ambición. Justo es que tú protejas lo que te pertenece; déjame que defienda lo mío.

CLARA

Es decir, que te niegas...

ATEN.

Contra todo mi deseo. Pero en conciencia, ponte en mi lugar.

CLARA

(Con violencia.) ¿Que me ponga en tu lugar? Tú eres quien se ha puesto en el mío y quién pretende aún continuar en él. Desde que te conozco me persigues con tu envidia y tu odio. Soltera, me has robado el que era mi prometido; casada, tratas de robarme también al que es mi esposo. No he podido conservar el uno, pero sabré arrancarte el otro.

ATEN.

¿Buscas un escándalo?

CLARA

Un castigo es lo que quiero... Por última vez. ¿Quieres acceder a lo que te pido?

ATEN.

(Con rabia.) ¡No; cien veces no!

CLARA

Entonces, ahora verás.

ESCENA XIV

Dichos, DUQUE, BARÓN, BARONESA, MOULINET, FELIPE

CLARA

(Con exaltación.) ¡Duque, llévase a su mujer, si no quiere que la arroje de mi casa delante de todo el mundo!

MOUL.

(Acudiendo con espanto.) ¡Arrojar a mi hija! ¡A la duquesa, mi hija!

ATEN.

(Al Duque.) Duque, ¿dejarás que me insulten de esta manera sin defenderme?

(Felipe se coloca con aspecto grave junto a Clara.)

DUQUE (Friamente a Felipe.) ¿Ha oído usted, caballero, lo que la señora Derblay acaba de decir? ¿Acepta usted la responsabilidad de sus palabras? ¿Está usted dispuesto a dar una satisfacción de ellas?

FELIPE (A quien Clara observa con angustia, adelantándose imposible.) Señor duque, cuanto haga la señora Derblay, lo tengo por bien hecho.

DUQUE (Inclinándose sonriente) ¡Está comprendido!

CLARA (Yendo a Felipe apresurada.) ¡Oh! gracias, Felipe!

FELIPE (Deteniéndola con un ademán.) Nada tiene usted que agradecerme. Al defenderla, es mi honor el que defiendo.

TELON

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

PRIMER CUADRO

Gabinete de trabajo de Felipe en Pont Avesnes. Puerta en el fondo, a derecha e izquierda; ancha ventana a la derecha; una gran mesa enmedio. Gran chimenea a la izquierda; delante de ésta un velador pequeño; a la derecha, en primer término, un armario de libros. A la izquierda de la mesa un sillón; a la derecha una silla. En el fondo, a cada lado de la puerta, una silla; en primer término, a la izquierda, cerca del velador, una silla. En el primer término de la derecha del armario, un sillón: sobre la mesa un tintero con plumas, lápiz, lacre y sello y una lámpara de bronce dorado pequeña que estará encendida.

ESCENA PRIMERA

FELIPE, SUSANA

- (Felipe escribe alumbrado por una lámpara.)
- SUSA. (Entrando por la derecha.) ¡Buenos días, hermano!
- FELIPE. ¿Ya levantada, Susana?
- SUSA. ¿Ya?... ¡Si son las ocho!... ¡Y tú, picarón, has pasado toda la noche trabajando!
- FELIPE. Tenía que liquidar unas cuentas muy importantes.

- SUSA. ¡Pues bien podías haberte tomado un día más y no velar de ese modo!
- FELIPE Era imposible. (Se levanta.) ¿A dónde piensas ir esta mañana?
- SUSA. Voy a hacer algunas visitas... Es el día de mis pobres.
- FELIPE Toma; les darás mi limosna con la tuya. (Le da un billete de banco.)
- SUSA. (Besándole en una mejilla.) Gracias por ellos... (Besándole en la otra.) Gracias por mí.
- FELIPE Escucha; espera un poco. Antes de irte... Clara me ha dicho ayer algo sobre tus proyectos y tus esperanzas.
- SUSA. (Confusa.) ¡Felipe!...
- FELIPE (Con enternecimiento.) ¿Por qué no acudiste a hablarme primero? ¿Es que te causo miedo por ventura?
- SUSA. No; pero estas confidencias parecen más fáciles de hacer a una hermana que a un hermano.
- FELIPE (¡A una hermana!) ¿Quieres tú mucho a Clara?
- SUSA. ¡Oh! tiernamente.
- FELIPE ¿Desde cuándo amas a Octavio?
- SUSA. Creo, Felipe, que le amo desde el día que le vi por vez primera... y él, a su vez, también me quiso en seguida... ¡Si vieses qué bien habla siempre de ti!... Y esto me ha llegado al corazón... En fin, parecía que sólo le agradaba estar a mi lado, y yo, por mi parte, cuando le veía junto a mí, sentíame alegre y venturosa.
- FELIPE (Con emoción.) ¡Bien, hija mía!... Sabes que mi único afán ha sido hacerte feliz... Consideras que esa unión es tu felicidad... Te casarás con el que amas.
- SUSA. ¡Ah, Felipe! ¿Cómo agradecerte?...
- FELIPE De una manera muy sencilla. Cuando te marches has de pasar por delante de la iglesia; entra en ella, querida hermana, eleva al cielo una breve oración por mí... y estaré pagado entonces.

SUSA. ¡Con todo mi corazón!... ¡Adiós!...
FELIPE (Llamándola y tendiéndole los brazos. ¡Susana!
SUSA. Hasta luego. (Vase.)
FELIPE (Siguiéndola con la vista.) ¡Adios, querida niña,
que has sido la alegría de mi existencial
(Se pasa la mano por la frente.) ¡Vamos! (Se dirige
a su bufete y se sienta en el sillón que está a la iz-
quierda.)

ESCENA II

FELIPE, un criado

CRIADO El señor Bachelin pregunta si el señor
puede recibirle.
FELIPE Ciertamente. Que pase.

ESCENA III

FELIPE, BACHELIN

BACH. Vamos, ¿qué hay de nuevo desde ayer?
FELIPE Anoche se arreglaron las condiciones del
duelo.
BACH. ¿Y cuándo se verifica?
FELIPE Esta misma mañana a las diez, en la en-
crucijada de los Estanques, a pistola y
haciendo fuego al avanzar uno hacia el
otro.
BACH. ¡Grave es la cosa!... ¡Pero la razón está de
parte de usted! Y vea usted, querido ami-
go: tal vez seré el más ignorante del mun-
do, pero soy de los que creen todavía que
todo cuanto pasa no es efecto de la casua-
lidad, y que hay una Providencia. Nos
volveremos a ver mañana, Felipe.
FELIPE Así lo espero. Pero siempre es necesario
precaver cualquier desgracia. ¿Ha exami-
nado usted los papeles que le envié?
BACH. Sí. Todo está perfectamente en regla.

FELIPE Le agradezco infinito se haya tomado ese trabajo, tome usted esta carta: en ella encontrará consignada mi voluntad. Divido cuanto poseo entre mi hermana y mi mujer. Quiero que la que lleva mi nombre sea, a mi muerte, independiente en absoluto. Ahora, y en esta ocasión a su antigua amistad me dirijo, le encargo una misión para Clara que le ha de ser a usted penosa, pero que usted solo puede cumplir. Usted, a cuya vista he vivido desde la infancia, a quien todo se lo confesé ayer y que sabe lo que he sufrido, tendrá una entrevista con mi esposa y le dirá cuánto la he amado, cuánto apetecía su felicidad. Ofrézcame usted a ella tal como me conoce; tal como ella no ha querido conocerme: tierno, confiado. . En fin, no permita usted que conserve de mí un mal recuerdo.

BACH. Me retiro ya... (Muy conmovido.) Vamos... mucha sangre fría, mi valiente amigo. (Estrechándole vivamente y abrazándole.) ¡Hasta la vista!

ESCENA IV

FELIPE, OCTAVIO, el BARÓN

FELIPE O: habéis adelantado, ¿no es eso? ¿Estamos ya en hora?

BARÓN No son más que las nueve. Llegamos aquí hace algunos instantes... Salimos de Beaulieu a pie, como si fuéramos a dar un paseo, a fin de evitar preguntas. La baronesa se nos unirá y acompañará a la señora Derblay.

FELIPE Gracias, querido barón. Siempre me ha demostrado usted su amistad y le estoy sumamente reconocido. En cuanto a usted, Octavio, tengo una deuda que cum-

plírmelo, y lo hago con toda mi alma. Le he hecho a usted responsable de culpas que no son suyas... He sido injusto y le pido me dispense...

BARÓN Bien, amigo mío.

FELIPE Quiero reparar la injusticia de un momento y lego a usted a Susana como lo que tengo de más querido en el mundo.

OCTAV. ¡Felipe! (Felipe le tiende las manos. Octavio las estrecha con efusión y se enjuga las lágrimas que se agolpan a sus ojos.) ¡Oh! ¡Felipe!

BARÓN ¡Corazón de oro!

FELIPE (Dominando su emoción.) ¡Vamos, marqués, un poco más de entereza!... Espero que recibirá usted de mi mano a la que ama. Pero si yo no estuviese entre vosotros, amigo mío, cuando usted se case con ella ámela mucho: lo merece. Tiene un corazón tierno y delicado y la menor decepción se lo destrozaría.

OCTAV. (Con vehemencia.) ¡Ah! toda una vida de abnegación y ternura, en cambio de la felicidad que me da usted... Pero, Felipe, ya que es tan bueno, tan generoso, no lo sea usted a medias...

BARÓN Tenga usted compasión de esa pobre mujer agobiada al dolor y desesperada... muy de veras, para su tormento.

OCTAV. ¡Piense usted que podría suceder que no la volviera a ver más!... Acabo de hablar con ella: me espera allí.

BARÓN Sí; allí la tiene usted entregada al llanto.

OCTAV. ¡Oh, por favor! ¡Ceda usted a un impulso de su indulgencia!.. ¡No la rechace!... ¡Hágalo así, se lo suplico!

FELIPE (Sombrío.) Quisiera evitar una entrevista que no puede menos de ser horriblemente penosa para su hermana y para mí. Los dos desean, ustedes, que tenga lugar... Consiento en ello. (Al Barón.) Pero ruego a usted que vea el modo de abreviarla... y

facilitar que pueda marcharme pronto, viniendo en mi busca.

BARÓN Se lo prometo.

OCTAV. ¡Oh! ¡Gracias!

ESCENA V

Dichos, la BARONESA, CLARA

(Clara se adelanta apoyada en la Baronesa. Octavio y el Barón se dirigen a tomar sus sombreros y desaparecen por el fondo. La Baronesa les sigue. Clara y Felipe permanecen un instante uno enfrente de otro, en silencio. Clara hace un esfuerzo para hablar. No puede dominarse, y apoderándose de la mano de Felipe, rompe en sollozos.)

CLARA ¡Oh! ¡Felipe!

FELIPE (Muy turbado.) ¡Clara!... por favor... Me conmueve usted profundamente... Tengo necesidad de todo mi valor... Cálmese usted, se lo suplico. No me turbe así si se interesa por mi vida.

CLARA ¡Su vida! ¡Ah! daría la mía cien veces mejor! ¡Yo soy, desdichada, la que, por mi cólera, le lanza al peligro! ¿No debía más bien sufrirlo yo todo? Sufriendo, expiaba mis faltas para con usted. ¡En un instante de arrebató lo olvidé todo! ¡Oh!... Usted debía odiarme... porque yo le he hecho mucho daño.

FELIPE (Con mucha dulzura.) ¡No! yo no la odio... Ha habido, al principio de nuestra existencia común, un error que nos ha costado a entrambos angustiosos pesares... No la he hecho la única responsable de ello... Mucha culpa ha sido mía... No he sabido comprenderla... No he acertado a hacer mi sacrificio completo... ¡La amaba a usted tanto!... ¡Mucho he sufrido! Pero no quiero alejarme de usted dejándole la idea de que le he conservado rencor alguno... Deme

usted la mano como yo se la doy, y digámonos adiós...

CLARA ¡Adiós! ¡Pero no!... ¿por qué? (Con firmeza.)
Usted no se batirá... Yo sabré impedirlo.

FELIPE ¿Y cómo?

CLARA ¡Sacrificando a su seguridad mi orgullo!
¡Oh! nada me detendría, porque se trata de usted. Me humillaré ante la duquesa... Si es preciso iré al mismo duque...

FELIPE ¡Se lo prohibo! ¡Lleve usted mi nombre: no lo olvide! Cualquiera humillación que reciba usted me alcanzará a mí... (Con vehemencia.)
Y además, en último resultado, comprenda usted que aborrezco a ese hombre, que ha sido causa de mi infortunio. Esté usted segura que el instante que va a propórcionárseme de ponerme frente a frente de él, era hace tiempo ardientemente esperado por mí.

CLARA (Con angustia.) ¡Felipe!

FELIPE No era sin objeto el haber sufrido su presencia en mi casa. Quería tenerle al alcance de mi vista. Sabía de cuanto era capaz, y faltaba, para mi justificación completa a los ojos de usted, que al ultraje de su abandono añadiese el ultraje de su nuevo amor.

CLARA (Con disgusto.) ¡Ah!

FELIPE ¡Adiós!...

CLARA ¡Felipe, un momento no más!... ¡Escúcheme usted, míremel... ¿No me quiere usted comprender? ¿Pero no ve usted lo que le adoro?... ¿No lo ha adivinado hace tiempo en la turbación de mi voz, en la expresión de mis ojos?...

FELIPE (Procurando calmarla.) ¡Clara!

CLARA (Apoyando su frente en el hombro de Felipe.) ¡Ah! no me impedirás que hable! ¡Si supieses cuánto te amo! ¡Permanece conmigo, conmigo siempre!

(El Barón aparece en el fondo.)

FELIPE ¡Silencio!

- CLARA ¡Ah! ¡Todo ha concluído! ¡Estoy perdida!..
BARÓN (A Felipe.) Ya es hora. (Vase.)
FELIPE (A Clara, dulcemente.) ¡Adiós!
CLARA (En tono de súplica y acudiendo a él.) ¡Ah! no me dejes así! ¡No oiga sólo ese acento helado!... ¡Dime que me amas! ¡No te vayas sin habérmelo dicho!
FELIPE ¡Ruégale a Dios que me conceda la vida!
(Sale por el fondo: la puerta se cierra.)
CLARA ¡Ah! (Cae; después, pasado un instante, recobra sus fuerzas: busca a Felipe, no le ve ya, y se dirige anhelante a la ventana.) Allí le veo... se aleja... atraviesa el parque... da la vuelta a la alameda... desaparece... ¡Dios mío! ¡Si no le volviese a ver más!... ¡No! ¡no!... ¡es imposible!... ¿Pero por qué he dejado que se vaya? ¡Estaba loca! Debería no haberme separado de él... seguirle... a donde fuera... Ese miserable duque va a matármelo... ¡Oh! ¡no! ¡yo le salvaré!
(Sale corriendo por el fondo.)

SEGUNDO CUADRO

Encrucijada de un bosque. En medio, y en último término, un grupo de árboles; entre éste y el bastidor inmediato un zarzal; en primer término una roca plana cubierta de musgo. Sobre la roca una caja de pistolas.

ESCENA PRIMERA

DUQUE, MOULINET, después PONTAE y el DOCTOR

- MOUL. (Sentado en la roca, lamentándose.) ¡Ay Dios mío!
¡Dios mío!
DUQUE Aquí llegan Pontae y el doctor.
MOUL. (Con inquietud.) ¡El doctor! ¿Ya? (Pontae presentando al Doctor.) El señor doctor Servan. (Se

dirige al fondo con el Doctor, después de los saludos.)

MOUL. (Al Duque.) Veamos, señor duque: ¿no hay medio alguno de llegar a un arreglo razonable? ¡Estoy completamente fuera de mí, todo trémulo! He pasado la noche entera leyendo descripciones espantosas de heridas de arma de fuego... Le confieso que si he venido aquí es porque aun tengo esperanzas de conseguir de usted que no lleve las cosas al extremo...

DUQUE. ¿Ha olvidado usted lo que la duquesa, su hija, me ha dicho al separarme de ella?

MOUL. ¿Que esperaba que usted la vengaría? Con todo... Mi hija es una loca... perjudicial... al excitarle así a la violencia. Debía haberle inclinado a una conciliación. Todo puede aún arreglarse muy bien... Un des-acuerdo pasajero entre dos amigas, una querrella entre dos primas, sin importancia alguna... ¡Se dan un abrazo y todo se concluye! Pero un duelo, un escándalo, un rompimiento... ¿Ha calculado usted las consecuencias?

DUQUE. (Sonriendo.) ¡Pobre señor Moulinet!... ¡Vamos, hable usted de ello con el señor Pontae!

MOUL. (A Pontae, que ha vuelto al proscenio.) Sin duda que tengo razón. Esta clase de asuntos se terminan todos los días haciendo las paces. Es lo más fácil del mundo. Se confecta un acta ligera. La señora Derblay retirará las palabras que dijo... Mi hija hará lo propio con las que le contestó... Usted, yerno mío, retira su provocación, y retirando así cada cual alguna cosa es indudable que nada quedará.

DUQUE. (Fríamente.) ¡Mucho retirar es ese!

MOUL. Es lo que comunmente se hace.

PONT. Cuando se trata de personas como el señor Derblay y el señor de Bligny... créame

usted, caballero: imponga silencio a su corazón.

MOUL. (Gimoteando) ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ESCENA II

Dichos, FELIPE, OCTAVIO, el BARÓN y el DOCTOR

(Felipe y el Duque quedan separados por la extensión de la escena. El Barón, Octavio, Pontae y Moulinet se reúnen en medio y sortean las armas.)

OCTAV. (Acercándose a Felipe.) Felipe, escúcheme usted con atención. El barón y yo, para igualar la suerte, hemos exigido que no se deje tiempo para medir la distancia... Se les colocará de espaldas... cada cual estará en su puesto y en el instante en que se dé la señal, se vuelven ustedes... Nada de gracia, de generosidad, de vacilación...
FELIPE Déjelo usted de mi cuenta. Vea usted: no tiembla mi mano.

(Los testigos hacen los preparativos del duelo. Colocan a Felipe y al Duque de espaldas y ponen las pistolas en sus manos.)

BARÓN Colocaos, señores...

(El Duque y Felipe permanecen en sus puestos, después de haber doblado el cuello de sus sobretodos para no presentarlo como blanco.)

PONT. ¿Estáis dispuestos?...

FELIPE Y DUQUE Sí.

ESCENA III

Dichos y CLARA, que aparece por la derecha del grupo de árboles, viniendo por la izquierda

CLARA ¡Aquí están!

BARÓN ¡Tirad!

(El Duque y Felipe se vuelven: el Duque hace fuego

- rápidoamente. Clara, que se ha lanzado hacia Felipe hasta ponerse delante de él, vacila y cae.)
- CLARA** ¡Ah!
- TODOS** (Con espanto.) ¡Ah! (Lánzanse a ella todos.)
- FELIPE** ¡Gran Dios! (Toma a Clara en sus brazos y la coloca en la roca, sosteniendo su cabeza sobre su pecho.)
- CLARA** ¡Felipe, muero por ti! ¡Te amo! (Se desmaya.)
- BARÓN** (Al Duque, que se halla pálido y tembloroso.) Váyase usted, duque. Después de semejante desgracia, imposible es que se renueve este duelo.
- DUQUE** He de irme sin saber si su vida...
- FELIPE** (Al médico.) ¿Es grave este accidente?
- DOCTOR** ¡No!
- BARÓN** (Al Duque.) No hay peligro alguno. No se detenga usted. (El Duque, con Pontae y Moulinet, se va por el primer término de la derecha.)

ESCENA IV

FELIPE, CLARA, en la roca, el BARON, OCTAVIO y el DOCTOR en último término

- CLARA** (Volviendo en sí poco a poco. Ve a Felipe de rodillas, le pasa su brazo alrededor del cuello; después permanece aún postrada.) ¡Estoy en tus brazos!...
- ¡Ah! ¡Qué feliz soy! (Vuelve de repente a mirar a Felipe con angustia.) ¡Una palabra no más! ¡Respóndeme! ¿Me amas?
- FELIPE** (Con pasión.) ¡Te adoro!...
- CLARA** (Cayendo en sus brazos.) ¡Ah!... ¡Qué feliz voy a ser!...

TELÓN

FIN DE LA OBRA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21, —BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|---|---|
| 1. La princesa del dollar | 36. Eva |
| 2. La Ola gigante | 37. El Bufón |
| 3. El señor Conde de Luxemburgo | 38. El cuchillo de plata |
| 4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | 39. Nick Carter |
| 5. El Sol de la Humanidad | 40. La cena de los cardenales; Justicia humana! |
| 6. Zazá | 41. El señor feudal |
| 7. Mujeres vienesas | 42. El veranillo de S. Martín |
| 8. Hamlet | 43. El desdén con el desdén |
| 9. Giordano Bruno | 44. Cuento inmoral |
| 10. El nido ajeno | Amor de amar |
| 11. El Rey | 45. La dama de las camelias |
| 12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | 46. La domadora de leones |
| 13. Los Miserables | 47. Los dos sargentos franceses |
| 14. La ladrona de niños | 48. El Místico |
| 15. Los dioses de la mentira | 49. García del Castañar |
| 16. Cristo contra Mahoma | 50. La fierecilla domada |
| 17. Juventud de Príncipe | 51. El honor |
| 18. Juan José | 52. El sí de las niñas |
| 19. La sociedad ideal | 53. María Antonieta |
| 20. La cizaña | 54. La viuda alegre |
| 21. Entre ruinas | 55. El conde de Montecristo |
| 22. La vida es sueño | 56. Otelo |
| 23. Sabotage | 57. El Barbero de Sevilla |
| Pasa la ronda | 58. Daniel |
| 24. Magda | 59. Pecado de juventud |
| 25. El papá del Regimiento | 60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes |
| 26. El Alcalde de Zalamea | 61. La muerte civil |
| 27. Los dos pilletes | 62. La apuesta de Don Juan Tenorio |
| 28. D. Juan de Serrallonga | 63. Sor Teresa o El claustro y el mundo |
| 29. El Rey Lear | 64. La niña boba |
| 30. Espectros | 65. El pan de piedra |
| 31. Las Cigarras Hormigas | 66. Romeo y Julieta |
| 32. El registro de la policía | 67. Los Reyes ante la Inquisición |
| 33. El vergonzoso en palacio | 68. Felipe Derblay |
| 34. La fuerza de la conciencia | |
| 35. Aurora | |

Los malos pastores

Los Malos Pastores

DRAMA TRÁGICO EN CINCO ACTOS

POR

OCTAVIO MIRBEAU

Traducido del francés por

FELIPE CORTIELLA



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

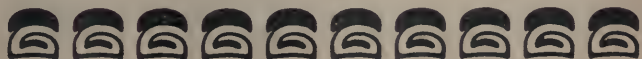
1913

Nadie podrá representar ni reim-
primir esta traducción sin permi-
so del traductor y de don Julio
Villeneau, representante del autor
en España.

Está encargada de cobrar los de-
rechos de representación la «So-
ciedad de Autores Españoles».



REFLEJO admirable y bastante fiel de las luchas y preocupaciones del presente; estremecimiento doloroso y esfuerzo titánico de uno de nuestros más grandes artistas contemporáneos ante el desgarrador espectáculo que ofrece la humanidad desdichada; orientación animosa y feliz de la clase obrera, fué estrenado este bello y grandioso drama en París, por la compañía de Sarah Bernhardt, el 14 de diciembre de 1897, en el Teatro de la Renaissance, desempeñando dicha célebre actriz el papel de Magdalena. En España se estrenó el 5 de enero de 1901, cuando, como ensayo de mi traducción catalana, representólo, en familia, una agrupación dramática compuesta de obreros entusiastas del arte emancipador, en el Teatro Lope de Vega, de Barcelona. Posteriormente, «Els Mals Pastors» se han venido representando, siempre con grandioso éxito, por compañías de profesionales en diversos teatros de Barcelona y del resto de Cataluña.—F. C.



PERSONAJES

MAGDALENA
JUAN ROULE
HARGAND
CAPRON
ROBERTO HARGAND
DUHORMEL
DE LA TROUDE
LUIS THIEUX
FELIPE HURTEAUX
UN CURIOSO
MAIGRET
CEFERINO BOURRU

CAMILLERO 1.º
ID 2.º
FRANCISCO GOUGE
JULIO PACOT
PEDRO ANSEAUME
JOSE BORDES
UN CRIADO
PEDRO PEINARD
LA MADRE CATHIARD
GENOVEVA
MARIANA RENAUD
UNA DONCELLA

Huelguistas, mujeres del pueblo, etc.

La acción en una ciudad industrial

EPOCA PRESENTE



ACTO PRIMERO

La escena representa el interior de la vivienda de un obrero en una ciudad obrera. Puerta al fondo, entre dos anchas ventanas, por donde se ve una fábrica, sus chimeneas, sus grandes cuadras. A la derecha, junto al tabique, dos camas de niño, y en el suelo, un colchón. A la izquierda, una puerta que da entrada a otra habitación. En el centro de la escena, cerca de un hornillo con tubo curvado que desaparece en la pared, una mesa llena de ropa blanca por coser. Aquí y allá, un armario, sillas con el asiento roto, mobiliario pobre.

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA, con los niños acostados.

(Al levantarse el telón, Magdalena ha concluido de acostar a los niños. Cantando en voz baja, les abraza en la cuna.)

MAGD. Vamos... no seáis malos, nenes... ¡Dormid!
(Se queda un instante inclinada sobre las camitas... En el hornillo hay un puchero calentándose... La puerta del fondo está abierta hacia la ciudad. A lo lejos se ve la fábrica, bajo un cielo oscurecido por el humo de la misma, iluminándose poco a poco, a medida que el día termina... Por la calle pasan obreros encorvados, rendidos de fatiga... Uno de los niños empieza a gritar.) Pablo: calla, hermoso... Duerme. (El niño calla... Entonces Magdalena va a sentarse cerca del hornillo, delante de la mesa; enciende la lámpara y empieza a coser... Un obrero pasa cantando. El can -

to decrece y se apaga completamente. . Silencio profundo... Entra la madre Cathiard, vieja, flaca, con un puchero en la mano.)

ESCENA II

MAGDALENA y la madre CATHIARD

MADRE ¿Tiene usted un poco de caldo que prestarme, Magdalena?

MAGD. Sí, madre Cathiard... Esta mañana nos han mandado de la quinta.

MADRE Es para mi hijo. Acaba de llegar ahora mismo con una calentura... una calentura... ¡Dios mío! A ver si también él se me pone enfermo...

MAGD. No, madre Cathiard... Ya sabe usted que aquí tener calentura es cosa corriente... y que no podemos comer... (Se levanta, le coge el puchero y se lo llena hasta la mitad.) He ahí todo el que puedo darle.

MADRE Gracias, Magdalena. (Señalando la puerta de la izquierda.) ¿Y su madre de usted?

MAGD. Peor... ¡Oh! ¡Mucho peor!

MADRE ¡Vea usted!... ¡Una mujer tan fuerte! ¡Bien se lo decía yo que se mataba a fuerza de pasar todas las noches cosiendo!

MAGD. ¡Sí!... Pero, ¿qué le vamos a hacer? ¡Era necesario!

MADRE Y usted también, Magdalena, vaya con cuidado. Está usted muy pálida desde hace algún tiempo... y apenas le queda cara... A su edad eso no es bueno... ¡nada bueno!

MAGD. Es preciso que el trabajo se haga, madre Cathiard... hay que ganarse la vida... Yo soy más fuerte de lo que parece.

MADRE (Sentándose cerca de Magdalena con el puchero sobre las rodillas.) ¿No lo sabe usted, Magdalena? Renaud, Thorel y Lourdier han sido despedidos esta mañana... ¡Otra canallada de Maigret, de seguro!

- MAGD. ¡Y no obstante, son buenos obreros!
- MADRE Sí, pero... (Mirando a su alrededor con desconfianza y en voz baja.) parece que el domingo se alabaron de haber votado contra el patrón... Habían bebido una copita de más, ¿comprende?... Aquí deberíamos tener siempre la lengua en el bolsillo... Se dice cualquier cosa... así... sin malicia... y en seguida se lo cuentan a Maigret... ¡y nos manda la propina!... ¡Y la Renaud, que se halla próxima a ser madre de un nuevo ser!... ¡Su séptimo, hija mía!... ¡Debe estar también furioso!... Yo no creo que el patrón sepa todo lo que aquí sucede... El señor Hargand es un hombre de carácter áspero, pero es un hombre justo... Y Maigret le hace odioso...
- MAGD. Es verdad... es verdad.
- MADRE Desde la muerte del ama, todo va de mal en peor para todos aquí... ¡Ah! Fué para nosotros una gran pérdida... ¡Psh! ¡Esta vanidosa Genoveva no la reemplazará nunca!... Oiga... Este mediodía he estado en la quinta...
- MAGD. ¡Ah!
- MADRE Sí, ahora soy yo quien sirve de modelo a la señorita Genoveva... como la madre de usted... Me pone en la cabeza una cosa encarnada... y después un delantal con rayas azules sobre las rodillas... y después una pañoleta sobre los hombros... y después una cesta de naranjas a mis pies... ¡Qué talento! ¡Y si viera usted aquel hermoso salón! ¡Qué de cosas hay allí! Espejos... bufetes... tapices... ¡y qué sé yo cuántas riquezas!... Y, ¿sabe usted lo que me ha dicho? Pues que soy más bella que la madre de usted... que tengo—no sé cómo me ha dicho—que tengo... cara de... ¡marfil! Sí, ¡eso ha dicho! ¿Qué le parece a usted?... (Silencio.) Me ha dado dos pesetas. ¿Le daba eso a la madre de usted?

- MAGD. Sí, señora.
- MADRE No viene mal... no viene mal... Ayuda algo. (Se levanta.) ¡Ah! ¿No lo sabe usted? El señorito Roberto ha llegado de París esta mañana. Habrá hecho paces con su padre. ¡Hacía muchos años que no venía por aquí!
- MAGD. Unos cuatro años.
- MADRE Desde la muerte de la señora Hargand... Es un buen muchacho, hija mía; muy atento y cariñoso: el retrato de su madre. Se dice que ahora es anarquista, y que si la fábrica fuese suya la daría a los obreros.... ¿Será verdad eso?
- MAGD. Se dicen tantas cosas...
- MADRE Tiene usted razón... Eso no quiere decir que el señorito Roberto tenga mal corazón... ni que se meta con nadie...; y aprecia a los obreros... Vaya, me marchó. (Mostrando el puchero de caldo) Mañana se lo devolveré. Buenas tardes, Magdalena, y mejor salud en casa.
- MAGD. Gracias, madre Cathiard.
- MADRE Y si tenéis necesidad de mí esta noche, llamadme.
- MAGD. Sí... sí... ¡Buenas tardes!
- MADRE ¡Buenas tardes! (Vase. Afuera, el día oscurece cada vez más. Por la calle pasan rápidas siluetas de obreros. Las llamaradas de la fábrica iluminan el cielo, más negro. Se oye el ruido de la maquinaria. Magdalena está inclinada sobre su labor. Entra Juan Roule.)

ESCENA III

JUAN ROULE y MAGDALENA

- JUAN Buenas tardes, niños.
- MAGD. Buenas tardes, señor Juan.
- JUAN El padre, ¿ha marchado ya a la fábrica?
- MAGD. No, señor Juan: no irá esta noche a la fábrica... (Señalando la puerta de la izquierda.) ¡Está con mi madre!

- JUAN ¿Pues?
- MAGD. ¡No hay ninguna esperanza!
- JUAN ¿Ha venido el médico?
- MAGD. Sí, hace poco... Le ha puesto la mano en la frente... le ha tomado el pulso... y ha dicho: «No hay nada más que hacer». ¡Y se ha ido! (Silencio.) ¡Y no volverá más!... (Silencio.) ¿Han llamado?
- JUAN No... (Con un gesto hacia fuera.) Alguno que canta... allá abajo... ¡o que llora! ¡Las voces, a lo lejos, no se sabe qué dicen!
- MAGD. (Escuchando.) ¡Es verdad!... ¡No es aquí! (se levanta, no obstante, y va hacia la puerta, la abre cuidadosamente y mira. Volviendo a la mesa.) Mi madre parece estar más tranquila...; padre se ha dormido... (Vuelve a sentarse y continúa el trabajo.) ¡Está tan cansado! Dos noches que no se separa de su lado. Y sólo es de hoy que no va a la fábrica.
- JUAN Usted también, Magdalena, debe estar muy cansada. Debiera acostarse un poco. Al menos, échese algunas horas sobre este colchón.
- MAGD. Tengo demasiado trabajo atrasado... y, además, es preciso que vaya y venga... Cuando madre necesita algo, padre es como un niño: no sabe encontrar nada... Si trabajo aquí, es porque comprendo que las puntadas de la aguja cerca del lecho de mi madre, a ella la molestan... la enervan mucho.
- JUAN (Paseando.) ¡Pobre Clemencia! (Silencio.) ¡Mientras pudo tenerse de pie, no descansó un momento! ¡Y el día que guardó cama es que ya era muerta! (Se sienta en un rincón. ¿Qué edad tiene?
- MAGD. ¡Cuarenta y cuatro años!
- JUAN (Con un gesto de desaliento.) ¡Cuarenta y cuatro años! (Silencio.) ¡Con su pobre cara arrugada y su cabeza blanca, parecía tener setenta!... ¡Cuarenta y cuatro años! (Silencio.) ¡Aquí hay muchos obreros que no llegan

ni siquiera a esa edad! ¡Aquí sólo se respira la muerte!... (Se oyen los silbidos y el rumor de la fábrica.) ¡No obstante, era una mujer robusta y valiente! ¡Estaba llena de vida!

MAGD. ¡Estaba llena de mal!

JUAN ¡Es la misma cosa!

MAGD. ¡Ha sufrido tanto y de tantas maneras! Pedro, un chico tan fuerte, tan animoso, muerto por las máquinas. José, por la tisis ¡a los diecinueve años! ¡Aquéllo fué para ella el último golpe!

JUAN ¡Sí... sí!

MAGD. ¡Lástima que usted no los haya conocido, señor Juan!

JUAN ¡Sí... sí! (Silencio.) ¡Había sido hermosa, su madre de usted, en otro tiempo?

MAGD. No lo sé... Yo la he visto siempre como ahora, como estaba hace un año, cuando usted la conoció... porque los años y la enfermedad apenas la han cambiado.

JUAN Yo no le era simpático, ¿verdad?

MAGD. Le encontraba demasiado sombrío... tenía un poco de miedo de usted.

JUAN ¿Y usted, Magdalena?

MAGD. ¡Oh! ¡Yo no tengo miedo de usted, señor Juan!

JUAN No me llame «señor Juan...» ¿Por qué me llama «señor Juan?»

MAGD. No sé... no lo puedo remediar... porque usted no es como los otros... porque usted es más que los otros... Yo no le comprendo bien siempre... y sus palabras se me escapan a veces, a veces... ¡pero siento que son hermosas... que son justas!... Mi madre era demasiado anciana... mi madre estaba demasiado cansada... para sentir eso... como yo...

JUAN Yo no soy más que los otros... Magdalena... Yo soy como los otros... un infeliz como los otros... Y tengo mucha tristeza... porque he visto muchos países... muchas miserias... Y no siempre tengo la fuerza y el

valor que quisiera tener... ¡Pero tengo mucho odio!

MAGD. Yo no sé si tiene usted odio... ¡Es tan bueno para con mi padre... tan cariñoso para con mis hermanitos y para conmigo!

JUAN ¡Es verdad! ¡Os quiero mucho... a todos! ¡Y quisiera que fueseis felices!

MAGD. Nadie es feliz aquí, se... (Conteniéndose por un gesto de Juan.) ¡Juan!

JUAN Nadie es feliz en ninguna parte...

MAGD. ¡Juan! ¡Juan! ¡Es usted, sobre todo, quien no es feliz!

JUAN (Levantándose y paseando, como queriendo ahogar la emoción que le embarga.) ¡De modo que usted se habrá de convertir en madre de estos pequeñuelos! (Señalando a los niños dormidos.) ¡Es usted muy joven para un deber tan penoso... y su padre empieza ya a ser bastante viejo! (Magdalena no responde y llora.) ¡Por qué llora?

MAGD. (Procurando contener el llanto.) Es el cansancio, tal vez... por mi madre... ¡por usted, también, Juan!... Desde que usted ha entrado que siento ansias de llorar... (Llorando sin poderse ya contener.) Y, además, yo no puedo... no podré nunca... me faltan fuerzas... ¡Juan! ¡Jamás podré ser lo que mi madre! Y no quiero... no quiero... ¡Preferiría morir!

JUAN (Cogiéndole las manos y acariciándoselas.) ¡Pobre Magdalena! (Magdalena cálmase un poco.) Llore... Sus nervios tienen necesidad de esas lágrimas...

MAGD. Dispense usted... perdóneme... Esto ha concluido. (Se levanta, reanima el fuego donde se cuece el puchero, enjuga sus lágrimas y vuelve a ponerse a coser. Juan va hacia la puerta de la calle. Es completamente de noche. La fábrica escupe llamardas. Óyese ruido de martillos. Por la calle pasan algunos obreros, detiénense, hablan en voz baja y desaparecen. Luis Ticux sale del cuarto de la enferma.)

ESCENA IV

Dichos y LUIS THIEUX

- LUIS Magdalena... tu madre te necesita... (Reparando en Juan.) ¡Ah! ¡Eres tú!
- JUAN ¿Qué hay?
- LUIS (Moviendo la cabeza.) La desgracia no puede salir de aquí... (Magdalena se dirige hacia el cuarto de la enferma.) ¡Esto no es justo!
- MAGD. He acostado a los niños. Estaban rendidos de sueño.
- LUIS Has hecho bien. Su madre no los llamará más. Su cabeza no está ya en esto... su cabeza no está ya en nada... (A Juan.) Me reconoce aún... ¡pero ya no comprendo lo que dice! (Sale Magdalena.)

ESCENA V

Dichos, menos MAGDALENA

- LUIS No saldrá de esta noche... ¡Y yo me había dormido a su lado como un bestia!... ¡Nunca me pude figurar que este caso llegaría!... ¡Qué va a ser de mí, ahora, sin ella! (Juan se pasea por la estancia, grave y pensativo. Cierra la puerta y va a sentarse cerca del hornillo. Luis Thieux mira a los niños.) ¿En qué parará todo esto, Dios mío?
- JUAN ¡En más miseria y más dolor!
- LUIS ¡Esto no es justo!
- JUAN ¡Y desaparecerán, como desaparecieron tus dos hijos mayores!
- LUIS ¡Esto no es justo! ¡Esto no es justo!
- JUAN ¿Qué es lo que no es justo?
- LUIS Yo jamás he hecho mal a nadie... he sido siempre un buen obrero.
- LUIS ¿Y qué?
- LUIS ¡Pues que yo digo que esto no es justo!

JUAN ¡Sí que lo es! ¡Puesto que tú lo quieres!...
puesto que te obstinas en quererlo!

LUIS ¡No... no... cállate! ¡No me hables de eso
en este momento! ¡Sufro demasiado!

JUAN Entonces... ¡esperaré! ¡Esperaré a que seas
feliz... esperaré a que nayas muerto... que
Magdalena muera... ¡que todos hayáis
muerto aquí! ¡No tendré que esperar mu-
cho!... ¡Tú, pues, no ves nada de lo que te
rodea! ¡No has reparado jamás en la pali-
dez de tu hija, y en su andar de vieja can-
sada, a los diez y ocho años... y en las me-
jillas undidas... y en los labios sin color...
y en las pobres manecitas de esqueleto de
estos de ahí!

LUIS ¡No me hables de eso! (Saca del armario un pe-
dazo de pan e intenta comer.) No tengo apetito.
Y sin embargo, desde ayer que no he co-
mido nada. No he tenido tiempo... Y aho-
ra esto no lo puedo tragar... ¡Aquí queda-
rá! (Vuelve a poner el pan en el armario, bebe agua
y se sienta también en un rincón. Prolongado silen-
cio.) Y tú, ¿no vas a la fábrica esta noche?

JUAN ¡Claro que no!... (Se acerca a Luis Thieux y le da
un golpe en el hombro.) Van aumentar tus
gastos... y no debe quedarte ya dinero...
Toma esto. (Le entrega algunas monedas de plata.)

LUIS ¡Te debo tanto!

JUAN Es de lo que hemos ganado juntos. Te per-
tenece. (Luis da las gracias silenciosamente y vuelve
a su actitud de abatimiento. Juan se pasea por la es-
tancia. Llaman a la puerta.) Han llamado a la
puerta... ¿Oyes? (Vuelven a llamar.)

LUIS ¡Adelante! (Entran Roberto y Genoveva. Esta trae
una cesta. Viste con sencillez.)

ESCENA VI

Dichos, GENOVEVA y ROBERTO.

- LUIS ¡Ah! ¡Señorita Genoveva! ¡Señorito Robertol! ¡Usted entre nosotros, señorito Robertol! ¡Cuánto tiempo sin verle por aquí!
- ROBER. Acabo de llegar. Genoveva me ha dicho que su esposa estaba enferma... ¡Pobre Thieux! (Le da un apretón de manos.)
- LUIS Sí, sí... ¡Una gran desgracia, señorito Robertol!
- GENOV. (Dejando la cesta sobre la mesa.) ¡Bueno... vamos!... ¿Cómo se encuentra esta tarde?
- LUIS ¡Ah, señorita! Mal, ¡muy mal!
- GENOV. Pero, en fin ¿qué tiene?
- LUIS Tiene, señorita Genoveva, que está gastada... que le faltan las fuerzas, la vida... Muero de cansancio y de penas.
- GENOV. Usted se alarma sin razón, con seguridad... ¡Reposo, reconstituyentes! Precisamente yo le traía vino añejo y otras cosas buenas que la fortalecerán.
- LUIS ¡Oh señorita! ¡Usted es demasiado buena! Mi mujer ya no puede tomar nada. Está perdida.
- GENOV. Pero ¿es posible? ¡No puede usted imaginar la pena que esto me causa! Porque ustedes son los viejos más fieles de aquí... y les quiero mucho. ¿Podría yo verla?
- LUIS Sí, señorita.
- GENOV. (Con un ligero movimiento hacia atrás.) ¿Está muy cambiada? ¿No da miedo verla? Porque yo no puedo ver cosas que den miedo...
- LUIS ¡Oh! Está natural. Parece que está durmiendo. Se alegrará de ver a usted por última vez.
- GENOV. ¡Cómo, por última vez! Si volveré, vendré todos los días... Usted verá cómo nosotros la curamos. (Reparando en los niños.) Y esos angelitos que duermen... ¡qué hermosos son! ¿Y Magdalena?

LUIS Está al lado de su madre.

GENOV. ¡Qué hija tan buena! ¿Por qué no viene nunca a verme? ¡Dígale usted que venga con frecuencia!

LUIS Es algo huraña.

GENOV. Yo la haré más sociable. La quiero mucho. Dígale usted que yo la quiero mucho... ¡Ah! Esta pobre Clemencia! (Examina distraídamente las labores que Magdalena ha dejado.) ¿Se acuerda usted cuando me servía de modelo? ¡Tenía una cabeza tan hermosa, tan triste! Una verdadera *Mater Dolorosa*... Hoy todo esto conmueve (Acercándose a Thieux.) Yo les haré un retrato, un gran retrato de Clemencia. (Roberto manifiesta con algunos gestos de impaciencia el disgusto que le causan las palabras de Genoveva.)

LUIS ¡Oh señorita!

GENOV. Sí... Sí... ¡un gran retrato!... Lléveme a su lado. Quiero verla... ¡Qué desgracia! ¡Tan buenas gentes, y después de tanto tiempo entre nosotros!

LUIS ¡Veintisiete años, señorita!

GENOV. ¡Veintisiete años! ¡Fígrese, pues!... ¡Es admirable! (Señalando la cesta.) Hay, además, dulces para los niños y un vestido para Magdalena (Dirigiéndose hacia la puerta acompañada de Thieux.) ¡Qué pena voy a sentir al verla! (Entra con Luis Thieux en la habitación de la enferma.)

(Durante esta escena Juan ha permanecido sentado, mirando a Genoveva con odio, a veces, y a Roberto con curiosidad persistente. Una vez solo con éste, se levanta, se cubre y se dirige lentamente hacia la puerta como si no le viese. Por la puerta abierta se ve la fábrica envuelta en llamaradas, humo y ruido.)

ESCENA VII

JUAN ROULE y ROBERTO

- ROBER. Dispense... ¿Se marcha usted?
- JUAN Sí.
- ROBER. ¿Soy yo quien le hace huir?
- JUAN Tal vez... No...
- ROBER. ¿Trabaja usted en la fábrica?
- JUAN ¿Qué le importa? ¡Yo u otro! (Va a marcharse.)
- ROBER. No se vaya; se lo ruego... Y dígame su nombre.
- JUAN Yo no tengo nombre.
- ROBER. ¡Ah! (Corto silencio.) ¿Por qué me habla usted así? ¡Usted no me conoce!
- JUAN ¿Por qué me interroga de esa manera? Yo no tengo nada que decirle...
- ROBER. (Tendiéndole la mano.) Soy su amigo...
- JUAN (Mirándole de arriba abajo con altivez.) Sí... sí... lo es... El hijo del amo, revolucionario y socialista... ¡anarquista también, de seguro! Está muy de moda, ahora, entre los burgueses... Esto sienta bien... espiritualiza... y encanta, con los millones que nosotros les ganamos. (Violento.) ¡Eal! Déjeme en paz.
- ROBER. Le prohíbo dudar de mi sinceridad.
- JUAN ¡Y yo le prohíbo creer en mi estupidez!
- ROBER. He dado ya pruebas... y daré más todavía...
- JUAN ¿Sus predicaciones?... ¿sus artículos?... ¿sus libros? Los conozco... los he leído... ¡Sí, ya los he leído! Es enternecedor, en efecto. ¡Reconciliación... felicidad universal... fraternidad! ¿Y qué más? ¡Ah! ¡La canta usted bien, la romanza!... Prefiero a su padre... Es duro, implacable, nos aniquila con el trabajo y con el hambre, esperando, sin duda, que nos fusilen; pero, al menos, con él nadie puede engañarse.

- ROBER. No se trata de mi padre: se trata de mí.
- JUAN (Levantando los hombros.) ¡De usted! Vaya, pues, con sus sonatas a los compañeros. Son unos pobres diablos, bestias doloridas, que no saben lo que quieren y que sólo creen en el poder de las palabras. Yo sólo creo en el poder de los actos... ¡y sé lo que quiero!
- ROBER. (Con tristeza.) ¿Está usted seguro de que lo sabe?
- JUAN (Con violencia.) Quiero vivir... vivir en mi carne, en mi cerebro, en la expansión de todos mis órganos, de todas mis facultades. ¡En vez de bestia de carga que anda a latigazos y máquina inconsciente puesta en movimiento para los demás... quiero ser un hombre, al fin... un hombre para mí mismol... Yo no sé por qué le digo todo esto... Son asuntos míos... y no de usted. ¡Abur! (Quiere alejarse.)
- ROBER. (Deteniéndole.) ¿Y si yo le facilito los medios de llegar a ser ese hombre... y de vivir?
- JUAN ¡Qué! ¿Limosna? ¿La cesta de su hermana? ¿Lo que sobre en su mesa? La divina caridad de una moneda de cinco pesetas, ¿no es eso? ¿Y el insulto de su piedad?
- ROBER. No... ni limosna ni piedad. La fe en usted mismo.
- JUAN (Amenazador.) La tengo.
- ROBER. Y en mí.
- JUAN (Con ironía.) Muchísimas gracias por el regalo. Sé bien lo que cuesta... ¡Ah! ¡Usted es popular aquí! Entre las llamas y el humo, abrasados, devorados, convulsos bajo el peso del hierro fundido, millares de seres humanos trabajan aquí... esperando de usted... no saben qué. En la actualidad usted representa el ideal lejano de su emancipación... su nombre halaga sus quimeras y frena sus ansias revolucionarias... Y mañana será usted... confíeselo... diputado, ¿eh?

ROBER. ¡No se burle! Eso no es digno de usted ni de mí.

ROULE. (Muy grave.) ¡Burlarme! Sí, verdaderamente me burlo... (Señalando al cuarto de la enferma y hablando con voz sordamente oprimida.) Aquí... en esta casa, tras esta puerta, una pobre mujer muere por usted, como por usted murieron dos de sus hijos, ¡jóvenes de veinte años!... como éstos (Señalando a los niños dormidos.) morirán, bien pronto, igualmente por usted!... ¡Ah! ¿Me ofrece la vida, la felicidad? Vaya al cementerio, alla abajo, al pequeño cementerio que por la noche nos hace respirar emanaciones tan pestilentes como las de su fábrica; vaya usted y remueva la tierra... ¡y dése cuenta de todos los que yacen allí muertos por usted... sí, por usted... y para que hoy pueda darse el lujo de ser amigo de mis sufrimientos y de mi miseria!... ¡Mi amigo! ¡Cómo! ¿Cuánto le paga su padre por eso?

ROBER.
JUAN

(Desalentado.) ¿Por qué me insulta usted?
¡La cosa es clara! Entre nosotros hay descontento; a pesar de nuestra resignación, de nuestro abandono, de nuestro embrutecimiento, mañana, quizá... ¡nos declararemos en huelga! ¡Oh! Su padre es lo suficiente rico para resistir... y la huelga, en la mayoría de los casos, sólo es perjudicial para nosotros, que pagamos las consecuencias... con más servilismo y miseria, siempre, y, a veces, con nuestra sangre. Esto lo sabemos de sobra. Pero, en fin, ¡también de la huelga puede surgir lo desconocido!... Ustedes mismos tiemblan por sus talleres, por su fortuna, o simplemente por sus beneficios. Se ha contado con la popularidad de usted... se ha calculado que su presencia haría que todo volviese al mismo estado de antes... Y usted ha venido presuroso... ¡Vamos! ¿Cuánto le paga

ROBER. su padre por tan hermosa y tan útil faena? ¿Por qué me insulta usted? Yo le ofrezco mi amistad sincera y fraternal... ¡Ah! ¡Se lo juro! ¡Y usted me insulta! ¡Cree ser un hombre libre, y no sabe, y no quiere elevarse por encima de los prejuicios del ignorante y de los bajos rencores del sectario! Yo le grito: «¡Marchemos juntos con la luz y el amor hacia el porvenir!» Y usted se está hundiendo cada vez más en el pasado de los edios impotentes... ¿Qué más debo decirle?

JUAN (Un tanto calmado y con pesadumbre por las últimas palabras de Roberto.) ¡Está bien! Me he equivocado... Quizá sea usted un buen sujeto... Pero ¿por qué ha venido usted a encontrarme? ¿Le había yo llamado? Usted va por un camino... yo por otro... No es posible ir juntos...

ROBER. ¿Qué sabe usted, puesto que tan mal sabe lo que yo soy?

JUAN Sé que entre usted y yo hay cosas muy distantes... y que no deben y que no pueden unirse...

ROBER. ¡Entre los que sufren, no hay corazones distanciados!

JUAN ¡Frases!

ROBER. Ahora mismo, cuando he entrado... ha sido usted, sobre todo, quien ha llamado mi atención... No sabía quien era... pero con su actitud, algo agresiva, y la tristeza... la inmensa tristeza con que me miraba... me ha inspirado simpatía... Y he querido hablarle... he querido manifestarle la fraternidad que mi corazón siente por usted... Nada más... Usted me rechaza... No sé qué más decirle.

JUAN ¡Pues ya ve usted!

ROBER. ¡Pero hombre! Comprendo su desconfianza porque adivino en usted una pobre alma llena de violencias, atormentada y turbulenta... Se lo suplico: escúcheme un ins-

tante... escúcheme... como si yo fuese uno que pasa por el camino por donde anda usted... otro viajero hacia la misma esperanza que usted... Yo no soy quien usted cree: me he creado una existencia libre de los prejuicios de mi casta; todas las ventajas, todos los privilegios que la fortuna ofrecía a mi juventud, los he despreciado... soy un trabajador como usted... no espero nada que no sea de mí mismo... y vivo de lo que gano...

JUAN

(Con infinita tristeza.) ¡Y yo muerol... (De pronto coge a Roberto de la mano, lo atrae hasta la puerta y con un gran gesto le señala la fábrica, cuyas llamas se destacan en las negruras de la noche.) ¡Pues bien! Esas llamas... ese humo... esas torturas... esas máquinas malditas que cada día, a todas horas, trituran y devoran mi cerebro, mi corazón, mi derecho a la felicidad y a la vida... eso... eso... esas bocas de horno... esas brasas siniestras... esas calderas que se alimentan de mis músculos... de mi voluntad... de mi libertad a grandes paladas... para hacer la riqueza y el poder social de un solo hombre... pues bien: apague usted eso... destrúyalo... hágalo volar todo.. (Suelta con rudeza la mano de Roberto.) Luego... podremos hablar...

ROBER.

¡Domínese, desgraciado! ¡Hay aquí una mujer moribunda... y unos niños que duermen! (Roberto cierra la puerta, Juan da algunos pasos y se sienta a un lado de la escena, apoyando la cabeza sobre las manos. Silencio. Roberto se aproxima y le pone una mano en los hombros.) Está usted más en calma ahora. (Juan levanta la vista y mira a Roberto ávidamente, sin hablarle.) Déme su mano... (Juan se la da.)

JUAN

ROBER.

He faltado... he...

(Interrumpiéndole dulcemente.) No hablemos más de eso... ¡Ah! Sus sufrimientos los conozco! ¡Son los míos! (Silencio. Entran Genoveva y Mag-

dalena Luis Thieux aparece en la puerta y, después de silenciosos saludos, se retira.)

ESCENA VIII

Dichos, GENOVEVA y MAGDALENA

GENOV. ¡Animo, Magdalena! ¡Es un triste momento éste. ¡He pasado por él! ¡La compadezco con todo mi corazón!

MAGD. ¡Gracias, señorita!

GENOV. Y, sobre todo, ¿no olvide usted que soy su amiga?

MAGD. Sí, señorita.

GENOV. Vamos... ¡adiós! Mañana mandaré a saber lo que ocurre por aquí. ¡Animo, ánimo! (Bes a Magdalena; Roberto le da un apretón de manos.) ¡Hasta mañana! (Ambos se van.)

ESCENA IX

JUAN y MAGDALENA

MAGD. ¡En fin! (Repara en la cesta y se vuelve a Juan, quien no se ha movido de su silla.)

JUAN Sí, ha sido ella quien la ha traído... (Con amargura.) ¡Hay un vestido para usted... dulces para los niños... y vino para su madre! ¡Es una persona muy caritativa!

MAGD. (Cogiendo la cesta y poniéndola sobre el armario.) ¡Hace lo que puede! (Silencio. Magdalena se sienta cerca de la mesa y vuelve a su trabajo.)

JUAN (Aproximándose a Magdalena y apoyando uno de sus brazos sobre el respaldo de la silla en que está sentada.) ¡Magdalena!

MAGD. ¡Juan!

JUAN La noche será muy larga para usted... y a mi me parece que no sabría irme a mi casa. ¿Permite que me quede un poco aquí... con usted?

MAGD. Sí, Juan... se lo agradeceré... Hará usted

bien en no dejarme sola... en no abandonar a mi padre... ¡Si la desgracia viene esta noche, le consolará usted!

JUAN Yo quisiera decir a usted algo que no le he dicho nunca.

MAGD. Hable, Juan... Cuando usted habla, soy menos desgraciada.

JUAN ¿De veras?

MAGD. ¡Oh, sí! Desde que usted es amigo nuestro y que viene por aquí casi todos los días... es verdad... creo que soy menos desgraciada...

JUAN ¡Magdalena!

MAGD. Al menos, me lo figuro... Olvido por unos momentos mi desgracia, y, entretanto, es como si no existiera. ¡Hasta los niños! Cuando está usted entre nosotros, no lloran nunca... ¡Les sabe usted hablar tan bien, a los niños!... ¡les hace jugar sobre sus rodillas... les cuenta cuentos tan hermosos!

JUAN (Con emoción.) Lo que he de decirle, Magdalena, son cuentos alegres... son palabras graves... porque son palabras de amor... (Movimiento en Magdalena.) Y el momento de decírselas... es grave también... porque es el de la muerte! (Magdalena se estremece.) Magdalena, yo le doy mi vida... ¿Quiere usted darme la suya? (Magdalena interrumpe su trabajo y mira a Juan con adoración y tristeza.) ¡Contésteme usted, Magdalena!

MAGD. (Con voz emocionada y temblorosa.) Yo no puedo abandonar a mi padre... no puedo abandonar a los niños, que no tienen a nadie más que a mí, ahora...

JUAN No pido que abandone su deber... Pido ayudarla a cumplirle tanto como me sea posible... ¡Con ser dos, no por eso seremos demasiados!

MAGD. Mi padre le quiere a usted mucho, Juan... pero tiene miedo de lo que usted es... ¡Usted es un misterio para él! ¡Y es tan tímido!

do! Sabe usted que no ha fijado aquí su residencia... que se marchará pronto... Ayer mismo decía: «¡Oh! Juan tiene en la cabeza ideas que no son buenas. ¡Le ocurrirá alguna desgracia!» Mi padre se opondrá a que yo sea suya...

JUAN Usted se pertenece por completo... Usted no es de nadie más que de sí misma... Nadie tiene derecho a decidir sobre su destino...

MAGD. ¡Mi destino! ¡Está en esta casa... con los que en ella quedan y me necesitan!

JUAN ¿Me ama usted?

MAGD. Desde el día que entró usted aquí por vez primera....

JUAN Entonces ¿qué...?

MAGD. Que no hay que pensar en lo que pretende... porque si usted se marcha... yo no podré... no deberé seguirle...

JUAN No puedo prometer, en efecto, quedarme aquí para siempre... Pueden ocurrir sucesos... que no dependa de mi evitar... (Con energía.) Puede ocurrir, también, que todo el mundo se vea obligado a partir... (Corto silencio.) ¡Pero yo, en tanto pueda, no marcharé!

MAGD. Por mí, Juan, no debe quedarse... Yo no soy nada ante lo que usted haya decidido realizar...

JUAN ¿Qué quiere usted decir?

MAGD. No sé nada, puesto que nada me ha confiado... pero hace mucho tiempo que veo en sus ojos lo que hay en su alma... Y, además, usted mismo acaba de decir: «Puede ocurrir, también, que todo el mundo se vea obligado a partir». (Silencio.)

JUAN (Soñador.) No he decidido nada, Magdalena... He soñado... sí, he soñado... en cosas, tal vez... en grandes cosas, tal vez... Pero si la fiebre de acción, si el deseo de lucha renacen en mí... ¿es para usted... por usted... con usted!...

MAGD. ¡Para mí!... ¡conmigo!... Si yo soy una pobre muchacha, triste y enferma... ¡Fuese bella!

JUAN ¡Fuesa bella!... ¡Oh Magdalena! Usted no tiene la belleza insolente de los ricos, hecha con nuestros despojos y con nuestra hambre... Usted tiene la belleza que yo amo... la belleza santa del sufrimiento... ¡y yo me arrodillo ante usted!... (Le coge las manos.) Su pobre rostro ya marchito... sus hombros encorvados... sus manos, sus manecitas pálidas... con los dedos deformados por el trabajo... y sus ojos... ¡ah! sus ojos ya enrojecidos de tantas tristezas y de tantas lágrimas... ¡no sabe usted de qué amor potente y sagrado han henchido mi corazón! ¡Y cómo han avivado mi odio, también!... ¡Fuese, bella!... ¡Porque usted no ha sido joven todavía... porque usted ha sufrido demasiadas miserias siempre! ¡Usted es como una pobre plantecita que jamás hubiese visto la luz! Pero la luz, ¡si yo se la llevo! La juventud, ¡si yo se la doy! La miseria, ¡si yo se la borro, con toda mi ternura, de su rostro y de su corazón!...

MAGD. No me diga usted eso... no me diga eso... ¡Me hace llorar!

JUAN ¡Y su alma! ¡Cree que no la he adivinado, entre las demás, su alma de pureza, de sacrificio, de heroísmo tranquilo y dulce... Pues bien, sí: tengo una obra de venganza y de justicia por realizar... Pero para ello necesito de una compañera como usted... ¡una mujer de alma valiente como la suya!

MAGD. Juan... no me diga usted eso... ¡se lo ruego! Yo no tengo ninguna valentía... Bien lo ve: ¡no hago más que llorar!

JUAN Porque usted es sola... sola... frente a cosas muy terribles... Dos, unidos por el amor... no temen nada... ni a la muerte.

MAGD. (Con exaltación,) ¡No la temo yo a la muerte!

Sólo temo no tener fuerza para hacer... lo que he de hacer ahora...

JUAN

¡Usted ha de ser feliz! Y yo debo asegurar su felicidad: usted conquistarla. Hoy me siento con alientos para todo. (Se sienta cerca de Magdalena.) ¡Ah! ¡Falta que le abra toda mi alma! ¡Escuche usted! Cuando llegué aquí hace un año, estaba aburrido... ¡oh!... ¡muy aburrido, se lo juro!... cansado de luchar... perdida la fe en los hombres y en mí mismo. Había dado mi vida a los demás... había gastado por los demás... Y no me habían comprendido... ¡no me han comprendido en ninguna parte! ¡Y cuidado que he corrido mundo, Magdalena! He estado en el Brasil, en Nueva York, en España, en Bélgica, en Inglaterra, he cruzado la Francia, y por todas partes he atravesado los infiernos del trabajo... los presidios de la explotación humana... ¡Qué horrores! ¡Y, por todas partes, he tropezado con la ignorancia salvaje, con la malicia bestial, con ese muro infranqueable que es el cerebro del proletario!... Siempre que intenté despertar la conciencia en el corazón de los individuos... siempre que hablé a las multitudes de justicia y de revolución, de solidaridad y de belleza... ¡ah, sí!... unos se rieron en mis barbas... otros me denunciaron... ¡Y no faltó quienes dijeran que yo era de la policía!... ¡Esclavos y brutos! ¡Infelices, Juan... y tanto más de sentir que no puedan comprender! ¡Eso no es culpa suya!

MAGD.

JUAN

(Reflexionando.) Si comprendieran... (Con un gran gesto.) la obra estaría hecha... (Silencio.) ¡Todos seríamos felices! (Silencio, durante el cual Juan queda como perdido en un sueño.)

MAGD.

JUAN

¿No dice usted nada más?
(Continuando su narración.) ¡Era, cada vez, una caída más profunda desde lo alto de mis ensueños! ¡Y era también, cada vez, más

miseria, más dolor para mí!... Fuí expulsado de Río Janeiro a consecuencia de una huelga... Refugiado en España, en seguida me delataron. Englobado en una conspiración anarquista, detenido sin razón, condenado sin pruebas... durante dos interminables años—¡ah, no sé cómo no he dejado entre las manos de mis torturadores lo que me quedaba de inteligencia y de vida!...— me pudría en los terribles calabozos de Barcelona... ¡y sólo salí de ellos para ver agarrotar, en medio de una multitud ebria de sangre, a mi amigo Bernal Díaz... un joven con corazón de héroe y del cual le he hablado alguna vez!

MAGD.

JUAN

¡Ah, sí, sí! ¡Aquello debió ser horrible! Había jurado vengarle... pero a veces le falta a uno el valor necesario... ¡Cuando el estómago está vacío, ¿comprende usted?... el corazón late con menos ímpetu! (Silencio.)

MAGD.

JUAN

¿Y luego? Luego... molestado por la policía, sin trabajo, sin hogar, errante de una población a otra, muerto de hambre, un día, en Burdeos, me detuvieron ¡porque había robado un pan!

MAGD.

JUAN

¡Cuánto ha sufrido usted! He sufrido, sí... pero más que por los días de hambre, más que por las noches a la serena, más que por las angustias que consumen a los vagabundos por caminos solitarios y en las ciudades, donde todo el mundo les rechaza, ¡he sufrido por la indiferencia de los hombres y por la inutilidad de mis esfuerzos enseñándoles a ser felices! He sufrido por mí mismo, sobre todo... por mi debilidad intelectual, por mi ignorancia, por todo lo vago, por todo ese confuso hervidero en que se perdían mis energías. Y con frecuencia me preguntaba si verdaderamente tenía yo derecho de arrancar a los miserables de sus tinieblas ¡para hundirles,

más hondo quizá, en mi noche conmigo!... ¡Roberto Hargand tenía razón ahora mismo! ¡Oh! ¡No saber nada!... ¡verse detenido a cada instante, en un entusiasmo, por la propia impotencia!... ¡Y esa idea horrorosa de que tal vez la justicia no existe!...

MAGD. (Con esfuerzo.) ¡Usted, Juan! ¡Usted! ¡Usted que sabe tan grandes cosas! ¡Usted que dice cosas tan bellas como las que contienen los libros!

JUAN ¡El vacío contienen los libros, pobre Magdalena! (Irguiéndose.) ¡Pero todo ha concluido! Al llegar aquí, después de tantos sufrimientos, de tantas decepciones, de tan penosas caminatas; después de haber amado esta pobre casa, que para mí era como una familia, yo que nunca la tuve; después de haberla querido, Magdalena, más que como a mujer, como una creencia nuevamente hallada... todas mis angustias morales, todas mis dudas se han disipado... Ni siquiera me acuerdo... Con nuevas fuerzas, con fe más ardiente en el porvenir, reconquistó todo mi orgullo... Y es a ti a quien yo debo el haberme transformado en ese hombre nuevo... porque no es a ti solamente que amo, ¿entiendes?... ¡es a toda la humanidad, y todo el porvenir y todos mis ensueños que adoro en ti! (La toma en sus brazos.)

MAGD. (Abandonándose.) ¡Calle usted! ¡Oh! ¡Calle usted! ¡Esas palabras no pueden ser pronunciadas para mis oídos! ¡Son demasiado hermosas! ¡Yo no puedo tener derecho a tanta ventura!

JUAN Nos lo pueden quitar todo, Magdalena... pero no pueden quitarnos esa felicidad que nos hemos creado nosotros mismos... Los dos, en adelante, seremos fuertes contra el infortunio... ¡Tú por mí... yo por ti!

MAGD. (Con éxtasis.) ¡Eso no es posible! ¡No es posible!

JUAN Y cuando, en nuestra casa, vuelva yo del trabajo o de la lucha, cansado, tal vez... rendido también, tal vez, ¡pensaré en esa dicha, en esa luz... tus ojos, Magdalena, tu voz, Magdalena, tu corazón, Magdalena... tus grandes alientos, Magdalena, Magdalena, Magdalena!

MAGD. (Casi desfallecida.) ¡Oh Juan! ¡Juan! ¿Es posible? ¡Los pobres como nosotros pueden ser felices! ¡No vayas a creermé más de lo que soy!

JUAN ¡Tú eres aquélla por quien creo todavía en lo que debe ser!

MAGD. ¡Es demasiado... demasiado! ¡Tú me enloqueces! ¿Y si no fuera posible? ¡Sólo haber entrevisto la felicidad! ¡Ah! Estoy segura: ¡me moriría! (Juan la estrecha castamente. Magdalena se abandona por completo.) ¿De dónde has venido, Juan mío, para tal milagro? En tus brazos me siento fuerte y ligera... no noto ya el peso de mi cuerpo... ni el peso de mi corazón... ¡Soy feliz... feliz... feliz! (Llorando.) ¡Cómo late tu corazón junto al mío!

JUAN ¡Calla!

MAGD. ¡Sí... sí...

JUAN ¡Descansa sobre mí...

MAGD. ¡Sí... sí... (Silencio. Con voz débil.) ¿Y el padre? ¿Y los pequeños?

JUAN (Meciéndola.) ¡Nosotros los guardaremos... los protegeremos! (Silencio.)

MAGD. (Como soñando.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es esto posible? (De pronto se desprende de los brazos de Juan, se levanta y mira hacia donde se halla la enferma. Con ansiedad.) ¿Y mi madre?... ¿Y mi madre?... ¡Allí!...

JUAN (Habiéndose levantado y mirando al mismo sitio.) ¡Magdalena!

MAGD. Ha gritado... ¡Me llama! (Se oye como un ruido ahogado: «¡Magdalena! ¡Magdalena!») ¡Ah!

JUAN ¡La desgracia! (Se abre la puerta. Aparece Luis Thieux con el semblante descompuesto, huraño y con paso inseguro.)

ESCENA X

Dichos y Luis Thieux

MAGD. ¡Mi madre ha muerto! ¡Mi madre ha muerto!... (Se precipita al cuarto. Se oye su voz, sus sollozos, sus gritos.) ¡Madre! ¡Madre! ¡Madre ha muerto! (Luis Thieux anda sin fuerzas apenas. Juan le sostiene y le hace sentar en una silla, en la que cae como un peso inerte, dejando caer la cabeza sobre las manos. La fabrica, a lo lejos, trabaja febrilmente.)

ESCENA XI

JUAN, LUIS THIEUX, la madre CATHIARD y un grupo de mujeres ancianas

(La madre Cathiard y algunas vecinas, aparecen en el dintel de la puerta. Al rumor, Juan vuelve la cabeza y hace señas a las mujeres de que el fatal desenlace se ha consumado. Gestos lastimeros de las mujeres, quienes se retiran silenciosas, cerrando la puerta.)

ESCENA XII

LUIS THIEUX y JUÁN

JUAN (Después de un silencio, de pie junto a Thieux.) ¿Todo ha terminado, pues? (Se oyen los sollozos de Magla'ena. Juan va a cerrar la puerta y vuelve al lado de Thieux.) ¡Pobre Thieux!

LUIS ¡Una mujer como ella! ¡Una mujer como ella!... ¡Yo me ahogo! ¡Qué calor! ¡Aire! Abre la puerta... (Juan va a abrir. La fábrica ahora parece un incendio. Durante toda la escena arroja, furiosa, llamaradas rojas y verdes y produce un ruido infernal. Juan vuelve al lado de Luis.) ¡Una mujer como ella! ¡Una mujer como ella! (Juan abandona durante algunos momentos a Thieux en su

dolor, y después, cariñosamente, le pone la mano en el hombro.)

JUAN ¡Sé un hombre, viejo compañero mío! No eres tú solo el que sufre aquí... ¡Piensa en Magdalena... piensa en tus pequeños! Estos son los momentos de mostrar valor y resolución... ¡Es necesario acostumbrarse a dominar la muerte!

LUIS (Moviendo la cabeza.) ¡Todo ha terminado... todo!

JUAN Ha terminado para ti... ¡Bien! ¡Pero para ellos, ahora empieza! ¡Vamos! ¡Recobra tus energías... y mira la miseria que te rodea! ¡Es el momento preciso!

LUIS (Algo irritado.) Y ¿qué quieres que haga?

JUAN ¡Tu deber!

LUIS (Con cierta timidez.) ¡No, hoy no! ¡No me hables de eso! ¡No, hoy no!

JUAN (Señalando el cuarto de la muerte.) ¿En qué otro momento de tu dolor puedo hablarte mejor que hoy?

LUIS ¡Déjame! ¡Déjame! ¡No puedo! ¡No puedo!

JUAN ¡Tú te crees obligado por el reconocimiento hacia el burgués, hacia su hija, a quien tuve intento de estrangular hace poco! ¿Sus atenciones te encadenan? ¡Hablemos, pues, de ellas! ¡Hace veintisiete años que las gozas! ¿Cuánto has adelantado? Privaciones... deudas... ¡y la muerte, siempre!

LUIS (Tapándose los ojos.) ¡Déjame... te lo suplico .. te lo ruego!

JUAN ¡Pero mira a tu alrededor... mírate a ti mismo! ¡Estás al borde de la vejez, extenuado por el rudo trabajo de toda tu vida, medio muerto por el aire envenenado que aquí se respira... Tú no eres ya más que una escoria humana... Tus dos hijos mayores, que serían tu sostén... han muerto de eso... (Señalando la fábrica.) tu mujer ha muerto de eso... Magdalena y tus pequeños, que necesitan aire, alimentarse bien, algo de alegría, sol en el corazón, confianza...

mueren de eso, lentamente, todos los días... ¡Y es por semejantes atenciones que son muertos...—muertes voluntarias y calculadas, ¿entiendes?...—y que abandonas en manos de tus asesinos... de los asesinos de tu familia... tu libertad y la parte de vida de los tuyos! Es por mentiras, por vergonzosas limosnas, por trapos inútiles, por lo que estorba en las cocinas que su caridad arroja a tu estómago hambriento como se arroja un hueso a un perro... ¡Es por eso... por eso que te obstinas en no apiadarte de ti mismo, en no tomar lo que es tuyo... y en continuar siendo la bestia sumida al basto y al yugo, en vez de elevarte hasta el esfuerzo de ser un hombre!

LUIS
JUAN

¡No... no... hoy, no!
¡Hoy, no! ¿Cuándo, pues? ¿Qué otras muertes esperas? En este ambiente maldito, sobre este suelo de suplicios y de terror, en donde es un verdadero crimen que, desde hace cien años, nadie, bajo la extenuación producida por el cansancio y la mortandad ocasionada por el hambre, se atreva a levantar la voz; si yo he hecho lo que he hecho... si he podido hacer comprender la necesidad de un cambio, la necesidad de la huelga, a seres que jamás habían comprendido otra cosa que la resignación en sus martirios, si he logrado remover esas almas inertes y sin energías... ¡ha sido por ti, mi pobre Thieux; por los tuyos, a quienes he consagrado todo mi amor y toda mi piedad!... ¡Ah! ¡Cómo no has podido comprender esto! ¿Cómo tu espíritu no ha reaccionado al calor del mío? ¿Y cómo, a fuerza de sufrir, no te has dado cuenta por ti mismo de que hay horas heroicas y dolorosas en que es preciso saber intentar todo... en que es necesario saber morir por los demás?

- LUIS (Obstinado, con voz de niño.) Lo comprendo... lo comprendo... pero, hoy, no... ¡Déjame llorar... no me hables más hoy!
- JUAN Bueno... mañana, cuando sientas tu casa algo más vacía de seres queridos... cuando veas que, si la pobre muerta se ha ido, la muerte continúa aquí, siempre en acecho, y que se aferra al corazón de los que todavía están a tu lado... ¿por cuánto tiempo?... ¡tú vendrás, por ti mismo, a gritarme venganza! Tienes razón... No te hablaré más esta noche... ¡Vamos, descansa! Acuéstate sobre ese colchón...
- LUIS (Pasando por delante de los niños, sollozando.) ¡Esos pobres niños! ¡Esa pobre Magdalena! ¡Es verdad! ¡Esto no es justo!
- JUAN (Haciéndole acostar sobre el colchón.) Haz por dormir un poco... ¡Quisiera poderte mecer como se mece a los niños! ¡Duerme!
- LUIS (Señalando la estancia de la muerta.) ¡Quisiera besarla! ¡No la he besado todavía!
- JUAN Luego la besarás... Yo te llevaré a su lado... ¡Duerme!
- LUIS ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Esto no es justo! ¡Esto no es justo! (En este momento entra por el fondo la madre Cathiard con una rama de lilas en la mano.)

ESCENA XIII

Dichos, la madre CATHIARD y dos ancianas

Juan señala la estancia de la muerta. La madre Cathiard va a depositar la rama, vuelve, atraviesa la escena y vase. Otra anciana aparece con otra rama en la mano. Juan le indica, como a la anterior, el sitio donde yace Clemencia. Va igualmente a depositar las flores, vuelve, atraviesa la escena y vase. Llega otra anciana sin nada en la mano. Se arrodilla en el umbral de la puerta, hace la señal de la cruz: murmura una plegaria, se levanta y se va.

ESCENA XIV

LUIS THIEUX y JUAN

LUIS (Incorporándose sobre el colchón.) Cierra la puerta... No puedo ver más la fábrica. ¡No quiero oirla más, la fábrica! (Juan va a cerrar la puerta. Entretanto cae el telón.

TELON

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

Un lujoso estudio de pintor. Puerta grande en el fondo, abierta en dos hojas sobre un rico vestíbulo iluminado por una amplia abertura que se presenta, en perspectiva, en el rectángulo de la puerta. Por el vestíbulo se ve la rampa de una escalera monumental, toda dorada, con estatuas en las paredes, tapicería antigua y cuadros, que cortan las líneas cuadradas de la puerta. En el taller, a la derecha, una gran abertura. Puerta a la izquierda, disimulada por un portier de seda bordada. Caballetes sosteniendo telas. Asientos adornados con pequeñas estatuas. En las paredes, que son blancas, tapices, telas preciosas, estudios.

ESCENA PRIMERA

La madre CATHIARD y una doncella

La madre Cathiard está en el taller esperando a Genoveva. Lo mira todo, muebles, tapices, caprichos de fantasía, con ojos mezcla de admiración y odio. La doncella la vigila visiblemente, poniendo en orden los objetos, cuidando las flores que hay en jarros. No se hablan... Cuando la doncella mira a la madre Cathiard le hace a ésta gestos insolentes, de desdén, con el mayor descaro. Juego de escena.

DONC. (Oyendo pasos en la escalera.) ¡He aquí la señorita! (Entra Genoveva. La doncella se retira.)

ESCENA II

GENOVEVA y la madre CATHIARD

- GENOV. Llego algo tarde. (La madre Cathiard se inclina respetuosamente. Mirando el reloj.) ¡Las dos! ¡Esto es horrible! (A la madre Cathiard.) Pero vamos a adelantar el tiempo perdido, ¿no es verdad? (Dispone la tela y prepara la paleta.)
- MADRE (Con aire obsequioso, en el que, no obstante, se advina un resto de odio.) ¡Ya lo creo, señorita, que lo adelantaremos!
- GENOV. Arréglese usted como ayer... Vamos... de prisa... Los menesteres están ahí. (Indica un paquete que hay sobre un diván.)
- MADRE Sí, señorita... (Entra un criado llevando una bandeja con copas y botellas, que deja sobre una mesa y se retira.)
- GENOV. (Mientras la madre Cathiard deshace el paquete y se arregla.) ¿Y qué? ¿Tendremos huelga, finalmente, esta vez? ¡Era de temer!
- MADRE (Con la vista baja.) Yo no sé nada, señorita.
- GENOV. ¡Cómo que usted no sabe nada!
- MADRE ¡Oh! ¡Yo no me ocupo de esas cosas!
- GENOV. De todos modos, usted no puede ignorar que en este momento hay una reunión de obreros en el Salón Fagnier... ¡y que tal vez dentro de una hora habrán votado la huelga!
- MADRE ¡Es posible! ¡Es posible! Pero yo no sé nada... Y ¿cómo quiere usted, señorita...?
- GENOV. ¡Vamos! Bien debe usted haber oído hablar a unos y a otros... ¡Pues fué menudo el ruido que metieron anoche! ¡Y, luego, los carteles rojos... y las proclamas! ¡Todos esos horrores!
- MADRE ¡Sí, es cierto! He oído por aquí y por allá... Pero ya comprenderá usted, señorita, que a mi edad... esas cosas entran por un oído y salen por el otro!
- GENOV. En fin, ¿no quiere usted decir nada?

- MADRE ¡Jesús bondadoso! ¿Usted cree que vienen a contarme sus asuntos? ¡Sí, ya! Mire usted: yo la diré lo que yo creo... Yo creo que lo de las máquinas... es jerga... y que no habrá más huelga que en el hueco de mi mano... Después de la contestación de su padre de usted a los delegados... reflexionaron... ¡ya lo supondrá usted!
- GENOV. Que lo mediten bien, porque mi padre acaba ya la paciencia... Ha hecho cuanto podía... Más de cuanto podía! ¡Si son tercetos, les aplastará!
- MADRE ¡Sí... sí!
- GENOV. ¿Y su hijo de usted?
- MADRE ¿Mi hijo?
- GENOV. ¡Sí, su hijo! ¡A ver si también va usted a decir que no sabe nada de él!
- MADRE (Molestada.) Es joven... débil... le falta sesera... y se deja arrastrar por unos y otros... ¡Pero, en el fondo, es todo de una pieza... es bueno!
- GENOV. Parece, por el contrario, que es de los más exaltados!
- MADRE ¡Quién! ¿Mi hijo? ¡Cielo santo! Quienes se lo hayan dicho a usted son unos famosos embusteros, respetando a la señorita, que quieren perjudicarme. Hay que oírle cuando habla de usted y de su padre... Les lleva a ustedes mucha inclinación... ¡ya lo creo!... mucha inclinación...
- GENOV. ¡Tanto mejor! ¡Ya comprenderá que yo no podría continuar con usted si su hijo fuera enemigo nuestro! ¡Tan buena como soy para con todo el mundo!
- MADRE ¡Sí, es verdad! ¡Cuánto enredo! ¡Cuánto enredo!
- GENOV. ¿Y Magdalena? ¿Y Thieux? ¿No es eso vergonzoso!
- MADRE (Con voz sin expresión.) ¡Oh! Por eso...
- GENOV. ¡Gentes a quienes hemos colmado de favores! ¡Bien lo sabe usted!
- MADRE (Con el mismo juego.) ¡Oh! ¡Oh!

- GENOV. ¡Eso es una infamia! ¡Me lo deben todo! Pero, en adelante, que vayan, ella y su padre, a pedir socorro a su Juan Roule!
- MADRE (Con el mismo juego.) ¡Sí, sí!
- GENOV. Y ¿quién es ese Juan Roule que dirige este movimiento?
- MADRE No sé... ¿Cómo?...
- GENOV. ¡Un mal hombre! ¡Un bandido! ¡Un asesino! ¡Yo le vi en casa de Thieux el día que murió Clemencia! ¡Ah! ¡Cómo me miraba! ¡Qué ojos ponía!
- MADRE ¡Vea usted esto! (Ha concluido de arreglarse.) Señorita Genoveva... ¡estoy ya dispuesta!
- GENOV. Sí, sí... trabajemos... Será mejor que decir palabras inútiles... Pero, en fin, ¿qué es lo que quieren? Quisiera saber qué es lo que quieren.
- MADRE (Levantando los hombros.) ¡Eso! ¿Qué es lo que quieren? (Entra Roberto.)

ESCENA III

ROBERTO, GENOVEVA y la MADRE CATHIARD

- GENOV. (Disgustada.) ¡Ah! ¿Eres tú?
- ROBER. (A la madre Cathiard, que se inclina.) ¡Buenos días, madre Cathiard! (A Genoveva.) ¿Te molesto?
- GENOV. No... Pero ¿por qué no te has quedado con nuestros amigos?
- ROBER. No podía más...
- GENOV. Tú deseas hablar, y a mí me disgusta cuando estoy trabajando... (Roberto se acerca al lienzo. Genoveva lo vuelve del revés contra el caballete.) ¡Ah! ¿Ves? No... no... no quiero... Aun te burlarías de mí... (A la madre Cathiard.) ¿Y la cesta de las naranjas? (La madre Cathiard hace un gesto que significa que se ha olvidado y va a buscarla a un cuarto del fondo del taller.)
- ROBER. Querida Genoveva... ¡tus amigos me irritan! ¡Me hacen daño! Creí no poder llegar

- al fin del almuerzo... Y si ahora mismo no me hubiese escapado de la mesa en que toman café, hablando de mujeres, de la inmortalidad del alma, del socialismo del papa, de caza y de caballos... ¡creo que estallo! Aquí ocurren cosas terribles... ¡y ya ves de lo que se preocupan! ¡Yo no sé cómo mi padre puede vivir con tales imbéciles!
- GENOV. ¡A ti, es sabido: todo el mundo te parece imbecil! Pero ¿no sabes que antes de marcharse vendrán aquí?
- ROBER. ¡Ah! Aquí hablarán de arte... ¡porque también tienen ideas sobre arte! No serán ya odiosos: ¡no serán más que cómicos! y sus gracias me confortan... me hacen sentir más orgulloso de mí mismo. (La madre Cathiard vuelve con la cesta de naranjas.)
- GENOV. Pues... toma un libro... lee... y cállate (A la madre Cathiard.) ¡Usted y yo, ahora. (Roberto se sienta en un diván... Genoveva se sienta frente al caballete, que pone a punto. A Roberto.) Y bien, ¿lee tú?
- ROBER. (Entre serio y burlón.) ¡En tu alma leo yo!
- GENOV. ¡Qué enervador eres! (Silencio. La madre Cathiard ha adoptado la postura debida. Genoveva compara el modelo y la tela con ligeros movimientos de cabeza.) No es del todo esto... La cabeza un poco más a la izquierda, un poco más inclinada... un poquito más... ¡Ah! Bien... ¡Muy bien! ¡No se mueva usted! (Se levanta, le arregla algunos pliegues de la ropa y mira el efecto... Con gestos de pintor.) ¡Qué bella es! ¡Qué líneas! ¡Qué matices! ¡Qué... (Acaba la frase con un gesto. Se pone a pintar. Silencio. ¡Oh! ¡Esos tonos de marfil viejo! ¡Esa cara ahuecada... esa demacración!... ¡Es exaltante! (Silencio. Al cabo de algunos segundos Genoveva frunce el ceño y se pone la paleta sobre las rodillas, más atenta y grave.) No, no es del todo esto... No sé qué hay hoy... No encuentro la expresión... Madre Cathiard, le falta a usted expresión... Hoy en su cara hay dureza y ren-

COR... (La madre Cathiard hace por cambiar la expresión de la cara.) No... no es esto... ¡Le falta a usted sentimiento!... Haga por tener un aspecto de tristeza... ¡de mucha tristeza! Usted no tiene rencor... ¡tiene tristeza! Recuerde lo que le he dicho... Haga como si pasara mucha miseria... muchas penas... ¡Haga como si llorara! (La fisonomía de la madre Cathiard adquiere una expresión siniestra. Dirige a Genoveva miradas como las de la loba. Roberto, que ha presenciado la escena, se levanta del diván.) Vámonos... ¿no me comprende? (Con alguna impaciencia) ¡Como si llorara! ¡Eso no es nada difícil! (La intensidad y fijeza de la mirada de la anciana resultan tan molestas para Genoveva, que ésta, de pronto, se levanta también y retrocede.) ¿Por qué me mira así. ¡Usted jamás me había mirado de ese modo! ¿Es que se ha puesto mala? (Interviniendo severamente.) ¡Genoveva!

ROBER.

GENOV.

ROBER.

(Excitada.) ¿Qué quieres?
Tú eres demasiado nerviosa... no estás en disposición de trabajar... Y usted, madre Cathiard, váyase a su casa. (La madre Cathiard mira a Genoveva y a Roberto como no comprendiendo.) ¡Es mejor... créame usted! (La madre Cathiard se levanta y se quita las ropas.)

GEN V.

¿Por qué hablas así? ¿Por qué has hecho eso?

ROBER.

(Imperioso.) ¡Te lo suplico! ¡No me obligues a más!

GENOV.

(Dejando la paleta y pagando a la madre Cathiard.) ¿Volverá usted mañana, entonces?

ROBER.

(Vivamente.) ¡No volverá más!

GENOV.

(Impaciente y disgustada.) Pero... ¿por qué?

ROBER.

(Cortándole la palabra.) ¡Psí!

GENOV.

¿Estás loco? ¿Qué es lo que te pasa? ¡Roberto! ¡Ah, Roberto! ¡También tú tienes la mirada aviesa!

MADRE

(Habiendo concluido de quitarse la ropa y a punto de marcharse.) Señorita... señorito Roberto... ¡dispénsenme ustedes!

ROBER.

Váyase, madre Cathiard... ¡Y nó se lleve

usted demasiado odio de esta casa! (La madre Cathiard se marcha lentamente, pesadamente, como si no hubiese comprendido. Genoveva ha hecho sonar un timbre. Aparece la doncella y acompaña a la madre Cathiard, quien, antes de desaparecer, muestra su duro perfil sobre el fondo luminoso del vestíbulo.)

ESCENA IV

ROBERTO y GENOVEVA

GENOV. (Irritada y enjugándose las lágrimas.) ¡Humillarme así... delante de esa vieja mendiganta! ¡Ah!

ROBER. ¡Genoveva!

GENOV. Vete de aquí... no me hables más... ¡Te detesto!

ROBER. ¡Genoveva!

GENOV. ¡Jamás hubiera imaginado tal cosa de ti! (Solloza.) ¿Es que te has vuelto loco completamente? ¡Es odioso! ¡Odioso! ¿Qué va a pensar de mí? ¿Qué dirá de mí?

ROBER. No llores... Es menester que cuando entren aquí tus amigos no vean que has llorado. Escúchame... Si fueras una gran artista, una artista capaz de dar a la humanidad una obra maestra... de sufrimiento y de piedad... ¡estaría bien! Pero por un momento, en tu vida ociosa, de distracción o de vanidad... jugar así con el dolor y la miseria de esas pobres gentes... ¡digo que está mal... que es indigno de un alma elevada!

GENOV. (Resentida.) No tengo la pretensión de ser una gran artista... Sin embargo, la medalla que obtuve el año pasado en la exposición nacional... significa algo, me parece...

ROBER. ¡Pobrecilla!

GENOV. Tú me fastidias... me fastidias... Por de pronto, yo no te había pedido que vinie-

ras... Aquí estoy en mi casa. ¿Por qué has venido?

ROBER. (Con afecto.) Quisiera hacerte comprender. Genoveva, acuérdate de nuestra admirable madre, que con sus virtudes preservó a esta casa durante mucho tiempo de las catástrofes que hoy la amenazan.

GENOV. ¿Y qué?

ROBER. Pues que ella te legó un gran deber y la más dulce y hermosa misión que una mujer puede realizar: calmar los arrebatos de la fuerza, interceder en favor de los débiles... la educación de la ignorancia y de la brutalidad... Ese deber, que no pido cumplas—como nuestra madre, que era una santa—hasta el más absoluto olvido de ti misma... ¿cómo lo has cumplido?

GENOV. Y tú, que abandonaste la casa paterna y que con tu vida de renegado acortas la existencia a nuestro padre... ¿te está bien a ti, muy bien, hablar de deberes!

ROBER. (Con energía.) Yo procuro cumplir los míos, según mis fuerzas, fuera de aquí, porque aquí no puedo hacer nada... ¡Pero tú es aquí donde tienes que cumplir los tuyos!

GENOV. Hago lo que puedo. Soy buena para todo el mundo. Doy a todos... ¡Y todos me detestan!

ROBER. No sólo debe saberse dar dinero, Genoveva... sino también ¡conciencia... esperanza... amor!

GENOV. ¡Dilo de una vez que soy mala!

ROBER. No, tú no eres mala... pero no sabes querer... Nuestra madre sí sabía... ¡Y aquí se echa de menos su gran ejemplo! (Roberto le coge las manos y la atrae hacia sí.) ¡Ah! ¡Si yo pudiera hacer pasar algo de mi pensamiento al tuyo! ¡Algo del alma de nuestra madre a la tuya!

GENOV. Yo me aburro aquí... ¡y todas esas gentes me dan miedo! ¡Son malos!

ROBER. ¡Porque vives demasiado alejada de ellos!

No los hay malos corazones... Sólo hay corazones demasiado alejados unos de otros... y que no se entienden... a través de la distancia. ¡He ahí el gran mal! (Voces en la escalera) ¡Tus amigos! Enjuga tus ojos, sonríe... (La abraza.) No estés triste ..

GENOV. ¿Cómo quieres que no esté triste cuando me hablas? Siempre me dices cosas que no comprendo.

ROBER. Porque tu alma no se halla donde la mía... No estamos los dos en el mismo lado del dolor.

GENOV. (Pensativa, intentando comprender.) ¡En el mismo lado del dolor!... (Entran Capron, Duhormel y De la Troude.)

ESCENA V

Dichos, CAPRON, DUHORMEL y DE LA TROUDE

DUH. ¡Y nosotros que creíamos sorprenderla en pleno trabajo, señorita!

CAP. ¡En plena inspiración!

GENOV. No me sentía dispuesta... He dicho a la modelo que se volviera. (Roberto se ha ido cerca de la gran abertura, afectando que contempla el paisaje.)

TROU. (Examinando los estudios que hay en las paredes.) ¡Siempre revolucionaria, querida Genoveva! Hasta impresionista, me atrevo a decir!... ¡Blanco... rosa... azul! ¿Qué es esto? (Señalando una tela.) ¿Un molino?

GENOV. ¡Oh, señor De la Troude! ¡Bien puede usted ver que es una vieja recogiendo leña!

TROU. ¿De veras? (Se ha puesto un lente y mira con más atención.) ¡Ah, caramba! ¡Es verdad! ¡Pues yo, a simple vista, a esa vieja la había tomado por un molino! Por lo demás, con la nueva escuela me confundo siempre... El

mar, viejas recogiendo leña, molinos, jardines, rebaños de ovejas, cielos tempestuosos... todo viene a ser una misma cosa... Dispense usted m^e franqueza, querida niña; pero yo, ya lo sabe usted, en pintura, como en política, como en todo, soy una vieja rutinaria. ¡Estoy por la tradición! Encantador, por otra parte... ¡lleno de luz... de talento! (Examina otros estudios.)

¡Es muy curioso!

CAP. No haga usted caso... En primer lugar, le gusta contrariarla... Y luego, nuestro amigo De la Troude es lo que los pintores llaman un filisteo.

TROU. Y de ello me alabo.

CAP. ¡Y se alaba!

GENOV. ¿Una poca cerveza, señor Duhormel?

DUH. Con mucho gusto, señorita. (Genoveva pone cerveza.) Gracias.

GENOV. ¿Por qué mi padre no ha venido con ustedes?

DUH. Hargand está conferenciando con Maigret... No creo que tarde en reunirse con nosotros.

GENOV. ¿Se tienen noticias de la reunión?

DUH. Sin duda, Maigret debe haber traído alguna. Pronto lo sabremos...

GENOV. Estoy impaciente... ¡Tengo miedo!

DUH. En efecto, esto se pone feo... Temo verme obligado a suspender la gran cacería que pensaba ofrecer a usted.

GENOV. ¿Debe estar usted lleno de cuidado, ¿verdad?

DUH. Lleno de cuidado, no... No creo que haya motivo para tanto... Pero lo cierto es que toda la región va a sufrir trastornos durante algunos días...

GENOV. ¡Mi padre lo ve muy negro!

DUH. Hargand es pesimista... A cada instante se imagina cosas que no existen. El movimiento es mucho más superficial que profundo...

CAP. ¿Por qué habría de haber una huelga aquí,

donde nunca ha habido ninguna? ¡He ahí lo que uno mismo se pregunta!

DUH. ¡Efectivamente!

TROU.³ (Yendo a tomar asiento cerca de Genoveva.) ¡Efectivamente!

CAP. Y, luego, ¡admitámoslo! ¿Qué es una huelga? Sobre todo, si desde un principio se muestra energía y no se cede a nada... ¡a nada! ¿Qué pueden esos infelices contra la gran potencia industrial y financiera de Hargand? Pero ¿tendrá él la energía necesaria?

GENOV. (Con viveza.) ¿Lo duda usted?

CAP. No, señorita... me he expresado mal... No dudo de la energía del padre de usted... Al contrario, es un hombre muy resuelto, muy valiente.. Ha dado pruebas mil veces de una resistencia admirable... Pero, en fin, en lo que sucede hay alguna culpa de su parte.

GENOV. ¿Cómo?

CAP. ¡Es también un soñador! Cree en el mejoramiento de las clases inferiores (Levantando los brazos al cielo) ... ¡en la moralización del obrero! ¡Qué error!

GENOV. ¡Generoso, en todo caso!

CAP. No, señorita; no hay errores generosos: ¡errores, y nada más! Habrá usted visto que ha dejado que sus fábricas fuesen invadidas por demasiadas cosas... ha dejado desarrollar contra él las sociedades obreras, asociaciones de todas clases, que son la muerte del trabajo, el desquiciamiento de la autoridad patronal... ¡el germen de la revolución! Cuando a un obrero se le da una peseta de bienestar y de libertad, él se toma inmediatamente por veinte! ¡Es la regla! Esto depende...

DUH.

CAP. Esto depende ¿de qué? ¡No, no! Suéltenle las riendas... ¡y pierde el tino... y se desboca... y ya no sabe a donde va... y lo rompe todo!.. Hace mucho tiempo que lo

tengo observado... (Afirmativo y doctoral.) El proletario es un animal ineducable... inorganizable. Sólo se le puede contener haciéndole sentir, con dureza, el freno en la boca y el látigo en las ingles... Esto se lo tengo repetido a Hargand... porque con sus manías de emancipación, sus panaderías y sus carnicerías cooperativas... sus escuelas profesionales, sus cajas de socorro, de retiro... sus sociedades de previsión... (toda esa música socialista—sí, socialista—porque, lejos de fortificar su poder, corre riesgo de disminuirle y perderle) ...nos ponía en situación difícil y peligrosa a nosotros, puesto que nos vemos obligados a modelarnos en él... ¡Hoy debe haberse dado cuenta de que yo tenía razón! (Por un movimiento de Genoveva.) ¡Note usted, señorita, que yo no creo aún en la huelga! Como Duhormel, estoy convencido de que se trata de un movimiento artificial... de que no se apoya en nada serio... Por consiguiente, de que será fácil dominarle... Pero yo quisiera que esto fuese una advertencia, una lección para nuestro amigo... y que comprendiera, al fin, que no hay otros medios de conducir esos brutos que los que consisten en bridarlos corto... ¡apretarles el tornillo!, como ellos dicen. (Hace como si apretará un tornillo.) Pero así... seriamente .. fuertemente... ¡desapiadadamente!

TROU. En principio, y de una manera general, está usted en lo cierto, amigo Capron... aunque sobre ello tal vez hubiera mucho que decir. Pero aquí la situación es particular... ¡Gracias a Dios, las ideas modernas han penetrado en este país! Los agitadores no arraigan... mucho; al menos, en el espíritu de nuestros bravos trabajadores.

CAP. ¡Nuestros bravos trabajadores! ¡Je, je! ¿Lo cree usted?

- TRCU. Perfectamente...
- CAP. ¿Y ese Juan Roule, que en pocos días ha sabido desencadenar cinco mil obreros... cinco mil obreros que hasta ahora se habían resistido a todas las excitaciones, a todos los llamamientos revolucionarios?
- TRCU. ¡Un soñador! ¡Un charlatán! ¡Usted tampoco cree en este movimiento!
- CAP. ¡Claro que no! ¡Claro que no!... No obstante, Hargand reconoce la influencia de ese hombre... Pretende que tiene elocuencia... que arrastra... que posee un espíritu de propaganda y de sacrificio... ¡y un gran corazón!... ¡Es más de lo que se necesita, no lo dude usted, amigo La Troude, para envenenar, en poco tiempo, a todo un país!
- TRCU. ¡Vamos, hombre! Esas cualidades son cualidades exclusivamente aristocráticas y burguesas. No sabrían animar el alma de un simple obrero.
- GENOV. Yo no estoy tan confiada como usted... Conozco a ese Juan Roule... ¡Espanta!
- TRCU. No, querida Genoveva; hace usted mal en espantarse... En el fondo, los hombres no son nada, porque siempre se les puede matar... Sólo las ideas son terribles... Pues bien: desde el punto de vista de las ideas, la situación, aquí, lo repito, ¡es admirable! Porque, vamos a ver: ¿de qué se quejarían los obreros? ¿De qué podrían quejarse?... Son muy felices...
- CAP. ¡Demasiado felices! ¡Es lo que yo les echo en cara!
- TROU. Lo tienen todo... buenos salarios... buenas viviendas... buenos seguros... y sociedades; lo que, por mi parte, y de acuerdo con usted, amigo Capron, encuentro excesivo...
- CAP. ¡Diga usted escandaloso! ¡Monstruoso! (Animándose.) ¡Cómo! Obreros... simples obreros... gentes sin instrucción... sin moralidad... sin responsabilidad en la vida... y que no tienen cinco céntimos... y que co-

men, o, mejor dicho, que beben todo lo que ganan... a medida que lo ganan, ¿tendrían derecho de asociarse al igual que nosotros, los amos, y contra nosotros? Antes que reconocer derechos tan exorbitantes, tan antisociales, preferiría incendiar mis fábricas... ¡sí, incendiarlas con mis propias manos! (Por un movimiento de Roberto.) ¡Ah! ¡Sí, ya comprendo! Usted pretende... (Con frialdad.) ¿Yo? No pretendo nada... Le escucho... ¡Puede usted continuar, si le parece!

ROBER.

CAP.

¡Sí, sí! Usted pretende que las ideas cambian, que han cambiado... que cambiarán, un día, ¿no es eso?

ROBER.

(Con mucha vaguedad.) Si usted quiere...

CAP.

¡Bien, me es indiferente! Lo que quiero es hacer constar que los intereses son inmutables... inmutables, ¿comprende usted? El interés exige que yo me enriquezca por todos los medios y lo más posible. Yo no debo saber esto o lo otro... ¡Me enriquezco! ¡Y eso es todo! En cuanto a los obreros, ¿no cobran sus salarios? ¡Pues que nos dejen en paz! Porque supongo que no va usted a establecer comparacion entre un economista y un productor como yo y el estúpido obrero que lo ignora todo, ¡que no sabe siquiera quien es Juan Bautista Say y Leroy Beaulieu!... ¡Si el obrero, mi joven amigo, es el campo viviente que yo cultivo, que profundizo hasta la tóbal... (Animándose.) que remuevo en grandes terrores humanos para sembrar la simiente del dinero que recogeré, que guardaré en mis arcas... En cuanto a la emancipación social... a la igualdad... a—¿cómo le llama usted a eso?—¿la solidaridad? ¡Dios mío! No veo ningún inconveniente en que la establezcan en el otro mundo. Pero en éste, ¡alto ahí! ¡Guardia civil... guardia civil y

más guardia civil! ¡He ahí cómo resuelvo yo la cuestión social!

DUH. Exagera usted algo, Capron... Yo no soy tan exclusivista... Pero francamente, no puedo negar que hay mucha verdad en lo que ha dicho usted...

CAP. ¡Sin duda! Esto no es hablar por hablar. ¡Yo no soy un poeta ni un soñador! Soy un economista... un pensador... y, no lo olvide usted, un republicano... ¡un verdadero republicano!... No es el espíritu del pasado el que habla en mí: es el espíritu moderno... Y es como republicano que me verá siempre pronto a defender las sublimes conquistas del 89 contra el insaciable apetito de los pobres.

DUH. Verdaderamente, no puede cambiar nada de la manera en que está... En una sociedad democrática bien constituida es necesario que haya ricos y pobres... ¡es natural! ¿Qué sería de los ricos si no hubiese pobres? Y los pobres, ¿qué harían, si no hubiese ricos?

CAP. Eso salta a la vista... Los pobres son necesarios para que los ricos puedan apreciar mejor el precio de sus riquezas... Y los ricos, ¡para dar a los pobres ejemplo de todas las virtudes sociales!

DUH. ¡Admirablemente resumido!

TROU. He ahí una frase que debiera servir de epígrafe a todas nuestras instituciones.

DUH. Y es esto tan justo, que voy a hacerles a ustedes una confesión... (Movimiento de atención.) Ustedes saben que yo soy cazador. Pues bien: cuando yo era pobre—(A Genova.) porque yo he sido pobre, señorita (Con acento de bondad.), y ya ve usted que no me he muerto por eso,—cuando yo era pobre no podía admitir que hubiera vedados... y, sinceramente, me indignaba que no se concediera a todo el mundo el derecho a cazar, al menos, en los dominios del Esta-

do... Cuando fui rico, cambié de opinión en seguida.

CAP. ¡Oh, amigo! Es que abrió usted los ojos... vió claro.

DUH. Al momento comprendí la utilidad económica de los grandes vedados, donde se ve a hombres entusiastas que se gastan trescientas mil pesetas por año en la cría de faisanes.

CAP. «La utilidad económica de los grandes vedados», ¡esa es la frase!

DUH. Porque, vamos... con la mano sobre la conciencia... un pobre—un cazador furtivo, por ejemplo—¿puede gastarse trescientas mil pesetas en la cría de faisanes para le caza?

CAP. (Á Roberto.) ¡Pare usted ese golpe, joven!

DUH. Y esas trescientas mil pesetas, ¿a dónde van? Pues a todo el mundo... a la masa.

CAP. ¡Admiren lo maternal que es la sociedad!... Hasta para el mismo cazador furtivo.

DUH. Bien entendido... a todos aprovecha...

CAP. ¡Irrefutable! ¡Económicamente, científicamente, matemáticamente irrefutable! ¡Toda la cuestión está ahí!

DUH. Y es con eso que mi ejemplo prueba que a todo el mundo le es fácil hacerse rico... con orden, economía... y el respeto a las leyes.

CAP. ¡Pues bien! ¡Vaya usted a predicarles esas sanas doctrinas! Le tratarán de explotador y le aturdirán con toda suerte de improperios revolucionarios. (Hace algunos pasos, furioso, pateando, con las manos cruzadas en las espaldas. De repente, se vuelve y hace como si apretara un tornillo.) Apretarles el tornillo... apretarles el tornillo... ¡No cabe más que eso! (Á Roberto, que se ha acercado al grupo.) ¡Sí, sí, ríase usted! ¡Levante los hombros! Usted es joven... Usted cree en todas esas tonterías... ¡pero ya se curará de ellas!

DUH. Todos nosotros hemos sido así... todos he-

mos sido como usted, Roberto. ¡Es la vida! Es la experiencia de la vida la que se encarga de rectificar nuestras ideas y de curar nuestros desvíos... ¡Ah, la vida! No siempre es agradable... para nosotros, sobre todo.

TROU.

Nosotros sufrimos tormentos, decepciones, quebraderos de cabeza; tenemos negocios y grandes deberes que los pobres desconocen... Ellos son libres, los pobres... ¡Hacen lo que quieren! Sólo tienen que pensar en ellos mismos... Mientras que nosotros... (Suspira.) ¡Pero lo más terrible de nuestra situación es que tampoco podemos volvernos pobres cuando queremos!... Mire usted, querida Genoveva: yo siempre he soñado este bellissimo sueño... Quisiera poseer mi partecita de tierra, con una casita... y una vaquita... y un caballito... y dos mil pesetas ¡ni una más!... dos mil pesetas... que yo ganaría cultivando aquella mi partecita de tierra... ¡Ser pobre! ¡Qué dicha! ¡Qué hermoso sería! ¡Qué idilio tan exquisito y más virgiliano!... ¡No tener ya responsabilidades sociales... ni dilatación del estómago... ni neurastenia... ni gota! ¡Porque los pobres no conocen la gota, los afortunados!... ¡Pues yo ni siquiera en sueño puedo ser ese pobre, feliz, cándido y hacendoso!

GENOV.

TROU.

¡Quién se lo impide?

¡Pero, hija mía! Tengo demasiados hoteles, quintas, bosques, vedados, amigos, criados... Estoy remachado a esa cadena: ¡La riqueza! (Suspirando.) Y he de arrastrarla! (Capron y Duhormel aprueban, suspirando también, y levantan los brazos al cielo.)

GENOV.

(Levantándose y yendo hacia la puerta.) ¡Y mi padre, que no viene! ¡Estoy impaciente de verdad!

TROU.

(A Duhormel y a Capron.) ¿Lo ven ustedes? ¡Está impaciente! Los pobres, ¡están impacien-

tes nunca? (Se levanta.) ¡Y nos envidian! (Se vuelve y ve a Roberto, que se ha apoyado otra vez en la abertura del taller.) ¿Por qué no abandona usted ese rincón, Roberto? ¿Por qué no dice usted nada?

ROBER. (Habiendo dado señales de estar fastidiado durante toda la escena.) ¿Y qué podría decirles yo? ¡Ustedes son los eternos sordos! ¡No oyen ni al que les implora ni al que les amenaza! Con menos piedad todavía, con orgullo más feroz y brutal, ¡son ustedes semejantes a los de hace un siglo. Cuando tenían ya la Revolución encima... que les hundía las zarpas en la piel y que les echaba en la cara su aliento de sangre... decían como ustedes: «No... ¡Esto no es nada! ¡Todo ha sido siempre así... será siempre así! ¡La hora del pobre no vendrá jamás!» Vino, no obstante... ¡con la guillotina!

CAP. ¿Qué nos canta la revolución? Fuimos nosotros quienes la hicimos!

ROBER. Sí, ustedes la hicieron... ¡pero hoy ella les arrastra! (Se oye un ruido confuso, aun lejano. Roberto abre la ventana y señala en dirección del ruido.) ¿Lo oyen ustedes, solamente? (Todos avanzan el cuello hacia la ventana.)

CAP. ¿Qué es eso?

ROBER. ¡Es el Pobre que viene! (Silencio en el taller. El ruido crece; las voces se van precisando. Los tres escuchan inmóviles, muy pálidos, avanzando el cuello tanto como les es posible.) ¡Es el Pobre que viene! El Pobre que usted niega, señor De la Troude... el Pobre que usted cultiva, que usted remueve en grandes terrones rojos, señor Capron... (Los gritos de: «¡Viva la huelga!» son casi distinguibles.) ¿Le oyen ustedes venir, esta vez? Hoy viene aquí... Mañana, a la casa de ustedes... ¡Pronto estará en todas partes! (En medio del ruido, semejante al paso de la tropa, se percibe de vez en cuando un clamoreo enardecido y ansioso.) ¡Presiento, señor Duhormel, que el temporal va a malograr su proyecta-

- da cacería! (Roberto cierra la ventana.) Ha concluído todo? ¿No dicen ya nada? ¿Y aquel ardor de combate?... ¿aquel heroísmo? ¿Derrotados ya? ¡Qué! ¿Ha sido bastante que unos cuantos pobres alcen su voz en medio de un camino... para que ustedes enmudezcan y estén pálidos de terror?
- CAP. ¿De terror? ¡Qué dice usted! ¡Ustedes! ¡Yo! (El vocerío aumenta... Crispando el puño hacia la ventana.) ¡Miserables!
- TROU. (Dominando su miedo.) ¡Déjelos usted! ¡Están borrachos!
- ROBER. ¿Borrachos? Puede que sí... Pero ¿de qué? ¿Lo sabe usted?
- CAP. ¡Usted me fastidia! ¿Por qué está usted hoy con nosotros? ¡Ah, ya! ¡Se ve claro, ahora! Esos son sus amigos de usted... Usted ha venido... ¡Así le...
- ROBER. ¡Cálmese, hombre, cálmese!
- DUH. Vamos, esto debe ser una broma... ¡No puedo admitir que sea nada serio! ¡Es que se divierten!
- GENOV. (Ansiosa, con la mirada fija en la puerta.) ¡Y mi padre! ¡Mi padre que no viene!
- CAP. ¿Han cerrado las verjas de la quinta? (Genoveva, loca de temor, hace sonar un timbre, se va al vestíbulo y se abalanza sobre la balaustrada de la escalera.)
- GENOV. ¡José! ¡Adela! ¡Bautista! (Abalanzándose más.) ¡Cerrad las verjas! ¡Haced que cierren las verjas! (Agitada y trémula, vuelve a entrar en el taller, donde Roberto intenta calmarla.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!
- CAP. ¡Al menos, pudiésemos volver a nuestras casas (Aparece Hargand.) ¡Ah! ¡Por fin, he ahí Hargand!
- GENOV. ¡Padre mío! ¡Padre mío! (Todos rodean a Hargand.)

ESCENA VI

Dichos y HARGAND

CAP. ¿Qué hay?

HARG. (Mirando a sus amigos con extrañeza, casi con desprecio.) Tranquilícese usted, amigo Capron: las verjas están cerradas.

CAP. Sí... pero ¿y la carretera?

HARG. La carretera está libre por encima del padre... He dado orden de enganchar sus caballos... Podrán volver a sus casas sin temor... Sólo tendrán que hacer un pequeño rodeo.

CAP. ¡Marchémonos, pues! (El vocerío, que no ha cesado, llega más violento. Se oye claramente: «¡Muera Hargand! ¡Viva la huelga!»)

TROU. ¡Vámonos, vámonos!... ¡Jamás lo hubiera creído!... ¿Y mi sombrero? ¿Dónde está mi sombrero? (Busca en vano su sombrero.) ¡Esto es abominable! ¡Huelga aquí... ¿A dónde vamos? ¿Mi sombrero?

HARG. (Cogiendo el sombrero, visible sobre un mueble.) ¡Serénese, La Troude! ¡Helo aquí! ¡Váyanse ustedes!

CAP. (Solemne, cogiendo las manos a Hargand.) Querido Hargand... usted ha apurado todos los medios de conciliación... usted les ha llenado el estómago... Por esos bandidos está usted desnudo... les ha dado usted hasta su camisa... ¿Qué más quieren? ¡Ah, no! ¡Basta de reflexiones! La palabra, ahora, debe concederse al mauser... ¡Energía, amigo mío! ¡Y tropas, sobre todo! ¡Tropas, tropas! Piense que no es solamente a usted y sus fábricas lo que defiende: ¡es a nosotros, a la libertad del trabajo, a la sociedad!

DUH. ¡No ceda usted una pulgada y en seguida capitularán!

CAP. ¡Ah! ¡Si les hubiese usted apretado el tor-

- nillo! ¡Tanto como yo se lo había repetido a usted!
- TRJU. ¡Estoy harto del liberalismo para siempre!
¡Energía!
- HARG. (Obsesionado.) Sí... sí. Confíen en mí! Adios...
¡Váyanse ustedes!
- CAP. Pero ¡está usted seguro de que la carretera está libre?
- HARG. Seguro... ¡Váyanse!
- CAP. ¡Y tropas! ¡Inmediatamente!
- DUH. ¡Precisa un ejemplo... un ejemplo terrible!
- TRJU. ¡Confiamos en usted!
- HARG. ¡Sí... sí! (Se saludan. Vanse los tres... Irónico, viéndoles salir.) ¡Ah! ¡Pobres diablos! Y esos son mis aliados!

ESCENA VII

HARGAND, ROBERTO y GENOVEVA

- Afuera gritos, clamores, en flujo y reflujo, como las olas. Hargand, un tanto sombrío, pero sereno, se sienta en un diván, rodeado de Genoveva, trémula, y de Roberto, tristemente preocupado.
- HARG. Dame un poco de agua, Genoveva. (Genoveva pone agua en un vaso y Hargand la bebe con avidez.) ¡Gracias, hija mía! (Corto silencio.) ¿Y tú, Roberto?
- ROBER. ¡Padre mío!...
- HARG. Tu puesto ya no está aquí... No quiero obligarte a escoger entre tus sentimientos... tus ideas... y yo...
- ROBER. ¡Padre mío!...
- HARG. ¡Te marcharás esta tarde!
- ROBER. Eso mismo quería pedirle... (Cohibido y con timidez.) Pero antes de marcharme, permítame usted.
- HARG. (Interrumpiéndole.) Ni una palabra.. ¡te lo suplico!... ¡No te reprocho nada... no te acuso de nada!... (En medio del ruido se oye claramente: «¡Viva Roberto Hargand! ¡Viva la huelga!»)

Roberto, estupefacto, quiere protestar. Hargand le contiene con un gesto. Corto silencio muy penoso. Al fin, Hargand, visiblemente emocionado, continúa.) ¡No te acuso de nada!... ¡No aumentes con palabras inútiles la distancia dolorosa que estos sucesos ponen hoy entre nosotros dos.

ROBER. ¡Padre! ¡Padre mío!...

HARG. (Con mucha nobleza.) ¡Entre nosotros dos, hijo mío, no puede haber ya más que silencio! (Se levanta.)

ROBER. (Emocionado, arrojándose en brazos de su padre.) ¡Yo le quiero a usted... yo le respeto! Y tengo confianza... en su piedad... en su justicia... (En este momento una piedra, lanzada desde fuera y habiendo roto un cristal, rueda hasta los pies de Hargand. Genoveva da un grito.)

HARG. (Recogiendo la piedra.) ¡La justicia!... (Deja la piedra sobre un mueble.)

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO



ACTO TERCERO

Gabinete de Hargand. Muebles severos y ricos. Puerta en el fondo.

A derecha e izquierda de la puerta, grandes bibliotecas. Las paredes están cubiertas de tapicerías antiguas. Sobre la chimenea, que se halla situada entre dos ventanas, un busto de mármol. Frente a la chimenea un gran escritorio lleno de papeles. Sillones con altos respaldos. Divanes. Vitricas con muestras de minerales y de piedras.

ESCENA PRIMERA

HARGAND y MAIGRET

(Al levantarse el telón, Hargand, sentado en su escritorio, trabaja, Un criado introduce a Maigret. Este se sienta frente a Hargand.)

MAIG. (Reparando en una lámpara que está cerca de Hargand, sobre los papeles en desorden.) ¡Ah! ¡Usted no se ha acostado esta noche!

HARG. He descansado un poco sobre ese diván. ¿Que hay de nuevo?

MAIG. Los ajustadores no han venido al taller... han fraternizado con los huelguistas... ¡Ya me lo temía! He tenido que mandar apagar las máquinas.

HARG. ¿No ha habido escenas de violencia, como ayer?

MAIG. No... la noche ha transcurrido con relativa tranquilidad... Al oscurecer, Juan Roule reunió a los huelguistas en el Prado del

Rey... De pie sobre una mesa, alumbrada por la luz de algunas velas, les leyó narraciones populares... narraciones inflamadas de matanzas, de suplicios, de hogueras... Después les exhortó al martirio... Cuando se cansaba, Magdalena tomaba el libro y continuaba la lectura con voz extraña y penetrante... Sea por desaliento, o bien porque aquello no les interesara, los hombres concurren en número muy escaso. La reunión estaba compuesta, sobre todo, de mujeres, que escuchaban silenciosas, como si estuvieran oyendo misa. Se retiraron sin ruido ni desorden.

HARG. ¡Singular y desconcertante figura la de ese Juan Roule! En otro tiempo hubiera sido quizá un grande hombre, un gran apóstol.

MAIG. ¡No sé! Pero en el nuestro, es un tunante muy peligroso. Afortunadamente, le falta sentido político y no sabe qué quiere ni a dónde va. De otro modo, con la poderosa ascendencia que tiene sobre esos espíritus débiles, la lucha sería más terrible... y cruel.

HARG. Hay que temer a los místicos más que a los otros, porque, más que los otros, hablan al corazón de las multitudes, que sólo se exaltan por lo que no comprenden... ¡Y esa Magdalena! ¡Qué sorprendente transformación!

MAIG. Es tal vez más temible que Juan Roule... ¡Hay en sus ojos un fuego sombrío!

HARG. ¿Está usted seguro de que no siempre tienen dinero?

MAIG. ¡Seguro! Empiezan a sentir el hambre... No es con las raterías cometidas en la droguería Rodet ni con el saqueo de las panaderías que irán a alguna parte... Y mañana, ¿qué?

HARG. ¿En resumen?

MAIG. En resumen, a pesar de que por la apariencia empeora, hay menos entusiasmo...,

menos fe... Y algunos ya murmuran contra Juan Roule... ¡Esos pobres diablos son incapaces de resistir ocho días de hambre!

HARG. No comprendo los propósitos de Juan Roule al rechazar el concurso de los diputados radicales y socialistas... Con ese solo hecho ha privado de víveres a los huelguistas... ¿Qué espera?

MAIG. ¡Un milagro! Hacer que nazca en las almas el heroísmo y el sacrificio de los mártires... (Moviendo la cabeza.) Por fortuna, eso ya no es de nuestra época.

HARG. (Soñador.) ¡Quién sabe!

MAIG. (Escéptico.) Sea como fuere, ya es hora de que las tropas lleguen.

HARG. Llegan hoy... ¡Ah! ¡No ha sido sin sentirlo en el alma que he recurrido a tal extremo! Porque ahora, la más ligera excitación, la más ligera provocación..., una mala inteligencia... ¡puede ser bastante para que la sangre corral! (Silencio.) ¿Podía yo obrar de otra manera? Hay aquí existencias inocentes y amenazadas que tengo el deber de proteger... Y, luego, espero que las tropas harán uso de su fuerza con moderación. (Silencio.) ¿Y mi hijo?

MAIG. Iba a hablar a usted de él... El Sr. Roberto, ayer tarde, antes de reunirse los huelguistas en el Prado del Rey, tuvo una entrevista con Juan Roule...

HARG. ¡Eso no es posible!

MAIG. ¡Dispense usted!

HARG. ¿Está usted seguro?

MAIG. ¡Oh! Seguro.

HARG. ¿Y con qué objeto? (Maigret hace un gesto significativo de que no sabe nada más) Desde el día que se marchaba por orden mía y que los huelguistas, al grito de: «¡Viva Roberto Hargand!», se lo llevaron de la estación hasta aquí, donde ha quedado prisionero suyo, Roberto parecía haber comprendido

la situación, anormal y vergonzosa, pues aquel hecho le colocaba frente a frente de ellos y frente a frente de mí... Pero..., en efecto..., ayer estaba más agitado y pensativo que de costumbre... Creí diferentes veces que iba a decirme algo... ¡pero nada me ha dicho...!

MAIG. ¡Tal vez haya hecho gestiones cerca de Juan Roule intentando una conciliación!

HARG. ¡Eso me resultaría en extremo penoso y humillante! (Silencio.) De todas las tristezas de estos días, la más profunda..., Maigret..., la que ha herido mi corazón tal vez de modo incurable... ha sido... esa espantosa..., esa infernal idea de poner... ¡oh! a pesar suyo..., a pesar suyo, por cierto..., ¡el hijo frente del padre! ¡Es horroroso como un parricidio!

MAIG. ¡No exagere usted, Sr. Hargand! Ellos habrán creído que no dejándole marchar tendrían cerca de usted alguien que les sería útil..., que defendería su causa..., que acabarla, tal vez, arrancándole concesiones... En fin, el Sr. Roberto es una naturaleza generosa y recta.

HARG. ¡Pero con una exaltación que me da miedo! ¡Su alma es un volcán fermentando y arrojando lava!

MAIG. ¡No se alarme usted de esa manera! ¡El señor Roberto tiene perfecto conocimiento de su deber!

HARG. Sí... Pero, ¿dónde cree él que está su deber? ¡Yo lo ignoro! (Silencio.) ¡Ah! ¿Lo ve usted, amigo Maigret? ¡Yo también me siento trastornado..., descontento de mí mismo..., con el corazón devorado por la angustia, preguntándome si he hecho cuanto debía... por esos desventurados, después de todo!

MAIG. En estos momentos, Sr. Hargand, no debe usted preocuparse en estas cuestiones... Usted y nosotros todos tenemos necesidad

de su firmeza de ánimo..., de su grande espíritu de decisión. Y yo se lo digo: usted no tiene nada que reprocharse a sí mismo... Ha hecho usted cuanto es posible hacer... A ver: ¿existe en alguna parte una casa donde los trabajadores sean tan bien retribuidos, donde los individuos sean tan respetados? Hoy no debe usted tener más que un pensamiento y un fin: ¡vencer la huelga! ¡Después podrá preocuparse en otras cosas!

HARG. (Pasándose la mano por la frente.) ¡Eh! (Recoge en una cartera algunas hojas de sobre el escritorio y la entrega a Maigret) El correo... Ahí hallará usted proposiciones que me hace Alemania para asegurar los pedidos durante la huelga... Son algo delicadas y quizá inoportunas... ¡En fin, veremos! Estúdieleas usted... Esta tarde me dará su parecer... (Se levanta. Maigret también y se dispone a salir.) ¿Ha dispuesto usted lo necesario para el alojamiento de las tropas?

MAIG. Todo está preparado.

HARG. ¿No hay ningún golpe de mano que temer?

MAIG. (Moviendo la cabeza.) Lo que hay es las panaderías ocupadas por la guardia civil... por indicación mía.

HARG. (Dándole la mano.) Dispense, amigo Maigret, mi desfallecimiento de hace un instante..., usted que soporta con tanta entereza casi todo el peso del odio de esos furiosos... (Maigret hace gestos negativos.) ¡Hasta luego!

MAIG. ¡Hasta luego, Sr. Hargand! (Maigret se retira. Hargand arregla un momento los papeles de sobre el escritorio. Después toca el timbre. Se presenta un criado.)

HARG. Diga usted al Sr. Roberto que le espero aquí. (El criado se retira. Hargand, pensativo, se pasea por la estancia. Después va a apoyarse sobre el mármol de la chimenea. Entra Roberto.)

ESCENA II

HARGAND y ROBERTO HARGAND

En presencia de su hijo, Hargand va perdiendo la calma. Progresivamente, de pensativo y melancólico que se hallaba en la escena anterior, la expresión de su rostro tórnase nerviosa y agresiva. Se nota, no obstante, que hace esfuerzos para dominarse.

HARG. Siéntate... y hablemos.

ROBER. (Sentándose.) Le escucho, padre.

HARG. (Con tono áspero.) ¿Después de tu regreso triunfal...? Triunfal, ¿no es verdad? ¡Qué hermoso!, ¿eh?

ROBER. ¡Oh padre!

HARG. ¿Qué otra palabra quieres que emplee? Conducido, vuelto aquí como una bandera... como su bandera...

ROBER. ¡En qué tono me habla, padre! Y, ¿por qué evocar todavía el recuerdo de un incidente que tan doloroso nos fué a los dos?

HARG. (Procurando contenerse.) En fin..., lo que ha sucedido era ya de suponer... (Con ironía.) No podía esperar yo otra cosa de tus convicciones... ¡porque los sentimientos de familia..., el respeto! (Roberto mira a su padre con gran tristeza.) ¡En fin..., en fin... teníamos convenido que te mantendrías... neutral... en los sucesos que aquí se desarrollan! ¡Yo me figuraba que un compromiso de esa índole, ante tu conciencia y en las circunstancias que sabes, debía ser sagrado!

ROBER. ¿Es que he faltado?

HARG. ¿Cómo llamas tú a esas entrevistas clandestinas que tenéis tú, mi hijo, y Juan Roule, jefe de la huelga?

ROBER. (Con alguna sorpresa.) ¡Esas entrevistas! (Con firmeza.) Me he avistado con él una sola vez... ¡ayer! ¡Es cierto!

- HARG. ¿Lo confiesas? ¡Ah! ¿Lo confiesas?
- ROBER. ¿Por qué no he de confesarlo? He obrado como debía... ¿Es que cree que mi gestión tenía carácter de hostilidad contra usted?
- HARG. ¡Hostilidad o mediación, es para mí un ultraje! ¿Te había yo rogado que intervinieras? ¿En virtud de qué te has atribuido esa facultad? ¿Y cómo no has comprendido que con tu gestión en estos momentos, y fuere como fuere, disminuías mi autoridad... y que ponías, quizá, un arma más en manos de mis enemigos? Si lo comprendiste, ¿cómo te atreviste a ello?
- ROBER. ¿Cómo habré podido disminuir la autoridad de usted y armar a sus enemigos, si sólo hablé en mi nombre?
- HARG. ¿En tu nombre? ¿Y con qué derecho? ¡Tú aquí no eres nada... nada... nada!
- ROBER. ¡Soy un hombre!
- HARG. (Imperioso.) ¡Tú eres mi hijo!
- ROBER. ¿Es que por ser hijo de usted he renunciado a pensar según mis ideas... a amar según mi amor, a vivir según mi destino? ¡Yo realizo mi destino!
- HARG. (Con cólera.) ¿Y tu destino es levantarte contra mí... fraternizar con mis enemigos? ¡He sido bien torpe... bien ciego... al llamarte hacia mí!... ¡Tu destino! ¡Son los abominables gritos de ¡viva Roberto Hargand! que oigo a cada instante y que no cesan de atormentarme, de atravesarme el corazón como si fueran puñaladas! ¡Esas amenazas de muerte... esos incendios... esos saqueos... todo lo que fermenta en el alma de esos salvajes, desencadenados en tu nombre contra mí... he ahí tu destino! Ten, pues, el valor de llamar eso por su nombre: ¡la ambición! ¡Y poco te importa que ella se satisfaga con la muerte de tu padre... y la ruina de los tuyos!
- ROBER. (Levantándose.) Yo no tengo otra ambición que la felicidad de los hombres, por la que

he sacrificado mi fortuna, mi juventud...
¡y por la que sacrificaría mi vida!

HARG. ¡Y la mía!

ROBER. Está usted, padre, muy nervioso... y habla injustamente... Entre nosotros, debemos evitar que se pronuncien palabras irreparables... ¡Permita que me retire!

HARG. ¡No te vayas... no te vayas! (Se pasea con agitación. En seguida vuelve a sentarse delante de su escritorio... Procurando contenerse.) ¡A qué obedeció tu entrevista con Juan Roule? Necesito saberlo...

ROBER. (Volviendo a sentarse.) No tengo por qué ocultarlo... Ayer supe por Genoveva que usted había pedido tropas para reprimir la huelga... y que hoy llegarían... Comprendí que esto sería una gran desgracia... y no pude soportar la idea de que centenares de hombres muriesen por una mala inteligencia que aun es posible subsanar... ¡Sangre aquí! ¡Sangre en esta casa, y sobre usted! (Corto silencio.) Entonces me decidí a ir a hablar con Juan Roule.

HARG. ¿Por qué con él y no conmigo? ¿Por qué no me has dicho nada a mí?

ROBER. ¡Ay, padre! Usted me lo había prohibido... Y, por otra parte, creí que sería inútil.

HARG. ¿Qué sabías tú?

ROBER. Le conozco a usted lo suficiente para comprender que tan terrible resolución no la había tomado porque sí y sin una larga lucha con usted mismo... Yo no confiaba ser escuchado... (Por un movimiento de Hargand.) ¡Oh padre! Se lo ruego... ¡No se fije en la letra de mis palabras, sino en el sentido que las pronuncio y en la intención respetuosa que me las dicta... Juan Roule, tan exaltado, tan violento, no es inaccesible a la razón... Y yo le creo un alma llena de piedad... Traté de hacerle comprender cuánta era su responsabilidad, teniendo en sus manos la vida de miles de hom-

bres... Espontáneamente me prometió que hoy vendría a traer a usted nuevas proposiciones... Yo no tenía que discutir nada... ni contraer ningún compromiso con él... De su parte, sólo me prometió venir hoy aquí. Eso es todo.

HARG. ¡No le recibiré! ¡No le reconozco para nada!
¡Le despedí de la fábrica!

ROBER. ¡Usted le despidió... pero cinco mil obreros le han elegido!

HARG. ¡Cinco mil facciosos! No tengo por qué obedecerles... ¡Que se sometan primerol

ROBER. ¿Y si le traía la paz?

HARG. ¿Al precio de condiciones absurdas y deshonrosas? ¡No, no! ¡Es una locura sólo pensarlo! (Se levanta y se pasea. Silencio.) Tú y yo acabamos de decirnos palabras que hieren inútilmente... que no remedian nada y hacen daño... Hablemos razonablemente... (Va a apoyar la espalda a la chimenea.) Yo no creo ser un mal hombre... Te he probado que tampoco era tirano... que tenía, al contrario, en gran estima la libertad de los demás... Te he dejado desarrollar según tú mismo y en el sentido de tu naturaleza... Tú no puedes reprocharme haber contrariado jamás tus ideas...

ROBER. (Vivamente.) Y yo se lo agradezco... ¡oh, se lo juro!... con toda mi alma!

HARG. No obstante, yo las juzgaba utópicas... malsanas... en todos los casos, muy distantes de las mías... Y desvanecían el sueño, tanto tiempo acariciado, de hacer de ti un colaborador de mis trabajos... y cuando yo faltase... un fiel guardián de cuanto he creado aquí... (Emocionado y con alteración en la voz.) No pude nunca prever esta situación... lógica, sin embargo... fata!... y dolorosa... ¡Dios lo sabe! (Se interrumpe.. Roberto, triste y conmovido, apoya la cabeza en las manos.) ¿Me comprendes?

ROBER. ¡Padre! ¡Padre! ¡Me parte usted el corazón!

HARG. (Continuando penosamente.) En fin, no pude prever... lo que sucede... y que mi liberalismo paternal ocasionara, un día, esa cosa tan terrible... de hablarnos... de mirarnos... no como padre e hijo... ¡sino como enemigos!

ROBER. (Con viveza, levantándose.) ¡No diga usted eso, se lo suplico!... (Con vehemencia.) ¡Yo le quiero... yo le quiero!

HARG. Si no nos quisiéramos, hijo mío... ¿seríamos tan desgraciados?

ROBER. ¡Padre! ¡Padre! (Intenta dirigirse hacia su padre, pero cae trastornado sobre su asiento. Silencio)

HARG. Oye... En toda mi vida no he tenido otra pasión que el trabajo... no por el dinero, las riquezas, el lujo... sino por la fuerte y noble satisfacción que produce... y también, después de algunos años, por el olvido con que refresca el corazón... Yo puedo hacerme justicia, diciendo que mi misión social, mi misión de hombre laborioso, ha sido más útil a los demás que las teorías tenebrosas... las vanas promesas... y los ensueños imposibles... Con todo lo que he producido, con todo lo que he extraído de la materia... si no he enriquecido a los pobres... al menos he aumentado considerablemente su bienestar... he endulzado la fuerte aspereza de su existencia, poniéndoles en condiciones de poder adquirir a poco coste todo lo necesario que no habrían podido procurarse antes de mí... y que yo he creado para ellos... ¡para ellos! He sido sobrio de palabras... pero he aportado resultados.. he facilitado actos, ¿no es cierto?

ROBER. Jamás he negado el buen deseo de las intenciones de usted. . ni la constancia de sus esfuerzos.

HARG. En cuanto a las relaciones sociales que he establecido—¡a costa de qué luchas!—entre los obreros y yo, he ido tan lejos como

ha sido posible por el camino de la libertad... de tal manera, que mis amigos me lo reprochan como una debilidad..., como una abdicación... De niños, me preocupo de educarlos y de instruirlos; cuando hombres, de moralizarlos, de llevarlos a plena conciencia de su yo; y ya viejos, los pongo al abrigo de la necesidad. En mi casa pueden nacer, vivir y morir...

ROBER. (Interrumpiéndole.) ¡Pobres! (Silencio.) Sí, usted ha hecho eso... ¡y siempre..., siempre miserial!

HARG. (Levantando la voz.) ¡Eso no es culpa mía!

ROBER. ¿Es de ellos?

HARG. ¿Puedo yo quebrantar esa inquebrantable ley de la vida que no permite crear nada..., nada... que no se base en el dolor?

ROBER. Justificación de todas las violencias..., excusa de todas las tiranías... ¡palabra execrable, padre!

HARG. ¡Ha dominado toda la historia!

ROBER. ¡Torturas..., matanzas..., hogueras...! ¡he ahí la historia! La historia es un osario... No remueva usted la podredumbre... ¡No se obstine en interrogar ese pasado de tinieblas y de sangre! ¡Es hacia el porvenir que ha de buscarse la luz...! ¡Matar! ¡Siempre matar! ¿Es que la humanidad no se cansa de esas eternas inmolaciones? Y la hora de la piedad, ¿no ha llegado, todavía, para los hombres?

HARG. ¡La piedad! (Se pasea febrilmente.) La piedad es un deprimente..., un narcótico... Aniquila el esfuerzo y retarda el progreso..., es infecunda... El que crea... no importa qué..., el sabio que lucha con la Naturaleza para arrancarle un secreto..., el industrial que domina la materia y conquista sus fuerzas para utilizarlas en provecho del hombre, adaptándolas en formas tangibles que produzcan el bienestar..., éstos no deben detenerse ante la piedad. Su acción rebasa el

círculo en que viven..., salva el ínfimo espacio que abarcan sus miradas..., se extiende del individuo al pueblo, sobre el mundo entero... Y por algunas existencias que sacrifican a su alrededor... ¡imagina cuántas embellecen y libertan! Yo hubiera podido..., yo hubiera debido ser uno de esos hombres... ¡Desconociendo la piedad, hubiera, tal vez, realizado el más grande ensueño!

ROBER.

¡Usted se calumnia, padre!

HARG.

No: ¡me arrepiento! (Silencio.) ¡Y he ahí ahora el resultado de esa piedad imbécil que no he sabido..., que no he podido ahogar en mí: el derrumbamiento de todas mis esperanzas... y de las ruinas! (Violento.) ¡Pero todo ha concluido! ¿Quieren un amo? ¡Pues lo tendrán!

ROBER.

¡Vaya con cuidado! Esas existencias que usted sacrifica..., ¿por qué extraño orgullo las juzga indiferentes? ¿En nombre de qué justicia... superior a la misma vida... las condenará a morir? Usted no es responsable, ante la humanidad, más que de las existencias de su alrededor que se ha impuesto proteger, no de otras... Y ¿no ha pensado usted nunca, sin estremecerse, que usted podía ser el asesino del sublime desconocido... que llora en alguna parte..., en la propia casa de usted, tal vez?

(Hargand levanta los hombros y se pasea muy agitado. Silencio.)

HARG.

¡Pues bien, que empiecen ellos!

ROBER.

¿Cómo se atreve usted a exigir a los débiles..., a los ignorantes..., a las pequeñas almas de niño, obscuras y balbucientes, que se eleven hasta el esfuerzo divino, al que usted mismo, padre, no quiere..., no puede elevar su inteligencia y su gran corazón?

HARG.

Tú te exaltas con palabras..., te entusiasmas con viento... ¡Basta de frases! ¡Hechos! ¡A ver! Cuando se habla tan alto...,

con tanta certeza... es que se tiene una fórmula clara..., un programa puro... ¿Tienes uno tú? ¡Expónmelo... y lo aplico al instante!

ROBER. ¿Para qué, padre, si todo está en una palabra que usted niega?

HARG. (Con cólera.) ¡En una palabra! ¡En una palabra!

ROBER. Y ya que se halla usted predispuesto a no ver, en todo cuanto yo pueda decir, más que palabras... y a no sentir más que viento...

HARG. ¡Sí, ya lo sabía yo! ¡Te eclipsas! ¡Y todos son así! (Sin poderse ya contener.) Pero cuando no se tienen más que palabras para ofrecer a los pobres..., cuando es con palabras..., sólo con palabras..., que se les corrompe..., que se les embriaga..., que se les lleva a la muerte..., ¿sabes tú lo que se es...? ¿lo sabes? ¡Un imbécil o un asesino! ¡Elige!

ROBER. (Con esfuerzo.) ¡Tiene usted razón! ¡Nuestras ideas son cada vez más opuestas! Es una cosa demasiado... ¡demasiado dolorosa! Me retiro.

HARG. (Después de un silencio, con desprecio.) ¡En efecto! ¡Puedes retirarte! (En este momento entra un criado.)

ESCENA III

Dichos y un CRIADO

HARG. ¿Qué es?

CRIADO Los delegados de los huelguistas que se han presentado ante la verja de la quinta... Desean hablar con el señor.

HARG. ¡Ah! ¿Cuántos son? (El criado entrega en una bandeja un papel a Hargand.) Luis Thieux..., Juan Roule..., Anselmo Cathiard..., Pedro Anseaume..., etc..., etc... ¡Seis! (Rompe el

papel.) ¡Está bien! (Hargand y Roberto se cambian miradas de frialdad... Al criado.) ¡Que les abran la verja..., que les hagan entrar! (El criado va a salir.) ¿Sabe usted si el Sr. Maigret se ha ido a su casa?

CRIADO El Sr. Maigret ha dicho al antecámara que se iba a su casa.

HARG. Diga usted a Bautista que vaya a buscarlo...; que el Sr. Maigret me espere en la sala del billar.

CRIADO ¡Muy bien, señor! (Vase. Roberto también se dirige hacia la puerta.)

ESCENA IV

HARGAND Y ROBERTO

HARG. ¡No te marches tú! (Movimiento de Roberto.) Consiento en recibirles, pero quiero que tú presencias la entrevista. (Por un gesto de Roberto, con dureza.) ¡Yo lo quiero! ¡No es mucho, me parece!

ROBER. ¿Por qué, padre?

HARG. ¡Porque yo lo quiero! (Roberto hace un gesto de resignación. Hargand se pasea muy agitado. En seguida se sienta en el escritorio, manoseando brutalmente los papeles que hay sobre el mismo... Largo silencio... Entran los delegados.

ESCENA V

HARGAND, ROBERTO, JUAN ROULE, LUIS THIEUX y otros tres delegados

Entran lentamente con las gorras en la mano. Juan Roule va delante, sombrío, pero sereno, seguido de Luis Thieux, curvado, canoso, andando con embarazo y llevando baja la cabeza. Llegan al escritorio de Hargand anulados por la riqueza severa de la sala. Luis Thieux no levanta la vista de la alfombra: los demás dan vueltas en la mano a sus gorras, excepto Juan

Roule, que, muy dueño de sí mismo, conserva su tranquilidad de espíritu, altivo y con el puño izquierdo apoyado en la cadera, sin provocación. Hargand no se ha movido. Con el cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás, el codo apoyado en un brazo del sillón y la barba apoyada en la mano, se ve que hace por aparentar la mayor indiferencia con una expresión de fría inmovilidad. Roberto, que en el momento de entrar los delegados ha cambiado una mirada con Juan Roule, se retira a un rincón de la sala. Silencio engorroso.

HARG. (Con voz breve.) Bien... ¡ya os escucho!

JUAN (Un poco solemne.) Nosotros venimos aquí para tranquilidad de nuestra conciencia... (Breve pausa.) Si usted rechaza las proposiciones que, en nombre de cinco mil obreros, estoy encargado de transmitirle por última vez, excuso decirle que estamos dispuestos a todas las resistencias. ¡Ni los regimientos que llama usted en su socorro, ni el hambre que contra nosotros desencadena, nos dan miedo! Estas proposiciones son razonables y justas... Usted dirá si prefiere la guerra... (Pausa.) Le suplico que tenga en cuenta, además, que si hemos eliminado de nuestras reclamaciones ciertas mejoras, no por eso las abandonamos: las aplazamos... (Con altivez.) ¡Es nuestro gusto! (Pausa. Hargand está como un mármol, sin hacer el más leve movimiento. Juan saca un papel de un bolsillo de la americana y de vez en cuando lo consulta.) Primero... Mantenemos al frente de nuestras reclamaciones la jornada de ocho horas... sin ninguna disminución en los salarios... Ya le tengo explicado el por qué... sobra repetírselo... (Silencio de Hargand.) ¡Por otra parte, veo que hoy no tiene usted humor de hablar!... Segundo... Saneamiento de los talleres... Sí, como hace decir por todos sus periódicos, es usted un patrón lleno de humanidad, no puede exigir a los hombres que trabajen en cuadras que apestan, en instalaciones mortales... En el

caso que V. aceptara, en principio, esta condición, a la que concedemos un valor capital, habríamos de ponernos de acuerdo, luego, respecto a la importancia y naturaleza de los trabajos, reservándonos el derecho de intervenir con amplias facultades en la realización de los mismos. (Hargand continúa inmóvil y silencioso. Juan Roule le mira fijamente un instante; luego hace un gesto vago.) ¡Lleguemos hasta el fin... ya que estamos aquí para tranquilidad de nuestra conciencia. (Pausa.) Tercero... Substituir por procedimientos mecánicos todas las operaciones del *puddlage*... El *puddlage* no es un trabajo: ¡es un suplicio! Ha desaparecido de un gran número de fábricas menos importantes que las de usted... ¡Es un crimen obligar a los hombres, durante tres horas, a trabajar anegados en sudor, desnudos, con la cara pegada a la boca de los hornos, la piel humeante, la gola devorada por la sed, agitando el hierro fundido y haciendo con él bolas de fuego! Usted sabe bien, no obstante, que al infeliz que condena a esa tortura salvaje... al cabo de diez años... ¡le mata! (Hargand continúa inmóvil, Juan hace un gesto... Pausa.) Cuarto... Vigilancia severa sobre la calidad de los vinos y alcoholes... (Pausa.) Aunque bajo el falaz pretexto de sociedades cooperativas haya usted acaparado todo el comercio de aquí... que sea usted nuestro carnicero... nuestro panadero... nuestro tabernero... etc., etc., tal vez pudiera ser posible que se resignara a ganar algo menos a costa de nuestra salud vendiéndonos otra cosa que no sea veneno... ¡Todo cuanto aquí respiramos es muerte! ¡Todo cuanto aquí bebemos es muerte! Pues bien: ¡queremos beber y respirar vida! (Silencio de Hargand.) Quinto... Esto es la consecuencia moral, natural y necesaria de la jornada de ocho horas...

Fundación de una biblioteca obrera, con todas las obras de filosofía, historia, ciencia, literatura, poesía y arte que yo le indicaré en una lista... Porque un hombre, por muy pobre que sea, no vive de pan solamente... (Pausa.) ¡Tiene, como los ricos, derecho a la Belleza! (Silencio g'acial.) En fin... volver a admitir en la fábrica, con pago completo de los días del paro, a todos los obreros que usted ha despedido durante la huelga... Le hago gracia de mi persona... Firmado el acuerdo, me marcharé... (Deja el papel sobre el escritorio de Hargand.)

HARG. (Después de una pausa, sin moverse, con voz que hiel.) ¡Nada más?

JUAN ¡Nada más!

HARG. (A Luis Thieux.) ¡Qué opinas, tú, de todo esto, Thieux? ¡Necesitas bibliotecas, ahora? ¡A ver! ¡Mírame!

LUIS (Sin levantar la mirada de la alfombra.) ¡Señor Hargand! ¡Señor Hargand!

HARG. ¡Que me mires, te digo!

JUAN ¡No insulte a este pobre hombre! Y vea usted mismo lo que veintisiete años de vida... de trabajo en su casa de usted... han hecho de él!

HARG. ¡Ah, pobre Thieux! Si no estuvieras bajo el dominio de este hombre... si fueras libre de los impulsos de tu corazón... yo te conozco... ¡estarías ya a mis pies pidiéndome perdón!

LUIS (A punto de entregarse a Hargand.) ¡Señor Hargand! ¡Señor Hargand!

JUAN (Con energía.) ¡Pregúntale, pues, qué ha hecho de tu mujer... y de tus dos hijos!

LUIS (Con grande esfuerzo.) ¡Señor Hargand! ¡Es verdad! ¡No se puede... no se puede vivir! ¡Esto no es justo!

HARG. ¡Tú repites una lección, viejo torpel... ¡y aun no la tienes bien sabida!

JUAN (Avanzando hacia el escritorio de Hargand.) ¡Acabemos! ¡Su contestación!

- HARG. (Francamente agresivo, pero conteniéndose todavía.)
Pues bien... ¡hela aquí! Porque no vayáis a creer que yo discuta vuestros absurdos... Tengo vuestro documento...—un poco tarde, por desgracia—¡pero, en fin, lo tengo! ¿Usted se llama Juan Roule?
- JUAN Que sea ese u otro mi nombre, ¿a usted qué le importa?
- HARG. Voy a decírselo... ¡Usted se ha introducido aquí con una libreta falsa!
- JUAN ¿Me habría usted dado trabajo sin libreta?
- HARG. ¿Y qué?
- HARG. (Animándose cada vez más.) Usted ha sufrido aquí —no hablo del extranjero— dos condenas: una por robo... otra por violencias en una huelga... Usted está fuera de la ley.
- JUAN ¿Y qué?
- HARG. ¡Usted está comprometido en asuntos anarquistas! ¡Es usted un ladrón... un asesino!
- JUAN ¿Y qué?
- HARG. ¿Y qué? (Se levanta colérico.) ¿Y si yo le entregara a la justicia?
- JUAN (Con altivez y amenazador.) ¡Hágalo!
- ROBER. (Interviniendo.) ¡Sea quien fuere este hombre, padre... aquí está bajo la salvaguardia de su honor de usted... y del mío!
- HARG. (A Roberto, furioso.) ¡Tú! (No termina. Fuera de sí, a los delegados.) ¿Qué hacéis vosotros aquí? ¡Marchaos! ¡Os echo... os echo! ¡Marchaos!
- JUAN Estaba previsto... Retiémonos...
- HARG. ¡Sí... sí: os echo! ¡Marchaos! ¡Salid! ¡Salid!
- (Los delegados se dirigen hacia la puerta. Juan Roule les hace pasar delante.)
- JUAN. (Volviendo hacia Hargand.) ¡Entonces, es la guerra lo que usted quiere!... ¿la guerra sin perdón ni piedad? ¡No olvide que somos cinco mill! Y si no tenemos más que nuestros pechos desnudos contra los cañones y los fusiles de los soldados que ha pedido usted... sabremos, al menos, morir hasta el último... ¡Esto se lo digo yo! (Vase.)

ESCENA VI

HARGAND y ROBERTO

- HARG. (De pronto, después de pasear furioso por la sala.) Y a ti también... ¡te echo! ¡Que no te vea más! ¡Que no vuelva a verte jamás! ¡Vete! ¡Vete!
- ROBER. ¡Ah, padre! ¡Es usted quien ha querido todo esto! (Vase.)

ESCENA VII

HARGAND y luego un CRIADO

- HARG. Hargand sigue paseando por la sala largo rato. Por el desorden de su actitud, de sus gestos, se adivina que sostiene un violento combate consigo mismo, entre la cólera y las lágrimas... Juego de escena... Toca el timbre... Se presenta un criado.
- HARG. ¡El señor Maigret, inmediatamente!
- CRIADO Muy bien, señor... (Sale precipitadamente. Una vez fuera el criado, Hargand continúa paseándose con gestos desordenados; rendido al fin, se abandona en un sillón, con la cabeza entre las manos, y solloza. Entra Maigret.)

ESCENA VIII

HARGAND y MAIGRET

- MAIG. Maigret, al ver a Hargand abatido, se detiene un instante, extrañado, en el dintel de la puerta; después corre hacia él.
- MAIG. ¡Señor Hargand! ¿Qué ha sucedido? ¡Usted llora! ¡Usted! ¡Eso no es posible! ¡Señor Hargand! (Hargand no contesta y solloza.) Vámos... ¡hable usted!

HARG. ¡Es mía la culpa! ¡Es mía la culpa!

MAIG. Pero ¿de qué es de usted la culpa?

HARG. He perdido la cabeza... sí, ha sido como un rapto de locura .. ¡Los he echado a todos!

MAIG. A ver... a ver...

HARG. ¡Ah! ¡No sé... no sé cómo ha sido! ¿Por qué he hecho yo eso, Maigret? (Le coge la mano.)

MAIG. ¡Señor Hargand!

HARG. ¡He quedado sin fuerzas... sin ánimo! ¡Estoy herido de aquí. (Se pone la mano con la de Maigret sobre el corazón.) ¡De aquí!... Me han quitado a mi hijo, ¿comprende usted? ¡Y es mía la culpa! No he sabido conquistar su corazón... ¡y tanto que lo he intentado!... Y puesto que me han quitado a mi hijo... ¡que me quiten la fábrica... que me lo quiten todo... todo... todo! ¡Se lo abandono todo!

MAIG. ¡No es usted quien habla! ¡Usted no puede hablar así!

HARG. Sí... sí... Maigret: soy yo... ¡ay de mí... ¡yo!

MAIG. ¡No es posible!

HARG. Y luego... (Con grande esfuerzo.) yo creía haber sido un buen hombre... haber hecho el bien a mi alrededor... haber vivido siempre de un trabajo útil y sin tacha... Esta fortuna, que constituía mi orgullo—orgullo inocente, Maigret,—porque era un alimento a mis ansias de producción, y que me parecía hacerla extensiva, con justicia, a los otros... sí, de esta fortuna no creía haber abusado... haberla ganado... merecerla... que era mía... una cosa, en fin, salida de mi cerebro... una propiedad de mi inteligencia... una creación de mi voluntad...

MAIG. ¿Y que no es eso cierto?

HARG. (Con desaliento.) ¡Así parece!

MAIG. Pero ¿estaré yo soñando? ¡Esas gentes le han trastornado a usted la cabeza! ¡Esto es ya demasiado!

HARG. ¡Después de todo, no me han pedido más que cosas justas!

MAIG. (Moviendo la cabeza.) ¡Cosas justas, Juan Roule!
¡Me extraña mucho!

HARG. ¡Quieren vivir! ¡Eso no es un crimen!

MAIG. ¡Ah, vamos! ¡Vuelve usted a sus escrúpulos!
Es éste un mal momento, con franqueza,
señor Hargand. ¡Recobre usted la serenidad... la energía! ¡Lo necesitamos para evitar males mayores todavía! Si se deja usted abatir por quimeras, ¿qué vamos a hacer nosotros? ¡Ah! No ha querido usted escucharme. . . ¡Hace tres noches que no se acuesta... qué se mata trabajando! Por mucha resistencia que un hombre tenga, llega un instante que se le agota... y cuando el cuerpo está rendido... el alma no vale gran cosa... Si hubiera usted descansado como debía... nada de esto hubiese sucedido... ¡Yo descanso... y duermo todas las noches! Sin eso... ¡ya haría tiempo que andaría corvo... y que divagaría como una mujer!

HARG. ¡Mi hijo, Maigret!... ¡mi hijo! (En este momento se oye el sonar, aun lejano, de trompetas. Maigret y Hargand se miran y escuchan. Los sonidos se precisan.)

MAIG. ¡Las tropas! ¡Por fin! (Va hacia la ventana.)

HARG. (Con un gran gesto de abatimiento.) ¡Ya! (Trompetaría.)

TELÓN

FIN DEL TERCER ACTO



ACTO CUARTO

Una encrucijada, en el bosque, al oscurecer. A la derecha, un pobre Calvario de madera se levanta sobre unas gradas de piedra, herbosas y desunidas. El sol, en su ocaso detrás de la arboleda, hace que las ramas altas de los árboles se dibujen, se recorten en negro sobre el fondo rojo del cielo occidental. Los caminos del oeste están iluminados por resplandores sangrientos, en tanto que las sombras crepusculares invaden toda la parte de oriente. Una neblina, rosa aquí, azul allá, sube del bosque. Durante el acto los resplandores del cielo mueren, agonizan, mueren; las sombras llenan los caminos, el bosque se oscurece; el cielo, en el que brillan algunas estrellas, adquiere un tono violeta pálido: avanza la noche progresivamente.

ESCENA I

MAGDALENA y JUAN ROULE

Al levantarse el telón, una patrulla, al mando de un oficial, atraviesa la escena. Luego de haber pasado, Juan Roule y Magdalena aparecen en un camino y, cogidos de la mano, escuchan a la patrulla, cuyos pasos ritmados y el chis chas de las armas van desapareciendo en el bosque. En seguida se dirigen hacia el Calvario. En este momento los brazos de la cruz se destacan claramente sobre el fondo del cielo, están heridos de un reflejo anaranjado, que pronto se apaga. Magdalena va con la cabeza descubierta, envuelta en un manto oscuro. Lleva algunas linternas de papel sin encender, que las deja sobre las gradas del Calvario. Juan Roule escucha todavía. El silencio, ahora, es profundo.)

- JUAN (En voz baja.) Ya no los oigo.
- MAGD. Es la última patrulla. No nos suponen por aquí. ¡Los dragones guardan todos los caminos y senderos que conducen al Prado del Rey! ¡No nos molestarán!
- JUAN ¿No temes que, encendiendo las liuternas que has traído...?
- MAGD. No... Estamos lejos de la ciudad, lejos de los guardias... Y es por allá bajo que se nos vigila. Además, esta noche no hay luna... Conviene que te vean..., que puedan ver a mi Juan cuando les hable... (Juan se sienta en una grada, pensativo. Magdalena va a cortar algunas ramas, e inmediatamente dispone las linternas sobre la plataforma del Calvario.) ¡Parece que se trate de una fiesta!
- JUAN ¡Una fiesta! (Silencio.) ¡Con tal de que vengan!
- MAGD. ¡Vendrán! (Habiendo concluido, se va al lado de Juan, permaneciendo de pie.) ¡Oh! Te lo suplico: ¡no te pongas nervioso, agitado! ¡Haz un esfuerzo sobre ti mismo! ¡Ten calma! ¡Yo te lo pido!... ¿Quieres que andemos un poco más, esperando que lleguen?
- JUAN No..., no: ¡me gusta más estar a tu lado! Siéntate cerca de mí... ¡Dame tus manos! (Magdalena le da sus manos.)
- MAGD. ¡Como arden tus manos! (Silencio.) ¿Padeces... hambre?
- JUAN (Moviendo la cabeza.) Padezco falta de confianza... Me abandonan cada vez más, Magdalena... Unos están cansados de luchar..., otros se creen traicionados... ¡porque he querido que fueran hombres! ¡Siempre lo mismo! ¡Si no hubiéramos recibido de Bélgica ese dinero que les ha permitido comer un poco, después de dos días, lo habrían abandonado todo! ¡Tu padre el primero!
- MAGD. ¡Oh! ¡Mi padre está enfermo! ¡Esto es demasiado emocionante para él! Desde vues-

tra entrevista con Hargand, apenas si sabe lo que dice: Ha perdido la razón.

JUAN Su pensamiento está en la quinta, con el burgués... Ha vuelto a su servilismo... ¡Los demás también! Y, luego, cuando la sospecha penetra en el espíritu de las masas... ¡todo está perdido!

MAGD. Se explota su debilidad y su ignorancia... Es natural... ¡y tú debías esperártelo...! ¡Pero puedes reconquistarlos!

JUAN (Moviendo la cabeza.) Ignoran lo que es el sacrificio... ¡Se acobardan ante el hambre... y tiemblan ante la muerte!

MAGD. ¡Es necesario enseñarles a soportar la una..., a desafiar la otra!

JUAN Y ¿cómo? En vano me agoto en ello...

MAGD. ¡Por la dulzura... y por la bondad!

JUAN ¡Dirán que me falta energía!

MAGD. ¿Era a latigazos que Jesús sublevaba a los hombres? (Juan hace un gesto de desaliento.) Son los mismos hombres... ¡Nada ha cambiado! (Apoya sus manos con ternura sobre los hombros de Juan.) Sé bueno y cariñoso..., no te pese... Y diles cosas sencillas..., cosas que puedan comprender... Bajo la dura piel de sus cuerpos son almas infantiles que se asustan de todo... No les hables con violencia... ¡Amalos... aunque te insulten! ¡Perdónalos... aunque te peguen! ¡Trátalos como pobres enfermos o como tiernas criaturas!

JUAN ¡Oh Magdalena! ¡Qué corazón el tuyo! ¡Y cómo me siento pequeño..., pequeño, a tu lado!

MAGD. ¡No digas eso! ¿Qué sería yo sin ti? ¿Te acuerdas de lo tímida y débil que era... y de la obscuridad que habla en mi alma? ¡Viniste tú! ¡Y cuanto dormía en mí... se despertó!... ¡cuanto era oscuro en mí... se iluminó!... Y es de tu luz..., de tu luz, mi bien amado, que soy hecha hoy!

JUAN ¡Hoy!... eres tú quien me sostiene, Magda-

lena; tú quien afirma mi ánimo... cuando vacila...; tú quien de mis desfallecimientos hace continuamente una renovación de fuerza y de fe... ¡Es en tus ojos..., en el cielo profundo de tus ojos donde veo la estrella futura... y levantarse, al fin, el alba venturosa de la suprema redención!... ¡Y todo esto yo lo había adivinado..., lo había visto en tus lágrimas!

MAGD. ¡Acuérdate de cuando lloraba! (Apoya su cabeza sobre el pecho de Juan.) ¡Una sola mirada tuya secaba mis ojos! ¡Y cuando me hablabas, Juan mio..., me parecía ver palacios..., palacios en donde los pobres iban vestidos de oro..., en donde veía desfilar todas mis angustias con brillantes séquitos alados, hermosos y ligeros como las flores!... ¡Oh! ¡Tú no puedes imaginarte los milagros de tu presencia! ¡Y cómo, sólo con estar a nuestro lado, transformabas en deslumbrador reyalmo... nuestra casa, tan miserable y tan negra!

JUAN ¡Magdalenal... ¡Magdalenal... ¡Yo había visto todo esto en tus lágrimas!

MAGD. ¡Y mis hermanitos! ¡Acuérdate de cuando lloraban! ¡Te los ponías sobre las rodillas, los mecías, les decías cosas tan dulces!... ¡Y te sonreían... y se dormían, satisfechos, felices, en tus brazos!... (Juan enlaza a Magdalena por la cintura.) ¡Pues bien! Haz por los que van a llegar lo que hacías por mis hermanitos y por mí... ¡Y te sonreirán... y te seguirán... hasta el sacrificio..., hasta la muerte... cantando!

JUAN ¡Oh Magdalena!... ¡Magdalenal... ¡Acepto todo cuanto suceda! Las amarguras... las traiciones... los dolores que me aguardan todavía... ¡No me quejaré más... ya que he tenido la fortuna de encontrar en mi camino de miseria la felicidad inmensa y sublime de tu amor!... (Se estrechan, se abrazan.) ¡Oh! Tus ojos... que me comuniquen su fuerza

santa!... Tus labios... la ambrosía del milagro... (Permanecen abrazados algunos segundos.) ¡Aun no!... ¡Jamás el día debiera agotar las delicias de una noche como ésta! ..

MAGD. (De repente, levantándose.) ¡Calla!... ¡Calla!.. ¡Escuchal! (Anda algunos pasos escuchando.) ¡Oigo pasos... oigo voces!... ¡Son ellos! (Juan se levanta; se pasa la mano por la frente.)

JUAN ¡Eh!...

MAGD. (Volviendo hacia Juan.) Hagan lo que hagan... digan lo que digan... sé bueno... ¡Me lo has prometido!

JUAN (Sin fuerzas.) ¡Sí!...

MAGD. (Yendo a la entrada de un camino a la derecha, y hablando a los huelguistas, aun invisibles.) ¡Por aquí... por aquí! (Uno a uno, grupo por grupo, los huelguistas desembocan del camino.)

ESCENA II

JUAN ROULE, MAGDALENA, FELIPE HURTEAUX, PEDRO ANSEAUME, JOSÉ BORDES, JULIO PACOT, CEFERINO BOURRU, FRANCISCO GOUGE, PEDRO PEINARD, HUELGUISTAS, MUJERES y NIÑOS.

PEDRO ¡Salud, Magdalena!

MAGD. ¡Salud, Pedro!

PEDRO (Acercándose a Juan.) ¡Oye. Aquí hay algunos que vienen con malas ideas. .

JUAN Lo sé, Pedro... Pero yo les hablaré...

PEDRO Hace ya días que se los soborna... Y si les metías la mano en los bolsillos, tal vez encontraras dinero oliendo a Maigret.

JUAN Te engañas, Pedro... Entre nosotros podrá haber miedosos; pero ¡traidores! no lo puedo creer.

PEDRO ¡En todas partes hay gente ruin! Oye... Yo apruebo cuanto haces... estoy contigo. . ¡y vigilo!

JUAN (Apretando la mano de Pedro.) También hay

grandes corazones... Gracias, compañero... Siempre he contado contigo...

(Los huelguistas van llegando sin cesar: unos con delantales de piel y sombreros echados atrás; otros, con ropa de día festivo; otros, vestidos haraposamente. Muchas mujeres con toquillas a la cabeza o largos mantos negros, con niños en brazos y de la mano. Caras pálidas, demacradas, marcado el sufrimiento y el hambre; caras feroces, también, todas con un aspecto de miseria que acaba de dar a la expresión de los semblantes un carácter impresionante. Llegan continuamente, de la derecha, de la izquierda, de todos lados, desembocan de todos los caminos, de todos los senderos. Se amasan a derecha e izquierda del Calvario... Juan ha subido a la plataforma, y de pie, apoyada la espalda contra la cruz, mientras la multitud se apiña y Magdalena enciende las linternas, espera, pensativo, iluminado el rostro por pálida luz. Los huelguistas entablan conversación. Un murmullo de voces se levanta de la multitud.)

JCSÉ (Entre un grupo de la izquierda.) (Ah! ¡Pst! ¡Mira qué palido estás!

JULIO ¡Es que tiene miedo! ¡Ya no hace el guapo!... ¡Ojo, que guipa!

JCSÉ ¡De todos modos, es preciso que se explique!

JULIO ¡Seguramente no querrá saber nada!

PEDRO (Anciano.) ¿Qué hay? ¿De quién hablas tú?

JULIO ¡De tu hermanal (Risas. Pedro Peinard se pierde entre la multitud, levantando los hombros.)

JOSÉ (Señalando el Calvario.) ¡Cuánta gala! ¡No nos faltarán luminarias! ¿Es fiesta nacional hoy? (Risas mezcladas con exclamaciones de indignación. Estos dos obreros desaparecen también perdidos entre la multitud, más a la izquierda. A la derecha, un remolino de la multitud, gritos, una disputa.)

FRANC. ¡Te digo que sí!

CEFER. ¡Te digo que no!

FRANC. ¡Te digo que se ha quedado con la mitad del dinero!

CEFER. ¡Repite eso!

FRANC. ¡Sí: se ha quedado con el dinero!

CEFER. ¡Pues quédate tú con eso! (Le pega un puñetazo.)
¡Y se lo llevas a Hargand, que te paga para
que vengas aquí para meter cizaña! (Gritos,
tumulto, se interponen.)

FRANC. (Forcejeando.) ¡Bandidos! ¡Canallas (Le pegan.
Desaparece.)

UNA VOZ ¡Callarse!

OTRA VOZ ¡Echadle!

PEDRO ¡Si gritáis así, será la tropa quien nos
echará a todos!

VARIAS VOC. (De todos lados.) ¡Silencio! ¡Silencio!

(Poco a poco el orden se restablece. Magdalena se
ha sentado en la última grada. Las mujeres, apretadas
unas contra otras, ocupan las gradas inferiores. Juan
Roule se adelanta, pálido, sereno. Apenas se le ve más
que la cara. El montón de mujeres se agita, indeciso, en
la penumbra, por encima de la ola de cabezas, que
ahora llena toda la encrucijada. Juan Roule extiende
el brazo, hace un gesto.)

ALGUNAS V. (De varios lados.) ¡Atención! ¡Atención! (Movi-
miento de atención.)

JUAN (Con voz segura.) Amigos míos...

UNA VOZ (De entre la multitud.) No lo somos, amigos
tuyos. (Gritos de: «¡Callarse! ¡Callarse! ¡Escuchadle!»)

JUAN (Con voz que domina el ruido.) Amigos míos...
escuchadme... Si algunos de entre vosotros
tienen alguna cosa que echarme en cara,
¡que lo hagan! Si me han de acusar de
algo, ¡que me acusen! Pero como hombres
libres... no como niños. Estamos aquí para
entendernos noblemente... ¡no para inju-
rarnos y pegarnos!

VOCES ¡Sí... sí! ¡Eso es!

UN CBRERO ¡Habla, habla! ¡Te escuchamos!

PEDRO ¡Y que callen los vendidos! (Exclamaciones.)

JUAN . Todos tenéis el derecho de discutir... de
juzgar mis actos... Si ya no os inspiro con-
fianza, podéis retirarme el mandato que me
habéis delegado... Yo creo haberlo cumpli-
do de acuerdo con vuestra dignidad y vues-
tros intereses... Si me he equivocado, a

vuestra disposición está. Entregadlo a otro más digno, a otro más abnegado.

VARIAS V. C. ¡No, no! ¡Sí... sí! ¡Callarse! ¡Callarse!

JUAN (En medio del ruido y dominándolo.) Pero, en nombre de vuestro honor... en nombre de la idea por la cual luchamos... no manchéis a un hombre que sólo siente un anhelo: amarnos... que sólo le impulsa un fin: servirnos... y la ilusión, tal vez, de creeros héroes capaces de emanciparnos... ¡Entonces no seríais más que esclavos avanzando el cuello a nuevas argollas... las manos a más pesadas cadenas! (Ligeros murmullos de: «¡Oh!» «¡Ah!»), pero más tímidos. Se nota que, después del relativo silencio que ha sucedido a estas palabras, Juan Roule ha adquirido algo más de autoridad momentánea sobre la multitud.) Esos reproches... esas acusaciones que desde hace algún tiempo circulan de grupo en grupo, de casa en casa, para sembrar la desunión entre nosotros y presentarnos más desarmados ante nuestros enemigos... los conozco... y voy a contestar.. ¡A esto solamente! Porque vosotros me despreciaríais si me ocupara un solo instante de innobles calumnias cuyo impuro origen no es necesario mentar siquiera. (Nuevos murmullos de: «¡Oh!» «¡Ah!»)

PEDRO ¡Bravo! ¡bravo!

JUAN Vosotros me reprobáis—y esa es la mayor ofensa que puede inferírseme—vosotros me reprobáis el haber rechazado el concurso de los diputados radicales y socialistas, que querían inmiscuirse en nuestros asuntos... y apoderarse de la dirección de la huelga?

VARIAS VOC. ¡Sí... sí!. ¡Silencio! ¡Escuchad!

JUAN He hecho esto... ¡es verdad!... ¡y me siento honrado con ello!... (Movimientos diversos.) ¡Vuestros diputados! ¡Sé bien como obran!.. ¡Y vosotros mismos, ¿habéis ya olvidado el papel infame... la comedia lastimosamente

sinistra que representaron en la última huelga... y de qué manera, después de haber arrastrado a los obreros a una resistencia desesperada, los entregaron... acobardados... desnudos... atados de pies y manos... al burgués el mismo día que un nuevo esfuerzo... una nueva sacudida le hubiera obligado a rendirse, quizá!... ¡Pues bien! ¡No! No he querido que los farsantes, con el pretexto de defensores, vinieran a imponeros combinaciones en que vosotros no sois—tenedlo bien entendido—más que un medio para mantener y acrecentar su poder electoral... y una presa para satisfacer sus ambiciones políticas... ¡Vosotros no tenéis nada común con esa gente! ¡Sus intereses son siempre diferentes de los vuestros... como los del usurero y su deudor... los del asesino y su víctima!... (Movimientos en sentidos diversos: una ansia de lucha corre por la multitud y la agita .. Con voz más fuerte.) ¡A ver! ¿Qué han hecho por vosotros? ¿Qué han intentado? ¿Dónde está la ley libertadora que hayan votado... que hayan propuesto, al menos?

UNA VOZ
JUAN

¡Es verdad! ¡Es verdad!
Y a falta de esa ley imposible... lo reconozco... ¿un grito... un solo grito de piedad que hayan dado? Ese grito, que sale de las entrañas mismas del amor... y que mantiene en el corazón de los desheredados la indispensable esperanza... ¡citadlo... recordádmelo... y nombradme uno solo de los políticos, uno solo, que haya muerto por vosotros... que haya arrostrado la muerte por vosotros!...

CEFER.

(En medio de los rumores.) ¡Bravo! ¡Es verdad! ¡Abajo la política! ¡Mueran los diputados!

JUAN

Comprended, pues, que sólo existen por vuestra credulidad. Vuestro secular embrutecimiento lo explotan como una finca; vuestra servidumbre, la tratan como una

renta... Mientras vivís, engordan con vuestra pobreza y vuestra ignorancia... y cuando habéis muerto, ¡se hacen un pedestal con vuestros cadáveres!... ¿Es eso lo que queréis?

UNA Voz ¡No! ¡No! ¡Tiene razón!

JUAN Y el día que los fusiles de los soldados os hacen caer, con vuestros hijos y vuestras mujeres, por las calles, regadas con vuestra sangre, ¿dónde están ellos? ¡En el Congreso! Y ¿qué hacen? ¡Charlan! (Aplausos y protestas.) ¡Pobre rebaño ciego! ¿Siempre te dejarás conducir por esos malos pastores?

JULIO (En medio de los rumores.) ¡No se trata de esto!

FRAN. ¡Nosotros no somos ningún rebaño!

JULIO Nos insulta... ¡Nosotros somos tanto como él!

FELIPE (Subiendo al tronco de un árbol caído.) ¡Basta de discursos! Dinos qué has hecho del dinero.

VOCES ¡Sí, sí! ¡El dinero! ¡El dinero!

JUAN ¿Quién es que habla así?

FELIPE (Bajando del tronco y dirigiéndose al pie de las gradas del Calvario.) ¡Yo! ¡Felipe Hurteaux!

JUAN Te engañan, Felipe Hurteaux... Y ¿por qué me obligas a decir públicamente que no me he quedado con nada... y que os he dado mi parte?

VOCES ¡Veamos, pues!... ¡Bravo! ¡Bravo! (Felipe discute con animación y se mezcla con la multitud.) ¡Pruebas! ¡Pruebas!

PEDRO ¡Silencio! ¡Que se callen los canallas! ¡Que se callen los vendidos! (Tumulto.)

JUAN (Dominando el tumulto con voz vibrante.) ¡Dejadme hablar! ¡No me impediréis hablar... los que os hacéis cómplices de nuestros enemigos y portavoces de sus imbéciles calumnias!

VOCES ¡Escuchad! ¡Escuchad!

JUAN ¡Ah! Yo leí en vuestras almas... Tenéis miedo de ser hombres... de sentir os libres y desencadenados... esto os espanta...

Vuestros ojos, acostumbrados a las tinieblas, no osan ya mirar la luz del gran sol... Vosotros sois como el prisionero que, al salir del calabozo, el aire de la calle le hace temblar y caer sobre la tierra libre!... ¡Todavía... y en todo momento... necesitáis un amo! ¡Pues bien! ¡Seal Elegidlo... y, opresión por opresión... amo por amo... (Movimiento de la multitud... Con un grán gesto... ¡conservad vuestro burgués!... (Explosión de ira.) ¡conservad vuestro burgués!... (Puños en alto y gran gritería: los huelguistas se apiñan más cerca del Calvario. Juan descende dos gradas y coge a un huelguista por los hombros, moviéndole fuertemente... (Con voz vibrante.) ¡El burgués es un hombre como tú! Se le tiene delante... se le habla... se le exalta... se le amenaza... ¡se le mata!... ¡Al menos, él tiene una cara... un pecho donde se puede hundir un puñal!... Pero ¿cómo exaltar a ese ser descarado que se llama un político?... ¿cómo matar esa cosa que se llama la política?... esa cosa resbaladiza y fugaz que os creéis tener ¡y siempre se os escapa!... que creéis muerta ¡y siempre revivel... esa cosa abominable por la que todo ha sido envilecido, todo corrompido, todo comprado, todo vendido: ¡justicia, amor, belleza!... que de la venalidad de las conciencias ha hecho una institución... ¡que ha hecho peor aún... puesto que con su inmundo cieno ha ensuciado el rostro augusto del pobre!... ¡peor aún... puesto que ha destruído en vosotros el último ideal: la fe en la Revolución! (La actitud enérgica de Juan, los ademanes, la fuerza con que ha pronunciado las últimas palabras imponen momentáneamente el silencio. La multitud retrocede, pero continúa agitada y murmuradora.) ¡Comprendéis lo que yo he querido de vosotros... lo que espero todavía de vuestra inteligencia... de vuestra dignidad? He querido... y quiero... que mostréis, una

vez, al mundo de los vividores políticos... ese ejemplo nuevo... fecundo... terrible, de una huelga hecha, al fin, por vosotros solos... para vosotros solos... (Pausa.) Y si tuvieseis que morir en la lucha entablada... ¡sabed morir... una vez... por vosotros... por vuestros hijos... por los que nazcan de vuestros hijos..., no por los atesoradores de vuestro sufrimiento... como siempre!... (Sordos murmullos, agitación: los huelguistas, dominados todavía, se miran, se interrogan.)

FELIPE (Separándose de la multitud, alentado por algunos huelguistas y volviendo al pie del Calvario.) ¡Todo eso está muy bien! Y tú, Juan Roule, también hablas como un diputado... (Risas en la multitud.) Pero ¿nos darás dinero tú? ¿Nos darás pan?

MUCHAS VO. (Mezcladas con protestas de fidelidad.) ¡Eso es! ¡Pan... ¡Habla! ¡Habla!... ¡Viva Hurteaux!

FELIPE ¡Porque, en fin, no vamos a vivir sólo de tus palabras...

JULIO ¡Duro! ¡Duro! ¡Apriétale!

FELIPE por muy hermosas que sean! (¡Bravo. Hurteaux, alentado y envanecido, se hincha, toma actitud de orador.) Con los diputados que has despreciado... hubiéramos tenido dinero y pan... (A la multitud.) ¿No es verdad, compañeros?

VOCES (Cada vez más numerosas.) ¡Sí... sí!

FELIPE Y hubiéramos podido continuar... ¿No es verdad, también?

VOCES ¡Sí... sí!

JUAN Es la pereza lo que te hace hablar, Felipe Hurteaux... Tú eres un mal sujeto... ¡La huelga! Tú creías que era no hacer nada... unos días de ganduleo... de francachela... de vino... ¡y que aun te daban dinero!... ¡Conozco tus querencias, amigo!... Mientras ha habido de qué comer y beber... has pretendido formar entre los violentos... Ahora que hay que apretar el vientre y sufrir... ¡ya no eres nada!... ¡Pues bien!

- ¡Vete! ¡Nadie te lo impide! (Murmullos en contra.)
- FELIPE (Haciendo el bravucón.) Tus palabras no me desconciertan... ¡ya lo sabes! Tus aires de maestro no me dan miedo... ¡Todo eso no me importa! ¡Contesta! Queremos pan.
- JUAN ¡En las tahonas de la población tienen! ¡Ve a tomarlo! («¡Oh!» «¡Oh!» entre la multitud.)
- FELIPE ¿Y dinero?
- JUAN ¡Gánalo! (Aumentan los gritos. Se oyen: «¡Ah!» «¡Oh!» La hostilidad contra Juan Roule se apodera de la multitud.)
- FELIPE (A la multitud.) ¿Vosotros le oís?
- MULTITUD ¡Sí... sí!
- FELIPE Y ¿cómo quieres tú que yo lo gane, si por ti me han despedido del taller?... ¡si es por ti que nosotros sufrimos hambre, farsantel
- JUAN ¡Batiéndote, cobardel (Gritos, rumores. En vano Pedro Anseume y algunos leales se interponen para encauzar en mejor sentido los sentimientos de la multitud.)
- FELIPE ¿Y armas? ¿Nos puedes dar armas? ¿Armas, siquiera?
- JUAN ¡Estacas... picas... teas... tu pecho!
- FELIPE ¡Vamos, hombre! ¡Tú no lo permitirías! (A la multitud.) ¡Mi pecho para el señor! ¡Si no querría! (A Juan Roule.) ¡Pues bien! ¡Dános pan y nós batiremos!
- MULTITUD ¡Pan! ¡Pan!... ¡Abajo Juan Roule!
- FELIPE ¡Estamos hartos de ti!
- MULTITUD ¡Pan! ¡Pan!...
- FELIPE ¿Se te conoce, siquiera? ¿Sabe alguien de dónde vienes?... Vamos... ¡se te ha visto el juego... ¡Uf! ¡Extranjero!
- MULTITUD (Desencadenada.) ¡Abajo Juan Roule! ¡Abajo el extranjero!
- JUAN (Hallando en su mismo agotamiento nuevas fuerzas y mayor sonoridad en la voz.) ¡Corazones cobardes que no sabéis... que no queréis sufrir!
- MULTITUD ¡Abajo Juan Roule! ¡Abajo Juan Roule!
- JUAN ¡Pues bien! ¡Volved a Hargand, esclavos!

¡A la cadena, perros!... ¡Al grillete, forzados!

MULTITUD (Tendiendo los puños hacia Juan) ¡Mueral.. ¡Mueral...

JUAN ¡Ganad, pues, el dinero que Maigret os ha prometido! ¡Y matadme! ¡Aquí me tenéis! (Avanza un poco y cruza sus brazos sobre el pecho.) ¡Y no temáis... no me defenderé!

MULTITUD ¡Sí, sí: mueral! ¡Mueral... (A pesar de los esfuerzos de los que le son fieles, la multitud se desborda, vociferando... atropella a las mujeres sentadas en las gradas... quiere escalar el Calvario.)

PEDRO (Luchando.) ¡Brutos! ¡Salvajes! ¡Asesinos!
FELIPE ¡Cojámosle... colguémosle de un árbol del bosque!

MULTITUD ¡Mueral... ¡Mueral...
(La multitud ha invadido ya la segunda grada; Felipe Hurteaux ha ganado la plataforma y, precipitándose sobre Juan, que se mantiene impasible, con los brazos cruzados y la cabeza alta, le pone las manos sobre los hombros. De repente, Magdalena se levanta y extiende sus brazos en cruz, desplegándose su manto como dos alas. Un huelguista que había llegado hasta allí retrocede.)

MAGD. (Con voz fuerte.) ¡Atrás! ¡Atrás! (La multitud se detiene... Con voz más fuerte.) ¡Atrás os digo! (El movimiento de retroceso se acentúa.) ¡Más, todavía!.. (Felipe Hurteaux suelta a Juan Roule; los huelguistas se inmovilizan. Todas las caras, todas las miradas se dirigen a Magdalena.)

VOCES (De entre la multitud, ahogando los gritos.) ¡Es Magdalena! ¡Es Magdalena! (Todos callan.)

MAGD. Yo no soy más que una mujer... y vosotros sois hombres... Pero no os permitiré cometer un crimen. No sólo impediré que toquéis al hombre que yo amo, al héroe de mi corazón... y del que llevo un ser en mis entrañas... Os prohibo insultar... (Con un gran gesto señala el Calvario.) esta cruz, en la que desde hace dos mil años agoniza bajo el peso de vuestros miserables odios el primero que osó hablar a los hombres de

libertad y de amor... ¡Atrás, pues!... ¡Atrás!... ¡Atrás!... ¡Atrás!... (Los que habían invadido las gradas retroceden. El furor de los rostros disminuye. Los hombres se encorvan.)

VOCES

(De entre la multitud.) ¡Es Magdalena! ¡Es Magdalena! ¡Escuchad a Magdalena!... escuchad!

MAGD.

Juan os ha hablado duramente... injustamente. Ha obrado mal. Pero vosotros habéis obrado aún peor, excitando su cólera, provocando su violencia por odiosas sospechas y cobardes calumnias. Debierais haber averiguado quien las inventa... quien las propaga... y con qué fin... Y esa inmundicia con que se quería manchar a un hombre temido debía quedar entre las manos cchinas que la han amasado.

ALGUNAS V. ¡Es verdad! ¡Es verdad!

OTRAS V. ¡Habla, Magdalena... tenemos confianza en ti!

MAGD.

Desde el principio de esta larga y dolorosa huelga Juan se aniquila amándoos, sirviéndoos, defendiéndoos contra vuestros enemigos y contra vosotros mismos, que sois vuestros peores enemigos... Sólo tiene una preocupación: ¡vosotros, vosotros, y siempre vosotros! Yo lo sé... y yo os lo digo, la compañera de su vida, la confidente de sus ensueños, de sus proyectos, de sus luchas... yo, que no era más que una pobre muchacha y que, no obstante, con su amor he podido sentir el aliento y la fe ardiente que se necesitan para tener el atrevimiento de hablaros como os hablo ahora... ¡Y yo, la muchacha triste y silenciosa que conocéis y que muchos de vosotros, cuando niña, tuvisteis en vuestros brazos!...

UN ANCIA. Continúa... Tu voz nos es más dulce que el pan.

MAGD.

¡Y he ahí cómo se lo agradecéis! ¡Le reclamaís dinero y pan! ¡Pero si tiene menos

que vosotros... porque cada vez os ha dado su parte y la mía!... ¡Le preguntáis de dónde viene! ¿Qué os importa de dónde viene... puesto que sabéis adónde va?... ¡Ay, pobres hijos míos! Juan viene del mismo país que vosotros... del mismo país que todos los que sufren: ¡de la miseria! Y va hacia la única patria de todos los que esperan: ¡la felicidad libre!...

(Emoción en la multitud; los rostros se suavizan e iluminan cada vez más.)

MUCHAS V. (Sí, sí... ¡Continúa, continúa!

MAGD. ¡Marchad, pues, hacia esa patria! Juan conoce los caminos que conducen a ella... ¡Marchad... marchad con él... y no ya con los que tienen las manos manchadas con sangre de los pobres! ¡Marchad! El camino será largo y penoso... Caeréis muchas veces con las rodillas dislocadas... ¿Qué importa? ¡Volved a levantaros y proseguid la marcha! ¡La justicia está al final!

MULT. ¡Sí, sí!...

UNA VOZ Que no nos abandone...

OTRA VZ ¡Te seguiremos!...

OTRA VZ ¡Le seguiremos!

MAGD. ¡Y no os dé miedo la muerte!... ¡Amadla, la muerte!... ¡La muerte es espléndida... necesaria... y divina!... ¡La muerte infanta la vida... ¡Ah! ¡No derramáis más lágrimas! Con tantos siglos de llorar, ¿quién ha hecho caso, quién se ha conmovido por vuestro llanto?... ¡Ofreced vuestra sangre! La sangre, que en el rostro de los verdugos es una mancha horrible, en el rostro de los mártires resplandece como un eterno sol... Cada gota de sangre que cae de vuestras venas... cada golpe de sangre que chorrea de vuestros pechos... hacen nacer un héroe... un santo... (Señalando el Calvario.) ¡un dios!... ¡Ah! ¡Yo quisiera tener mil vidas para dáros las todas! ¡Quisiera tener mil pechos para que toda esa sangre de libertad

y de amor... regase la tierra en que vosotros sufrís!... (Emoción inmensa. Éxtasis en los rostros.)

UNA VOZ ¡Queremos morir... queremos morir!

MULT. ¡Sí!... ¡sí!...

MAGD. ¡Ah! ¡Por fin, volvéis a ser los mismos! Y me siento feliz... feliz... Lo que ha pasado hace un instante no ha sido más que palabras, por fortuna... ¡Faltan hechos, ahora!

MULT. ¡Sí... sí... ¡Viva Magdalena!... ¡Viva Magdalena!

MAGD. ¡Ah! No gritéis «¡Viva Magdalena!» Aquí yo no soy Magdalena... ¡Yo no soy más que el alma de ese a quien hace poco dirigíais amenazas de muerte! Gritad «¡Viva Juan Roule!...» Probadme que le perdonáis su violencia, como él os ha ya perdonado vuestras sospechas... y vuestras injurias...

MULT. ¡Viva Juan Roule!... ¡Viva Juan Roule!... ¡Viva Magdalena!... (Felipe Hurteaux no ha gritado. Se le ve presa de una crispación feroz.)

MAGD. (A Felipe Hurteaux.) ¿Y tú, Felipe Hurteaux?

FELIPE ¡Yo... no! (Hace un gesto violento.)

MAGD. ¡Felipe Hurteaux! Tú y yo hace mucho tiempo que nos conocemos... Cuando era pequeña, te gustaba venir conmigo.... Ibamos juntos por los campos... por los bosques... Y en la orilla de los caminos, cogías flores y adornabas mis cabellos... Cuando los otros me pegaban, tú me defendías... ¡me defendías como un pequeño león!... Eras valiente y cariñoso... ¿Es que no te acuerdas ya de todo esto?

FELIPE (Con embarazo.) Sí, Magdalena... me acuerdo; pero ahora...

MAGD. (Interrumpiéndole.) Ahora eres todo un buen mozo... Y tu corazón es el mismo... bueno y ardiente como entonces... Vamos... ¡haz paces con Juan... y dale tu mano!

FELIPE Magdalena... Magdalena... ¡no me pidas eso!

- MAGD. (Dulcemente.) Dale tu mano... dale tu mano.
¡Yo te lo ruego!
- MULT. ¡Sí, sí! ¡Magdalena tiene razón!
- FELIPE (Tendiendo su mano, después de breve titubeo) ¡Bueno! .. pues... (Los dos hombres se abrazan. Entusiasmo en la multitud. Todas las manos, todos los rostros se dirigen a Magdalena.)
- MAGD. ¡Y que esto sea el signo de nuestra reconciliación! ¡Que esto sea el pacto de una unión que nada, en adelante, pueda romper!... ¿Lo juráis?
- MULT. ¡Sí! ¡Sí! ¡Lo juramos!... ¡Viva Magdalena! ¡Viva Juan Roule! ¡Viva la huelga!
- Un ANCIA. (Al pie de las gradas) ¡Tú eres nuestra madrecita, Magdalena!... (En este momento el entusiasmo llega al grado máximo; las mujeres, sentadas sobre las gradas, se han levantado y ofrecen sus hijitos a Magdalena.)
- MAGD. (Después de haberse calmado un poco el embriagamiento de la multitud, cogida de la mano de Juan.) Ahora retiraos... Idos a vuestras casas... (Con el brazo libre hace un gesto hacia la población... Con voz vibrante..) ¿Y mañana?...
- MULT. ¡Sí... sí... sí...
- MAGD. ¿Nos seguiréis a los dos?
- MULT. ¡Sí... sí... sí!
- MAGD. ¿Hasta la muerte?
- MULT. ¡Hasta la muerte! ¡Hasta... la muerte!... ¡Hasta la muerte.) (Se renueva el entusiasmo.)
- MAGD. Pues bien: ¡hasta mañana! ¡Delante de las fábricas... todos... todos!...
- MULT. ¡Todos... todos!... ¡Viva la huelga!
- (La multitud se escurre lentamente... por todos los caminos... por todos los senderos.)

ESCENA III

MAGDALENA y JUAN ROULE

Juan y Magdalena no se han movido de la plataforma, cogidos de la mano. Cuando la multitud ha desaparecido, bajan las gradas lentamente.

JUAN (Atrayendo a Magdalena hacia sus brazos, enlazándola y llorando.) Tú ves... ¡Soy yo quien llora, ahora, quien llora en tus brazos!... ¡Yo soy tu hijito!

MAGD. ¡Te amo, Juan mío!

JUAN Eran lobos, y los has convertido en corde-
ros... Eran cobardes, ¡y los has convertido
en héroes!... ¿Qué poder es el tuyo?

MAGD. ¡Te amo!...

JUAN Querían matarme... ¡y tú me has salvado
de la muerte!...

MAGD. ¡Te amo!...

JUAN ¡Magdalena!... ¡Magdalena!... mujer de co-
razón sublime: ¡tú eres como aquellas ele-
gidas que en épocas lejanas surgían de las
profundidades del pueblo para resucitar los
ánimos y reanimar las fes abatidas!... ¡Tú
eres la...

MAGD. (Estrechando a Juan contra su pecho y besándole en
los labios)... la que te ama, Juan... ¡nada
más!... (Empezan a andar, siempre enlazados, y se
pierden en el bosque.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

La escena representa una plaza de la población. En primer término, ocupando todo lo largo del escenario, un patio cercado de una pared muy baja, sobre la que hay una verja de hierro. Muchos barrotes han sido despegados y arrancados; los demás están torcidos .. Un rótulo: «Almacén por alquilar», subsiste todavía. En medio de la verja se abre una puerta que da a la plaza, y al otro lado de la plaza, a lo último de una larga calle, se ve la fábrica incendiada y humeante... A la derecha, en el patio, hay un cobertizo, que termina en los bastidores, al que llevan cadáveres. A la izquierda, al pie de un árbol acribillado de balazos, un banco... Las casas conservan señales de una batalla reciente... Los balcones y las ventanas están cerrados; las fachadas de las tiendas y de los cafés, destrozadas. Un hermoso sol brilla sobre todo esto, sobre la población, más gris, más triste, más negra, en su permanente atmósfera de carbón, a causa de estar iluminada por una luz violenta.

ESCENA I

UN CURIOSO y CUATRO CAMILLEROS

(Al levantarse el telón, la plaza está desierta... Conducidos por la Guardia civil, una larga hilera de huelguistas prisioneros atraviesa la escena. Se abren algunos balcones y ventanas y aparecen cabezas ansiosas y curiosas. Algunos comerciantes se atreven a asomarse al umbral de las tiendas y miran, todavía temerosos, en la dirección por donde acaban de desaparecer los huelguistas encadenados... Dos camillas, cubiertas de tela gris y llevadas cada una por dos camilleros, penetran en el

patio. . Los camilleros levantan la tela, depositan los muertos junto a los otros cadáveres... Un curioso, medio obrero, medio burgués, se aventura hasta la entrada del patio y mira.)

CURI. ¿Quedan muchos todavía?

CAM. 1.º Tal vez una decena... Los muertos.

CURI. ¿Y los heridos?

CAM. 1.º En el hospital.. en las casas de socorro... en los dispensarios... ¡en todas partes!

CAM. 2.º Se dice que hay cuarenta muertos entre los escombros de la fábrica. (Señala la fábrica.) ¡Y los que transportan, además, al Salón Fagnier! (Moviendo la cabeza.) ¡Esta vez no es para bailar!

CURI. Y, decir: ¿ha concluido ya todo?

CAM. 1.º Sí...; parece que se han rendido todos...

CURI. Ya era hora... (Señalando los cadáveres.) ¡La verdad es que da lástima ver esto!

CAM. 2.º ¡Qué desgracia!

CAM. 1.º Yo los he visto en la barricada... cerca de la iglesia... ¡Qué brava gente! Eran lo menos quinientos... en la barricada..., quizá más...; quizá seiscientos... ¡Aquello parecía el matadero! Al frente, Magdalena y Juan Roule... ¡Qué disposición tenían los dos! ¡Y con una táctica a la altura! Y luego, de pronto, corriendo..., echando los bofes..., con los ojos saltando de sus órbitas... llega el Sr. Roberto...

CURI. ¡El Sr. Roberto!

CAM. 1.º Roberto Hargand, sí.

CURI. ¿El hijo del amo?

CAM. 1.º ¡Sí, hombre!

CURI. ¡Ah! ¿Y qué?

CAM. 1.º Pues que corre hacia allí... hacia allá... Habla a la tropa..., habla a los huelguistas... ¡Jesucristo! Aunque la tropa no estuviese más que a veinte metros de la barricada... en aquel sagrado matadero era imposible entender nada, ¿comprende usted? Parecía gritar a unos y a otros: «¡Deteneos! ¡Deteneos!»...

CURI. ¿Y entonces?

CAM. 1.º Entonces... sale un tiro de la barricada: piedras..., pedazos de hierro... ¡no sé lo que cayó sobre la tropa! ¡Qué tremendo chaparrón!... «¡Ea! ¡Basta!» dice el capitán... Ordena hacer las tres intimaciones... y... «¡Fuego!» Magdalena..., Juan Roule... y el Sr. Roberto, caen con una treintena de compañeros... Pero las bajas se cubren al instante... Aquellos furiosos se multiplican, se enardecen más y más... y las piedras aumentan..., la tropa dobla sus descargas... y el capitán grita: «¡Fuego, fuego y adelante!» ¡Ah! Le aseguro a usted que se han visto apurados para rendir a esa gente! (Se quita la gorra y se limpia el sudor.) ¡Dios mío, qué calor hace! (Al otro camillero) ¡Pásame tu calabaza! (Toma la calabaza y bebe con avidez.)

CURI. Así... ¿el Sr. Roberto...?

CAM. 1.º ¡Naturalmente! (Hace un gesto afirmativo y se pone la gorra.)

CURI. ¡Eso es demasiado..., demasiado!... Y el amo, ¿qué dice?

CAM. 1.º No le hemos visto todavía... ¡Ya supondrá usted que no debe estar muy satisfecho!

CURI. ¡Seguramente! ¿Han encontrado el cadáver?

CAM. 1.º Debe estar con los otros... allá abajo. (El curioso mira a los cuatro camilleros, que vuelven a coger las camillas y se marchan. Por la parte de fuera pasa una mujer junto a la verja, llevando de la mano a dos niños.)

ESCENA II

MARIANA RENAUD y el CURIOSO

MAR. (Al curioso.) Vengo por mi marido... ¿Está por aquí?

CURI. (Señalando el cobertizo.) ¡Véalo usted, buena mujer! (El curioso se dirige hacia la plaza.)

MAR. (Atravesando el patio, sollozando.) Dios mío ¡Dios mío!... (Entra en el cobertizo. La plaza empieza a animarse. Aparece la gente; el curioso cuenta lo que acaba de saber; gestos animados. Llegan otras mujeres, atraviesan el patio gimiendo y penetran en el cobertizo.)

ESCENA III

LAS MUJERES, UN NIÑO y EL CURIOSO

Aparece un niño llevando de la mano a un hermanito menor, vestido de corto. Se detiene y se dirige al curioso con voz fresca y tranquila.

Niño ¡Señor! ¿Dónde están los muertos? (El curioso le indica el cobertizo. El niño atraviesa el patio y entra también en el cobertizo.)

ESCENA IV

LAS MUJERES, LA MADRE CATHIARD, LUIS THIEUX
y luego MAGDALENA

Van llegando mujeres sucesivamente. Entran en el patio, unas solas, otras con niños de la mano; las hay

que llevan criaturas de pecho. Algunas reconocen entre los muertos a su marido, a su hijo, a su padre. Gritos, lamentaciones. Se arrodillan junto a los cadáveres y sollozan. . Entra la madre Cathiard sosteniendo a Luis Thieux. Mira en seguida a su alrededor. Luis Thieux parece completamente un viejo. Apenas puede andar, corvo y sin ninguna expresión de inteligencia en los ojos.

MADRE Mira... aquí hay un banco... Estás cansado... Te sentarás... esperándome... (Conduce a Luis Thieux al banco, en el que ya está sentada una anciana, triste, silenciosa y que también espera.)

LUIS (Andando.) ¿Qué dices? ¿Que vamos a la fábrica?

MADRE (Haciéndole sentar en el banco, cerca de la mujer.) Vigílelo... ¡Tiene la cabeza enferma, pobre hombre! Yo no podía dejarle solo en casa... (Mirando a su alrededor.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es posible esto?... (La anciana no se ha movido. La madre Cathiard se dirige hacia el cobertizo.)

LUIS (Sin dirigirse a nadie.) ¿Qué dices? (Mira también vagamente cuanto le rodea.) ¡Ah, sí! ¡Hoy es la paga! ¡Es la paga! (Entran mujeres continuamente. El patio empieza a llenarse. Con su mirada sin expresión, Thieux examina durante algunos segundos a la vieja que tiene a su lado; luego vuelve la cabeza y se queda inmóvil, encorvado, sin decir nada. No se oyen más que lamentos de mujeres.)

MADRE (Bajo el cobertizo, entre las mujeres, con un gran grito.) ¡Es Magdalena! ¡Es Magdalena!... (Luis Thieux, al oír «Magdalena», vuelve la cabeza hacia la vieja.)

LUIS ¡Magdalena! ¿Qué dices? ¿Por qué dices que eres Magdalena? Tú sabes bien que no eres Magdalena... (Mueve la cabeza y vuelve a su actitud de abatimiento.)

MADRE (Bajo el cobertizo.) ¡No está muerta! ¡Magdalena no está muerta! (Las mujeres sollozan.) Mueve los labios... palpita su corazón... (Intenta

levantarla... Las mujeres sollozan.) ¡Ayudadme... ayudadme! (Ninguna se mueve.) Soy demasiado vieja... No tengo bastante fuerza. (Ninguna se mueve.) Pero, ¿por qué no me ayudáis? ¡Os digo que no está muerta! (Al fin, algunas que no han encontrado ninguno de los suyos entre los muertos, se deciden a ayudar a la madre Cathiard. Levantan a Magdalena, cuyos cabellos están pegados con sangre.) ¿Veis? Abre los ojos... ¡No podemos dejarla aquí!... ¡Llévemola al banco! (Con mucha fatiga la llevan al banco. La vieja se levanta, sin mirar, y se marcha, insensible. Luis Thieux continúa encorvado, mirando a tierra. Las mujeres sostienen a Magdalena sobre el banco.) ¡Magdalenal... ¡Magdalenal... (Luis Thieux, al oír «Magdalena», levanta todavía la cabeza, mira un instante a su hija y no la reconoce; mira un instante el patio, lleno de gente.)

LUIS
MADRE

¡Es la paga! (Vuelve a su actitud de postración.) ¡Ya vuelve en sí! (Magdalena suspira con fuerza.) Está herida en la cabeza... pero la herida no es profunda... (A los curiosos, que miran por la verja.) ¡Traedme agua! (Uno de los curiosos se marcha y vuelve algunos momentos después con agua y trapos.) ¡Qué pegados tiene los cabellos! (A las mujeres.) Desabrochadle el corsé... (La madre Cathiard cura la herida de Magdalena.) ¡Magdalenal! ¡Magdalenal! ¡Soy yo! (En este momento entra Hargand con el semblante descompuesto. Le siguen Maigret y algunos personajes importantes de la fábrica.)

ESCENA V

Dichos, HARGAND, MAIGRET, etc.

HARG.

(Corriendo hacia el cobertizo.) ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!...

- MAIG. (Siguiéndole.) ¡Pero, señor Hargand, señor Hargand!...
- MADRE ¡Magdalena! ¡Magdalena! Soy yo... ¿No me reconoce? (La madre Cathiard continúa curando a Magdalena, que va suspirando con más facilidad. Las mujeres están inclinadas sobre ella, y le mantienen alta la cabeza)
- HARG. (Volviendo del cobertizo.) ¿Dónde está? ¿Dónde está?
- MAIG. ¡Le han engañado a usted, señor Hargand! ¡Yo estoy seguro de que el señor Roberto ha permanecido en la quinta!
- HARG. ¡No, no! ¡Ha salido de la quinta como un loco! ¡Le han visto... le han visto en la barricada!... Le digo a usted que mi hijo está muerto... ¡muerto!... (Las mujeres sollozan... Nadie hace caso de Hargand.) ¡Mi hijo está muerto! ¡Y soy yo, yo, quien lo ha matado!...
- MAIG. ¡Usted no puede continuar aquí, señor Hargand! ¡Es imposible!
- HARG. (Señalando a las mujeres que lloran.) ¡Bien están ellas!
- MAIG. ¡Pero, señor Hargand, si su hijo de usted estuviera muerto, lo hubiesen llevado a su quinta! ¡Venga usted!
- HARG. ¡No! ¡No!... (A la multitud.) ¿Alguien ha visto a mi hijo?... ¿Alguien ha visto a mi hijo?... (Silencio. Sollozo de las mujeres que hay en el cobertizo.) ¡Contesta! ¡Contestad... os lo suplico! ¡Mi hijo! (Silencio.) ¡Vosotras las que lloráis, escuchadme! Vosotras, madres que habéis perdido a vuestro hijo; vosotras, viudas, ¡escuchadme! Yo os adopto... Os doy toda mi fortuna... mi vida... ¡Pero habladme! ¡Decidme dónde está mi hijo! (Silencio y sollozos. Mariana Renaud sale del cobertizo. Hargand va a cogerle las manos.) ¡Tú... Mariana... Mariana... ¿Has visto a mi hijo? ¡Contéstame! (Mariana lo rechaza sin mirarle y se va.) ¡Oh! ¡No hay piedad! ¡No hay piedad!...
- MAIG. (Intentando llevárselo) ¡Señor Hargand! ¡Señor

Hargand! (Hargand va hacia el patio, se acerca al banco y ve a Magdalena pálida como una muerta y con la frente ensangrentada.)

HARG. ¡Magdalena!... ¡Oh!... (Retrocede un poco. Y como si hasta entonces no hubiese reparado en las mujeres y en los cadáveres, se tapa los ojos con las manos para librarse del horrendo espectáculo.) ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!...

MADRE ¡Magdalena! ¡Magdalena! ¡Soy yo! (Magdalena abre completamente los ojos. Poco a poco parece despertar de un interminable sueño doloroso. Lo mira todo, pero sin comprender, sin saber dónde está. Lentamente recupera la noción de las cosas, pero vaga, todavía imperfecta. Los asomos de memoria que en ella se manifiestan, dan a sus ojos, siempre huraños, múltiples y diversas expresiones de la realidad, que van acentuándose. Se esfuerza por hacer movimientos. Levanta su brazo, se pasa la mano por la frente y se restrega los ojos. En su mano hay una mancha de sangre. Se la mira sin comprender. Vuelve a caerle la mano.) ¡Magdalena! ¡Magdalena! Soy yo... (Magdalena mira fijamente y bastante rato a la madre Cathiard y la reconoce.)

MAGD. (Muy bajo y dulce como un soplo,) ¡Madre Cathiard! (Mira a su padre, abatido en el banco, y le reconoce, con voz segura y con tono compasivo.) ¡Padre!... ¡Padre!... (Mira a Hargand delante de ella, y le reconoce. Estremeciéndose y con un ligero movimiento de retroceso.) ¡É!... (Mira a todas partes. Ve mujeres arrodilladas.) ¿Qué es eso? ¿Por qué...? ¿Por qué lloran? (Su pensamiento se se extiende cada vez más. Todo se rehace en ella; el trabajo de la conciencia se traduce en su rostro con acentos trágicos. Ve el cobertizo. Un gran grito.) ¡Ah!... (Con expresión de terror, se echa en brazos de las mujeres, en donde permanece algunos segundos, jadeante, produciendo al respirar un ligero silbido.)

MADRE ¡Magdalena! ¡Magdalena! ¡No tenga miedo! Estamos aquí nosotros... Soy yo... la madre Cathiard... ya lo sabe usted... su antigua vecina. Magdalena... ¡hija mía!

MAGD. (Temblando todavía.) ¡Madre Cathiard! Si... ya la reconozco. ¡Es usted! Y a mi padre... también... ya le reconozco... ¡Les reconozco a todos! (Con angustia.) ¿Y Juan? ¿Dónde está Juan? (Hargand se acerca.)

MADRE Iremos a buscarle ahora mismo...

MAGD. ¿Por qué no está entre nosotros? ¿Por qué?

MADRE Tranquilícese, Magdalena...

MAGD. ¡Juan! ¡Quiero ver a Juan!

MADRE Vamos a llevarle donde está él... ¡enseguida!

MAGD. (Bruscamente, con un gran grito.) ¡Juan está muerto! ¡Han matado a Juan! ¡Ya me acuerdo!... ¡allá bajo!... (Quiere levantarse.) Dejadme... dejadme... Ya me acuerdo de todo... ¡de todo!... (A pesar de las súplicas de la madre Cathiard y las otras mujeres, se levanta.)

HARG. ¡Magdalena!...

MADRE (Rechazando a Hargand con violencia.) ¡Cállese usted! ¡No ve que está todavía medio muerta!

HARG. (Obstinado y suplicante.) Magdalena... ya no tengo orgullo... soy un pobre hombre... ¡ya no soy nada... nada! Y puesto que tu te acuerdas de todo... dime... dime... ¿dónde está Roberto?

MAGD. Y tú... dime... ¿dónde está Juan? Dime qué es lo que has hecho de Juan... ¡asesino... asesino!... (Maigret y los otros se interponen... se llevan a Hargand. En este momento entran dos camillas. Los camilleros gritan desde fuera; «¡Paso! ¡Paso!»)

ESCENA VI

Dichos y los CAMILLEROS

Hargand se lanza; la multitud de mujeres se precipita, rodea las camillas. Maigret y los otros intentan rechazar la multitud y proteger a Hargand. Magdalena es presa de mortal ansiedad. Anda, sostenida por mujeres, en dirección a las camillas, de donde no puede quitar la vista.

HARG. (Habiendo levantado la tela de la primera camilla, con un gran grito.) ¡Robertol... ¡Hijo mío!... (Se arroja sobre el cadáver de su hijo.) ¡Robertol... ¡Robertol...

MAGD. (Avanzando siempre.) ¡Pobre muchacho!... (De repente, haciendo un violento esfuerzo, se escapa de los brazos de las mujeres y, tambaleándose, jadeante, corre hacia la otra camilla, de la cual levanta también la tela.) ¡Juan!... ¡Tú!... ¡Tú!... (Cae sobre la camilla, coje la cabeza de Juan, la levanta y la abraza furiosamente. Las mujeres, viendo que no son de su familia, se retiran, se alejan. Las otras, bajo el cobertizo, siguen sollozando. Gritos y sollozos de Magdalena y de Hargand, confusos. Hargand está rodeado de Maigret y de los empleados de la fábrica; Magdalena, de la madre Cathiard y otras mujeres... Irguiéndose de repente y poniéndose las manos en el vientre.) ¡Basta de llantos!... ¡Escuchadme! ¡No hay que llorar más! ¡Mi hijo no está muerto! Le he sentido removerse en mis entrañas... ¡Vive! ¡Vive! ¡Yo quiero vivir también!... ¡Quiero vivir para él!... ¡No lloréis más! Viudas... madres afligidas... que os lo han quitado todo... que os han matado todo... ¿oís? (Ninguna se mueve.) ¿Oís? (Silencio de las mujeres.) ¡Os digo que mi hijo no está muerto... que el hijo de Juan Roule no está muerto! (Ninguna se mueve.) ¿Oís? (Silencio de las mujeres.) ¡Os digo que quiero vivir... que quiero educarle para la venganza! (Ninguna se mueve.) ¿Oís? (Silencio de las mujeres.)

MAIG. Señor Hargand, hay que llevar al señor Roberto a la quinta.

HARG. (Sollozando y dejándose conducir como un niño.) ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!...

MAIG. (Luego de levantar a Hargand y de dejar caer la tela sobre la camilla, a los camilleros.) ¡A la quinta!

MAGD. (Arrojándose sobre Maigret y rechazándolo.) ¡No lo toquéis!... Roberto ya no le pertenece... ¡Es nuestro! (A los camilleros.) ¡Al montón! ¡Al montón! ¡Al montón!... (Vuelve a la cami-

lla en que yace Juan. Todavía intenta hablar.) ¡Viviré! ¡Vi... (Una ola de sangre ahoga su voz. Vacila y cae desfallecida sobre el cadáver de su amante.)
(Sentado en el banco, mirando todo esto con la vista extraviada.) ¡Es la paga!...

LUIS

TELÓN

FIN DEL DRAMA

HUYENDO DEL NIDO

Es propiedad.
Nadie podrá sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los Países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.
Los comisionados y representantes de la «Sociedad de autores españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—
Queda hecho el depósito que marca la ley.

HUYENDO DEL NIDO

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS EN PROSA

ORIGINAL DE

FRANCISCO X. GODO

Traducido al castellano por

CARLOS Y ENRIQUE ARROYO

Estrenado en Madrid en el Salón Nacional, (hoy Teatro Cervantes) el
3 de marzo de 1909



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

PURA, 35 años, madre de	María Hurtado.
MARGARITA, 16 años, rubia	Rosario Sánchez.
JULIA, 18 años, morena	Mercedes Estrella.
EMILIA, 25 años	Luisa Cano.
PAULA, 30 años, dueña de la fonda . .	Rosario Domínguez.
ELEONORA, 25 años.	Luisa Alcalá.
ELADIO, 41 años, padre de Julia. . . .	José Calvera.
FEDERICO, 25 años	José Sánchez.
CONRADO, 22 años	Emilio Portes.
MISTER PLIN, inglés, 30 años. . . .	Francisco Rodrigo.
MISTER ROOSS, íd., 28 años.	Felipe Cano.
BONIFACIO, 30 años, marido de Paula.	Ramón Puga.
ANTOINE, camarero, 35 años, ...	Manuel Velasco.
PIERRE, íd., 30 años.	Manuel Paula.

Viajeros, *cocottes* y chiquillos

Director: **Don Francisco Rodrigo**

Lugares de la acción:

Acto 1.º—Una fonda de Calella (Barcelona).

» 2.º—Casino de Monte-Carlo.

» 3.º—Un hotel de París.

Epoca actual.

Derecha e izquierda del actor

Notas.—Julia y Margarita, en el primer acto, vestirán de colegialas. En el segundo y tercero, de largo.

Los camareros de Monte-Carlo, de frac.

La decoración de Monte-Carlo debe presentarse con el mayor lujo posible, lo mismo que la del acto tercero, pues el Hotel Bristol, de París, donde se desarrolla la acción, es uno de los más elegantes de dicha capital.

Las puertas del hotel han de ser de una sola hoja y deberán abrirse hacia fuera.



ACTO PRIMERO

La escena representa la entrada, comedor y sala, todo en una pieza, de una fonda de Calella. En el fondo gran puerta de entrada que da a la calle. A la izquierda, primer término una puerta señalada con el número 1. En segundo término una ventana por donde penetra el sol. A la derecha, primer término, otra puerta sin número, que figura la de la cocina. Adosado a la pared del fondo un baúl mudo. En las paredes varios anuncios. A la derecha uno que representa un ferrocarril saliendo de un túnel. A la izquierda otro con un vapor. Mesa redonda en medio de la escena. Sillas y otros muebles adecuados. Sobre la mesa, papel, plumas y tintero.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA, JULIA, CONRADO y FEDERICO

Al levantarse el telón entran en escena Margarita del brazo de Conrado y Julia del de Federico. Estos dos los primeros.

FEDERICO ; Bueno ; ya llegamos a Calella !

CONRADO ; Respiremos ! Ya no hay peligro.

JULIA ; Gracias a Dios !

MARGARI. ; Ay, sí, gracias a Dios ! Pero la intranquilidad nadie me la quita de encima.

CONRADO (Con rapidez.) ; Yo !

JULIA ; No oís lo que dice ?

CONRADO (A Margarita.) ; Y por qué estás intranquila ?
(Acariciándola.) ; No eres feliz a mi lado ?

JULIA ; Vaya, vaya, no seas babieca !

- CONRADO (Riendo.) ¡ Julia ! ¡ Julia ! Hágame el favor de no ofender a mi cariñito...
- JULIA (Con ironía.) ¡ Ah, sí ! ¡ Cuidado ! (A Margarita.) No pareces la misma. En el colegio tenías más genio que yo, y ahora te asustas de tu sombra.
- MARGARI. Que quieres que te diga si no lo puedo remediar. ¡ Cuándo reflexiono la calaverada que acabamos de hacer !
- JULIA Déjate de lamentaciones, que ya no tiene remedio.
- FEDERICO Ya le pasará. ¡ No faltaba más ! Es la primera impresión. ¿ No es así, Marga ?
- MARGARI. Seguramente. Y también es natural que me pase, porque supongo que entre todos me ayudaréis.
- CONRADO Y yo el primero. Que te conste.
- MARGARI. Tal vez...
- FEDERICO (Llamando.) ¡ Camarero !
- CONRADO (A Margarita.) ¡ Bah ! ¡ Bah ! Ya sabes que te quiero más que a las niñas de mis ojos.
- MARGARI. ¿ De veras, me quieres ?
- CONRADO ¡ Mucho !
- MARGARI. (Con temor.) ¿ Y me querrás siempre así ?
- CONRADO ¡ Siempre ! ¡ Siempre !
- JULIA (A Federico.) ¡ Vaya, esto se anima !
- FEDERICO Y es natural.
- JULIA ¿ Y tú ? ¿ Me querrás tanto como Conrado a Margarita ?
- FEDERICO ¿ Que si te quiero ? (La abraza y dice al oído.) ¡ Más !
- JULIA (Separándose.) ¡ Quieto, chiquillo ! ¡ No hay que propasarse !
- CONRADO (A Margarita, por Julia y Federico.) ¡ Mira, míralos, como se entusiasman ! ¡ Eh ! ¡ Mas... formalidad !
- FEDERICO ¿ Pensáis que sólo estamos aquí para escucharos ? Otras ocupaciones tenemos. ¿ Verdad, rica ?
- JULIA ¡ Sí !
- FEDERICO Habrá que convenir en que tanto este co-

mo yo, somos dos hombres hechos y derechos.

JULIA Y también en que nosotras somos dos mujeres cabales.

MARGARI. (Suspirando.) ¡Y bien atrevidas!

JULIA ¡Sí que lo somos! ¿Y qué?

FEDERICO De los audaces es la fortuna. Además, tú lo has dicho. Ahora ya no hay remedio y a lo hecho pecho.

MARGARI. Tienes razón. Ya no hay remedio.

FEDERICO Por eso ahora hemos de buscar la mejor manera de divertirnos hasta que llegue el día deseado de poder conduciros al altar, para haceros nuestras respectivas esposas. Estamos en la primera estación, primera etapa de nuestra aventura. (Mirando el reloj.) Son las diez. Si os parece, repararemos las fuerzas con un *tente en pie*, y a las doce a comer tranquilamente. Entre plato y plato, haremos el plan de nuestra ilimitada excursión.

MARGARI. ¿Ilimitada?

FEDERICO Eso. I-li-mi-ta-da. Porque sabemos cómo ha empezado, pero ignoramos cómo y cuándo acabará.

MARGARI. ¡Jesús!

CONRADO Federico dice bien.

MARGARI. ¡Ay, mi madre!

JULIA ¡Ay, mi padre, digo yo! Porque lo que es mi papá donde me encuentre me mata.

FEDERICO ¡Vaya, vaya! No pensemos en cosas tristes. (Llamando.) ¡Camarero! ¡Parece que no hay nadie en esta fonda! Mejor. ¡Seremos los amos! Necesitamos dos habitaciones, por si queréis arreglaros y disfrutar de mayor libertad.

MARGARI. ¿Aun queréis más libertad?

CONRADO ¡Naturalmente!

JULIA Pero en fin, sea como fuere, es lo cierto que vuestro plan lo hemos secundado con valentía. Dos Juanas de Arco, levantando el sitio de nuestra plaza.

- CONRADO ¡ No tanto !... ¡ No queráis compararos con la Doncella de Orleans !
- JULIA Pero no nos negaréis que hemos sido dos heroínas.
- FEDERICO Sí, chicas, sí ; lo habéis sido. Y nosotros dos Guilleemos Tells, que si no dimos la libertad a Suiza, os hemos librado de una injusta esclavitud.
- CONRADO (Aplaudiendo.) ¡ Bravo ! ¡ Bravísimo !
- FEDERICO Gracias, compañero.
- MARGARI. Para decir tonterías os pintáis solos.
- JULIA (A Margarita.) ¿Y a eso llamas tonterías?
(A Federico.) Crée, Federico, que si llega a oírte la madre Juana, te da el premio de *literatura*.
- MARGARI. La madre Juana... ¿La romántica?...
- JULIA ¡ Pobre señora !
- MARGARI. ¡ Sí, pobre señora ! Lo cierto es que tanto a la madre Juana, como a las demás, bien se la hemos jugado.
- JULIA Eso sí. Son todas muy severas. A nosotras dos nos castigaban por la cosa más inocente.
- FEDERICO Prueba de que lo merecáis.
- JULIA Cuando al amanecer he abierto la ventana para echaros la cuerda que ha servido para subir la escalera, oí que tosía la buena madre, y creyéndonos descubiertas, retrocedimos a nuestras celdas muertas de miedo. Después volvió a reinar el silencio y entonces acercamos cautelosamente la escalera a la tapia y diciendo : «¡ A Roma por todo !» nos lanzamos a la calle.
- MARGARI. Yo pensé que me caía. Las piernas me temblaban.
- JULIA A mí no. Bajé corriendo.
- MARGARI. Por fortuna nadie nos vió. El sereno dormía como un lirón.
- FEDERICO No faltó quien hiciera el milagro.
- MARGARI. ¿Ah, sí?
- CONRADO Naturalmente.

FEDERICO (Llamando.) ¡ Camarero ! (Coge del brazo a Julia y se la lleva a la izquierda. Conrado hace lo mismo con Margarita, yéndose a la derecha.)

CONRADO Ya vendrá, si quiere.

FEDERICO (Enseñando a Julia el aviso del vapor.) ¡ Mira que vapor ! Qué hermosos los pintan... ¡ Parece que no se mueven ! Si realmente fuese así, un viaje por mar sería delicioso. (Leyendo.) «De Barcelona a Buenos Aires en diez y ocho días.» ¿Quieres que vayamos a Buenos Aires?

JULIA ¡ Está muy lejos ! ¡ Hay que pasar mucha agua !...

FEDERICO ¡ El balanceo del buque !... (Se balancean los dos.) ¡ Parece que ya estoy sobre cubierta !

CONRADO (Enseñando a Margarita el anuncio del ferrocarril.) «El túnel del Simplón.» Es el más largo del mundo. ¿No te gustaría atravesarlo? ¡ Veinte kilómetros a oscuras !...

MARGARI. No, no me hables de este túnel. ¡ Si en los de aquí, que son todos muy cortos, habéis hecho la mar de tonterías, figúrate en veinte kilómetros !

JULIA (A Federico.) Tienes una manera de expresar el cariño... Por esta vez te lo perdono, pero si vuelves a las andadas me enfadaré. Lo mismo tú que Conrado nos jurasteis ser personas formales, y si nos llegáis a engañar, os dejaremos plantados el mejor día.

FEDERICO Bueno. No tendréis queja de nosotros.

ESCENA II

Dichos y BONIFACIO

(Bonifacio entra por el fondo; lleva delantal blanco y una servilleta sobre el hombro.)

BONIFACIO Felices días, señoritos.

FEDERICO ¡ Vamos, hombre, ya era hora !

BONIFACIO Dispensen. ¿Hace mucho tiempo que esperaban?

- CONRADO ¡ Ya hemos perdido la cuenta !
- BONIFACIO (Riendo.) ¡ No tanto !... Hace un momento que me había llegado hasta la playa a ver tirar las redes.
- FEDERICO ¿ Ah... pescar ?
- BONIFACIO Sí, señor.
- FEDERICO (Mirando a Julia.) ¡ Y quién no pesca en este mundo !
- JULIA ¡ No es poco vuestro atrevimiento !
- FEDERICO Pues... querenos dos habitaciones.
- BONIFACIO (Mirándoles con desconfianza.) ¿ Dos habitaciones ?
- FEDERICO Sí : Una para las señoras y otra para nosotros.
- MARGARI. ¡ No, no ! Una para nosotras dos y otra para ellos.
- FEDERICO Como queráis ; no hemos de reñir por eso.
- BONIFACIO ¿ Son ustedes hermanos ?
- FEDERICO No ; somos... (A Julia.) Oye... ¿ que le digo ?
- JULIA Ya se lo diré yo. (A Bonifacio.) Somos novios.
- BONIFACIO ¡ Aah !...
- JULIA ¡ Sí, señor !
- CONRADO Sepa usted que las dos habitaciones las queremos únicamente para asear nuestras personas.
- BONIFACIO Comprendido. No pasan aquí la noche.
- FEDERICO Después de comer saldremos para el extranjero.
- BONIFACIO Pues aquí tienen el número 1. Hay un armario de luna que puede servir para las señoras. El 2, pueden ocuparlo ustedes.
- FEDERICO ¿ Os parece bien ?
- MARGARI. A mí sí.
- JULIA A mí todo me es igual.
- FEDERICO Corriente. ¿ Lo ve usted, hombre como nos entendemos en seguida ? (Dándole una propina.) Ahí va el vermouth.
- BONIFACIO Gracias.
- FEDERICO ¿ Es usted el único camarero de la casa ?

BONIFACIO Le diré. Soy el camarero y marido de la dueña ; todo en una pieza.

FEDERICO Pues así diga usted que es el amo.

BONIFACIO ¡ Ojalá lo fuera !

FEDERICO (A Margarita y Julia) Podéis pasar a vuestro cuarto.

CONRADO ¿Antes, no queréis desayunaros?

JULIA ¡ Ah ! ¡ Sí ! (A Bonifacio.) Dentro de un rato tráigame un vaso de leche.

MARGARI. Y a mí otro.

BONIFACIO Está bien.

FEDERICO Y nosotros como no hemos de hacernos la *toilette*, ni tenemos apetito, saldremos a dar una vuelta para hablar de nuestros futuros planes.

CONRADO Eso ; y al mismo tiempo nos llegaremos a ver como pescan y si sacan un pez digno de vosotras, os lo compraremos.

MAR Y JUL. (Dirigiéndose al cuarto número 1 y haciendo una corteja a sus novios.) ¡ Gracias !

FEDERICO No tengáis prisa. ¡ Nosotros somos los amos... ¿No es verdad? (A Bonifacio.)

BONIFACIO Sí, señor. Por lo visto son ustedes gente de buen humor... ¡ caramba !... (Mutis de ellas.)

ESCENA III

FEDERICO, CONRADO y BONIFACIO

FEDERICO (A Conrado.) (Por lo que pudiera convenir será preciso que a éste, nos le hagamos nuestro.)

CONRADO Tienes mucha razón.

BONIFACIO (A Federico.) Me parece que no es la primera vez que ha estado usted en esta casa.

FEDERICO Más de dos, pero hace ya algún tiempo... Y qué, ¿hay mucha gente en la fonda?

BONIFACIO No, señor. Hoy están ustedes solos.

FEDERICO ¡ Si que estaremos anchos !

BONIFACIO ¡ Demasiado !

FEDERICO (Sacando la petaca.) ¿Usted fuma?

BONIFACIO (Sonriendo.) Cuando mi mujer no lo ve, sí, señor.

FEDERICO ¿Qué, no le deja?

BONIFACIO ¡Ca! Dice que es un vicio que perjudica a la salud y al bolsillo. ¡Cómo es tan ahorrativa!...

FEDERICO (Enseñándole un puro. Bonifacio se ríe sin atreverse a cogerlo. Por último lo toma.)

BONIFACIO Bueno... ahora está de compras. Venga. (Mirando el puro.) ¡Oh!... Es de los grandes. ¡No voy a tener tiempo de acabarlo! (Se lo mete en el bolsillo.) Lo guardaré para mañana que es domingo y es el único día que mi mujer me deja ir al casino. (Federico le da otro puro.)

FEDERICO Tenga, hombre, tenga. Ahí va otro. El tabaco se ha hecho para fumar.

BONIFACIO (Cogiéndolo.) Muchas gracias. ¡Bah, este lo enciendo. (Lo hace.)

FEDERICO Según me explica parece que es usted un esclavo de su mujer.

BONIFACIO (Después de una chupada.) ¡Qué voy a hacerle! ¡Ella es el ama!... (Fumando y mirando el cigarro. Conrado disimuladamente se acerca al cuarto número 1.) Yo en esta casa no soy más que el marido de la dueña... y quien manda, manda. (Fumando.) ¡Vamos, que usted gasta cigarros de ministro!

FEDERICO ¡Fume, fume! Si en el mundo todo se convierte en humo... (Conrado trata de abrir la puerta del cuarto número 1.)

JULIA (Desde dentro.) ¡No se puede pasar!

CONRADO (Haciéndose el distraído, se retira cantando.) *L'avventura e singolare!*

BONIFACIO (A Federico.) Ya lo sabe usted, mande y dispone.

FEDERICO Gracias. (A Conrado.) (Ya lo oyes. ¡Ya es nuestro!) Vamos, tú, a dar una vuelta y dejemos en paz a nuestras... señoras. (A Bonifacio.) ¿En dónde pescan?

- BONIFACIO Mire, vayan por la derecha y playa arriba.
- FEDERICO Está bien. Yo ya soy práctico en este pueblo.
- BONIFACIO ¿Si quieren que les acompañe?
- FEDERICO No es necesario. (A Conrado.) Andando.
- CONRADO (Mirando al cuarto número 1.) Vámonos, que esto es el suplicio de Tántalo.
- FEDERICO Hasta luego. (Cogiendo a Conrado por el brazo.) Cuando estemos en la playa te arrojas al mar...
- CONRADO ¿Por qué?
- FEDERICO Para que tomes un baño de impresión.
- CONRADO Gracias por el consejo. (A Bonifacio.) No se olvide de los dos vasos de leche para las señoras. (Mutis por el foro.)
- BONIFACIO (Dándose un golpe en la frente.) ¡ Por vida ! ¡ Tienen razón ! ¡ Voy corriendo ! ¡ Pobres señoritas ! (Va a hacer mutis por la segunda derecha, cuando entran Julia y Margarita que le llaman y se detiene.)

ESCENA IV

Dicho, JULIA y MARGARITA

- JULIA ¡ Joven !
- MARGARI. ¡ Joven !
- BONIFACIO Me llamo Bonifacio, para servir a ustedes.
- JULIA (A Margarita, riendo.) ¡ Se llama Bonifacio !...
- MARGARI. (Riendo.) ¡ Bonifacio !
- BONIFACIO ¡ Señoritas !... ¿ Por qué se ríen ?
- JULIA (Riendo.) ¡ Boni !...
- MARGARI. No haga caso... No nos reímos de usted. Es que usted se llama como el sacristán de la iglesia de nuestro colegio, a quien siempre hacíamos rabiar... ¡ Y eso que es un santo varón !
- JULIA Pero dile que tiene unas narices así de largas. (Indicándolo.) Muchas veces le deben

servir de apagaluces. (Julia y Margarita se ríen y Bonifacio acaba por hacer lo mismo.)

BONIFACIO ¡Ay, señoritas! ¡Dichosas de ustedes! Qué pocos quebraderos de cabeza tienen...

MARGARI. (Dejando de reír y suspirando.) ¡Ay, si usted supiera!

JULIA ¡Otra vez! (A Bonifacio.) ¿Quiere hacer el favor, Boni? (Ríe y Margarita también.) ¿Quiere hacer el favor?

BONIFACIO Sí, señoritas. Precisamente iba a buscarlo. (¡Pero qué salerosas y qué chirigoterías son estas muchachas!) (Se va riendo por la segunda derecha.)

JULIA ¡No tarde, Boni!

MARGARI. (Riendo.) ¡Le vas a gastar el nombre!

JULIA ¡Es más guapo que el sacristán!

ESCENA V

MARGARITA y JULIA

MARGARI. ¡Qué loca eres!

JULIA ¡Hay que reír, chica! ¡Alguien ha de pagar la fiesta, y hoy le ha tocado a Boni!

MARGARI. (Después de reír un momento, suspira y dice.) ¡No puedo remediarlo. ¡Yo río que río, pero la procesión va por dentro!

JULIA Déjate de procesiones...

MARGARI. ¡Chica... yo no estoy tranquila! ¡Cuando reflexiono lo que hemos hecho! ¡Si pudiera volver atrás!

JULIA Pues yo estoy muy satisfecha. ¡Vaya si lo estoy! ¿De manera que porque mi papá es viudo y quiere distraerse y yo le estorbo y no tiene prisa en volverse a casar, me ha de tener esclavizada en el colegio? No sé si sabrás que el día de Reyes he cumplido diez y ocho años.

MARGARI. Y yo cumplí diez y seis el día de la Candelaria.

JULIA ¡Ya somos unas mujeres!

MARGARI. Realmente. Después de todo, tienes razón. ¡ Mi mamá también es una terca !
¡ Ella sí que debe divertirse ! Viuda, joven y guapa...

JULIA. Calcula si se divertirá. ¡ Cómo todas las viudas !

MARGARI. Estoy cansada de decirle que me saque del colegio, que me saque que ya sé bastantes cosas.

JULIA. ¡ Qué sabemos, querrás decir ! Entre lo que nos han enseñado las madres y lo que hemos aprendido nosotras...

MARGARI. Pero siempre me contesta lo mismo. El año que viene, el año que viene...

JULIA. Sí, los años ya lo creo que pasan, pero el nuestro no llega nunca. Por eso hemos hecho muy bien en escaparnos. Cuando los pájaros saben volar, huyen del nido.

MARGARI. Sí, chica, sí. Cuando sepan nuestra determinación ya cambiarán de modo de pensar. A estas horas ya deben saberlo.

JULIA. ¡ Por supuesto ! (Resuelta.) Ahora nos casarán...

MARGARI. ¿ Qué nos casarán ?

JULIA. Sí.

MARGARI. ¿ Por qué ?

JULIA. Porque cuando dos novios se escapan en seguida los casan.

MARGARI. ¿ Ah, sí ?

JULIA. Sí.

MARGARI. ¿ Y por qué ?

JULIA. ¡ No sé por qué ! Pero los casan a la carrera.

MARGARI. ¡ Si eso fuera verdad medio colegio se escaparía !... ¿ Qué digo . medio colegio ?
¡ Todo ! ¡ Todas las compañeras !

JULIA. ¡ A saber lo que harían los papás cuando tenían nuestros años ! ¡ A tú mamá no le faltarían novios !...

MARGARI. ¡ Lo mismo que a tú papá !

JULIA. ¡ Claro, sino no se hubieran casado. Y

como yo a Federico le adoro, haré todo lo que me mande.

MARGARI. Y yo todo lo que quiera Conrado. Ya está dicho.

JULIA ¡ Mal que pese a mi papá !

MARGARI. ¡ Mal que pese a mi mamá !

JULIA ¡ Ya verán si somos niñas ! Pero eso sí, nosotras dos iremos siempre juntas, porque la defensa de la mujer es ella misma.

ESCENA VI

Dichas y BONIFACIO

BONIFACIO (Entrando con una bandeja con dos jarritas de leche, vasos, bollos y servilletas.) ¡ Cuando ustedes gusten !

JULIA . Gracias... Boni. (Sonriéndose. Bonifacio deja el servicio sobre la mesa.)

BONIFACIO Ya lo pueden tomar sin reparo. Es de toda confianza.

MARGARI. En el colegio nos daban mitad leche y mitad agua.

BONIFACIO ¿ Aun van ustedes al colegio ?

JULIA Ibamos. (Tomando la leche.)

BONIFACIO Aquí a los trece o catorce años ya las sacan del colegio y a veces a los diez.

JULIA Pues a nosotras no nos han *sacado* hasta hoy.

BONIFACIO Que sea enhorabuena.

JULIA Gracias... Boni. (Riendo.)

BONIFACIO ¡ Ahora comprendo porque están tan alegres !...

JULIA Naturalmente, hombre.

MARGARI. Es muy buena esta leche, Boni.

BONIFACIO Que les aproveche. Yo con su permiso, me retiro.

JULIA Como usted guste. (Bonifacio llega hasta la puerta del fondo, mira la calle y hace mutis por la

puerta segunda derecha) ¡Ay, chica! Esto, nos entonará un poco!...

MARGARI. Ya lo necesitamos. Entre la gimnasia que hemos tenido que hacer... y el viaje. (Rien.)

ESCENA VII

JULIA y MARGARITA

MARGARI. ¿Pero tú crees que sospechan nuestra huída con Federico y Conrado?

JULIA Como nos dejamos la escalera colgada, pensarán que alguien nos ha ayudado.

MARGARI. Es cierto. Y como además saben que teníamos novio.

JULIA Pero como nunca han visto ni a uno ni a otro...

MARGARI. Ahora nos deben estar buscando.

JULIA ¡Sí, sí! ¡Que nos busquen que para rato tienen!

MARGARI. Será cosa de escribirles.

JULIA ¿Y qué les vamos a decir?

MARGARI. Que estén tranquilos y que no pasen cuidado por nosotras.

JULIA De esta manera sabrían nuestro paradero y eso no puede ser. Federico y Conrado ya nos aconsejarán lo que debemos hacer.

MARGARI. Tu Federico es muy listo.

JULIA Y tu Conrado también.

MARGARI. Conrado ya hace dos años que es médico, pero no ejerce porque vive de sus rentas.

JULIA Y Federico es abogado y como también es rico, tampoco ejerce. Ha viajado mucho y conoce medio mundo.

MARGARI. Conrado también. Todos los veranos va a San Gervasio.

JULIA ¡Pues no va muy lejos!

MARGARI. ¡Cuestión de gustos! Conrado dice que no tiene ningún vicio. Únicamente va al teatro todas las noches y se levanta a las once.

- JULIA Federico tampoco tiene ningún vicio. Por las noches concurre al Ecuestre a pasar el rato y nada más. También se levanta entre once y doce.
- MARGARI. ¡ Al Ecuestre, dices que va ! ¿ Qué es eso del Ecuestre ?
- JULIA Una sociedad muy aristocrática, muy elegante y sobre todo muy moral. No concurren más que hombres. Allí pasan la velada, leen, hablan, juegan al tresillo....
- MARGARI. Cosas inocentes. Sí, chica, estoy convencida de que hemos dado con unos maridos modelos.
- JULIA ¡ Si no se malean !...
- MARGARI. Conrado no es fácil.
- JULIA Pues, Federico tampoco.
- MARGARI. ¿ Y dónde dicen que quieren llevarnos ?
- JULIA ¡ A viajar mucho ! (Vuélvense y ven a Federico y Conrado que entran.) ¡ Míralos, ya están aquí !

ESCENA VIII

Dichas, CONRADO y FEDERICO con una langosta en la mano cada uno. Después BONIFACIO

- FEDERICO ¡ Salud, nobles princesas ! (Enseñando la langosta. Julia y Margarita se levantan.)
- JULIA ¡ Ay ! ¿ Qué es eso ?
- FEDERICO ¡ Una langosta !
- CONRADO (Haciendo lo mismo.) ¡ Otra langosta ! Las acabamos de comprar, para obsequiaros. ¡ No las toquéis ! ¡ Están vivas y os pincharían !
- FEDERICO ¡ Camarero ! (Llamando.)
- JULIA (Llamando.) ¡ Boni ! (A Federico.) Se llama Bonifacio.
- FEDERICO ¿ Ah, sí ?
- MARGARI. ¡ Lo que nos hemos reído !
- FEDERICO ¿ Por qué ?
- JULIA ¡ Porque el sacristán de las monjas se lla-

ma así, y como es un hombre tan estrafalario !

BONIFACIO (Entrando.) ¿Me llaman ustedes?

FEDERICO Tenga, Bonifacio. Aquí le entrego dos langostas. Hágalas a la marinesca para comer.

BONIFACIO Está bien. ¡ Son muy hermosas ! (Ha cogido las langostas y se va por la segunda derecha.)

FEDERICO Si os parece bien iremos a la playa. Hace un día espléndido y nos divertiremos.

JULIA ¿Ah, sí?

MARGARI. Vámos. (Se oye el tef-tef de un automóvil.)

CONRADO ¿También hay automóviles en este pueblo?

FEDERICO (Cogiendo a Julia por el brazo y cantando.) «El automóvil, mamá, es una cosa...» (Se han parado los cuatro delante de la ventana.)

CONRADO ¡ Se ha parado ! ¡ Ya vuelve a marchar ! (Se repite el tef tef.)

JULIA ¡ Parece el automóvil de papá !

CONRADO ¡ Otra vez se ha parado !

JULIA ¡ Sí que lo es ! ¡ Y aquel es papá ! ¡ Va con con una señora !

MARGARI. ¡ Es mi mamá !

JULIA ¡ Estamos perdidas !

FEDERICO ¡ No os apuréis !

MARGARI. ¡ Bajan... preguntan... vienen hacia aquí ! ¡ Ay !

FEDERICO ¡ No importa, no alarmarse !

JULIA ¿Cómo habrán sabido?

FEDERICO Entrar en el cuarto. (Llamando.) ¡ Bonifacio ! ¡ Bonifacio ! (Todos corren asustados.)

CONRADO ¿Y yo?

FEDERICO ¡ Tú también ! ¡ Vete ! ¡ Dejarme hacer a mí ! (Llamando.) ¡ Bonifacio !

JULIA ¡ Dejémosle !

MARGARI. ¡ Ay ! Yo voy a ponerme mala ! ¡ Vamos pronto !

FEDERICO (Furioso.) ¡ Adentro he dicho ! (Julia y Margarita entran en el cuarto número 1. A Conrado que las sigue.) ¡ Tú allí ! (Señalando el número 2. Conrado entra al mismo tiempo que viene Bonifacio.)

BONIFACIO ¿Qué desea?

FEDERICO (Dándole cinco duros.) ¡Tenga! Ahí van cinco duros...

BONIFACIO ¡Pero!...

FEDERICO Venga el delantal. ¡Deprisa! (Bonifacio se lo da y ayuda a ponérselo.) ¡Y la servilleta! (Colocándosela en el hombro.) Aquí tiene mi sombrero. (Se lo pone.) Retire esos vasos, váyase a la cocina y no vuelva a salir mientras yo no le llame. (Bonifacio hace lo que le indica Federico.)

BONIFACIO ¡Pero!

FEDERICO ¡Váyase, hombre! ¡Váyase! ¡No pasará nada malo! Después se lo contaré.

BONIFACIO (Yéndose por la segunda derecha.) (¡Si entiendo jota, que me ahorquen!) (Federico con la servilleta empieza a sacudir las sillas, mientras canta.)

ESCENA IX

FEDERICO, PURA y ELADIO

ELADIO Buenos días.

FEDERICO Buenos los tengan ustedes. ¿Qué desean?

ELADIO (Mirando de una parte a otra.) Perdone ¿Es esta la mejor fonda de Calella?

FEDERICO Sí, señor.

PURA (A Eladio.) (Me parece que en esta casa hay mucho orden y ellos no deben estar aquí.)

ELADIO (A Pura.) Pronto lo sabremos. (A Federico.) Dispense la pregunta. ¿Supongo que usted será el camarero? ¿Verdad?

FEDERICO Le diré. Soy el camarero y marido de la dueña y hago de amo o de camarero según conviene.

ELADIO Perfectamente. Necesito hacerle otra pregunta. Usted me parece una persona de confianza. Muy formal y muy seria.

FEDERICO ¡Ah... eso, sí, señor!

ELADIO ¡Y cuanto más amigos más claros! ¡Ahí van cinco duros!

FEDERICO (Cogiéndolos.) Gracias. (¡Ya estoy en paz!) Explícase.

ELADIO ¿Han venido a esta fonda dos señoritas, acompañadas de dos jóvenes?

FEDERICO ¿Cuándo?

ELADIO Hoy.

FEDERICO ¿Hoy? No, señor. ¿A ustedes les han dicho que habían venido aquí?

ELADIO No nos han dicho el nombre de la fonda, pero nos consta que se encuentran en Calella.

FEDERICO ¿Está usted seguro?

ELADIO ¡Ya lo creo! (A Pura.) ¡No se impaciente, deje que me explique. (A Federico.) En pocas palabras voy a contarle lo sucedido. Una de esas señoritas es hija mía y la otra lo es de esta señora y vaya... que han cometido una ligereza propia de sus pocos años. Parece que han venido aquí a pasar un día de campo. ¡Una chiquillada! Por lo visto han dicho que iban a misa y ya tenían preparado el golpe, y acompañadas de las criadas en vez de ir a la iglesia, se han dirigido a la estación de Francia, donde les esperaban dos mozalbetes que por lo visto deben ser un par de sinvergüenzas.

FEDERICO ¡Figúrese usted! ¡Un par de granujas!

ELADIO ¡Si los encuentro!...

PURA ¡No se exalte!

FEDERICO Tampoco conseguirá usted nada.

ELADIO Pues bien; como iba diciendo. Se encontraba en la estación uno de mis viajeros que al acercarse al despacho de billetes, se fijó en mi hija, oyendo que uno de aquellos truanes pedía cuatro primeras para Calella. Le faltó tiempo para volver a mi despacho y darme cuenta de lo que pasaba. Y como por las señas he deducido que la otra señorita era la hija de esta señora, la mandé a buscar, subimos al automóvil y con una velocidad de ciento por hora hemos venido en persecución de las prófugas.

- FEDERICO ¡ No puede pedirse más rapidez !
- ELADIO Yo suponía encontrarlas aquí, porque es natural que los que viajan en primera se alojen en la mejor fonda.
- FEDERICO Pues, no, señor. Esos tunantes ya saben lo que han hecho porque esta fonda no es de líos ni de misterios.
- ELADIO Entonces, ¿ hay otra fonda en Calella ?
- FEDERICO ¡ Pero, usted, qué se cree que es Calella ! Allí se hospedarán, seguramente.
- ELADIO ¿ Y por dónde se va ?
- FEDERICO Fíjese bien. Ahora ustedes salen de aquí. No pierdan tiempo. Una vez en la calle, tuercen a la izquierda. En llegando a la esquina vuelven otra vez hacia la izquierda y se van calle abajo, calle abajo, hasta tropezar con una pared. Entonces tiran ustedes a la derecha y siguen andando hasta que encuentren la iglesia. La iglesia da a una plaza. En aquella plaza se halla la fonda. ¿ Me parece que no se pueden equivocar ? ¡ Es probable que estén allí ! ¡ Claro que están ! Ahora recuerdo que hará como cosa de media hora, mientras yo estaba en la playa, vi pasar un grupo que tomaba aquella dirección. Dos señoritas, con dos jóvenes.
- ELADIO ¡ Ellos son ! ¡ No hay duda ! (A Pura.) No perdamos momento.
- PURA ¡ Oh, yo con tal de encontrar a mi hija iría al fin del mundo !
- FEDERICO ¡ Pues, señora, tranquilícese, que a su hija no la tiene usted tan lejos !
- PURA ¡ Dios lo haga !
- ELADIO Vamos. (A Federico.) Usted, joven, ¿ cómo se llama ?
- FEDERICO Bonifacio, para servir a ustedes.
- ELADIO Pues bien, Bonifacio. Hágame el favor de estar a la mira del automóvil. Lo he dejado ahí, en la esquina.
- FEDERICO ¡ Descuide usted ! ¡ Váyanse tranquilos !
- ELADIO Tenga, hombre, tenga usted. (Le da otros

(cinco duros.) Usted me ha sido extraordinariamente simpático.

FEDERICO Lo celebro mucho.

ELADIO Y si los encontramos... no tendrá usted queja de nosotros. (Mutis.)

FEDERICO (Cogiendo los cinco duros.) ¡ Gracias ! (Cinco duros más ! ; Estos serán para pagar el gasio. ¡ Bueno !) ; No se equivoquen ! (Eladio y Pura ya están en la calle.) Doblen a la izquierda y hacia abajo... siempre... ; hasta que se pierdan de vista !

ESCENA X

FEDERICO, CONRADO, MARGARITA y JULIA.

Después BONIFACIO

FEDERICO (Llamando.) ¡ Eh ! ; Niñas ! ; Conrado ! ; Ya podéis salir ! ; Pronto ! ; Pronto ! (Todos salen de sus habitaciones. Al ver a Federico con el delantal se echan a reir.)

JULIA ¡ Ay, qué facha !

FEDERICO ¡ Podéis reiros ! Pero esta indumentaria ha sido el talismán para alejar de aquí a nuestros enemigos.

MARGARI. ¿ Está usted seguro, Federico ? ¿ Podemos estar tranquilos ?

FEDERICO ¡ Completamente tranquilos !

MARGARI. ¿ No nos sucederá ninguna desgracia ?

FEDERICO ¡ Ninguna !...

JULIA ¡ Mujer, cuando él lo dice !

CONRADO Bien, explícate, explícate.

FEDERICO ¡ Es que no podemos perder momento ! Ya os lo contaré.

JULIA ¿ Tú sabes si sale algún tren a esta hora ?

FEDERICO ¡ El tren lo tenemos a la puerta !

CONRADO (Riendo.) ¡ Buena idea ! ; Comprendido !

FEDERICO (A Julia.) Sí, mujer, el automóvil de tu papá. Por cierto, que me ha encargado que no lo perdiera de vista y ya ves que quiero cumplir la palabra. (Se dirige corriendo a la

puerta seguido de todos.) ¡Míralo que bonito es! (Volviendo al centro de la escena.) ¡Vamos! ¡Vamos! (Llamando.) ¡Bonifacio! (Se saca el delantal.) ¡Le devolveré el delantal! ¡Si ahora viene su mujer y se entera de todo lo ocurrido se arma la de San Quintín. ¡Pobre diablo! (Llamando.) ¡Bonifacio!

BONIFACIO ¿Me llaman?

FEDERICO Sí, ahí van cinco duros más por las habitaciones y los dos vasos de leche. Nosotros vamos a Francia. Mi sombrero. (Bonifacio que lo lleva en la mano se lo da.)

BONIFACIO (Cogiendo el dinero.) Gracias. ¿Es decir que se van?

FEDERICO Sí.

JULIA Sí, nos vamos.

CONRADO Nos vamos al extranjero.

BONIFACIO ¿De modo que ya no comen aquí?

FEDERICO Nada de comer. ¡Quién piensa en eso!

BONIFACIO ¿Y las langostas?

FEDERICO Puede servirlas de nuestra parte a una señora y un caballero que pronto vendrán aquí. (A ellos.) ¿No digo bien? Y si esos señores preguntan por nosotros déles muchos recuerdos y dígales que no se apuren que por ahora no tenemos novedad y que nuestro viaje durará nueve o diez meses.

BONIFACIO ¡Descuide!

FEDERICO Andando.

CONRADO (A ellas.) ¿Lo tenéis todo? ¿No os falta nada?

MARGARI. ¡Si no hemos traído nada!

CONRADO Es verdad. En cuanto lleguemos a... (A Federico.) ¿Dónde vamos, Federico?

FEDERICO Directamente a Perpignan. Allí haremos una jornada de veinticuatro horas. De Perpignan nos dirigiremos a Niza, la tierra clásica del carnaval y de la mentira. De Niza a Monte-Carlo. De Monte-Carlo a Génova. De Génova a Milán. De Milán, iremos a Venecia. De Venecia a Florencia y de Florencia a Roma. Allí visi-

haremos al Papa, si nos lo dejan ver, le pediremos perdón de todas nuestras culpas, caeremos arrodillados a sus plantas, le besaremos la sandalia y le diremos: «Santo Padre. Cásenos. Cásenos por misericordia, para tranquilidad de la familia.»

CONRADO Y dicho y hecho. El Papa que es muy buena persona, nos casará en seguida.

MARGARI. ¡ Soberbio plan ! (Bonifacio a distancia ríe.)

JULIA ¡ Fuera del colegio, cuántas cosas vamos a ver !

FEDERICO ¡ Adelante ! ¡ No perdamos tiempo !

CONRADO (A Federico.) En llegando a Perpignan tendremos que equiparlas.

FEDERICO ¿ Tendremos que equiparnos, querrás decir. A estas las vestiremos de largo, porque en traje de colegialas os hacéis sospechosas y nos sería difícil haceros pasar por nuestras respectivas mujeres.

MARGARI. ¡ Como que aun no lo somos !

FEDERICO Pero hay que decir que lo sois para que nos admitan en todas partes. Vaya, adiós, Bonifacio.

JULIA ¡ Boni... adiós !

BONIFACIO ¡ Que tengan feliz viaje !

MARGARI. ¡ Quede usted con Dios, Boni !

BONIFACIO Adiós, señorita.

CONRADO Adiós, Boni, adiós.

BONIFACIO ¡ Que no tengan novedad ! (Todos han salido. Bonifacio en la puerta dirigiéndose a los chicos que pasan por el fondo.) ¡ Dejarlos pasar ! ¡ Estos diablos de chicos ! ¡ Parece que nunca han visto nada ! ¡ Vamos, a la escuela, que ya es hora ! ¡ Después no sabréis la lección ! ¡ Parece mentira que seáis hijos de Calella y os quedéis con la boca abierta ! ¡ Bobalicones ! (Como si se dirigiera a uno.) ¡ Mira, no te rías de Bonifacio porque si salgo te doy un capón ! (Saludando con la mano en dirección a la izquierda de la calle.) ¡ Feliz viaje !

¡ Guárdense de un vuelco ! (Se oye el tef-tef del automóvil que se aleja.)

ESCENA XI

PAULA y BONIFACIO

PAULA (Entra con la cesta de la compra al brazo. Se queda parada un momento en la puerta. Bonifacio que sigue fumando esconde el cigarro.) ¡ Qué jaleo es ese, Bonifacio !

BONIFACIO Unos excursionistas que han llegado hace media hora y que han salido para Francia.

PAULA ¿ Y quiénes son ? (Entra.)

BONIFACIO No lo sé. Deben ser personas de alta categoría porque no han hecho más que tomar dos vasos de leche y me han dado cinco duros. (¡ Y cinco que me guardo !)

PAULA ¡ Cinco duros !

BONIFACIO (Dándoselos.) ¡ Como estos !

PAULA (Cogiéndolos.) ¿ Oye, y por qué los has dejado marchar ? ¡ Qué lástima ! Toma, hombre, toma. Aquí tienes treinta céntimos, ves al estanco, cómprate dos puros y fuma. Te lo mereces.

BONIFACIO (Enseñándole el cigarro.) ¡ Si fumo, mira !

PAULA ¿ Pero, cómo es eso ?

BONIFACIO Uno de los jóvenes me ha regalado dos. Este que está encendido y otro que me he reservado para lucirlo mañana en el casino. (Fuma.)

PAULA Bueno, mientras ganes cinco duros como hoy, no me duele que te gastes treinta céntimos para tabaco. Toma, entra la cesta, mientras yo hago la cuenta de lo que he gastado.

BONIFACIO (Haciendo mutis por la segunda derecha.) ¡ Qué lástima que esto no se repita todos los días !

PAULA ¡ Dices bien !

ESCENA XII

PAULA y después PURA y ELADIO

PAULA (Se sienta cerca de la mesa y escribe.) Ternera, tres pesetas y cuatro de vaca que suman siete. Pescado, dos treinta, que son nueve treinta; queso, una cincuenta que hacen diez ochenta. (Pura y Eladio entran por el fondo. Paula preocupada con las cuentas no los ve.)

PURA Desengáñese. Desde el momento que no estaban allí, ni aquí, es que no han venido a Calella.

PAULA (Viéndoles, se levanta.) Perdonen...

ELADIO ¿Es usted la dueña?

PAULA Para servirles.

ELADIO Diga ¿No estaría usted enterada de unos jóvenes?...

PAULA (Con rapidez.) ¿Unos excursionistas? Sí. Han estado aquí, tomaron unas frioleras y se marcharon... Yo me hallaba en la plaza, pero...

ELADIO No sabemos si serán ellos... ¿Qué no está Bonifacio?

PAULA ¿Mi marido? Sí, señor. Voy a llamarle. El, que los ha servido, les informará mejor que yo. (Se dirige a la segunda derecha, llamando.) ¡Bonifacio! (Mutis.)

ESCENA XIII

PURA, ELADIO y BONIFACIO

PURA Bonifacio no podrá decirnos nada. Como no hayan venido después de habernos marchado nosotros. ¡Pero no es posible! No tenían tiempo... Dice que han tomado algo...

BONIFACIO (Entrando.) Muy buenas. Acaba de decirme mi mujer que ustedes preguntaban por mí.

- ELADIO No, señor; no preguntamos por usted. Preguntamos por Bonifacio.
- BONIFACIO Bonifacio soy yo.
- ELADIO ¡Qué ha de ser usted, hombre! ¡Si conocemos a Bonifacio!
- BONIFACIO Dispense; aquí no hay más Bonifacio que yo.
- ELADIO ¡Pues yo repito que aquí hay otro!
- BONIFACIO (Llamando.) ¡Paula!
- ELADIO No llame a nadie. No necesito testigos porque hace cinco minutos que he hablado con él.
- BONIFACIO (Dándose una palmada en la frente.) ¡Por vida! ¡Ya lo entiendo! Usted sin duda se refiere a un joven forastero.
- ELADIO No era ningún forastero...
- BONIFACIO ¡Sí, señor!
- ELADIO ¡Le digo que no!
- BONIFACIO ¡Le digo que sí!
- ELADIO ¡Hombre! Parece que se ha propuesto usted contradecirme. Yo me refero al marido de la dueña.
- BONIFACIO Pues sepa usted, que aquí no hay más dueña que mi mujer. Que mi mujer no tiene más que un marido. Que ese marido soy yo, y que me llamo Bonifacio. Y si usted me deja explicar quizás podamos entendernos.
- PURA ¡Claro, deje usted que se explique!
- ELADIO Bueno, diga.
- BONIFACIO Aquí han estado esta mañana dos jóvenes con dos señoritas.
- ELADIO ¡Ellos! ¡No diga usted más!
- PURA Sí, diga, diga.
- BONIFACIO ¡Pidieron dos habitaciones!
- ELADIO (Asustado.) ¡Dos habitaciones!
- BONIFACIO Sí, señor.
- PURA ¿Y han entrado?
- BONIFACIO Ellas, sí; en aquélla. (Señalando el cuarto número 1.) Ellos no.
- PURA ¡Respiro!
- ELADIO Continúe.

BONIFACIO Después... ¡ Oh, no sé que ha pasado !...
¡ Ah, sí ! Yo estaba en la cocina cuando
oí que me llamaban y uno de ellos me
pidió con mucha prisa el delantal y la ser-
villeta. Se lo di y acto seguido me mar-
ché a continuar mis quehaceres .

ELADIO ¡ Ah, pillos ! ¡ Ahora lo comprendo ! Nos
deben haber visto llegar y uno de los no-
vios... ha sentado plaza de camarero para
burlarse de nosotros. ¿ Y dónde están
ahora ?

BONIFACIO Verá, después me volvieron a llamar y
me dijeron que se marchaban y que si
venían una señora y un caballero que
deben ser ustedes, les diera muchos re-
cuerdos y una ración de langosta.

ELADIO (Exaltado coge a Bonifacio de la mano.) ¡ La lan-
gosta se la come usted ! ¿ Pero dónde es-
tarán ? ¿ Dónde habrán ido ?

BONIFACIO Han dicho que iban al extranjero.

ELADIO ¿ Al extranjero ?

BONIFACIO Así lo han dicho. Tenían el automóvil en
la esquina, subieron... y se perdieron de
vista.

ELADIO (Dirigiéndose asustado a la puerta.) ¡ Mi automó-
vil ! ¡ Se lo han llevado ! ¡ Esto más !

BONIFACIO ¿ Era de usted ?

ELADIO ¡ Pillos ! ¡ Misericordia ! ¡ Vaya unas fon-
das las de Calella !

BONIFACIO ¿ Qué tiene usted que decir de esta fonda ?

ELADIO ¡ Sí, señor ! Si hubiera más vigilancia no
se llevarían un automóvil como quien se
lleva un mondadientes !

BONIFACIO ¿ Y a quién ha encargado usted que guar-
dara el automóvil ?

ELADIO Lo he dicho a... (A Pura.) ¡ Es natural !
¡ A quién he ido a decirlo ! ¡ Pero esto no
puede quedar así !

PURA ¡ Calma ! ¡ Tenga usted calma !

ELADIO ¡ Que me calme ! ¡ Calmarme yo ! (A Boni-
facio.) ¿ Y no han dicho a qué punto se di-
rigían ?

BONIFACIO A mí no. Hablaban entre ellos y a mí únicamente me dijeron que se marchaban al extranjero y que su viaje duraría nueve o diez meses.

ELADIO ¿Nueve o diez meses.

BONIFACIO También entendí que se iban a Perpignan.

ELADIO ¿A Perpignan?

BONIFACIO Y al Monte de Carlos.

ELADIO ¿A Monte-Carlo? (Suspirando.) (¡ Monte-Carlo ! ¡ Monte-Carlo !) ¿Y adónde más?

BONIFACIO Y después irán a Roma para que los case el Papa. (Eladio mira a Pura.)

PURA (A Eladio.) ¡ Eso no lo lograrán ! ¡ No ! ¡ Mi hija no se casará !

ELADIO Después de un viaje de nueve meses no nos quedará más remedio que casarlos.

PURA ¡ Tiene usted razón !

ELADIO Pues no perdamos tiempo. Como primera providencia dirigiré un telegrama a la Junquera para que los detengan y otro a Barcelona para que me manden el automóvil pequeño. (Se sienta y escribe.)

PURA ¡ Qué disgusto, Virgen Santa ! ¡ Qué disgusto ! (A Bonifacio.) Dígame usted, ha visto si entre ellos y ellas... había mucha confianza?

BONIFACIO ¡ Toda la que usted quiera !

PURA ¿ Es decir que no se recataban ?

BONIFACIO No es que hicieran nada feo... pero vaya, se ve que entre ellos hay mucha franqueza. Han subido al automóvil con tanta resolución que cualquiera hubiera dicho que era suyo. Y la gente los miraba con la boca abierta. ¡ Había más de medio pueblo reunido ! El automóvil salió disparado como una flecha y los cuatro tan contentos saludaban a todos sin conocer a nadie.

PURA ¡ Se necesita frescura !

ELADIO (Dando los telegramas a Bonifacio.) Haga el favor de ir a depositar estos telegramas con tarifa urgente. (Dale dinero.) Que le den recibo.

BONIFACIO Está muy bien. (Mutis por el fondo.)

ESCENA XIV

PURA y ELADIO

ELADIO ¿Supongo que usted no tendrá inconveniente en continuar el viaje?

PURA ¡ En buen compromiso me ha puesto esa chiquilla !

ELADIO ¿Y usted, qué decide?

PURA ¡ Qué quiere usted que decida ! ¿ Si usted pudiera prescindir de mí ? ¿ Si usted se encargara de acompañar a las niñas ?

ELADIO La complacería con mucho gusto... Mas, ¿ con qué autoridad podré hacerme obedecer de Margarita ?

PURA Si, ya lo comprendo. ¿ Si supiera que en la frontera habían de detenerlos y no pasáramos de la frontera?... Pero ya verá usted como ellos llegan antes que el telegrama.

ELADIO Es más que probable.

PURA ¿ En este caso tendremos que internarnos en Francia ?

ELADIO Es natural.

PURA Y...

ELADIO ¿ Y qué ?

PURA (Con rubor.) ¿ Y qué dirán de mí ?

ELADIO ¿ Quién ?

PURA Unos y otros. Los de aquí y los de allá.

ELADIO En cuanto sepan de lo que se trata y conozcan el objeto de nuestro viaje...

PURA ¿ Y si no los encontramos y resueltos a perseguirlos nos vemos obligados a hacer como ellos un viaje de nueve o diez meses ? Viudo usted y viuda yo... ¿ qué quiere que le diga ?

ELADIO Lo que puede suceder es que usted y yo, para evitar las murmuraciones de las gentes acabemos por casarnos.

PURA ¡ Eladio... Eladio ! ¡ Por Dios !...

ELADIO Está en lo posible, Pura, después de todo,

¿quién más libre que nosotros? Ni usted ni yo tenemos obligación de dar cuenta a nadie de nuestros actos y como además ya va siendo tiempo de que yo siente la cabeza... ¿por qué no ha de ser usted quien me ayude? Yo también he ido a Monte-Carlo hace poco. (Suspirando.) ¡Pobre Emilia!) (Pausa.) En fin, Pura, no hay que ocuparse por ahora de este asunto que ya tendremos ocasión de hablar despacio. Si le parece podríamos dar una vuelta, mientras llega el automóvil y continuar nuestro viaje en busca de las niñas.

PURA

(Levantándose y cogiéndose del brazo que Eladio la ofrece.) ¡Vámonos y sea lo que Dios quiera!... ¡Lo que hemos de procurar es que buscando a ellas, no nos perdamos nosotros!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Restaurant en el Casino de Monte-Carlo. En el fondo pasillo que figura ser el del teatro del Casino. Puertas a derecha e izquierda. Dos a cada lado. Sobre la de la derecha habrá el siguiente letrero: «Salon de toilette.» A derecha e izquierda de la escena en primero y segundo término, respectivamente, cuatro mesas elegantes dispuestas para comer. A la izquierda de la decoración del fondo puerta practicable que se supone conduce a la platea del teatro, sobre la cual se lee "Theatre". Teléfono entre la primera y segunda puerta de la derecha. Epoca: fines de Abril.

ESCENA PRIMERA

JULIA, MARGARITA, ANTOINE y PIERRE

(Antoine pone en orden los platos, vasos, etc. Julia y Margarita entran por el foro derecha con sombrero y bolsa-portamonedas en el brazo. Vestirán de largo con elegancia. Pierre se pasea por el foro.)

JULIA (Entrando. A Margarita.) A ti te engañarán, a mí no. Soy más lista que ellos.

MARGARI. ¿Es decir que tu supones que Conrado y Federico nos engañan?

JULIA No lo supongo. Estoy segura. Cuando han comprendido que se habían equivocado y que nosotras hemos sabido tenerlos a raya, no rindiéndonos a sus caprichos, buscan, seguramente, quien los distraiga más.

MARGARI. ¿Quiéres decir?...

JULIA Ya sabes que lo vengo sospechando. Haz

memoria. Al principio todo les parecía poco para obsequiarnos, les faltaba tiempo para estar a nuestro lado. Todo eran flores, regalos... preparativos para atacar la fortaleza. Los días que pasamos en Perpignan, los tres que permanecemos en Marsella y los cuatro o cinco primeros de haber llegado a Niza, parecía que estaban locos por nosotras. Pero... llegamos a Montecarlo. A las cuarenta y ocho horas «si te he visto no me acuerdo.» Con el pretexto de que aquí nos aburríamos y que eso de ir y venir diariamente nos es muy penoso, nos dejan en Niza, abandonadas a nuestra suerte. Parece que sólo nos tienen por compromiso y que no saben como deshacerse de nosotras. Regresan de Montecarlo a la una de la noche, se van a las nueve de la mañana y «ahí queda eso.» ¡Como si se tratara del equipaje!... ¡No, no y no! ¡Esto no puede continuar!... Si fuéramos ligeras de cascos... que no lo somos...

MARGARI. ¡No faltaba más!...

JULIA ¡Ya nos habrían perdido de vista.

MARGARI. ¡Lo que es pretendientes no nos faltan!...

JULIA Por eso que si no fuéramos tan buenas...

MARGARI. ¡Y tanto!

JULIA Y lo mismo tu mamá, que mi papá no nos tendrán en ese concepto... ¡No, no! Cree Margarita, que en todo lo que sucede hay misterio.

MARGARI. El misterio sí que existe.

JULIA Y como lo llegue a descubrir... ya puede prepararse mi novio.

MARGARI. ¡Oh, y el mío también! ¡No irá a Roma por la penitencia!...

JULIA Ya lo creo que irán a Roma.

MARGARI. ¡O si no que nos vuelvan al colegio!

JULIA ¡Eso si que no, mujer! Nuestra abnegación no ha de llegar a ese extremo. Es preferible ir a visitar al Santo Padre. Y

si ellos no nos quieren acompañarnos, ya nos llevarán aquel par de ingleses que no nos dejan a sol ni a sombra. ¡Pobrecillos! Con una simple mirada se quedan satisfechos. En fin, que ellos sigan así, que nos busquen, que nos encontrarán. (Con coraje.) ¡O no nos encontrarán!

MARGARI. ¡Eso no!

JULIA Seguramente ya habrán caído en las redes de aquellas dos señoras... de *contrabando* que jugaban a su lado en la mesa del *baccarat*.

MARGARI. ¿Y por qué llamas de contrabando a esas señoras?

JULIA (Riendo.) ¡Señoras!...

MARGARI. Iban tan elegantes, tan escotadas...

JULIA ¡Ya ves tú que señoras serán! Y es que aquí vienen a jugarse la piel y además la enseñan.

MARGARI. Con tanta joya...

JULIA ¿Y tú crees que todo ese lujo lo pagan sus padres o sus maridos? Seguramente ninguna de ellas tiene marido, y a sus padres nadie los conoce.

MARGARI. Entonces nosotras somos de la misma condición.

JULIA ¡Muchacha, no digas eso!

MARGARI. ¿Por qué?

JULIA Porque nosotras somos unas señoritas decentes, que estamos haciendo un viaje de placer con nuestros novios. Esto no tiene nada de particular. Es un capricho, propio de las muchachas de buen humor, que desean emanciparse. ¡Viva la libertad! (Llamando.) ¡Camarero! (A Margarita.) Voy a preguntar a este. A ver que vida llevan Conrado y Federico en el Casino. (Volviendo a llamar.) ¡*Garçon*!

ANTOINE ¿*Madame*?

JULIA Oiga. ¿Conoce usted a dos jóvenes que se llaman Federico y Conrado?

ANTOINE ¿*Deux espagnols*?

- JULIA Sí, dos españoles.
- ANTOINE *Parfaitement, madame. ¡Ils sont très gentils!*
- JULIA ¿Très gentils, eh?
- ANTOINE *Oui, Madame.*
- JULIA (A Margarita.) A éste le deben dar buenas propinas. (Al camarero.) ¿Comen aquí?
- ANTOINE *Generalment, oui.*
- JULIA ¿Y comen solos o... acompañados?
- ANTOINE (Sonriendo.) *Je n' en sais rien, madame. Je n' en sais rien.* (Se separa cortesmente de ellas y sigue arreglando las mesas.)
- JULIA (A Margarita.) ¿Ves como calla? Se hace el Succo. (A Antoine.) Pero...
- ANTOINE *Ici on ne sait rien de rien. Pardon, madame.* (Sonriendo.)
- JULIA (A Margarita.) ¡Ay, hija! De este no vamos a sacar nada en limpio. Dice que aquí nadie sabe nada de nada.
- MARGARI. (Suspirando.) ¡Si que estamos lucidas!
- JULIA Si nos acercáramos a la sala de juego, no hay duda, los encontraríamos bien acompañados.
- MARGARI. ¿Sabes, pues, qué podríamos hacer? Esperarlos aquí, almorzando tranquilamente.
- JULIA ¡Ni más ni menos! Así la sorpresa será mayor. (Mirando hacia el pasillo de la izquierda.) ¡Bravo! ¡Ya tenemos aquí a nuestros Madgyares!
- MARGARI. ¿Los ingleses? (Entra Pierre por la derecha.)
- JULIA Sí, míralos. ¡El mejor día nos los encontramos en la sopa! Pero hay que hacerles el honor de que son muy galantes. (Entran Plin y Rooss, por la derecha.) Sabes que...
- MARGARI. Di.
- JULIA Que si se presenta ocasión podremos utilizarlos para infundir celos a Federico y Conrado.
- MARGARI. ¡Muy bien! ¡Tienes unas ocurrencias!...
- JULIA ¡No habrán venido en el mismo tren que nosotros! Yo no los he visto subir.

ESCENA II

Dichos, PLIN y ROOSS

- PLIN *Good mornig.* (Pronúnciese, "Gud mornink". Pierre hace una inclinación de cabeza..)
- ANTOINE *Bon jour, mister Plin.*
- ROOSS *Good mornig.*
- ANTOINE *Bon jour, mister Rooss.*
- PLIN Y ROOSS (Haciendo una cortesía a Julia y Margarita.) *Miladys...* (Julia y Margarita devuelven el saludo del mismo modo.)
- JULIA (A Margarita.) Ven. Sentémonos en la misma mesa del primer día. (Se sientan en la del primer término de la derecha y Plin y Rooss en la de la izquierda, primer término.)
- PLIN (A Julia y Margarita.) ¿Ustedes querer almorzar con nosotros?
- JULIA Y MAR. No, señor, gracias.
- PLIN ¿Por qué?
- JULIA Y MAR. (Con calma, como la frase anterior.) Porque no. Muchas gracias.
- PLIN ¡Qué lastima! ¡Qué lastima!
- JULIA ¡Ah, gracias por los ramos!
- MARGARI. ¡Ah, sí; por los ramos que ayer nos enviaron! (Plin y Rooss se miran)
- JULIA ¿No fueron ustedes?... ¿No?... (A Margarita.) Creo que no nos entienden. (Plin y Rooss vuelven a mirarse) ¿No son ustedes los que ayer nos mandaron unos *bouquets*?
- ROOSS ¡Ah! ¡Yes! ¡Yes!
- JULIA ¡Yes, eh!
- PLIN ¡Yes!
- JULIA Pues, gracias.
- MARGARI. Son magníficos. Mil gracias.
- PLIN Las españolas siempre dar la gracia.
- JULIA (Con coquetería.) ¡No ve usted que tenemos tanta! ¡Bien hemos de repartirla! (A Margarita.) ¡Qué ocasión para que se presentaran ellos!
- PLIN (A Rooss, sentándose en la mesa de la izquierda.)

- ROOSS *Were beautifuls.* (Pronúnciese, "Vur butiful".)
¡Yes, yes! (En las mesas respectivas se colocan de la manera siguiente: En la de la derecha, Julia de cara al público y Margarita a su derecha. En la de la izquierda, Plin de cara al público y Rooss a su izquierda, con el objeto de que todos ellos puedan verse y hablar. El camarero Antoine, sirve los entremeses. En todas las mesas habrá el correspondiente "menú".)
- JULIA (A Margarita, por Federico y Conrado.) Ellos que sigan jugando al treinta y cuarenta, que tal vez nosotras jugaremos a ingleses.
- MARGARI. *¡Qué cosas dices!*
- JULIA *¡Sí! ¿Qué cosas? ¡Ya, ya!*
- MARGARI. *¿Serías tú capaz de jugarle una pasada a Federico?*
- JULIA *Si se lo merecía, sí. Según lo que fuera, ¿entiendes?*
- MARGARI. *¡Ah! ¡Bien!*
- JULIA . *¿Pues, qué te creías?* (Durante el diálogo de Julia y Margarita, Antoine habla con Plin y Rooss, que llevan un monóculo colgado, se lo ponen y las contemplan sonrientes. Ellas también rien. Escena muda.)
- PLIN *Ser las dos muy bonitas.*
- ROOSS *Ser las dos muy hermosas.* (Julia y Margarita vuelven a reír.)
- JULIA *Y ustedes ser muy amables.*
- PLIN *España ser el gran país del mundo. Nosotros querer ir a España.*
- MARGARI. *Nosotras no poder ir a España.*
- ROOSS *¡Cómo! ¿Ustedes no poder ir a España?*
- JULIA *No, señor. No podemos ir porque nos pegarían.* (Plin y Rooss se miran.)
- PLIN *Si no ir ustedes, nosotros quedarnos con ustedes.*
- ROOSS *Nosotros estar a su lado.*
- JULIA *Mientras no les rompan el bautismo...*
- PLIN (Mirando a Rooss.) *¿El bautismo?...*
- JULIA *Nosotras tenemos que ir muy lejos.*
- PLIN (Alegre.) *Werry voell.*
- ROOSS *Yes, werry voell* (Antoine vuelve a entrar dejando platos en la mesa de los ingleses. Julia y Margarita empiezan a comer los entremeses y los ingleses hacen lo

misimo. Al salir Antoine por la segunda derecha, Plin le llama.)

PLIN ¡Antoine ! ; *The champagne* ! (Antoine se va.)

JULIA (A Margarita.) Cuando yo te decía que jugaríamos a ingleses...

MARGARI. Y tal vez nos harán ganar la partida.

JULIA (Después de una pausa corta.) Y si te fijas despacio, hasta parecen guapos.

MARGARI. Y lo son.

JULIA No perderíamos gran cosa en el cambio.

MARGARI. ¡ Calla, boba ! (Plin que ha ensartado con el tenedor un filete de carne, como está distraído y riendo, se lo va a meter por una oreja. Julia y Margarita que se aperciben sueltan la carcajada. Plin y Rooss se miran.)

JULIA (A Plin y Rooss.) ¿Están ustedes en Babia? (Plin y Rooss vuelven a mirarse.)

PLIN Las españolas son muy divertidas.

MARGARI. ¡ Ah, sí, somos muy divertidas !

PLIN Mi querer casar con una.

ROOSS Y mi con dos.

JULIA ¡ Ah, pillín !...

ROOSS Con ustedes dos. (Todos ríen.)

PLIN (Llamando al camarero.) ¡ Antoine ! (A Julia y Margarita.) ¿Ustedes tener la gracia de beber una copa de *champagne* con nosotros? (Julia y Margarita se miran.)

JULIA (A Margarita.) ¿Qué hacemos? (Entra Antoine con dos botellas de champagne; se dirige a la mesa de Plin y Rooss y se dispone a descorchar una. Deja la otra sobre la mesa de la derecha segundo término.)

MARGARI. Mientras no perdamos el equilibrio...

JULIA No importa. Ya nos sostendrán ellos.

PLIN (Repitiendo la invitación.) ¿Ustedes aceptar señoritas?

JULIA (Decidida.) Sí, señor.

PLIN (Levantándose y en tono imperativo a Antoine.) *Garçon, lá.* (Señalando la mesa de Julia y Margarita, a donde se dirige con Rooss. Antoine les sigue con las botellas y las copas que coloca sobre la mesa. A Rooss.) *Le jeu est fait.*

JULIA (A Plin y Rooss, recelosa, pero riendo.) ¿Qué hacen? ¿Qué hacen ustedes?

- MARGARI. ¡Qué dirá la gente !
- ROSS (Sentándose a la derecha de Margarita.) ¡Para beber juntos, tener que estar juntos !
- MARGARI. (A Julia.) ¡Ay ! ¡ay, ay ! ¡Esto se complica !
- JULIA ¡No seas tonta ! Ahora ha empezado el rigodón y vamos a entrar en la primera figura.
- MARGARI. Y Federico y Conrado tan convencidos de que seguimos en Niza.
- JULIA Ni se acuerdan de que estemos en el mundo. Desengáñate, chica. Si ellos se divierten hagamos nosotras lo mismo.
- PLIN (A Julia, ofreciéndole una copa de champagne.) Señorrita...
- JULIA (Sonriendo, hace una inclinación de cabeza y toma la copa de manos de Plin.) ¡Cuánta amabilidad ! (A Margarita.) ¡Sí, empezamos el almuerzo con *champagne*, Dios sabe como acabaremos.
- ROSS (A Margarita ofreciéndole una copa.) Señorrita...
- MARGARI. (Sonriendo, lo propio que Julia.) Gracias, mister Rooss.
- JULIA No sé lo que daría porque ellos nos vieran.
- MARGARI. ¿De veras? (Antoine sirve el champagne a Plin y Rooss.)
- PLIN (A Julia.) ¿Gustar a usted mocho el *champagne*, señorita?
- JULIA Sí, mucho. El día de Navidad siempre lo bebemos en casa. A papá le gusta extraordinariamente.
- PLIN ¿Al Papa? ¿Al Papa?
- JULIA No al Papa, no ; a mi papá, a mi padre.
- PLIN (Rápido.) ¡Ah ! ¡Your father ! (Pronúnciase : "Yur fadur".) ¡Yes ! Y understand you. (Pronúnciase : "Undertan yu".) ¡Yes, yes ! Comprendido, comprendido... (Julia y Margarita levantan las copas, haciéndolas chocar con las de Plin y Rooss.)
- ROSS ¡A nuestro amor ! (Julia y Margarita rien con ganas.)
- JULIA (A Margarita.) ¡Mira los pavos como se despiertan !

- PLIN (Recalcando la frase de Ross y con la copa levantada.)
¡A nuestro grande amor! Julia y Margarita
siguen muy alegres bebiendo.)
- MARGARI. ¿Muy grande, eh?
- PLIN ¡Extraordinario!
- JULIA (A Margarita.) Me siento alegre.
- MARGARI. ¡Y yo!
- ROOSS El *champagne* alegrar mocho.
- PLIN ¡Mocho! (Llamando al camarero.) ¡Antoine!
Romplir les terres.
- JULIA (A Margarita, riéndose.) En saliendo de aquí
vamos a hablar a la perfección todas las
lenguas. Para nada necesitaremos el co-
legio.
- PLIN Nosotros querer ir muy lejos.
- JULIA ¡Sí! ¿Y dónde quieren ir? Vamos, explí-
quese, inglesito.
- ROOSS (Mientras Plin habla con Julia, Rooss figura que lo ha-
ce con Margarita y dice a ésta:) Nosotros ir de-
trás de ustedes quince días.
- MARGARI. (Riendo.) ¿Sólo quince días? Vale más que
no empecemos. ¿Verdad, Julia?
- ROOSS Mi no entender.
- MARGARI. Que ustedes no quieren estar a nuestro la-
do más que quince días. (Bebe y ríe.)
- PLIN Y ROOSS ¡No; siempre!
- JULIA (Muy alegre.) Hasta la muerte... ¿No es
así?
- PLIN (Cogiéndola de la mano.) ¡Oh! ¡Y'es! Hasta la
muerte... ¡Hasta el cielo!
- JULIA ¡Calle, hombre! ¿No comprende que allí
no nos recibirían?
- ROOSS (A Margarita.) ¿Y usted, seguirme a mí?
- MARGARI. Yo siempre hago lo que mi amiga dis-
pone.
- JULIA (Que ha oído la pregunta.) También, también.
Hasta la muerte y más allá.
- PLIN (Llamando.) ¡Antoine! (*Le jeu est fait.*)
- ANTOINE Monsieur.
- PLIN *The champagne.*
- ROOSS *The champagne.* (Crece la animación entre los
cuatro.)

JULIA ¡ No, no, basta ! (Antoine descorcha otra botella que sirve.)
MARGARI. ¡ Basta !
PLIN ¡ No, *maïs, maïs* !
ROOSS ¡ *Maïs, maïs* !
MARGARI. ¡ Ay, Julia ! Yo ya he perdido el mundo de vista. ¡ Vaya un *vermouth* ! (Mientras Antoine descorcha otra botella, entran en escena, Federico, Conrado, Emilia y Eleonora, que no se aperciben de los demás. Pierre está en este momento colocado de manera que al lado de Antoine, ocultan a Julia y Margarita, y hace que Federico, Conrado, Emilia y Eleonora puedan sentarse en la mesa del segundo término izquierda sin apercibirse de ellas. Margarita y Julia, distraídas con los ingleses, tampoco se fijan en ellos.)

ESCENA III

FEDERICO, CONRADO, EMILIA, ELEONORA, JULIA, MARGARITA, PLIN, ROOSS, ANTOINE y PIERRE.

(Emilia y Eleonora deberán vestir con elegancia. Mientras Conrado, Federico, Emilia y Eleonora hablan, Plin ha tomado el "menú", que enseña a ellas y que después entrega a Antoine, indicándole los platos que desean.)

EMILIA (A Federico.) Vaya, que hoy estás de suerte. Llevas ganados...

FEDERICO Veinte mil francos.

EMILIA ¿ Veinte mil ? Mañana no te escapas de darme lo prometido.

FEDERICO Lo tendrás.

CONRADO ¡ Veinte mil francos ! ¡ Qué racha ! Mujeres, amores, dinero... ¡ Todo te sonríe !

FEDERICO Hasta que se acabe.

EMILIA Y bien... ¿ qué comemos hoy ? (Llamando al camarero.) ¡ *Pierre* !

PIERRE (Acercándose.) ¡ *Madame* !...

ELEONORA (A Conrado.) *Senti, mio caro. Yo prima di tutto, voglio un bicchieri di champagne.*

- EMILIA (Que ha oído a Eleonora.) Esta italiana si no tuviera *champagne*, se moriría.
- ROOSS (A Antoine.) *All right*. (Pronúnciese: "Ol raid" Antoine sale por la segunda derecha.)
- FEDERICO (A Emilia, con el "menú" en la mano.) ¿*Canaloni*?
- EMILIA Sí.
- FEDERICO (A Pierre.) *Canaloni* para cuatro y después aquel *rosbif* a la inglesa, *Bordeaux Saint Julien* y *champagne*.
- PIERRE *Très bien*. (Se va.)
- FEDERICO (En alta voz.) *A grande vitesse, Pierre*.
- PIERRE *Ving minutes*. (Mutis segunda derecha. Julia, que está riendo, y a quien Plin tiene sujeta la mano, se vuelve al oír la voz de Federico, separándose de Plin.)
- JULIA (A Margarita.) ¡Marga! ¡Míralos! Ya están aquí.
- MARGARI. ¿Qué hacemos?
- JULIA Observar y nada más.
- FEDERICO (A Emilia, cuya mano tiene entre las suyas, contemplándola.) Tienes una mano escultural. Me la comería a besos. (La besa.)
- JULIA (Que lo advierte, da a besar su mano a Plin.) ¡Plin, béseme la mano!
- CONRADO (A Eleonora.) Tu mano no es menos hermosa que la de Emilia. (La besa.)
- MARGARI. (Dando a besar su mano a Rooss.) ¡Bese usted mi mano, Rooss! (Plin y Rooss se quedan atónitos.)
- JULIA (A Plin, que no se atreve a besarla la mano, se contenta con acariciarla.) ¡Bese, hombre, bese! Bese usted hasta que se canse. (Plin besa rápidamente.)
- PLIN (*Le jeu est fait*.)
- MARGARI. (A Rooss.) ¡Bese, bese! (Rooss lo hace.)
- JULIA (A Margarita.) ¡Qué escena para una obra de género chico!
- EMILIA (A Federico.) Mira aquellos ingleses como se aprovechan.
- FEDERICO (Dejando rápidamente la mano de Emilia.) ¡Qué veo!
- CONRADO (Que también se fija.) ¡Son ellas!
- EMILIA (A Federico.) ¿Quiénes son?

- FEDERICO (Perplejo.) Son dos... pero no las conozco.
- CONRADO (A Federico.) ¡ Plancha !
- FEDERICO (A Conrado.) ¡ Y mayúscula ! (Plin y Rooss rien y hablan con Julia y Margarita.)
- JULIA (A Margarita.) ¡ Ya nos han visto ! ¡ Pillos !
- MARGARI. ¡ Canallas !
- PLIN (Extrañando el calificativo.) ¿ Pillos nosotros ?
- ROOSS ¿ Canallas ?
- JULIA (A Plin y Rooss, después de dirigir una mirada a Federico.) ¡ Champagne ! ¡ Champagne !
- PLIN (Muy alegre.) ¡ All right ! ¡ Le jeu est fait ! (Rooss sirve champagne a las dos.) ¡ Mi estar loco de alegría !
- ROOSS (Muy alegre.) ¡ Todos estar locos !
- JULIA ¡ Todos, sí ! ¡ Todos estamos locos ! (Levantando la copa.) ¡ Viva el amor !
- ROOSS (De pie, y también con la copa en alto.) ¡ Hu... hu... rra ! (Federico y Conrado no pueden disimular su excitación. Figura que disputan con Emilia y Eleonora, por oponerse ellas a que se levanten. Esta escena se confía a la discreción del director de escena. Plin y Rooss, están en cambio absortos con la alegría de Julia y Margarita, sin preocuparse de lo que pasa en la otra mesa.)
- FEDERICO ¡ Déjame, Emilia, déjame !
- EMILIA ¡ No y no !
- ELEONORA ¿ Ma, siete matti ?
- FEDERICO No lo sé.
- EMILIA (Llamando.) ¡ Pierre ! Sirva usted el almuerzo. Puede que así se os calmen los nervios. (Mientras tanto Julia y Margarita siguen apurando las copas y rien como alocadas.)
- FEDERICO (A Conrado.) ¡ Sería el colmo que se rieran de nosotros !
- JULIA (Con la copa levantada y en alta voz.) ¡ Viva el amor !
- MARGARI. ¡ Viva el amor !
- ROOSS (De pie.) ¡ Hurra ! (Federico representa que ve a Pura y Eladio en el fondo del pasillo de la derecha.)
- FEDERICO (Levantándose.) ¡ Zambomba ! ¡ Huyamos, Conrado, que ya nos cogieron en el garlito !...

CONRADO ¿Quién? (Se levanta.)
 FEDERICO ¡ Los papás ! ¡ Sígueme y no preguntes !...
 (A Emilia.) Vosotras os podéis quedar.
 EMILIA Yo te sigo. (Se levanta y Eleonora hace lo mismo.)
 ELEONORA *Anchío.* (Salen los cuatro precipitadamente hacia la
 puerta que indica "Theatre" por donde hacen mutis sin
 volverse.)
 JULIA (Con alegría.) ¡ Ya se fuéron ! ¡ Más *cham-*
pagne! (Levanta la copa, al mismo tiempo que en-
 tran Pura y Eladio, por el fondo derecha, en dirección
 hacia el fondo izquierda, sin mirar a la escena.)

ESCENA IV

ELADIO, PURA, JULIA MARGARITA, PLIN y ROOSS. (Pura vis-
 te guardapolvo.)

PURA ¿Por qué correrá esta gente?
 ELADIO ¡ Vaya usted a saber !
 JULIA (Que ha oído la voz de su padre y mientras éste y Pu-
 ra miran por la puerta del teatro.) ¡ Mi papá !...
 ¡ Ay ! ¡ Sálveme, mister Plin !... (Levantán-
 dose sin volverse.) ¡ Sálveme !... ¡ Mi papá !
 ¡ Mi papá !
 MARGARI. (Que ha visto también a su madre.) ¡ Mi mamá !...
 ¡ Mister Rooss, sálveme, sálveme !... ¡ Mi
 mamá ! ¡ Mi mamá ! (Se levanta quedando de
 cara al público.)
 PLIN ¿ El papá ?
 JULIA ¡ Sí !
 ROOSS ¿ La mamá ?
 MARGARI. ¡ Sí !
 JULIA (Sin mirar atrás señala la puerta primera izquierda.)
 ¿ No es aquella la puerta que da a la te-
 rraza ?
 PLIN ¿ La terraza ? *Yes, yes*
 MARGARI. ¡ Vamos, vamos ! (Eladio y Pura abandonan la
 puerta del teatro y se van al centro de la escena, adon-
 de llegan en el momento de salir por la puerta primera
 izquierda Julia y Margarita. Sólo Plin y Rooss se pa-
 ran un instante cerca de dicha puerta.)

ELADIO (A Pura.) ¡Quién sabe dónde estarán ! Esto es un laberinto ; pero al fin las encontraremos.

PURA ¡ Ay ! Déjeme antes que descanse un rato. Ya no puedo más. (Pura se sienta en la mesa en que estaban Julia y los demás. Plin y Rooss se ponen el monóculo y dirigen una mirada a Pura y Eladio.)

PLIN (¡ El papá !)

ROOSS (¡ La mamá !)

PLIN *All right.* (Pronúnciese: "Ol raid". Mutis por la misma puerta.)

ESCENA V

PURA y ELADIO

ELADIO (A los ingleses.) ¡ Adiós, misters ! (A Pura.) Aquí verá usted mucha gente sospechosa, porque como este es un pueblo cosmopolita suele haber de todo. Lo que tiene de bueno es que nadie se preocupa de los demás. Se respira con extraordinaria libertad, y se comprende, porque aquí lo que se busca son *ganchos*, quiero decir hombres y mujeres que sirvan de cebo para desplumar al prójimo. ¿ Se ha fijado usted en las dos *cocottes* que salían por aquella puerta (Primera izquierda.) cuando nosotros entrábamos ? También deben serlo. No las he visto la cara... pero por su aire deben serlo... Ahora darán una vuelta por los salones y sin que estos dos ingleses se den cuenta, los llevarán tranquilamente a las mesas de la ruleta o del treinta y cuarenta.

PURA ¡ Cuánta moralidad !

ELADIO ¿ Pero usted se habla figurado que veníamos a algún convento de monjas ?

PURA ¡ Y nuestras hijas estarán aquí, respirando esta atmósfera viciada ! ¡ Ca ! ¡ No es posible !...

ELADIO ¡ Ay, Pura ! En el mundo de la inmoralidad

cuando se ha dado el primer paso, ya no se anda, se resbala. El camino se baja muy deprisa y si cuesta abajo no se encuentra un obstáculo... como el que yo he encontrado en usted... no hay salvación posible.. A las niñas ya las encontraremos, porque las señas que nos han dado coinciden con las suyas, pero esté persuadida de que será en un estado lastimoso.

PURA
ELADIO

¡ Por Dios, Eladio ! ¡ No diga eso !
Bueno. Por de pronto entre usted aquí (Señalando la primera puerta derecha.) que es el cuarto tocador. Sáquese el guardapolvo y después reconoceremos una por una las habitaciones del Casino, hasta dar con ellas... y si ellos caen en mis manos se han de acordar de mí. Todavía tengo presente la jugada de Calella.

ESCENA VI

Dichos, ANTOINE y PIERRE

(Antoine y Pierre entran por la segunda derecha con el servicio pedido. Pierre se dirige a la mesa del segundo término izquierda y Antoine a la del primer término derecha.)

PIERRE

(No viendo a nadie.) *¡ Personne !*

ANTOINE

(Sin fijarse de pronto en el cambio de personajes.)
¡ Voici !

ELADIO

¿ Qué dice ?

ANTOINE

Pardon. ¡ Oh, monsieur Eladio !

PIERRE

(Con los platos en la mano después de observar si viene alguien.) *¡ Ma foi !* (Se va, dejándolo todo sobre la mesa.)

ELADIO

¿ Podría explicarme ? ¡ Si nosotros no hemos pedido nada !

ANTOINE

Oui ; c'est vrai. Tout le monde est parti. Je le laisse quand même. (Todo lo deja en la mesa.)

ELADIO

Déjalo, si quieres. Me es igual. Aquí han debido estar dos ingleses con dos demi-

monde. Si en las copas todavía hay champagne...

ANTOINE *¡Et oui! ¡Et oui!*

ELADIO Y que huían cuando hemos llegado.

ANTOINE *Precisement.*

ELADIO (A Pura.) O son dos ganchos, o... ¡Qué idea ! Pero... cá. ¡ Si fueran ! ... (Pequeña pausa. Con resolución.) Entre en el tocador Pura, pronto. (A Antoine.) Se han ido a la terraza. (A Pura.) Entre y no tenga prisa. Déjeme a mí. No sea el caso que nos jueguen otra pasada como la de Calella, y que los que yo he tomada por ingleses sean un par de Bonifacios... de ocasión. (Antoine hace ademán de irse hacia la derecha.) No te muevas, Antoine. (Pura entra en el cuarto tocador y Eladio la acompaña hasta la puerta que ella cierra.)

ESCENA VII

FEDERICO, CONRADO, ELADIO y ANTOINE. Después PLIN.
Por último EMILIA

(Federico y Conrado entran con precaución por la derecha del fondo, mientras Eladio habla con Antoine.)

ELADIO (A Antoine.) Hablemos claro y en español, Antoine. Tú ya entiendes el español y nosotros dos ya hace años que nos conocemos. ¿Estos dos ingleses que estaban aquí, quiénes son?

ANTOINE Mister Plin y lord Rooss.

ELADIO ¿Es decir que son dos ingleses auténticos?

ANTOINE *Oui, monsieur.*

FEDERICO (A Conrado.) A tu suegra no la veo, estará en el tocador. Aquel que habla con Antoine, es el padre de Julia, el dueño de nuestro automóvil.

CONRADO ¡Qué contrariedad !

FEDERICO Nuestra situación no puede ser más comprometida. Es necesario buscar a Julia y Margarita. Impulsadas por los celos han hecho una chiquillada y nada más.

CONRADO ¿Y qué haremos de Emilia y Eleonora?

FEDERICO ¡Que se las compongan! Ya nos hemos divertido bastante con ellas. Se han quedado en el teatro tan convencidas y allí nos esperarán hasta que se cansen.

CONRADO Pues Emilia no se convence tan fácilmente.

ELADIO (A Antoine.) Siento que no seas franco conmigo y no me digas lo que sepas. Soy un antiguo cliente de la casa...

FEDERICO (A Conrado.) Comprendido. Mientras mi suegro espera a tu madre política, tú por aquí y yo por allá las buscaremos sin perder momento.

CONRADO ¿Y si nos tropezamos con los ingleses?

FEDERICO ¿Tú llevas revólver?

CONRADO Sí.

FEDERICO Pues les soltamos cuatro tiros y todo arreglado. (Conrado sale corriendo por la derecha y Federico por la izquierda.)

ANTOINE *Madame Sarah, Emilia et puis...* (Con el dedo pulgar de la mano derecha señala el cuarto tocador.)

ELADIO Sí, ya sé lo que quieres decir, que me traigo una cada temporada. Hace dos años vine con Sara y el pasado con Emilia... Pero la de ahora no pertenece a eso género. Es una mujer honrada. (Antoine ríe.) Bien, vamos a mi asunto. Yo lo que quiero saber es...

PLIN (Abriendo con sigilo la puerta primera izquierda.) ¡El papá! (Vuelve a cerrar precipitadamente, viéndolo Eladio.)

ELADIO ¡Un inglés! ¡Me ha visto y se esconde! ¡Ya es mío! Cuando huye algo teme. (Se dirige a la primera izquierda y Antoine trata de detenerlo.) ¡Déjame, Antoine! ¡Déjame!

ANTOINE *Mais non, mais non.*

ELADIO ¡Déjame! (Abre la puerta primera izquierda y se encuentra de manos a boca con Plin. Eladio retrocede, Antoine lo ve, y riendo hace mutis por la segunda derecha.) ¡Qué hace usted aquí! ¿Quién es usted? ¡Déjeme pasar!

PLIN (Desde la puerta y en ademán de contestar a Eladio, diciéndole que pase, hace señas con el puñuelo a los que están dentro para que salgan por la segunda puerta izquierda.) ¿Pasar? ¿Pasar? Pase... pase. (Al entrar Eladio queda Plin en escena y Julia, Margarita y Rooss, vienen por la segunda izquierda, atravesándola precipitadamente hacia el fondo derecha. Ya en escena los tres, Plin cierra la puerta segunda, para cortar el paso a Eladio, y se vuelve a la primera, por la que entra y cierra. Emilia que viene por el fondo derecha se cruza con los fugitivos.)

EMILIA (¡ Pero qué es esto !) (Gritando.) ¡ Antoine ! ¡ Pierre ! (Fijándose en la comida de la mesa.) ¡ Pobres canalones !

ANTOINE (Volviendo a entrar.) *Madame.*

EMILIA ¿ Ha visto usted a *monsieur* Federico ?

ANTOINE *Non, madame.*

EMILIA Lo mismo él, que su amigo Conrado parece que han perdido la chaveta. Pero, ¿ qué sucede hoy en el Casino ?

ANTOINE *Je n'en sais rien, Madame.*

EMILIA ¡ Ah, no ! Lo que es ahora no se me escapa. Me prometió formalmente que me llevaría a Barcelona y me llevará. ¡ Este, no se burla de mí como el otro (Mirando los canalones.) Los canalones ya deben estar fríos. Es natural. En fin, probaremos de recuperar fuerzas por si conviene correr. De todos modos indague el paradero de Federico y dígame que aquí le aguardo.

ANTOINE *Très bien, madame.* (Emilia se ha sentado en la mesa, segunda izquierda y Antoine se va riendo y moviendo la cabeza hasta el fondo de la escena derecha.)

ESCENA VIII

EMILIA y ELADIO, después PLIN

ELADIO (Desde la puerta primera izquierda, como si saliera enfadado y hablase con Plin. Entra de espaldas.) Yo le juro que esto no quedará así. De mi na-

die se burla y menos un inglés. Hoy mismo le mandaré los padrinos.

EMILIA (¡ Esa voz !)...

ELADIO (Que continúa hablando con Pim, cerca de la puerta.)
¿Que no se quiere batir? ¡ Pues le romperé el monóculo ! Aquí le espero hasta que salga.

EMILIA (Levantándose.) ¡ Es él ! (Acercándose a Eladio.)
¡ Eladio !

ELADIO Hemos concluído. (Cierra la puerta se vuelve y se encuentra con Emilia.) ¡ Emilia !

EMILIA (Sonriente y abrazándole con cariñosa ironía) ¡ Soy yo !

ELADIO Ya veo que eres tú.

EMILIA ¿No te agrada esta sorpresa?

ELADIO ¿Si me agrada? ¡ Ya lo creo ! (¡ Y Pura que saldrá de un momento a otro ! ¡ Y sin saber el paradero de nuestras hijas !...)

EMILIA ¿Te quedas todo asustado?

ELADIO ¿Yo asustado? ¡ Cá ! Escucha, Emilia.
¡ Tú no sabes lo contento que estoy !... Precisamente si he venido a Monte-Carlo es porque sospechaba que estarías aquí o en Niza... Sí... sí... te lo juro. Pero ahora déjame... ¡ Un asunto... urgente !... ¿sabes? Yo te prometo que nos veremos más tarde.

EMILIA No.

ELADIO Vete al Hotel de París y espérame.

EMILIA No.

ELADIO ¡ Pero, mujer !

EMILIA (Imperativamente.) ¡ No y no !

ELADIO Se trata de un desafío. No te engaño. Me he de batir con un inglés que acaba de insultarme.

EMILIA Yo te ayudaré, pero en cuanto a dejarte, no te dejo. Aunque te arrojes al mar yo he de seguirte. Ahora es la mía.

ELADIO ¡ Pero, Emilia !...

EMILIA No me convencerás. Estoy decidida. Examina tu conciencia y dime si no tengo motivos para recriminarte.

- ELIN (Abre la puerta para salir.) ¡ El papá ! (Vuelve a cerrar sin hacerlo.)
- EMILIA Por tu causa, por haberte creído, por haberme dejado llevar de tus palabras y de tus promesas dejé a Enrique. Sí, a Enrique, que me quería y me hubiera hecho su esposa. Demasiado que te consta.
- ELADIO (Frenético, fijándose en la primera puerta de la derecha.) ¡ Pero !...
- EMILIA Y tú quisiste alejarme para que me librará de él, llevándome al extranjero. Fuimos a Niza, vinimos aquí, sin preocuparte de tu hija, de tu fábrica, ni de tus negocios. ¡ Quién habría dudado de tu cariño !
- ELADIO Sí, ya lo sé, pero déjame, mujer. Después...
- EMILIA En Niza te encontraste con antiguos compañeros de tiberio que te arrastraron a una vida desenfundada, que fué mi desesperación. Caí enferma, y aprovechándote de mi estado, una noche de borrachera desapareciste, dejándome sobre la mesa un miserable billete de mil francos.
- ELADIO Tienes razón, sí. Una calaverada.
- EMILIA ¿ Una calaverada, dices ?... ¡ Eso no ! Los hombres como tú para disimular los efectos de las malas acciones, califican de calaverada lo que es una verdadera infamia.
- ELADIO Bien, bien. Todo lo repararé, te lo prometo.
- EMILIA Tú, según me has dicho, tienes una hija que ya es una mujer. ¿ Y qué ? ¿ Te gustaría que un desalmado como tú hiciera con ella lo que tú has hecho conmigo ?
- ELADIO (Exasperado.) ¡ Emilia ! ¡ Basta !
- EMILIA ¡ Basta ! (Con risa irónica.) ¡ Ea ! Abandonarme, estando en cama con fiebre... Es verdad que una vez restablecida pude ir a Barcelona y desenmascararte. No lo hice por respetos a quien, compadecido de mi situación, estuvo a mi lado durante la convalecencia.

- ELADIO (¡ Si Pura llega a enterarse de todo esto !...) (Entra Antoine por el fondo derecha con una bandeja y en ella una carta y se dirige a la puerta primera izquierda.) Mira, lo mejor será que vayamos a discutir a otra parte.
- EMILIA Vámonos donde tú quieras, pero ya sabes que estoy decidida a todo. ¿ Lo oyes ? ¡ A todo ! Aquí tengo un revólver de salón, que es una monada y que he comprado expresamente para ti. ¡ Míralo ! (Saca el revólver y lo enseña a Eladio.)
- ELADIO (Asustado, cogiéndola el brazo.) ¡ Bien !... ¡ No juguemos !... Vamos ; pero antes déjame hablar dos palabras con Antoine.
- EMILIA Ni media. ¿ Qué quieres decirle ? Ya le hablaré yo... (Antoine se ha acercado a la primera puerta izquierda y cierra.)
- ELADIO (Malhumorado.) Nada, mujer, nada. Marchemos. (¡ Pero yo no puedo dejar abandonada a Pura !) (Plin abre la puerta y Antoine entra. Plin vuelve a cerrar. A Emilia.) Vamos al hotel y allí acabarás de desahogarte.
- EMILIA Allí lo primero que haré será almorzar.
- ELADIO (La escribiré desde el hotel para tranquilizarla.)
- EMILIA Sé galante, hombre, sé galante, que bien lo fuiste el año pasado. (Lo coge del brazo y salen los dos discutiendo hacia el fondo derecha, a tiempo que entran Federico y Conrado, uno por el fondo derecha y otro por el de la izquierda. Eladio y Emilia no se fijan, engolfados en la conversación. Federico y Conrado se paran al ver a Emilia que sale del brazo de Eladio.)

ESCENA IX

FEDERICO y CONRADO

- FEDERICO ¡ Conrado !
CONRADO ¡ Federico !
FEDERICO ¿ Qué me dices de esto ?

- CONRADO ¡ No me hables !
FEDERICO ¡ El padre de Julia del brazo de Emilia !
CONRADO ¡ Chico, estoy en el Limbo !
FEDERICO (Mirando hacia la derecha.) ¡ Y se van !
CONRADO ¡ Eso es un escándalo ! Y doña Pura ¿ dónde estará ?
FEDERICO ¿ Dónde quieres que esté ? La habrá endosado a alguien. En una casa de juego, las mujeres sirven muchas veces de letras de cambio.
CONRADO Razón de más para que busquemos a Julia y Margarita. ¿ Qué habrá sido de ellas ?
FEDERICO No sé. No las encuentro.
CONRADO No las veo en ninguna parte.
FEDERICO Nadie me sabe dar razón.
CONRADO ¡ Ni a mí !
FEDERICO ¡ Me he vuelto loco buscándolas !
CONRADO ¡ Y yo ! (Se abre la puerta del cuarto tocador y entra Pura en escena. Federico y Conrado se encuentran a prevención en último término del fondo.)
FEDERICO (Al ver a Pura.) ¡ Doña Pura ! ¡ Corramos en su busca y a Roma con ellas ! (Salen corriendo por el fondo izquierda.)

ESCENA X

PURA, después ANTOINE, más tarde PLIN y finalmente otra vez ANTOINE.

- PURA (Cerrando la puerta y creyendo que habla con Eladio.) Créame usted que necesitaba asearme... (No viendo a Eladio.) ¡ Ay, ay ! ¿ Dónde estará Eladio ? (Va hacia el fondo, llamando.) ¡ Eladio ! ¿ Qué es esto ? (A Antoine, que sale del cuarto izquierda primer término.) Escuche usted. ¿ Usted sabe dónde está don Eladio ?
ANTOINE ¿ *Votre monsieur* ?
PURA ¡ No ; don Eladio !
ANTOINE *Je ne sais pas, madame. Pardon, madame.* (Se va fondo derecha.)

PURA (Icomodada.) ¡Vaya unos modales! (Llaman-
do.) ¡Eladio! ¡Ay, Virgen Santísima!
¡Ya me lo temía, que buscando a las ni-
ñas nos perderíamos nosotros!

PLIN (Entra sonriente, leyendo la carta o tarjeta que le ha
entregado Antoine.) «Hemos decidido hacer un
viaje a París.» (Hablando.) *¡Wrey well!*
(Pronúnciese: "Very-vel". Leyendo.) «Salimos por
la puerta de servicio y le esperamos en la
estación. Julia.» (Al volverse ve a Pura.) (¡La
mamá!)

PURA ¡Ah, tal vez este caballero será tan ama-
ble que me dará razón!

PLIN (Acercándose y mirándola.) ¡La mamá!

PURA Sí, señor, sí. Usted seguramente será más
atento que el *garçon*. Yo soy la mamá de
Margarita.

PLIN ¡Yes!

PURA Sí, señor. Veo que me ha comprendido.
Pues sepa usted que estoy pasando un
gran disgusto. Permíteme que me siente,
porque las piernas me flaquean. (Se sienta al
lado de la mesa de la izquierda y busca una copa para
beber.)

PLIN *Champagne*. (Le ofrece una copa que Pura
acepta.)

PURA Gracias. (Después de beber habla tan deprisa que
Plin no la entiende.) Es el caso que Eladio y
yo salimos de Barcelona en persecución,
él de su hija y yo de la mía, las cuales se
habían escapado del colegio, acompaña-
das de dos jóvenes que debían ser sus no-
vios. Sabemos que se hallan en Calella y
a Calella nos dirigimos, pero enterados de
nuestra llegada y mientras nosotros los
buscábamos por todas partes, ellos se
apoderan de nuestro automóvil y huyen
del pueblo a toda máquina. Nos asegu-
ran que iban al extranjero y telegrafiamos
a la Junquera para que los detengan. Pe-
ro llegamos a la Junquera y nadie los ha
visto. Naturalmente; ni cortos ni perezos-

sos, al llegar a Figueras facturan el automóvil y toman el tren hasta Cerbère. Telegrafiamos, dando las señas del automóvil y nos dicen que, efectivamente el día antes había salido uno de Cerbère con dirección a Perpignan. Allí nos informan que aquel automóvil se encaminaba a Narbona. En Narbona nos dicen que a Tolosa, y así sucesivamente de pueblo en pueblo, llegamos a Monte-Carlo. Sabemos positivamente que los fugitivos se encuentran en el casino, que ya son nuestros. Eladio, el padre de Julia, se ha quedado esperándome aquí, mientras yo entraba a hacerme la *toilette*. Salgo a los quince minutos y no veo a Eladio por ninguna parte, le llamo y no me responde, pregunto y no saben su paradero y me encuentro sola y abandonada sin conocer a nadie. Dígame usted, pues, si con este enredo no hay motivo para desesperarse y para maldecir a mi hija, a Eladio y al mundo entero.

PLIN
PURA

¡ Mi, no haber entendido una palabra !
¿ Qué dice ? ¡ Que no ha entendido una palabra ! ¿ Pero esto es un casino o una casa de locos ? El *garçon* no me contesta, el inglés hace otro tanto. Nadie sabe nada. Nadie entiende nada.

PLIN
PURA

¡ No entender una palabra !
(Desesperada.) ¡ Ay, Dios mío ! ¡ Dios mío !
(Llamando.) ¡ Eladio ! ¡ Eladio ! (A Plin.)
Acompáñeme, mister, acompáñeme a la estación. Quiero volverme a España.

PLIN
PURA
PLIN
PURA
PLIN

¡ Mi dejar usted, con mocho sentimentia !
¡ No, no, acompáñeme... acompáñeme !
¿ Mi acompañarla ?
Sí. (¡ Gracias a Dios que me entiende !)
No ser posible. Mi salir para París inmediatamente. (Se oye el timbre del teléfono.) ¡ El teléfono ! (Llamando.) ¡ *Garçon* ! ¡ *Antoine* !
¡ *Pierre* ! (A Pura.) ¡ *Pardón* ! ¿ Usted per-

mite?... (Indica a Pura que quiere saber quién te lefonea.)

PURA ¡ Sí ! Pregunte. (¡ Que arrepentida estoy de haber salido de Barcelona ! Nuestra calaverada será más grande que la de nuestras hijas.)

PLIN (Que se ha acercado al teléfono y habla.) *Qui est-il? Qui? Qui?... ¿Hein? Je ne comprends pas... Comment? Doña Purra?... Pu... rra?*

PURA Deben decir Pura. Me llamarán a mí... ¡ Si fuera él !... (Acercándose al teléfono.) ¿ Quiere hacer el favor ? ¿ Me permite ? (Antes de que Plin le dé el auricular, ella se lo toma de las manos y se lo aplica al oído.)

PLIN Ser usted moy nerviosa.

PURA Dispense... (Habla por teléfono.) ¡ Eladio ! ¡ Eladio ! ¡ Ay ! ¡ Gracias a Dios ! ¿ Qué dice?... ¿ Que me vaya a París en el rápido ? (A Plin, sujetándole por la levita.) ¡ No se mueva !

PLIN (Indicando a Pura que le deje en paz.) ¡ Señorra !... ¡ Señorra !...

PURA (Como antes.) ¿ Que están las niñas ? ¿ Las ha visto pasar... que iban a la estación en automóvil?... ¡ Ya ! ¿ Es decir que el que iba con ellas vestía de?... ¡ Y no lo ha conocido ! ¡ Es claro ! ¿ Y el otro ?

PLIN (Como antes.) ¡ Señorra !...

PURA ¡ Ya ! ¿ Y dónde está usted ? Un accidente inesperado?... Sí, está bien... ¿ Que si me falta dinero ? ¡ No ! ¡ Bueno ! Entendidos. Hotel Bristol... Bien... Usted estará en París pasado mañana?... Conformes, iré a recibirle a la estación... Adiós. (¡ Qué peso se me ha quitado de encima !) (Volviéndose a Plin.) Escuche. ¿ No me ha dicho usted antes que se iba a París ?

PLIN Mi ir a París.

PURA Usted será tan amable que no me dejará sola. ¿ Verdad ?

PLIN Mi ir a París.

- PURA Y yo con usted.
- PLIN (Asustado.) ¿Con mí?
- PURA Sí, vamos corriendo. Hemos de tomar el rápido.
- PLIN ¿Rápido?
- PURA Sí, mister. Usted será mi salvación y cuento desde ahora con mi agradecimiento. (Empujándole.) Vamos, vamos a París.
- PLIN Señorrra, señorrra... un momento. (Antoine entra en escena.) *Antoine, attendez.* (Saca una tarjeta y escribe.) «Señorrrita: la mamá ir a París con mí. Cuando irá *sleeping* acostarse, mí ir con ustedes. Tener cuidado. Plin.» (Saca un sobre de la cartera, mete la tarjeta y lo cierra, escribe las señas y lo entrega a Antoine.) *Antoine: envoyez ce billet tout de suite a la gare a mister Roos.*
- ANTOINE *Très bien.* (Sale por el fondo izquierda.)
- PLIN Aun tener tiempo, señorrra. ¿Usted aceptar mí brazo?
- PURA (Cogiéndose.) Gracias, gracias. Mi alegría no tiene límites, caballero. Ya sabía yo que los ingleses eran muy amables.
- PLIN Ingleses ser mocho amables, señorrra, pero españolas...
- PURA ¿Qué?
- PLIN Mocho atrevidas... (Pura ríe.)
- PURA (Saliendo por el fondo derecha, del brazo de Plin.) (¿Cómo habrá sabido Eladio que las niñas iban a París?...) (Federico y Conrado entran en escena. Plin, riendo con Pura, no se fija en ellos.)

ESCENA XI

FEDERICO y CONRADO; después PIERRE, más tarde ANTOINE y al final, ELEONORA, ELADIO y EMILIA.

(Federico y Conrado se quedan atónitos al ver a Plin y Pura que se van del brazo hablando y riendo.)

FEDERICO ¡Conrado!

CONRADO Federico, ¿qué pasa?

FEDERICO ¡No lo sé!

CONRADO (Señalando a Pura.) ¡Mírala!

FEDERICO Ya la veo.

CONRADO ¡Mi futura mamá del brazo del inglés!

FEDERICO Lo que yo te decía. El papá de Julia se la habrá endosado. ¡Esto no tiene nombre!

CONRADO ¿Y la moral?

FEDERICO Buena, gracias. ¡Y todavía serán capaces de llamarnos calaveras! En cuanto ellas lo sepan se avergonzarán de la conducta de sus padres.

CONRADO ¡Ellas! ¿Pero dónde se habrán escondido?

FEDERICO Eso digo yo. Dónde, dónde...

CONRADO Yo te respondo que no están en el casino.

FEDERICO Y yo te aseguro lo mismo.

CONRADO Por lo visto los ingleses ya las han plantado.

FEDERICO No lo creas. En esta casa todas las mujeres son aficionadas al juego y hacen las más peregrinas combinaciones para desbancar al banquero. Y por ahora tú y yo somos dos banqueros que han perdido el dinero.

CONRADO Y bien... ¿qué hacemos?

FEDERICO Jugarnos el todo por el todo; jugar la última carta.

PIERRE (Entrando con una carta en la bandeja.) *Monsieur Federico.*

FEDERICO ¿Qué hay?

PIERRE Una carta.

FEDERICO (Tomándola.) ¡Calla! Tal vez sepamos alguna noticia. (Mirando el sobre.) ¡Letra de Julia! (Abre la carta apresuradamente.)

CONRADO ¿No querías la última carta? Ahí la tienes.

FEDERICO (Después de leerla.) ¡Sí, chico! ¡Y tan última! (Leyendo.) «Julia y Margarita se despiden para París, adónde van muy bien acompañadas.» (Pausa. Federico y Conrado se miran.)

CONRADO ¿Nada más?

FEDERICO ¡ Ah !, te parece poco... Como no quieras que te detallen el programa del viaje...

CONRADO (Rápido.) ¡ No lo quiero saber !

FEDERICO Haces perfectamente.

CONRADO (Reflexionando.) No veo solución...

FEDERICO Marchemos a París.

CONRADO ¿ A París? ¿ Y qué haremos en París?
¡ Si no las encontraremos !...

FEDERICO ¿ Que no las encontraremos? Si en París se encuentra a todo el mundo. ¿ Tú crees que Francia es como España? Allí, tan pronto llegas y bajas del tren, riiiiin... llaman al teléfono y el Presidente de la República ya se ha enterado de tu llegada. Sin que lo notes, en la misma estación, *click-clack*, te toman la fisonomía por medio de una instantánea y al día siguiente ya eres conocido de toda la policía francesa. También, sin que te des cuenta, *chis, chis, chis*, te aplican allí mismo los rayos X para averiguar los documentos que llevas en la cartera y así de este modo ya saben quién eres, cómo te llamas y hasta la clase de negocios que te traen a París, y finalmente, para que nada falte, existe un cuerpo de ciclistas destinado a seguir a los viajeros, informándose del hotel donde se hospedan. Francia es una nación tan adelantada, que aplica la telefonía, la fotografía, la radiografía y la bicicletomanía a los servicios de policía.

CONRADO ¡ Me parece que exageras !

FEDERICO ¿ No lo crees? Pues pronto lo verás. (Se oye un timbre prolongado.) Vamos.

ANTOINE (Entrando en escena.) ¡ *Le rapide pour Paris!*

FEDERICO ¡ El rápido ! Aun hay tiempo. En marcha. El automóvil ya nos lo guardarán en Niza.

ANTOINE (Repitiendo la frase en el fondo izquierda.) ¡ *Le rapide pour Paris!*

CONRADO No perdamos tiempo. ¿ Quien sabe si todos saldremos en el mismo tren?

FEDERICO A escape. ¡ *Au revoir, Antoine!*

ANTOINE *¡Ou revoir, monsieurs!* (Salen precipitadamente del fondo izquierda tres o cuatro viajeros en dirección a la derecha.)

CONRADO *¡Au revoir, au revoir!*

ELEONORA (Que sale del teatro y ve a Conrado que se va corriendo.) *¡Aspetta, Conrrado, aspetta!* (Sale en la misma dirección que Conrado.)

CONRADO *¡Déjame en paz!*

ELADIO *¡Detenerlo!*

EMILIA *¡Te caiste!* (Antoine se queda mirándolos. El timbre sigue tocando y cae rápidamente el

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Escena partida. A la izquierda, ocupando una cuarta parte, un saloncito que figura ser la habitación de Julia y Margarita en el Hotel Bristol, de París. Al fondo de este salón, unos cortinajes que dejan ver una cama, y que por lo tanto se supone que son los del dormitorio. En medio del salón, una mesita cuadrada con dos recados de escribir colocados el uno frente al otro. Al lado del dormitorio, una consola con espejo y dos jarrones. A la derecha de la escena, gran salón amueblado con elegancia, con un "puff" en el centro. Al fondo, se ve la barandilla, que figura ser de la escalera que a derecha e izquierda conduce al piso bajo. Al fondo de todo, decoración blanca con mucha luz. A la derecha del salón, dos puertas con los números 31 (la primera) y 32 (la segunda.) La puerta que da acceso al saloncito de Julia y Margarita, está señalada con el número 33. Al fondo del gran salón, un gran biombo a cada lado. Del techo pende una gran lámpara. Ultimos de abril.

ESCENA PRIMERA

JULIA y MARGARITA

(Al levantarse el telón, aparecen las dos sentadas a la mesa de su cuarto, una enfrente de otra y con la pluma en la mano en actitud de escribir.)

JULIA ¿Lo comprendes, Marga?

MARGARI. Sí, lo comprendo.

JULIA Nuestra situación es insostenible por culpa de ellos, que a veces parecen tontos. Y ahora lo han sido doblemente, porque

habiendo venido a París en un mismo tren, no nos han visto en la estación.

MARGARI. Y a nosotras nos ha ocurrido lo mismo.
JULIA. Sí, pero eran ellos los que habían de buscarnos. En fin, Dios dirá. No nos devanemos los sesos y manos a la obra. (Escriben.) «Querido papá.»

MARGARI. «Querida mamá.»

JULIA. (Hablando.) Por supuesto, que si no fuera porque pronto hemos de salir de esta situación, yo te juro que aun les tenía que hacer sufrir más.

MARGARI. Se lo merecen.

JULIA. Cuando recuerdo la frescura de Federico en pleno restaurant...

MARGARI. ¡Y dónde me dejas la de Conrado!

JULIA. ¡Sí, sí; será mejor no acordarse! (Margari-
ta y Julia siguen escribiendo y repiten la primera frase,
leyendo.) «Querido papá.»

MARGARI. «Querida mamá.»

JULIA. (Escribiendo.) «No sé si tendré valor...»

MARGARI. (Escribiendo.) «Perdona mi atrevimiento...»

JULIA. «...para pedirte perdón de la falta cometi-
da...»

MARGARI. «...si enojada como debes estar, me diri-
jo a ti...»

JULIA. «Ya sabes que soy muy buena y muy su-
misa, e incapaz de darte un disgusto.»

MARGARI. «Ya sabes que soy una hija modelo que
no te dió jamás disgusto alguno.»

JULIA. (Hablando.) ¡Esto no me libraré de un buen
cachete!

MARGARI. (Hablando.) Ni a mí de dos superiores. Ma-
má no me pega, pero lo hace mi abuelo
por delegación.

JULIA. Que viene a ser lo mismo.

MARGARI. Pero escucha, ¿adónde dirigiremos estas
cartas? ¿Dónde estará tu papá?

JULIA. Debe hallarse al lado de tu mamá.

MARGARI. Ya me lo figuro. ¿Pero y mamá?

JULIA. (Riendo.) ¡Toma! ¡Al lado de mi papá!

MARGARI. ¡ Dichosa de ti ! El buen humor no se te acabará nunca.

JULIA Dios quiera que no se acabe. ¿ Sabes qué podemos hacer ? Remitirlas juntas a Barcelona, al despacho de papá. Los empleados ya sabrán donde dirigirlas.

MARGARI. Tienes razón.

JULIA (Escribiendo.) « Cansada de tanta esclavitud y del rigor de las madres... »

MARGARI. (Escribiendo.) « Yo necesitaba salir del colegio, donde me trataban muy mal... »

ESCENA II

Dichas, PURA y ELADIO.

(Eladio entra en escena con una maleta de viaje en la mano. Detrás, Pura. Los dos se sientan en el "puff". Julia y Margarita siguen escribiendo, si bien de cuando en cuando figura que hablan.)

PURA Crea usted que el inglés se ha conducido conmigo de una manera correctísima. Durante el viaje no me ha dejado un momento sola. Yo, por miedo de que me abandonara, no pegué los ojos en toda la noche. Al fin y al cabo, el pobre señor ninguna obligación tenía de acompañarme. Yo fui la que me colgué de los faldones de su levita, como áncora de salvación, y él, compadecido de mí, no vaciló en proteger mi atrevimiento. Ya en París, se empeñaba en llevarme al Grand Hotel, diciéndome que estaría mejor que en este, pero viendo que yo me mostraba inflexible, no tuvo más remedio que conformarse. Llegamos a París anteayer a las cinco de la mañana. A las seis estábamos en el Hotel ; a las siete se despidió de mí, y hasta ahora no he vuelto a verle. ¡ Ah ! me pagó el viaje, sin admitir que le abonara un céntimo. Los ingleses son muy excéntricos, pero

ELADIO

- también son muy rumboños... Por más que su acompañante tal vez pretendiera...
PURA Nada de eso. Ya le he dicho que conmigo estuvo muy comedido. Pero... usted, ¿cómo supo que las niñas venían a París?
ELADIO Porque me lo dijo el secretario del Hotel, que despacha los billetes del *sleeping-car*.
PURA ¡Ya, ya!
ELADIO Y a propósito de los ingleses : ¿No es su acompañante uno de aquellos dos que vimos en el restaurant de Monte-Carlo?
PURA ¡El mismo ! ¡ El del monóculo !
ELADIO Aquel a quién yo desafié.
PURA ¿Cómo?
ELADIO Sí, lo desafié, suponiéndole un encubridor de nuestras hijas.
PURA ¡Caramba... Eladio ! ¿Entonces usted supone a las niñas capaces...
ELADIO (Suspirando.) ¡Ay, amiga mía ! ¡Vaya usted a saber ! Si no fuera porque el que iba con ellas a la estación vestía traje de automovilista, y no lo conocí, y el otro se encontraba al lado de usted, habría creído que eran los ingleses quienes huían con nuestras hijas.
PURA ¡Ca, hombre ! Si precisamente al llegar a París supliqué a mister Plin que las buscara por todas partes.
ELADIO ¿Y lo hizo?
PURA El buen señor me prometió que cumpliría mi encargo y como todavía las estará buscando, por eso no ha vuelto al Hotel.
JULIA ¿Tú sabes donde han ido esta mañana mister Plin y mister Rooss?
MARGARI. Sí, me dijeron que iban a otro Hotel a encargar habitación, porque creen que aquí no estamos bastante seguras.
JULIA ¡Es una tontería ! ¡Ya estamos bien !
ELADIO (A Pura.) El comportamiento que ha tenido con usted, me reconcilia con él, y en cuanto le vea le daré una satisfacción y las gracias.

- PURA Si hubiera vuelto habríamos salido a dar un paseo por París, pero sola y sin que nadie me acompañase, no me he movido del Hotel. ¿Qué digo del Hotel? Ni para para comer he salido del cuarto, un saloncito muy alegre, con dos balcones que dan a la calle, y he pasado el tiempo bastante distraída. Mi habitación es ésta, el número 31, y la de usted el 32, que es la inmediata. Se ha desocupado esta mañana.
- JULIA (Escribiendo.) «Te juro, papáito, que tu hija volverá a tus brazos pura y sin mancha...»
- MARGARI. (Escribiendo.) «Puedes creer, querida mamá, que tu Margarita, fiel a tus buenas máximas...»
- ELADIO Todo se lo explicaré y se convencerá de lo ocurrido; no es más que un caso de fuerza mayor. Una aventurilla a la que creo haber puesto término la noche pasada, aprovechando un cambio de tren y el sueño de mi perseguidora.
- JULIA Bueno. Ya se lo he dicho todo a papá.
- MARGARI. Y yo también a mamá.
- JULIA Le hago una confesión en toda regla, para que me absuelva de mis pecados.
- MARGARI. ¡Y yo!
- PURA (Riéndose.) Por ahora no le contesto ni sí ni no. Mi resolución depende de muchas circunstancias. Fuí muy desgraciada con mi primer marido, y no me quedaron ganas de contraer segundas nupcias. Era un hombre, así, por el estilo de usted... le gustaban todas y...
- ELADIO Pues a mí, desde hace días, no me gusta más que una... que es usted. Y si la hubiera conocido antes...
- PURA (Levantándose y riendo.) Habría intentado conmigo lo que ha hecho con las demás... ¿No decía que quería lavarse?
- ELADIO (Después de pequeña pausa.) ¡Ah, sí, señora, sí!

- PURA Toque usted el timbre para que le suban el equipaje. Yo, entre tanto, escribiré a mi padre, para decirle que usted ha llegado y que hoy continuaremos nuestra campaña en busca de las niñas.
- ELADIO ¡Ay, Pura! ¡No sé si las encontraremos!
- PURA ¡A mí el corazón me dice que sí!
- ELADIO ¡A a mí que no!
- JULIA (Escribiendo.) «Tu arrepentida hija que te abraza, Julia.»
- MARGARI. (Escribiendo.) «Tu humildísima hija que te adora, Margarita.»
- ELADIO Bien. hasta luego. (Entra en el cuarto número 32.)
- PURA Hasta luego, Eladio. (Entra en el 31.)
- JULIA Ahora ya sabrán donde encontrarnos.
- MARGARI. ¡Y nosotras aquí, esperando que vengan!
- JULIA Mientras, haremos examen de conciencia.
- MARGARI. ¿Qué dirán al vernos?
- JULIA ¡Lo puedes suponer! (Indicando con la mano la acción de pegar.) ¡Pero nos haremos el cargo de que recibimos una ducha. Todo es la primera impresión. Dame tu carta que la pondré dentro de la mía.
- MARGARI. Tómala. Ya que ellos van juntos, que vayan también juntas nuestras cartas. (Cierra Julia las dos cartas en un mismo sobre y escribe la dirección.)

ESCENA III

Dichos, FEDERICO y CONRADO, que entran por el fondo.

- FEDERICO (A Conrado.) ¡Al fin habremos dado con ellas! Me figuraba que se habían detenido en Lyon.
- CONRADO Ya ves como aquello de *riiiiiin...* el teléfono avisa al Presidente de la República que hemos llegado, el *click-clack* de la instantánea, los rayos X, etc., etc., no ha sido mas que una martingala de las tuyas

para engatusarme y hacerme venir a París.

FEDERICO Pero si esto ha sido una martingala, no me negarás, en cambio, que las agencias de información de París son todas de primer orden. Apenas hemos puesto el pie en esta gran Babilonia, y ya tenemos sitiadas a nuestras fugitivas.

CONRADO Lo raro es como no las vimos al llegar a la estación. (Se oye un timbre eléctrico.)

FEDERICO No tiene nada de particular. Ellas debieron salir las primeras y nosotros fuimos los últimos.

CONRADO ¡ Lo que no me explico, es como pude desembarazarme de la italiana !

FEDERICO ¡ Pero, tonto ! Si fué ella la que huyó de tu lado para seguir a aquel genovés, que durante el viaje no cesó de hacerle señas.

CONRADO ¡ Tal vez que sí !

FEDERICO (Se sienta en el "puff".) ¡ Ay, sabes, Conrado, que apenas puedo moverme ! Tengo las piernas encogidas de tanto ir en coche...

CONRADO ¿ Te parece que lo despedamos ?

FEDERICO Espera. ¿ Qué cuarto nos han dicho que ocupan ?

CONRADO El 33.

FEDERICO (Mirando las puertas.) 31, 32, 33... Este es. Aquí están. (Deja el sombrero sobre el "puff" y se dirige a mirar por el agujero de la cerradura.) ¡ Ya las veo ! ¡ Ya las veo !

CONRADO ¿ Sí ?

FEDERICO Sí, chico ; míralas como ríen. (Conrado se saca el sombrero y también lo deja sobre el "puff".) Aguarda, no hagas ruido. Antes voy a despedir el coche.

CONRADO ¿ Quieres que vaya yo ?

FEDERICO No, que te tomarían por forastero y te engañarían como ayer. Ya voy yo, que conozco a todos los cocheros de París.

CONRADO ¡ Vaya un tío !

FEDERICO A todos. Vuelvo en seguida. Espérame, ¿ eh ? No llares, no tengas prisa. Hemos

de hacer una entrada triunfal. Ya verás.
(Federico se va por el fondo y Conrado sigue mirando por la cerradura. Julia y Margarita continúan hablando y riendo.)

JULIA Sí, chiquilla, sí. A tu mamá y a mi papá los haremos ir a Roma, para que también los case el Papa.

ESCENA IV

ELADIO, CONRADO, JULIA y MARGARITA.

(Eladio abre la puerta de su cuarto y sorprende a Conrado mirando por la cerradura.)

ELADIO ¡ Oiga, ciudadano !

CONRADO (Volviéndose.) (¡ Horror ! ¡ El padre de Julia ! ¡ Ya caímos en el garlito !)

ELADIO Se conoce que en París los criados son muy curiosos. (A Conrado.) ¿ Es usted el *garçon* ?

CONRADO ¿ El *garçon* ? (¡ Qué idea !) *Oui, monsieur.*

ELADIO Pues sepa y entienda que yo no he tocado el timbre para que usted se dedique a fisgar lo que no le importa, sino para que me suban el equipaje. ¿ Me explico ?

CONRADO *Oui, monsieur. Tout de suite.*

ELADIO Sí, de *suit*. Lo más *de suit* posible. (Conrado sale corriendo por el fondo y Eladio vuelve a su cuarto.)

ESCENA V

JULIA y MARGARITA

MARGARI. (Riendo.) ¿ Quieres decir que se casarían con nosotras ?

JULIA Mañana mismo. No lo dudes. Mister Plin anoche en el palco de la Opera, me hizo

una declaración en toda regla. Ya te lo dije al acostarnos.

MARGARI. Si quieres que te sea franca, estaba tan cansada de lo que habíamos andado durante el día, que hablando contigo me quedé dormida sin darme cuenta. También mister Rooss, estuvo conmigo algo insinuante, pero yo no le presté atención.

JULIA ¿Quieres hacer la prueba?

MARGARI. ¿Qué si quiero hacer la prueba? ¡No!
¿Tú la quieres hacer?

JULIA Yo no, pero...

MARGARI. ¿Pero qué?

JULIA Que por ahora no quiero desahuciar a Plin. Lo tendré de reserva. Y tú puedes hacer lo mismo con Rooss. Al menos hasta tanto que nuestros papás nos contesten o hayan venido a buscarnos. (Dos camareros entran por el fondo, llevando un baúl que dejan en el cuarto número 32. Detrás de ellos, con mucho sigilo, Federico y Conrado, que se esconden detrás de los biombos.)

ESCENA VI

FEDERICO, CONRADO, JULIA y MARGARITA.

FEDERICO (Desde la puerta del fondo, antes de esconderse.) ¿Es decir, que tú también has hecho de Bonifacio? Ya has aprendido algo útil. ¡Si a mi lado no aprenderás más que cosas buenas! Mira, estos biombos parece que los han colocado expresamente para nosotros. Desde aquí vigilaremos. (Federico se esconde en el de la derecha y Conrado en el de la izquierda. Los camareros salen del cuarto de Eladio y se van por el fondo.)

CONRADO Tu suegro ya cerró la puerta.

FEDERICO Vamos, pues. Demos el asalto al castillo encantado. (Salen de los biombos y se dirigen de puntillas al cuarto número 33. Federico llama con co-

medimiento. Margarita y Julia se vuelven hacia la puerta como si hubieran oído llamar, pero sin hacer caso.)
¡ No lo han oído ! (Vuelve a llamar con más fuerza.)

JULIA (A Margarita.) Han llamado.

MARGARI. Me parece que sí. (Va a abrir.)

JULIA Espérate. No abras. (Preguntando.) ¿Quién es?

FEDERICO (A Conrado.) La voz de Julia. (A Julia.) ¡ Julia ! ¡ Julia ! ¡ Soy yo ! ¡ Abre, amor mío, abre !

JULIA (A Margarita.) Es Federico... (Rie.)

CONRADO ¡ Margarita ! ¡ Margarita ! ¡ Somos nosotros !

MARGARI. (A Julia, riendo.) ¡ La voz de Conrado !

JULIA (A Margarita.) ¡ Que sufran un poco más !
(A ellos.) ¡ Dios les ampare, hermanos ; otro día será !

FEDERICO ¡ Julia !

CONRADO ¡ Margarita ! (Julia no se mueve del lado de la puerta. La del cuarto número 31 se abre cautelosamente. Federico lo ve y lo indica a Conrado y huyen los dos de puntillas, escondiéndose en sus respectivos biombo, sin ser vistos de Pura.)

JULIA (A Margarita, mientras Pura sigue abriendo la puerta.)
¡ Vale más que no abramos ! ¡ Que sufran ! Además, los ingleses van a venir de un momento a otro. ¿ No te parece ?

PURA (Que ha abierto la puerta, asoma la cabeza para ver si hay alguien.) ¡ Habría jurado que alguien hablaba el español y como si llamara a Julia y Margarita ! El mismo deseo de encontrarlas, me hace que vea visiones a cada paso. (Vuelve a entrar en su cuarto y cierra.)

JULIA Abriré para que nos vean y rabien, pero no les dejaré entrar. (Abre y mira.) ¡ Si no hay nadie ! (Vuelve a cerrar.) ¿ Has visto cosa más rara ? ¿ Será que quieren gastarnos una broma ?

MARGARI. Bueno, pues que sigan con bromitas, que nosotras también haremos lo mismo.

FEDERICO (A Conrado, desde el biombo.) ¡Conrado, que sube un inglés por la izquierda !
CONRADO ¡Y por la derecha otro !
FEDERICO Vienen muy floridos. ¡Fortifiquémonos y alerta ! (Se cierran los dos dentro de los biombos, que quedan en forma de kioscos.)

ESCENA VII

PLIN, ROOSS, FEDERICO, CONRADO, JULIA y MARGARITA.

(Plin y Roos, vienen con un ramo de flores cada uno. Entran flemáticamente y se dirigen al cuarto número 33. Federico y Conrado que se han subido, sacan la cabeza por encima de los biombos y se fijan en Plin y Roos. Plin llama.)

JULIA ¡Otra vez ! ¿Quién ?
PLIN *Plin and Roos.*
JULIA ¡Ah, pasen, pasen ! (Abriendo.)
FEDERICO ¡Esto es una jugada de mal género !
CONRADO Si, chico ; una jugada por partida doble.
PLIN (Entrando.) *Good morning.*
ROOSS (Entrando.) *Good morning.* • (Una vez dentro, Julia cierra la puerta y Plin y Roos, besan respectivamente la mano a Julia y Margarita a quienes entregan los ramos.)

JULIA (Cogiéndolo.) ¡Gracias !
MARGARI. (Cogiéndolo.) ¡Gracias !
JULIA ¡Ya los esperábamos !
MARGARI. ¡Ya estábamos impacientes !
JULIA ¡Ustedes son muy galantes !
MARGARI. ¡Realmente, demasiado galantes, demasiado !

FEDERICO Pero, ¿qué hacemos aquí ?
CONRADO ¡¡El oso !!
PLIN Nosotros tener grandes proyectos de divertimento para hoy. Si ustedes aceptar, pasar gran día.

JULIA Según sean los proyectos, aceptado.
¿Verdad, Marga ?
MARGARI. Según de que se trate...

- CONRADO ¡Y nosotros *impasibles*! ¡Por mí ya estaría a su lado!
- FEDERICO ¡Es que yo he perdido la brújula!
- PLIN Grandes proyectos; ir almorzar al bosque de Bolonia. Por la tarde ir a Versailles.
- JULIA (Contenta.) ¡Ay, sí! (A Margarita.) Aprovechémonos, tú, que el tiempo es corto.
- FEDERICO (A Conrado.) Decididamente. Yo bajo y prendo fuego al hotel. ¡Esto no lo aguantanadie!
- CONRADO (Que ve que se abre la puerta del cuarto número 32.) ¡Pues... por ahora ten paciencia y agacha la cabeza! ¡Mira! (Le señala la citada puerta.)
- FEDERICO ¡El suegro! (Se esconden los dos como si se movieran automáticamente.)

ESCENA VIII

Dichos y ELADIO.

(Julia y Margarita han dejado los ramos en los jarrones de la consola. Plin y Rooss forman con ellas dos grupos, uno a distancia del otro.)

- PLIN (A Julia.) ¡Julia; mi querer a usted con todo el alma!
- ROOSS (A Margarita.) ¡Mi querer a usted con toda mi corazón!
- ELADIO (Que se ha acercado a la puerta de Pura, llama.) ¡Pura!
- JULIA (A Plin.) Por ahora... no puedo darle una respuesta categórica.
- MARGARI. (A Rooss.) Por ahora... no puedo darle una contestación afirmativa...
- PURA (Abriendo la puerta. A Eladio.) No hago más que firmar la carta y estoy a sus órdenes.
- ELADIO Siendo así, esperaré.
- PURA No; entre, entre. Verá que habitación más alegre.
- ELADIO Con su permiso. (Entra. Federico y Conrado

vuelven asomar la cabeza y al ver a Eladio que entra en el cuarto de Pura hacen movimiento de asombro.

FEDERICO ¡Qué transformaciones! ¡Si esto parece un cine!

JULIA (A Plin y Roos.) ¡Que conste que no les desahuciamos! ¡Ea! ¡Al bosque de Bolonia! ¡Y allí continuaremos la conversación!

MARGARI. (A Julia.) ¿Dicen que es tan bonito el bosque de Bolonia?

JULIA (A Margarita. Las dos se ponen los sombreros.) Creo que allí también patinan. ¡Qué gusto! ¡Y hay un lago muy hermoso! ¿Verdad, mister Plin, que patinaremos?

PLIN ¿Patinar? ¡No! ¡Nadar sí!

JULIA ¿Por qué?

PLIN Porque en esta época lago estar líquido.

JULIA ¡Qué lástima!

MARGARI. Bueno. En marcha. (Federico y Conrado vuelven a esconderse y solamente asoman la cabeza cuando Julia del brazo de Plin, y Margarita del de Roos, se hallan en la escalera del fondo.)

JULIA (Abriendo la puerta y saliendo del cuarto. A Margarita.) ¿Por dónde andarán? ¡Y yo que quería que nos vieran!...

MARGARI. ¡Ves tú a saber! ¡Como son el mismísimo demonio! (Salen los cuatro y Julia saca la llave de la cerradura, colocándola por fuera.)

PLIN (A Julia.) ¿Usted aceptar mi brazo?

JULIA (Cogiéndose.) Gracias.

ROOSS (Ofreciendo el brazo a Margarita.) ¿Usted aceptar?

MARGARI. Gracias.

ESCENA IX

FEDERICO y CONRADO

FEDERICO ¡Esto es más que el colmo! ¡Es la apoteosis del descaro!

CONRADO ¡Se nos rifan, compañero, se nos rifan!

- FEDERICO ¡ Hay que formalizarse !
CONRADO ¿ Qué podemos hacer... si ya nos han dicho : « que Dios nos ampare. »
FEDERICO Si lo han dicho, pero había sido con la boca chica.
CONRADO ¿ Sigámoslas ?
FEDERICO Eso sería peor. ¡ Vaya un suplicio ! ¡ Pareceríamos sus lacayos ! ¡ No se reirían poco de nosotros ! Es preferible que nos ocultemos en su cuarto. (Se abre la puerta del 31.)
CONRADO Interinamente te escondes en el biombo. ¡ Date prisa !
FEDERICO (Escondiéndose.) ¡ Otra vez ! Parece que jugamos a los polichinelas ! ¡ No faltan más que los estacazos !
CONRADO Procura no levantar la voz, que pueden oírnos. (Federico y Conrado se ocultan, a tiempo que Pura y Eladio entran en escena, dejando a medio cerrar la puerta del 31.)

ESCENA X

Dichos, PURA y ELADIO.

- ELADIO (A Pura.) ¿ Dice usted que ha oído?...
PURA Sí, juraría que han llamado a las niñas, pero al abrir la puerta no he visto a nadie.
ELADIO Si usted ha oído llamar a las niñas, ha de ser precisamente en ese cuarto. (Señalando el 33.) ¿ Sabe usted que personas lo ocupan ? ¿ No ha visto salir a nadie ?
PURA No, no.
ELADIO (Fijándose en los dos sombreros que habrá en el "puff".) ¡ Calle ! ¡ Aquí hay dos sombreros ! (Dirigiendo una mirada por toda la escena.) ¡ Esto parece indicar que en esa habitación (El 33.) han entrado dos hombres ! Podemos probar. (Llama.)
PURA ¿ Tendremos esa suerte ?
ELADIO ¿ Quién sabe ? Podría ser. (Al llamar Eladio, asoman la cabeza Federico y Conrado por encima de los

biombos.) ¡ No contestan ! ¡ No debe haber nadie !

PURA ¿ Y si preguntáramos al administrador ?
ELADIO Mal sistema. En París sucede como en Monte-Carlo, que nadie sabe de nada. Además, hemos de suponer que habrán tomado las precauciones consiguientes. Si ellas son tontas, ya tienen a su lado un par de alhajas que las enseñarán el a b c de la travesura. ¡ Mire usted que escurrírseme como una anguila aquel hijo de Lucifer ! ¡ Si lo encuentro, créame, Pura, le abro la cabeza en veinte partes !

FEDERICO (Escondiéndose, lo mismo que Conrado.) ¡ Mentira !

ELADIO (A Pura, después de breve pausa.) ¿ Quién ha dicho mentira ?

PURA (Mirando.) ¡ No lo sé !

ELADIO ¡ Esta voz ha salido de ese cuarto ! (El 33.)
¡ Veamos ! (Abre la puerta y mira.) ¡ Nadie !
¡ No hay nadie, pero esta habitación está ocupada ! Entre, Pura, entre, sin temor. Será cosa de registrarlo todo (Pura entra.)
Mire usted, flores y recién cogidas...

PURA ¡ Dos ramos !

ELADIO Aquí vive una señora joven.

PURA Deben ser dos, porque los ramos son también dos.

ELADIO Cierto, dos señoras jóvenes. ¡ Si fueran ellas ! (Pura y Eladio se dirigen cautelosamente hacia el dormitorio.)

FEDERICO (Saliendo del biombo, con decisión.) ¿ Dónde está el valiente que quiere abrirme la cabeza ?
¿ Dónde está ? (A Conrado.) Vamos, sal pronto. (Conrado sale.) ¿ No queríamos ir a Roma a visitar al Santo Padre ? Opino que por ahora debemos suspender el viaje. Ha llegado el momento de jugarnos el todo por el todo, de realizar un acto de resonancia, una hombrada, demostrando que somos valientes, que a nosotros no nos asusta nadie y que lo que habíamos de

- decir al Papa, se lo digamos al papá de Julia y a la mamá de Margarita...
- ELADIO Me parece, Pura, que ya son nuestras.
- FEDERICO Hemos de probar una vez más que somos unos héroes.
- ELADIO (Viendo la carta que Julia ha dejado sobre la mesa.)
¡Una carta! ¡Letra de Julia! ¡Dirigida a mí! ¡Yo sueño!
- PURA ¿Cómo?
- ELADIO Sí, señora, sí, vea.
- PURA ¡Ay, ay!
- ELADIO ¡Este es un hotel encantado!
- FEDERICO Ponte el sombrero, ten. Y arréglate la corbata. (Le arregla la corbata a Conrado.)
- ELADIO (A Pura.) Decididamente, en este hotel andan sueltos los duendes. No me lo explico de otro modo. ¡Fuera mucha casualidad! ¡Oh! ¡Y en París! (Abre el sobre.) Aquí hay dos cartas... Una es para usted... (Se la entrega.) A ver que nos dicen vuestras hijas. (Leen.)
- FEDERICO ¡Conrado! ¡El momento solemne! Hay que presentarse con la cabeza bien alta y de potencia a potencia. Ya te lo he dicho antes. (Emilia aparece en la puerta del fondo, hablando con alguien que se supone está al pie de la escalera.)

ESCENA XI

Dichos y EMILIA

- EMILIA (Desde el fondo.) ¡*Merci, merci!*
- FEDERICO (Viéndola.) ¡Es Emilia! ¡Sólo faltaba ella! ¿Dónde me escondo?
- EMILIA (Como si continuara hablando con alguien.) ¡*Oui, oui, trente deux!*
- FEDERICO (Que ve abierto el cuarto 31.) ¡Aquí me meto! (Mutis.)
- CONRADO (Quedando como quien ve visiones.) Bien, pero... ¿Y este es el valiente? ¡Y me deja solo! ¡Ah, yo no aguanto el chaparrón! ¡Ellos se arreglarán! (Sale, cruzándose con Emilia, que entra.)

- EMILIA ¡ Conrado ! ¡ Conrado ! (Mutis de Conrado.)
No me escucha... Me han dicho el 32 o el
31... El 32 es este. (Llama.) ¡ Eladio !...
¡ Eladio !... (Pura y Eladio suspenden la lectura de
las cartas y se miran.)
- ELADIO ¡ Me ha parecido oír mi nombre !
- EMILIA No contesta. Será el 31...
- PURA ¡ Todo esto debe ser efecto de nuestra ex-
citación nerviosa !
- ELADIO Sin ningún género de duda. (Se disponen a
continuar la lectura de las cartas, cuando oyen la voz
de Emilia.)
- EMILIA (Llamando en el 31.) ¡ Eladio !... (Pura y Eladio
vuelven a mirarse.) ¡ Pero si está abierto ! ¡ Se-
ré tonta ! (Penetra en el cuarto dejando la puerta
entornada.)
- ELADIO ¡ Vaya si me llaman ! (Abre y no ve a nadie.)
¡ Parece que asistimos a una sesión de es-
piritismo ! ¡ Apostaría que han pronuncia-
do mi nombre ! Y si hay alguien que trate
de burlarse de nosotros, le prometo que
ha de acordarse de mí... ¡ Que vuelva !
¡ A ver quien será el valiente !
- PURA O la valiente, porque la voz era de mujer.
- ELADIO ¡ Tal vez que sí ! (¡ Si será Emilia !) (A
Pura.) Entornaré la puerta, no sea cosa...
Al fin y al cabo este es el cuarto de nues-
tras hijas y por lo tanto estamos en nues-
tra casa... Había llegado precisamente a
lo más interesante de la carta de Julia.
(Leyendo.) «Te juro, papaito querido, que
tu hija volverá a tus brazos pura y sin
mancha.» ¡ Si fuera verdad, menos mal !
- PURA (Leyendo.) «Tu Margarita, fiel a tus buenas
máximas, se ha mantenido tan casta co-
mo tú.» (¡ Qué inocencia !)
- ELADIO (Sigue leyendo.) «Para pedirte perdón de la
falta cometida...» ¡ Sí, el perdón ! No pien-
san estas criaturas que el perdón no se
concede hasta tanto que se ha cumplido la
penitencia.
- PURA ¡ Pobrecillas !

ELADIO ¿Pobrecillas, dice? ¡Sin duda su carta la ha enternecido!

PURA Bien; después de todo se trata de una chiquillada.

ELADIO ¿Y a esto llama usted chiquillada? Pues empiece por absolverme de todos mis pecados, porque no son otra cosa.

ESCENA XII

Dichos, JULIA y PLIN; después EMILIA.

JULIA (Entra por el fondo, del brazo de Plin.) Permítame que entre sola. Es cuestión de un momento. Lo he dejado encima de la mesa. No hago más que entrar y salir. ¿Me comprende?

PLIN Usted entrar sola. Mi esperar. *Yes.* Comprendido, comprendido.

JULIA Eso mismo. (Julia abre la puerta del cuarto número 33. Eladio y Pura lecn, y no la ven hasta que oyen cerrarla con violencia. Julia, asustada, se dirige a Plin.)

 ¡Mi papá! (Eladio y Pura se miran.)

PLIN ¿El papá?

JULIA ¡Ay, sí! ¡Mi padre! ¡Sálveme! ¡Defiéndeme! ¡Espere, no deje entrar a nadie! (Entra en el cuarto 31, y Plin se queda como una estatua de espaldas a la puerta por donde ha penetrado Julia. Pasado el primer momento de asombro, habla Eladio.)

ELADIO ¡Esto es intolerable! ¡Yo he de saber quién se burla de nosotros! (Abre y se encuentra con Plin.) ¡El inglés de la terraza!

PLIN (¡El papá!)

PURA ¡Mister Plin!

PLIN (¡La mamá!) (Cuadro.)

ELADIO (A Pura.) ¡Aquí lo tiene! ¿Es este aquel señor tan serio, tan fino, tan amable y tan diligente a quien yo deseaba darle las gracias por su exquisita cortesía?

PURA ¡El mismo!

ELADIO Pues ya lo ve. Le hemos cogido *infraganti* y ahora no podrá negarnos que él solo

es el culpable de nuestra desgracia. (Pausa.
Eladio mira a Plin.)

PLIN (¡ El papá romperme la costillamienta !)

ELADIO (A Plin, como si fuera a pegarle.) ¡ No sé como me contengo ! (Indicando con la mano.) ¡ Acérquese ! (Plin no se mueve.)

PURA ¡ Como no le traiga de una oreja ! (Emilia trata de salir del cuarto número 31, mas no lo puede lograr porque Plin empuja la puerta. Sin embargo hace de modo que el público la vea.)

PLIN (Creyendo que habla con Julia.) ¡ No salir, no salir !

EMILIA (Desde la puerta.) (¿ Pero, quién empuja ?)
(Eladio y Pura hablan.)

PLIN ¡ No salir, no salir ! ¡ El papá dispuesto a fusilar todos !

EMILIA ¡ Déjeme pasar ! (Empuja con fuerza la puerta y Plin va a caer en brazos de Pura.)

PURA ¡ Ay !...

ELADIO (¡ Emilia !)

PURA ¿ Pero, quién es esta señora ?

PLIN (Asombrado.) ¡ Una metamórfosis !

ELADIO ¡ Esta señora !... (Emilia sonríe irónicamente.)

PURA ¿ Qué hacía usted en mi habitación ?

EMILIA ¿ En esa habitación ?

PURA Sí, señora.

EMILIA Pues... la felicito. (Ríe.)

ELADIO ¡ Pero, Emilia !

PURA (A Emilia.) ¿ Por qué me felicita ? ¿ Dígame, por qué ?

ELADIO ¡ Pero, Pura !

PLIN (Riéndose.) *¡ Were well, were well !*

PURA Necesito saber quién hay en mi cuarto.

EMILIA Pregúntaselo al mister que no se ha separado de la puerta. (Riendo.)

PURA ¿ Qué ? (A Plin, que está cerca de la puerta.) Haga el favor. (Eladio hace señas a Emilia para que le deje entrar.)

EMILIA (A Eladio.) ¡ Tú no te mueves !

PLIN (Queriendo cortar el paso a Pura.) Señorra... Señorra... ¡ No ! ¡ No !...

PURA ¡ Vaya si entraré ! (Le da un empujón y entra.)

PLAN ¡ Con mí detrás ! (Entra, siguiéndolo a Pura, en el cuarto número 31)

ESCENA XIII

EMILIA y ELADIO

EMILIA Ya estamos solos.

ELADIO (Con serenidad.) Me tiene sin cuidado.

EMILIA ¡ Y a mí !

ELADIO Pues acabemos.

EMILIA No deseo otra cosa.

ELADIO ¿ Qué pretendes ?

EMILIA Ya lo sabes.

ELADIO ¿ Qué pides ?

EMILIA Nada.

ELADIO ¿ Qué quieres ? ¿ Dinero ?

EMILIA (Mirándole con desprecio.) ¡ Dinero !... Veo que sigues tan miserable como siempre.

ELADIO ¿ Pues, qué solicitas de mí ? ¿ Qué te falta ? Pide lo que quieras, pero déjame.

EMILIA ¿ Pretendes que te deje ?

ELADIO Sí.

EMILIA ¡ Que te deje ! ¡ Y lo dices con esa sangre fría ! Y lo dices después de haberme abandonado en el tren la noche pasada. ¡ Indigno ! ¡ Mal hombre !

ELADIO ¡ Emilia ! ¡ Acabemos !

EMILIA (Con resolución.) Sí, acabemos. ¿ Quieres separarte de mí para siempre ? Está bien. Pactos : Perdona a tu hija y yo te perdono. Concédele la gracia que a mí me negaste, permitiéndola que se case con el hombre a quien ama y te dejo en completa libertad... Federico me lo ha contado todo en pocas palabras. (Eladio la mira al oír el nombre de Federico.) Federico, sí, el novio de tu hija. Yo podría desbaratar todos tus planes con sólo pronunciar dos palabras. ¡ Mas no lo quiero hacer ! Ya me has oído. ¿ Qué hago ? ¿ Abro esta puerta para que salga tu hija, o doy dos vueltas a la llave ?

ELADIO (Coge la mano de Emilia y la besa.) Abre...
EMILIA Gracias. Es la primera vez en tu vida que haces una buena obra. (Abre la puerta del 31. Llamando.) ¡Federico! ¡Julia!... ¡Aquí todos!

ESCENA FINAL

Dichos, JULIA, PURA, FEDERICO y PLIN; después MARGARITA, ROOSS y CONRADO.

JULIA (Muy avergonzada, despacio y con los ojos bajos.) ¡Papá!...

FEDERICO (A Julia, casi al oído.) Vaya mujer, vaya, no te des vergüenza.

JULIA (Avanzando hacia su padre, siempre con la vista al suelo.) ¡Papá!... (Abrazándolo.) ¡No lo haré más!

FEDERICO Ni yo tampoco, papá... Seremos unos buenos muchachos. (Emilia ríe, aparte.)

ELADIO (Acariciando a su hija.) ¿Ya se os puede dar crédito?...

JUL. Y FED. ¡Sí, papá!

MARGARI. (Entrando por el fondo, seguida de Roos y Conrado.) ¿Pero qué hacéis sin venir? (Viendo a Julia en brazos de su padre.) ¡Ah! ¿Qué es esto? (Conrado y Rooss entran discutiendo.)

ELADIO Nada; que Julia, arrepentida de su falta, ha pedido perdón a su padre. Ahora toca a usted pedírselo a su mamá.

JULIA (A Margarita.) (Hazlo, aquí la tienes.)

MARGARI. (Con los ojos bajos.) ¡Mamá!...

PURA Ven, hija, ven. Yo no he de ser menos que don Eladio. El ha perdonado a su hija, yo también te perdono.

MARGARI. (Abrazando a su madre.) ¡No lo haré más!

CONRADO Ni yo tampoco, mamá

PURA ¿Cómo?

CONRADO Permítame que desde ahora la dé este nombre. (Plin y Roos, forman grupo aparte y discuten acaloradamente.)

ELADIO (A Pura.) Ya le dije a usted que después de un viaje de esta naturaleza, lo inmediato

es castigar a las niñas, casándolas. ¿No lo cree usted así, Pura?

PURA Sí, Eladio.

PLIN (Plin y Rooss, juntos, se adelantan.) Nosotros pedir ahora a ustedes la mano de las niñas.

FEDERICO A buena hora mangas verdes.

ROOSS ¿Nosotros, mangas verdes?

ELADIO (A Plin y Rooss.) Siento decirles que han llegado tarde. Mi hija es para Federico. (A Federico.) Suya es... *Bonifacio*. (Federico se ríe y la abraza.)

PURA Y la mía para Conrado. (A Conrado.) Suya es... pillín. (Conrado la abraza.)

ELADIO Y yo... (A Pura.) para la señora.

PURA ¿Ya será usted formal?

ELADIO Se lo juro.

PLIN ¿Y nosotros?

JULIA Mister Plin, gracias por todo.

MARGARI. Mister Rooss, gracias por sus atenciones.

EMILIA (Se acerca hasta quedar en medio de Plin y Rooss, ofreciéndoles el brazo, que aceptan.) Ustedes para mí y yo para ustedes.

PLIN Y ROOSS ¡*Yes, yes!*

EMILIA Y así, muy unidos, recogeremos estas calabazas para llevarlas a Monte-Carlo, a ver si fructifican. (Dirigiéndose a los demás.) ¡Ustedes vuelvan a sus nidos! Nosotros, aves sin patria, remontamos el vuelo para que este ambiente se purifique. (Yéndose por el fondo.)

ELA. Y PURA ¡Adiós!

PLIN *All right* (Pronúciase: "Ol-raít".)

ROOSS *God morning*. (Pronúciase: "Gut-mornink".)

CONRADO *Wery well*. (Pronúciase: "Veri-uel".)

FEDERICO Y buen viaje, que ya va siendo hora de que este nido se vea libre de tanta maleza. .

TELÓN RÁPIDO

FIN DE LA COMEDIA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21. — BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|---|---|
| 1. La princesa del dollar | 36. Eva |
| 2. La Ola gigante | 37. El Bufón |
| 3. El señor Conde de Luxemburgo | 38. El cuchillo de plata |
| 4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | 39. Nick Carter |
| 5. El Sol de la Humanidad | 40. La cena de los cardenas—
¡Justicia humana! les |
| 6. Zazá | 41. El señor feudal |
| 7. Mujeres vienesas | 42. El veranillo de S. Martín |
| 8. Hamlet | 43. El desdén con el desdén |
| 9. Giordano Bruno | 44. Cuento inmoral
Amor de amar |
| 10. El nido ajeno | 45. La dama de las camelias |
| 11. El Rey | 46. La domadora de leones |
| 12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | 47. Los dos sargentos franceses |
| 13. Los Miserables | 48. El Místico |
| 14. La ladrona de niños | 49. García del Castañar |
| 15. Los dioses de la mentira | 50. La florcilla domada |
| 16. Cristo contra Mahoma | 51. El honor |
| 17. Juventud de Príncipe | 52. El sí de las niñas |
| 18. Juan José | 53. María Antonieta |
| 19. La sociedad ideal | 54. La viuda alegre |
| 20. La cizaña | 55. El conde de Montecristo |
| 21. Entre ruinas | 56. Otelo |
| 22. La vida es sueño | 57. El Barbero de Sevilla |
| 23. Sabotage
Pasa la ronda | 58. Daniel |
| 24. Magda | 59. Pecado de juventud |
| 25. El papá del Regimiento | 60. Nadie más fuerte que
Sherlock Holmes |
| 26. El Alcalde de Zalamea | 61. La muerte civil |
| 27. Los dos pilletes | 62. La apuesta de Don Juan
Tenorio |
| 28. D. Juan de Serrallonga | 63. Sor Teresa o El claustro
y el mundo |
| 29. El Rey Lear | 64. La niña boba |
| 30. Espectros | 65. El pan de piedra |
| 31. Las Cigarras Hormigas | 66. Romeo y Julieta |
| 32. El registro de la policía | 67. Los Reyes ante la Inquisición |
| 33. El vergonzoso en palacio | 68. Felipe Derblay |
| 34. La fuerza de la conciencia | 69. Huyendo del nido |
| 35. Aurora | |

LS.0

B5826

133237

Biblioteca teatro mundial.
Obras publicados. v.7.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

